OBRAS, TOMO XII (1921-1923)

V. I. Lenin

Edición: Progreso, Moscú 1973.
Lengua: Castellano.
Digitalización: Koba.
Distribución: http://bolchetvo.blogspot.com/



Índice

PREFACIO.

En este volumen se incluyen obras escritas entre marzo de 1921 y marzo de 1923, en las que Lenin siguió examinando problemas importantísimos de la edificación del socialismo, de la política exterior del Estado soviético y del movimiento obrero y comunista mundial.

Fue una gran aportación de Lenin a la teoría y la práctica del comunismo científico el planteamiento y aplicación de la nueva política económica. Para resucitar la economía destruida por la guerra y construir con buen éxito el socialismo debía concertarse una alianza económica entre la ciudad y el campo y estimularse el interés económico de los campesinos en los resultados de su trabajo. En vez del sistema de contingentación, que implicaba la exacción de todos los excedentes de productos a los campesinos, Lenin propuso introducir el impuesto en especie, determinado de antemano, después de cuyo pago al Estado el campesino podía disponer libremente de los excedentes de su producción, venderlos e intercambiarlos por artículos de gran consumo. Lenin enseñó que la consolidación de la pequeña hacienda campesina y el restablecimiento de la pequeña propiedad privada, en el terreno de la libre circulación mercantil, del comercio privado, originarían cierta reanimación del capitalismo, un renacimiento de la burguesía en la ciudad y un crecimiento de los kulaks en el campo. Pero, recalcaba Lenin, puede tolerarse cierta reanimación del capitalismo sin socavar las bases de la dictadura del proletariado, ya que, teniendo el poder político en sus manos y respaldándose en cimas dominantes de la economía como son la gran industria, la tierra, los bancos, los ferrocarriles, etc., la clase obrera dispone de medios suficientes para someter a los elementos capitalistas a su control.

Los problemas de la nueva política económica se tratan en el informe sobre la sustitución del sistema de contingentación por el impuesto en especie, presentado al X Congreso del PC(b) de Rusia, en el folleto *Sobre el impuesto en especie (Significación de la nueva política y sus condiciones),* en las *Tesis del informe sobre la táctica del Partido Comunista de Rusia presentado al III Congreso de la Internacional Comunista,* en los artículos *Con motivo del cuarto aniversario de la Revolución de Octubre* y *Acerca de la significación del oro ahora y después de la victoria completa del socialismo,* en el informe *Cinco años de la revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial,* presentado al IV Congreso de la Internacional Comunista, etc.

Para cumplir con éxito las complicadas tareas de la construcción del socialismo hacía falta, ante todo, reforzar el partido, fuerza dirigente de la dictadura del proletariado. Lenin decía que se debía depurar el partido de elementos casuales, no comunistas, arribistas, que se debía reforzar la unidad del partido, el cual "se ha ganado, y no de golpe, sino en el transcurso de veinticinco años y con sus obras, el papel, el título, la fuerza de "vanguardia" de la única clase revolucionaria".

Lenin hace hincapié en el papel, de creciente importancia, que desempeña el partido en la dirección del fomento de la economía e indica que es necesario reagrupar las fuerzas del mismo, encauzando su mejor parte a la administración de la economía.

Lenin concedía gran importancia a la lucha contra la ideología burguesa. En el presente volumen se incluye el conocido artículo de Lenin *El significado del materialismo militante,* en el que determinó las direcciones más importantes de la labor del Partido Comunista en el frente filosófico, caracterizó sus fines, esbozó medidas prácticas y determinó también las tareas y los métodos de la propaganda ateísta. Preside todo el artículo la idea de la magna trascendencia del materialismo dialéctico e histórico para transformar la naturaleza, la vida de la sociedad y la conciencia de las personas.

Varias producciones incluidas en el presente volumen están dedicadas a problemas de política exterior y, ante todo, a los relacionados con la Conferencia de Génova, primera conferencia económica internacional en la que participó el Estado soviético.

El Estado soviético, encabezado por Lenin, aplicó de manera consecuente y con perseverancia en difíciles condiciones una política de paz, una política de coexistencia pacífica de Estados de distinto régimen social, procurando lograr con tesón que se entrara en tratos con los países capitalistas y se concertasen convenios económicos con ellos, rechazando enérgicamente a la vez las condiciones, desventajosas para el País soviético, de estos

convenios.

Lenin concedía una importancia inmensa, para el feliz cumplimiento de las tareas de la edificación del socialismo, al monopolio del comercio exterior y decía que sólo con este monopolio, con la regulación, planificada por el Estado, de la importación y la exportación de mercancías se podía proteger la economía soviética, débil por entonces, contra la intrusión del capital extranjero y garantizar el restablecimiento y el desarrollo subsiguiente de la industria nacional, la obtención de ganancias y el aumento de las reservas de oro imprescindibles para industrializar el país.

Varias producciones incluidas en este volumen se dedican a los problemas del movimiento obrero y comunista mundial. Son discursos pronunciados por Lenin en el III y IV Congresos de la Internacional Comunista, las obras *Nuevos tiempos, viejos errores de nuevo tipo, Acerca de las tesis del Partido Comunista Francés sobre el problema agrario* y otras, en las que Lenin prosigue la lucha contra el dogmatismo y el sectarismo en el movimiento comunista mundial e indica que la tarea principal de los partidos comunistas estriba en ganarse a la mayoría de los obreros, a la mayoría de los trabajadores. Un medio importante en la lucha por ganarse a las masas es la táctica de frente único. Lenin recalcaba que los comunistas habían de ser flexibles en su táctica y saber emplear todas las formas y medios de lucha.

Debe hacerse especial hincapié en la importancia de las postreras cartas y artículos de Lenin, denominados con razón testamento político suyo: *Carta al Congreso, Contribución al problema de las naciones o sobre la "autonomización", Páginas del diario, Sobre las cooperativas, Nuestra revolución (A propósito de las notas de N. Sujánov), Cómo tenemos que reorganizar la Inspección Obrera y Campesina, Más vale poco y bueno.* Vinculadas orgánicamente entre sí, constituyen en el fondo un trabajo único en el que Lenin desplegó las deducciones y planteamientos contenidos en obras y discursos suyos de antes y expuso en síntesis el programa de transformación socialista de Rusia a la luz de las perspectivas generales del movimiento de liberación mundial.

* * *

Los trabajos que figuran en el presente volumen han sido traducidos de la 5a edición rusa de las *Obras Completas* de V. 1. Lenin, preparada por el Instituto de Marxismo-Leninismo, adjunto al CC del PCUS. Al pie de cada trabajo, a la derecha, se indican el tomo y las páginas correspondientes. Al final del tomo se insertan notas aclaratorias y un índice de nombres.

LA EDITORIAL.

X CONGRESO DEL P.C.(b) DE RUSIA[1].

8-16 de marzo de 1921.

1. Discurso de apertura del congreso, pronunciado el 8 de marzo.

(*Prolongados aplausos*.) Camaradas: Permitidme declarar abierto el X Congreso del Partido Comunista de Rusia. Hemos vivido un año muy rico en acontecimientos tanto en la historia internacional como en la nuestra, en la interior. Para empezar por la situación internacional debo decir que nos reunimos por primera vez en condiciones en las que la Internacional Comunista ha dejado de ser una mera consigna para transformarse realmente en una poderosa organización que tiene sus cimientos, unos verdaderos cimientos, en los mayores países capitalistas adelantados. Lo que en el II Congreso de la Internacional Comunista[2] fueron aún resoluciones nada más, se ha logrado hacer realidad en el año transcurrido y ha encontrado su expresión, su confirmación, su afianzamiento en países como Alemania, Francia e Italia. Basta con mencionar estos tres países para que veáis que después del II Congreso, celebrado el verano pasado en Moscú, la Internacional Comunista se ha convertido en todos los mayores países capitalistas adelantados de Europa en la causa del movimiento obrero en cada uno de ellos; más aún, se ha convertido en el factor fundamental de la política internacional. Esta es una conquista tan gigantesca, camaradas, que por difíciles y duras que sean las diversas pruebas que nos esperan -jamás podemos ni debemos perderlas de vista-, ¡nadie nos la podrá arrebatar!

Camaradas, es la primera vez que reunimos nuestro congreso cuando en el territorio de la República Soviética no hay tropas enemigas, apoyadas por los capitalistas e imperialistas de todo el mundo. La primera vez que, gracias a las victorias del Ejército Rojo durante este año, inauguramos el congreso del partido en tales condiciones. Tres años y medio de lucha de dureza inaudita, ¡pero hemos logrado expulsar a los ejércitos enemigos de nuestro territorio! Es natural que estemos aún muy lejos de haberlo conquistado todo con eso, y en modo alguno hemos conquistado con eso lo que debemos conquistar: librarnos verdaderamente de la agresión y la ingerencia de los imperialistas. Por el contrario, sus acciones de armas contra nosotros han adquirido una forma menos militar, pero más dura y peligrosa en algunos aspectos para nosotros. La transición de la guerra a la paz, transición que aplaudimos en el pasado congreso del partido y hemos tratado de realizar ya, procurando ordenar el trabajo en este sentido, aún no se ha consumado hasta hoy. Siguen alzándose ante nuestro partido tareas de inverosímil dificultad, tareas que no sólo atañen al plan económico, en el que hemos cometido muchos errores, tareas que no sólo atañen a las bases de la edificación económica, sino a las bases de las propias relaciones entre las clases que han quedado en nuestra sociedad, en nuestra República Soviética. Las propias relaciones entre las clases han cambiado, y esta cuestión debe ser -creo que todos estaréis conformes con ello- una de las cuestiones principales que habéis de dilucidar y resolver aquí.

Camaradas, hemos vivido un año excepcional, nos hemos permitido el lujo de abrir discusiones y controversias dentro de nuestro partido[3]. ¡Para un partido que está rodeado de enemigos poderosísimos y fortísimos, enemigos que agrupan a todo el mundo capitalista, para un partido que carga con un peso inaudito, este lujo ha sido verdaderamente asombroso!

No sé cómo valoraréis ahora esto. ¿Os parece que este lujo ha correspondido plenamente a nuestras riquezas, tanto materiales como espirituales? De vosotros depende valorarlo. Pero, en todo caso, debo decir una cosa: que aquí, en este congreso, debemos adoptar un lema, proponernos un fin y una tarea principal que debemos llevar a cabo cueste lo que cueste: salir más fuertes de la discusión y las controversias que cuando las empezamos. (*Aplausos*.) Vosotros, camaradas, no podéis ignorar que todos nuestros enemigos -y sus nombres forman legión- repiten y despliegan en todos sus innumerables órganos extranjeros el mismo rumor a cien y mil voces, que nuestros enemigos burgueses y pequeñoburgueses difunden aquí, dentro de la República Soviética, a saber: si hay discusión hay controversias; si hay controversias hay disensiones, y si hay disensiones, los comunistas se han debilitado: ¡dale, ahora o nunca, aprovéchate de su debilitamiento! Esta es hoy la consigna del mundo hostil a nosotros. No debemos olvidarlo un instante. Nuestra tarea consiste ahora en mostrar que, aunque nos permitiéramos, con acierto o sin él, este lujo en el

pasado, de esta situación debemos salir de manera que, tras haber examinado debidamente en nuestro congreso del partido la extraordinaria abundancia de plataformas, matices, tonos y semitonos formulados y discutidos, nos digamos: en todo caso, como quiera que la discusión se venga manifestando hasta ahora, por mucho que discutamos entre nosotros -y tenemos delante a tantos enemigos-, la tarea de la dictadura del proletariado en un país campesino es tan inabarcable y difícil que no nos basta con que el trabajo sea más cohesionado y más aunado que antes de manera sólo formal -vuestra presencia aquí, en este congreso, demuestra ya que eso es así-, sino también de manera no sólo formal, a fin de que no queden los menores residuos de fraccionalismo -dondequiera y comoquiera que se haya manifestado hasta la fecha-, a fin de que en modo alguno queden esos residuos. Sólo con esa condición cumpliremos las inmensas tareas que tenemos planteadas. Y estoy convencido de que expresaré el propósito y la firme resolución de todos vosotros si digo: ¡Debemos salir del presente congreso, en todo caso, con una unidad del partido más sólida, más estrecha y sincera! (*Aplausos*.)

Publicado el 9 de marzo de 1921 en el núm. 52 de "Pravda".
T. 43, págs. 3-6.

2. Informe sobre la gestión política del CC del PC(b) de Rusia, presentado el 8 de marzo.

Camaradas: Como sabéis, la gestión política del CC guarda, naturalmente, una relación tan estrecha con toda la labor del partido, con toda la labor de las instituciones soviéticas y con toda la marcha de la revolución que, al menos a mi juicio, no puede hablarse de un informe de rendición de cuentas en el sentido exacto y literal de las palabras. Y concibo mi tarea en el aspecto de que debo esforzarme por destacar algunos de los hechos más importantes: lo que, a mi entender, constituye, por decirlo así, los puntos nodulares de nuestro trabajo y de la política soviética durante este año, lo más característico de la experiencia vivida y lo que nos proporciona más materia para reflexionar sobre las causas que han determinado la marcha de la revolución, sobre el significado de los errores cometidos -y hemos cometido no pocos- y sobre las enseñanzas que de aquí se desprenden para el futuro. Porque, por natural que sea la tarea de rendir cuenta de la gestión durante el año transcurrido, por obligatoria que sea para el CC y por interesante que resulte de por sí para el partido, las tareas de la lucha que nos espera y que ya se está desplegando son tan impostergables, tan difíciles y tan arduas y hasta tal punto nos agobian que, quiérase o no, toda nuestra atención está puesta precisamente en hacer las deducciones más pertinentes de la experiencia vivida y en cumplir de la mejor manera las tareas del presente y del futuro que reclaman toda nuestra atención.

El primero de los puntos nodulares de nuestro trabajo que durante este año reclaman más la atención y con los que, a mi parecer, están más relacionados nuestros errores, es la transición de la guerra a la paz. Es probable que todos vosotros, o cuando menos la mayoría, recordéis que, en el transcurso de tres años y medio, hemos hecho ya varias veces esta transición sin que la hayamos terminado una sola. Por lo visto, tampoco ahora la llevaremos a cabo, porque los intereses vitales del capitalismo internacional están profundamente ligados al deseo de impedirlo. Recuerdo que ya en abril de 1918, es decir, hace tres años, tuve ocasión de hablar ante el CEC de toda Rusia de nuestras tareas, que entonces se formulaban diciendo que la fase principal de la guerra civil había terminado, cuando, en realidad, no hacía más que empezar. Todos recordaréis que en el anterior congreso del partido basamos nuestros cálculos en esta transición a la edificación pacífica, suponiendo que las enormes concesiones que hicimos entonces a Polonia[4] nos asegurarían la paz. Pero ya en abril comenzó la ofensiva de la burguesía polaca, que, junto con los imperialistas de los países capitalistas, interpretó nuestro afán de paz como un signo de debilidad, cosa que esa burguesía pagó cara, pues obtuvo una paz más desfavorable. Pero nosotros no conseguimos pasar a la edificación pacífica y tuvimos que concentrar de nuevo la atención principal en la guerra con Polonia y, más tarde, en la liquidación de Wrangel. Eso es lo que determinó el contenido de nuestro trabajo en el año del que rendimos cuenta. De nuevo toda nuestra labor hubo de orientarse a las tareas militares.

Luego comenzó el tránsito de la guerra a la paz, cuando logramos que no quedase en el territorio de la RSFSR ni un solo soldado de los ejércitos enemigos.

Este tránsito ha acarreado tantas conmociones que hemos estado lejísimos de tenerlas todas en cuenta. Es indudable que en ello radica una de las causas principales del cúmulo de errores y desaciertos que hemos cometido en nuestra política durante este período y cuyas consecuencias sufrimos hoy. La desmovilización del ejército, que fue preciso crear en un país que había soportado una tensión de gravedad inaudita, que fue preciso crear después de varios años de guerra imperialista; la desmovilización del ejército, cuyo retorno ofreció extraordinarias dificultades por el estado de nuestros medios de transporte y, además, en un momento en que sufríamos el azote del hambre como consecuencia de la mala cosecha y de la escasez de combustible, que paralizó en grado considerable el transporte; esta desmovilización nos impuso, como vemos ahora, tareas que no supimos calibrar, ni mucho menos, por completo. Aquí radican en buena parte las causas de

toda una serie de crisis: la económica, la social y la política. Ya a fines del año pasado tuve ocasión de señalar que entre las principales dificultades de la próxima primavera figurarían las relacionadas con la desmovilización del ejército. Tuve ocasión de señalar eso también el 30 de diciembre en una gran discusión, en la que, probablemente, participasteis muchos de vosotros. Debo decir que entonces apenas si nos imaginábamos la magnitud de estas dificultades: entonces no veíamos aún hasta qué punto las dificultades no serían sólo de carácter técnico, hasta qué punto la desmovilización precisamente agravaría todas las calamidades que sufría la República Soviética, extenuada por la anterior guerra imperialista y por la nueva guerra, por la guerra civil. En cierto sentido será acertado decir que justamente la desmovilización viene a hacer que se manifiesten en mayor grado esas calamidades. Durante varios años, el país volcó sus esfuerzos exclusivamente en las tareas militares, ayudó al cumplimiento de estas tareas con todos los medios a su alcance, sin escatimar nada de lo poco que quedaba, de sus escasas reservas y recursos. Sólo al terminar la guerra hemos podido ver hasta dónde llegan la ruina y la miseria, que nos condenan por mucho tiempo a dedicarnos simplemente a restañar las heridas. Pero no podemos siquiera dedicarnos por entero a restañar estas heridas. Las dificultades técnicas de la desmovilización del ejército muestran en grado considerable la magnitud de la ruina, de la que dimana, entre otras cosas, una serie inevitable de crisis de carácter económico y social. La guerra nos ha enseñado, ha enseñado a todo nuestro país, a centenares de miles de hombres, a cumplir únicamente las tareas militares. Y cuando, cumplidas estas tareas militares, una gran parte del ejército encuentra condiciones infinitamente peores, encuentra en el campo dificultades increíbles y, como consecuencia de ello y de la crisis general, no tiene la posibilidad de emplear su trabajo, resulta algo intermedio entre la guerra y la paz. La situación que se perfila es tal que tampoco ahora se puede hablar de paz. Precisamente la desmovilización, el fin de la guerra civil, implica la imposibilidad de concentrar todas nuestras tareas en la edificación pacífica, ya que la desmovilización da lugar a que continúe la guerra, aunque en forma nueva. Cuando decenas y centenares de miles de desmovilizados no pueden aplicar su trabajo, cuando regresan míseros y en la ruina, acostumbrados a hacer la guerra y a ver en ella poco menos que el único oficio, nos sentimos arrastrados a una nueva forma de guerra, a un nuevo tipo de guerra que puede ser definido con una palabra: bandidaje.

El error del CC ha consistido, sin duda, en no calcular las proporciones de estas dificultades derivadas de la desmovilización. Es preciso decir, naturalmente, que no podíamos tener puntos firmes de apoyo para este cálculo, pues la guerra civil era tan difícil que sólo podía haber una norma: todo para la victoria en los frentes de la guerra civil, y nada más. Únicamente ateniéndonos a esta norma y gracias a la inaudita tensión de fuerzas manifestada por el Ejército Rojo en la lucha contra Kolchak, Yudénich y otros, únicamente así pudimos lograr la victoria sobre los imperialistas que habían invadido la Rusia Soviética.

Una vez señalada esta circunstancia fundamental, causa determinante de diversos errores y de una mayor agravación de la crisis, quisiera decir que en la labor del partido y en la lucha de todo el proletariado se ha manifestado toda una serie de incongruencias más graves aún, de equivocaciones en los cálculos o en los planes, y no sólo de equivocaciones en los planes, sino también de errores al determinar la correlación entre las fuerzas de nuestra clase y las de aquellas otras con las que el proletariado debe decidir en colaboración, y a veces en lucha, los destinos de la República. Partiendo de este punto de vista, debemos examinar los resultados de la experiencia vivida, la experiencia política, lo que el CC, por cuanto es el que ha dirigido la política, debe esclarecerse a sí mismo y tratar de esclarecer a todo el partido. Son fenómenos tan diversos como la marcha de nuestra guerra con Polonia y los problemas del abastecimiento y del combustible. Es indudable que en nuestra ofensiva se incurrió en un error al avanzar con excesiva rapidez casi hasta Varsovia. No voy a analizar ahora si el error fue estratégico o político, porque esto me llevaría demasiado lejos; creo que esto deberá ser obra de los futuros historiadores, pues quienes en lucha difícil tienen que seguir defendiéndose de todos los enemigos, no están para dedicarse a investigaciones históricas. Pero, en todo caso, hubo un error, debido a una excesiva valoración de la superioridad de nuestras fuerzas. Sería demasiado complicado dilucidar hasta qué punto esta superioridad de fuerzas dependía de las condiciones económicas, hasta qué punto dependía de que la guerra con Polonia había despertado los sentimientos patrióticos incluso entre los elementos pequeñoburgueses, que no son proletarios en absoluto, que no simpatizan con el comunismo en absoluto, que no apoyan incondicionalmente la dictadura del proletariado y que, a veces, es preciso decirlo, no la apoyan en general. Pero el hecho es que en la guerra con Polonia cometimos cierto error.

Y si tomamos un sector de nuestra actividad como es el del abastecimiento, veremos un error análogo. En relación con el sistema de contingentación y con su cumplimiento, el año del que rendimos cuenta ha sido incomparablemente más favorable que el anterior. Este año, la cantidad de grano acopiado ha pasado de 250 millones de puds. Se consideraba que para el 1 de febrero se habían almacenado ya 235 millones de puds, mientras que durante todo el año

precedente los acopios fueron de 210 millones; es decir, que durante una parte mucho menor del año, los acopios fueron superiores a los de todo el año anterior. Y, sin embargo, ha resultado que de esos 235 millones almacenados para el 1 de febrero gastamos en el primer semestre cerca de 155 millones, es decir, 25 millones de puds al mes, o incluso más, por término medio. Naturalmente, es preciso reconocer que, en general, no hemos sabido distribuir con acierto nuestros recursos cuando éstos han sido mejores que los del año anterior. No hemos sabido apreciar debidamente todo el peligro de la crisis que se cernía sobre nosotros en la primavera y nos hemos dejado llevar por el deseo natural de aumentar el racionamiento a los obreros hambrientos. Claro que es menester decir, a este respecto, que carecíamos de puntos de apoyo para los cálculos. En todos los Estados capitalistas, a pesar de la anarquía, a pesar del caos inherente al capitalismo, sirve de punto de apoyo para los cálculos del programa económico la experiencia de decenios, una experiencia que pueden comparar los Estados capitalistas, de régimen económico homogéneo, los cuales sólo se distinguen por sus pormenores. De esta comparación puede inferirse una ley verdaderamente científica, cierta ley objetiva y cierta regularidad. Nosotros no teníamos ni podíamos tener nada semejante a esa experiencia para tales cálculos; y es completamente natural que cuando, al terminar la guerra, se presentó la posibilidad de dar, por fin, algo más a la población hambrienta, no pudiéramos determinar de golpe la medida exacta. Está claro que debimos haber moderado el aumento de las raciones, creando así cierto fondo de reserva para los días difíciles que habrían de llegar en primavera y que, en efecto, han llegado. Pero no lo hicimos. Fue un nuevo error, y del mismo género que es propio de todo nuestro trabajo: un error que demuestra que el paso de la guerra a la paz nos creó toda una serie de problemas y dificultades para cuya solución carecíamos de experiencia, de preparación y de las condiciones materiales necesarias, por lo que se produjo una acentuación, una agravación, un empeoramiento extraordinarios de la crisis.

Algo análogo ha ocurrido sin duda con el combustible. Este es el problema fundamental de la organización de la economía. Todo el tránsito de la guerra a la paz, todo el tránsito a la edificación económica -de lo que se habló en el anterior congreso del partido, que ha constituido la preocupación principal y ha reclamado la atención principal en la esfera política durante el año del que rendimos cuenta-, todo eso, claro está, no podía menos de tener como base y fundamento el cálculo de la extracción de combustible y su atinada distribución. Sin eso no puede ni hablarse de superar las dificultades ni de restablecer la industria. Es claro que en este sentido nos encontramos en mejores condiciones que el año pasado. Antes estábamos aislados de las zonas hullera y petrolera. Después de las victorias del Ejército Rojo hemos conseguido carbón y petróleo. En todo caso, han aumentado nuestras existencias de combustible. Sabemos que los recursos de combustible con que entramos en el año del que rendimos cuenta eran mayores que en años anteriores. Debido a este aumento cometimos un error al permitir de golpe una distribución de combustible tan amplia que agotó las existencias, y hemos tenido que hacer frente a una crisis de combustible antes de reorganizar el trabajo como es debido. Sobre todas estas cuestiones escucharéis aquí informes especiales; yo no puedo ahora presentaros ni siquiera aproximadamente los datos que existen al respecto. Pero, en todo caso, teniendo en cuenta la experiencia del pasado, debemos decir que este error está relacionado con una idea equivocada del estado de cosas y con la rapidez del paso de la guerra a la paz. Como luego se ha visto, este tránsito sólo es posible a un ritmo bastante más lento de lo que pensábamos. Hace falta una preparación mucho más prolongada, un ritmo más lento: tal es la enseñanza que hemos recibido en el transcurso de este año, enseñanza que el partido en su conjunto deberá tener muy archipresente a fin de determinar nuestras tareas fundamentales para el año próximo y evitar en lo sucesivo los errores mencionados.

Al mismo tiempo es preciso decir, indudablemente, que estos errores y, especialmente, las crisis que de ellos se derivan, se han agravado a causa de la mala cosecha. Aunque he indicado que la labor realizada en la esfera del abastecimiento nos proporcionó, durante el año del que informamos, una cantidad incomparablemente mayor de productos alimenticios, es preciso decir que en esto radicó también una de las causas principales de las crisis, porque debido a la mala cosecha, que originó una escasez inmensa de forrajes, la mortandad del ganado y la ruina de la hacienda campesina, el centro de la contingentación se trasladó a zonas en las que los excedentes de cereales no eran muy grandes. Los excedentes son mucho mayores en distintas regiones periféricas de la República -en Siberia, en el Cáucaso Septentrional-, pero precisamente allí estaba menos organizada la administración soviética, precisamente allí el Poder soviético era menos estable, y el transporte desde dichas regiones ofrecía dificultades muy grandes. Por eso resultó que el aumento de víveres se logró a costa de las provincias donde las cosechas son menores, lo cual vino a agravar en extremo la crisis de la hacienda campesina.

Vemos claro una vez más que no teníamos bien organizada la contabilidad. Por otra parte, nuestra situación era tan apurada que no podíamos elegir. Como es natural, el país, que después de la devastadora guerra imperialista hubo de afrontar una guerra civil tan prolongada, no podía subsistir sino

entregando todas sus fuerzas al frente. Y está claro que un país arruinado no podía hacer otra cosa que incautarse de los excedentes de los campesinos, incluso sin indemnizarles de algún modo. Eso era necesario para salvar al país, al ejército y al poder obrero y campesino. Decíamos a los campesinos: "Naturalmente, entregáis vuestro trigo a crédito al Estado obrero y campesino, pero es que no podéis salvar de otro modo vuestro Estado frente a los terratenientes y los capitalistas". No podíamos proceder de otra manera en las condiciones que nos impusieron con su guerra los imperialistas y capitalistas. No teníamos otra salida. Pero esto hizo que la hacienda campesina se debilitase hasta tal punto, después de una guerra tan prolongada, que la mala cosecha fue una secuela de la reducción de la superficie de siembra, del empeoramiento de los medios de producción, de la disminución del rendimiento por hectárea, de la escasez de mano de obra, etc. La mala cosecha alcanzó proporciones enormes, y el acopio de excedentes agrícolas, que, no obstante, fue mejor de lo que esperábamos, coincidió con una agravación tal de la crisis que quizá nos depare dificultades y calamidades aún mayores en los meses próximos. Esta circunstancia es preciso tenerla muy en cuenta al analizar nuestra experiencia política del año del que informamos y las tareas políticas que debemos plantearnos en el venidero. El año que resumimos ha dejado al próximo las mismas tareas impostergables.

Pasaré ahora a otro punto, de una esfera completamente distinta: a la discusión sobre los sindicatos, que tanto tiempo ha restado al partido. Hoy he tenido ya ocasión de hablar de esto y, como es lógico, me he limitado a afirmar prudentemente que no creo que sean muchos los que no consideren esta discusión un lujo excesivo[*]. Por lo que se refiere a mí, personalmente, no puedo menos de agregar que, a mi parecer, este lujo ha sido verdaderamente inadmisible por completo y que, al permitir semejante discusión, hemos cometido sin duda un error por no ver que en ella sacábamos a primer plano una cuestión que, dadas las condiciones objetivas, no puede figurar en primer plano. Nos hemos permitido este lujo sin advertir hasta qué punto desviábamos nuestra atención de esa misma crisis, de un problema palpitante y amenazador, que tan de cerca nos atañe. ¿Cuáles son los resultados verdaderos de esta discusión, en la que hemos estado enfrascados tantos meses y de la que estamos hastiados o poco menos la mayoría de los aquí presentes? Sobre esto escucharéis informes especiales, pero en el mío yo quisiera llamar la atención a un aspecto del problema: que aquí está justificado, sin duda, el proverbio de que "no hay mal que por bien no venga".

Por desgracia, el mal ha sido un poco demasiado, y el bien demasiado poco. (*Risas.*) Pero, de todos modos, ha habido algo de bien, y consiste en que, al perder tiempo, al desviar la atención de nuestros camaradas de partido de las tareas urgentes de la lucha contra el elemento pequeñoburgués que nos rodea, hemos aprendido, sin embargo, a conocer ciertas relaciones que antes no veíamos. Ha sido bueno que el partido haya tenido que aprender algo en esta lucha. Aunque todos sabíamos que, como partido gobernante, no podíamos menos de fundir las "altas esferas" del partido con las de los Soviets -están fundidas y lo seguirán estando-, el partido ha sacado de esta discusión ciertas enseñanzas que es necesario tener en cuenta. A favor de unas plataformas han votado principalmente las "altas esferas" del partido. Se ha visto que las plataformas que se llamaban a veces "plataformas de la "oposición obrera""[5], y a veces recibían otros nombres, eran una desviación claramente sindicalista. Y ésta no es sólo mi opinión personal, sino la de la inmensa mayoría de los presentes. (*Voces*: "Es cierto".)

El partido ha demostrado tanta madurez en esta discusión que, al comprobar la existencia de ciertas vacilaciones en las "altas esferas", al ver que las "altas esferas" decían: "No hemos logrado ponernos de acuerdo, decid vosotros quién tiene razón", el partido se movilizó para esta tarea con rapidez, y la inmensa mayoría de sus organizaciones más importantes nos respondieron sin demora: "Nosotros tenemos nuestra opinión y os la vamos a decir".

En esta discusión hemos visto varias plataformas. Han sido tantas que yo, por ejemplo, obligado por mi cargo a leerlas, temo que no he cumplido con mi deber y no las he leído todas. (*Risas.*) Ignoro si todos los presentes han dispuesto del tiempo libre necesario para leerlas; pero, en todo caso, hay que decir que esta desviación sindicalista -y, hasta cierto punto, incluso semianarquista-, que se ha puesto de relieve, proporciona mucho material para reflexionar sobre ella. Durante varios meses nos hemos permitido el gran lujo de dilucidar con todo apasionamiento los diversos matices de opinión. Entretanto, la desmovilización del ejército daba lugar al bandolerismo y agravaba la crisis económica. Esta discusión debía habernos ayudado a comprender que nuestro partido, que cuenta ya aproximadamente con no menos de medio millón de militantes e incluso ha rebasado esa cifra, se ha convertido, primero, en un partido de masas, y segundo, en un partido gobernante, y que, por ser un partido de masas, refleja en parte algo de lo que ocurre fuera de sus filas. Es muy importante comprender esto.

No sería de temer una pequeña desviación sindicalista o semianarquista: el partido adquiriría conciencia de ella con rapidez y decisión y se pondría a corregirla. Pero si esa desviación está

[*] Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

relacionada con un predominio gigantesco del campesinado en el país, si este campesinado está más descontento cada día de la dictadura proletaria, si la crisis de la hacienda campesina está llegando al extremo, si el licenciamiento de un ejército formado por campesinos deja en la calle a cientos y miles de hombres extenuados, que no encuentran ocupación, que tienen por oficio la costumbre de hacer exclusivamente la guerra y son los que originan el bandolerismo, no es éste el momento de discutir sobre desviaciones teóricas. Y en el congreso debemos decir claramente: no permitiremos debates sobre desviaciones, hay que poner coto a esto. El congreso del partido puede y debe hacerlo, debe sacar de aquí las enseñanzas pertinentes y agregarlas al informe político del CC, respaldarlas, refrendarlas y convertirlas en una obligación, en una ley para el partido. El ambiente de discusión se va haciendo peligroso en grado sumo, se va convirtiendo en una amenaza directa a la dictadura del proletariado.

Hace varios meses dije a algunos camaradas, con los que hube de ponerme en contacto y polemizar durante la discusión: "¡Cuidado, ahí se oculta una amenaza a la dominación de la clase obrera y a la dictadura de la clase obrera!". Pero ellos replicaron: "Eso es una intimidación, lo que usted quiere es aterrorizarnos"[6]. He tenido que escuchar en varias ocasiones como respuesta a mis observaciones este despropósito de que lo que yo pretendía era aterrorizar. Mi respuesta a eso ha sido que sería ridículo por mi parte intimidar a viejos revolucionarios que habían pasado por todas las pruebas. Pero cuando veis hasta dónde llegan las dificultades de la desmovilización, no puede ya caber duda de que, además de no existir el propósito de aterrorizar a nadie, no se trataba siquiera del acaloramiento propio de toda discusión; de lo que se trataba era de indicar con exactitud la nueva situación que tenemos hoy, de hacer ver que necesitamos cohesión, aguante y disciplina, no sólo porque sin estas cualidades un partido proletario no puede trabajar compenetrado, sino porque la primavera ha creado y ha de crear aún condiciones difíciles en las que no podemos actuar si no existe entre nosotros la máxima cohesión. Estas son las dos enseñanzas principales que creo sabremos sacar, pese a todo, de la discusión. Por eso opino que es preciso decir que si nos hemos permitido ese lujo y hemos dado al mundo un ejemplo admirable de cómo un partido colocado en las condiciones más difíciles de una lucha desesperada presta una atención inaudita a esclarecer detalladamente los distintos pormenores de las plataformas –y eso en las circunstancias de mala cosecha y crisis, de ruina y desmovilización-, ahora sacaremos de estas enseñanzas una conclusión política. No sólo una conclusión que haga ver este o el otro error, sino una conclusión política que se refiera a las relaciones entre las clases, entre la clase obrera y el campesinado. Estas relaciones no son las que nosotros pensábamos. Exigen del proletariado una cohesión y una concentración de fuerzas incomparablemente mayores. Representan en la dictadura del proletariado un peligro mucho mayor que todos los Denikin, Kolchak y Yudénich juntos. ¡A este respecto nadie debe equivocarse, porque eso sería lo más funesto! Las dificultades derivadas de este elemento pequeñoburgués son grandes, para vencerlas hace falta una gran cohesión -y no sólo de forma-, hace falta un trabajo conjunto y bien compenetrado, hace falta una voluntad única, pues sólo con una voluntad única de las masas proletarias puede el proletariado acometer en un país campesino las gigantescas tareas de su dictadura y de su dirección.

La ayuda de los países de Europa Occidental llega, pero no con tanta rapidez. Llega y crece.

En la sesión de esta mañana he indicado ya que uno de los factores más importantes del período del que rendimos cuenta -también esto guarda estrecha relación con la actividad del CC- es la organización del II Congreso de la Internacional Comunista*. Naturalmente, la revolución internacional ha dado ahora un gran paso adelante en comparación con el año pasado. Naturalmente, la Internacional Comunista, que cuando celebró su congreso el año pasado no existía sino en forma de proclamas, existe hoy como un partido independiente en cada país, y no sólo como un partido de vanguardia: el comunismo ha pasado a ser la cuestión central de todo el movimiento obrero en su conjunto. En Alemania, Francia e Italia la Internacional Comunista se ha convertido no sólo en el centro del movimiento obrero, sino en el centro de la atención de toda la vida política de estos países. El otoño pasado no había periódico alemán o francés que no hablase a cada paso de Moscú y de los bolcheviques, propinándonos toda suerte de calificativos y haciendo de los bolcheviques y de las 21 condiciones de ingreso en la III Internacional[7] la cuestión central de toda su vida política. ¡Esa es una conquista nuestra que nadie nos podrá arrebatar! Eso muestra cómo madura la revolución internacional y, a la par, cómo se agrava en Europa la crisis económica. De todos modos, si hiciéramos la deducción de que en breve plazo va a llegar de allí la ayuda en forma de una revolución proletaria firme, seríamos sencillamente unos locos, y estoy seguro de que en esta sala no hay hombres así. En estos tres años hemos aprendido a comprender que las esperanzas puestas en la revolución internacional no significan que la revolución vaya a estallar a plazo fijo; hemos aprendido que el ritmo de desarrollo, cada vez más rápido, puede traer la revolución para la primavera y puede no traerla. Por eso debemos saber amoldar

* Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

nuestra actuación a las correlaciones de las fuerzas de las clases en nuestro país y en otros países, de modo que estemos durante largo tiempo en condiciones de mantener la dictadura del proletariado y de superar, aunque sea paulatinamente, los infortunios y las crisis que se nos vienen encima. Un planteamiento así será el único justo y sensato.

Paso ahora a un punto que se refiere a la gestión del CC durante el año transcurrido y se aproxima mucho a las tareas que tenemos planteadas. Es el de las relaciones con el extranjero.

Hasta el IX Congreso del partido, nuestra atención y todos nuestros esfuerzos estuvieron encaminados a lograr la transición de las relaciones de guerra con los países capitalistas a las relaciones de paz y de comercio. Dimos para ello todo género de pasos diplomáticos y salimos vencedores sobre gentes de la diplomacia que, indudablemente, eran de gran talla. Cuando, por ejemplo, los representantes de Norteamérica o de la Sociedad de las Naciones[8] nos propusieron el cese de las hostilidades contra Denikin y Kolchak en determinadas condiciones, creyeron que nos veríamos colocados en una situación difícil. En realidad, quienes se vieron en una situación difícil fueron ellos, mientras que nosotros logramos una victoria colosal en el terreno diplomático. Ellos fueron quienes se llevaron un chasco, viéndose obligados a dar marcha atrás y a retirar sus condiciones, hecho que fue denunciado después por todas las publicaciones diplomáticas y por la prensa del mundo entero. Pero una victoria diplomática es poco en demasía para que nos demos por satisfechos. Necesitamos verdaderas relaciones comerciales, y no sólo victorias diplomáticas. Pero únicamente en el transcurso de este año han comenzado a prosperar algo las relaciones comerciales. Se planteó la cuestión de las relaciones comerciales con Inglaterra, cuestión que, a partir del verano último, ha pasado a ser el punto central. La guerra con Polonia nos hizo retroceder mucho en este sentido. Inglaterra estaba ya dispuesta a firmar el acuerdo comercial. La burguesía inglesa quería este acuerdo; la Corte inglesa no lo quería, se esforzaba por malograrlo; la guerra con Polonia lo aplazó. El resultado es que este asunto sigue sin resolver hasta la fecha.

Según parece, los periódicos de hoy informan que Krasin ha declarado a la prensa londinense que espera se llegue rápidamente a la firma de un tratado comercial[9]. No sé si está garantizado del todo el cumplimiento de esta esperanza. No puedo decir si va a ocurrir así en realidad; pero, por mi parte, debo agregar que en el Comité Central hemos dedicado a este problema una gran atención y hemos considerado justa nuestra táctica de hacer concesiones para lograr un acuerdo comercial con Inglaterra. Y no tanto porque podríamos recibir de este país más que de otros (Inglaterra, en este sentido, no es un país tan avanzado como, por ejemplo, Alemania y Norteamérica). Inglaterra es un país colonialista, demasiado interesado en la política asiática y, a veces, demasiado sensible a los éxitos del Poder soviético en algunas naciones situadas no lejos de las colonias británicas. A causa de ello se registra cierta inestabilidad especial de nuestras relaciones con Inglaterra. Inestabilidad debida a un cúmulo tan objetivo de causas que, en este caso, de nada servirá el arte de los diplomáticos soviéticos, por grande que sea. Pero lo que nos interesa es el tratado comercial con Inglaterra debido a la oportunidad que se ofrece de un tratado con Norteamérica, cuyas posibilidades de producción son mucho mayores.

En relación con esto se plantea el problema de la entrega de empresas en régimen de concesión. Durante el año transcurrido nos hemos ocupado de él más que antes. El 23 de noviembre se promulgó un decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo en el que se expone este problema en la forma más aceptable para los capitalistas extranjeros. Cuando en los medios del partido hubo algunos malentendidos al respecto, o una comprensión incompleta del problema, se celebraron varias reuniones de personas que desempeñan cargos de responsabilidad en las que se discutió el asunto. En general, este problema no ha originado discrepancias, aunque han llegado hasta nosotros no pocas protestas de obreros y campesinos. Se ha dicho lo siguiente: "Hemos expulsado a nuestros capitalistas y ahora se quiere llamar a capitalistas extranjeros". Como es natural, en el CC no había datos estadísticos -y, en general, ninguna estadística del mundo podría reflejarlo y esclarecerlo-, de hasta qué punto esas protestas eran producto de la inconsciencia, de hasta qué punto reflejaban los cálculos de los kulaks o de la parte francamente capitalista de los sin partido que se consideran con derecho legítimo a ser en Rusia capitalistas, y además con poder, en lugar de atraer capital extranjero sin poder, y hasta qué punto lo uno o lo otro ha desempeñado en ello su papel. Pero, en todo caso, con este decreto hemos dado un paso para iniciar relaciones basadas en la explotación de empresas en régimen de concesión. Es preciso decir que, en la práctica -y esto no hay que olvidarlo nunca-, no hemos conseguido establecer ni una sola concesión. Nuestras discusiones giran en torno a si debemos esforzarnos por lograr establecerlas a toda costa. Que lo consigamos o no depende del capital internacional, y no de nuestras discusiones. El 1 de febrero de este año, el Consejo de Comisarios del Pueblo dictó otra disposición sobre las concesiones. El primer punto dice: "Aprobar en principio la entrega de concesiones de petróleo en Grozni y Bakú y en otros yacimientos en explotación y dar comienzo a las negociaciones, llevándolas con celeridad".

Este problema ha dado lugar a ciertas polémicas. La entrega de concesiones precisamente en Grozni y Bakú ha sido considerada por algunos camaradas un desacierto que puede suscitar oposición entre los obreros. La mayoría del CC y yo personalmente hemos sostenido el criterio de que las quejas no estén, quizá, justificadas.

La mayoría del CC y yo personalmente hemos sustentado el punto de vista de que estas concesiones son necesarias y os vamos a rogar que respaldéis con vuestra autoridad este punto de vista. Necesitamos de todo punto este convenio con los trusts estatales de otros países adelantados debido a que nuestra crisis económica es tan profunda que, de no recibir del extranjero utillaje y ayuda técnica, no podremos restaurar con nuestras propias fuerzas la economía en ruinas. La simple importación de este utillaje es insuficiente. Se pueden entregar concesiones en condiciones más vastas, quizá, a los principales consorcios imperialistas -la cuarta parte de Bakú, la cuarta parte de Grozni, la cuarta parte de nuestras mejores reservas forestales- para asegurar así la obtención de utillaje y crear la base necesaria según la última palabra de la técnica; además, a cambio de esto recibiríamos el utillaje que necesitamos para la otra parte. De este modo podríamos alcanzar, por lo menos en cierto grado, aunque no sea más que en una cuarta parte o en la mitad, a los modernos consorcios avanzados de otros países. Nadie que examine con un criterio algo realista el actual estado de cosas puede dudar de que sin eso nos encontraremos en una situación muy difícil y no alcanzaremos a los consorcios sin una tensión colosal de todas nuestras fuerzas. Las negociaciones con algunos de los mayores trusts del mundo han comenzado ya. Está claro que, por parte de ellos, eso no es un simple servicio que nos prestan: lo hacen pura y exclusivamente para recibir ganancias fabulosas. Expresándonos con el lenguaje de los diplomáticos pacíficos, el capitalismo contemporáneo es un bandolero, un trust de bandoleros, no es el viejo capitalismo de los tiempos normales: se embolsa ganancias de varios centenares por cien, aprovechándose de su situación monopolista en el mercado mundial. Claro que eso nos saldrá muy caro; pero como la revolución mundial se hace esperar, no hay otra salida. No tenemos ninguna otra posibilidad de conseguir que nuestra técnica alcance el nivel contemporáneo. Y si en una de las crisis cambiara bruscamente en sentido favorable el ritmo de desarrollo de la revolución mundial, y ésta se produjera antes de haber caducado los plazos de las concesiones, los compromisos dimanantes de ellas no serían tan graves como los estipulados en el papel.

El Consejo de Comisarios del Pueblo acordó el 1 de febrero de 1921 comprar en el extranjero 18.500.000 puds de hulla, pues ya entonces se barruntaba nuestra crisis de combustible. Entonces se puso ya en claro que tendríamos que gastar nuestras reservas de oro no sólo en la adquisición de maquinaria. Esta maquinaria elevaría nuestra producción hullera; desde el punto de vista de nuestra economía, sería mejor adquirir en el extranjero máquinas para fomentar la industria hullera que comprar carbón; pero la crisis era tan grave que hubo necesidad de renunciar a este método, mejor en el aspecto económico, y pasar a otro peor, desembolsando medios en la compra de hulla que hubiéramos podido extraer en nuestro propio país. Aún tendremos que ceder más a fin de comprar artículos de consumo para los campesinos y los obreros.

Quisiera hablar ahora de los sucesos de Cronstadt[10]. No conozco aún las últimas noticias, pero no dudo de que esta sublevación, que ha dejado entrever en seguida la conocida figura de los generales blancos, será liquidada en los días próximos, si no en las horas próximas. De eso no puede caber duda. Pero tenemos que sopesar detenidamente las enseñanzas políticas y económicas de lo sucedido.

¿Qué significa? El paso del poder político de manos de los bolcheviques a un conglomerado indefinido o bloque de elementos heterogéneos, aparentemente sólo algo más derechistas y hasta tal vez "más izquierdistas" que los bolcheviques: así es de indefinido el conjunto de grupos políticos que ha intentado en Cronstadt tomar el poder. Es indudable que, al mismo tiempo, los generales blancos -todos vosotros lo sabéis- han desempeñado en ello un importante papel. Está plenamente demostrado. Dos semanas antes de los sucesos de Cronstadt se informaba ya en los periódicos de París que en Cronstadt había un levantamiento. Es claro como la luz del día que eso es obra de los esetistas[11] y de los guardias blancos emigrados; pero, al mismo tiempo, este movimiento se ha reducido a una contrarrevolución pequeñoburguesa, a un movimiento del elemento anarquista pequeñoburgués. Y eso es ya algo nuevo. Esta circunstancia, relacionada con todas las crisis, debe ser tenida muy en cuenta desde el punto de vista político y examinada con todo detalle. En este caso se ha manifestado el elemento anarquista, pequeñoburgués, con la consigna de libertad de comercio y dirigido siempre contra la dictadura del proletariado. Y este estado de ánimo se ha dejado sentir mucho en el proletariado. Se ha dejado sentir en las empresas de Moscú y en las empresas de toda una serie de poblaciones en provincias. Esta contrarrevolución pequeñoburguesa es sin duda de mayor peligro que Denikin, Yudénich y Kolchak juntos, porque nos las vemos con un país donde el proletariado constituye la minoría y donde la ruina abarca a la propiedad campesina. Además, estamos ante la desmovilización del ejército, que ha

proporcionado elementos sediciosos en cantidad increíble. Por pequeño e insignificante que pudiera parecer al principio este, llamémoslo así, desplazamiento del poder que reclamaban los marinos y los obreros de Cronstadt -ellos querían corregir a los bolcheviques en materia de libertad de comercio; aunque aparentemente se trate de un desplazamiento de poca monta, aunque aparentemente la consigna sea la misma de "Poder soviético", pero ligeramente modificado o sólo corregido-, la realidad es que los elementos sin partido han servido sólo de estribo, de escalón, de puente por el que luego han hecho acto de presencia los guardias blancos. Esto es inevitable en el sentido político. Hemos visto a los elementos pequeñoburgueses y anarquistas en la revolución rusa, y los hemos combatido durante decenas de años. Desde febrero de 1917 hemos visto a estos elementos pequeñoburgueses en acción, durante la gran revolución, y hemos visto los intentos de los partidos pequeñoburgueses de pregonar que su programa se diferencia poco del de los bolcheviques, pero lo aplican con otros métodos. Conocemos eso no sólo por la experiencia de la Revolución de Octubre, sino también por la experiencia de las regiones periféricas, de las distintas partes que integraban el antiguo Imperio de Rusia, en las que el Poder soviético era sustituido por los representantes de otro poder. ¡Recordemos el Comité democrático de Samara![12] Todos ellos acudían con consignas de igualdad, libertad y Constituyente, y todos ellos fueron muchas veces simple escalón y puente para dar paso al poder de los guardias blancos.

Y debemos extraer de toda esa experiencia todas las deducciones inexcusables en teoría para un marxista, porque el Poder soviético vacila en virtud de la situación económica. La experiencia de toda Europa muestra en la práctica cómo terminan los intentos de nadar entre dos aguas. Por eso precisamente debemos decir a este respecto que los roces políticos suponen un gravísimo peligro. Debemos estar muy alertas con esta contrarrevolución pequeñoburguesa, que proclama la consigna de libertad de comercio. La libertad de comercio, incluso si al principio no está tan ligada con los guardias blancos como lo ha estado Cronstadt, lleva inevitablemente al campo de los guardias blancos, a la victoria del capital, a su restauración completa, Y, repito, debemos ver claramente este peligro político.

Este peligro nos muestra lo que yo decía, al hablar de nuestras discusiones sobre las plataformas*. Ante este peligro debemos comprender que hemos de poner fin a las discusiones en el seno del partido, y no sólo por lo que respecta a la forma. Eso es claro que lo haremos, ¡pero es poco! Necesitamos tener presente que es preciso abordar la cuestión de un modo más serio.

Debemos comprender que, en las condiciones de crisis de la hacienda campesina, sólo podemos subsistir apelando a esta misma hacienda campesina para ayudar a la ciudad y al campo. No debemos olvidar que la burguesía procura malquistar a los campesinos con los obreros, procura indisponer con éstos al elemento anárquico pequeñoburgués, proclamando consignas de los obreros, lo que conduciría directamente al derrocamiento de la dictadura del proletariado y, por consiguiente, a la restauración del capitalismo, del antiguo poder de los terratenientes y capitalistas. En este terreno existe un evidente peligro político. Ese camino, que siguieron claramente diversas revoluciones y que siempre hemos señalado como uno de los peligros, se ha perfilado ante nosotros con claridad. Y exige, sin ningún género de dudas, que el Partido Comunista, partido gobernante, y los elementos revolucionarios dirigentes del proletariado tengan una actitud distinta de la que hemos venido manteniendo con frecuencia durante este último año. ¡Ante tal peligro hace falta indudablemente más cohesión, más disciplina, mayor compenetración en el trabajo! Sin eso será imposible hacer frente a los peligros que nos depara el destino.

Veamos ahora las cuestiones económicas. ¿Qué significa esta consigna de libertad de comercio, planteada por el elemento pequeñoburgués? Significa que en las relaciones entre el proletariado y los pequeños agricultores hay problemas difíciles, hay tareas que no hemos cumplido todavía. Me refiero a la actitud del proletariado victorioso ante los pequeños propietarios cuando la revolución proletaria se desarrolla en un país donde el proletariado está en minoría y donde la mayoría es pequeñoburguesa. La misión del proletariado en un país así consiste en dirigir la transición de estos pequeños propietarios al trabajo en común, al trabajo conjunto, colectivo. Esto es indudable en el terreno teórico. Nos hemos referido a este paso en diversas disposiciones legislativas; pero sabemos que no se trata de las disposiciones legislativas, sino de la realización práctica; sabemos que esto se puede garantizar cuando se posee una robustísima gran industria capaz de proporcionar al pequeño productor tales beneficios que vea en la práctica las ventajas de esa gran hacienda.

Así han planteado siempre en teoría la cuestión los marxistas y todos los socialistas que pensaban en la revolución social y en sus tareas. Pero en nuestro país se da la primera peculiaridad, justamente la peculiaridad de que ya he hablado y que es propia de Rusia en sumo grado: tenemos no sólo una minoría, sino una considerable minoría proletaria y una inmensa mayoría campesina. Y las condiciones en que hemos tenido que defender la revolución han hecho que el cumplimiento de nuestras tareas sea de

* Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

una dificultad inaudita. No hemos podido mostrar en la práctica todas las ventajas de la gran producción, ya que está destruida, se encuentra en el más lamentable estado y sólo es posible restaurarla imponiendo sacrificios a los propios pequeños agricultores. Hay que levantar la industria, mas para ello hace falta combustible; y si hace falta combustible, hay que contar con leña; pero contar con leña significa contar con el campesino y su caballo. En las condiciones de crisis, de falta de piensos y de mortandad del ganado, el campesino debe conceder un crédito al Poder soviético en aras de la gran industria, de la cual no recibe nada por ahora. Tal es la situación económica que crea inmensas dificultades y obliga a calar más hondo en el problema de la transición de la guerra a la paz. En tiempos de guerra no podemos administrar sino diciendo a los campesinos: "Es necesario conceder un crédito al Estado obrero y campesino para que pueda salir de esta difícil situación". Cuando dirigimos toda nuestra atención al restablecimiento de la economía, debemos saber que no tenemos más que pequeños agricultores, pequeños propietarios, pequeños productores que trabajarán para el mercado hasta que se logre la plena victoria de la gran producción, su restauración. Pero esta restauración es imposible sobre la vieja base: será obra de muchos años, no menos de un decenio, y dado nuestro estado de ruina, probablemente más. Mientras tanto, durante muchos años tendremos que tratar a estos pequeños productores como a tales, y la consigna de libertad de comercio será inevitable. El peligro de esta consigna no estriba en que sirva para encubrir los designios de los guardias blancos y de los mencheviques[13], sino en que pueda alcanzar difusión, a pesar del odio de esas mismas masas campesinas a los guardias blancos. Esta consigna alcanzará difusión porque corresponde a las condiciones económicas de existencia del pequeño productor. Partiendo de estas consideraciones, el CC ha acordado sustituir el sistema de contingentación por el impuesto en especie, ha abierto una discusión sobre este problema, lo ha planteado hoy abiertamente en el congreso y vosotros lo habéis aprobado con vuestra resolución. El problema del impuesto en especie y del sistema de contingentación está planteado en nuestra legislación desde hace mucho, desde fines de 1918. La ley del impuesto en especie data del 30 de octubre de dicho año. Esta ley, la del impuesto en especie para los agricultores, se aprobó, pero no se puso en vigor. Una vez promulgada, se dictaron diversas instrucciones en el transcurso de varios meses y quedó sin efecto. Por otra parte, la incautación de los excedentes de las haciendas campesinas fue una medida absolutamente necesaria, impuesta por la guerra, pero en modo alguno corresponde a las condiciones en que debe desenvolverse la hacienda campesina en tiempo de paz. Los campesinos necesitan la seguridad de qué entregan determinada parte de su producción, pero podrán disponer de la otra parte para venderla en el mercado local.

Toda nuestra economía, tanto en conjunto como en sus diversas partes, ha estado enteramente supeditada a las necesidades de la guerra. Teniéndolas en cuenta, debimos acopiar una determinada cantidad de víveres sin tomar absolutamente en consideración las repercusiones que esta medida pudiera tener en la circulación general de mercancías. Ahora, cuando pasamos de los problemas de la guerra a los problemas de la paz, comenzamos a mirar el impuesto en especie de otra manera: lo miramos no sólo desde el punto de vista de los intereses del Estado, sino también desde el punto de vista de que las pequeñas haciendas campesinas estén abastecidas. Debemos comprender las formas económicas de protesta de los pequeños propietarios agrícolas contra el proletariado, formas que se han manifestado ya y que se exacerban en la presente crisis. Debemos esforzarnos por hacer lo más posible en este terreno. Eso es lo de mayor importancia para nosotros. Dar a los campesinos la posibilidad de cierta libertad en el mercado local, sustituir el sistema de contingentación por el impuesto en especie para que los pequeños propietarios puedan calcular mejor el volumen de su producción, estableciéndolo conforme al impuesto. Por supuesto, sabemos que en la situación que nos rodea es muy difícil hacer eso. La superficie de siembra, el rendimiento de los cultivos y los medios de producción son menos; indudablemente, los excedentes son menores y, en muchos casos, no existen. Hay que tener en cuenta estas condiciones como un hecho de la vida real. Los campesinos deben soportar algunas privaciones para librar a las fábricas y a las ciudades del hambre total que sufren ahora. A escala de todo el Estado, esto se comprende perfectamente; pero no confiamos en que lo comprendan también los propietarios agrícolas, dispersos y arruinados. Sabemos que no podemos prescindir de los métodos coercitivos, ante los cuales reaccionan tan vivamente los campesinos arruinados. Tampoco hay que creer que esta medida nos va a poner a salvo de la crisis. Pero, al mismo tiempo, nos proponemos hacer las máximas concesiones con objeto de colocar a los pequeños productores en las mejores condiciones para que puedan manifestar todas sus energías. Hasta ahora nos hemos adaptado a las tareas de la guerra. Ahora debemos adaptarnos a las condiciones de los tiempos de paz. Es la tarea que se ha planteado el CC: pasar al impuesto en especie a condición de que subsista el poder proletario, y esta tarea guarda estrecha relación con la entrega de empresas en régimen de concesión. Vais a examinar de manera especial dicha tarea, que requiere singular atención. Por medio de las concesiones, el poder

proletario puede asegurarse un acuerdo con los Estados capitalistas de los países adelantados. Y de este acuerdo depende el fortalecimiento de nuestra industria, sin lo cual no podremos avanzar hacia el régimen comunista. Por otra parte, en este período de transición, en un país en el que predomina el campesinado, debemos saber pasar a la adopción de medidas que aseguren las condiciones económicas de existencia de los campesinos, a la adopción del máximo de medidas para aliviar su situación económica. Mientras no transformemos a los campesinos, mientras no los transforme la gran producción mecanizada, debemos asegurarles la posibilidad de llevar libremente su hacienda. La situación en que nos encontramos ahora es intermedia, nuestra revolución subsiste rodeada de países capitalistas. Mientras sigamos en esta situación, nos vemos obligados a buscar formas extraordinariamente complejas de relaciones recíprocas. Agobiados por la guerra, no podíamos centrar la atención en organizar las relaciones económicas ni las formas de convivencia entre el poder estatal proletario, dueño de una gran producción increíblemente arruinada, y los pequeños agricultores, que, mientras sigan siéndolo, no pueden subsistir sin que se asegure a las pequeñas haciendas un cierto sistema de mercado. Creo que, en los momentos actuales, éste es el problema económico y político más importante para el Poder soviético. Creo que este problema cerrará el balance político de nuestro trabajo al terminar el período de guerra e iniciar el paso a la situación de paz en el año del que rendimos cuenta.

Este paso va acompañado de tales dificultades y ha puesto tan de manifiesto al elemento pequeñoburgués que es preciso verlo con toda serenidad. Enfocamos esta serie de fenómenos desde el punto de vista de la lucha de las clases, y jamás hemos caído en el error de pensar que las relaciones del proletariado con la pequeña burguesía no constituyen un problema difícil que requiera medidas complejas o, mejor dicho, todo un sistema de complicadas medidas de transición para que triunfe el poder proletario. El hecho de que a fines de 1918 dictáramos un decreto sobre el impuesto en especie indica que esta cuestión preocupaba a los comunistas, pero que entonces no pudimos resolverla debido a las circunstancias de la guerra. Durante la guerra civil tuvimos que adoptar medidas propias de los tiempos de guerra. Pero sería el más burdo error sacar de ahí la conclusión de que sólo son posibles medidas y relaciones de este tipo. Eso significaría, sin duda alguna, la bancarrota del Poder soviético y de la dictadura del proletariado. Cuando el paso a la paz se efectúa en plena crisis económica, hace falta recordar que es más fácil edificar el Estado proletario en un país de gran producción que en un país en el que predomina la pequeña producción. Esta tarea exige toda una serie de enfoques, y en modo alguno cerramos los ojos ante esas dificultades ni olvidamos que una cosa es el proletariado y otra la pequeña producción. No olvidamos que hay diferentes clases, que la contrarrevolución anárquica pequeñoburguesa es un escalón político que conduce al campo de los guardias blancos. Tenemos que mirar las cosas cara a cara, con serenidad, conscientes de que son imprescindibles, por un lado, la máxima cohesión, firmeza y disciplina dentro del partido proletario y, por otro, toda una serie de medidas económicas que no hemos podido aplicar hasta ahora a causa de las circunstancias de la guerra. Debemos reconocer que es necesario arrendar empresas en régimen de concesión y comprar máquinas y aperos para satisfacer las necesidades de la agricultura con el fin de proporcionar instrumentos de trabajo a cambio de cereales y establecer así unas relaciones entre el proletariado y el campesinado que aseguren a éste la existencia en tiempo de paz. Espero que aún tendremos ocasión de tratar de esto, y repito que, a juicio mío, es un problema importante. El año transcurrido, que debe ser caracterizado como el año de transición de la guerra a la paz, nos plantea tareas sumamente arduas.

Para terminar, diré sólo dos palabras sobre la lucha contra la burocracia, cuestión que nos ha llevado tanto tiempo. Este problema fue abordado por el CC ya en el verano del año pasado; en agosto, el CC lo planteó en una carta a todas las organizaciones, en septiembre fue puesto a discusión en la conferencia del partido y, por último, en diciembre fue planteado en el congreso de los Soviets con mayor amplitud. Es incuestionable que existe una plaga burocrática; ha sido reconocida y hay que combatirla con eficacia. Naturalmente, en algunas plataformas de la discusión a que hemos asistido, esta cuestión se ha planteado, por lo menos, con ligereza, y, en muchos casos, ha sido enfocada con un criterio pequeñoburgués. Es indudable que, en los últimos tiempos, se ha observado efervescencia y descontento entre los obreros sin filiación política. En las asambleas de obreros sin filiación política, celebradas en Moscú, se ha visto claramente que convierten la democracia y la libertad en una consigna que conduce al derrocamiento del Poder soviético. Muchos o, por lo menos, algunos representantes de la "oposición obrera" han combatido este mal, este espíritu contrarrevolucionario pequeñoburgués, y han afirmado: "Nos uniremos contra eso". Y, en efecto, han sabido dar pruebas de la máxima cohesión. No sé si son así todos los partidarios del grupo de la "oposición obrera" y de otros grupos con plataforma semisindicalista. Es preciso que en este congreso lleguemos a enterarnos mejor, es preciso que comprendamos que la lucha contra la burocracia es absolutamente necesaria y tan compleja como la

lucha contra el elemento pequeñoburgués. La burocracia ha adquirido en nuestro régimen estatal las proporciones de lacra de tal cariz que ha sido necesario hablar de ella en el programa de nuestro partido, por cuanto está vinculada al elemento pequeñoburgués y a su dispersión. Tales dolencias pueden curarse únicamente con los esfuerzos unidos de los trabajadores, para que éstos, además de aplaudir los decretos de la Inspección Obrera y Campesina[14] -¿son pocos, acaso, los decretos acogidos con aplausos?-, sepan ejercer su derecho por conducto de la Inspección Obrera y Campesina, cosa que no ocurre ahora ni en el campo, ni en las ciudades, ¡ni siquiera en las capitales! A menudo no se sabe ejercer este derecho ni aun en los sitios en que más se clama contra la burocracia. Es necesario prestar mucha, muchísima atención a esta circunstancia.

En este terreno observamos con frecuencia que, al combatir este mal, algunas personas quieren, quizá sinceramente, ayudar al partido proletario, a la dictadura proletaria, al movimiento proletario; pero, de hecho, ayudan al elemento anárquico pequeñoburgués que ha demostrado reiteradamente en el transcurso de la revolución ser el enemigo más peligroso de la dictadura proletaria. Ahora -y ésta es la conclusión y la enseñanza fundamental del año transcurrido-, ese elemento ha demostrado de nuevo que es el enemigo más peligroso, el que mejor puede contar con partidarios y con apoyo en un país como el nuestro, el que puede cambiar el estado de ánimo de las grandes masas e incluso influir en una parte de los obreros no afiliados al partido. La situación del Estado proletario se hace así muy difícil. Si no lo comprendemos, si no extraemos esta enseñanza y no convertimos este congreso en un punto de viraje - tanto en la política económica como en el sentido de la máxima cohesión del proletariado-, se nos podrán aplicar las tristes palabras de no haber sabido olvidar lo que es preciso olvidar, a veces vacuo y mezquino, y de no haber aprendido nada de lo mucho y serio que hemos debido aprender en este año de revolución. ¡Confío en que eso no ocurrirá! (*Clamorosos aplausos*.)

Publicado el 10 de marzo de 1921 en el núm. 53 de "Pravda" y en el núm. 53 de "Izvestia del CEC de toda Rusia".

T. 43, págs. 7-33.

3. Discurso acerca de los sindicatos, pronunciado el 14 de marzo.

Camaradas: El camarada Trotski ha polemizado hoy conmigo con singular cortesía y me ha reprochado o tildado de archiprudente. Le agradezco el cumplido y lamento no poder devolvérselo. Todo lo contrario, tendré que hablar de mi imprudente amigo para exponer el enfoque del error que tanto tiempo me ha hecho perder y que nos obliga ahora a proseguir el debate sobre los sindicatos sin pasar a problemas de mayor actualidad. El camarada Trotski hizo en *Pravda*[15] del 29 de enero de 1921 su resumen de la discusión sindical. En su artículo *Hay discrepancias, pero ¿a qué viene la confusión?* me acusó de ser el responsable de esta confusión, de haber planteado el problema de quién empezó. La acusación se vuelve por completo contra Trotski: es él precisamente quien quiere cargar sus culpas en cabeza ajena. Porque su folletín se basaba en que era él quien planteaba el problema del papel de los sindicatos en la producción y que era preciso discutirlo. No es cierto que fuera eso lo que motivara las discrepancias y les imprimiera un matiz morboso. Y por tedioso que resulte repetirlo, repetirlo hasta la saciedad después de la discusión -cierto que yo sólo participé en ella un mes-, hay que insistir en que el punto inicial no era éste, sino la consigna de "zarandeo" lanzada entre el 2 y el 6 de noviembre en la V Conferencia de los Sindicatos de toda Rusia. Y ya entonces, a todos los que repararon en la resolución de Rudzutak -entre ellos los miembros del CC, incluido también yo- les pareció que en el problema del papel de los sindicatos en la producción no habría discrepancias, pero los tres meses de discusión las han puesto de manifiesto; esas discrepancias existían y constituyen un error político. El camarada Trotski me reprochó durante la discusión en el Gran Teatro, ante gentes que desempeñan cargos de responsabilidad, que yo malograba la discusión. Esto lo tomo como un cumplido: yo procuré malograrla en la forma en que se desarrollaba, porque semejante discusión en la víspera de una primavera difícil era perjudicial. Sólo los ciegos podían no verlo.

El camarada Trotski se ríe ahora de que yo plantee el problema de quién empezó y se pregunta asombrado por qué le reprocho no haber formado parte de la comisión. Porque esto tiene mucha importancia, camarada Trotski, muchísima importancia; porque la negativa a formar parte de la comisión sindical era infringir la disciplina del CC. Y cuando Trotski es quien habla de ello, no resulta controversia, sino zarandeo del partido e irritación, se cae en extremismos: el camarada Trotski ha empleado la expresión de ensañamiento "satánico". Recuerdo una expresión del camarada Goltsman -no la repetiré, porque la palabra "satán" implica cosas terribles, y Goltsman trae a la memoria algo agradable-; no hay, pues, nada de "satánico" en este caso; pero lo que no debe olvidarse es que ambas partes caen en extremismos y, lo que es mucho más monstruoso, han caído en ellos en algunas ocasiones incluso ciertos camaradas muy simpáticos. Pero cuando a esto se suma el prestigio del camarada Trotski, y él afirma en público, el 25 de diciembre, que el congreso debe elegir entre dos tendencias,

¡esas palabras son imperdonables! Esas palabras constituyen el error político que motiva nuestra lucha. Y es ingenuo hablar aquí en tono de broma de que se celebran a veces reuniones en dos habitaciones. Desearía ver al bromista que dijese que se prohíben las reuniones de delegados al congreso para evitar que se dividan sus votos. Eso sería el colmo de la exageración. Hubo un error político del camarada Trotski y del Cectrán[16] cuando se planteó, y de manera completamente equivocada, el problema del "zarandeo". Fue un error político que no ha sido rectificado hasta la fecha. Acerca del transporte hay una resolución.

Nosotros, en cambio, hablamos del movimiento sindical, de la actitud de la vanguardia de la clase obrera con el proletariado. Si destituimos a alguien de un alto cargo, no hay en ello nada que desdore. No denigra a nadie. Si se ha cometido un error, el congreso lo reconocerá y restablecerá las relaciones y la confianza mutua entre la vanguardia de la clase obrera y la masa obrera. Tal es el sentido de la Plataforma de los diez[17], Si en la plataforma hay cosas que se pueden cambiar, si esto lo subraya Trotski y lo amplía Riazánov, son cosas de poca monta. A los que afirman que en la plataforma no se ve la mano de Lenin, que no se nota su participación en ella de una u otra manera, les replicaré: si en todo lo que tengo que firmar debiera intervenir personalmente, escribiéndolo o hablando por teléfono, hace tiempo que me habría vuelto loco. Sostengo que para establecer la comprensión y la confianza mutuas entre la vanguardia de la clase obrera y la masa obrera, si el Cectrán había cometido un error -todos nos apasionamos a veces-, era necesario corregirlo. Pero cuando se empieza a defender el error, eso se convierte en fuente de peligro político. Si no hiciéramos todo lo posible en el sentido de la democracia basada en los estados de ánimo que expresa aquí Kutúzov, llegaríamos a la bancarrota política. Debemos, ante todo, convencer y, después, obligar. Debemos convencer primero a toda costa, y luego pasar a la coerción. No supimos persuadir a las grandes masas y alteramos la debida correlación entre la vanguardia y las masas.

Cuando hombres como Kutúzov dedican una parte de su discurso eficiente a señalar los escándalos burocráticos de nuestra administración pública, respondemos: eso es cierto, nuestro Estado tiene deformaciones burocráticas. Contra ello llamamos también a luchar a los obreros que no militan en el partido. Y en este sentido debo decir que los camaradas del tipo de Kutúzav deben ser incorporados a éste trabajo más de cerca y colocados en cargos más elevados. He aquí la enseñanza que se desprende de nuestra experiencia.

En cuanto a la desviación sindicalista, bastará con decir dos palabras a Shliápnikov, quien afirma que el Congreso de Productores de Rusia, del que se escribe con letras de molde en su plataforma, y Kolontái lo confirma, puede ser defendido, invocando a Engels: eso es ridículo. Engels habla de la sociedad comunista. En ella no habrá clases, habrá productores[18]. ¿Hay ahora clases en nuestro país? Sí, las hay. ¿Hay ahora lucha entre las clases en nuestro país? ¡De lo más rabiosa! Y hablar de un congreso de productores de Rusia en momentos de lucha de lo más rabiosa entre las clases, ¿qué es sino una desviación sindicalista merecedora de enérgica y definitiva condena? En esta sucesión vertiginosa de plataformas hemos sido testigos de que hasta Bujarin ha tropezado con las candidaturas de un tercio. Camaradas, en la historia del partido no debemos olvidar tales vacilaciones.

Y ahora, como la "oposición obrera" ha defendido la democracia, como ha presentado reivindicaciones sanas, haremos el máximo para acercarnos a ella, y el congreso, como tal, debe hacer cierta selección. Afirmáis que combatimos poco la burocracia: venid a ayudarnos, acercaos y colaborad en la lucha; pero si proponéis un congreso de productores de Rusia, diremos que ese punto de vista no es marxista, no es comunista. La "oposición obrera", con los esfuerzos de Riazánov, interpreta mal el programa. En el programa se dice: "Los sindicatos *deben llegar* a concentrar efectivamente en sus manos toda la dirección de la economía nacional como un todo único económico". Shliápníkov piensa -exagerando, como siempre- que, según nosotros, eso ocurrirá dentro de veinticinco siglos. El programa dice: los sindicatos "deben llegar", y cuando el congreso diga que han llegado, esta reivindicación quedará satisfecha.

Camaradas: Cuando el congreso declare ahora ante el proletariado de toda Rusia y ante el proletariado del mundo entero que considera las propuestas de la "oposición obrera" una semidesviación sindicalista, estoy seguro de que todo cuanto haya de verdaderamente proletario, de sano, en la oposición se vendrá con nosotros, nos ayudará a recuperar la confianza de las masas, puesta en entredicho por el pequeño error del Cectrán, y con esfuerzos aunados podremos fortalecer y cohesionar nuestras filas y marchar unidos a la difícil lucha que nos espera. Y si vamos a esa lucha unidos, con decisión y firmeza, venceremos. (*Aplausos*.)

Publicado en 1921 en el libro "X Congreso del Partido Comunista de Rusia. Actas taquigráficas (8-16 de marzo de 1921)".
T. 43, págs. 52-56.

4. Informe sobre la sustitución del sistema de contingentacion con el impuesto en especie, presentado el 15 de marzo.

Camaradas: La sustitución del sistema de contingentación con el impuesto en especie es ante

todo y sobre todo una cuestión política, pues su esencia reside en la actitud de la clase obrera ante los campesinos. El planteamiento de esta cuestión significa que debemos someter a un nuevo examen, o yo diría más bien a un examen complementario más cauteloso y acertado y a una cierta revisión, las relaciones de estas dos clases principales, cuya lucha intestina o cuyo acuerdo recíproco determinan la suerte de nuestra revolución. No tengo necesidad de detenerme a analizar con todo detalle las causas de esta revisión. Desde luego, todos vosotros conocéis perfectamente la serie de hechos, debidos en particular a la extrema exacerbación de la miseria, provocada por la guerra, la ruina, la desmovilización y la pésima cosecha, la serie de circunstancias que lían agravado de manera extraordinaria la situación de los campesinos y han acentuado inevitablemente sus vacilaciones, que los alejan del proletariado y los aproximan a la burguesía.

Dos palabras sobre el significado teórico o el enfoque teórico de esta cuestión. No cabe duda de que en un país donde la inmensa mayoría de la población es de pequeños productores agrícolas, la revolución socialista puede hacerse únicamente mediante toda una serie de medidas especiales de transición que serían completamente innecesarias en países de capitalismo desarrollado, donde los obreros asalariados de la industria y la agricultura constituyen una mayoría aplastante. En los países de capitalismo desarrollado existe una clase de obreros asalariados agrícolas formada a lo largo de decenios. Sólo esta clase puede ser, en los sentidos social, económico y político, el puntal para la transición directa al socialismo. Sólo en países donde se ha desarrollado lo suficiente esta clase, el paso directo del capitalismo al socialismo es posible y no requiere medidas especiales de carácter transitorio a escala nacional. En toda una serie de obras, en todos nuestros discursos y en todas nuestras publicaciones hemos subrayado que en Rusia la situación es distinta, que en Rusia poseemos una minoría de obreros industriales y una inmensa mayoría de pequeños agricultores. En un país así la revolución socialista sólo puede alcanzar el éxito definitivo con dos condiciones. La primera es que sea apoyada a su debido tiempo por la revolución socialista en uno o en varios países adelantados. Como sabéis, al objeto de que se dé esta condición, hemos hecho muchos más esfuerzos que antes, pero no son suficientes, ni mucho menos, para que esto llegue a convertirse en una realidad.

La otra condición es el acuerdo entre el proletariado, que ejerce su dictadura o tiene en sus manos el poder del Estado, y la mayoría de la población campesina. El acuerdo representa un concepto muy amplio, que incluye toda una serie de medidas y transiciones. Hay que decir al respecto que debemos plantear el asunto en toda nuestra propaganda y agitación con entera sinceridad. Las gentes que conciben la política como mezquinos artificios, rayanos a veces en el engaño, deben encontrar en nosotros la condena más resuelta. Es necesario corregir sus errores. No se puede engañar a las clases. Durante tres años hemos hecho mucho para elevar la conciencia política de las masas. Donde más han aprendido éstas ha sido en la ardua lucha. Conforme a nuestra concepción filosófica del mundo, a nuestra experiencia revolucionaria de decenios enteros y a las enseñanzas de nuestra revolución, necesitamos plantear los problemas de plano: los intereses de estas dos clases son distintos, el pequeño agricultor no quiere lo que desea el obrero.

Sabemos que sólo el acuerdo con el campesinado puede salvar la revolución socialista en Rusia, en tanto que no estalle la revolución en otros países. Así es como tenemos que hablar, sin rodeos, en todas las asambleas, en toda la prensa. Sabemos que este acuerdo entre la clase obrera y los campesinos, expresándonos con suavidad, pero sin recoger la palabra "suavidad" en las actas, es precario, y, diciendo las cosas como son, es mucho peor. En todo caso no debemos tratar de ocultar nada, sino decir francamente que el campesinado está descontento de la forma de relaciones establecidas entre él y nosotros, que no quiere esa forma de relaciones y que no está dispuesto a seguir así. Esto es indiscutible. Esta voluntad se ha manifestado de un modo resuelto. Es la voluntad de masas enormes de la población trabajadora. Debemos tenerla en cuenta, y somos políticos lo suficiente sensatos para decir abiertamente: ¡Vamos a revisar nuestra política con respecto al campesinado! No es posible dejar las cosas tal como estaban hasta ahora.

Debemos decir a los campesinos: "¿Queréis retroceder, queréis restaurar por completo la propiedad privada y la libertad de comercio? Eso significa deslizarse de manera ineludible e irrevocable hacia el poder de los terratenientes y capitalistas. Lo testifica toda una serie de hechos históricos y ejemplos de las revoluciones. Un sucinto razonamiento del abecé del comunismo, del abecé de la economía política, confirma que esto es inevitable. Vamos a ver. ¿Les conviene a los campesinos apartarse del proletariado para dar marcha atrás -y consentir que dé marcha atrás el país- hasta caer bajo el poder de los capitalistas y terratenientes, o no les conviene? Pensadlo vosotros y pensémoslo juntos".

Y estimamos que, de sopesar las cosas con buen sentido, aun dada la profunda disparidad que nosotros reconocemos entre los intereses económicos del proletariado y los del pequeño agricultor, el cálculo confirmará que la razón está de nuestra parte.

Por difícil que sea nuestra situación en cuanto a los recursos, debe cumplirse la tarea de dar satisfacción al campesino medio. Hay muchos más

campesinos medios que antes, las contradicciones se han atenuado, la tierra está distribuida en usufructo mucho más igualitario, se ha metido al kulak en cintura y se le ha expropiado en buena parte, en Rusia más y en Siberia menos que en Ucrania. Pero, en suma, los datos estadísticos muestran el hecho absolutamente incontestable de que el agro se ha nivelado, de que hay en él más igualdad, es decir, se ha paliado el proceso de acusada segregación de kulaks, por su lado, y campesinos que no siembran, por el suyo. Existe por doquier más igualdad, los campesinos se encuentran hoy, en general, en la situación de campesinos medios.

¿Podemos dar satisfacción a estos campesinos medios como tales, con sus peculiaridades económicas, con sus raíces económicas? Si algún comunista ha soñado con que en tres años se pueden transformar la base económica, las raíces económicas de la pequeña hacienda agrícola, es, naturalmente, un visionario. No hay por qué ocultar que entre nosotros existían no pocos soñadores de ésos. Y nada hay de extraordinariamente malo en ello. ¿Cómo se podía haber empezado sin visionarios la revolución socialista en un país como el nuestro? Como es lógico, la práctica ha demostrado el formidable papel que pueden desempeñar los experimentos y las iniciativas de toda índole en orden al cultivo colectivo de la tierra. Pero la práctica ha demostrado también que estos experimentos, como tales, han desempeñado asimismo un papel negativo en los casos en que personas llevadas de las mejores intenciones y deseos han ido al campo a organizar comunas, colectividades, sin saber administrar, porque carecían de experiencia de cultivo colectivo. La experiencia de estas haciendas colectivas no muestra sino un ejemplo de cómo no se debe administrar una hacienda: los campesinos de los contornos se ríen o se enfurecen.

Sabéis muy bien que ha habido muchos ejemplos semejantes. Repito que esto no puede extrañar, pues la labor de rehacer al pequeño agricultor, la labor de trastrocar toda su sicología y todos sus hábitos es obra de varias generaciones. Resolver este problema en relación con el pequeño agricultor, sanear, por decirlo así, toda su sicología, únicamente puede hacerlo la base material, la maquinaria, el empleo a gran escala de tractores y otras máquinas en la agricultura, la electrificación a escala masiva. He aquí lo que podría transformar de raíz y con enorme celeridad al pequeño agricultor. Esto es obra de generaciones enteras, pero yo no digo que hagan falta siglos. Comprenderéis bien que, en todo caso, se requiere, cuando menos, varios decenios para conseguir tractores y máquinas y electrificar un país inmenso. Tal es la situación objetiva.

Debemos esforzarnos por atender las demandas de los campesinos, que no están satisfechos, que están descontentos, y con razón, y no pueden estar contentos. Debemos decirles: "Esta situación no puede prolongarse por más tiempo". ¿Cómo satisfacer al campesino y qué significa darle satisfacción? ¿Dónde está la respuesta a la cuestión de cómo darle satisfacción? Naturalmente, en las propias reivindicaciones del campesinado. Conocemos estas reivindicaciones, pero debemos comprobarlas, examinar desde el punto de vista de la ciencia económica todo lo que sabemos de las reclamaciones de tipo económico de los agricultores. Ahondando en esta cuestión, nos diremos al punto: en realidad, se puede satisfacer al pequeño agricultor con dos cosas. Primero, se precisa cierta libertad de intercambio de mercancías, libertad para el pequeño propietario privado, y segundo, es necesario facilitar mercancías y productos. ¿Qué sentido puede tener la libertad de intercambio, si no hay mercancías que cambiar, y la libertad de comercio, si no hay con qué comerciar? Esto quedaría en el papel; pero a las clases no se las satisface con papeles, sino con cosas materiales. Es preciso comprender muy bien estas dos condiciones. De la segunda condición -cómo facilitar mercancías, y si sabremos facilitarlas- hablaremos después. Ahora voy a detenerme en la primera, en la libertad de intercambio de mercancías.

¿Qué es libertad de intercambio? Libertad de intercambio es libertad de comercio, y esta libertad significa un retroceso hacia el capitalismo. La libertad de intercambio y la libertad de comercio significan el intercambio de mercancías entre los pequeños propietarios por separado. Todos los que hemos estudiado aunque sólo sea el abecé del marxismo sabemos que de este intercambio y de esta libertad de comercio se desprende necesariamente la división del productor de mercancías en dueño del capital y dueño de la mano de obra, la división en capitalistas y obreros asalariados, es decir, la reconstitución de la esclavitud capitalista asalariada, que no cae del cielo, sino que surge en todo el mundo precisamente de la economía agrícola mercantil. Esto lo sabemos perfectamente en teoría, y todo el que examine la vida y las condiciones de la economía del pequeño agricultor no puede menos de verlo en Rusia.

Cabe preguntar: ¿acaso puede el Partido Comunista admitir la libertad de comercio y pasar a ella? ¿No hay en esto contradicciones inconciliables? Debe responderse que, desde luego, es un problema extraordinariamente difícil en el sentido de su solución práctica. Preveo de antemano, y lo sé por las conversaciones con los camaradas, que el proyecto previo de sustitución del sistema de contingentación con el impuesto en especie, proyecto que se os ha distribuido, es el que suscita más preguntas, legítimas e inevitables, respecto a que el intercambio se admite sin rebasar los límites de las transacciones económicas locales. Esto se dice al final del apartado 8. ¿Qué significa? ¿Qué límites tiene? ¿Cómo

realizarlo? Se equivoca quien piense recibir respuesta a estas preguntas en el presente congreso. La recibiremos en nuestra legislación: nuestra tarea consiste en trazar tan sólo la pauta de principio, en proclamar la consigna. Nuestro partido es un partido de gobierno, y la resolución que adopte el congreso del partido será obligatoria para toda la República; aquí debemos resolver esta cuestión en principio. Debemos resolver esta cuestión en principio y dar cuenta de ello a los campesinos, porque la siembra está al llegar. Y después debemos movilizar a todo nuestro personal, a todos nuestros valores teóricos y toda nuestra experiencia práctica para ver cómo hacer las cosas. ¿Se puede hacer esto, se puede, hablando teóricamente, restaurar hasta cierto punto la libertad de comercio, la libertad del capitalismo para los pequeños agricultores, sin socavar con ello las raíces del poder político del proletariado? ¿Es posible esto? Es posible, porque el quid está en hacer las cosas con medida. Si pudiésemos obtener aunque sólo fuera una pequeña cantidad de mercancías y retenerlas en manos del Estado, en manos del proletariado, dueño del poder político, y ponerlas en circulación, nosotros, como Estado, añadiríamos a nuestro poder político el poder económico. La puesta en circulación de estas mercancías reanimaría la pequeña economía agrícola, que ahora se encuentra en un estado de terrible estancamiento por el efecto nocivo de las duras condiciones de la guerra, la ruina y la imposibilidad de propulsar la pequeña producción en el campo. El pequeño agricultor, mientras siga siéndolo, debe tener un estímulo, un aliciente, un acicate adecuado a su base económica, esto es, a la pequeña economía individual. En este caso no cabe prescindir de la libertad de efectuar transacciones económicas a escala local. Si estas transacciones proporcionan al Estado, a cambio de los productos de la industria, un mínimo de trigo, suficiente para cubrir las necesidades de la ciudad, de las fábricas, de la industria, el intercambio económico se restablecerá de manera que el poder estatal siga en manos del proletariado y se fortalezca. El campesinado exige que se le muestre en la práctica que el obrero, el cual tiene en sus manos los talleres, las fábricas, la industria, puede organizar el intercambio con él. Y, por otra parte, un inmenso país agrícola con pésimas vías de comunicación, con un territorio inabarcable, con diversidad de climas, con distintas condiciones agrícolas, etc., presupone indefectiblemente una cierta libertad de circulación mercantil de la agricultura local y de la industria local a escala local. En este sentido hemos cometido muchas faltas, yendo demasiado lejos: hemos ido demasiado lejos por el camino de la nacionalización del comercio y de la industria, por el camino de cerrar la circulación local de mercancías. ¿Ha sido un error? Sin duda alguna.

A este respecto hemos hecho mucho simplemente equivocado, y sería un gravísimo delito no ver y no comprender que no hemos tenido sentido de la medida, que no hemos sabido tenerlo. Pero, por otra parte, también nos hemos visto ante una necesidad imperiosa: hemos vivido hasta ahora en medio de una guerra feroz, increíblemente dura, en la que no nos quedaba otra disyuntiva que actuar con arreglo a las leyes marciales hasta en el terreno económico. Ha sido un milagro que un país en ruinas haya podido soportar una guerra semejante, y este milagro no ha caído del cielo, sino que ha brotado de los intereses económicos de la clase obrera y del campesinado, que han hecho este milagro con su entusiasmo masivo; este milagro ha sido el que ha posibilitado la resistencia a los terratenientes y a los capitalistas. Mas, al propio tiempo, el hecho indudable, que no debemos ocultar en la agitación y la propaganda, es que hemos ido más lejos de lo que era necesario desde el punto de vista teórico y político. Podemos permitir en grado considerable el libre intercambio local de mercancías, no destruyendo, sino reforzando el poder político del proletariado. Cómo hacerlo, es cosa de la práctica. La misión mía es demostraros que esto es concebible en el terreno teórico. El proletariado que tiene en sus manos el poder estatal, si cuenta con algunos recursos, puede perfectamente ponerlos en circulación y así lograr satisfacer en parte al campesino medio, darle satisfacción con el intercambio económico local.

Ahora, unas palabras sobre el intercambio económico local. Antes debo hablar de las cooperativas. Como es natural, dado el intercambio económico local, necesitamos las cooperativas, que en nuestro país se encuentran en un estado de extraordinario amortiguamiento. Nuestro programa subraya que el mejor mecanismo para la distribución es el de las cooperativas que nos han quedado del capitalismo, y ese mecanismo hay que conservarlo. Así está dicho en el programa. ¿Lo hemos cumplido? Con mucha deficiencia, y en parte no lo hemos cumplido en absoluto, unas veces por error y otras por las necesidades de la guerra. Las cooperativas, al destacar a elementos que administran mejor y están más preparados en el sentido económico, han segregado en política a mencheviques y eseristas. Esta es una ley química, ¡qué le vamos a hacer! (*Risas.*) Los mencheviques y eseristas son gentes que consciente o inconscientemente restauran el capitalismo y ayudan a los Yudénich. Esto también es una ley. Debemos hacerles la guerra. Y en la guerra, como en la guerra: teníamos que defendernos y nos hemos defendido. Pero ¿podemos continuar sin falta en la actual situación? No. Sería un craso error atarnos con esto las manos. Por eso, en el problema de las cooperativas propongo adoptar una resolución muy breve, que voy a leer:

"En vista de que la resolución del IX Congreso del PC de Rusia sobre la actitud ante las cooperativas

estaba basada enteramente en el reconocimiento del principio del sistema de contingentación, que ahora va a ser sustituido con el impuesto en especie, el X Congreso del Partido Comunista de Rusia acuerda:

"Anular la mencionada resolución.

"El congreso encarga al Comité Central que redacte y ponga en práctica por conducto del partido y de los Soviets disposiciones que mejoren y desarrollen la estructura y el funcionamiento de las cooperativas conforme al programa del PCR y habida cuenta de la sustitución del sistema de contingentación con el impuesto en especie".

Diréis que eso es impreciso. Sí, y es menester que hasta cierto punto lo sea. ¿Por qué? Porque, para que sea preciso del todo, debemos saber hasta el fin lo que haremos durante todo el año. ¿Quién lo sabe? Nadie lo sabe ni puede saberlo.

Pero la resolución del IX Congreso nos ata las manos, al decir: "Subordinar las cooperativas al Comisariado de Abastecimiento". El Comisariado de Abastecimiento es una magnífica institución, pero subordinar obligatoriamente las cooperativas a él y atarnos las manos en el momento en que estamos revisando la actitud ante los pequeños agricultores es cometer un evidente error político. Al CC que salga elegido del congreso debemos encargarle que prepare y lleve a cabo determinadas medidas y modificaciones, que compruebe los pasos que demos adelante y atrás, en qué medida debemos hacer eso, cómo velar por los intereses políticos, hasta qué punto debemos soltar la mano para que las cosas sean más llevaderas y cómo comprobar los resultados de la experiencia. Teóricamente hablando, en este sentido tenemos por delante toda una serie de fases y medidas transitorias. Tenemos clara una cosa: la resolución del IX Congreso presuponía que nuestro movimiento habría de ir en línea recta. Ha resultado, como se observa constantemente en la historia de todas las revoluciones, que el movimiento ha ido en zigzag. Atarnos las manos con una tal resolución es un error político. Al anularla, decimos que es preciso regirse por el programa, que subraya la importancia del mecanismo cooperativo.

Al anular la resolución, decimos: adaptaos a la sustitución del sistema de contingentación con el impuesto en especie. Pero ¿cuándo lo haremos? No antes de que recojamos la cosecha, es decir, dentro de algunos meses. ¿Lo haremos igual en todos los lugares? De ninguna manera. Querer ajustar a un mismo modelo, medir por el mismo rasero a la Rusia Central, a Ucrania y a Siberia sería la mayor de las necedades. Propongo aprobar esta idea fundamental sobre la libertad de intercambio local de mercancías en forma de acuerdo del congreso. Pienso que después de esto, en los próximos días, aparecerá sin falta una carta del CC que diga, y, naturalmente, lo dirá mejor que yo ahora (encontraremos a mejores plumas, que lo escribirán mejor): No deis pasos en falso, no os apresuréis, meditad las cosas sin precipitaros, obrad de modo que deis la máxima satisfacción a los campesinos medios sin menoscabar los intereses del proletariado. Probad esto, probad lo otro, estudiad en la práctica, tened presente la experiencia, comunicadnos después vuestras impresiones, decidnos qué os ha salido bien, y nosotros formaremos una comisión especial e incluso varias comisiones que tendrán en cuenta la experiencia adquirida, y creo que incorporaremos especialmente a eso al camarada Preobrazhenski, autor del libro *El papel moneda en la época de la dictadura del proletariado.* Esta cuestión es muy importante, porque la circulación monetaria es de tal naturaleza que aquilata a las mil maravillas la eficiencia del intercambio de mercancías en el país, y cuando este intercambio no es normal, el dinero se convierte en papeles inútiles. Para marchar luego adelante, respaldados en la experiencia, necesitamos comprobar diez veces las medidas adoptadas.

Se nos preguntará y se deseará saber de dónde sacar las mercancías. Pues la libertad de comercio requiere mercancías, y los campesinos son muy listos y saben burlarse de lo lindo. ¿Podemos ahora obtener mercancías? Ahora podremos, porque nuestra situación económica a escala internacional ha mejorado en medida colosal. Luchamos contra el capital internacional, el cual ha dicho, refiriéndose a nuestra República: "Son unos forajidos, unos cocodrilos" (estas palabras me las ha dicho literalmente una pintora inglesa que se las ha oído decir a un político de lo más influyente)[19]. Y como son unos cocodrilos, lo único que cabe es despreciarlos. Esta ha sido la voz del capital internacional. La voz del enemigo de clase, una voz justa desde su punto de vista. Sin embargo, la justedad de esas conclusiones necesita una comprobación práctica. Si eres una fuerza universal y poderosa, capital mundial, si dices: "Sois unos cocodrilos" y tienes en tus manos todos los artefactos, ¡prueba a acabar con nosotros! Mas cuando probó a hacerlo, resultó que salía perdiendo. Entonces el capital, que se ve obligado a tener en cuenta la vida política y económica real, dice: "Es preciso comerciar". Esta es nuestra mayor victoria. Ahora os diré que se nos ha hecho dos ofertas de empréstito por valor de unos cien millones de rublos oro. Oro tenemos, pero el oro no se puede vender, porque es algo que no se come. Todos están arruinados, la guerra ha alterado hasta lo increíble en todo el mundo las relaciones de cambio monetario entre los Estados capitalistas. Además, para las relaciones con Europa es preciso tener marina, y nosotros no la tenemos, está en manos enemigas. Con Francia no hemos concluido ningún tratado. Francia estima que somos deudores de ella, y, por lo tanto, cualquier barco -dice- "es mío". Ellos tienen marina de guerra, y nosotros no. Esta es la situación que,

hasta ahora, sólo nos ha permitido comercializar el oro en una proporción pequeña, insignificante hasta más no poder. Ahora hay dos propuestas de banqueros capitalistas: conceder un empréstito de cien millones. Como es natural, por esta suma percibirán intereses usurarios. Pero hasta ahora, en general, no hablaban de eso, hasta ahora decían: "Te mataré a tiros y me apropiaré de todo gratis". Ahora, como no pueden acabar con nosotros a tiros, están dispuestos a comerciar. Ahora se puede decir que el tratado comercial con EE.UU. e Inglaterra es un asunto que marcha; lo mismo que la entrega de empresas en régimen de concesión. Ayer recibí otra carta de míster Vanderlip, que se encuentra en nuestro país y que, luego de toda una serie de quejas, nos comunica diversos planes referentes a las concesiones y al empréstito. Se trata de un representante del capital financiero archipráctico, ligado con los Estados occidentales de América del Norte, más hostiles al Japón. De modo que ahora contamos con una posibilidad económica de obtener mercancías. Otra cosa es cómo sabremos hacerlo, pero existe cierta posibilidad.

Repito que este tipo de relaciones económicas, que, por arriba, ofrece el aspecto de pacto con el capitalismo extranjero, por abajo brindará al poder estatal proletario la posibilidad de establecer el libre intercambio de mercancías con el campesinado. Yo sé -y he tenido ya ocasión de decirlo- que esto ha sido motivo de algunas burlas. En Moscú existe todo un sector intelectual burocrático que tiene pretensiones de crear "opinión pública". Pues bien, ese sector comenzó a mofarse, diciendo: "¡Mirad lo que ha resultado del comunismo! Es como uno que llevara muletas, con toda la cabeza cubierta de vendajes. Del comunismo no ha quedado otra cosa que una figura enigmática". Hasta mí han llegado en número más que suficiente bromitas por el estilo, pero estas chanzas ¡o despiden tufillo burocrático o no tienen ningún fundamento! Rusia ha salido de la guerra en tal estado que se parece más bien al de una persona medio muerta a palos: siete años estuvieron apaleándola, ¡y menos mal que puede andar con muletas! ¡Esa es nuestra situación! ¡Creer que podemos salir de ella sin muletas es no comprender nada! Mientras no estalle la revolución en otros países, deberemos ir saliendo del presente estado en unos cuantos decenios, y no hemos de escatimar unas centenas de millones, si no millares de millones de rublos, de nuestras incalculables riquezas, de nuestras abundantes fuentes de materias primas, con tal de recibir la ayuda del gran capitalismo adelantado. Después lo recuperaremos todo con creces. Pero no es posible sostener el poder proletario en un país increíblemente arruinado, con un gigantesco predominio de los campesinos igualmente arruinados, sin ayuda del capital, por la que, lógicamente, cobrará intereses desorbitados. Esto hay que comprenderlo. De ahí que el dilema sea: o relaciones económicas de este tipo o nada. Quien plantee de otro modo la cuestión no entiende ni un comino de economía práctica y sale del paso con tales o cuales cuchufletas. Hay que reconocer el hecho del agotamiento y de la extenuación de las masas. ¿Cómo no iban a repercutir en nuestro país los siete años de guerra, si los cuatro años de conflagración mundial se dejan sentir aún en los países más adelantados!

En cuanto a nosotros, en nuestro atrasado país, tras siete años de guerra nos encontramos en un verdadero estado de agotamiento de los obreros, que han hecho sacrificios inauditos, y de las masas campesinas. Este agotamiento, este estado se parece mucho a la imposibilidad absoluta de trabajar. Se precisa una tregua económica. Pensábamos emplear en la adquisición de medios de producción el oro atesorado. Lo mejor es fabricar máquinas, pero si las compráramos, montaríamos nuestra industria. Mas para ello es preciso que haya obreros, que haya campesinos que puedan trabajar; pero en la mayoría de los casos no pueden trabajar: están agotados, están extenuados. Hay que apoyarlos, hay que gastar oro en la adquisición de artículos de consumo, pese a lo que antes decíamos en nuestro programa. Nuestro programa anterior era justo en teoría, pero insostenible en la práctica. Daré a conocer una nota del camarada Lezhava que obra en mi poder. Por ella vemos que se han comprado ya varios cientos de miles de puds de diferentes productos alimenticios y están en camino con la mayor urgencia desde Lituania, Finlandia y Letonia. Hoy hemos recibido la noticia de que en Londres se ha firmado un contrato para comprar dieciocho millones y medio de puds de carbón, que acordamos adquirir con el fin de reanimar la industria de Petrogrado y la textil. Si recibimos mercancías para el campesino, ello será, naturalmente, una infracción del programa, una irregularidad, pero hay que dar una tregua, porque el pueblo está tan extenuado que de otro modo no podrá trabajar.

Debo referirme aún al intercambio individual de mercancías. Hablar de libertad de circulación significa hablar de intercambio individual de mercancías, es decir, significa estimular a los kulaks. ¿Qué hacer? No hay que dejar de ver que la sustitución del sistema de contingentación con el impuesto en especie significa que los kulaks se multiplicarán en esas circunstancias más que hasta ahora. Crecerán donde antes no podían hacerlo. Pero no hay que combatirlos con medidas prohibitorias, sino con la fuerza unida del Estado y con medidas estatales dictadas desde arriba. Si se pueden proporcionar al campesinado máquinas, con ello será posible levantarlo, y cuando se le faciliten máquinas o electrificación, decenas o cientos de miles de pequeños kulaks dejarán de serlo. Mientras no se le

pueda proporcionar eso, hay que darle una determinada cantidad de mercancías. Si se dispone de mercancías, se podrá sostener el poder; pero cerrar el paso, evitar, descartar la posibilidad de contar con mercancías equivale a impedir todo intercambio, significa no dar satisfacción a los campesinos medios, y obrando así no cabrá la convivencia con ellos. En Rusia son ahora más los campesinos medios, y no hay por qué temer que el intercambio sea individual. Todos podrán dar algo al Estado a cambio. Unos podrán venderle trigo sobrante; otros entregarán a cambio hortalizas, y otros, trabajo. En lo fundamental, la situación es la siguiente: debemos dar satisfacción en el sentido económico a los campesinos medios y llegar a la libertad de intercambio de mercancías; de otro modo, dado que la revolución internacional se retarda, no será posible -no lo será desde el punto de vista económico- sostener en Rusia el poder del proletariado. Esto hay que comprenderlo con claridad y en modo alguno temer hablar de ello. En el proyecto de resolución sobre la sustitución del sistema de contingentación con el impuesto en especie (el texto se os ha repartido) advertiréis una gran falta de concordancia y veréis que hay contradicciones, razón por la cual hemos escrito al final: "El congreso, aprobando en lo fundamental (expresión muy imprecisa que se presta a muchas interpretaciones) las tesis formuladas por el CC acerca de la sustitución del sistema de contingentación con el impuesto en especie, encarga al CC del partido que las concuerde con la mayor urgencia". Sabemos que no concordaban, no hemos tenido tiempo para concordadas, no hemos efectuado esta labor de detalle. El Comité Ejecutivo Central de toda Rusia y el Consejo de Comisarios del Pueblo estudiarán detalladamente las formas de aplicar el impuesto y promulgarán la ley correspondiente. Se ha acordado seguir el siguiente orden: si vosotros aprobáis este proyecto hoy, la disposición pertinente será adoptada en la primera sesión del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, que tampoco habrá de dictar una ley, sino un reglamento modificado; luego, el Consejo de Comisarios del Pueblo y el Consejo de Trabajo y Defensa[20] lo convertirán en ley y -lo que vale más aún- darán instrucciones prácticas. Importa que en el plano local se comprenda la significación de esta medida y que sea bien acogida.

¿Por qué necesitábamos sustituir el sistema de contingentación con el impuesto en especie? El sistema de contingentación suponía: requisar todos los excedentes e implantar el monopolio obligatorio del Estado. No podíamos proceder de otra manera, atravesábamos un estado de penuria extremada. Teóricamente no es forzoso considerar que el monopolio del Estado sea lo mejor desde el punto de vista del socialismo. En un país campesino que posee industria -y la industria está en funcionamiento-, si existe cierta cantidad de mercancías, es posible aplicar como medida transitoria el sistema del impuesto en especie y del libre intercambio.

Este intercambio de mercancías es para el campesino un estímulo, un aliciente, un acicate. El agricultor puede y debe afanarse por su propio interés, puesto que no le serán incautados todos los excedentes, sino que sólo se exigirá de él un impuesto que, a ser posible, habrá de fijarse con antelación. Lo fundamental es que haya un estímulo, un aliciente, un acicate para el pequeño agricultor en su trabajo. Nos es preciso construir nuestra economía estatal, teniendo en cuenta la economía de los campesinos medios, que no hemos podido transformar en tres años ni podremos hacerlo en diez más.

El Estado tenía determinadas obligaciones en materia de abastecimiento. Por eso, nuestros contingentes fueron aumentados el año pasado. El impuesto en especie debe ser menor. Las cifras no han sido precisadas con exactitud, y no es posible precisarlas. En el folleto de Popov *La producción cerealista en la República Soviética y en las repúblicas confederadas* se reproducen datos de nuestra Dirección General de Estadística que contienen cifras exactas y muestran por qué causas se ha reducido la producción agrícola.

Si la cosecha es mala, no se podrán reunir sobrantes, porque no los habrá. Tendríamos que quitárselos de la boca a los campesinos. Si hay cosecha, todos tendrán que privarse de un poco de lo suyo, y el Estado se salvará; o bien, si no somos capaces de tomar parte de los productos a quienes no pueden comer hasta la saciedad, el Estado perecerá. Tal es la tarea de nuestra propaganda entre los campesinos. Si la cosecha es regular, los excedentes llegarán a los quinientos millones de puds, lo suficiente para cubrir las necesidades del consumo y para acumular una cierta reserva. El quid está en dar a los campesinos un estímulo, un aliciente desde el punto de vista de la economía. Es preciso decir al pequeño agricultor: "Tú, campesino, produce, y él Estado te cobrará un impuesto mínimo".

Mi turno se acaba, debo terminar. Lo repito: no podemos promulgar ahora una ley. El defecto de nuestra resolución consiste en que no es demasiado legislativa: en el congreso del partido no se redactan leyes. Por eso proponemos adoptar la resolución del CC como base y encargarle que concuerde sus planteamientos. Imprimiremos el texto de esta resolución, y los funcionarios locales se esforzarán por concordar los planteamientos que contiene y por corregirla. Concordar hasta el fin resulta imposible, ello constituye una tarea que no se puede cumplir, ya que la vida es harto variada. Buscar medidas transitorias es un cometido muy arduo. Si no logramos hacerlo con rapidez y sin rodeos, no por eso decaerá nuestro ánimo, ya nos saldremos con la nuestra. Un campesino que sea algo consciente no

puede menos de comprender que nosotros, como gobierno, representamos a la clase obrera y a los trabajadores con quienes pueden ponerse de acuerdo los campesinos laboriosos (que son las nueve décimas partes del campesinado), y que toda vuelta atrás significa el retorno al viejo gobierno zarista. Así lo demuestra la experiencia de Cronstadt. Allí no quieren a los guardias blancos ni quieren nuestro poder -pero otro no existe-, y se hallan en tal situación que constituye la mejor agitación a nuestro favor y contra todo gobierno nuevo.

En los momentos actuales tenemos la posibilidad de sellar un acuerdo con los campesinos, y hay que llegar a él en la práctica con inteligencia, perspicacia y flexibilidad. Conocemos el mecanismo del Comisariado de Abastecimiento, sabemos que es uno de los mejores que tenemos. Comparándolo con otros, vemos que es el mejor, y debemos conservarlo, pero tiene que estar subordinado a la política. De nada nos servirá el magnífico mecanismo del Comisariado de Abastecimiento si no sabemos establecer relaciones con los campesinos. En ese caso, este excelente mecanismo no servirá a nuestra clase, sino a Denikin y a Kolchak. Puesto que la política requiere un cambio resuelto, flexibilidad y un viraje inteligente, los líderes deben comprenderlo. Un mecanismo sólido debe ser apto para toda clase de maniobras. Pero si la solidez del mecanismo se convierte en entumecimiento e impide dar los virajes, entonces la lucha resulta inevitable. Por eso es preciso poner todas las fuerzas en lograr indefectiblemente nuestros fines, en conseguir que el mecanismo se supedite por completo a la política. La política es la relación entre las clases: esto decide la suerte de la República. El mecanismo, como medio auxiliar, resultará tanto mejor y más adecuado para las maniobras cuanto más sólido sea. Y si no está en condiciones de cumplir este cometido, no servirá para nada.

Os invito a tener en cuenta lo fundamental: un estudio que comprenda todos los detalles y las posibles interpretaciones es labor de varios meses. Y ahora necesitamos tener en cuenta lo fundamental, necesitamos que lo que acordemos sea dado a conocer esta misma noche por radio en todos los ámbitos del mundo: que el congreso del partido gobernante sustituye en lo fundamental el sistema de contingentación con el impuesto en especie, dando así toda una serie de estímulos al pequeño agricultor para que amplíe su hacienda, para que aumente las superficies de siembra; que el congreso, al emprender este camino, corrige el sistema de relaciones entre el proletariado y los campesinos y expresa la seguridad de que, siguiendo esta senda, se conseguirán unas relaciones estables entre el proletariado y los campesinos. (*Clamorosos aplausos*.)

Publicado el 16 de marzo de 1921 en el núm. 57 de "Pravda" y en el núm. 57 de "Izvestia del CEC de toda Rusia".

T. 43, págs. 57-73.

5. Proyecto inicial de resolución del X Congreso del PC de Rusia sobre la unidad del partido.

1. El congreso llama la atención de todos los miembros del partido acerca de que la unidad y la cohesión de sus filas, la absoluta confianza entre los miembros del partido y la labor verdaderamente unánime, auténtica encarnación de la voluntad única de la vanguardia del proletariado, son necesarias sobre todo en estos momentos en que, por una serie de circunstancias, aumentan las vacilaciones entre la población pequeñoburguesa del país.

2. Entretanto, antes aún de la discusión sobre los sindicatos, entablada en todas las organizaciones del partido, veníanse manifestando ya en su seno algunos indicios de fraccionalismo, es decir, la formación de grupos con una plataforma especial y con la tendencia a aislarse hasta cierto punto y crear su propia disciplina de grupo. Síntomas de esta naturaleza se vieron, por ejemplo, en una de las conferencias del partido en la ciudad de Moscú (noviembre de 1920) y en Járkov[21], tanto por parte del grupo llamado "oposición obrera", como, parcialmente, también del grupo llamado "centralismo democrático"[22].

Es necesario que todo obrero consciente comprenda con claridad el carácter pernicioso e inadmisible de todo fraccionalismo, el cual, pese a todo el deseo de los representantes de algunos grupos de mantener la unidad del partido, conduce sin falta en la práctica al debilitamiento de la labor aunada y a los intentos acentuados y repetidos de los enemigos del partido gubernamental, que se infiltran en sus filas, de ahondar las disensiones en su seno y utilizarlas para los fines de la contrarrevolución.

El ejemplo de la sublevación de Cronstadt, cuando la contrarrevolución burguesa y los guardias blancos de todos los países del mundo se han mostrado al punto dispuestos a adoptar incluso las consignas del régimen soviético con tal de derribar la dictadura del proletariado en Rusia, cuando los eseristas y la contrarrevolución burguesa en general han utilizado en Cronstadt las consignas de la insurrección, supuestamente promovida en aras del Poder soviético contra el Gobierno soviético de Rusia, ha evidenciado poco menos que de la manera más palmaria que los enemigos del proletariado aprovechan todas las desviaciones de la pauta comunista estricta y consecuente. Estos hechos demuestran por completo que los guardias blancos procuran y saben disfrazarse de comunistas, hasta de los más izquierdistas, con tal de debilitar y derribar el baluarte de la revolución proletaria en Rusia. Las hojas mencheviques difundidas en Petrogrado la

víspera de la sublevación de Cronstadt evidencian igualmente que los mencheviques han aprovechado las discrepancias y ciertos indicios de fraccionalismo existentes en el seno del PC de Rusia para alentar y apoyar de hecho a los sediciosos de Cronstadt, a los eseristas y guardias blancos, haciéndose pasar de palabra por adversarios de las sediciones y por adictos del Poder soviético, si bien, al decir de ellos, con algunas enmiendas de poca monta.

3. En esta cuestión, la propaganda debe consistir, por un lado, en aclarar a fondo el daño y el peligro que supone el fraccionalismo desde el punto de vista de la unidad del partido y del ejercicio de la voluntad única de la vanguardia del proletariado como condición fundamental del éxito de la dictadura del proletariado, y, por otro lado, en explicar la peculiaridad de los nuevos métodos tácticos de los enemigos del Poder soviético. Esos enemigos, convencidos de que con la bandera de los guardias blancos, la contrarrevolución tiene la causa perdida, ponen ahora en tensión todas sus fuerzas para aprovechar las discrepancias existentes dentro del PC de Rusia e impulsar de uno u otro modo la contrarrevolución, entregando el poder a la tendencia política más propensa a aparentar que reconoce el Poder soviético.

La propaganda debe explicar también la experiencia de las anteriores revoluciones, cuando la contrarrevolución apoyaba a los grupos oposicionistas más próximos al partido revolucionario extremo, para hacer vacilar y derribar la dictadura revolucionaria, abriendo con ello el camino para la ulterior victoria completa de la contrarrevolución, de los capitalistas y terratenientes.

4. En la lucha práctica contra el fraccionalismo es preciso que cada una de las organizaciones del partido impida con todo rigor cualquier manifestación de ese carácter. Hay que organizar la crítica absolutamente necesaria de los defectos del partido de modo que toda propuesta práctica se exponga con la mayor claridad posible y sea sometida en el acto, sin papeleo alguno, al examen y decisión de los organismos dirigentes locales y del organismo central del partido. Todos los que hagan críticas deben, además, tener en cuenta, en lo que respecta a la forma de su crítica, la situación del partido entre los enemigos que lo rodean, y, en lo que se refiere al contenido de la crítica, deben comprobar en la práctica, con su participación personal en la labor de los Soviets y del partido, si se corrigen los errores del partido o de algunos militantes. Todo análisis de la pauta general del partido o la apreciación de su experiencia práctica, la comprobación del cumplimiento de los acuerdos del mismo, el estudio de los métodos para corregir los errores, etc., en modo alguno deben ser sometidos a la discusión previa de los grupos que se forman con cualquier "plataforma", etc., sino que deben ser sometidos exclusivamente a la discusión directa de todos los miembros del partido. A tal efecto, el congreso dispone que se editen con mayor regularidad *Diskussionni Listoks*[23] y publicaciones especiales, procurando constantemente que la crítica vaya dirigida al quid del problema, sin adquirir jamás formas capaces de favorecer a los enemigos de clase del proletariado.

5. Rechazando por principio la desviación sindicalista y anarquista, a cuyo análisis se dedica una resolución especial, y encomendando al Comité Central que proceda a la liquidación de todo fraccionalismo, el congreso declara al paso que las propuestas positivas referentes a las cuestiones que han merecido una atención especial, por ejemplo, la del grupo de la llamada "oposición obrera" y las relativas a la depuración del partido de elementos no proletarios e inseguros, a la lucha contra la burocracia, al desarrollo de la democracia y la iniciativa de los obreros, etc., deben ser discutidas con la máxima atención y comprobadas en la labor práctica. El partido debe saber que, en lo tocante a estas cuestiones, no aplicamos todas las medidas necesarias, habiendo chocado con una serie de obstáculos diversos; y que el partido, rechazando sin piedad las habladurías y labor fraccional con apariencia de crítica, probando métodos nuevos, seguirá luchando constantemente y con todos los medios a su alcance contra la burocracia y en pro de ampliar la democracia y la iniciativa y descubrir, denunciar y expulsar a los infiltrados en el partido, etc.

6. Por las razones expuestas, el congreso declara disueltos y prescribe disolver inmediatamente todos los grupos, sin excepción, que se hayan formado con tal o cual plataforma (a saber: "oposición obrera", "centralismo democrático", etc.). El incumplimiento de este acuerdo del congreso acarreará la inmediata e incondicional expulsión del partido.

7. Con el fin de implantar una severa disciplina en el seno del partido y en toda labor de los Soviets, lograr la mayor unidad y acabar con todo fraccionalismo, el congreso concede al Comité Central atribuciones para aplicar, en caso de que se infrinja la disciplina y resurja o se tolere el fraccionalismo, todas las sanciones al alcance del partido, incluida la expulsión de sus filas; en cuanto a los miembros del CC, serán descendidos a la categoría de suplentes y, como medida extrema, expulsados del partido. Para aplicar esta medida extrema a los miembros efectivos y suplentes del CC, así como a los miembros de la Comisión de Control, es condición previa la convocatoria de una reunión plenaria del CC con asistencia de todos los miembros suplentes del mismo y de todos los miembros de la Comisión de Control. Si esta asamblea general de los dirigentes de mayor responsabilidad del partido llegase a reconocer necesario, por mayoría de dos

tercios de votos, el paso de algún miembro efectivo a miembro suplente del CC o su expulsión del partido, la medida será aplicada en el acto.

Publicado por primera vez en 1923 en el núm. 22 de la revista "Prozhéktor".
T. 43, págs. 89-92.

6. Informe sobre la unidad del partido y la desviación anarcosindicalista, presentado el 16 de marzo[24].

Camaradas: Creo que no será necesario hablar mucho de esta cuestión, puesto que nuestro congreso, al discutir todos los problemas, ha abordado ya los temas sobre los cuales hay que manifestarse ahora oficialmente en nombre del congreso del partido, o sea, en nombre de todo el partido. En cuanto a la resolución "sobre la unidad", una parte considerable de la misma está destinada a definir la situación política. Todos habéis leído, naturalmente, el texto impreso de esta resolución, que ha sido distribuido. No se publicará el punto séptimo, que implanta una medida excepcional: el derecho a excluir del CC a alguno de sus integrantes, a condición de que así lo acuerde, por mayoría de dos tercios, la asamblea general de miembros efectivos y suplentes del CC y de la Comisión Central de Control. En las reuniones parciales, en las que han expuesto su opinión representantes de todos los matices, esta medida ha sido discutida repetidas veces. Confiemos, camaradas, en que no se habrá de aplicar este punto, pero es necesario en la nueva situación en que nos encontramos ante un viraje bastante brusco, y nosotros queremos acabar con los rastros de alejamiento.

Paso a la resolución sobre las desviaciones sindicalistas y anarquistas. Nos encontramos ante un problema que ha sido aludido en el punto cuarto del orden del día del congreso. El quid de toda la resolución consiste en determinar nuestra actitud ante ciertas corrientes o desviaciones ideológicas. Al decir "desviaciones", subrayamos que no vemos aún nada que haya adquirido forma definitiva, nada absoluto y perfectamente definido, sino sólo el comienzo de una orientación política que no puede dejar de ser enjuiciada por el partido. En el punto tercero de la resolución sobre la desviación sindicalista y anarquista, que todos tenéis, sin duda, hay una errata evidente (que, a juzgar por las observaciones, ha sido advertida). Se debe leer como sigue: "Es significativa, por ejemplo, su tesis" (es decir, de la "oposición obrera") "siguiente: "El Congreso de Productores de Rusia organiza la dirección de la economía nacional; los productores están agrupados en sindicatos, que eligen un órgano central para dirigir toda la economía de la República"". Hemos hablado ya más de una vez de este punto en el congreso, tanto en las reuniones parciales como en las sesiones plenarias públicas del mismo. Creo que hemos aclarado ya que en modo alguno se debe defender este punto con el argumento de que Engels habla de la agrupación de los productores, pues es evidente a todas luces -y la confrontación del pasaje correspondiente así lo demuestra- que Engels se refiere a la sociedad comunista, en la que no existirán clases. Para todos nosotros esto es indiscutible. Cuando en la sociedad no haya clases, en ella quedarán solamente trabajadores productores, no habrá obreros ni campesinos. Y nosotros sabemos perfectamente que Marx y Engels diferencian con la mayor precisión en todas sus obras el período en que las clases existen todavía y el período en que ya no las habrá. Marx y Engels se burlaron sin piedad de las ideas, frases e hipótesis relativas a la desaparición de las clases antes del comunismo y afirmaron que sólo el comunismo significa la supresión de las clases[25].

Nos encontramos en una situación en la que hemos sido los primeros en plantear de una manera práctica el problema de esta supresión de las clases, y en un país campesino como el nuestro quedan ahora dos clases fundamentales: la clase obrera y el campesinado. Junto a ellas, subsisten grupos enteros de restos y supervivencias del capitalismo.

Nuestro programa dice taxativamente que estamos dando los primeros pasos y que atravesaremos toda una serie de etapas de transición. Pero en la práctica de nuestra labor en los Soviets y de toda la historia de la revolución vemos constantemente, y del modo más patente, que es erróneo hacer definiciones teóricas como las que formula la oposición en este caso. Sabemos muy bien que en nuestro país subsisten las clases y subsistirán durante largo tiempo; que en un país en el que predomina la población campesina, las clases subsistirán inevitablemente durante muchos años. El plazo mínimo para organizar la gran industria de modo que cree un fondo con el que pueda subordinar la agricultura se calcula en diez años. Es un plazo mínimo en condiciones técnicas extraordinariamente favorables. Y sabemos que nos encontramos en condiciones desfavorables en extremo. Tenemos un plan de edificación de Rusia basado en la gran industria contemporánea: es el plan de electrificación, preparado por hombres de ciencia. El plazo mínimo que se fija en él es de diez años, tomando como base condiciones que se aproximen algo a las normales. Pero sabemos muy bien que esas condiciones no existen. Por consiguiente, un decenio es para nosotros un plazo muy breve, eso no tiene vuelta de hoja. Llegamos así al meollo del problema: es posible una situación en la que subsistan clases hostiles al proletariado; por lo mismo no podemos crear ahora, en la práctica, eso de que hablaba Engels. Habrá dictadura del proletariado. Después habrá sociedad sin clases.

Marx y Engels combatieron implacablemente a quienes olvidaban la diferencia existente entre las clases, a quienes hablaban de los productores, del pueblo o de los trabajadores en general. Quien conozca algo las obras de Marx y Engels no puede olvidar que en todas ellas se ridiculiza a quienes hablan de los productores, del pueblo y de los trabajadores en general. No hay trabajadores en general, ni gente que trabaja en general: existe o bien el pequeño propietario, que posee medios de producción y cuya sicología y cuyos hábitos de vida son enteramente capitalistas -y no pueden ser otros-, o bien el obrero asalariado de la gran industria, cuya sicología es completamente distinta, y que ocupa una posición de antagonismo, de contradicción y de lucha con los capitalistas.

El abordar este problema después de tres años de lucha y de ejercicio del poder político del proletariado, conociendo las inmensas dificultades que existen en las relaciones entre las clases y que éstas mismas subsisten todavía; el abordar este problema cuando los restos de la burguesía aparecen aún en todos los resquicios de nuestra vida y dentro de las instituciones soviéticas hace que el surgimiento entre nosotros de plataformas con tesis como las que he leído sea una clara y evidente desviación anarcosindicalista. Estas palabras no son desmedidas, están meditadas. La desviación no es todavía una tendencia formada. Es algo que se puede corregir. Esa gente se ha desviado algo del camino o empieza a desviarse, pero todavía es posible corregirla. Esto es, a mi modo de ver, lo que significa la palabra "desviación". Subraya que no se trata aún de algo definitivo, que las cosas se pueden corregir fácilmente; expresa el deseo de prevenir y de plantear el problema en todo su volumen y en el terreno de los principios. Si alguien encuentra una palabra que exprese mejor esta idea, que la diga. Espero que no discutiremos en torno a las palabras, sino que examinaremos el fondo de esta tesis, como fundamental, para no lanzarnos tras el cúmulo de ideas semejantes, que tanto abundan en el grupo de la "oposición obrera". Dejemos que las analicen nuestros publicistas y también los dirigentes de esta corriente, pues al final de la resolución decimos intencionadamente que, en ediciones especiales y recopilaciones, se puede y se debe reservar un lugar a un intercambio más detallado de opiniones entre los miembros del partido sobre todas las cuestiones indicadas. Ahora no estamos para dar largas al problema. Somos un partido que lucha en medio de dificultades agravadas. Debemos decirnos: para que la unidad sea sólida, es preciso condenar cierta desviación. Y puesto que ha aparecido, hay que sacarla a la luz y examinarla. Pero si se considera necesaria una discusión amplia, bienvenida sea; encontraremos a personas que citen detalladamente todas las publicaciones y, si hace falta y es oportuno, plantearemos el problema en el plano internacional, pues, como habéis oído ahora en el informe del representante de la Internacional Comunista, y como todos sabéis, existe una desviación izquierdista en las filas del movimiento obrero revolucionario internacional. La desviación de que hablamos ahora es igual a la desviación anarquista del Partido Comunista Obrero Alemán, la lucha contra el cual se manifestó claramente en el anterior congreso de la Internacional Comunista[26]. Las palabras que se emplearon entonces para calificarla fueron a menudo más duras que la de "desviación". Vosotros sabéis que se trata de un problema internacional. Por eso sería equivocado acabar con él, poniendo punto final a la discusión. Pero una cosa es la discusión teórica, y otra la pauta política del partido, la lucha política. No somos un club de discusiones. Podemos, naturalmente, editar recopilaciones y publicaciones especiales, y así lo haremos; pero debemos, ante todo, luchar en las condiciones más difíciles, y por eso tenemos que unirnos estrechamente. Si en la discusión política, en la lucha política se mezclan propuestas como la de organizar un congreso de productores de toda Rusia, no podremos marchar unidos y cohesionados; no es ésa la política que nos hemos trazado para varios años. Semejante política echaría por tierra el trabajo unido del partido; es errónea no sólo desde el punto de vista teórico, sino también porque determina de manera equivocada las relaciones entre las clases. Y eso es lo fundamental y básico, sin eso no hay marxismo, como ha hecho constar en una resolución el II Congreso de la Internacional Comunista[27]. El momento es ahora tal que el elemento sin partido se deja ganar por las vacilaciones pequeñoburguesas, inevitables en la actual situación económica de Rusia. Debemos recordar que el peligro interior es, en cierto sentido, mayor que el que representan Denikin o Yudénich, y dar prueba de una cohesión no sólo de forma, sino con raíces mucho más profundas. Para lograr una cohesión así no podemos prescindir de una resolución de este tipo.

Considero también de gran importancia el punto cuarto de esta resolución, en el que se interpreta nuestro programa de una manera auténtica, es decir, en el espíritu en que lo escribió su autor. Su autor es el congreso, y por eso es él quien debe dar una interpretación que ponga fin a las "vacilaciones e incluso al juego que se lleva a cabo, a veces, con nuestro programa: como si en él se dijera sobre los sindicatos lo mismo que alguien quisiera ver en él. Habéis escuchado la crítica del programa hecha desde esta tribuna por el camarada Riazánov, ¡agradecemos al autor de esa crítica sus investigaciones teóricas! Habéis oído la crítica hecha por el camarada Shliápnikov. Esto no se puede silenciar. Creo que en esta resolución tenemos lo que necesitamos hoy. En nombre del congreso, que

aprueba el programa y que es el órgano supremo del partido, hay que decir: así entendemos nosotros el programa. Repito que con ello no se pone fin a las discusiones teóricas. Pueden hacerse propuestas de modificar el programa, a este respecto no se dicta prohibición alguna. No consideramos que el programa sea tan perfecto que no admita modificación alguna; pero ahora no tenemos propuestas concretas, no hemos dedicado tiempo a examinar este problema. Al leer con atención este programa, encontramos en él lo siguiente: "los sindicatos deben llegar a concentrar efectivamente en sus manos", etc. "Deben llegar a concentrar efectivamente en sus manos": esto hay que subrayarlo. Y más arriba leemos que "los sindicatos, de acuerdo con la ley, participan en todos los órganos locales y centrales de dirección de la producción". Sabemos que la producción capitalista, con el concurso de todos los países avanzados del mundo, se ha creado a lo largo de decenios. ¿Es que hemos caído ya en el infantilismo para pensar que en un momento como éste, de la mayor escasez y de empobrecimiento del país, en el que los obreros constituyen la minoría, en el que la vanguardia proletaria está extenuada y sangrante y existe una masa campesina, podemos terminar este proceso con tanta rapidez! Ni siquiera hemos colocado aún los cimientos, sólo comenzamos a esbozar, respaldándonos en la experiencia, la manera de dirigir la producción con el concurso de los sindicatos. Sabemos que el obstáculo principal es la escasez. No es cierto que no incorporemos a las masas. Al contrario: todo el que revela cierto talento, que se destaca en el seno de la masa obrera por su capacidad, tiene nuestro más sincero apoyo. Lo único que hace falta es que la situación se alivie un tanto. Necesitamos, por lo menos, un año o dos para descansar del hambre. Desde el punto de vista de la historia es un plazo insignificante; pero en nuestras condiciones, es grande. Un año o dos de descanso del hambre, un año o dos de abastecimiento normal de combustible para que las fábricas funcionen, y recibiremos de la clase obrera un apoyo cien veces mayor, y de sus filas saldrán muchos más hombres de talento de los que tenemos ahora. Nadie duda, nadie puede dudar de eso. Si ahora no recibimos ese apoyo, no es porque no queramos. Hacemos todo lo posible para obtenerlo. Nadie podrá decir que el gobierno, los sindicatos y el Comité Central del partido hayan dejado escapar siquiera una posibilidad en ese sentido; pero sabemos que la escasez es desesperada, que en todas partes reinan el hambre y la miseria y que, así las cosas, surge a cada paso la pasividad. No temamos llamar al mal y a la calamidad por su verdadero nombre. Eso es lo que frena el incremento de la energía de las masas. Por tanto, cuando la estadística nos dice que el 60% de las direcciones se compone de obreros, es absolutamente imposible tratar de interpretar como Shliápnikov las palabras del programa "los sindicatos deben llegar a concentrar efectivamente en sus manos", etc.

Una interpretación auténtica del programa nos permitirá conjugar la cohesión y unidad tácticas necesarias con la necesaria libertad de discusión, como se subraya al final de la resolución. ¿A qué se reduce la resolución? Leamos el punto sexto:

"Basándose en todo esto, el congreso del PC de Rusia rechaza con denuedo las ideas mencionadas, que reflejan una desviación sindicalista y anarquista, y acuerda: 1) considerar necesaria una lucha constante y sistemática contra estas ideas; 2) reconocer incompatible la propaganda de estas ideas con la condición de miembro del Partido Comunista de Rusia.

"El congreso, a la vez que encomienda al CC del partido la más estricta ejecución de estas decisiones, indica que en ediciones especiales, recopilaciones, etc., se puede y debe reservar un lugar para el cambio más detallado de opiniones entre los miembros del partido sobre todas las cuestiones indicadas".

¿Acaso no veis -todos sois, en una forma u otra, agitadores y propagandistas- la diferencia que existe entre la propaganda de ideas en el seno de partidos políticos en lucha y el intercambio de opiniones en ediciones especiales y recopilaciones? Estoy convencido de que toda persona deseosa de profundizar en el sentido de la resolución ve esa diferencia. Y confiamos en que en el CC, en el que incluimos a representantes de dicha desviación, estos representantes mantendrán ante el acuerdo del congreso del partido la actitud que corresponde a todo militante disciplinado y consciente; confiamos en que, con su ayuda, aclararemos en el CC esta diferencia sin crear una situación especial; aclararemos lo que ocurre en el seno del partido: si se trata de la propaganda de ideas dentro de un partido político en lucha o de un intercambio de opiniones en ediciones especiales y recopilaciones. ¡Quien se interese por el estudio de las citas de Engels en todos sus matices, que lo haga! Hay teóricos que siempre darán al partido un consejo útil. Eso es necesario. Publicaremos dos o tres grandes recopilaciones, esto es útil e imprescindible. Pero ¿acaso se parece eso a la propaganda de ideas, a la lucha de plataformas, es que se pueden confundir ambas cosas? No las confundirá nadie que trate de calar hondo en nuestra situación política.

No hay que frenar nuestra labor política, sobre todo en un momento grave, pero tampoco hay que abandonar las investigaciones científicas. Si el camarada Shliápnikov, por ejemplo, como complemento al volumen que ha publicado hace poco sobre su experiencia de lucha revolucionaria en la época de la clandestinidad, quiere escribir en sus ratos de ocio en los próximos meses un segundo volumen para analizar el concepto de "productor",

que lo haga, por favor. Pero la presente resolución nos servirá de jalón. Hemos abierto la discusión más amplia y libre. La plataforma de la "oposición obrera" fue publicada en el Órgano Central del partido, con una tirada de 250.000 ejemplares. La sopesamos en todos sus aspectos y de todas las maneras, efectuamos las elecciones, basándonos en esa plataforma y reunimos, por fin, el congreso, que al hacer el resumen de la discusión política, dice: la desviación ha quedado definida, no juguemos al escondite y digamos francamente que la desviación es desviación y hay que rectificarla; lo haremos, y la discusión se trasladará entonces al plano teórico.

He ahí por qué renuevo y apoyo la propuesta de que aprobemos ambas resoluciones, reforcemos la unidad del partido y definamos de modo correcto a qué deben dedicarse las reuniones del partido y qué pueden hacer en sus ratos libres, en forma individual, los marxistas, los comunistas que quieran ayudar al partido consagrándose al estudio de unos u otros problemas teóricos. (*Aplausos*)

Publicado el 30 de marzo de 1921 en el núm. 68 de "Pravda".

T. 43, págs. 98-106.

SOBRE EL IMPUESTO EN ESPECIE.

(*Significación de la nueva política y sus condiciones*)[28] .

A modo de introducción.

El problema del impuesto en especie despierta una especialísima atención y es motivo de muchas discusiones y debates hoy día. Se comprende perfectamente, ya que es en realidad una de las cuestiones fundamentales de la política en las circunstancias actuales.

Las discusiones tienen un carácter algo caótico. Todos nosotros, por causas harto comprensibles, adolecemos de este pecado. Tanto más útil será el intento de abordar este problema no en su aspecto "palpitante", sino en el aspecto de los principios generales. Dicho con otras palabras, el intento de fijarnos en el fondo general, fundamental, del cuadro en el que estamos trazando ahora el dibujo de las medidas prácticas concretas de la política actual.

Para realizar esa tentativa, me permitiré aducir una larga cita de mi folleto *La tarea principal de nuestros días. Acerca del infantilismo "izquierdista" y del espíritu pequeño burgués*[*]. Ese folleto, editado por el Soviet de Petrogrado en 1918, contiene: 1) un artículo periodístico sobre la paz de Bres[29], publicado el 11 de marzo de 1918; 2) la polémica con el grupo de los comunistas de izquierda de entonces[30], con fecha del 5 de mayo de 1918. Ahora la polémica huelga y la omito, dejando solamente lo relativo a los razonamientos sobre "el capitalismo de Estado" y sobre los elementos esenciales de nuestra economía actual, que es la de transición del capitalismo al socialismo.

He aquí lo que escribí entonces:

Sobre la economía actual de Rusia.

(*Fragmento del folleto de 1918.*)

... El capitalismo de Estado sería un paso adelante en comparación con la situación existente hoy en nuestra República Soviética. Si dentro de unos seis meses se estableciera en nuestro país el capitalismo de Estado, eso sería un inmenso éxito y la más firme garantía de que, al cabo de un año, el socialismo se afianzaría definitivamente y se haría invencible.

Me imagino la noble indignación con que algunos rechazarán estas palabras... ¿Cómo? ¿El tránsito al *capitalismo* de Estado significaría un paso adelante en la República Socialista Soviética?... ¿No es eso una traición al socialismo?

Por ello es preciso examinar con detalle este punto. Primero, se debe examinar cuál es precisamente la *transición* del capitalismo al socialismo que nos da derecho y pie para denominarnos República Socialista de los Soviets.

Segundo, hay que descubrir el error de quienes no ven las condiciones económicas pequeñoburguesas y el elemento pequeñoburgués como enemigo *principal* del socialismo en nuestro país.

Tercero, hay que comprender bien la importancia del Estado *soviético* en lo que se diferencia del Estado burgués en el plano económico.

Examinemos estas tres circunstancias.

Creo que no ha habido una sola persona que, al ocuparse de la economía de Rusia, haya negado el carácter transitorio de esa economía. Ningún comunista ha negado tampoco, a mi parecer, que la expresión "República Socialista Soviética" significa la decisión del Poder soviético de llevar a cabo la transición al socialismo; mas en modo alguno el reconocimiento de que el nuevo régimen económico es socialista.

Mas ¿qué significa la palabra transición? ¿No significará, aplicada a la economía, que en el régimen actual existen elementos, partículas, pedacitos de capitalismo y de socialismo? Todos reconocen que sí. Mas no todos, al reconocerlo, se paran a pensar qué elementos de los distintos tipos de economía social existen en Rusia. Y ahí está todo el meollo de la cuestión.

Enumeremos esos elementos:

1) economía campesina patriarcal, es decir, natural en grado considerable;

2) pequeña producción mercantil (en ella se incluye la mayoría de los campesinos que venden cereales);

3) capitalismo privado;

4) capitalismo de Estado;

5) socialismo.

Rusia es tan grande y tan heterogénea que en ella se entrelazan todos esos tipos diferentes de economía social. Lo original de la situación consiste precisamente en eso.

Cabe preguntar: ¿qué elementos predominan?

[*] Véase la presente edición. *(N. de la Edit.)*

Está claro que en un país de pequeños agricultores predomina, y no puede menos de predominar, el elemento pequeñoburgués: la mayoría, la inmensa mayoría de los agricultores son pequeños productores de mercancías. Los *especuladores,* y el principal objeto de especulación es el *trigo,* rompen ora aquí ora allá la envoltura del capitalismo de Estado (el monopolio del trigo, el control sobre los patronos y comerciantes, los cooperativistas burgueses).

La lucha principal se sostiene hoy precisamente en ese terreno. ¿Entre quiénes se sostiene esa lucha, si empleamos términos de categorías económicas, como, por ejemplo, el "capitalismo de Estado"? ¿Entre los peldaños cuarto y quinto en el orden en que acabo de enumerarlos? Es claro que no. No es el capitalismo de Estado el que lucha contra el socialismo, sino la pequeña burguesía más el capitalismo privado los que luchan juntos, de común acuerdo, tanto contra el capitalismo de Estado como contra el socialismo. La pequeña burguesía opone resistencia a *cualquier* intervención del Estado, contabilidad y control tanto capitalista de Estado como socialista de Estado. Eso es un hecho de la realidad absolutamente incontrovertible, en cuya incomprensión está la raíz de varios errores económicos. El especulador, el merodeador del comercio, el saboteador del monopolio: ése es nuestro principal enemigo "interno", el enemigo de las medidas económicas del Poder soviético. Si hace ciento veinticinco años podía perdonarse aún a los pequeños burgueses de Francia, los revolucionarios más fervientes y más sinceros, el afán de vencer al especulador mediante la ejecución de unos cuantos "elegidos" y el estruendo de las declaraciones hueras, hoy, en cambio, la pura actitud francesa de ciertos eseristas de izquierda ante esta cuestión no despierta en cada revolucionario consciente otra cosa que repugnancia o asco. Sabemos perfectamente que la base económica de la especulación la constituyen el sector de los pequeños propietarios, amplísimo en Rusia, y el capitalismo privado, que tiene un agente suyo en cada pequeño burgués. Sabemos que los millones de tentáculos de esta hidra pequeñoburguesa apresan aquí o allá a algunos sectores obreros y que la especulación, en lugar del monopolio de Estado, irrumpe por todos los poros de nuestra vida socioeconómica.

Quienes no ven eso revelan precisamente con su ceguera que son prisioneros de los prejuicios pequeñoburgueses...

El pequeño burgués tiene reservas de dinero, unos cuantos miles, acumulados por medios "lícitos", y sobre todo ilícitos, durante la guerra. Tal es el tipo económico característico como base de la especulación y del capitalismo privado. El dinero es el certificado que les permite recibir riquezas sociales, y los millones de pequeños propietarios guardan bien ese certificado, se lo ocultan al "Estado", pues no creen en ningún socialismo ni comunismo, "esperan que pase" la tempestad proletaria. Y una de dos: o sometemos a ese pequeño burgués a nuestro control y a nuestra contabilidad (y podemos hacerlo, si organizamos a los campesinos pobres, es decir, a la mayoría de la población o semiproletarios, en torno a la vanguardia proletaria consciente), o él echará abajo nuestro poder obrero de manera inevitable e indefectible, de la misma manera que acabaron con la revolución los Napoleones y los Cavaignac, que brotan precisamente sobre ese terreno de pequeños propietarios. Así está planteado el problema. Y sólo así...

El pequeño burgués que esconde sus miles es un enemigo del capitalismo de Estado y aspira a invertir esos miles única y exclusivamente en provecho propio, en contra de los pobres, en contra de toda clase de control del Estado; y el conjunto de estos miles forma una base de muchos miles de millones para la especulación, que malogra nuestra edificación socialista. Supongamos que determinado número de obreros aporta en varios días valores por una suma igual a mil. Supongamos, además, que de esta suma tenemos una pérdida igual a 200, como consecuencia de la pequeña especulación, de las dilapidaciones de todo género y de las maniobras de los pequeños propietarios para transgredir las normas y los decretos soviéticos. Todo obrero consciente dirá: si yo pudiera aportar trescientos de esos mil, a condición de que se implantase un orden y una organización mejores, aportaría con gusto trescientos en lugar de doscientos, ya que, con el Poder soviético, reducir luego este "tributo", pongamos por caso, hasta cien o cincuenta será una tarea muy fácil dado que se impondrá el orden y la organización, dado que se vencerá por completo el sabotaje de la pequeña propiedad privada contra todo monopolio de Estado.

Este sencillo ejemplo con cifras -simplificado premeditadamente al máximo para hacer más clara la exposición- explica la correlación, en la situación actual, entre el capitalismo de Estado y el socialismo. Los obreros tienen en sus mimos el poder del Estado, tienen la absoluta posibilidad jurídica de "tomar" todo el millar, es decir, de no entregar un solo kopek que no esté destinado a fines socialistas. Esa posibilidad jurídica, que se asienta en el paso efectivo del poder a los obreros, es un elemento de socialismo.

Pero los elementos de la pequeña propiedad y del capitalismo privado se valen de muchos medios para minar la situación jurídica, para abrir paso a la especulación y frustrar el cumplimiento de los decretos soviéticos. El capitalismo de Estado significaría un gigantesco paso adelante *incluso si* pagáramos *más* que ahora (he tomado adrede un ejemplo con cifras para mostrarlo con claridad), pues

merece la pena pagar "por aprender", pues eso es útil para los obreros, pues vencer el desorden, el desbarajuste y el relajamiento tiene más importancia que nada, pues continuar la anarquía de la pequeña propiedad es el peligro mayor y más temible, que nos hundirá *sin duda alguna* (si no lo vencemos), en tanto que pagar un tributo mayor al capitalismo de Estado, lejos de hundirnos, nos llevará por el camino más seguro hacia el socialismo. La clase obrera, después de aprender a proteger el orden estatal frente a la anarquía de la pequeña propiedad, después de aprender a organizar la producción a gran escala, a escala de todo el país, basándola en el capitalismo de Estado, tendrá entonces a mano -perdón por la expresión- todos los triunfos, y el afianzamiento del socialismo estará asegurado.,

El capitalismo de Estado es incomparablemente superior, *desde el punto de vista económico,* a nuestra economía actual. Eso primero.

Y segundo, no tiene nada de temible para el Poder soviético, pues el Estado soviético es un Estado en el que está asegurado el poder de los obreros y de los campesinos pobres...

* * *

Para aclarar más aún la cuestión, citaremos primero un ejemplo concretísimo de capitalismo de Estado. Todos lo conocemos: Alemania. Allí tenemos la "última palabra" de la gran técnica capitalista moderna y de la organización armónica, *subordinada al imperialismo terrateniente-burgués.* Dejemos a un lado las palabras subrayadas, coloquemos en lugar de Estado militar, terrateniente, burgués, imperialista, también un Estado, pero un Estado de otro tipo social, de otro contenido de clase, el Estado soviético, es decir, proletario, y obtendremos toda la suma de condiciones que da como resultado el socialismo.

El socialismo es inconcebible sin la gran técnica capitalista basada en la última palabra de la ciencia moderna, sin una organización estatal armónica que someta a decenas de millones de personas a la más rigurosa observancia de una norma única en la producción y distribución de los productos. Los marxistas hemos hablado siempre de eso, y no merece la pena gastar siquiera dos segundos en conversar con gentes que no han comprendido ni siquiera eso (los anarquistas y una buena mitad de los eseristas de izquierda)[31].

Al mismo tiempo, el socialismo es inconcebible sin la dominación del proletariado en el Estado: eso es también elemental. Y la historia (de la que nadie, excepto los obtusos mencheviques de primera categoría, esperaba que diera sin tropiezos, con calma, simple y llanamente el socialismo "íntegro") siguió un camino tan original que dio a luz hacia 1918 dos mitades separadas de socialismo, una al lado de la otra, exactamente igual que dos futuros polluelos en el mismo cascarón del imperialismo internacional. Alemania y Rusia encarnaron en 1918 del modo más patente la realización material de las condiciones sociales, productivas y económicas del socialismo, de una parte, y de sus condiciones políticas, de otra.

La revolución proletaria victoriosa en Alemania rompería de golpe, con extraordinaria facilidad, todo cascarón del imperialismo (hecho, por desgracia, del mejor acero, por lo que no pueden romperlo los esfuerzos de cualquier... polluelo), haría realidad de modo seguro la victoria del socialismo mundial, sin dificultades o con dificultades insignificantes, si se toma, naturalmente, la escala de lo "difícil" desde el punto de vista histórico universal y no desde el punto de vista pequeñoburgués y de círculo.

Mientras la revolución tarde aún en "nacer" en Alemania, nuestra tarea consiste en *aprender* de los alemanes el capitalismo de Estado, en implantarlo *con todas las fuerzas,* en no escatimar métodos dictatoriales para acelerar la implantación del progreso occidental por la bárbara Rusia, sin reparar en medios bárbaros de lucha contra la barbarie. Si entre los anarquistas y eseristas de izquierda hay hombres (he recordado por casualidad los discursos de Karelin y Gue en el CEC) capaces de razonar a lo Karelin de que no es digno de revolucionarios "aprender" del imperialismo alemán, habrá que decirles una cosa: una revolución que tomara en serio a semejantes individuos se hundiría sin falta (y se lo tendría bien merecido).

En Rusia predomina hoy precisamente el capitalismo pequeñoburgués, del que *un mismo camino* lleva tanto al gran capitalismo de Estado como al socialismo, lleva *a través de una misma* estación intermedia, llamada "contabilidad y control por todo el pueblo de la producción y distribución de los productos". Quien no comprenda esto incurre en un error económico imperdonable, o bien por ignorar los hechos de la realidad, no viendo lo que existe ni sabiendo mirar a la verdad cara a cara, o bien por limitarse a una contraposición abstracta del "capitalismo" y el "socialismo", sin calar hondo en las formas y fases concretas de esa transición en nuestro país.

Entre paréntesis sea dicho, se trata del mismo error teórico que desconcertó a los mejores hombres del campo de *Nóvaya Zhizn*[32] y *Vperiod*[33]*;* los peores y medianos de entre ellos van, por torpes y anodinos, a la zaga de la burguesía, asustados por ella; los mejores no han comprendido que los maestros del socialismo no hablaron en vano de todo un período de transición del capitalismo al socialismo ni recalcaron en vano los "largos dolores del parto" de la nueva socíedad[34]; por cierto, esta nueva sociedad es también una abstracción que sólo puede hacerse realidad mediante intentos concretos, imperfectos y variados de crear uno u otro Estado socialista.

Precisamente porque no se puede seguir

avanzando desde la actual situación económica de Rusia sin pasar por *lo que es común* al capitalismo de Estado y al socialismo (la contabilidad y el control por todo el pueblo), es un completo absurdo teórico asustar a los demás y asustarse a sí mismos con la "evolución *hacia* el capitalismo de Estado". Eso significa precisamente desviarse con el pensamiento, "apartándose" del verdadero camino de la "evolución", no comprender dicho camino; en la práctica, eso equivale a *tirar hacia atrás,* hacia el capitalismo basado en la pequeña propiedad.

A fin de que el lector se convenza de que no hago sólo hoy, ni mucho menos, una "alta" apreciación del capitalismo de Estado, sino que la hice también *antes* de la toma del poder por los bolcheviques, me permito reproducir la siguiente cita de mi folleto *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla,* escrito en septiembre de 1917:

"...Pues bien, prueben ustedes a sustituir ese Estado de junkers y capitalistas, ese Estado de terratenientes y capitalistas, con un Estado democrático revolucionario, es decir, con un Estado que suprima revolucionariamente todos los privilegios, que no tema implantar por vía revolucionaría la democracia más completa. Y entonces verán que el capitalismo monopolista de Estado, en un Estado democrático y revolucionario de verdad, representa inevitablemente, infaliblemente, un paso hacia el socialismo.

"...Porque el socialismo no es otra cosa que el paso siguiente al monopolio capitalista de Estado...

"...El capitalismo monopolista de Estado es la preparación material más completa para el socialismo, su antesala, un peldaño de la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo no hay ningún peldaño intermedio" (págs. 27 y 28)[*].

Obsérvese que eso fue escrito en tiempos de Kerenski, que *no* se trata aquí de la dictadura del proletariado, *no* se trata del Estado socialista, sino del Estado "democrático revolucionario". ¿No está claro, pues, que *cuanto más alto* nos hayamos elevado de ese peldaño político, *cuanto más* hayamos plasmado en los Soviets el Estado socialista y la dictadura del proletariado, *tanto menos* podremos permitirnos temer el "capitalismo de Estado"? ¿No está claro, pues, que en el sentido *material,* económico, de la producción, no nos encontramos aún en la "antesala" del socialismo? ¿Y qué no se puede entrar por la puerta del socialismo si no es cruzando esa "antesala", que nosotros aún no hemos alcanzado?...

* * *

Es también aleccionadora en extremo la circunstancia siguiente.

Cuanto discutimos en el CEC con el camarada Bujarin, este advirtió, entre otras cosas: en la cuestión de los sueldos elevados a los especialistas, "nosotros" "estamos a la derecha de Lenin", pues no vemos en ello ningún apartamiento de los principios, recordando las palabras de Marx de que, en determinadas condiciones, lo más conveniente para la clase obrera sería "deshacerse por dinero de toda esa cuadrilla"[35] (precisamente de la cuadrilla de capitalistas es decir *indemnizar* a la burguesía por la tierra, las fábricas y demás medios de producción). Esta observación, de extraordinario interés...

...Profundicemos en el pensamiento de Marx.

Se trata de la Inglaterra de los años 70 del siglo pasado, del período culminante del capitalismo premonopolista, del país donde lo que menos había entonces era militarismo y burocracia, del país en el que existían entonces mayores probabilidades de victoria "pacífica" del socialismo en el sentido de que los obreros "indemnizasen" a la burguesía. Y Marx decía: en determinadas condiciones, los obreros no se negarán de ninguna manera a indemnizar a la burguesía. Marx no se ataba las manos -ni se las ataba a los futuros dirigentes de la revolución socialista- en cuanto a las formas, métodos y procedimientos de la revolución, comprendiendo muy bien cuán grande sería el número de problemas nuevos que se plantearían, cómo cambiaría toda la situación en el curso de la revolución, con qué frecuencia y en qué medida habría de cambiar esa situación.

¿Y cuál es la situación en la Rusia Soviética *después* de haber tomado el poder el proletariado, *después* de haber sido aplastados la resistencia militar y el sabotaje de los explotadores? ¿No es evidente que se han creado *algunas* condiciones del tipo de las que podían haberse creado hace medio siglo en Inglaterra, si dicho país hubiera empezado entonces el paso pacífico al socialismo? El sometimiento de los capitalistas a los obreros podría haberse asegurado entonces por las siguientes circunstancias: (1) predominio absoluto de los obreros, de los proletarios, entre la población debido a la ausencia de campesinado (en los años 70 había en Inglaterra indicios que permitían esperar éxitos de extraordinaria rapidez del socialismo entre los obreros agrícolas); (2) excelente organización del proletariado en uniones sindicales (Inglaterra era entonces el primer país del mundo en este sentido); (3) nivel cultural relativamente alto del proletariado, disciplinado por el desarrollo secular de la libertad política; (4) larga costumbre de los capitalistas de Inglaterra, magníficamente organizados -entonces eran los capitalistas mejor organizados de todos los países del mundo (hoy esa primacía ha pasado a Alemania)-, de resolver los problemas políticos y económicos mediante un compromiso. He ahí las circunstancias que permitían entonces pensar en la posibilidad del sometimiento *pacífico* de los capitalistas de Inglaterra a sus obreros.

[*] Véase la presente edición, tomo. *(N. de la Edit.)*

En nuestro país, ese sometimiento está asegurado en el momento actual por ciertas premisas concretas (triunfo en octubre y aplastamiento, desde octubre hasta febrero, de la resistencia militar y del sabotaje de los capitalistas). En nuestro país, *en lugar* del predominio absoluto de los obreros, de los proletarios, entre la población y de su alto nivel de organización, el factor de la victoria ha sido el apoyo de los campesinos pobres y arruinados con rapidez a los proletarios. Por último, en nuestro país no existen ni un elevado nivel cultural ni la costumbre de concertar compromisos. Si se piensa a fondo en estas condiciones concretas, estará claro que podemos y debemos conseguir ahora la *combinación* de los métodos de represión implacable contra los capitalistas incultos, que no aceptan ningún "capitalismo de Estado", que no conciben ningún compromiso y siguen minando las medidas soviéticas por medio de la especulación, el soborno de los pobres, etc., *con los métodos de compromiso* o de indemnización a los capitalistas cultos, que aceptan el "capitalismo de Estado", que pueden aplicarlo y que son útiles al proletariado como organizadores inteligentes y expertos de grandísimas empresas que cubran de verdad el abastecimiento de productos a decenas de millones de personas.

Bujarin es un economista marxista magníficamente instruido. Por eso ha recordado que Marx tenía profundísima razón cuando enseñaba a los obreros la importancia que reviste conservar la organización de la gran producción precisamente para facilitar el paso al socialismo y les hacía ver que era admisible por completo la idea de *pagar bien a los capitalistas,* de indemnizarlos en el caso (a título de excepción: e Inglaterra lo era entonces) de que las circunstancias obligasen a los capitalistas a someterse pacíficamente y a pasar de una manera organizada y culta al socialismo, respaldándose en la indemnización.

Pero Bujarin incurre en un error, pues no ha reflexionado sobre la peculiaridad concreta del momento actual en Rusia, un momento precisamente excepcional, en el que nosotros, el proletariado de Rusia, *llevamos la delantera* a cualquier Inglaterra y a cualquier Alemania por nuestro régimen político, por la fuerza del poder político de los obreros, y, al mismo tiempo, *vamos rezagados* del Estado más atrasado de Europa Occidental en lo que se refiere a organización de un respetable capitalismo de Estado, a nivel cultural y grado de preparación de la producción material para "implantar" el socialismo. ¿No está claro que de esta situación peculiar se deduce, para el momento actual, precisamente la necesidad de algo parecido a una "indemnización", que los obreros deben proponer a los capitalistas más cultos, más inteligentes y más capaces, desde el punto de vista de organización, dispuestos a servir al Poder soviético y ayudar honestamente a poner en marcha la producción "estatal" grande y grandísima? ¿No está claro que, en una situación tan original, debemos esforzarnos por evitar los errores de dos tipos, cada uno de los cuales es pequeñoburgués a su manera? Por una parte, sería un error irreparable declarar que, como se reconoce la falta de correspondencia entre nuestras "fuerzas" económicas y nuestra fuerza política, "por consiguiente" no se debía haber tomado el poder. Así razonan los "hombres enfuridados"[36], quienes olvidan que jamás habrá "correspondencia", que no puede haberla en el desarrollo de la naturaleza, como tampoco en el desarrollo de la sociedad; que sólo mediante una serie de intentos -cada uno de los cuales, tomado por separado, será unilateral, adolecerá de cierta falta de correspondencia- se creará el socialismo íntegro con la colaboración revolucionaria de los proletarios de *todos* los países.

Por otra parte, sería un error evidente dar rienda suelta a los bocazas y vocingleros que se dejan llevar del espíritu revolucionario "llamativo", pero que son incapaces de llevar a cabo una labor revolucionaria firme, reflexiva y sopesada que tenga en cuenta asimismo las dificilísimas transiciones.

Por fortuna, la historia del desarrollo de los partidos revolucionarios y de la lucha del bolchevismo contra ellos nos ha dejado en herencia tipos claramente definidos, entre los cuales figuran los eseristas de izquierda y los anarquistas, que son una ilustración bastante gráfica del tipo de los malos revolucionarios. Gritan ahora -hasta darles accesos de histeria y atragantarse- contra "el espíritu de conciliación" de los "bolcheviques de derecha". Pero no saben pensar *por qué* era malo el "espíritu de conciliación" *y por qué* fue condenado en justicia por la historia y el curso de la revolución.

El espíritu de conciliación de los tiempos de Kerenski entregaba el poder a la burguesía imperialista, y la cuestión del poder es la cuestión cardinal de toda revolución. El espíritu de conciliación de una parte de los bolcheviques en octubre-noviembre de 1917 temía la toma del poder por el proletariado o quería *compartir* a medias el poder no sólo con los "compañeros de viaje inseguros", como los eseristas de izquierda, sino también con los enemigos, los adeptos de Chernov, los mencheviques, que nos habrían estorbado inevitablemente en lo fundamental: en la disolución de la Constituyente, en el aplastamiento implacable de los Bogaievski, en la implantación total de las instituciones soviéticas, en cada confiscación.

Ahora ha tomado el poder, lo sostiene y afianza en sus manos un partido, el partido del proletariado, incluso sin los "compañeros de viaje inseguros". Mentar hoy el espíritu de conciliación, cuando no se habla ni puede hablarse siquiera de compartir el *poder,* de renunciar a la dictadura de los proletarios contra la burguesía, significa simplemente repetir

como un loro palabras aprendidas de memoria, pero no comprendidas. Denominar "espíritu de conciliación" el hecho de que, como podemos y debemos gobernar el país, tratamos de ganarnos, sin escatimar dinero, a los elementos más cultos, instruidos por el capitalismo, de ponerlos a nuestro servicio contra la disgregación sembrada por los pequeños propietarios, significa no saber pensar en absoluto en las tareas económicas de la edificación del socialismo...*

Sobre el impuesto en especie, la libertad de comercio y el arrendamiento de empresas en régimen de concesión.

En los citados razonamientos de 1918 hay varios errores en cuanto a los plazos; han resultado ser más largos de lo que se suponía entonces. No tiene nada de extraño. Pero los elementos fundamentales de nuestra economía siguen siendo los mismos. Los campesinos "pobres" (proletarios y semiproletarios) se han convertido, en muchísimos casos, en campesinos medios. Como consecuencia de ello, el "elemento" pequeñoburgués, pequeño propietario, se ha reforzado. Al mismo tiempo, la guerra civil de 1918-1920 arruinó mucho más al país, frenó la restauración de sus fuerzas productivas y desangró, sobre todo, precisamente al proletariado. A ello hay que añadir la mala cosecha de 1920, la escasez de forrajes y la mortandad del ganado, que retardaron más aún la restauración del transporte y de la industria, reflejándose esto, por ejemplo, en que tuvimos que transportar la leña, nuestro principal combustible, con los caballos de los campesinos.

Como resultado, la situación política en la primavera de 1921 era tal que se hizo absolutamente necesario tomar rápidamente las medidas más enérgicas y urgentes a fin de mejorar la situación de los campesinos y elevar sus fuerzas productivas.

¿Por qué precisamente de los campesinos y no de los obreros?

Porque, para mejorar la situación de los obreros, hace falta pan y combustible. Hoy, la mayor "traba" -desde el punto de vista de toda la economía del Estado- se debe precisamente a esta circunstancia. Y aumentar la producción y la recolección de trigo, el aprovisionamiento y el transporte de combustible no se puede de otro modo que mejorando la situación de los campesinos, elevando sus fuerzas productivas. Hay que empezar por los campesinos. El que no lo comprenda, el que considere esta preferencia por los campesinos una "abdicación" de la dictadura del proletariado, o algo parecido, sencillamente no cala en la cuestión, se deja llevar por las frases. La dictadura del proletariado significa la dirección de la política por el proletariado. Este, como clase dirigente, dominante, debe saber dirigir la política de modo que cumpla primero la tarea más impostergable, la más palpitante. Hoy, lo más impostergable son las medidas capaces de elevar inmediatamente las fuerzas productivas de la economía campesina. Sólo *mediante* esto se podrá conseguir mejorar también la situación de los obreros y consolidar la alianza de los obreros con los campesinos, fortalecer la dictadura del proletariado. Todo proletario o representante del proletariado que pretendiera con *otro procedimiento que no fuese éste* mejorar la situación de los obreros resultaría, *en realidad,* un cómplice de los guardias blancos y capitalistas. Ya que tomar otro camino distinto significa poner los intereses gremiales de los obreros por encima de los intereses de clase; significa sacrificar, en aras del aprovechamiento de ventajas inmediatas, parciales y momentáneas, los intereses de toda la clase obrera, de su dictadura, de su alianza con los campesinos contra los terratenientes y capitalistas, de su papel de dirigente en la lucha por liberar el trabajo del yugo del capital.

Por lo tanto: primero es necesario tomar medidas urgentes y serias para elevar las fuerzas productivas de los campesinos.

Esto no se puede hacer sin profundos cambios en la política de abastecimiento. Un cambio tal es la sustitución del sistema de contingentación con el impuesto en especie, lo que está relacionado con la libertad de comercio, después del pago del impuesto, por lo menos en las transacciones económicas locales.

¿En qué consiste la esencia de la sustitución del sistema de contingentación con el impuesto en especie?

A este respecto se han extendido mucho ideas erróneas. Las más de las veces el error se debe a que no se compenetran con la esencia de este cambio, porque no se plantean la pregunta: de dónde y adónde lleva este paso. Se imaginan la cuestión como si se tratara del paso del comunismo, en general, al régimen burgués, en general. Contra este error es necesario volver a insistir en lo dicho en mayo de 1918.

El impuesto en especie es una de las formas de transición del peculiar "comunismo de guerra" -obligado por la extrema miseria, la ruina y la guerra-a un adecuado intercambio socialista de productos. Y este último es, a su vez, una de las formas de transición del socialismo, con las particularidades originadas por el predominio de los pequeños campesinos en la población, al comunismo.

El peculiar "comunismo de guerra" consistía en que tomábamos en la práctica a los campesinos todos los excedentes, y a veces incluso lo no excedente, una parte de los víveres indispensables al campesino, para cubrir los gastos del ejército y para mantener a los obreros. Lo tomábamos, las más de las veces, a crédito, entregando papel moneda. De otro modo no

* Véase la presente edición, t. 8. *(N. de la Edit.)*

podíamos vencer a los terratenientes y capitalistas en un país arruinado, en un país de pequeños campesinos. Y el hecho de que hayamos triunfado (a pesar del apoyo obtenido por nuestros explotadores de parte de las potencias más poderosas del mundo) demuestra no sólo qué maravillas de heroísmo son capaces de realizar los obreros y campesinos en la lucha por su liberación. Este hecho también pone de manifiesto el papel de lacayos de la burguesía que, en realidad, desempeñaron los mencheviques, los eseristas, Kautsky y Cía., cuando nos *reprochaban* este "comunismo de guerra", que debe tenerse por un mérito nuestro.

Pero no es menos necesario conocer la verdadera medida de este mérito. El "comunismo de guerra" nos fue impuesto por la guerra y la ruina. No fue ni podía ser una política que respondiera a las tareas económicas del proletariado. Fue una medida provisional. Una política acertada del proletariado, que ejerce su dictadura en un país de pequeños campesinos, es el intercambio del trigo por los artículos industriales necesarios al campesino. Únicamente tal política de abastecimiento responde a las tareas del proletariado; sólo esta política es capaz de consolidar las bases del socialismo y llevarlo a la victoria completa.

El impuesto en especie representa la transición a ella. Estamos aún tan arruinados, tan agobiados por el peso de la guerra (terminada ayer y que mañana mismo, a causa de la avidez y de la furia de los capitalistas, puede estallar de nuevo), que no podemos entregar al campesino artículos industriales a cambio de *todo* el trigo que necesitamos. Sabiendo esto, implantamos el impuesto en especie, es decir, tomamos a los campesinos a título de impuesto el mínimo indispensable de trigo (para el ejército y para los obreros), y el resto se lo cambiaremos por artículos industriales.

Además, es preciso no olvidarse de lo siguiente: la miseria y la devastación son tales que no podemos restablecer *de golpe* la gran producción fabril, la producción estatal, la producción socialista. Para ello hace falta acumular grandes reservas de trigo y combustible en los centros de la gran industria, hace falta sustituir las máquinas desgastadas por otras nuevas, etc. Nos hemos convencido por experiencia de que esto no se puede hacer de repente, y sabemos que, después de una guerra imperialista devastadora, incluso los países más ricos y más adelantados sólo podrán resolver semejante problema en el transcurso de cierto número de años, bastante prolongado. Esto quiere decir que es necesario ayudar, en cierta medida, a la restauración de la *pequeña* industria, que no exige maquinaria, que no requiere tener reservas estatales, ni grandes reservas de materias primas, de combustible y de víveres, la cual puede prestar inmediatamente cierta ayuda a la economía campesina y elevar sus fuerzas productivas.

¿Qué resulta entonces de todo esto?

Resulta el resurgimiento, basado en cierta libertad de comercio (si bien local sólo), de la pequeña burguesía y del capitalismo. Esto es indudable. Sería ridículo no quererlo ver.

Cabe preguntar: ¿Es eso necesario? ¿Puede justificarse? ¿No es peligroso?

Se hacen muchas preguntas de ese género, y en la mayoría de los casos evidencian sólo la ingenuidad (expresándome con recato) de quienes las hacen.

Fijaos cómo definí en mayo de 1918 los elementos (partes integrantes) de las diferentes formaciones socioeconómicas* que había en nuestra economía. Nadie podrá negar la existencia de los cinco grados (o partes integrantes) de estas cinco formaciones, desde la patriarcal, es decir, semisalvaje, hasta la socialista. Es de una claridad meridiana que en un país de pequeños campesinos prevalezca la "formación" de los pequeños campesinos, es decir, en parte patriarcal, en parte pequeñoburguesa. El desarrollo de la pequeña hacienda es un desarrollo pequeñoburgués, un desarrollo capitalista, ya que existe el intercambio; ésta es una verdad indiscutible, una verdad elemental de la economía política, confirmada, además, por la experiencia cotidiana y la observación incluso del vulgo.

¿Qué política puede, pues, aplicar el proletariado socialista ante semejante realidad económica? ¿Dar al pequeño campesino *todos* los artículos que necesite de la producción de la gran industria socialista a cambio del trigo y de las materias primas? Esta sería la política más deseable, la más "adecuada", y es precisamente la política que hemos comenzado a aplicar. Pero no podemos darles *todos* los artículos; estamos aún lejos de ello y tardaremos en poder hacerlo; por lo menos, no podremos hacerlo hasta que hayamos terminado aunque sólo sean los primeros trabajos de electrificación de todo el país. ¿Cómo proceder entonces? O bien intentar prohibir, impedir por completo todo desarrollo del intercambio privado, no estatal, es decir, el comercio, esto es, el capitalismo, inevitable con la existencia de millones de pequeños productores. Esta política sería absurda y suicida para el partido que tratara de ponerla en práctica. Absurda, porque esta política es imposible en el aspecto económico; suicida, porque los partidos que intentan ponerla en práctica sufren un fracaso indefectible. Debemos confesar que algún que otro comunista, con sus "pensamientos, palabras y hechos", ha pecado, cayendo precisamente en *tal* política. Procuremos corregir estos errores. Corrijámoslos sin falta, de otro modo nos veremos en un gran aprieto.

O bien (la última política *posible* y la única prudente) no tratar de prohibir, impedir el desarrollo

* Véase la presente edición, t. 8. *(N. de la Edit.)*

del capitalismo, sino tratar de meterlo en el cauce del *capitalismo de Estado.* Esto es posible en el plano económico, ya que el capitalismo de Estado existe -en una u otra forma, en uno u otro grado-dondequiera que hay, en general, elementos de comercio libre y de capitalismo.

¿Es posible la combinación, la unión, la compatibilidad del Estado soviético, de la dictadura del proletariado con el capitalismo de Estado?

Claro que es posible. Esto es precisamente lo que procuré demostrar yo en mayo de 1918 y lo que creo demostré en aquella ocasión. Más aún: demostré también entonces que el capitalismo de Estado es un paso adelante en comparación con el elemento pequeño propietario (pequeño patriarcal y pequeñoburgués). Se cometen muchísimos errores al contraponer el capitalismo de Estado únicamente al socialismo, o compararlo únicamente con él, mientras que en la situación político-económica presente es necesario comparar también el capitalismo de Estado con la producción pequeñoburguesa.

Todo el problema -tanto en teoría como en la práctica- consiste en encontrar los métodos acertados de cómo se debe llevar precisamente el inevitable (hasta cierto grado y por un plazo determinado) desarrollo del capitalismo al cauce del capitalismo de Estado, en qué condiciones hacerlo y cómo asegurar, en un futuro próximo, la transformación del capitalismo de Estado en socialismo.

Para abordar la solución de este problema es necesario, ante todo, imaginarse con la mayor claridad posible lo que será y puede ser en la práctica el capitalismo de Estado dentro de nuestro sistema soviético, dentro del marco de nuestro Estado de los Soviets.

El caso o el ejemplo más sencillo de cómo el Poder soviético conduce el desarrollo del capitalismo al cauce del capitalismo de Estado, de cómo "implanta" el capitalismo de Estado, lo constituye la explotación de empresas en régimen de concesión. Ahora todos estamos de acuerdo en que las concesiones son indispensables, pero no todos reflexionan sobre la significación de estas concesiones. ¿Qué es el arrendamiento de empresas en régimen de concesión en las condiciones del sistema soviético, desde el punto de vista de las formaciones socioeconómicas y la correlación entre ellas? Un acuerdo, una alianza, un pacto del Poder soviético, es decir, del poder estatal proletario con el capitalismo de Estado, contra el elemento pequeño propietario (elemento patriarcal y pequeñoburgués). El concesionario es un capitalista. Dirige las empresas a la manera capitalista con el fin de obtener ganancias; concluye un contrato con el poder proletario a fin de obtener ganancias extra, superganancias, o con el fin de obtener un tipo de materias primas que no podría obtener o que le sería muy difícil conseguir de otro modo. El Poder soviético obtiene ventajas en forma de desarrollo de las fuerzas productivas y de aumento inmediato o en breve plazo de la cantidad de productos. Tenemos, por ejemplo, un centenar de explotaciones, minas o bosques. No podemos explotarlo todo: nos faltan máquinas, víveres, medios de transporte. Por el mismo motivo explotamos mal las restantes empresas. A causa de la mala e insuficiente explotación de las grandes empresas se refuerza el elemento pequeño propietario en todas sus manifestaciones: decaimiento de las explotaciones agrícolas vecinas (y luego también de todas las demás), merma de sus fuerzas productivas, pérdida de la confianza del campo en el Poder soviético, robos y pequeña especulación en masa (la más peligrosa), etc. "Implantando" el capitalismo de Estado en forma de concesiones, el Poder soviético refuerza la gran producción contra la pequeña, la producción avanzada contra la atrasada, la producción con máquinas contra la producción manual, aumentando así la cantidad de artículos de la gran industria reunidos en sus manos (por medio de los cánones de concesión) e intensificando las relaciones económicas reguladas por el Estado para contrarrestar las anárquicas relaciones pequeñoburguesas. La política de explotación de empresas en régimen de concesión, aplicada con medida y precaución, nos ayudará, sin duda, a mejorar con rapidez (hasta cierto grado, no muy alto) el estado de la producción, la situación de los obreros y los campesinos; y, claro está, a costa de ciertos sacrificios, de la entrega de decenas y decenas de millones de puds de los productos más valiosos al capitalista. La determinación de la medida y de las condiciones en las que el arrendamiento de empresas en régimen de concesión es conveniente y no ofrece peligro para nosotros depende de la correlación de fuerzas y se decide por la lucha, puesto que también las concesiones son un tipo de lucha, la continuación de la lucha de las clases en otra forma, pero de ninguna manera la lucha de las clases es remplazada por la paz de las clases. Los métodos de lucha que se deben emplear los indicará la práctica.

El capitalismo de Estado en forma de concesiones tal vez sea la forma más sencilla, precisa, clara y definida con exactitud, en comparación con otras formas de capitalismo de Estado dentro del sistema soviético. Tenemos aquí un contrato formal, escrito, con el capitalismo más culto y adelantado, el de Europa Occidental. Conocemos exactamente nuestras ganancias y nuestras pérdidas, nuestros derechos y nuestros deberes, sabemos con exactitud el plazo por el que hacemos la concesión, conocemos las condiciones del rescate anterior al plazo, si es que en el contrato se estipula este derecho. Pagamos cierto "tributo" al capitalismo mundial, "indemnizándole" en determinados aspectos, obteniendo al punto en

cierta medida la consolidación de la situación del Poder soviético y la mejora de las condiciones para dirigir nuestra economía. Toda la dificultad del problema de las concesiones se reduce a que hay que meditarlo y aquilatarlo todo cuando se concluye un contrato de concesión, y después saber estar al tanto de su cumplimiento. Indudablemente, en ello hay dificultades, y los errores, seguramente, serán inevitables en los primeros tiempos; pero estas dificultades son mínimas si se las compara con los otros problemas de la revolución social, sobre todo con las otras formas de desarrollo, admisión e implantación del capitalismo de Estado.

La tarea más importante de todos los funcionarios del partido y de los Soviets, en relación con la implantación del impuesto en especie, consiste en saber aplicar los principios, las bases de la política de "concesiones" (es decir, semejante a la política de "concesiones" aplicada al capitalismo de Estado) a las demás formas de capitalismo, a la libertad de comercio, a la circulación local, etc.

Tomemos las cooperativas. Por algo el decreto sobre el impuesto en especie ha originado inmediatamente la revisión del estatuto sobre las cooperativas y ha dado lugar a cierta ampliación de su "libertad" y sus derechos. También la cooperativa es un tipo de capitalismo de Estado, pero menos simple, menos definido, más confuso y, por tanto, una forma que en la práctica plantea ante nuestro poder mayores dificultades. Las cooperativas de pequeños productores de mercancías (de ellas se trata aquí -y no de las cooperativas obreras-, como una de las formas predominantes y típicas en un país de pequeños campesinos) engendran inevitablemente relaciones capitalistas, pequeñoburguesas, contribuyen a su desarrollo, sacan a primer plano a los pequeños capitalistas, ofreciéndoles las mayores ventajas. Y no puede ser de otro modo, ya que existe el predominio de los pequeños propietarios, así como la posibilidad y la necesidad del intercambio. Libertad y derechos para las cooperativas, en las condiciones actuales de Rusia, significan libertad y derechos para el capitalismo. No querer ver esta verdad evidente sería una sandez o un crimen.

Pero el capitalismo "cooperativo", a diferencia del capitalismo privado, constituye, con el Poder soviético, una variedad de capitalismo de Estado, y, como tal, nos es útil y provechoso ahora, en cierta medida, por supuesto. Como el impuesto en especie significa libertad de venta de los otros excedentes (no recogidos a título de impuesto), debemos hacer esfuerzos para que *este* desarrollo del capitalismo -ya que la libertad de venta, la libertad de comercio *es* un desarrollo del capitalismo- se lleve al cauce del capitalismo cooperativo. Este se asemeja al capitalismo de Estado en el sentido de que facilita el registro, el control, la inspección y las relaciones contractuales entre el Estado (en este caso el Estado soviético) y el capitalista. La cooperativa, como forma de comercio, es más ventajosa y útil que el comercio privado, no sólo por las causas ya indicadas, sino también porque facilita la unificación, la organización de millones de habitantes y luego de la población entera, siendo esta circunstancia, a su vez, una ventaja inmensa desde el punto de vista del paso consecutivo del capitalismo de Estado al socialismo.

Comparemos la explotación de empresas en régimen de concesión y las cooperativas como formas de capitalismo de Estado. Las concesiones se basan en la gran industria mecanizada; las cooperativas, en la pequeña industria, en la industria manual, incluso patriarcal. La concesión atañe a un solo capitalista o a una sola casa, a un consorcio, a un solo cártel o trust en cada contrato de concesión por separado. La cooperativa abarca a muchos miles, incluso a millones de pequeños propietarios. La concesión admite e incluso presupone un contrato preciso y un plazo fijo. La cooperativa no requiere contratos exactos por completo ni plazos fijos del todo. Abolir la ley de las cooperativas es mucho más fácil que anular el contrato sobre una concesión; pero romper un contrato significa romper de golpe y porrazo, sin más ni más, las relaciones contractuales existentes en realidad o la "convivencia" económica con el capitalista; mientras que ninguna derogación de la ley sobre las cooperativas, ninguna ley en general no sólo no romperá de golpe la "convivencia" real del Poder soviético con los pequeños capitalistas, sino que, en general no será capaz de eliminar las relaciones económicas que existen de hecho. Es fácil "vigilar" al concesionario, pero no así a los cooperativistas. El paso de la explotación de empresas en régimen de concesión al socialismo es el paso de una forma de gran producción a otra forma de gran producción. El paso de las cooperativas de pequeños propietarios al socialismo es el paso de la pequeña producción a la gran producción, es decir, una transición más compleja, pero capaz, en cambio, de abarcar, en caso de éxito, a las mayores masas de la población, capaz de extirpar las más profundas y las más vitales raíces de las relaciones viejas, de las relaciones presocialistas, incluso precapitalistas, las más tenaces en resistir a toda "innovación". La política de concesiones, en caso de éxito, nos proporcionará un pequeño número de grandes empresas modelo -en comparación con las nuestras-, que estarán al nivel del adelantado capitalismo actual; transcurridos varios decenios, estas empresas pasarán íntegramente a nuestras manos. La política cooperativista, en caso de éxito, nos proporcionará el crecimiento de la pequeña economía y facilitará su paso, en un plazo indeterminado, a la gran producción basada en la asociación voluntaria.

Tomemos la tercera forma de capitalismo de Estado. El Estado atrae al capitalista, en calidad de

comerciante, pagándole cierta comisión por la venta de la producción del Estado y por el acopio de los productos del pequeño productor. Y la cuarta forma: el Estado entrega en arriendo al capitalista industrial una empresa, una explotación o un bosque o terreno, etc., perteneciente al Estado, teniendo el contrato de arriendo el mayor parecido con el de la concesión. Estos dos últimos tipos de capitalismo de Estado no los tratamos, ni pensamos en ellos, ni los tenemos en cuenta para nada. Mas no porque seamos fuertes e inteligentes, sino porque somos débiles y tontos. Tememos mirar cara a cara a la "ruin verdad" y nos entregamos con harta frecuencia a la "mentira que nos enaltece"[37]. Siempre caemos en la afirmación de que "nosotros" vamos pasando del capitalismo al socialismo, olvidándonos de precisar con exactitud y claridad quiénes somos "nosotros". Es necesario tener a la vista la enumeración de todos los elementos integrantes -absolutamente todos, sin excepción- de los diversos tipos socioeconómicos de nuestra economía que hice en un artículo del 5 de mayo de 1918[*], para no olvidar este diáfano cuadro. "Nosotros", la vanguardia, el destacamento avanzado del proletariado, pasamos directamente al socialismo; pero el destacamento avanzado sólo constituye una pequeña parte de todo el proletariado, que, a su vez, no es más que una pequeña parte de toda la masa de la población. Y para que "nosotros" podamos cumplir con buen éxito la tarea de nuestro paso inmediato al socialismo es necesario comprender cuáles son los caminos, los métodos, los recursos, los elementos *intermedios* que se necesitan para pasar de las relaciones *precapitalistas* al socialismo. Este es el quid de la cuestión.

Fijaos en el mapa de la RSFS de Rusia. Al norte de Vólogda, al sureste de Rostov del Don y de Sarátov, al sur de Oremburgo y de Omsk y al norte de Tomsk se extienden territorios inmensos, en los que cabrían decenas de grandes Estados cultos. Y en todas estas extensiones reina el régimen patriarcal, la semibarbarie y la verdadera barbarie. ¿Y en los apartados lugares del campo en el resto de Rusia? En todas partes, donde decenas de verstas de caminos vecinales -mejor dicho, decenas de verstas sin camino alguno- separan a las aldeas de las líneas férreas, es decir, de los medios materiales de comunicación con la cultura, con el capitalismo, con la gran industria, con las grandes ciudades. ¿Acaso no predominan también en todos estos lugares el régimen patriarcal, el "oblomovísmo”[38], la semibarbarie?

¿Es concebible el paso directo de semejante estado, predominante en Rusia, al socialismo? Sí, es concebible hasta cierto grado, pero sólo con una condición, que ahora conocemos exactamente, gracias a un gran trabajo científico[39] que se ha llevado a cabo. Esta condición es la electrificación. Si construimos decenas de centrales eléctricas distritales (ahora ya sabemos dónde y cómo se pueden y deben construir), si llevamos su energía a todas las aldeas y *si* conseguimos la suficiente cantidad de motores eléctricos y otras máquinas, no necesitaremos, o casi no necesitaremos, pasar por grados transitorios o intermedios entre el régimen patriarcal y el socialismo. Pero sabemos perfectamente que esta "sola" condición exige, por lo menos, un decenio únicamente para los trabajos más urgentes, y reducir este plazo, a su vez, sólo es posible en el caso de que triunfe la revolución proletaria en países como Inglaterra, Alemania y Norteamérica.

Mas para los próximos años es necesario saber pensar en los grados intermedios, capaces de facilitar el paso del régimen patriarcal, de la pequeña producción, al socialismo. "Nosotros" seguimos viniendo a menudo a parar en el razonamiento: "el capitalismo es un mal, el socialismo es un bien". Pero este razonamiento es erróneo, ya que olvida el conjunto de los tipos socioeconómicos existentes, entresacando dos de ellos nada más.

El capitalismo es un mal en relación con el socialismo. El capitalismo es un bien en relación con el medievo, en relación con la pequeña producción, en relación con la burocracia vinculada a la dispersión de los pequeños productores. Puesto que aún no tenemos fuerzas para dar el paso directo de la pequeña producción al socialismo, el capitalismo es, por tanto y en cierta medida, inevitable como producto espontáneo de la pequeña producción y del intercambio, por lo que debemos aprovechar el capitalismo (llevándolo especialmente por el cauce del capitalismo de Estado) como grado intermedio entre la pequeña producción y el socialismo, como recurso, camino, procedimiento o método de aumentar las fuerzas productivas.

Tomad el problema de la burocracia y observadlo en su aspecto económico. El 5 de mayo de 1918 no se nos planteaba este problema. Medio año después de la Revolución de Octubre, después de haber destrozado de arriba abajo el viejo armatoste burocrático, aún no sentíamos esta plaga.

Pasó un año más. En el VIII Congreso del PC de Rusia -18-23 de marzo de 1919- se aprobó un nuevo programa del partido en el que hablamos abiertamente, sin miedo a reconocer el mal, y con el deseo de descubrirlo, de desenmascararlo, de ponerlo en la picota, de despertar la conciencia y la voluntad, la energía y la acción para la lucha contra el mal, hablamos ya del *"renacimiento parcial de la burocracia en el seno del régimen soviético"*.

Pasaron dos años más. En la primavera de 1921, después del VIII Congreso de los Soviets (diciembre de 1920), en el que se discutió el problema de la burocracia, y después del X Congreso del PC de

[*] Véase la presente edición, t. 8. *(N. de la Edit.)*

Rusia (marzo de 1921), que hizo el resumen de las discusiones relacionadas estrechamente con el análisis de la burocracia, vimos ya *esta* plaga con mayor claridad y precisión, la vimos alzarse más amenazadora ante nosotros. ¿Cuáles son las raíces económicas de la burocracia? Son, principalmente, de dos tipos: por un lado, una burguesía desarrollada necesita la máquina burocrática, precisamente, contra el movimiento revolucionario de los obreros (en parte también contra el de los campesinos); en primer lugar, los cuerpos armados; luego la judicatura, etc. Nuestro caso es distinto. Nuestros tribunales son tribunales de clase, contra la burguesía. Nuestro ejército es un ejército de clase, contra la burguesía. La burocracia no se halla en el ejército, sino en las instituciones puestas a su servicio. Entre nosotros las raíces económicas de la burocracia son distintas: el fraccionamiento, la dispersión del pequeño productor, su miseria, su incultura, la falta de comunicaciones, el analfabetismo, la falta de *intercambio* entre la agricultura y la industria, la falta de enlace e interacción entre ellas. Esto es, en gran parte, resultado de la guerra civil. Cuando nosotros estábamos bloqueados, asediados por todas partes, aislados del resto del mundo, de las regiones trigueras del Sur, de Siberia, de la hulla, no podíamos restablecer la industria. No debíamos temer aplicar el "comunismo de guerra", la medida más extrema: soportaremos una existencia semihambrienta e incluso peor que semihambrienta, pero defenderemos a toda costa, pese a la ruina más inaudita y a la falta de intercambio, el poder de los obreros y campesinos. Y no nos dejamos amedrentar por lo que se asustaron los eseristas y mencheviques (que de hecho seguían a la burguesía mayormente por miedo, por intimidación). Pero lo que era una condición para la victoria en un país bloqueado, en una fortaleza sitiada, mostró su lado negativo precisamente en la primavera de 1921, cuando las últimas tropas de los guardias blancos fueron expulsadas definitivamente del territorio de la RSFS de Rusia. "Encerrar" todo intercambio en una fortaleza sitiada es cosa que puede y debe hacerse; con un heroísmo extraordinario de las masas esto puede soportarse tres años. Después, la ruina del pequeño productor se agravó más aún, el restablecimiento de la gran industria volvió a retrasarse, se aplazó. La burocracia como herencia de los tiempos de "asedio", como superestructura levantada sobre la dispersión y la cohibición del pequeño productor, se manifestó por completo.

Hay que saber reconocer el mal sin temor alguno para combatirlo con más tenacidad, para volver y volver a comenzar por el principio; aún tendremos que empezar muchas veces, reiteradas veces, en todas las ramas de nuestra construcción, desde el principio, corrigiendo lo defectuoso, eligiendo diversos caminos para abordar las tareas. Se ha puesto de manifiesto la demora en el restablecimiento de la gran industria, se ha revelado como insoportable el "encierro" del intercambio entre la industria y la agricultura, lo que significa que es necesario impulsar lo más factible: el restablecimiento de la pequeña industria. Hay que contribuir a la obra desde este lado, apuntalar este lado del edificio, semiderruido por la guerra y el bloqueo. Hay que desarrollar por todos los medios y a toda costa el intercambio, sin temor al capitalismo, puesto que lo hemos metido en un marco bastante estrecho (por la expropiación de los terratenientes y de la burguesía en la economía, por el poder de los obreros y campesinos en la política), bastante "moderado". Tal es la idea fundamental del impuesto en especie, tal es su significación económica.

Todos los funcionarios del partido y de los Soviets deben encauzar enteramente todos sus esfuerzos y toda su atención a despertar y fomentar la iniciativa en plano local -en las provincias; más aún, en los distritos; y aún más, en los subdistritos y en los pueblos- para organizar la economía precisamente desde el punto de vista de dar un impulso inmediato, aunque sea con "pequeños" recursos, en medida insignificante, a la hacienda campesina, ayudándole con el desarrollo de la pequeña industria de la comarca. El plan económico general y único del Estado exige que esto precisamente se convierta en el centro de la atención y preocupación, en el centro de los trabajos "de choque". La mejora conseguida aquí, a la menor distancia posible del "fundamento" más amplio y profundo, permitirá pasar con la mayor brevedad al más enérgico y victorioso restablecimiento de la gran industria.

Los trabajadores dedicados al abastecimiento conocían hasta ahora una sola directriz fundamental: recoger el 100% del monto de la contingentación. Ahora la directriz es distinta: recaudar el 100% del impuesto en el plazo más breve y luego un 100% más mediante el intercambio con productos de la gran *y pequeña* industria. Quien recaude el 75% del impuesto y el 75% (del segundo centenar) mediante el intercambio de productos de la gran y pequeña industria realizará una obra más útil de interés público que quien recaude el 100% del impuesto y el 55% (del segundo centenar) mediante el intercambio. La tarea de los encargados del abastecimiento se complica. Por una parte, se trata de una tarea fiscal: recaudar cuanto antes y del modo más racional posible el impuesto; por otra parte, es una tarea de importancia económica general: tratar de dirigir las cooperativas y ayudar a la pequeña industria de manera que aumente y se consolide el intercambio entre la agricultura y la industria, tratar de impulsar la iniciativa a escala local con el mismo fin. Y eso aún lo hacemos muy mal. La demostración es la burocracia. No debemos temer reconocer que en este sentido todavía *se puede y se debe aprender mucho*

de los capitalistas. Comparemos por provincias, distritos, subdistritos y pueblos los resultados de la experiencia práctica: en un sitio, los capitalistas privados y los pequeños capitalistas han logrado tal cosa. Sus ganancias son aproximadamente tales. Este es el tributo, el pago que damos "por la enseñanza". No da pena pagar por la enseñanza, con tal de que ésta sea provechosa. En cambio, en el pueblo vecino se ha conseguido tal y tal cosa mediante las cooperativas. Las ganancias de las cooperativas son tales y tales. Y en una tercera localidad se ha conseguido, por la vía puramente estatal, puramente comunista, otra cosa distinta (este caso tercero será, en nuestros días, una rara excepción).

La tarea debe consistir en que cada institución económica regional, cada asamblea económica provincial, convocada por los comités ejecutivos, resuelva inmediatamente, como cuestión de primera urgencia, la organización rápida de toda clase de ensayos o sistemas de "intercambio" con los productos excedentes que restan después de haber abonado el impuesto en especie. Al cabo de unos meses se deben tener los resultados prácticos para compararlos y estudiarlos. La sal local o traída de otros sitios; el petróleo traído del centro; la industria domiciliaria de la madera; las industrias de oficios que trabajan con materias primas locales, que aportan algunos productos, aunque no muy importantes, pero sí indispensables y útiles para los campesinos; la "hulla verde" (aprovechamiento de las fuerzas hidráulicas locales, de poca importancia, para la electrificación), etc., etc.; hay que ponerlo todo en marcha a fin de avivar el intercambio entre la industria y la agricultura, cueste lo que cueste. Quien obtenga en este terreno los mayores resultados, aunque sea mediante el capitalismo privado, incluso aunque no sea por las cooperativas, sin transformar directamente este capitalismo en capitalismo de Estado, rendirá más provecho a la construcción socialista de toda Rusia que quien "medite" en la pureza del comunismo, escriba instrucciones y reglas para el capitalismo de Estado y las cooperativas, pero no impulse de hecho el intercambio.

Eso podrá parecer una paradoja: ¿el capitalismo privado en el papel de auxiliar del socialismo?

Pero no es ninguna paradoja, sino un hecho de carácter económico absolutamente incontrovertible. Como se trata de un país de pequeños campesinos, con un transporte desastroso en particular, de un país que ha salido de la guerra y el bloqueo y cuya dirección política corre a cargo del proletariado, el cual tiene en sus manos el transporte y la gran industria, de estas premisas se deduce de manera absolutamente necesaria la importancia primordial que tiene en estos momentos, primero, el intercambio local, y, segundo, la posibilidad de que el capitalismo privado preste ayuda al socialismo (sin hablar ya del capitalismo de Estado).

Discutamos menos en torno a las palabras. Hasta hoy seguimos pecando en demasía a este respecto. Variemos más la experiencia práctica y estudiémosla mejor. Suele haber circunstancias en las que la organización ejemplar del trabajo local, aunque sea a escala muy reducida, tiene una importancia estatal mucho mayor que numerosas ramas de la administración pública en el centro. Y entre nosotros, justamente en estos momentos, con relación a la economía campesina, en general, y al intercambio de los excedentes de la producción agrícola por artículos industriales, en particular, las circunstancias son éstas precisamente. La organización ejemplar del trabajo, en el sentido indicado, aunque sea en un solo subdistrito, tiene una importancia general para el interés público mucho mayor que la mejora "ejemplar" del cuerpo administrativo central de tal o cual Comisaria do del Pueblo. Pues, en tres años y medio, nuestro cuerpo administrativo central se ha formado ya hasta el punto de llegar a adquirir cierta rutina nociva en el país; no podemos mejorarlo considerablemente ni con rapidez, no sabemos cómo hacerlo. La ayuda para mejorarlo de un modo más radical, para infundirle fuerzas frescas, para combatir con éxito la burocracia, para superar la rutina nociva debe partir de los lugares, de la base, de la organización ejemplar de un "conjunto" pequeño, pero precisamente "conjunto", es decir, no de una sola explotación, no de un solo sector de la economía, de una sola empresa, sino de *la suma de todas* las relaciones económicas, de *la suma de todo* el intercambio económico, aunque sea en un lugar pequeño.

Los que estamos condenados a permanecer en el trabajo central, seguiremos mejorando el cuerpo administrativo y depurándolo de burocracia, aunque sea a modesta escala, en la medida de lo directamente posible. Pero la ayuda principal en este sentido viene y vendrá de los lugares. En general, en los lugares -por lo que he podido observar- las cosas están mejor que en el centro; y esto es comprensible, ya que el mal de la burocracia, como es natural, se concentra en el centro; en este sentido, Moscú no puede menos de ser la peor ciudad y, en general, el peor "lugar" de la república. En los lugares, las desviaciones del término medio se dan en ambos sentidos; las desviaciones en el peor sentido son más raras que en el mejor. Las desviaciones hacia el peor lado son los abusos de los viejos funcionarios, terratenientes, burgueses y demás canalla, que se han arrimado a los comunistas y cometen a veces repugnantes arbitrariedades y vilezas, ultrajando a los campesinos. La depuración ahí debe ser terrorista: procesar y fusilar en el acto sin contemplaciones. Que los Mártov, Chernov y los pequeños burgueses sin partido, semejantes a ellos, se den golpes de pecho y exclamen: "¡Alabado seas, Señor, porque no me parezco a "ellos", pues no he aceptado jamás ni

acepto el método del terror!" Estos necios "no aceptan el terror", ya que eligieron para sí el papel de auxiliares lacayunos de los guardias blancos, en lo que se refiere al embaucamiento de los obreros y los campesinos. Los eseristas y los mencheviques "no aceptan el terror", ya que cumplen su misión *de colocar bajo el terrorismo de los guardias blancos* a las masas encuadradas bajo la bandera del "socialismo". Así lo han demostrado la kerenskiada y la korniloviada[40] en Rusia, la kolchakiada en Siberia, el menchevismo en Georgia; así lo han demostrado los héroes de la II Internacional y de la Internacional "II y media"[41] en Finlandia, Hungría, Austria, Alemania, Italia, Inglaterra, etc. Que los lacayunos del terror de los guardias blancos sigan ufanándose de negar todo terrorismo. Nosotros diremos la dura, pero indudable verdad: en los países que viven una crisis inaudita, una desintegración de las viejas relaciones, una exacerbación de la lucha entre las clases después de la guerra imperialista de 1914-1918 -tal es el caso en todos los países del mundo-, no se puede pasar sin el terror, a despecho de los hipócritas y charlatanes. O terror blanco burgués, al estilo norteamericano, inglés (Irlanda), italiano (fascista), alemán, húngaro y otros, o terror rojo, proletario. No hay término medio, "tercer" camino no lo hay ni puede haberlo.

Las desviaciones hacia el mejor lado significan: lucha venturosa contra la burocracia, solicitud con las demandas de los obreros y campesinos, gran preocupación por elevar la economía, aumento de la productividad del trabajo y desarrollo del intercambio local entre la agricultura y la industria. Estas desviaciones hacia el mejor lado, aunque son más frecuentes que hacia el lado peor, son, sin embargo, raras. Pero existen. Por doquier transcurre a escala local el proceso de formación de nuevas fuerzas comunistas, jóvenes, frescas, templadas en la guerra civil y en las privaciones. Aún estamos muy lejos, lejísimos, de hacer lo suficiente para promover con regularidad y constancia estas fuerzas de abajo arriba. Es posible y necesario hacerlo de modo más amplio y perseverante. Se puede y debe sacar a algunos dirigentes del trabajo central y colocarlos en el plano local: como dirigentes de distrito y *subdistrito,* creando allí una organización *ejemplar de toda* la labor económica *en su conjunto,* estos dirigentes serán de inmensa utilidad y harán una obra mucho más importante *para todo el país* que cualquier función central. La organización ejemplar de este trabajo serviría de plantel de dirigentes y ejemplo digno de ser imitado y relativamente fácil de imitar, y nosotros, desde el centro, sabremos contribuir a que esta "imitación" de la obra ejemplar se haga a vasta escala y llegue a ser obligatoria.

Para desarrollar el "intercambio" entre la agricultura y la industria con los excedentes restantes del pago del impuesto en especie y con los artículos de la pequeña industria, sobre todo de la domiciliaria, es indispensable, por su misma esencia, una *iniciativa local* independiente, experta e inteligente; por eso, en las circunstancias actuales, la organización ejemplar del trabajo de un distrito o de un subdistrito adquiere una importancia verdaderamente extraordinaria desde el punto de vista de los intereses generales del Estado. En el terreno militar, por ejemplo, durante la última guerra con Polonia, no temimos saltarnos las jerarquías burocráticas ni "degradar", o sea, trasladar a los miembros del Consejo Militar Revolucionario de la república (respetándoles su alto cargo central) a puestos inferiores. ¿Por qué no enviar ahora a algunos miembros del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, o a los miembros de los consejos de dirección de los comisariados, o a otros camaradas que ocupan importantes puestos de responsabilidad, a trabajar incluso en los distritos, incluso en los subdistritos? Creo que no nos hemos "burocratizado" en realidad hasta el punto de "tener reparos" de semejante procedimiento. Y saldrán de entre nosotros decenas de dirigentes del centro que aceptarán gustosos ese traslado. La organización de la economía de toda la república ganaría muchísimo con ello, y los subdistritos o distritos ejemplares desempeñarían un papel, no ya grande, sino realmente decisivo, un papel histórico.

Dicho sea de paso, como circunstancia pequeña, pero, sin embargo, circunstancia importante, es necesario destacar el cambio indispensable en la manera de plantearse, en principio, el problema de la lucha contra la especulación. Debemos apoyar, nos conviene desarrollar el comercio "correcto" que no elude el control estatal. Pero la especulación *no puede* distinguirse del comercio "correcto", si se la toma como un concepto de la economía política. La libertad de comercio es capitalismo, y el capitalismo es especulación: sería ridículo no querer lo ver.

¿Cómo proceder, entonces? ¿Declarar impune la especulación?

No. Es necesario revisar y reformar todas las leyes sobre la especulación, declarando punible (persiguiendo, de hecho, con triple rigor que antes) todo *hurto* y toda *elusión,* directa o indirecta, abierta o encubierta, del *control, de la vigilancia* y *de la contabilidad estatal.* Precisamente con semejante modo de plantear el problema (en el Consejo de Comisarios del Pueblo ya se ha comenzado esta labor, es decir, el Consejo de Comisarios del Pueblo ha dado ya orden de comenzar la revisión de las leyes sobre la especulación) conseguiremos que el desarrollo del capitalismo, en cierta medida inevitable e indispensable para nosotros, vaya por el cauce del capitalismo *de Estado.*

Balance político y deducciones políticas.

Me resta solamente hablar, aunque sea

brevemente, de la situación política, tal como se ha formado y ha cambiado debido a las condiciones económicas descritas más arriba.

Ya queda dicho que los rasgos principales de nuestra economía en 1921 siguen siendo los mismos que en 1918. La primavera de 1921 nos ha traído -principalmente a causa de la mala cosecha y de la mortandad del ganado- una agravación extrema de la situación de los campesinos, que ya de por sí era dificilísima a causa de la guerra y el bloqueo. Resultado de esta agravación han sido las vacilaciones políticas, que constituyen, hablando en general, la "naturaleza" misma del pequeño productor. La manifestación más palmaria de estas vacilaciones ha sido la sublevación de Cronstadt.

Lo más característico de los acontecimientos de Cronstadt son precisamente las vacilaciones del elemento pequeñoburgués. Había muy poco de formado, claro y definido por completo. Nebulosas consignas de "libertad", "libertad de comercio", "emancipación", "Soviets sin bolcheviques" o nuevas elecciones a los Soviets, o liberación de la "dictadura del partido", etc., etc. Tanto los mencheviques como los eseristas declaran "suyo" el movimiento de Cronstadt. Víctor Chernov envía un mensajero a Cronstadt; por la *"Constituyente"* vota en Cronstadt, a propuesta de dicho mensajero, el menchevique Valk, uno de los dirigentes de la sublevación de Cronstadt. Todos los elementos de los guardias blancos se movilizan instantáneamente *"a favor de Cronstadt"* con rapidez que puede calificarse de radiotelegráfica. Los guardias blancos entre los militares profesionales de Cronstadt, toda una serie de especialistas, no sólo Kozlovski, están haciendo un plan de desembarco de tropas en Oranienbaum, plan que asusta a la masa vacilante de los mencheviques, eseristas y sin partido. Más de medio centenar de periódicos de los guardias blancos que se editan en el extranjero en lengua rusa despliegan una furibunda campaña *"a favor de Cronstadt"*. Los grandes bancos, todas las fuerzas del capital financiero abren suscripciones de ayuda a Cronstadt. El democonstitucionalista Miliukov, inteligente líder de la burguesía y de los terratenientes, explica pacientemente de un modo directo al imbécil de Víctor Chernov (y a los mencheviques Dan y Rozhkov, encarcelados en Petrogrado, por estar comprometidos en los acontecimientos de Cronstadt, de un modo indirecto), que no hay por qué apresurarse con la Constituyente, que *se puede y debe manifestarse a favor del Poder soviético, pero sin bolcheviques.*

Claro está que no es difícil tener más inteligencia que tontos tan fatuos como Chernov, héroe de la frase pequeñoburguesa, o como Mártov, caballero del reformismo pequeñoburgués que él quiere hacer pasar por marxismo. Y no me refiero, propiamente, a que Miliukov, como figura política, sea más inteligente que ellos, sino a que un líder del partido de la gran burguesía, a causa de su situación de clase, ve con mayor claridad, comprende mejor la esencia de clase del asunto y las relaciones políticas que los líderes de la pequeña burguesía, como los Chernov y Mártov. Ya que la burguesía constituye en realidad una fuerza de clase que domina inevitablemente en el capitalismo, tanto con monarquía como con la república más democrática, gozando también inevitablemente del apoyo de la burguesía mundial. En tanto que la pequeña burguesía, *es decir,* todos los héroes de la II Internacional y de la Internacional "II y media", no puede ser otra cosa, por la esencia económica del problema, que la demostración de la impotencia de clase: de ahí las vacilaciones, las frases, la ineptitud. En 1789 los pequeños burgueses podían ser todavía grandes revolucionarios; en 1848 eran ridículos y deplorables; en 1917-1921 son ya repugnantes acólitos de la reacción, sus francos lacayos por el verdadero papel que desempeñan, llámense Chernov y Mártov o Kautsky, MacDonald, etc., etc.

Cuando Mártov declara en su revista de Berlín" que Cronstadt no sólo propugnaba consignas mencheviques, sino que dio pruebas de que es posible la existencia de un movimiento antibolchevique que no sirva íntegramente a los guardias blancos, a los capitalistas y terratenientes, representa precisamente un modelo de fatuo Narciso pequeñoburgués. ¡Cerremos simplemente los ojos para no ver que todos los verdaderos guardias blancos saludaron a los amotinados de Cronstadt y recolectaron, por intermedio de los bancos, fondos para ayudar a Cronstadt! Miliukov tiene razón si se le compara con los Chernov y Mártov, ya que revela la *verdadera* táctica de la *verdadera* fuerza de los guardias blancos, de la fuerza de los capitalistas y terratenientes: ¡Apoyemos a cualquiera, incluso a los anarquistas, a cualquier Poder soviético, *con tal* de derrocar a los bolcheviques, *con tal* de *desplazarlos del poder!* Lo mismo da que se los desplace hacia la derecha como hacia la izquierda, hacia los mencheviques como hacia los anarquistas, con tal de que los bolcheviques se queden fuera del poder; del resto nos encargaremos "nosotros mismos", los Miliukov, "nosotros", los capitalistas y terratenientes, echando a guantadas a los anarquistoides, a los Chernov y Mártov, tal como lo hicimos en Siberia con Chernov y Maiski, en Hungría con los Chernov y Mártov húngaros, como lo hicimos en Alemania con Kautsky y en Viena con los F. Adler y Cía. La verdadera burguesía de acción ha embaucado a centenares de estos Narcisos pequeñoburgueses -mencheviques, eseristas, sin partido- y los ha echado luego a puntapiés en todas las revoluciones decenas de veces y en todos los países del mundo. Esto lo ha demostrado la historia y lo han comprobado los hechos. Los Narcisos seguirán hablando. Los

Miliukov y los guardias blancos seguirán obrando.

"Con tal de quitar el poder a los bolcheviques, tanto da ir un poco a la derecha como un poco a la izquierda, lo demás ya vendrá"; en esto Miliukov tiene toda la razón. Esta es una verdad de clase confirmada por toda la historia de las revoluciones de todos los países, por una época de muchos siglos de la historia de la edad moderna, tras el medievo. Al pequeño productor y al campesino dispersos los une en los aspectos económico *y político* la burguesía (así ha sucedido siempre bajo el capitalismo en todos los países, en todas las revoluciones de la edad moderna y así sucederá siempre bajo el capitalismo), o el proletariado (así ha sucedido, en forma embrionaria, en los momentos culminantes de algunas de las más grandes revoluciones de la historia de la edad moderna durante un período muy breve; así sucedió en Rusia en 1917-1921 en forma más desarrollada). De un "tercer" camino, de una "tercera fuerza" sólo pueden charlar y soñar los fatuos Narcisos.

Con inmenso trabajo, en lucha desesperada forjaron los bolcheviques una vanguardia del proletariado capaz de gobernar; crearon y defendieron la dictadura del proletariado; y la correlación de fuerzas de clase en Rusia se hizo más clara que la luz del día, después de la comprobación por la experiencia, por la práctica de cuatro años: la vanguardia de acero templado de la única clase revolucionaria, el elemento vacilante de la pequeña burguesía y los Miliukov, los capitalistas y terratenientes emboscados al otro lado de la frontera, que gozan del apoyo de la burguesía mundial. La cuestión es de una claridad meridiana. Toda "sustitución en el poder" la aprovecharán y pueden aprovecharla solamente ellos.

En el antecitado folleto de 1918 se decía abiertamente de esto: "el enemigo principal" es el "elemento pequeñoburgués". "O sometemos a ese pequeño burgués a nuestro control y a nuestra contabilidad, o él echará abajo nuestro poder obrero de manera inevitable e indefectible, de la misma manera que acabaron con la revolución los Napoleones y los Cavaignac, que brotan precisamente sobre ese terreno de pequeños propietarios. Así está planteado el problema. Y sólo así". (Del folleto del 5 de mayo de 1918, véase más arriba[*]).

Nuestra fuerza consiste en la completa claridad y sobriedad en el cálculo de *todos* los valores efectivos de clase, tanto rusos como internacionales, y después en la energía de hierro, la firmeza, la decisión y la abnegación en la lucha que provienen de ello. Tenemos muchos enemigos, pero están desunidos, o no saben lo que quieren (como todos los pequeños burgueses, todos los Mártov y Chernov, todos los sin partido, todos los anarquistas). Nosotros estamos unidos directamente entre nosotros e indirectamente con los proletarios de todos los países, sabemos lo que queremos, y por lo mismo somos invencibles a escala mundial, aunque esto no excluye, en absoluto, la posibilidad de que sean derrotadas por más o menos tiempo algunas revoluciones proletarias.

El elemento pequeñoburgués por algo se llama elemento, puesto que se trata, realmente, de algo de lo más amorfo, indefinido e inconsciente. Los Narcisos de la pequeña burguesía piensan que el "sufragio universal" acaba con la naturaleza del pequeño productor bajo el capitalismo, mientras que, en realidad, dicho sufragio *ayuda* a la burguesía, con el apoyo de la Iglesia, de la prensa, del magisterio, de la policía, de los militares y de la opresión económica ejercida en miles de formas, le ayuda a *someter* a los pequeños productores dispersos. La ruina, la miseria, la gravedad de la situación originan las vacilaciones: hoy a favor de la burguesía y mañana a favor del proletariado. Únicamente la templada vanguardia del proletariado es capaz de mantenerse y resistir las vacilaciones.

Los acontecimientos de la primavera de 1921 han demostrado una vez más el papel que desempeñan los eseristas y los mencheviques: ayudan al elemento pequeñoburgués vacilante a apartarse de los bolcheviques, a hacer "sustituciones en el poder" a favor de los capitalistas y terratenientes. *Los mencheviques y los eseristas han aprendido ahora a disfrazarse de gente "sin partido".* Está demostrado por completo. Y ahora, únicamente los tontos pueden no verlo, pueden no comprender que no vamos a permitir que se nos embauque. Las conferencias de los sin partido no son un fetiche. Son valiosas si ofrecen la posibilidad de granjearnos la simpatía de la masa que aún no se encuentra bajo la influencia de ninguna propaganda, de los millones de trabajadores que se mantienen al margen de la política; pero son nocivas si proporcionan una plataforma a los mencheviques y eseristas, disfrazados de gente "sin partido". Esos elementos favorecen los motines, ayudan a los guardias blancos. El lugar de los mencheviques y eseristas, declarados o disfrazados de gente sin partido, está en la cárcel (o en los periódicos del extranjero, al lado de los guardias blancos; hemos dejado con mucho gusto a Mártov salir al extranjero), pero no en la conferencia de los sin partido. Se pueden y deben encontrar otros métodos para comprobar el estado de ánimo de las masas y granjearnos su simpatía. Que se vayan al extranjero los que quieran jugar al parlamentarismo, a la Constituyente, a las conferencias de los sin partido; que hagan el favor de marcharse con Mártov, de comprobar las bellezas de la "democracia"; tened la bondad de preguntar a los soldados de Wrangel por estas bellezas. Pero nosotros no tenemos tiempo para jugar a las "oposiciones" en las "conferencias". Estamos rodeados por la burguesía mundial, que

[*] Véase la presente edición, t. 8. *(N. de la Edit.)*

acecha cada instante de vacilación para propiciar la vuelta de los "suyos", para restaurar a los terratenientes y a la burguesía. Meteremos en la cárcel a los mencheviques y eseristas, tanto da que sean declarados como que se hayan disfrazado de gente "sin partido".

Vamos a estrechar por todos los medios las relaciones con la masa trabajadora no influida por la política, a excepción de los medios que ofrecen campo libre a los mencheviques y socialistas-revolucionarios, que ofrecen *campo libre a las vacilaciones ventajosas para Miliukov*. Destacaremos con especial celo para los trabajos de los Soviets, sobre todo para los relacionados con la economía, a centenares y centenares de personas sin partido, de verdaderos representantes de la masa sin filiación política, de simples obreros y campesinos de la base, y no a los que se han "disfrazado" de gente sin partido con objeto de repetir de carrerilla lo que contienen los mandatos mencheviques y eseristas, tan ventajosos para Miliukov. Entre nosotros trabajan centenares y miles de personas sin partido, entre las cuales hay decenas que desempeñan cargos de gran importancia y responsabilidad. Es necesario controlar más su trabajo. Es necesario destacar para nuevas pruebas a otros miles y miles de simples trabajadores del común de las gentes, a los que hay que probar periódica y constantemente, elevando a centenares de ellos, comprobados en la práctica, a cargos más altos.

Los comunistas siguen sin comprender bien hasta la fecha sus verdaderas tareas de dirección: no hay que empeñarse en hacerlo "todo" uno "mismo", echando los bofes y sin poder conseguirlo, emprendiendo veinte asuntos y no acabando ninguno, sino que hay que controlar el trabajo de decenas y centenares de ayudantes, hay que organizar el control de su trabajo desde abajo, es decir, por la verdadera masa; es necesario *orientar* el trabajo y *aprender* de los que saben (los especialistas) y tienen experiencia de organizar grandes empresas (los capitalistas). Un comunista inteligente no teme aprender de un militar profesional, aunque las nueve décimas partes de estos militares profesionales sean capaces de traicionarnos en la primera ocasión. Un comunista inteligente no teme aprender de un capitalista (tanto da que se trate de un gran capitalista concesionario como de un comisionista o de un pequeño capitalista, socio de una cooperativa, etc.), aunque el capitalista no es mejor que el militar profesional. En el Ejército Rojo se ha aprendido a capturar a los traidores entre los militares profesionales, destacando a los honrados y a los que trabajan a conciencia, aprovechando así, en general, a miles y decenas de miles de militares profesionales. Estamos aprendiendo a hacer lo mismo (en forma peculiar) con los ingenieros, con los maestros, aunque lo hacernos de un modo mucho peor que en el Ejército Rojo (allí Denikin y Kolchak nos apresuraban de verdad, obligándonos a aprender cuanto antes, con la mayor aplicación e inteligencia). Aprenderemos a hacer lo mismo (también en forma peculiar) con los comisionistas, con los agentes de compras que trabajan para el Estado, con los pequeños capitalistas socios de cooperativas, con los industriales concesionarios, etc.

La masa de obreros y campesinos necesita mejorar sin demora su situación. Designando para el trabajo útil a fuerzas nuevas, entre ellas a gente sin partido, lo conseguiremos. El impuesto en especie y la serie de medidas relacionadas con él nos ayudarán a realizarlo. Cortaremos con ello la raíz económica de las inevitables vacilaciones del pequeño productor. Y las vacilaciones políticas, útiles solamente para Miliukov, las combatiremos sin piedad. Los vacilantes son muchos. Nosotros somos pocos. Los vacilantes están desunidos. Nosotros estamos unidos. Los vacilantes no tienen independencia económica. El proletariado la tiene. Los vacilantes no saben lo que quieren: los ojos se abalanzan, los pies se cansan, y Miliukov prohíbe que las manos lo alcancen. Pero nosotros sabemos lo que queremos.

Y por eso venceremos.

Conclusión.

Resumamos.

El impuesto en especie es la transición del comunismo de guerra a un intercambio socialista de productos adecuado.

La extrema ruina, agravada por la mala cosecha de 1920, hacía que este paso fuese necesario con toda urgencia, en vista de la imposibilidad de restablecer con rapidez la gran industria.

De ahí que se deba mejorar primero la situación de los campesinos. Medios para ello: el impuesto en especie, desenvolvimiento del intercambio entre la agricultura y la industria, desarrollo de la pequeña industria.

El intercambio significa libertad de comercio, es capitalismo. Este nos será útil en la medida en que nos ayude a combatir la dispersión del pequeño productor y, en cierto grado, la burocracia. La medida la dará la práctica, la experiencia. Mientras el proletariado sostenga firmemente el poder en sus manos, mientras mantenga con firmeza en sus manos los medios de transporte y la gran industria, el poder proletario no tiene en ello nada que temer.

La lucha contra la especulación debe ser transformada en lucha contra los robos y contra el modo de eludir la vigilancia, la contabilidad y el control del Estado. Con este control llevaremos el capitalismo, en cierto grado imprescindible e indispensable para nosotros, al cauce del capitalismo de Estado.

Desarrollar en todos los sentidos, por todos los medios y cueste lo que cueste la iniciativa y la autogestión locales en materia de estímulo del

intercambio entre la agricultura y la industria. Estudiar la experiencia práctica en este sentido y conseguir la mayor variedad posible de la misma.

Apoyar a la pequeña industria que atiende a la agricultura campesina y le ayuda a alzarse. Ayudarle en cierto grado, incluso con la entrega de materias primas del Estado. Lo más criminal es dejar materias primas sin aprovechar.

No temer que los comunistas "aprendan" de los especialistas burgueses, incluso de los comerciantes, de los pequeños capitalistas asociados en cooperativas, de los capitalistas en general. Aprender de ellos en forma distinta, peto en esencia del mismo modo que se aprendía y se llegó a aprender de los militares profesionales. Contrastar los resultados de la "enseñanza" únicamente con la experiencia práctica: hacedlo mejor que lo hacían a vuestro lado los especialistas burgueses; sabed alcanzar de una u otra manera el ascenso de la agricultura, el incremento de la industria, el desarrollo del intercambio entre la agricultura y la industria. No escatiméis el pago "por la enseñanza": no da pena pagar caro por la enseñanza con tal de que ésta sea provechosa.

Ayudar por todos los medios a la masa de los trabajadores, granjearse su simpatía, destacar de su seno a centenares y miles de trabajadores sin partido para administrar la economía. Y a los "sin partido", que en la práctica no son sino mencheviques y eseristas disfrazados con el traje de moda, o sea, con el de los sin partido de Cronstadt, hay que tenerlos a buen recaudo en las cárceles o enviarlos a Berlín, donde está Mártov, para que gocen a sus anchas de todas las bellezas de la democracia pura, para que intercambien libremente sus opiniones con Chernov, con Miliukov, con los mencheviques georgianos.

21 de abril de 1921.

Publicado en mayo de 1921, en folleto aparte, por la Editorial del Estado, en Moscú.

T. 43, págs. 205-245.

LOS SIN PARTIDO Y EL PODER SOVIÉTICO.

Discurso grabado en disco fonográfico[43].

Obreros y campesinos: Dadnos, para gobernar el país y mejorar la economía, a funcionarios sin partido honrados y fieles al Poder soviético. El Poder soviético necesita funcionarios honestos y leales, pues no basta sólo con los militantes del partido. Entre los obreros y los campesinos sin partido hay muchos, muchísimos, que se distinguen por su honestidad y su capacidad para gobernar y dirigir la economía. Por ejemplo, para poner en marcha las industrias de oficio, organizar las cooperativas, distribuir bien los productos, mejorar los asuntos relacionados con los comedores, las viviendas, la alimentación infantil, etc., etc.

En cada provincia hay miles y miles de obreros y campesinos sin partido no incorporados aún a la dirección y al restablecimiento de la economía. Es un deber personal de los funcionarios del partido y de los Soviets descubrir a esos hombres, promoverlos, darles trabajo, probar sus aptitudes, brindarles la posibilidad de desarrollarse y mostrar de lo que son capaces.

No tememos, sino que, por el contrario, necesitamos y deseamos la ayuda de los obreros y campesinos sin partido. Hay que tener recelo únicamente de los mencheviques y socialistas-revolucionarios, aficionados ahora a denominarse sin partido, para, en realidad, llevar a cabo su pérfida labor en pro de los guardias blancos y los terratenientes. Por algo todos los guardias blancos y terratenientes han acudido presurosos en ayuda de la sublevación de Cronstadt. Es a esos sin partido disfrazados a los que se debe desenmascarar y detener; pero a los obreros y campesinos sin partido honrados hay que incorporarlos por todos los medios al trabajo.

Pronunciado el 25 *de abril de* 1921. *"Recopilación Leninista", t. XXXVII, págs. 289-290.*

III CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA[44].

22 de junio-17 de julio de 1921.

1. Tesis del informe sobre la táctica del Partido Comunista de Rusia.

1. La situación internacional de la RSFSR.

Caracteriza actualmente la situación internacional de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia cierto equilibrio, que, aun siendo en extremo inestable, ha creado, sin embargo, una coyuntura peculiar en la política mundial.

Esta peculiaridad consiste en lo siguiente: por una parte, la burguesía internacional, llena de odio y hostilidad rabiosos contra la Rusia Soviética, está dispuesta a lanzarse en todo momento sobre ella y estrangularla. Por otra parte, todas las tentativas de intervención militar, que le han costado a esa burguesía centenares de millones de francos, han terminado en un completo fracaso, a pesar de que el Poder soviético era entonces más débil que ahora y los terratenientes y capitalistas rusos tenían ejércitos enteros en el territorio de la RSFSR. En todos los países capitalistas se ha acentuado extraordinariamente la oposición a la guerra contra la Rusia Soviética, oposición que nutre el movimiento revolucionario del proletariado y se extiende a masas muy grandes de la democracia pequeñoburguesa. La divergencia de intereses entre los distintos países imperialistas se recrudece más cada día. El movimiento revolucionario crece con pujanza formidable entre los centenares de millones de hombres que forman los pueblos oprimidos de Oriente. Como consecuencia de todas estas condiciones, el imperialismo internacional, a pesar de ser mucho más fuerte que la Rusia Soviética, no ha podido estrangularla y se ha visto obligado a reconocerla por algún tiempo o reconocerla a medias, a concertar con ella tratados comerciales.

Ha resultado un equilibrio extremadamente precario, extremadamente inestable, pero equilibrio al fin y al cabo que hace posible, claro que no por mucho tiempo, la existencia de la república socialista en el cerco capitalista.

2. Correlación de las fuerzas de las clases a escala internacional.

Con semejante estado de cosas, la correlación de las fuerzas de las clases a escala internacional es como sigue:

La burguesía internacional, privada de la posibilidad de hacer abiertamente la guerra a la Rusia Soviética, se mantiene a la expectativa, acechando el momento en que las circunstancias le permitan reanudar esta guerra.

El proletariado de los países capitalistas avanzados ha formado ya en todas partes su vanguardia, los partidos comunistas, que se desarrollan, marchando con firmeza a la conquista de la mayoría del proletariado en cada país, destruyendo la influencia de los viejos burócratas tradeunionistas y de la capa superior de la clase obrera de América y Europa, corrompida por los privilegios imperialistas.

La democracia pequeñoburguesa de los países capitalistas, representada en su sector avanzado por la II Internacional y por la Internacional II y media, constituye en la actualidad el pilar principal del capitalismo, porque sigue influyendo en la mayoría o en una parte considerable de los obreros y empleados de la industria y del comercio, que temen perder, en caso de revolución, su relativo bienestar pequeñoburgués, creado por los privilegios del imperialismo. Pero la creciente crisis económica agrava en todas partes la situación de las grandes masas, cosa que, sumada al hecho cada vez más evidente de que son inevitables nuevas guerras imperialistas si se mantiene el capitalismo, hace que sea cada vez más inseguro el pilar de que venimos hablando.

Las masas trabajadoras de las colonias y semicolonias, que constituyen la inmensa mayoría de la población del globo, fueron despertadas ya a la vida política desde principios del siglo XX, sobre todo por las revoluciones de Rusia, Turquía, Persia y China. La guerra imperialista de 1914-1918 y el Poder soviético en Rusia hacen definitivamente de estas masas un factor activo de la política mundial y de la destrucción revolucionaria del imperialismo, aunque los filisteos instruidos de Europa y América, incluidos los líderes de la II Internacional y de la Internacional II y media, siguen obstinados en no verlo. Encabeza estos países la India Británica, donde la revolución asciende con tanta mayor rapidez cuanto más importancia adquiere en ella, por una parte, el proletariado industrial y ferroviario y cuanto más bestial es, por otra, el terror de los ingleses, que recurren con mayor frecuencia cada día a matanzas

en masa (Amritsar)[54], a penas de azotes en público, etc.

3. Correlación de las fuerzas de las clases en Rusia.

La situación política interior de la Rusia Soviética se caracteriza por el hecho de que, por primera vez en la historia universal, vemos que en Rusia sólo existen desde hace algunos años dos clases: el proletariado, educado a lo largo de decenios por una gran industria mecanizada moderna, a pesar de ser muy joven, y los pequeños campesinos, que constituyen la inmensa mayoría de la población.

Los grandes terratenientes y los capitalistas no han desaparecido en Rusia, pero han sido expropiados totalmente y han quedado derrotados por completo en el terreno político como clase, cuyos restos han ido a esconderse entre los funcionarios públicos del Poder soviético. Han conservado su organización de clase en el extranjero como emigración, que asciende probablemente a millón y medio o dos millones de personas y tiene más de cincuenta diarios de todos los partidos burgueses y "socialistas" (es decir, pequeñoburgueses), restos del ejército y numerosos vínculos con la burguesía internacional. Esta emigración se afana con todas sus fuerzas y todos los medios por derribar el Poder soviético y restaurar el capitalismo en Rusia.

4. El proletariado y los campesinos de Rusia.

Dada esta situación interior de Rusia, la tarea principal de su proletariado, como clase dominante, consiste en este momento en determinar y poner en práctica con acierto las medidas necesarias para dirigir a los campesinos, para entablar una firme alianza con ellos, para realizar una larga serie de transiciones graduales que conduzcan a la gran agricultura socializada y mecanizada. Esta tarea ofrece en Rusia dificultades especiales, tanto por el atraso de nuestro país como por la extremada ruina en que se encuentra luego de siete años de guerra imperialista y guerra civil. Pero aun prescindiendo de tal particularidad, esta tarea es de las más difíciles que la construcción socialista planteará a todos los países capitalistas, exceptuando, quizá, sólo a Inglaterra. Sin embargo, tampoco por lo que toca a Inglaterra se debe olvidar que, si bien es en ella muy poco numerosa la clase de los pequeños agricultores arrendatarios, en cambio es elevadísimo el porcentaje de obreros y empleados que viven como pequeños burgueses debido a la esclavitud que de hecho sufren centenares de millones de habitantes en las colonias "pertenecientes" a Inglaterra.

Por eso, desde el punto de vista del desarrollo de la revolución proletaria mundial, como proceso único, la importancia de la época por la que atraviesa Rusia reside en que ésta ponga prácticamente a prueba y compruebe la política que el proletariado, dueño del poder estatal, aplica con respecto a la masa pequeñoburguesa.

5. La alianza militar entre el proletariado y los campesinos de la RSFSR.

La base de unas relaciones adecuadas entre el proletariado y los campesinos en la Rusia Soviética ha sido creada por la época de 1917-1921, cuando la invasión de los capitalistas y terratenientes, apoyados por toda la burguesía mundial y por todos los partidos de la democracia pequeñoburguesa (eseristas y mencheviques), formó, templó y selló la alianza militar del proletariado y los campesinos en defensa del Poder soviético. La guerra civil es la forma más enconada de la lucha entre las clases, y cuanto más sañuda es esta lucha, con tanta mayor rapidez arden en su fuego todas las ilusiones y prejuicios pequeñoburgueses, con tanta mayor evidencia enseña la misma práctica, aun a los sectores más atrasados de los campesinos, que sólo la dictadura del proletariado puede salvarlos, que los eseristas y los mencheviques no son de hecho más que lacayos de los terratenientes y capitalistas.

Pero si la alianza militar entre el proletariado y los campesinos fue -y no pudo menos de serlo- la primera forma de una alianza sólida entre ellos, no hubiera podido mantenerse ni siquiera unas semanas sin cierta alianza económica entre las clases mencionadas. Los campesinos obtuvieron del Estado obrero toda la tierra y protección contra los terratenientes y los kulaks; los obreros obtuvieron de los campesinos víveres a crédito hasta que se restableciera la gran industria.

6. Paso a relaciones económicas adecuadas entre el proletariado y los campesinos.

Desde el punto de vista del socialismo, la alianza entre los pequeños campesinos y el proletariado sólo puede ser del todo adecuada y firme cuando el transporte y la gran industria, completamente restablecidos, permitan al proletariado suministrar a los campesinos, a cambio de víveres, todos los artículos que necesiten para sí y para mejorar su hacienda. La espantosa ruina del país impedía hacerlo en seguida. El sistema de contingentación fue la medida más asequible, para un Estado insuficientemente organizado, con el fin de sostenerse en una guerra de inauditas dificultades contra los terratenientes. La mala cosecha y la falta de piensos en 1920 recrudecieron de un modo particular la grave penuria que ya sufrían los campesinos, haciendo absolutamente indispensable el paso inmediato al impuesto en especie.

Un impuesto en especie moderado mejora inmediata y considerablemente la situación de los campesinos, interesándolos al mismo tiempo en ampliar los sembrados y perfeccionar la agricultura.

El impuesto en especie es el paso de la requisa de

todos los excedentes de trigo del campesino a un intercambio socialista adecuado de productos entre la industria y la agricultura.

7. Porque y en qué condiciones el poder soviético admite el capitalismo y el arrendamiento de empresas en régimen de concesión.

El impuesto en especie, naturalmente, significa que el campesino tiene libertad de disponer de los excedentes que le quedan después de pagar el impuesto. Mientras el Estado no pueda ofrecer al campesino productos de la fábrica socialista a cambio de todos estos excedentes, la libertad de comercio con ellos significa inevitablemente libertad de desarrollo del capitalismo.

Sin embargo, dentro de los límites indicados, esto no representa peligro alguno para el socialismo, mientras el transporte y la gran industria sigan en manos del proletariado. Al contrario, el desarrollo del capitalismo, controlado y regulado por el Estado proletario (es decir, del capitalismo "de Estado" en *este* sentido de la palabra) es ventajoso y necesario (claro que sólo hasta cierto punto) en un país de pequeños campesinos, extraordinariamente arruinado y atrasado, porque puede acelerar un desarrollo *inmediato* de la agricultura por los campesinos. Con mayor razón puede afirmarse lo mismo de las concesiones: sin desnacionalizar en absoluto, el Estado obrero da en arriendo determinadas minas, bosques, explotaciones de petróleo, etc., a capitalistas extranjeros, para obtener de ellos equipos industriales y máquinas suplementarias que nos permitan apresurar el restablecimiento de la gran industria soviética.

Al pagar a los concesionarios con una parte de productos de gran valor, el Estado obrero abona sin duda un tributo a la burguesía mundial; sin velarlo en lo más mínimo, debemos comprender claramente que nos conviene pagarlo con tal de apresurar el restablecimiento de nuestra gran industria y conseguir una mejora notable de la situación de los obreros y los campesinos.

8. Éxitos de nuestra política de abastecimiento.

La política de abastecimiento de la Rusia Soviética de 1917 a 1921 ha sido indudablemente muy tosca, imperfecta, ha dado lugar a muchos abusos. Se cometió una serie de errores al aplicarla. Pero fue en suma la única posible en aquellas condiciones. Y cumplió su misión histórica: salvó la dictadura del proletariado en un país en ruinas y atrasado. Es un hecho indiscutible que esta política fue perfeccionándose poco a poco. Durante el primer año de nuestro pleno ejercicio del poder (del 1° de agosto de 1918 al 1° de agosto de 1919) recogió el Estado 110 millones de puds de grano; en el segundo, 220; en el tercero, más de 285. Ahora, contando ya con una experiencia práctica, nos proponemos y calculamos recoger 400 millones de puds (el volumen del impuesto en especie es de 240 millones de puds). Únicamente siendo dueño efectivo de unas reservas de víveres suficientes, podrá el Estado obrero mantenerse firmemente sobre sus pies en el terreno económico, asegurar una restauración lenta, pero constante, de la gran industria y crear el debido sistema financiero.

9. Base material del socialismo y plan de electrificación de Rusia.

La base material del socialismo no puede ser sino la gran industria mecanizada, capaz de reorganizar también la agricultura. Pero no debemos limitarnos a este principio general. Hay que concretarlo. Una gran industria, a la altura de la técnica moderna y capaz de reorganizar la agricultura, supone la electrificación de todo el país. Teníamos que hacer el trabajo científico de elaborar el plan de electrificación de la RSFSR, y ya lo hemos hecho. Con la colaboración de más de doscientos de los mejores hombres de ciencia, ingenieros y agrónomos de Rusia, esta obra quedó terminada, se imprimió en un grueso volumen y, en conjunto, fue aprobada por el VIII Congreso de los Soviets de toda Rusia en diciembre de 1920. Ahora está preparada ya la convocatoria de un congreso nacional de electrotécnicos, que se celebrará en agosto de 1921 y examinará con detenimiento esta obra, después de lo cual será aprobada definitivamente por el gobierno[46]. Los trabajos de electrificación están calculados para diez años en su primera fase; requerirán unos trescientos setenta millones de jornadas.

Mientras en 1918 teníamos ocho centrales eléctricas de nueva planta (con 4.757 Kw), en 1919 esta cifra se elevó a treinta y seis (con 1.648 Kw), y a cien en 1920 (con 8.699 Kw).

.Por muy modesto que sea este comienzo para nuestro inmenso país, lo esencial es que se ha empezado, que se trabaja, y cada vez mejor. Después de la guerra imperialista, después de que un millón de prisioneros en Alemania se han familiarizado con la técnica moderna, avanzada, después de la dura experiencia de tres años de guerra civil, que ha templado al campesino ruso, éste no es ya el de antes. De mes en mes va viendo con mayor claridad y evidencia que sólo la dirección del proletariado puede arrancar a la masa de pequeños agricultores de la esclavitud del capital y llevarlos al socialismo.

10. Papel de la "democracia pura", de la II internacional, de la internacional II y media, de los eseristas y de los mencheviques como aliados del capital.

La dictadura del proletariado no significa el cese de la lucha de las clases, sino su continuación en una forma nueva y con nuevas armas. Mientras subsistan las clases, mientras la burguesía derribada en un país

decuplique sus ataques contra el socialismo en el terreno internacional, seguirá siendo indispensable esa dictadura. La clase de los pequeños agricultores no puede menos de pasar en la época de transición por una serie de vacilaciones. Las dificultades en las circunstancias de transición y la influencia de la burguesía provocan inevitablemente, de cuando en cuando, vacilaciones en el estado de ánimo de esta masa. El proletariado, debilitado y hasta cierto punto desclasado por la ruina de su base vital -la gran industria mecanizada-, debe asumir una misión histórica sumamente difícil, la más grande: mantenerse firme frente a estas vacilaciones y llevar a cabo su obra de emancipar el trabajo del yugo del capital.

La expresión política de las vacilaciones de la pequeña burguesía es la política aplicada por los partidos democráticos pequeñoburgueses, es decir, los partidos de la II Internacional y de la Internacional II y media, como son en Rusia el de los eseristas ("socialistas-revolucionarios") y el de los mencheviques. Como ahora tienen sus jefaturas y sus periódicos en el extranjero, estos partidos actúan de hecho en bloque con toda la contrarrevolución burguesa y son sus fieles servidores.

Los jefes inteligentes de la gran burguesía rusa, y a su frente Miliukov, jefe del partido de los "democonstitucionalistas"[47], han apreciado con toda claridad, exactitud y franqueza este papel de la democracia pequeñoburguesa, es decir, de los eseristas y de los mencheviques. Con motivo de la sublevación de Cronstadt, en la que unieron sus fuerzas mencheviques, eseristas y guardias blancos, propugnó Miliukov la consigna de "los Soviets sin bolcheviques" (N° 64 de *Pravda,* 1921, citando *Posliednie Nóvosti*[48] de París). Desarrollando esta idea, escribía: "Honor y sitio" a los eseristas y a los mencheviques, porque sobre ellos recae la misión de ser *los primeros en relevar* a los bolcheviques en el poder. Miliukov, líder de la gran burguesía, tiene muy en cuenta la experiencia de todas las revoluciones, que han demostrado cómo la democracia pequeñoburguesa es incapaz de conservar el poder, limitándose siempre a encubrir la dictadura de la burguesía, a ser el escalón que conduce al poder omnímodo de esta última.

La revolución proletaria en Rusia vuelve a confirmar esta experiencia de 1789-1794 y 1848-1849, a confirmar las palabras de F. Engels, quien, en una carta a Bebel, del 11 de diciembre de 1884, decía:

"...La democracia pura... en momentos de revolución, adquirirá por breve plazo un valor temporal... como última tabla de salvación de toda la economía burguesa e incluso feudal... De igual modo, en 1848, toda la masa burocrático-feudal apoyó de marzo a septiembre a los liberales para mantener sujetas a las masas revolucionarias... En todo caso, durante la crisis y al día siguiente de ésta, nuestro único adversario será toda la masa reaccionaria, agrupada alrededor de la democracia pura, y creo que esto en modo alguno puede perderse de vista (publicado en ruso en el periódico *Kommunistícheski Trud*[49], Nº 360, del 9 de junio de 1921, en el artículo del camarada V. Adoratski: *Lo que dicen Marx y Engels sobre la democracia.* En alemán, en el libro de Federico Engels: *Testamento Político,* Berlín, 1920, Nº 12 de la *Biblioteca Internacional de la Juventud,* pág. 19).

N. Lenin Moscú, Kremlin,
13 de junio de 1921.

Publicado en 1921, en folleto aparte, por la Sección de Prensa de la Internacional Comunista, Moscú.
T. 44, págs. 3-12.

2. Discurso en defensa de la táctica de la internacional comunista, 1 de julio.

Camaradas: Lamento mucho tener que limitarme a la autodefensa. (*Risas*.) Digo que lo lamento mucho porque, después de conocer el discurso del camarada Terracini y las enmiendas presentadas por tres delegaciones, siento gran deseo de pasar a la ofensiva, pues contra las opiniones defendidas por Terracini y estas tres delegaciones hacen falta, en realidad, acciones ofensivas[50]. Si el congreso no despliega una enérgica ofensiva contra estos errores, contra estas necedades "izquierdistas", todo el movimiento estará condenado a perecer. Tal es mi profunda convicción. Pero nosotros somos marxistas organizados y disciplinados. No podemos conformarnos con discursos contra determinados camaradas. A los rusos, estas frases izquierdistas nos causan ya náuseas. Somos hombres de organización. Al elaborar nuestros planes, debemos actuar organizados y esforzarnos por encontrar una línea certera. Naturalmente, para nadie es un secreto que nuestras tesis son un compromiso. Pero ¿por qué no ha de ser así? Entre los comunistas, que convocan ya el tercer congreso y han establecido principios básicos bien definidos, los compromisos, en determinadas condiciones, son necesarios. Nuestras tesis, propuestas por la delegación rusa, han sido estudiadas y preparadas con la mayor meticulosidad tras largas reflexiones y deliberaciones con las diferentes delegaciones. Su finalidad es trazar la línea fundamental de la Internacional Comunista, y estas tesis son necesarias sobre todo ahora, después de que no sólo hemos condenado en el aspecto formal a los verdaderos centristas, sino que los hemos expulsado del partido. Tales son los hechos. Debo defender estas tesis. Y cuando ahora sale Terracini diciendo que debemos proseguir la lucha contra los centristas, y luego expone cómo proponen desplegar esta lucha, yo digo que si estas enmiendas deben implicar una

determinada tendencia, es necesario combatirla sin piedad, porque, de lo contrario, no habrá comunismo ni Internacional Comunista. A mí me extraña que el Partido Comunista Obrero Alemán[51] no haya suscrito estas enmiendas (*Risas*.) Pues basta ver lo que defiende Terracini y lo que se dice en estas enmiendas. Comienzan así: "En la página primera, columna primera, renglón 19, hay que tachar: "La mayoría..."" ¡La mayoría! ¡Esto es peligrosísimo! (*Risas*.) Y más adelante. En lugar de las palabras "principios fundamentales", hay que decir "objetivos". Los principios fundamentales y los objetivos son dos cosas distintas: en cuanto a los objetivos, estarán de acuerdo con nosotros hasta los anarquistas, porque también ellos son partidarios de abolir la explotación y las diferencias de las clases.

A lo largo de mi vida he topado y he hablado con pocos anarquistas, pero he visto, así y todo, a bastantes. A veces he conseguido ponerme de acuerdo con ellos en cuanto a los objetivos, pero jamás en cuanto a los principios. Los principios no son el objetivo, ni el programa, ni la táctica, ni la teoría. La táctica y la teoría no son los principios. ¿Qué nos diferencia de los anarquistas en el sentido de los principios? Los principios del comunismo consisten en el establecimiento de la dictadura del proletariado y en el empleo de la coacción por el Estado durante el período de transición. Tales son los principios del comunismo, pero eso no es el objetivo. Y los camaradas que han hecho semejante propuesta han incurrido en un error.

Segundo, allí se dice: "Hay que tachar la palabra "mayoría"". Leamos todo el texto.

> "El III Congreso de la Internacional Comunista emprende la revisión de los problemas de táctica en momentos en que en diversos países la situación objetiva se ha exacerbado en el sentido revolucionario y en que se ha organizado toda una serie de partidos comunistas de masas, que, por cierto, en ninguna parte han tomado en sus manos la dirección efectiva de la mayoría de la clase obrera en su lucha revolucionaria real".

Pues bien, quieren tachar la palabra "mayoría". Si no podemos ponernos de acuerdo en cosas tan sencillas, no comprendo cómo podemos actuar juntos y conducir al proletariado hacia la victoria. Entonces no es de extrañar que tampoco podamos llegar a un acuerdo en cuanto a los principios. Mostradme un partido que haya conseguido ya la mayoría de la clase obrera. Terracini no ha pensado siquiera en citar un ejemplo. Semejante ejemplo no existe.

Así pues: en lugar de "principios", poner la palabra "objetivos" y tachar la palabra "mayoría". ¡Muchas gracias! No lo aceptaremos. Ni siquiera el partido alemán -uno de los mejores- cuenta con la mayoría de la clase obrera. Esto es un hecho. Nosotros, que nos encontramos ante la lucha más dura, no tememos proclamar esta verdad; pero aquí hay tres delegaciones que quieren comenzar por lo que no es verdad, porque si el congreso tachara la palabra "mayoría", demostraría con ello que quiere lo que no es verdad. Esto es clarísimo.

Sigue después esta enmienda: "En la página 4, columna primera, renglón 10, "hay que tachar" las palabras "Carta abierta"[52], etc.". He oído hoy un discurso en el que se ha expresado el mismo pensamiento. Pero allí eso era completamente natural. Se trataba del discurso del camarada Hempel, miembro del Partido Comunista Obrero Alemán. Decía: "La "Carta abierta" ha sido un acto de oportunismo". Con harto pesar mío y para mi mayor vergüenza, había escuchado ya semejante opinión en conversaciones particulares. Pero cuando en el congreso, después de debates tan prolongados, se califica de oportunista la "Carta abierta", ¡esto es un bochorno y un oprobio! Pues bien, aparece el camarada Terracini, en nombre de tres delegaciones, y pretende tachar las palabras "Carta abierta". ¿Para qué, entonces, la lucha contra el Partido Comunista Obrero Alemán? La "Carta abierta" es un paso político ejemplar. Así está dicho en nuestras tesis. Y debemos defender sin falta este criterio. Esa carta es ejemplar como primer acto del método práctico de atraer a la mayoría de la clase obrera. Quien no comprenda que en Europa -donde casi todos los proletarios están organizados- debemos conquistar a la mayoría de la clase obrera, está perdido para el movimiento comunista, jamás aprenderá nada si en tres años de gran revolución aún no ha aprendido esto.

Terracini dice que en Rusia hemos vencido a pesar de que el partido era muy pequeño. Está descontento de que, con respecto a Checoslovaquia, se diga lo que se dice en las tesis. Hay aquí 27 enmiendas, y si se me ocurriese criticarlas, tendría que hablar no menos de tres horas, como lo han hecho algunos oradores... Aquí se ha dicho que el Partido Comunista tiene en Checoslovaquia de 300.000 a 400.000 afiliados, que es necesario atraer a la mayoría, crear una fuerza invencible y continuar conquistando nuevas masas obreras. Terracini ya está dispuesto a lanzarse al ataque y dice: Si el partido tiene ya 400.000 obreros, ¿para qué queremos más? ¡Tachar! (*Risas*.) Teme la palabra "masas" y quiere hacerla desaparecer. El camarada Terracini ha comprendido muy poco de la revolución rusa.

En Rusia éramos un partido pequeño, pero con nosotros estaba, además, la mayoría de los Soviets de diputados obreros y campesinos de todo el país. (*Una voz*: "¡Es cierto!") ¿Es que ocurre eso en vuestro país? Con nosotros estaba casi la mitad del ejército, que contaba entonces, por lo menos, con diez millones de hombres. ¿Acaso a vosotros os sigue la mayoría del ejército? ¡Indicadme un solo país! Si estas opiniones del camarada Terracini son compartidas por tres delegaciones más, ¡entonces no

todo marcha bien dentro de la Internacional! Entonces debemos decir: "¡Alto! ¡Lucha enérgica! De lo contrario, perecerá la Internacional Comunista". (*Animación en la sala*.)

Basándome en mi experiencia, debo decir, aunque adopto una postura defensiva (*Risas*), que el objetivo y el principio de mi discurso es la defensa de la resolución y de las tesis propuestas por nuestra delegación. Naturalmente, sería pedantería afirmar que en ellas no se puede cambiar ni una letra. He tenido que leer no pocas resoluciones y sé muy bien que en cada renglón se podrían hacer excelentes enmiendas. Pero esto sería pedantería. Y si ahora, no obstante, afirmo que en el sentido político no se puede cambiar ni una letra, es porque las enmiendas presentan, como veo, un carácter político perfectamente definido, porque conducen a un camino nocivo y peligroso para la Internacional Comunista. Por eso, yo y todos nosotros, y la delegación rusa, debemos insistir en que no se cambie en las tesis ni una letra. No sólo hemos condenado a nuestros elementos derechistas, sino que los hemos expulsado. Pero si la lucha contra los derechistas se convierte en un deporte, como lo hace Terracini, debemos decir: "¡Basta! ¡De lo contrario, el peligro será demasiado grave!"

Terracini ha defendido la teoría de la lucha ofensiva[53]. Las decantadas enmiendas proponen a este respecto una fórmula que ocupa dos o tres páginas. No hay necesidad de leerlas. Sabemos lo que allí está escrito. Terracini ha dicho con claridad meridiana cuál es el quid de la cuestión. Ha defendido la teoría de la ofensiva, hablando de "tendencias dinámicas" y del "tránsito de la pasividad a la actividad". En Rusia tenemos ya bastante experiencia política de lucha contra los centristas. Hace ya quince años que luchamos contra nuestros oportunistas y centristas, así como contra los mencheviques, y alcanzamos la victoria no sólo sobre los mencheviques, sino también sobre los semianarquistas.

Si no hubiésemos hecho eso, no habríamos podido mantener el poder en nuestras manos, no ya tres años y medio, sino ni siquiera tres semanas y media, y no habríamos podido convocar aquí congresos comunistas. Las "tendencias dinámicas" y el "tránsito de la pasividad a la actividad" no son sino frases que pusieron en juego contra nosotros los eseristas de izquierda. Ahora éstos se hallan en la cárcel, defendiendo allí los "objetivos del comunismo" y pensando en el "tránsito de la pasividad a la actividad". (*Risas*.) No es posible argumentar como se argumenta en las enmiendas propuestas, porque en ellas no hay marxismo, ni experiencia política, ni argumentación. ¿Acaso en nuestras tesis hemos desarrollado la teoría general de la ofensiva revolucionaria? ¿Acaso Rádek o alguno de nosotros ha cometido semejante tontería? Hemos hablado de la teoría de la ofensiva con relación a un país y a un período muy concretos.

De nuestra lucha contra los mencheviques podemos citar casos demostrativos de que ya antes de la primera revolución había quienes dudaban de que el partido revolucionario debiera pasar a la ofensiva. Si un socialdemócrata -entonces todos nos llamábamos así- tenía tales dudas, emprendíamos la lucha contra él y decíamos que era un oportunista, que nada comprendía del marxismo ni de la dialéctica del partido revolucionario. ¿Acaso el partido puede discutir si es admisible o no, en general, la ofensiva revolucionaria? En nuestro país, para encontrar ejemplos así, debemos retornar a quince años atrás. Si aparece un centrista de ésos o un centrista embozado que pone en tela de juicio la teoría de la ofensiva, es preciso expulsarlo en el acto. Este problema no puede ser motivo de discusión. Pero es una vergüenza y un oprobio que ahora, a los tres años de Internacional Comunista, sigamos discutiendo de las "tendencias dinámicas" y del "tránsito de la pasividad a la actividad".

Nosotros no discutimos de esto con el camarada Rádek, que ha redactado con nosotros estas tesis. Tal vez no haya sido acertado del todo iniciar en Alemania las divagaciones *sobre la teoría* de la ofensiva revolucionaria, cuando no estaba preparada una verdadera ofensiva. No obstante, el movimiento de marzo es un gran paso adelante, a pesar de los errores de sus dirígentes[54]. Pero esto no quiere decir nada. Cientos de miles de obreros han luchado con heroísmo. Por mucho que haya sido el valor con que el Partido Comunista Obrero Alemán ha luchado contra la burguesía, debemos decir lo mismo que dijo el camarada Rádek en un artículo publicado en la prensa rusa, refiriéndose a Hölz. Si alguien, aunque sea anarquista, lucha heroicamente contra la burguesía, esto, claro está, es una gran cosa; pero si cientos de miles de hombres luchan contra la infame provocación de los socialtraidores y contra la burguesía, esto es un verdadero paso adelante.

Es muy importante tener una actitud crítica con los propios errores. Por ahí comenzamos nosotros. Si alguien, después de una lucha en la que han participado cientos de miles de personas, se pronuncia contra esta lucha y procede como Levi, es preciso expulsarlo. Y esto es lo que se ha hecho. Pero de ahí debemos sacar una enseñanza: ¿Acaso hemos preparado la ofensiva? (*Rádek*: "No hemos preparado ni la defensa".) Sí, de la ofensiva se hablaba sólo en artículos periodísticos. Esta teoría, aplicada a la acción de marzo de 1921 en Alemania, ha sido errónea -debemos reconocerlo-; pero, en general, la teoría de la ofensiva revolucionaria no es falsa, ni mucho menos.

Vencimos en Rusia, y además con gran facilidad, porque preparamos nuestra revolución durante la guerra imperialista. Esta fue la primera condición. En

nuestro país estaban armados diez millones de obreros y campesinos, y nuestra consigna era: paz inmediata a toda costa. Vencimos porque las grandes masas campesinas estaban animadas de un espíritu revolucionario contra los grandes terratenientes. Los socialistas-revolucionarios, partidarios de la II Internacional y de la Internacional II y media, eran en noviembre de 1917 un gran partido campesino. Exigían procedimientos revolucionarios; pero, como verdaderos héroes de la II Internacional y de la Internacional II y media, no tuvieron la suficiente valentía para actuar a lo revolucionario. En agosto y septiembre de 1917 decíamos: "Seguimos luchando en teoría contra los eseristas, pero en la práctica estamos dispuestos a adoptar su programa, porque sólo nosotros podemos aplicarlo". Y como lo dijimos, lo hicimos. A los campesinos, que estaban contra nosotros en noviembre de 1917, después de nuestra victoria, y que enviaron una mayoría de socialistas-revolucionarios a la Asamblea Constituyente[55], nos los ganamos, si no en unos días -como equivocadamente supuse y predije-, en todo caso en unas semanas. La diferencia no es grande. Indicadme en Europa un país donde podáis atraer a vuestro lado a la mayoría de los campesinos en unas cuantas semanas. ¿Acaso en Italia? (*Risas*.) Si se dice que vencimos en Rusia, a pesar de que teníamos un partido pequeño, lo único que se demuestra con eso es que no se ha comprendido la revolución rusa y que no se comprende en absoluto cómo hay que preparar la revolución.

Nuestro primer paso fue la creación de un verdadero Partido Comunista para saber con quién hablábamos y en quién podíamos tener plena confianza. La consigna del I y del II congresos fue: "¡Abajo los centristas!" Si no rompemos en toda la línea y en todo el mundo con los centristas y semicentristas, que en Rusia llamamos mencheviques, no podemos aprender ni siquiera el abecé del comunismo. Nuestra primera tarea es crear un partido revolucionario de verdad y romper con los mencheviques. Pero esto no es más que el grado preparatorio. Estamos celebrando ya el III Congreso, y el camarada Terracini sigue insistiendo en que la tarea del grado preparatorio consiste en expulsar, perseguir y desenmascarar a los centristas y semicentristas. ¡Muy agradecido! Ya nos hemos ocupado bastante de eso. En el II Congreso dijimos ya que los centristas son nuestros enemigos. Pero hay que seguir adelante. La segunda fase consistirá en aprender a preparar la revolución después de organizarnos en partido. En muchos países ni siquiera hemos aprendido a hacernos con la dirección. Vencimos en Rusia porque tuvimos a nuestro lado no sólo a la mayoría indudable de la clase obrera (en 1917, durante las elecciones, nos apoyó la aplastante mayoría de los obreros, en contra de los mencheviques), sino también porque se pasaron a nuestro lado la mitad del ejército, inmediatamente después de la conquista del poder por nosotros, y las nueve décimas partes de la masa campesina, en unas cuantas semanas; vencimos porque adoptamos y pusimos en práctica no nuestro programa agrario, sino el eserista. Nuestra victoria consistió precisamente en que aplicamos el programa eserista; por eso fue tan fácil esta victoria. ¿Acaso en vuestros países, en Occidente, cabe hacerse semejantes ilusiones? ¡Sería ridículo! ¡Comparad las condiciones económicas concretas, camarada Terracini y todos los que habéis suscrito la propuesta sobre las enmiendas! A pesar de que la mayoría se colocó con tanta rapidez a nuestro lado, fueron muy grandes las dificultades con que tropezamos después de la victoria. Sin embargo, nos abrimos paso porque no olvidábamos ni nuestros objetivos ni nuestros principios, y no consentimos la permanencia en nuestro partido de gentes que silenciaban los principios y hablaban de los objetivos, de las "tendencias dinámicas" y del "tránsito de la pasividad a la actividad". Tal vez se nos acuse de que preferimos tener a estos señores en la cárcel. Pero de otro modo es imposible la dictadura. Debemos preparar la dictadura, mas esta preparación consiste en la lucha contra semejantes frases y semejantes enmiendas. (*Risas*.) En nuestras tesis se habla a cada paso de las masas. Pero, camaradas, es preciso comprender qué son las masas. Camaradas de la izquierda, el Partido Comunista Obrero Alemán abusa demasiado de esta palabra. Pero el camarada Terracini y todos los que han suscrito estas enmiendas tampoco saben lo que se debe entender por la palabra "masas".

Llevo hablando demasiado tiempo; por eso, sólo quisiera decir unas palabras sobre el concepto de "masas". El concepto de "masas" varía según cambie el carácter de la lucha. Al comienzo de la lucha bastaban varios miles de verdaderos obreros revolucionarios para que se pudiese hablar de masas. Si el partido, además de llevar a la lucha a sus militantes, consigue poner en pie a los sin partido, esto es ya el comienzo de la conquista de las masas. Durante nuestras revoluciones hubo casos en que unos cuantos miles de obreros representaban la masa. En la historia de nuestro movimiento, en la historia de nuestra lucha contra los mencheviques, encontraréis muchos ejemplos en que bastaban en una ciudad unos miles de obreros para hacer evidente el carácter masivo del movimiento. Si unos miles de obreros sin partido que llevan habitualmente una vida pancista y arrastran una existencia lamentable, que nunca han oído hablar de política, comienzan a actuar a lo revolucionario, ya tenéis delante a la masa. Si el movimiento se extiende e intensifica, va transformándose paulatinamente en una verdadera revolución. Esto lo vimos en 1905 y en 1917, durante las tres revoluciones, y vosotros también tendréis aún

ocasión de convenceros de ello. Cuando la revolución está ya suficientemente preparada, el concepto de "masas" es otro: unos cuantos miles de obreros no constituyen ya la masa. Esta palabra comienza a significar otra cosa distinta. El concepto de masas cambia en el sentido de que por él se entiende una mayoría, y además no sólo una simple mayoría de obreros, sino la mayoría de todos los explotados. Para un revolucionario es inadmisible otro modo de concebir esto; cualquier otro sentido de esta palabra sería incomprensible. Es posible que también un pequeño partido, el inglés o el norteamericano, por ejemplo, después de estudiar bien la marcha del desarrollo político y de conocer la vida y los hábitos de las masas sin partido, suscite en un momento favorable un movimiento revolucionario (el camarada Rádek, como un buen ejemplo, ha indicado la huelga de míneros[56]). Si un partido así presenta en semejante momento sus propias consignas y logra que le sigan millones de obreros, tendréis delante un movimiento de masas. Yo no excluyo en absoluto que la revolución pueda ser iniciada también por un partido muy pequeño y llevada hasta la victoria. Pero es preciso conocer los métodos para ganarse a las masas. Para ello es necesario preparar a fondo la revolución. Pero vemos que hay camaradas que afirman: Hace falta renunciar inmediatamente a la exigencia de conquistar "grandes" masas. Es necesario luchar contra estos camaradas. En ningún país lograréis la victoria sin una preparación a fondo. Es suficiente un partido muy pequeño para conducir a las masas. En determinados momentos no hay necesidad de grandes organizaciones.

Mas para la victoria es preciso contar con la simpatía de las masas. No siempre es necesaria la mayoría absoluta; mas para la victoria, para mantener el poder, es imprescindible no sólo la mayoría de la clase obrera -empleo aquí el término "clase obrera" en el sentido euroccidental, es decir, en el sentido de proletariado industrial-, sino también la mayoría de la población rural explotada y trabajadora. ¿Habéis pensado en esto? ¿Vemos en el discurso de Terracini, aunque sólo sea, una insinuación de esta idea? En él sólo se habla de la "tendencia dinámica", del "tránsito de la pasividad a la actividad". ¿Se dice en él una palabra, al menos, del problema del abastecimiento? Porque los obreros exigen alimentos, aunque pueden soportar muchas privaciones y pasar hambre, como lo hemos visto, hasta cierto grado, en Rusia. Por eso debemos atraer a nuestro lado no sólo a la mayoría de la clase obrera, sino también a la mayoría de la población rural trabajadora y explotada. ¿Habéis preparado esto? En casi ningún país.

Así pues, repito: debo defender sin falta nuestras tesis y considero obligatoria, por mi parte, esta defensa. No sólo hemos condenado a los centristas, sino que los hemos expulsado del partido. Ahora debemos dirigir los dardos contra otra parte, que también consideramos peligrosa. Debemos decir a los camaradas la verdad de la manera más cortés (y en nuestras tesis se ha dicho con amabilidad y cortesía) para que nadie se sienta ofendido: hoy tenemos planteadas cuestiones más importantes que la de acosar a los centristas. Basta de ocuparnos de este problema. Ya estamos algo hartos de él. En lugar de eso, los camaradas deberían aprender a sostener una verdadera lucha revolucionaria. Los obreros alemanes ya la han emprendido. Cientos de miles de proletarios se han batido con heroísmo en este país. Es necesario expulsar inmediatamente a todo el que se pronuncie contra esta lucha. Pero después de esto no hay que dedicarse a la simple palabrería, sino que es necesario comenzar inmediatamente a aprender, a aprender de los errores cometidos, la mejor manera de organizar la lucha. No debemos ocultar nuestros errores ante el enemigo. Quien tema esto, no es revolucionario. Por el contrario, si declaramos abiertamente a los obreros: "Sí, hemos cometido errores", esto significará que en adelante no habrán de repetirse tales errores y que sabremos elegir mejor el momento. Y si durante la propia lucha se pasa a nuestro lado la mayoría de los trabajadores -no sólo la mayoría de los obreros, sino la mayoría de todos los explotados y oprimidos-, entonces venceremos de veras. (*Prolongados y clamorosos aplausos.)*

Publicado íntegro el 8 de julio de 1921 en el núm. 11 del "Boletín del III Congreso de la Internacional Comunista". Una información periodística se publicó el 5 de julio de 1921 en el núm. 144 de "Pravda" y en el núm. 144 de "Izvestia del CEC de toda Rusia",
T. 44, págs. 23-33,

3. Informe sobre la táctica del PC de Rusia, 5 de julio.

Camaradas: A decir verdad, no me ha sido posible prepararme como es debido para este informe. Todo lo que he podido preparar de un modo sistemático es la traducción de mi folleto sobre el impuesto en especie* y las tesis relativas a la táctica del Partido Comunista de Rusia*. A estos escritos deseo únicamente agregar algunas aclaraciones y observaciones.

Para argumentar la táctica de nuestro partido es preciso, a juicio mío, comenzar por exponer *la situación internacional.* Hemos analizado ya con prolijidad la situación económica del capitalismo a escala internacional, y el congreso ha adoptado sobre el particular las resoluciones pertinentes[57]. En mis tesis trato esta cuestión en forma muy somera y exclusivamente desde el punto de vista político. No trato los fundamentos económicos, pero creo que, en

* Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*
* Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

el examen de la situación internacional de nuestra república desde el punto de vista político, debe tomarse en consideración el hecho de que ahora se ha establecido sin duda un cierto equilibrio de las fuerzas que venían desplegando entre sí una lucha abierta, a mano armada, por el dominio de una u otra clase dirigente: un equilibrio entre la sociedad burguesa, la burguesía internacional en su conjunto, por una parte, y la Rusia Soviética, por otra. Pero, desde luego, se puede hablar de equilibrio únicamente en un sentido restringido. Sólo en relación con esta lucha militar yo afirmo que ha sobrevenido un cierto equilibrio en la situación internacional. Lógicamente es necesario subrayar que no se trata sino de un equilibrio relativo, de un equilibrio muy inestable. En los Estados capitalistas se ha acumulado mucho material inflamable, igual que en los países que hasta hoy eran considerados sólo como objetos y no como sujetos de la historia, es decir, en las colonias y semicolonias; es perfectamente posible, pues, que en estos países estallen tarde o temprano, y de un modo inopinado en absoluto, insurrecciones, grandes combates y revoluciones. En los últimos años hemos asistido a una contienda abierta de la burguesía internacional contra la primera república proletaria. Toda la situación política mundial ha venido girando en torno a esta contienda, y justamente aquí se ha producido ahora el cambio. Como ha fracasado el intento de la burguesía internacional de asfixiar a nuestra república, ha surgido el equilibrio, muy inestable, por supuesto.

Naturalmente, comprendemos bien que la burguesía internacional es en estos momentos mucho más fuerte que nuestra república y que sólo una peculiar combinación de circunstancias le impide proseguir la guerra contra nosotros. En las últimas semanas hemos podido ver ya en el Extremo Oriente nuevas tentativas de reanudar la invasión[58], y es indudable que han de repetirse tentativas de este género. A este respecto, en nuestro partido no abrigamos dudas. Nos importa dejar sentado que existe un equilibrio inestable y que debemos aprovechar esta tregua, tomando en consideración los rasgos característicos de la situación presente, ajustando nuestra táctica a las peculiaridades de esta situación y no olvidando ni un instante que puede volver a surgir de súbito la necesidad de una lucha armada. La organización del Ejército Rojo y su fortalecimiento siguen siendo una de nuestras tareas. Igualmente, por lo que atañe al problema del abastecimiento, debemos continuar pensando, primero, en nuestro Ejército Rojo. En la presente situación internacional, cuando aún debemos esperar nuevas agresiones y nuevas tentativas de invasión de la burguesía mundial, no podemos seguir otro camino.

En cuanto a nuestra política práctica, el hecho de que en la situación internacional haya sobrevenido cierto equilibrio reviste alguna importancia, mas sólo en el sentido de que debemos reconocer que, en rigor, el movimiento revolucionario ha hecho progresos, pero el desarrollo de la revolución internacional no ha seguido este año una trayectoria tan recta como esperábamos.

Cuando, en su tiempo, iniciamos la revolución internacional, no lo hicimos persuadidos de que podíamos adelantarnos a su desarrollo, sino porque toda una serie de circunstancias nos impulsaron a comenzarla. Nosotros pensábamos: o la revolución internacional acude en nuestra ayuda, y entonces tenemos plenamente garantizadas nuestras victorias, o llevaremos a cabo nuestra modesta labor revolucionaria con la convicción de que, en caso de derrota, y pese a todo, serviremos a la causa de la revolución, y nuestra experiencia será útil para otras revoluciones. Teníamos claro que la victoria de la revolución proletaria era imposible sin el apoyo de la revolución mundial. Ya antes de la revolución, y después de ella, pensábamos: o estalla inmediatamente la revolución -o por lo menos muy pronto- en los otros países, más desarrollados en el aspecto capitalista, o, de lo contrario, habremos de sucumbir. A pesar de este convencimiento, hicimos todo lo posible para mantener en todas las circunstancias y a todo trance el sistema soviético, porque sabíamos que no sólo bregábamos para nosotros mismos, sino también para la revolución internacional. Lo sabíamos, habíamos expresado reiteradas veces esta convicción antes de la Revolución de Octubre, igual que inmediatamente después de ella y cuando firmamos la paz de Brest-Litovsk. Y, hablando en términos generales, esto era justo.

Pero, en realidad, el movimiento no ha seguido un camino tan recto como esperábamos. La revolución no ha estallado aún en otros grandes países, más desarrollados en el aspecto capitalista. Bien es verdad que la revolución se desarrolla -podemos consignarlo con satisfacción- en todo el mundo, y sólo merced a esta circunstancia la burguesía internacional, aunque en el sentido económico y militar sea cien veces más fuerte que nosotros, no está en condiciones de estrangularnos. (*Aplausos*.)

En el apartado 2 de las tesis examino cómo se ha creado esta situación y qué conclusiones debemos sacar de ella. Añadiré que la deducción definitiva que yo hago es la siguiente: el desarrollo de la revolución internacional, previsto por nosotros, sigue su curso. Pero este movimiento ascendente no es tan rectilíneo como esperábamos. A primera vista es claro que no se ha conseguido desatar la revolución en otros países capitalistas, una vez concertada la paz, por mala que ésta haya sido, aunque, como sabemos, los síntomas revolucionarios hayan sido considerables y numerosos, inclusive mucho más considerables y

numerosos de lo que creíamos. Ahora comienzan a aparecer folletos que nos hacen ver que, en los últimos años y meses, estos síntomas revolucionarios han sido en Europa bastante más importantes de lo que sospechábamos. Pues bien, ¿qué debemos hacer en la actualidad? Ahora es indispensable preparar a fondo la revolución y estudiar profundamente su desarrollo concreto en los países capitalistas más adelantados. Esta es la primera enseñanza que debemos extraer de la situación internacional. Para nuestra república de Rusia debemos aprovechar esta breve tregua a fin de adaptar nuestra táctica a este zigzag de la historia. Desde el punto de vista político, este equilibrio es muy importante, porque vemos a las claras que precisamente en muchos países del oeste de Europa, donde están organizadas las grandes masas de la clase obrera, y con toda probabilidad, la inmensa mayoría de la población, constituyen el principal punto de apoyo de la burguesía, ni más ni menos, las organizaciones de la clase obrera que nos son hostiles y están adheridas a la II Internacional y a la Internacional II y media. Hablo de esto en el apartado 2 de las tesis y creo que aquí debo tratar sólo dos puntos que ya han sido aclarados en nuestras discusiones sobre táctica. Primero: la conquista de la mayoría del proletariado. Cuanto más organizado esté el proletariado en un país capitalista desarrollado, tanta más solidez nos exigirá la historia en lo que se refiere a la preparación de la revolución y tanto más a fondo debemos conquistar la mayoría de la clase obrera. Segundo: el apoyo principal del capitalismo en los países capitalistas de alto desarrollo industrial lo constituye precisamente la parte de la clase obrera organizada en la II Internacional y en la Internacional II y media. Si la burguesía internacional no se apoyase en estos sectores obreros, en estos elementos contrarrevolucionarios del seno de la clase obrera, en modo alguno podría sostenerse. (*Aplausos*.)

También quisiera poner de relieve aquí el significado del *movimiento en las colonias.* En este sentido vemos en todos los viejos partidos, en todos los partidos obreros burgueses y pequeño burgueses de la II Internacional y de la Internacional II y media, vestigios de las antiguas concepciones sentimentales: según ellos dicen, todas sus simpatías son para los pueblos oprimidos de las colonias y semicolonias. Aún se considera el movimiento en las colonias un movimiento nacional insignificante y pacífico del todo. Pero no es así. Desde comienzos del siglo XX se han producido en este sentido grandes cambios, a saber: millones y centenares de millones de personas -de hecho, la inmensa mayoría de la población del orbe- intervienen hoy como factores revolucionarios activos e independientes. Y es claro a todas luces que, en las futuras batallas decisivas de la revolución mundial, el movimiento de la mayoría de la población del globo terráqueo, encaminado al principio hacia la liberación nacional, se volverá contra el capitalismo y el imperialismo y desempeñará tal vez un papel revolucionario mucho más importante de lo que esperamos. Importa destacar que, por primera vez en nuestra Internacional, hemos emprendido la preparación de esta lucha. Naturalmente, en este inmenso sector hay muchos más escollos; pero, en todo caso, el movimiento avanza, y las masas trabajadoras, los campesinos de las colonias, a pesar de que aún son atrasados, desempeñarán un papel revolucionario muy grande en las fases sucesivas de la revolución mundial. (*Vivas muestras de aprobación*.)

En cuanto a *la situación política interior de nuestra república,* debo comenzar por un examen exacto de las relaciones de clase. En los últimos meses han sobrevenido cambios, por cuanto observamos la formación de nuevas organizaciones de la clase explotadora enfiladas contra nosotros. La misión del socialismo consiste en suprimir las clases. En las primeras filas de la clase de los explotadores figuran los grandes terratenientes y los capitalistas industriales. Por lo que a ellos se refiere, la labor de destrucción es bastante fácil y puede ser llevada a término en unos cuantos meses, y a veces inclusive en unas cuantas semanas o días. En Rusia hemos expropiado a nuestros explotadores, los grandes terratenientes y capitalistas. Durante la guerra, éstos no poseían su propia organización y sólo actuaban como lacayos de las fuerzas armadas de la burguesía internacional. Ahora, después de que hemos repelido la ofensiva de la contrarrevolución internacional, se ha constituido en el extranjero la organización de la burguesía rusa y de todos los partidos contrarrevolucionarios rusos. Se puede calcular en millón y medio o dos millones el número de emigrados rusos diseminados por todos los países extranjeros. Casi en cada país publican diarios, y todos los partidos, los de los terratenientes y los pequeñoburgueses, sin excluir a los socialistas-revolucionarios ni a los mencheviques, disponen de numerosos vínculos con los elementos burgueses extranjeros, es decir, reciben dinero suficiente para contar con prensa propia; podemos observar en el extranjero el trabajo mancomunado de todos nuestros antiguos partidos políticos sin excepción, y vemos cómo la prensa rusa "libre" que se publica en el extranjero, comenzando por la de los socialistas-revolucionarios y los mencheviques y terminando por los monárquicos ultrarreaccionarios, defiende la gran propiedad agraria. Esto alivia hasta cierto punto nuestra tarea, porque podemos atalayar mejor las fuerzas del enemigo, comprobar su grado de organización y las corrientes políticas existentes en su campo. Por otra parte, esto, como es natural, entorpece nuestra labor, porque estos emigrados contrarrevolucionarios rusos recurren a todos los medios para preparar la lucha contra nosotros. Esta

lucha demuestra una vez más que, en general, el instinto de clase y la conciencia de clase de las clases dominantes son aún superiores a la conciencia de las clases oprimidas, a pesar de que, en este sentido, la revolución rusa ha hecho más que todas las revoluciones anteriores. En Rusia no existe ni una aldea donde la gente, los oprimidos no hayan experimentado una sacudida. A pesar de esto, si enjuiciamos fríamente el grado de organización y la claridad política de los puntos de vista de la emigración contrarrevolucionaria rusa residente en el extranjero, nos persuadiremos de que la conciencia de clase de la burguesía es todavía superior a la de los explotados y oprimidos. Estas gentes hacen todos los intentos imaginables y utilizan con habilidad cada ocasión para lanzarse de una u otra forma contra la Rusia Soviética y desmembrarla. Sería muy aleccionador -y yo creo que los camaradas extranjeros así lo harán- estudiar de un modo sistemático las pretensiones más salientes, los métodos tácticos más importantes y las tendencias principales de la contrarrevolución rusa. Esta opera sobre todo en el extranjero, y a los camaradas extranjeros no les será muy difícil estar al tanto de su movimiento. En algunos aspectos debemos aprender de este enemigo. Los emigrados contrarrevolucionarios están muy bien informados, tienen una excelente organización, son buenos estrategas, y yo estimo que la confrontación sistemática, el estudio sistemático de cómo se organizan y cómo utilizan tal o cual oportunidad, puede ejercer fuerte influjo sobre la clase obrera desde el punto de vista de la propaganda. Esto no es teoría general, esto es política práctica, y aquí se ve lo que el enemigo ha aprendido. En los últimos años, la burguesía rusa ha sufrido una tremenda derrota. Hay una vieja frase proverbial que dice que los ejércitos aprenden mucho de las derrotas[59]. El vapuleado ejército reaccionario ha aprendido mucho y bien. Estudia con el mayor ahínco; en realidad, ha conseguido grandes éxitos. Cuando tomamos de un golpe el poder, la burguesía rusa no estaba ni organizada ni desarrollada en el sentido político. Ahora, a mi entender, está a la altura del actual desarrollo euroccidental. Debemos tenerlo en cuenta, debemos mejorar nuestras propias organizaciones y nuestros propios métodos, y nos afanaremos con toda energía por hacerlo así. A nosotros nos ha sido relativamente fácil, y yo creo que también les será fácil a las demás revoluciones acabar con estas dos clases explotadoras.

Además de esta clase de los explotadores, en casi todos los países capitalistas -excepción hecha, tal vez, de Inglaterra- existe la clase de los pequeños productores y de los pequeños campesinos. El principal problema de la revolución estriba hoy en la lucha contra estas dos últimas clases. Para librarnos de ellas es necesario aplicar métodos distintos de los empleados en la lucha contra los grandes terratenientes y capitalistas. A estas dos clases últimas pudimos simplemente expropiarlas, pudimos deshacernos de ellas, como así lo hicimos. Pero no podemos proceder del mismo modo con las últimas clases capitalistas, con los pequeños productores y con los pequeños burgueses que existen en todos los países. En la mayoría de los países capitalistas, estas clases constituyen una minoría muy nutrida, aproximadamente del 30 al 45% de la población. Si a ellas añadimos el elemento pequeñoburgués de la clase obrera, resultará incluso más del 50%. No se las puede expropiar ni es posible deshacerse de ellas; la lucha debe llevarse ahí de otra forma. La significación del período que ahora se inicia en Rusia, desde el punto de vista internacional -si consideramos la revolución internacional como un proceso único-, consiste esencialmente en que debemos resolver de manera práctica el problema de la actitud del proletariado ante la última clase capitalista en Rusia. Todos los marxistas han resuelto bien y con facilidad este problema en teoría; pero la teoría y la práctica son dos cosas distintas, y no es lo mismo, ni mucho menos, resolver este problema en el terreno práctico que en el terreno teórico. Sabemos a ciencia cierta que hemos cometido grandes faltas. Desde el punto de vista internacional constituye un enorme progreso el que nos esforcemos por determinar la actitud del proletariado, dueño del poder estatal, con la última clase capitalista, con la base más profunda del capitalismo, con la pequeña propiedad, con el pequeño productor. Esta cuestión se nos plantea hoy prácticamente. Pienso que podremos resolverla. En todo caso, la experiencia que estamos viviendo será útil para las futuras revoluciones proletarias, y éstas sabrán prepararse mejor desde el punto de vista técnico para dar solución al problema.

He intentado analizar en mis tesis *la actitud del proletariado ante los campesinos.* Por primera vez en la historia existe un Estado en el que sólo hay dos clases: el proletariado y los campesinos. Estos últimos constituyen la inmensa mayoría de la población. Como es natural, están muy atrasados. ¿De qué modo se manifiesta prácticamente en el desarrollo de la revolución la actitud del proletariado, dueño del poder, ante los campesinos? Primera forma: alianza, una alianza estrecha. Esta es una tarea muy difícil, pero, en todo caso, posible en los aspectos económico y político.

¿Cómo hemos abordado en la práctica este problema? Hemos sellado con los campesinos una alianza que entendemos así: el proletariado emancipa a los campesinos de la explotación burguesa, los arranca de la dirección e influencia de ésta y los atrae a su lado para vencer juntos a los explotadores.

Los mencheviques razonan así: el campesinado forma la mayoría, y como nosotros somos

demócratas puros, consideramos que es la mayoría la que debe decidir. Pero como el campesinado no puede ser independiente, esto no significa en la práctica sino la restauración del capitalismo. La consigna es la misma: alianza con los campesinos. Al hablar así, entendemos por esto el reforzamiento y la consolidación del proletariado. Hemos intentado concluir esta alianza entre el proletariado y los campesinos, y la primera etapa ha sido la alianza militar. Los tres años de guerra civil crearon enormes dificultades, pero, en cierto sentido, la guerra nos facilitó la tarea. Posiblemente resulte extraño, pero así es. La guerra no fue algo nuevo para los campesinos; ellos comprendían perfectamente la guerra contra los explotadores, contra los grandes terratenientes. Las grandes masas campesinas estaban a nuestro lado. A pesar de las inmensas distancias y de que la mayoría de nuestros campesinos no saben leer ni escribir, nuestra propaganda era asimilada por ellos con gran facilidad. Esto es una demostración de que las amplias masas -lo mismo que en los países más adelantados- aprenden mucho mejor de su propia experiencia práctica que de los libros. Y en nuestro país, la experiencia práctica para el campesinado estuvo facilitada, además, porque Rusia es extensísima y porque sus distintas partes podían atravesar a un mismo tiempo diferentes fases de desarrollo.

En Siberia y en Ucrania, la contrarrevolución pudo triunfar temporalmente, porque allí la burguesía tenía a su lado al campesinado, porque los campesinos estaban contra nosotros. Los campesinos decían a menudo: "Somos bolcheviques, pero no comunistas. Estamos a favor de los bolcheviques, porque han arrojado a los terratenientes, pero no a favor de los comunistas, porque están en contra de la hacienda individual". Y durante cierto tiempo, la contrarrevolución pudo triunfar en Siberia y en Ucrania, porque la burguesía tuvo éxito en la lucha por ganar influencia entre los campesinos; pero bastó un período muy corto para abrir los ojos a los campesinos. En poco tiempo acumularon experiencia práctica y bien pronto se dijeron: "Sí, los bolcheviques son gente bastante desagradable; no sentimos cariño por ellos, pero son mejores que los guardias blancos y la Asamblea Constituyente". Para ellos, la Constituyente sonaba a insulto. No sólo entre los comunistas desarrollados, sino también entre los campesinos. Estos saben por la vida práctica que la Asamblea Constituyente y la guardia blanca son una y la misma cosa, que tras la primera llega irremisiblemente la segunda. Los mencheviques también utilizan el hecho de la alianza militar con el campesinado, pero no piensan en que no es suficiente esta alianza. No puede haber alianza militar sin alianza económica, pues no vivimos sólo de aire; nuestra alianza con los campesinos en modo alguno podría sostenerse largo tiempo sin una base económica, que fue la de nuestra victoria en la guerra contra nuestra burguesía: no hay que perder de vista que nuestra burguesía estaba unida a toda la burguesía internacional.

La base de esta alianza económica entre nosotros y el campesinado era, naturalmente, muy simple, incluso tosca. El campesino obtuvo de nosotros toda la tierra y apoyo contra la gran propiedad agraria. Nosotros debíamos recibir a cambio víveres. Esta alianza era algo completamente nuevo y no estaba fundada en las relaciones habituales entre productores de mercancías y consumidores. Nuestros campesinos lo comprendían mucho mejor que los héroes de la II Internacional y la Internacional II y media. Y se decían: "Estos bolcheviques son unos jefes severos, pero, a pesar de todo, son gente nuestra". Como quiera que sea, sentamos, pues, las bases de una nueva alianza económica. Los campesinos suministraban al Ejército Rojo sus productos y recibían de él apoyo para defender sus tierras. Esto lo olvidan siempre los prohombres de la II Internacional que, a semejanza de Otto Bauer, no comprenden en absoluto la situación actual. Reconocemos que la forma inicial de la alianza era muy primitiva y que cometimos muchos errores. Pero debíamos actuar con la mayor celeridad posible, debíamos organizar a toda costa el aprovisionamiento del ejército. Durante la guerra civil estuvimos aislados de todas las zonas cerealistas de Rusia. Nuestra situación era pavorosa, y parece casi un milagro que el pueblo ruso y la clase obrera pudieran soportar tantos sufrimientos, miseria y privaciones sin poseer otra cosa que una incontenible voluntad de vencer. (*Vivas muestras de aprobación y aplausos*.)

Una vez finalizada la guerra civil, nuestra tarea pasó a ser, en todo caso, distinta. Si el país no hubiera estado tan arruinado como lo estaba después de siete años de guerra incesante, tal vez habría sido posible una transición más fácil hacia una nueva forma de alianza entre el proletariado y los campesinos. Pero la mala cosecha, la escasez de piensos, etc., agravaron más aún las ya duras condiciones reinantes en el país. Como consecuencia de ello, las privaciones de los campesinos se hicieron insoportables. Debíamos hacer ver inmediatamente a las grandes masas campesinas que, sin desviarnos en absoluto de la senda revolucionaria, estábamos dispuestos a modificar nuestra política de manera que los campesinos pudieran decirse: los bolcheviques quieren mejorar ahora mismo y a todo trance nuestra insoportable situación.

Así pues, se produjo *el cambio de nuestra política económica:* en lugar de las requisas se implantó el impuesto en especie. No se ideó de golpe. En la prensa bolchevique pudisteis ver durante meses diversas propuestas; pero no se llegó a trazar un proyecto que prometiese realmente el éxito. Mas no es eso lo que importa. Lo importante es que

modificamos nuestra política económica, ajustándonos exclusivamente a las circunstancias prácticas y a una necesidad dictada por la situación. La mala cosecha, la escasez de piensos y la falta de combustible tienen, claro está, una influencia decisiva en toda la economía, incluida también la campesina. Si el campesinado se declara en huelga, no obtenemos leña. Y si no disponemos de leña, las fábricas tendrán que parar. Por lo tanto, en la primavera de 1921, la crisis económica resultante de la pésima cosecha y de la escasez de piensos alcanzó gigantescas proporciones. Todo eso fue consecuencia de los tres años de guerra civil. Era menester mostrar a los campesinos que podíamos y queríamos modificar con rapidez nuestra política para aliviar al instante su penuria. Nosotros decimos constantemente -en el II Congreso se dijo lo mismo- que la revolución requiere sacrificios. Hay camaradas que en su propaganda emplean los siguientes argumentos: estamos dispuestos a hacer la revolución, pero ésta no debe ser demasiado dura. Si no me equivoco, esta afirmación fue del camarada Smeral en el discurso que pronunció en el congreso del partido checoslovacos[60]. Lo he leído en una información del *Vorwarts*[61] de Reichenberg. Allí existe, por lo visto, un ala ligeramente izquierdista. Por lo tanto, la fuente no puede ser considerada enteramente ecuánime. En todo caso, debo manifestar que si Smeral dijo eso, no tiene razón. Algunos oradores que hicieron uso de la palabra en el citado congreso después de Smeral dijeron: "Sí, seguiremos a Smeral, porque así nos libraremos de la guerra civil". (*Risas*.) Si todo eso es verdad, yo debo decir que semejante agitación no es comunista ni revolucionaria. Es natural que cada revolución origine enormes sacrificios a la clase que la lleva a cabo. La revolución se distingue de la lucha corriente porque toman parte en el movimiento diez, cien veces más personas, y en este sentido cada revolución implica sacrificios no sólo para unos cuantos, sino para toda la clase. La dictadura del proletariado en Rusia ha acarreado a la clase dominante, al proletariado, sacrificios, miseria y privaciones como jamás se habían conocido en la historia, y es muy probable que en cualquier otro país las cosas sigan el mismo derrotero.

Cabe preguntar: *¿Cómo repartiremos estas privaciones?* Somos poder estatal. Hasta cierto punto, estamos en condiciones de repartir las privaciones, de distribuirlas entre las clases, y, por lo tanto, de mitigar relativamente la situación de algunos sectores de la población. ¿Con arreglo a qué principio debemos actuar? ¿Con arreglo al principio de la justicia o de la mayoría? No. Debemos proceder con un criterio práctico. Debemos hacer la distribución de modo que se mantenga el poder del proletariado. Este es nuestro único principio. Al comienzo de la revolución, la clase obrera se vio obligada a padecer penurias sin cuenta. Hago constar ahora que nuestra política de abastecimiento obtiene cada año mayores éxitos. Y es indudable que, en general, la situación ha mejorado. Pero, incuestionablemente, los campesinos de Rusia han salido ganando con la revolución más que la clase obrera. De esto no puede caber la menor duda. Desde el punto de vista teórico, esto, claro está, indica que nuestra revolución era, en cierto sentido, burguesa. Cuando Kautsky esgrimió contra nosotros este argumento, nos echamos a reír. Es natural que sin expropiar la gran propiedad agraria, sin arrojar a los grandes terratenientes y sin repartir la tierra, la revolución es solamente burguesa y no socialista. Sin embargo, hemos sido el único partido que ha sabido llevar la revolución burguesa hasta el fin y facilitar la lucha por la revolución socialista. El Poder soviético y el sistema soviético son instituciones del Estado socialista. Hemos hecho ya realidad estas instituciones, pero no hemos cumplido aún la tarea de entablar las relaciones económicas entre los campesinos y el proletariado. Queda mucho por hacer, y el desenlace de esta lucha dependerá de si podemos cumplir esta tarea o no. Así pues, la distribución de las privaciones representa prácticamente uno de los cometidos más difíciles. En general, ha sobrevenido una mejora en la situación de los campesinos, y sobre la clase obrera han recaído duros sufrimientos, precisamente porque está ejerciendo su dictadura.

Ya he dicho que la escasez de piensos y la mala cosecha dieron origen en la primavera de 1921 a una tremenda indigencia del campesinado, que en nuestro país constituye la mayoría. Sin unas buenas relaciones con las masas campesinas no podemos subsistir. De ahí que nuestra tarea haya consistido en acudir en su ayuda inmediatamente. La situación de la clase obrera es agobiante en extremo. Sus sufrimientos son terribles. Sin embargo, los elementos más esclarecidos en el terreno político comprenden que, en beneficio de la dictadura de la clase obrera, debemos realizar los mayores esfuerzos para ayudar a los campesinos a todo trance. La vanguardia de la clase obrera lo ha comprendido; pero en el seno de esta vanguardia hay quienes no pueden entenderlo, quienes están demasiado extenuados para entenderlo. Han visto en ello un error y han empezado a emplear la palabra "oportunismo". Han dicho que los bolcheviques ayudan a los campesinos. Los campesinos, que nos explotan, reciben todo cuanto quieren, mientras los obreros pasan hambre. Eso venían a decir. Pero ¿es oportunismo eso? Ayudamos a los campesinos porque sin una alianza con ellos es imposible el poder político del proletariado y es inconcebible que este poder se sostenga. Lo decisivo para nosotros ha sido precisamente esta razón de la conveniencia y no la razón de la distribución justa. Ayudamos a los

campesinos porque esto es absolutamente necesario para que retengamos el poder político. El principio supremo de la dictadura es mantener la alianza entre el proletariado y los campesinos, para que el proletariado pueda conservar el papel dirigente y el poder estatal.

El único medio que hemos encontrado para ello es *el paso al impuesto en especie,* consecuencia inevitable de la lucha. El próximo año implantaremos por primera vez este impuesto. Prácticamente, este principio no ha sido ensayado todavía. De la alianza militar debemos pasar a la alianza económica, y, hablando en teoría, la única base posible de esta última consiste en establecer el impuesto en especie. En ello reside la única posibilidad teórica de llegar a colocar una base económica realmente sólida de la sociedad socialista. La fábrica socializada proporciona a los campesinos sus artículos, y los campesinos dan a cambio de ellos trigo. Esta es la única forma posible de existencia de la sociedad socialista, la única forma de edificación socialista en un país donde los pequeños campesinos constituyen la mayoría o, cuando menos, una minoría muy considerable. Los campesinos darán una parte a título de impuesto, y otra a cambio de los artículos de la fábrica socialista o mediante el intercambio de mercancías.

En este punto abordamos la cuestión más difícil. El impuesto en especie implica, como es lógico, *la libertad de comercio.* El campesino, después de hacer entrega del impuesto en especie, tiene derecho a trocar libremente lo que le quede de su trigo. Esta libertad de cambio implica libertad para el capitalismo. Lo decimos abiertamente y lo subrayamos. No lo ocultamos en absoluto. Mal nos irían las cosas si se nos ocurriera ocultarlo. La libertad de comercio implica libertad para el capitalismo; pero, a la vez, una nueva forma del mismo. Significa que, hasta cierto punto, creamos de nuevo capitalismo. Y lo hacemos sin ningún rebozo. Se trata del capitalismo de Estado. Ahora bien, el capitalismo de Estado en una sociedad en la que el poder pertenece al capital y el capitalismo de Estado en un Estado proletario son dos conceptos distintos. En un Estado capitalista, el capitalismo de Estado significa que es reconocido y controlado por el Estado en beneficio de la burguesía y contra el proletariado. En el Estado proletario se hace eso mismo en beneficio de la clase obrera con el fin de mantenernos frente a la burguesía, todavía fuerte, y combatirla. De suyo se comprende que debemos otorgar concesiones a la burguesía extranjera, al capital extranjero. Sin la menor desnacionalización entregamos en arriendo minas, bosques y yacimientos de petróleo a capitalistas extranjeros para recibir de ellos artículos industriales, máquinas, etc., y, por lo tanto, restablecer nuestra propia industria.

Como es natural, en la cuestión del *capitalismo de Estado* no todos hemos tenido el mismo criterio desde el primer momento. Pero a este respecto hemos podido comprobar con gran alegría que nuestros campesinos se desarrollan, que han comprendido plenamente el significado histórico de la lucha que estamos desplegando en estos momentos. Campesinos muy sencillos de los lugares más remotos han llegado hasta nosotros y nos han dicho: "¿Cómo? ¿Hemos arrojado a nuestros capitalistas, que hablan en ruso, para que ahora vengan capitalistas extranjeros?" ¿Acaso esto no indica el desarrollo que han alcanzado nuestros campesinos? A un obrero orientado en el sentido económico no es preciso explicarle por qué esto es necesario. Estamos tan arruinados por los siete años de guerra que el restablecimiento de nuestra industria requiere muchos años. Tenemos que pagar por nuestro atraso, por nuestra debilidad, por lo que ahora estamos aprendiendo, por lo que debemos aprender. Quien desea estudiar, debe pagar por la enseñanza. Debemos explicar esto a todos y cada uno, y si lo hacemos ver de una manera práctica, las grandes masas de campesinos y de obreros estarán de acuerdo con nosotros, pues, siguiendo ese camino, mejorará de inmediato su situación, ya que esto permitirá restablecer nuestra industria. ¿Qué nos mueve a hacer esto? No estamos solos en nuestro planeta. Existimos en medio de un sistema de Estados capitalistas... Por un lado están las colonias, pero no pueden ayudarnos aún; y por otro están los países capitalistas, pero son enemigos nuestros. Resulta un cierto equilibrio, claro que muy malo. Pero, con todo, debemos tener en cuenta este hecho. No debemos perder de vista este hecho si queremos subsistir. O victoria inmediata sobre toda la burguesía, o pago de un tributo.

Reconocemos con toda franqueza y no ocultamos que, en el sistema del capitalismo de Estado, el arrendamiento de empresas en régimen de concesión implica un tributo al capitalismo. Pero ganaremos tiempo, y ganar tiempo significa ganarlo todo, sobre todo en una época de equilibrio, cuando nuestros camaradas del extranjero preparan a fondo su revolución. Y cuanto más a fondo la preparen, más segura será la victoria. Pero, mientras tanto, tendremos que pagar un tributo.

Unas palabras sobre nuestra política de abastecimiento. Ha sido sin duda primitiva y mala. Pero también podemos decir que ha tenido éxitos. En relación con ello debo poner de relieve una vez más que la única base económica posible del socialismo es la gran industria mecanizada. Quien olvide esto no es comunista. Debemos elaborar de un modo concreto esta cuestión. No podemos plantear las cuestiones como lo hacen los teóricos del viejo socialismo. Debemos plantearlas en la práctica. ¿Qué significa la gran industria moderna? Significa *la electrificación de toda Rusia.* Suecia, Alemania y

Norteamérica están ya a punto de llevar a término su electrificación, aunque son países todavía burgueses. Un camarada de Suecia me decía que allí está electrificada una gran parte de la industria, como asimismo el 30% de la agricultura. En Alemania y en Norteamérica, países más desarrollados aún en el sentido capitalista, la electrificación alcanza proporciones mayores aún. La gran industria mecanizada no significa otra cosa que la electrificación de todo el país. Hemos nombrado ya una comisión especial compuesta por los mejores economistas y técnicos. Cierto es que casi todos ellos están en contra del Poder soviético. Todos estos especialistas llegarán al comunismo, pero no como nosotros, no a través de veinte años de trabajo clandestino, durante el cual estudiamos y repetimos con machaconería el abecé del comunismo.

Casi todos los órganos del Poder soviético han estado de acuerdo en que debíamos recurrir a los especialistas. Los ingenieros especialistas se pondrán a nuestro servicio cuando les demostremos en la práctica que, siguiendo ese camino, se desarrollan las fuerzas productivas de nuestro país. No basta demostrárselo en teoría. Debemos demostrárselo en la práctica. Y atraeremos a estos hombres a nuestro lado si planteamos el problema de otra manera, no haciendo propaganda teórica del comunismo. Decimos: la gran industria es el único medio de poner a salvo de la miseria y del hambre al campesino. Con esto están todos de acuerdo. Pero ¿cómo hacerlo? Para restablecer la industria, dejándola asentada en los viejos cimientos, hace falta demasiado trabajo y tiempo. Debemos dar a la industria formas más modernas, es decir, pasar a la electrificación. Esta requiere mucho menos tiempo. Ya hemos trazado los planes de electrificación. Más de doscientos especialistas -casi todos ellos, sin excepción, adversarios del Poder soviético- han trabajado con interés en esta obra, aunque no son comunistas. Pero, desde el punto de vista de la ciencia técnica, han debido reconocer que es el único camino acertado. Naturalmente, de plantear el plan a cumplirlo hay un gran trecho. Los especialistas más cautelosos afirman que para la primera fase de las obras se necesitarán diez años cuando menos. El profesor Ballod ha calculado que para la electrificación de Alemania bastan tres o cuatro años. Mas, para nosotros, un decenio es muy poco. En mis tesis cito cifras para que veáis lo poco que hasta ahora hemos podido hacer en este orden de cosas. Las cifras que yo he aportado son tan modestas que se advierte al punto su carácter más propagandístico que científico. Sin embargo, debemos comenzar por la propaganda. El campesino ruso que ha tomado parte en la guerra mundial y ha vivido algunos años en Alemania ha visto allí cómo se debe organizar, para acabar con el hambre, la hacienda según los métodos modernos. Debemos realizar una vasta propaganda en este sentido. Estos planes, por sí solos, tienen escaso significado práctico, pero su importancia es muy grande desde el punto de vista de la agitación.

El campesino ve que debe crearse algo nuevo. El campesino comprende que en esta empresa debe trabajar no cada uno para sí, sino todo el Estado en su conjunto. Estando prisionero en Alemania, el campesino ha visto y aprendido cuál es la base real de la vida, de una vida culta. 12.000 kilovatios son un comienzo modesto. Posiblemente se ría de esto un extranjero que conozca la electrificación norteamericana, alemana o sueca. Pero reirá mejor quien ría el último. Sí, es un comienzo modesto. Mas los campesinos empiezan a comprender que es preciso realizar en proporciones inmensas nuevos trabajos, y éstos se inician ya. Hay que superar dificultades colosales. Intentaremos entablar relaciones con los países capitalistas. No hay que lamentar que suministremos a los capitalistas varios cientos de millones de kilogramos de petróleo a condición de que nos ayuden a electrificar nuestro país.

Y ahora, para terminar, unas palabras sobre la *"democracia pura".* Reproduzco lo que escribía Engels el 11 de diciembre de 1884 en una carta a Bebel:

"La democracia pura, en momentos de revolución, adquirirá por breve plazo un valor temporal en calidad de partido burgués más extremo, lo mismo que ocurrió ya en Fráncfort, como última tabla de salvación de toda la economía burguesa e incluso feudal... De igual modo, en 1848, toda la masa burocrático-feudal apoyó de marzo a septiembre a los liberales para mantener sujetas a las masas revolucionarias... En todo caso, durante la crisis y al día siguiente de ésta, nuestro único adversario será toda *la reacción agrupada alrededor de la democracia pura,* y creo que esto en caso alguno puede menos de tenerse en cuenta".

No podemos plantear nuestras cuestiones como lo hacen los teóricos. Toda la reacción en su conjunto, no sólo la burguesa, sino también la feudal, se agrupa en torno de la "democracia pura". Los camaradas alemanes conocen mejor que nadie lo que significa la "democracia pura", ya que Kautsky y demás líderes de la II Internacional y de la Internacional II y media defienden esta "democracia pura" contra los malvados bolcheviques. Si juzgamos de los socialistas-revolucionarios y de los mencheviques rusos por sus hechos, y no por sus palabras, no resultarán ser otra cosa que representantes de la "democracia pura" pequeñoburguesa. En nuestra revolución han mostrado con pulcritud clásica, y lo mismo ha ocurrido durante la última crisis, en los días de la sublevación de Cronstadt, lo que significa la democracia pura. La efervescencia era muy grande entre los campesinos; también reinaba el malestar

entre los obreros. Estaban extenuados y agotados. Las fuerzas humanas tienen sus límites. Habían pasado hambre tres años, pero no se puede pasar hambre cuatro o cinco años. Naturalmente, el hambre influye mucho en la actividad política. ¿Cómo procedieron los socialistas-revolucionarios y los mencheviques? Vacilaron todo el tiempo, reforzando así a la burguesía. La organización de todos los partidos rusos en el extranjero mostró cómo estaban las cosas a la sazón. Los jefes más inteligentes de la gran burguesía rusa se dijeron: "No podemos vencer inmediatamente en Rusia. Por eso nuestra consigna debe ser: "Los Soviets sin bolcheviques"". El líder de los democonstitucionalistas, Miliukov, defendió el Poder soviético contra los socialistas-revolucionarios. Por muy peregrino que esto parezca, tal es la dialéctica práctica, que estudiamos en nuestra revolución siguiendo una vía original: en la práctica de nuestra lucha y de la lucha de nuestros adversarios. Los democonstitucionalistas defienden los "Soviets sin bolcheviques" porque comprenden bien la situación y confían en hacer que muerda este anzuelo una parte de la población. Así hablan los democonstitucionalistas inteligentes. Naturalmente, no todos los democonstitucionalistas son inteligentes, pero parte de ellos lo son y han aprendido algo de la experiencia de la revolución francesa. Hoy la consigna es: luchar contra los bolcheviques a toda costa, a todo trance. Toda la burguesía ayuda ahora a los mencheviques y a los socialistas-revolucionarios. Los eseristas y mencheviques son en estos momentos la vanguardia de toda la reacción. En la pasada primavera hemos tenido ocasión de conocer los frutos de esta alianza contrarrevolucionaria[62].

Por eso debemos continuar la lucha implacable contra estos elementos. La dictadura es un estado de guerra exacerbada. Nos encontramos precisamente en ese estado. En la actualidad, no existe invasión militar. Sin embargo, estamos aislados. Pero, por otra parte, no estamos del todo aislados, ya que la burguesía internacional no se halla hoy en condiciones de hacernos abiertamente la guerra, pues la clase obrera -aunque en su mayoría no sea todavía comunista- es, no obstante, tan consciente que no tolera la intervención. La burguesía debe tener en cuenta esos ánimos de las masas, aunque éstas no se hayan desarrollado todavía hasta abrazar las posiciones del comunismo. De ahí que la burguesía no pueda pasar ahora a la ofensiva contra nosotros, si bien esto tampoco está excluido. Mientras no haya un resultado general definitivo, proseguirá el estado de horrenda guerra. Y nosotros decimos: "En la guerra actuaremos como en la guerra: no prometemos ninguna libertad, ninguna democracia". Declaramos a los campesinos con toda franqueza que deben elegir: o el poder de los bolcheviques –y en ese caso haremos todas las concesiones posibles hasta donde nos lo permita la necesidad de mantener el poder y después los conduciremos al socialismo- o bien el poder burgués. Todo lo demás es engaño, pura demagogia. A este engaño, a esta demagogia se debe declarar la guerra más encarnizada. Nuestro punto de vista es el siguiente: por ahora, grandes concesiones y la mayor cautela; precisamente porque atravesamos un estado de cierto equilibrio, precisamente porque somos más débiles que nuestros enemigos coligados, porque nuestra base económica es harto débil y necesitamos unos cimientos económicos más sólidos.

Esto es lo que yo quería decir sobre nuestra táctica, sobre la táctica del Partido Comunista de Rusia, a los camaradas. (*Prolongados aplausos*.)

Publicado íntegro el 14 de julio de 1921 en el núm. 17 del "Boletín del III Congreso de la Internacional Comunista". Una información periodística se publicó el 9 de julio de 1921 en el núm. 144 de "Pravda".

T. 44, págs. 34-54.

4. Discursos pronunciados en la reunión de las delegaciones alemana, polaca, checoslovaca, húngara e italiana, el 11 de julio.

I

Ayer leí en *Pravda* algunas informaciones que me han convencido de que el momento de la ofensiva está, posiblemente, más próximo de lo que pensábamos en el congreso, lo que dio motivo a que nos criticaran con tanta dureza los camaradas jóvenes. Pero de estas informaciones hablaré después. Ahora debo decir que cuanto más se aproxime la ofensiva general, tanto más "oportunista" deberá ser nuestra actuación. Ahora regresaréis todos a vuestros países y diréis a los obreros que nos hemos hecho más sensatos que antes del III Congreso. No os dé vergüenza decirles que hemos cometido errores y que ahora queremos obrar con más cautela; así nos ganaremos a las masas del Partido Socialdemócrata y del Partido Socialdemócrata Independiente, masas que el desarrollo de los acontecimientos empuja objetivamente a nuestro lado, pero ellas nos temen. Quiero mostrar, con nuestro propio ejemplo, que debemos actuar con más cautela.

Al empezar la guerra, los bolcheviques defendíamos una sola consigna: guerra civil y, además, implacable. Estigmatizábamos como traidores a cuantos no propugnaban la guerra civil. Pero cuando regresamos a Rusia en marzo de 1917, cambiamos por completo de posición. Cuando regresamos a Rusia y hablamos con los campesinos y los obreros, vimos que todos eran partidarios de la defensa de la patria, aunque, como es natural, en un sentido completamente distinto que los mencheviques, y no podíamos tildar de miserables y traidores a aquellos obreros y campesinos sencillos. Definimos aquel estado de ánimo como "defensismo de buena fe". En general, quiero escribir un extenso

artículo sobre eso y dar a la publicidad todos los datos. El 7 de abril publiqué unas tesis, en las que decía: prudencia y paciencia. Nuestra posición inicial, al empezar la guerra, era justa; entonces importaba crear un núcleo bien definido y firme. Nuestra posición posterior fue también justa. Arrancaba de que era preciso conquistar a las masas. Ya entonces nos oponíamos a la idea de derribar inmediatamente el Gobierno Provisional. Yo escribía: se le debe derribar, pues es un gobierno oligárquico, un gobierno que no es del pueblo, ya que no puede darnos ni pan ni paz; no se le puede derribar inmediatamente, pues se apoya en los Soviets obreros y goza todavía de la confianza de los obreros. No somos blanquístas[63], no queremos gobernar con la minoría de la clase obrera contra la mayoría[*]. Los democonstitucionalistas, que son políticos sutiles, advirtieron en el acto la contradicción entre nuestra posición anterior y la nueva posición y nos llamaron hipócritas. Pero como, al mismo tiempo, nos llamaban espías, traidores, infames y agentes alemanes, la primera denominación no causó ninguna impresión. El 20 de abril se produjo la primera crisis. La nota de Miliukov sobre los Dardanelos desenmascaró al gobierno como imperialista. A continuación, las masas de soldados armados se dirigieron al edificio del gobierno y derribaron a Miliukov. Al frente de los soldados se encontraba un tal Linde, sin partido. No fue un movimiento organizado por el partido, lo caracterizamos entonces de la siguiente forma: es algo más que una manifestación armada y algo menos que una insurrección armada. En nuestra conferencia del 22 de abril, la corriente izquierdista exigió el derrocamiento inmediato del gobierno. El CC, por el contrario, se opuso a la consigna de guerra civil y dimos a todos los agitadores de provincias la indicación de refutar la desvergonzada mentira de que los bolcheviques querían la guerra civil. El 22 de abril escribí que la consigna de "¡Abajo el Gobierno Provisional!" era equivocada, pues, de no estar respaldados por la mayoría del pueblo, se convertiría en una frase o en una aventura.

No nos avergonzamos de llamar "aventureros" a nuestros izquierdistas delante de nuestros enemigos. Los mencheviques cantaban victoria con este motivo y hablaban de nuestra bancarrota. Pero nosotros decíamos que todo intento de colocarse un poco, aunque sólo fuese un poquito, más a la izquierda del CC, era una estupidez y que quien se colocaba a la izquierda del CC había perdido ya el simple sentido común. No nos dejaremos intimidar por el hecho de que el enemigo se alegre de nuestros yerros.

Nuestra única estrategia en la actualidad consiste en ser más fuertes y, por ello, más inteligentes, más sensatos, más "oportunistas", y debemos decírselo así a las masas. Pero después de que hayamos conquistado a las masas, gracias a nuestra sensatez, aplicaremos la táctica de la ofensiva, y precisamente en el sentido más estricto de la palabra.

Ahora, unas palabras sobre las tres informaciones:

1) La huelga de los obreros municipales de Berlín. Los obreros municipales son, en su mayor parte, conservadores, pertenecen a los socialdemócratas de la mayoría y al Partido Socialdemócrata Independiente[64], están bien retribuidos, pero se ven obligados a declararse en huelga[65].

2) La huelga de los obreros textiles de Lille[66].

2)3) El tercer hecho es el más importante. En Roma se ha celebrado un mitin para organizar la lucha contra los fascistas, al que han asistido 50.000 obreros de todos los partidos: comunistas, socialistas y republicanos. Han acudido a él 5.000 ex combatientes vestidos de uniforme y ni un solo fascista se ha atrevido a aparecer en la calle[67]. Esto demuestra que en Europa hay más material inflamable del que creíamos. Lazzari ha elogiado nuestra resolución sobre táctica. Es un gran éxito de nuestro congreso. Si Lazzari la acepta, los miles de obreros que van tras él nos seguirán, sin duda, a nosotros, y sus jefes no podrán apartarlos de nuestro lado. *Il faut reculer, pour mieux sauter* (hay que retroceder para saltar mejor). Y este salto es inevitable, ya que la situación se hace objetivamente insoportable.

Empezamos, pues, a aplicar nuestra nueva táctica. No hay que ponerse nerviosos, no podemos retrasarnos, más bien podemos empezar demasiado pronto. Y si nos preguntáis si podrá Rusia mantenerse tanto tiempo, os respondemos que hacemos ahora la guerra a la pequeña burguesía, al campesinado, una guerra económica, mucho más peligrosa para nosotros que la pasada guerra. Pero, como ha dicho Clausewitz, el peligro es el elemento de la guerra, y nosotros no hemos estado ni un solo instante al margen del peligro. Estoy seguro de que, si actuamos con mayor prudencia, si hacemos concesiones a tiempo, venceremos también en esta guerra aun en el caso de que dure más de tres años.

Resumo:

1) Todos nosotros diremos unánimemente en Europa entera que aplicamos una nueva táctica y, de este modo, conquistaremos a las masas.

2) Coordinación de la ofensiva en los países principales: Alemania, Checoslovaquia, Italia. En esta labor se necesitan preparativos, una cooperación permanente. Europa está preñada de revolución, pero es imposible trazar de antemano el calendario de la revolución. Nosotros nos sostendremos en Rusia no sólo cinco años, sino más. La única estrategia acertada es la que hemos aprobado. Estoy seguro de que conquistaremos para la revolución posiciones a las que la Entente[68] no podrá oponer nada, y eso será el comienzo de la victoria a escala mundial.

[*] Véase la presente edición, t. 6. *(N. de la Edit.)*

II

Smeral parecía satisfecho de mi discurso; sin embargo lo interpreta de manera unilateral. He dicho en la comisión que, para encontrar la pauta certera, Smeral debe dar tres pasos a la izquierda; y Kreibich, uno a la derecha. Smeral, por desgracia, no ha dicho que vaya a dar esos pasos. Tampoco ha dicho nada de cómo se imagina el estado de cosas. En cuanto a las dificultades, se ha limitado a repetir lo viejo y no ha dicho nada nuevo. Smeral ha dicho que yo le he quitado una preocupación. En la primavera temía que la jefatura comunista le exigiera una acción inoportuna; sin embargo, los acontecimientos han disipado ese temor. Pero a nosotros nos inquieta ahora otra cosa, y es saber si en Checoslovaquia se llegará también, efectivamente, a preparar la ofensiva o no se pasará de pláticas sobre las dificultades. Un error izquierdista es un simple error, no grande y subsanable con facilidad. Pero si el error atañe a la decisión de actuar, en modo alguno se trata ya de un error pequeño, se trata de una traición. Esos errores no se pueden comparar. La teoría de que haremos la revolución, pero sólo después de que otros se lancen a la acción, es profundamente errónea.

III

El repliegue hecho en este congreso debe ser comparado, a juicio mío, con nuestras acciones de 1917 en Rusia, mostrando así que dicho repliegue debe servir para preparar la ofensiva. Los adversarios afirmarán que hoy no decimos lo mismo que antes. Sacarán poco provecho de ello; en cambio, las masas obreras nos comprenderán si les decimos en qué sentido puede considerarse un éxito la acción de marzo y por qué criticamos sus errores y decimos que en lo sucesivo deberemos prepararnos mejor. Estoy de acuerdo con Terracini cuando afirma que las interpretaciones de Smeral y Burian son equivocadas. Si la coordinación se entiende en el sentido de que debemos esperar a que se lance a la acción otro país más rico y poblado, eso no será una interpretación comunista, sino un franco engaño. La coordinación debe consistir en que los camaradas de otros países sepan cuáles son los momentos importantes. La interpretación primordial de la coordinación es la siguiente: imitar mejor y con mayor rapidez los buenos ejemplos. Y bueno es el ejemplo de los obreros de *Roma.*

Publicado por primera vez en 1958 en el núm. 5 de la revista "Voprosi Istorii KPSS": el primer discurso, íntegro; el segundo y el tercero, según el texto taquigráfico abreviado.

T. 44, págs. 57-61.

NUEVOS TIEMPOS, VIEJOS ERRORES DE NUEVO TIPO.

Cada giro singular de la historia da lugar a algunos cambios en la forma de las vacilaciones pequeñoburguesas, que siempre existen al lado del proletariado y penetran siempre en tal o cual grado en su medio.

El reformismo pequeñoburgués, es decir, el servilismo ante la burguesía encubierto con bondadosas frases democráticas y "social"-democráticas e impotentes deseos, así como el radicalismo pequeñoburgués, temible, inflado y vanidoso de palabra y nulidad de división, dispersión e insensatez en realidad, son las dos "corrientes" de esas vacilaciones. Son inevitables en tanto subsistan las raíces más profundas del capitalismo. Su forma cambia hoy en virtud del conocido viraje de la política económica del Poder soviético.

El lema fundamental de los menchevizantes es: "Los bolcheviques han dado vuelta atrás, hacia el capitalismo, y ahí sucumbirán. La revolución es, pese a todo, burguesa, ¡incluida la de Octubre! ¡Viva la democracia! ¡Viva el reformismo!". Se diga esto puramente a lo menchevique o a lo eserista, en el espíritu de la II Internacional o de la Internacional II y media, el fondo es el mismo.

El lema fundamental de los semianarquistas por el estilo del "partido comunista obrero" alemán o de la parte de nuestra ex oposición obrera, que se ha salido del partido o se está saliendo de él, es: "¡Ahora los bolcheviques no tienen fe en la clase obrera!". De ahí se deducen consignas más o menos parecidas a "las de Cronstadt" de la primavera de 1921.

La tarea de los marxistas es oponer de la manera más serena y exacta la apreciación de las fuerzas reales de clase y los hechos indudables al gimoteo y el pánico de los filisteos del reformismo y de los filisteos del radicalismo.

Recordad las etapas principales de nuestra revolución. La primera, puramente política, por así decir, desde el 25 de octubre hasta el 5 de enero, hasta la disolución de la Asamblea Constituyente. En unas diez semanas hicimos cien veces más para la destrucción verdadera y completa de los restos del feudalismo en Rusia que los mencheviques y los eseristas en los ocho meses (de febrero a octubre de 1917) que *tuvieron* el poder. Los mencheviques y los eseristas, y en el extranjero todos los prohombres de la Internacional II y media, eran por entonces deplorables auxiliares de la reacción. Los anarquistas o bien se mantenían desconcertados, al margen, o bien nos ayudaban. ¿Era entonces burguesa la revolución? Claro que sí, por cuanto nuestra obra cabal era llevar hasta el fin la revolución democrática burguesa, por cuanto aún no había lucha de clases en el seno del "campesinado". Pero, al mismo tiempo, hicimos mucho, de manera gigantesca, *por encima* de la revolución burguesa *para* la revolución socialista, proletaria: 1) Desplegamos como nunca las fuerzas de la clase obrera para que *ellas* utilizasen el poder estatal. 2) Asestamos un golpe, que se notó en todo el mundo, a los fetiches de la democracia pequeñoburguesa, a la Asamblea Constituyente ya las "libertades" burguesas por el estilo de la libertad de prensa para los ricos. 3) Creamos el *tipo* soviético de Estado, paso gigantesco adelante después de los años 1793 y 1871.

Segunda etapa. La paz de Brest. Una desbocada verborrea revolucionaria contra la paz, un torrente de frases semipatrióticas de los eseristas y los mencheviques y de frases "izquierdistas" de una parte de los bolcheviques. "Puesto que hemos hecho las paces con el imperialismo, estamos perdidos", porfiaba, presa del pánico o de la malevolencia, el pequeño burgués. Pero los eseristas y los mencheviques hacían las paces con el imperialismo como participantes en la expoliación burguesa de los obreros. Hemos "hecho las paces", entregando al expoliador una parte de los bienes a fin de salvar el poder de los obreros para asestar golpes más enérgicos aún al expoliador. Entonces oímos hasta la saciedad las frases de que "no tenemos fe en las fuerzas de la clase obrera", mas no nos dejamos engañar por ellas.

Tercera etapa. La guerra civil desde la rebelión del cuerpo de ejército checoslovaco[69] y los partidarios de la Asamblea Constituyente[70] hasta Wrangel, entre 1918 y 1920. Nuestro Ejército Rojo no existía al principio de la guerra. Este ejército sigue siendo insignificante frente a cualquier ejército de los países de la Entente, de comparar las fuerzas materiales. No obstante, hemos vencido en la lucha contra la Entente, poderosa a escala mundial. La alianza de los obreros y los campesinos, dirigidos por el poder estatal del proletariado, se elevó, como conquista de la historia universal, a una altura nunca

vista. Los mencheviques y eseristas desempeñaron el papel de auxiliares de la monarquía, tanto declarados (ministros, organizadores, predicadores) como encubiertos (la posición más "sutil" y ruin de los Chernov y Mártov que parecían lavarse las manos y de hecho manejaban la pluma contra nosotros). Los anarquistas también vacilaban, sin saber qué hacer: una parte nos ayudaba, otra nos entorpecía la labor con sus voces contra la disciplina militar o con su escepticismo.

Cuarta etapa. La Entente está obligada a cesar (¿por mucho tiempo?) en la intervención y el bloqueo. El país, arruinado hasta lo indecible, apenas empieza a restablecerse, viendo sólo ahora toda la profundidad de la ruina, sufriendo penurias muy atormentadoras, el paro de la industria, la mala cosecha, el hambre y las epidemias.

Hemos subido al escalón más alto y, al mismo tiempo, más difícil de nuestra lucha histórica universal. En el momento actual y en la época actual el enemigo no es el mismo de ayer. El enemigo no lo forman hordas de guardias blancos mandados por terratenientes y apoyados por todos los mencheviques y eseristas, por toda la burguesía internacional. El enemigo es la rutina de la economía en un país de pequeños campesinos con una gran industria arruinada. El enemigo es el elemento pequeñoburgués que nos rodea como el aire y penetra con mucha fuerza en las filas del proletariado. Y el proletariado se ha desclasado, es decir, se ha descastado. Las fábricas no funcionan, el proletariado está debilitado, disperso, extenuado. Y al elemento pequeñoburgués dentro del Estado lo apoya toda la burguesía internacional, aún poderosa en el mundo entero.

¿Cómo no amilanarse así? Sobre todo prohombres como los mencheviques y los eseristas, como los caballeros de la Internacional II y media, como los desvalidos anarquistas, como los aficionados a las frases "izquierdistas". "Los bolcheviques dan la vuelta hacia el capitalismo, les llega el fin, la revolución de ellos tampoco ha rebasado el marco de la revolución burguesa". Oímos bastantes gritos de éstos.

Pero ya estamos acostumbrados a ellos.

No empequeñecemos el peligro. Lo miramos cara a cara. Decimos a los obreros y a los campesinos: el peligro es grande, tened más cohesión, aguante y sangre fría, echad de vuestro lado con desprecio a los menchevizantes, a los eserizantes, a los que siembran el pánico y a los que vociferan.

El peligro es grande. El enemigo es mucho más fuerte que nosotros en el aspecto económico, lo mismo que ayer lo fue en el aspecto militar. Lo sabemos, y en saberlo está nuestra fuerza. Hemos hecho ya tantísimo para depurar a Rusia del feudalismo, para desarrollar todas las fuerzas de los obreros y los campesinos, para desplegar la lucha universal contra el imperialismo e impulsar el movimiento proletario internacional, libre de las trivialidades y vilezas de la II Internacional y de la Internacional II y media que los gritos de pánico no nos producen efecto. Hemos "justificado" ya del todo y con creces nuestra actividad revolucionaria, demostrando con hechos a todo el mundo de qué es capaz el espíritu revolucionario del proletariado, a diferencia de la "democracia" menchevique-eserista y del cobarde reformismo encubierto con frases de gala.

Quien teme la derrota, antes de empezar la gran lucha, no se puede llamar a sí mismo socialista sin hacer escarnio de los obreros.

Precisamente porque no tememos mirar cara a cara el peligro empleamos mejor nuestras fuerzas para la lucha, somos más serenos, más cautelosos, más comedidos en sopesar las posibilidades, hacemos todas las concesiones que nos robustecen a nosotros y dividen las fuerzas del enemigo (como hasta el último tonto ha visto ahora que la "paz de Brest" fue una concesión que nos reforzó a nosotros y dividió las fuerzas del imperialismo internacional).

Los mencheviques gritan que el impuesto en especie, la libertad de comercio, el arrendamiento de empresas en régimen de concesión y el capitalismo de Estado son la bancarrota del comunismo. En el extranjero, el ex comunista Levi ha sumado su voz a la de estos mencheviques; a este mismo Levi había que defenderlo mientras era posible explicar sus errores como una reacción frente a los que cometieron los comunistas de "izquierda", en especial en Alemania en marzo de 1921, pero este mismo Levi no tiene defensa cuando, en vez de reconocer su error, cae de lleno en el menchevísmo.

A los mencheviques chillones les diremos simplemente que ya en la primavera de 1918 los comunistas proclamaron y defendieron la idea de un pacto, de una alianza con el capitalismo de Estado contra el elemento pequeñoburgués. ¡Hace ya tres años! ¡En los primeros meses de la victoria bolchevique! Los bolcheviques ya eran sensatos a la sazón. Y desde entonces nadie ha podido rebatir la exactitud de nuestro sereno cálculo de las fuerzas existentes.

Levi, que ha ido a parar al menchevismo, aconseja a los bolcheviques (¡"predice" que los vencerá el capitalismo, lo mismo que predecían nuestra destrucción todos los pequeñoburgueses, los demócratas, los socialdemócratas, etc., en caso de que disolviéramos la Asamblea Constituyente!) ¡pedir ayuda *a toda* la clase obrera! ¡Porque, fíjense, sólo *una parte* de la clase obrera ayudaba hasta ahora a los comunistas!

Aquí Levi coincide de una manera sorprendente con lo que dicen los semianarquistas y vociferadores, y también algunos miembros de la ex "oposición obrera", aficionados a las frases altisonantes de que

ahora los bolcheviques "han perdido la fe en las fuerzas de la clase obrera". Tanto los mencheviques como los elementos anarquizantes hacen del concepto "fuerzas de la clase obrera" un fetiche, y no son capaces de captar su significado real y concreto. Sustituyen el estudio y el análisis de su significado con retórica.

Los señores de la Internacional II y media se presentan como revolucionarios; pero en toda situación sería demuestran ser contrarrevolucionarios, pues temen la destrucción violenta de la vieja máquina del Estado, no tienen fe en las fuerzas de la clase obrera. Cuando lo decíamos de los eseristas y Cía., no eran palabras vacías. Todo el mundo sabe que la Revolución de Octubre ha dado paso a fuerzas nuevas, a una nueva clase: todo el mundo sabe que los mejores representantes del proletariado gobiernan ahora en Rusia, han constituido un ejército, lo mandan, han montado la administración local, etc., dirigen la industria y demás. Y si en esta administración existen deformaciones burocráticas, no ocultamos el mal, sino que lo ponemos al desnudo y lo combatimos. Quienes, con la lucha contra las deformaciones del nuevo régimen, olvidan su contenido, olvidan que la clase obrera ha creado y dirige un Estado de tipo soviético, son simplemente incapaces de pensar y claman al viento.

Pero las "fuerzas de la clase obrera" no son ilimitadas. Si hoy acuden pocas y a veces incluso poquísimas fuerzas nuevas de la clase obrera; si a pesar de todos nuestros decretos, llamamientos y agitación, si a pesar de todas nuestras disposiciones de "promover a gente sin partido" siguen acudiendo pocas fuerzas, salir del paso con retóricas de que "se ha perdido la fe en las fuerzas de la clase obrera" significa caer tan bajo como para pronunciar frases vacías.

Sin cierta "tregua" no tendremos esas nuevas fuerzas; sólo podrán aumentar con mucha lentitud y teniendo por base la reconstrucción de la gran industria (es decir, para ser más concreto y exacto, la electrificación), no hay *ninguna otra* fuente de donde puedan salir.

Después de esfuerzos inmensos, inauditos, la clase obrera de un país arruinado, de pequeños campesinos, que ha sufrido un gran desclasamiento, necesita tiempo para que las nuevas fuerzas puedan crecer y elevarse, para que las fuerzas viejas y consumidas puedan "recobrarse". La creación de la máquina militar y del Estado, capaz de salir triunfante de las pruebas de 1917-1921, fue un gran esfuerzo que ocupó, absorbió y agotó las verdaderas "fuerzas de la clase obrera" (y no las existentes en las declamaciones de los voceras). Esto hay que comprenderlo y hay que tener en cuenta la *retardación* necesaria o, más bien, inevitable del crecimiento de las *nuevas* fuerzas de la clase obrera.

Cuando los mencheviques vociferan contra el "bonapartismo" de los bolcheviques (diciendo que éstos se apoyan en el ejército y en la máquina del Estado contra la voluntad de la "democracia"), expresan magníficamente la táctica de la burguesía, y Miliukov no se equivoca al sostenerla y apoyar las consignas de "los de Cronstadt" (primavera de 1921). La burguesía tiene bien en cuenta que las *verdaderas* "fuerzas de la clase obrera" se componen hoy de la poderosa vanguardia de esta clase (el Partido Comunista de Rusia, que se ha ganado, y no de golpe, sino en el transcurso de veinticinco años y con sus obras, el papel, el título, la fuerza de "vanguardia" de la única clase revolucionaria) y de los elementos más debilitados por el desclasamiento, más susceptibles de caer en vacilaciones mencheviques y anarquistas.

Ahora, con la consigna de "más fe en las fuerzas de la clase obrera", se refuerza, *en realidad,* la influencia de los mencheviques y anarquistas: Cronstadt lo ha demostrado y probado del modo más evidente en la primavera de 1921. Todo obrero consciente debe desenmascarar y mandar a paseo a los que vociferan que "hemos perdido la fe en las fuerzas de la clase obrera", pues los voceras no son sino cómplices de la burguesía y de los terratenientes, interesados en debilitar al proletariado en beneficio propio, propagando la influencia menchevique y anarquista.

¡He ahí dónde "está el gato encerrado", de calar con serenidad en el verdadero significado del concepto "fuerzas de la clase obrera"!

¿Qué hacen ustedes, estimados señores, para llevar a los sin partido al "frente" más importante en el momento actual, al frente económico, a la obra de organizar la economía? Esta es la pregunta que los obreros conscientes deben hacer a los voceras. Así es como se puede y se debe desenmascarar siempre a los bocazas, así es como se puede probar siempre que en realidad no ayudan, sino que obstaculizan la organización de la economía; que no ayudan, sino que obstaculizan la revolución proletaria; que no persiguen objetivos proletarios, sino pequeñoburgueses, y que sirven a una clase ajena.

Nuestras consignas son: ¡Abajo los voceras! ¡Abajo los cómplices inconscientes de los guardias blancos, que repiten los errores de los miserables sediciosos de Cronstadt en la primavera de 1921! ¡Adelante el trabajo práctico, serio, que sabe tener presentes los rasgos específicos y las tareas del momento actual! No necesitamos frases, sino hechos.

Una apreciación sensata de estos rasgos específicos y de las fuerzas de clase verdaderas, no imaginarias, nos dice:

Después de un período de logros proletarios sin precedentes en el terreno de organización militar, administrativa y política se ha entrado -y no por casualidad, sino de manera inevitable, no debido a

determinadas personas o partidos, sino a causas objetivas- en un período de crecimiento mucho más lento de las nuevas fuerzas. En el terreno económico es inevitable una estructuración más difícil, más lenta, más paulatina, propia del fondo de las actividades de este terreno en comparación con la labor militar, administrativa y política. Ello se deriva de la dificultad específica de esa estructuración, de su profunda raigambre, valga la expresión.

Por eso procuraremos con el mayor cuidado, con un cuidado triple, determinar nuestras tareas en esta etapa de lucha nueva y más elevada. Las determinaremos de la manera más moderada posible; haremos el mayor número de concesiones, claro que sin rebasar los límites de lo que el proletariado *puede* conceder, sin dejar de ser la clase dominante. Recaudaremos con la mayor rapidez posible un impuesto en especie moderado y permitiremos la máxima libertad posible para el desarrollo, consolidación y restablecimiento de la hacienda campesina; entregaremos en arriendo, incluso a capitalistas privados y a concesionarios extranjeros, las empresas que no son absolutamente imprescindibles para nosotros. Necesitamos un pacto o una alianza del Estado proletario con el capitalismo de Estado contra el elemento pequeñoburgués. Tenemos que llevar a cabo esta alianza con tacto, según el refrán "en cosa alguna, pensar mucho y hacer una". Dejaremos para nosotros un campo de trabajo más reducido, el estrictamente necesario. Concentraremos en *menos terreno* las fuerzas debilitadas de la clase obrera, pero consolidaremos en cambio nuestras posiciones y probaremos nuestras fuerzas, no una ni dos veces, sino muchas, en la labor práctica. Las "tropas" que tenemos ahora a nuestra disposición *no pueden* avanzar por el difícil camino que debemos transitar, en las duras condiciones en que vivimos y en medio de los peligros que debemos afrontar, si no es paso a paso, palmo a palmo. A quien "aburre", a quien "no interesa", a quien "no comprende" este trabajo, frunce la nariz, es presa del pánico o se le suben a la cabeza sus propias declamaciones de que ya no existe el "auge anterior", el "entusiasmo de antes", etc., es mejor "dejarlo cesante" y arrinconarlo para que no perjudique, pues no quiere o no es capaz de pensar en los rasgos específicos de la fase actual, de la etapa actual de la lucha.

Con esfuerzos casi sobrehumanos, nos entregamos en un país increíblemente arruinado, con las fuerzas del proletariado agotadas, a la labor más difícil: colocar los cimientos de una economía verdaderamente socialista, organizar un intercambio normal de mercancías (mejor dicho, un intercambio de productos) entre la industria y la agricultura. El enemigo sigue siendo mucho más fuerte que nosotros; el intercambio de mercancías anárquico, individual, que realizan los especuladores, socava nuestra labor a cada paso. Percibimos con claridad las dificultades y las superaremos metódica y tenazmente. Más iniciativa e independencia local, más fuerzas para las localidades, más atención a su experiencia práctica. La clase obrera podrá curar sus heridas, restablecer su "fuerza de clase" proletaria y ganarse la confianza del campesinado en su dirección proletaria *sólo* en la medida en que se obtengan éxitos verdaderos en el restablecimiento de la industria y en el logro de un adecuado intercambio estatal de productos que beneficie a los campesinos y a los obreros, En la medida en que lo consigamos, lograremos la afluencia de nuevas fuerzas, tal vez no tan pronto como cada uno de nosotros quisiera, pero, no obstante, lo lograremos.

¡A trabajar, pues, con paso más lento y cauteloso, con aguante y perseverancia!

20 de agosto de 1921.

Publicado el 28 de agosto de 1921 en el núm. 190 de "Pravda".

T. 44, págs. 101-109.

CON MOTIVO DEL CUARTO ANIVERSARIO DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE.

Se avecina el cuarto aniversario del 25 de octubre (7 de noviembre).

Cuanto más tiempo nos separa de esta gran jornada, tanto más claro aparece el significado de la revolución proletaria en Rusia y tanto más hondo reflexionamos sobre la experiencia práctica, en conjunto, de nuestro trabajo.

Este significado y esta experiencia podrían exponerse brevemente -en forma, claro es, muy distante de ser completa y exacta- como sigue.

La tarea directa e inmediata de la revolución en Rusia era democrática burguesa: acabar con los restos de todo lo medieval, barrerlos hasta el fin, limpiar a Rusia de esa barbarie, de esa vergüenza, de ese inmenso freno para toda la cultura y todo el progreso en nuestro país.

Y nos enorgullecemos con razón de haber llevado a cabo esa limpieza con mucha más energía, rapidez, audacia, éxito, amplitud y profundidad, desde el punto de vista de la influencia sobre las masas del pueblo, sobre el grueso de la nación, que la Gran Revolución Francesa hace más de ciento veinticinco años.

Tanto los anarquistas como los demócratas pequeñoburgueses (es decir, los mencheviques y los eseristas como representantes rusos de ese tipo social internacional) han dicho y dicen una increíble cantidad de cosas confusas sobre la relación existente entre la revolución democrática burguesa y la revolución socialista *(es decir,* proletaria). Los cuatro años últimos han confirmado plenamente que comprendemos con acierto el marxismo en este punto, que tenemos en cuenta con tino la experiencia de las revoluciones anteriores. Hemos llevado como nadie la revolución democrática burguesa *a su término.* Seguimos *adelante,* hacia la revolución socialista, con plena conciencia, con firmeza y sin cejar, sabiendo que no está separada de la revolución democrática burguesa por ninguna muralla china, sabiendo que *sólo la lucha* decidirá en qué grado conseguiremos (a fin de cuentas) avanzar, qué parte de nuestra tarea de inabarcable magnitud cumpliremos, qué parte de nuestras victorias consolidaremos. Vivir para ver. Mas ya se va viendo que hemos dado pasos gigantescos -gigantescos para un país arruinado, atormentado y atrasado- en la transformación socialista de la sociedad.

Mas acabemos de explicar el contenido democrático burgués de nuestra revolución. Los marxistas deben comprender lo que significa. Para que quede claro aduciremos varios ejemplos elocuentes.

El contenido democrático burgués de la revolución quiere decir depurar de todo lo medieval, de los elementos de servidumbre, de feudalismo, las relaciones sociales (el orden de cosas, las instituciones) de un país.

¿Cuáles eran las principales manifestaciones, supervivencias y vestigios del régimen de la servidumbre en Rusia en 1917? La monarquía, la división en estamentos, las formas de propiedad y usufructo de la tierra, la situación de la mujer, la religión, la opresión de las naciones. Tomemos cualquiera de estos "establos de Augías" -que, dicho sea de paso, todos los Estados avanzados han dejado en gran parte sin limpiar del todo al realizar *sus* revoluciones democráticas burguesas hace ciento veinticinco, doscientos cincuenta y más años (en 1649 en Inglaterra)-, tomemos cualquiera de estos establos de Augías y veremos que los hemos limpiado por completo. En las escasas *diez semanas* transcurridas desde el 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917 hasta la disolución de la Constituyente (5 de enero de 1918), hicimos en este terreno mil veces más que los demócratas burgueses y liberales (democonstitucionalistas) y los demócratas pequeñoburgueses (mencheviques y eseristas) *en los ocho meses* que estuvieron en el poder.

¡Estos cobardes, charlatanes, fatuos Narcisos y Hamlets de sainete blandían una espada de cartón y ni siquiera destruyeron la monarquía! Nosotros hemos echado fuera como nadie y como nunca toda la basura monárquica. No hemos dejado piedra sobre piedra ni ladrillo sobre ladrillo en el edificio secular de la división estamental (¡los países más adelantados, como Inglaterra, Francia y Alemania, no se han desembarazado todavía de los vestigios de esa división!) Hemos arrancado definitivamente las raíces más hondas de los estamentos, a saber: los restos del feudalismo y de la servidumbre en la propiedad de la tierra. "Puede discutirse" (en el extranjero hay bastantes literatos, democonstitucionalistas, mencheviques y eseristas para dedicarse a esas discusiones) lo que resultará "al

fin y al cabo" de las transformaciones agrarias de la Gran Revolución de Octubre. No somos partidarios de perder ahora el tiempo en esas discusiones, porque las dirimimos todas, y cuántas de ellas se derivan, luchando. Pero lo que no se puede poner en entredicho es que los demócratas pequeñoburgueses estuvieron ocho meses "entendiéndose" con los terratenientes -los cuales guardaban las tradiciones de la servidumbre-, mientras que nosotros, en unas cuantas semanas, hemos barrido por completo de la faz de la tierra rusa a esos terratenientes y todas sus tradiciones.

Tomemos la religión, o la falta de derechos de la mujer, o la opresión y la desigualdad de derechos de las naciones no rusas. Todos ésos son problemas de la revolución democrática burguesa. Los entes vulgares de la democracia pequeñoburguesa se pasaron ocho meses hablando de ello; *ninguno* de los países más avanzados del mundo ha resuelto *hasta el fin estos* problemas en sentido *democrático burgués.* En nuestro país, la legislación de la Revolución de Octubre los ha resuelto hasta el fin. Hemos luchado y luchamos de verdad contra la religión. Hemos dado a *todas* las naciones no rusas *sus propias* repúblicas o regiones autónomas. En Rusia no existe nada tan vil, infame y canallesco como la falta de derechos o la desigualdad jurídica de la mujer, supervivencia indignante de la servidumbre y de la Edad Media, que la burguesía egoísta y la pequeña burguesía obtusa y asustada retocan en todos los países del globo, sin excepción alguna.

Todo eso es el contenido de la revolución democrática burguesa. Hace ciento cincuenta y doscientos cincuenta años, los dirigentes más avanzados de esta revolución (de estas revoluciones, si hablamos de cada variedad nacional de un solo tipo común) prometieron a los pueblos liberar a la humanidad de los privilegios medievales, de la desigualdad de la mujer, de las ventajas concedidas por el Estado a una u otra religión (o a la *"idea* de religión", a la "religiosidad" en general), de la desigualdad de las naciones. Lo prometieron y no lo cumplieron. Y no podían cumplirlo, porque lo impedía el "respeto" … a la "sacrosanta propiedad privada". En nuestra revolución proletaria no ha habido este maldito "respeto" a esa, tres veces maldita, Edad Media y a esa "sacrosanta propiedad privada".

Mas, a fin de consolidar para los pueblos de Rusia las conquistas de la revolución democrática burguesa, nosotros debíamos ir más lejos y así lo hicimos. Resolvimos los problemas de la revolución democrática burguesa sobre la marcha, de paso, como "producto accesorio" de nuestra labor principal y verdadera, de nuestra labor revolucionaria *proletaria,* socialista. Hemos dicho siempre que las reformas son un producto accesorio de la lucha revolucionaria de las clases. Las transformaciones democráticas burguesas -lo hemos dicho y lo hemos demostrado con hechos- son un producto accesorio de la revolución proletaria, es decir, socialista. Digamos de paso que todos los Kautsky, los Hilferding, los Mártov, los Chernov, los Hillquit, los Longuet, los MacDonald, los Turati y demás héroes del marxismo "II y medio" no han sabido comprender *esta* correlación entre la revolución democrática burguesa y la revolución proletaria socialista. La primera se transforma en la segunda. La segunda resuelve de paso los problemas de la primera. La segunda consolida la obra de la primera. La lucha, y solamente la lucha, determina hasta qué punto la segunda logra rebasar a la primera.

El régimen soviético es precisamente una de las confirmaciones o manifestaciones evidentes de esta transformación de una revolución en otra. El régimen soviético es el máximo de democracia para los obreros y los campesinos y, a la vez, significa la ruptura con la democracia *burguesa* y el surgimiento de un *nuevo tipo* de democracia, de alcance histórico universal: la democracia proletaria o dictadura del proletariado.

No importa que los perros y los cerdos de la moribunda burguesía y la democracia pequeñoburguesa que los sigue nos cubran de improperios, maldiciones y burlas a montones por los desaciertos y los errores que hemos cometido al construir *nuestro* régimen soviético. No olvidamos un momento que, en efecto, hemos tenido y tenemos aún muchos desaciertos y errores. ¡Y cómo no íbamos a tenerlos en una obra tan nueva, nueva en toda la historia mundial, como es la de crear un *tipo* de régimen estatal sin precedente! Lucharemos sin cesar para corregir nuestros desaciertos y nuestros errores, para mejorar la forma en que aplicamos los principios soviéticos, que dista aún mucho, muchísimo, de ser perfecta. Pero podemos estar y estamos orgullosos de que nos haya caído en suerte la felicidad de *iniciar* la construcción del Estado soviético, de *iniciar* así una nueva época de la historia universal, la época de la dominación de una clase *nueva,* oprimida en todos los países capitalistas, de la clase que avanza por doquier hacia una vida nueva, hacia la victoria sobre la burguesía, hacia la dictadura del proletariado, hacia la liberación de la humanidad del yugo del capital y de las guerras imperialistas.

La cuestión de las guerras imperialistas, de la política internacional del capital financiero, política que domina hoy en todo el mundo y que engendra *inevitablemente* nuevas guerras imperialistas, que acentúa ineludiblemente y de modo inaudito la opresión nacional, el pillaje, la expoliación, el estrangulamiento de pequeñas naciones, débiles y atrasadas, por un puñado de potencias "avanzadas", es una cuestión que se ha convertido desde 1914 en piedra angular de la política de todos los países. Es

una cuestión de vida o muerte para decenas de millones de seres. Se trata de saber si en la próxima guerra imperialista, que la burguesía está preparando a nuestra vista, que va surgiendo del capitalismo ante nosotros, morirán veinte millones de seres humanos (en lugar de los diez millones que perecieron en la guerra de 1914-1918 y en las "pequeñas" guerras, aún no terminadas, que vinieron a completarla); se trata de saber si en esa futura guerra inevitable (caso de que subsista el capitalismo) quedarán mutilados 60 millones (en lugar de los 30 millones de mutilados de 1914-1918). Nuestra Revolución de Octubre ha iniciado también en este punto una nueva época en la historia universal. Los lacayos de la burguesía y su coro de eseristas y mencheviques, toda la democracia pequeñoburguesa del mundo entero, que se dice "socialista", se burlaban de la consigna de "transformación de la guerra imperialista en guerra civil". Pero esta consigna ha resultado ser la única *verdad:* desagradable, brutal, desnuda e implacable, desde luego, mas *verdad* entre el sinfín de los más sutiles engaños patrioteros y pacifistas. Estos engaños se vienen abajo. Se ha puesto al desnudo el fondo de la paz de Brest. Cada nuevo día muestra con mayor claridad y de modo más despiadado la significación y las consecuencias de una paz todavía peor que la de Brest: la de Versalles[71]. Y ante los millones y millones de seres que piensan en las causas de la guerra de ayer y de la que se avecina para mañana se alza con mayor claridad y precisión, de manera más ineludible cada vez, la terrible verdad de que es imposible salir de la guerra imperialista, del mundo y de la paz imperialistas que la engendran inevitablemente, de que es imposible salir de ese infierno *de otra manera que no sea la lucha bolchevique, la revolución bolchevique.*

No importa que la burguesía y los pacifistas, los generales y los pequeños burgueses, los capitalistas y los filisteos, todos los cristianos creyentes y todos los caballeros de la II Internacional y de la Internacional II y media lancen rabiosas imprecaciones contra esta revolución. Con torrentes de rabia, de calumnias y de mentiras no podrán enturbiar el hecho histórico universal de que, por primera vez después de siglos y milenios, los esclavos han respondido a la guerra entre esclavistas proclamando abiertamente esta consigna: transformemos esa guerra entre esclavistas por el reparto del botín en una guerra de los esclavos de todas las naciones contra los esclavistas de todas las naciones.

Por primera vez después de siglos y milenios, esta consigna ha dejado de ser una espera vaga e impotente para convertirse en un programa político claro y preciso, en una lucha enérgica de millones de oprimidos dirigida por el proletariado; se ha convertido en la primera victoria del proletariado, en el primer triunfo en la obra de acabar con las guerras, en un triunfo de la alianza de los obreros de todos los países sobre la alianza de la burguesía de las distintas naciones, de la burguesía que hace unas veces la paz y otras la guerra a costa de los esclavos del capital, a costa de los obreros asalariados, a costa de los campesinos, a costa de los trabajadores.

Esta primera victoria *no es aún la victoria definitiva,* y nuestra Revolución de Octubre la ha conseguido con dolores y dificultades sin precedentes, con inauditos sufrimientos, con una serie de graves desaciertos y errores nuestros. ¡Hubiera sido demasiado desear que un pueblo atrasado triunfase sin desaciertos y sin errores sobre las guerras imperialistas de los países más poderosos y avanzados del globo! No tememos reconocer nuestros errores y los examinaremos serenamente para aprender a corregirlos. Pero los hechos son elocuentes: por primera vez en siglos y milenios, la promesa de "responder" a la guerra entre esclavistas con la revolución de los esclavos *contra* todo género de esclavistas *se ha cumplido hasta el fin...* y se cumple contra viento y marea.

Nosotros hemos empezado la obra. Poco importa saber cuándo, en qué plazo y en qué nación culminarán los proletarios esta obra. Lo esencial es que se ha roto el hielo, que se ha abierto el camino, que se ha indicado la dirección.

¡Continuad vuestra hipocresía, señores capitalistas de todos los países que "defendéis la patria" japonesa contra la norteamericana, la norteamericana contra la japonesa, la francesa contra la inglesa y así sucesivamente! ¡Continuad "desentendiéndoos" de los medios de lucha contra las guerras imperialistas con nuevos "manifiestos de Basilea" (como el Manifiesto de Basilea de 1912[72]), señores paladines de la II Internacional y de la Internacional II y media y filisteos y pequeños burgueses pacifistas del mundo entero! *La primera revolución bolchevique* ha arrancado de la guerra imperialista, del mundo y de la paz imperialistas, *al primer centenar de millones de hombres* de la Tierra. Las siguientes arrancarán de esas guerras, de ese mundo y de esa paz a toda la humanidad.

Lo último -lo más importante, lo más difícil y lo que menos tenemos hecho- es organizar la economía, colocar los cimientos económicos del edificio nuevo, socialista, que ha de ocupar el lugar del destruido edificio feudal y del semidestruido edificio capitalista. En esta labor, la más importante y difícil, es donde hemos tenido más desaciertos y errores. ¡Qué más hubiéramos querido que comenzar sin desaciertos ni errores una obra tan nueva para todo el mundo! Pero la hemos empezado. Y la continuamos. Y precisamente ahora, con nuestra "nueva política económica", subsanamos buen número de nuestros errores y aprendemos a proseguir sin ellos la construcción del edificio socialista en un país de pequeños campesinos.

Las dificultades son inabarcables. Estamos

acostumbrados a luchar contra dificultades inabarcables. Por algo han dicho nuestros enemigos que somos "como la roca" y que representamos una "política quebrantahuesos". Pero hemos aprendido también, al menos hasta cierto punto, otro arte imprescindible en la revolución: la flexibilidad, el saber cambiar de táctica con rapidez y decisión, partiendo de los cambios operados en las condiciones objetivas y eligiendo otro camino para nuestros fines si el que seguíamos antes no resulta conveniente o practicable en un período determinado.

Llevados de una ola de entusiasmo, después de despertar en el pueblo un entusiasmo al principio político general y luego militar, contábamos con cumplir directamente, sirviéndonos de ese entusiasmo, tareas económicas de la misma magnitud que las tareas políticas generales y las tareas militares. Contábamos -o quizá sea mejor decir, suponíamos, sin haber contado lo suficiente- que con órdenes directas del Estado proletario podríamos organizar al modo comunista, en un país de pequeños campesinos, la producción y la distribución estatales. La vida nos ha hecho ver nuestro error. Han sido necesarias diversas etapas transitorias -el capitalismo de Estado y el socialismo- para *preparar* el paso al comunismo con el trabajo de una larga serie de años. Esforzaos por construir al comienzo sólidos puentes que, en un país de pequeños campesinos, lleven al socialismo a través del capitalismo de Estado, no basándoos directamente en el entusiasmo, sino en el interés personal, en la ventaja personal, en la autogestión financiera, valiéndoos del entusiasmo despertado por la gran revolución. De otro modo no os acercaréis al comunismo, no llevaréis a él a decenas y decenas de millones de personas. Eso es lo que nos ha enseñado la vida, lo que nos ha enseñado el desarrollo objetivo de la revolución.

Y nosotros, que en tres o cuatro años hemos aprendido algo en el terreno de los virajes bruscos (cuando hace falta un viraje brusco), nos hemos puesto a estudiar un nuevo viraje, la "nueva política económica", con empeño, atención e insistencia (aunque no todavía con suficiente empeño, suficiente atención ni suficiente insistencia). El Estado proletario tiene que ser un "patrono" prudente, celoso y hábil, un buen *comerciante al por mayor;* de lo contrario, no podrá elevar en el aspecto económico a un país de pequeños campesinos. Ahora, en las condiciones actuales, con la vecindad de un Occidente capitalista (todavía capitalista), no hay otro modo de pasar al comunismo. El comerciante al por mayor parece un tipo económico tan apartado del comunismo como el cielo de la tierra. Pero esta contradicción es, precisamente, una de las que en la vida real conducen de la pequeña hacienda campesina al socialismo, a través del capitalismo de Estado. El interés personal eleva la producción, y nosotros necesitamos, ante todo y a toda costa, que aumente la producción. El comercio al por mayor agrupa desde el punto de vista económico a millones de pequeños campesinos, interesándolos, ligándolos, conduciéndolos a la etapa siguiente: a diversas formas de relación y unión en la producción misma. Hemos iniciado la necesaria transformación de nuestra política económica. En este terreno contamos ya con algunos éxitos, es cierto que poco considerables, parciales, pero indudables. Estamos terminando, en este terreno de la nueva "ciencia", el curso preparatorio. Si estudiamos con firmeza y ahínco, si contrastamos con la experiencia práctica cada uno de nuestros pasos, si no tememos rehacer varias veces lo empezado ni corregir nuestros errores, reflexionando detenidamente sobre lo que éstos significan, pasaremos también a los cursos siguientes. Terminaremos la "carrera", aunque las circunstancias de la economía y de la política mundiales la hayan hecho mucho más larga y difícil de lo que hubiéramos deseado. Cueste lo que cueste, por duros que sean los tormentos de la época de transición, las calamidades, el hambre, la ruina, no nos desalentaremos y llevaremos nuestra obra hasta el fin victorioso.

14 de octubre de 1921.

Publicado el 18 de octubre de 1921 en el núm. 234 de "Pravda".
T. 44, págs. 144-152.

LA NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA Y LAS TAREAS DE LOS COMITÉS DE INSTRUCCIÓN POLÍTICA.

Informe presentado al II congreso nacional de los comités de instrucción política, el 17 de octubre de 1921.

Camaradas: En este informe, o, para ser más exacto, en esta charla, me propongo examinar la nueva política económica y las tareas de los comités de instrucción política[73] relacionadas con esa política, tal y como yo las interpreto. Creo que es erróneo hasta el extremo limitar los informes sobre problemas que no son de la incumbencia de tal o cual congreso a mera información de lo que pasa en general en el partido o en la República Soviética.

El brusco viraje del poder soviético y del PC de Rusia

Sin negar en absoluto el valor de tal información, ni la utilidad de las conferencias sobre problemas de toda índole, creo, a pesar de todo, que el principal defecto existente en las labores de la mayoría de nuestros congresos es la falta de relación directa e inmediata con los problemas prácticos planteados en ellos. De estos defectos es de los que quisiera hablar con motivo de la nueva política económica.

Hablaré de la nueva política económica a grandes rasgos y seré breve. Camaradas, la inmensa mayoría de vosotros sois comunistas y, a pesar de la mucha juventud de algunos, comunistas que habéis hecho un magnífico trabajo para aplicar nuestra política general durante los primeros años de la revolución. Y como habéis hecho una gran parte de este trabajo, no podéis menos de ver qué viraje tan brusco han dado nuestro Poder soviético y nuestro Partido Comunista, al adoptar la política económica que llamamos "nueva", es decir, nueva respecto a nuestra política económica anterior.

En el fondo, en esa política hay más de viejo que en la política económica que aplicábamos antes.

¿Por qué es así? Porque si no podemos decir que nuestra política económica anterior calculaba (entonces calculábamos poco, en general), sí que, hasta cierto punto, presuponía -podemos decir que presuponía, sin hacer cálculos- que se produciría una transición directa de la vieja economía rusa a la producción y a la distribución estatales, basadas en los principios comunistas.

Si recordamos nuestros propios escritos del pasado sobre economía, si recordamos lo que los comunistas escribían antes e inmediatamente después de la toma del poder en Rusia -por ejemplo, a comienzos de 1918, cuando la primera embestida política contra la vieja Rusia acabó en una victoria aplastante, cuando se proclamó la República Soviética, cuando Rusia salió de la guerra imperialista, mutilada, por cierto, pero mucho menos mutilada que si hubiera seguido "defendiendo la patria" tal como lo aconsejaban los imperialistas, los mencheviques y los eseristas-, si recordamos todo esto veremos que en aquel primer período, en el que acabábamos de dar el primer paso para organizar el Poder soviético y de salir de la guerra imperialista, hablábamos de nuestras tareas de organización de la economía con muchas más prudencia y cautela que en la segunda mitad de 1918 y a lo largo de los años 1919 y 1920.

El CEC de toda Rusia sobre el papel del campesinado en 1918.

Si bien es cierto que no todos erais por entonces activos funcionarios del partido y del Poder soviético, no lo es menos que, en todo caso, habéis podido conocer, y sin duda conocéis, la resolución que el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia adoptó a fines de abril de 1918[74]. Dicha resolución señalaba la necesidad de que no se desestimase la economía campesina y se fundaba en un informe que tenía en cuenta el papel del capitalismo de Estado en la construcción del socialismo en un país campesino, hacía hincapié en la importancia de la responsabilidad personal, individual, unipersonal y recalcaba la trascendencia de ese factor en el gobierno del país, a diferencia de las tareas políticas de la organización del poder público y de las tareas militares.

Nuestro error.

A comienzos de 1918 confiábamos en el advenimiento de un período determinado que posibilitara la construcción pacífica. Cuando se hubo concertado la paz de Brest, parecía que el peligro se había alejado, y creíamos que podíamos emprender la construcción pacífica. Pero nos equivocamos, pues en 1918 se cernió sobre nosotros un verdadero

peligro militar: la sublevación del cuerpo de ejército checoslovaco y el estallido de la guerra civil que se prolongó hasta 1920. Debido en parte a los problemas de la guerra que nos abrumaron y, creyérase, a la terrible situación en que se hallaba la república entonces, al acabar la guerra imperialista, cometimos el error, por estas y otras circunstancias, de decidirnos a pasar directamente a la producción y a la distribución comunista. Creímos que, con el sistema de contingentación, los campesinos proporcionarían la cantidad necesaria de cereales que nosotros podríamos distribuir por fábricas y talleres y, de esa manera, tendríamos una producción y una distribución comunistas.

No puedo afirmar que nos trazáramos ese plan de manera tan precisa y evidente, pero actuábamos poco más o menos así. Por desgracia, eso es un hecho. Digo "por desgracia" porque la experiencia, que no ha durado mucho, nos ha hecho ver que nos equivocábamos al creer lo contrario de lo que antes habíamos escrito sobre la transición del capitalismo al socialismo, opinando que no podríamos aproximarnos siquiera a la fase inferior del comunismo sin pasar por un período de contabilidad y control socialistas. Desde 1917, cuando a los bolcheviques se nos planteó el problema de tomar el poder y se lo explicamos a todo el pueblo, hemos venido recalcando con toda precisión en nuestros escritos de teoría que se necesita un período complejo y prolongado de transición de la sociedad capitalista a uno, por lo menos, de los accesos a la sociedad comunista, período que pasa por la contabilidad y el control socialistas (y que se prolonga tanto más cuanto menos desarrollada está la sociedad capitalista).

Nuestra retirada estratégica.

Parecimos olvidarnos de eso cuando, en el fragor de la guerra civil, tuvimos que dar los pasos necesarios para organizar la economía. En el fondo, nuestra nueva política económica estriba en que sufrimos una gran derrota en ese terreno y emprendimos una retirada estratégica. Nos dijimos: "Antes de que nos hagan trizas definitivamente, retrocedamos y rehagámoslo todo de nuevo, pero con mayor solidez". Desde el momento que los comunistas plantean conscientemente el problema de la nueva política económica, no puede caber la menor duda de que hemos sufrido una derrota muy grave en el frente económico. Y así las cosas, es desde luego inevitable que parte de la gente se desanime mucho, sea casi presa del pánico y que, con motivo de la retirada, el pánico empiece a cundir en ella. Eso no se puede evitar. Cuando el Ejército Rojo retrocedía, empezó a forjar su victoria, corriendo delante del enemigo. Algunos sufrieron cada vez y en todos los frentes ese período de pánico. Pero siempre, así en el frente de Kolchak como en el de Denikin, en el de Yudénich, en el de Polonia y en el de Wrangel, toda vez que nos asestaban un rudo golpe (y a veces más de uno), acreditábamos la veracidad del proverbio: "de los escarmentados se hacen los avisados". Cuando nos daban un escarmiento, comenzábamos a avanzar lentos, con regularidad y cautela.

Claro que las tareas del frente económico son mucho más arduas que las del frente militar, aunque existe una semejanza general entre los esquemas elementales de la estrategia de ambos. Al intentar pasar directamente al comunismo en la primavera de 1921, sufrimos en el frente económico una derrota mucho más grave, mucho más importante y peligrosa que las que nos infligieron Kolchak, Denikin o Pilsudski. Esta derrota se manifestó en que las altas esferas de nuestra política económica perdieron el contacto con la base y en que no lograron elevar las fuerzas productivas, lo que se tenía por tarea fundamental e impostergable en el programa de nuestro partido.

El sistema de contingentación en el campo, esta manera comunista de abordar directamente las tareas de organización de la economía en la ciudad, entorpecía el ascenso de las fuerzas productivas y fue la causa principal de la profunda crisis económica y política que sufrimos en la primavera de 1921. Por eso hubimos de hacer lo que, desde el punto de vista de nuestra pauta, de nuestra política, no podemos calificar de otro modo que de grandísima derrota y retirada. Con la particularidad de que no podemos decir que esta retirada sea como las del Ejército Rojo, una retirada hecha en completo orden a posiciones preparadas de antemano. Por cierto, nuestras posiciones estaban preparadas con antelación, y eso puede comprobarse comparando los acuerdos aprobados por nuestro partido en la primavera de 1921 y el que ya he mencionado, que se adoptó en abril de 1918. Las posiciones estaban preparadas de antemano, pero la retirada a estas posiciones se ha hecho (y en numerosos lugares del país se hace todavía) con mucho desorden y aun con excesivo desorden.

Sentido de la nueva política económica.

Combatir eso es tarea planteada en primer plano a los comités de instrucción política. Desde el punto de vista de la nueva política económica, el problema fundamental es saber aprovechar con la mayor rapidez posible la situación creada.

La nueva política económica implica sustituir el sistema de contingentación por un impuesto, implica pasar en grado considerable, si bien no sabemos en qué grado concreto, al restablecimiento del capitalismo. Las empresas que se arrienden a los capitalistas extranjeros (es verdad que por ahora se han concertado muy pocos contratos de concesión, sobre todo en comparación con los que hemos

ofrecido) y las empresas entregadas en arriendo a los capitalistas privados implican un restablecimiento directo del capitalismo y eso radica en la nueva política económica, pues la supresión de la contingentación significa para los campesinos la libertad de comercio con los excedentes agrícolas que les deja el impuesto, pues éste se lleva sólo una pequeña parte de los productos. Los campesinos constituyen la parte gigantesca de toda la población y de toda la economía, y por eso el capitalismo no puede menos de crecer en ese terreno de libertad de comercio.

Esto es el abecé más elemental de la economía enseñado en los rudimentos de la ciencia económica y, en Rusia, además, por todo especulador, ese tipo que nos da buenas lecciones de economía al margen de la ciencia económica o política. Desde el punto de vista de la estrategia, el problema cardinal es el siguiente: ¿quién se beneficiará primero con la nueva situación? Toda la cuestión consiste en esto: ¿a quién seguirá el campesinado: al proletariado, que quiere construir la sociedad socialista, o al capitalista, que dice "demos marcha atrás, eso es menos peligroso, pues vete a saber qué socialismo se han inventado"?

¿Quien vencerá? ¿El capitalista o el poder soviético?

He aquí a qué se reduce toda la guerra actual: ¿quién vencerá, quién se beneficiará primero de la situación: el capitalista, a quien nosotros mismos dejamos entrar por la puerta, y hasta por varias puertas (y por muchas otras puertas que desconocemos y que se abren sin que lo sepamos y en contra de nosotros), o el poder público proletario? ¿En qué factor económico puede apoyarse el poder? Por una parte, en la mejora de las condiciones de vida de la población. En este sentido debemos recordar a los campesinos. Es indiscutible por completo y evidente para todos que, a pesar de la tremenda calamidad del hambre, y dejando por el momento a un lado esta calamidad, las condiciones de vida de la población han mejorado merced precisamente al cambio de nuestra política económica.

Por otra parte, si el capitalismo gana, aumentará la producción industrial y, al paso, se acrecentará el proletariado. Los capitalistas ganarán con nuestra política y crearán un proletariado industrial que, en nuestro país, debido a la guerra, a la inmensa devastación y al desbarajuste, se ha desclasado, es decir, se ha descastado y ha dejado de existir como proletariado. Se llama proletariado a la clase ocupada en la producción de valores materiales en las empresas de la gran industria capitalista. Como quiera que la gran industria capitalista ha sido destruida, y las fábricas y talleres no funcionan, el proletariado ha desaparecido. A veces ha figurado formalmente, pero desligado de las raíces económicas.

Si se restablece el capitalismo, se restablece también la clase proletaria ocupada en la producción de valores materiales, útiles para la sociedad, ocupada en las grandes fábricas mecanizadas, y no en especular o hacer encendedores para venderlos, o en cualquier otra "faena" que no es muy útil, pero sí de lo más ineludible debido al desbarajuste que reina en nuestra industria.

Todo el problema consiste en quién tomará la delantera. Si los capitalistas logran organizarse primero, nos echarán a los comunistas y ya no habrá más de qué hablar. Hay que mirar a estas cosas con serenidad. ¿Quién vencerá a quién? O el poder público proletario demuestra que es capaz, apoyándose en el campesinado, de sujetar a los capitalistas con rienda lo bastante corta para meter el capitalismo en el cauce estatal y crear un capitalismo que se subordine al Estado y lo sirva. Es necesario plantear este problema con serenidad. Toda discusión de problemas ideológicos, toda disquisición sobre libertades políticas es aquí como las que oímos a raudales, sobre todo en la Rusia emigrada, en la Rusia número dos, donde existen decenas de diarios de todos los partidos políticos, donde todas estas libertades se ensalzan a toda voz y de mil maneras; todo eso es palabrería, fraseología. Debemos saber abstraernos de esa fraseología.

La lucha será más enconada todavía.

Durante los cuatro años pasados hemos reñido numerosas batallas duras y hemos aprendido que una cosa es darlas y otra muy distinta hablar de ellas, sobre todo cuando lo hacen quienes las miran sin participar en ellas. Debemos saber abstraernos de toda esa manera de pensar y charlar y ver el quid de la cuestión. Y el quid está en que la lucha es y será más desesperada, más enconada todavía que la guerra que hicimos a Kolchak y a Deníkin, Eso es así porque aquella contienda de armas era cosa de costumbre. Se combatió siempre, a lo largo de los siglos y milenios. En el arte de exterminar al ser humano en la guerra se han hecho inmensos progresos.

Por cierto, en los estados mayores de casi todos los terratenientes había eseristas y mencheviques que vociferaban sobre los derechos del pueblo, la Asamblea Constituyente y la violación de todas las libertades por los bolcheviques.

Cumplir una tarea militar es, a pesar de todo, más fácil que la planteada hoy ante nosotros, pues puede cumplirse de una embestida, de un ataque imprevisto, con el entusiasmo, simplemente con la sola fuerza física de ese gran número de obreros y campesinos que veían a los terratenientes echárseles encima. Ahora no hay terratenientes manifiestos. Los Wrangel, los Kolchak y los Denikin han seguido en parte a Nicolás Románov, y en parte han buscado

refugio en rincones seguros del extranjero. El pueblo no ve ya a este enemigo declarado, como veía antes al terrateniente y al capitalista. El pueblo no puede tener una visión clara de que el enemigo está ya entre nosotros y que ese enemigo es el mismo de antes, que la revolución está al borde del precipicio, al que llegaron y ante el que retrocedieron todas las revoluciones anteriores; y no puede tenerla por su gran ignorancia, por su analfabetismo. Es difícil decir cuánto tiempo tardarán todas esas comisiones extraordinarias[75], con sus métodos extraordinarios, en liquidar este analfabetismo.

¿Cómo puede enterarse el pueblo de que en vez de Kolchak, Wrangel y Denikin se encuentra al ladito nuestro el enemigo que dio al traste con todas las revoluciones anteriores? Si los capitalistas nos ganan la delantera, eso será el retorno al viejo régimen; y lo ha confirmado la experiencia de todas las revoluciones anteriores. La tarea de nuestro partido consiste en hacer comprender a las masas que el enemigo entre nosotros es el capitalismo anárquico y el intercambio anárquico de mercancías. Debemos ver con claridad esto y lograr que las grandes masas de obreros y campesinos vean con la misma claridad que el fondo de la lucha estriba en "quién vencerá a quién, quién podrá más". La dictadura del proletariado es la lucha más encarnizada y furibunda, en la que el proletariado debe pelear contra todo el mundo, pues todo el mundo se nos enfrentaba y apoyaba a Kolchak y Denikin.

La burguesía de todo el mundo apoya hoy a la burguesía de Rusia y es muchísimo más fuerte que nosotros. Pero eso no es óbice para dejarnos dominar por el pánico, pues su fuerza militar era también mayor que la nuestra y no le bastó para hacernos morder el polvo en la guerra, si bien era mucho más fácil hacerlo en la guerra, dada su incomparable superioridad en pertrechos. Tal vez hubiera sido suficiente para ello movilizar a tiempo varios cuerpos de ejército de una u otra potencia capitalista de las que se enfrentaban con nosotros y no escatimar varios millones de oro a crédito para Kolchak.

Pero no le surtió efecto porque las masas de soldados ingleses que llegaron a Arjánguelsk y las masas de marinos que obligaron a la flota francesa a retirarse de Odesa habían comprendido que sus gobernantes no tenían razón, que la razón nos asistía a nosotros. Hoy, lo mismo que ayer, nos atacan fuerzas más poderosas que nosotros. Para vencer debemos respaldarnos en la última fuente de fuerzas, en las masas obreras y campesinas, en su conciencia, en su organización.

O poder proletario organizado -los obreros avanzados y la pequeña parte de campesinos avanzados comprenderán esta tarea y sabrán organizar en torno suyo el movimiento del pueblo-, y entonces venceremos.

O no sabemos hacerlo, y entonces el enemigo, que cuenta con más fuerzas en el sentido de los pertrechos, nos vencerá sin falta.

¿Es esta la lucha final?

La dictadura del proletariado es una guerra encarnizada. El proletariado ha triunfado en un país, pero sigue siendo débil a escala internacional. Debe agrupar en torno suyo a todos los obreros y campesinos, haciéndoles saber que la guerra no ha terminado. En nuestro himno cantamos "agrupémonos todos en la lucha final", mas, por desgracia, eso es una pequeña mentira; por desgracia, ésta no es la lucha final. O sabéis agrupar en esta lucha a los obreros y los campesinos o no obtendréis la victoria.

Jamás ha habido en la historia una lucha como la que vemos ahora, si bien la historia conoce, desde los primeros tiempos de la esclavitud, muchas guerras entre campesinos y terratenientes. Guerras de esas ha habido muchas, pero jamás hubo ninguna de un poder público contra la burguesía de su propio país y contra la burguesía unida de todos los países.

El desenlace de la lucha depende de si sabemos organizar a los pequeños campesinos, basándonos en el desarrollo de sus fuerzas productivas y fomentando este desarrollo con el poder proletario, o de si los supeditan los capitalistas. En decenas de revoluciones sucedió lo mismo; pero el mundo no ha conocido todavía una guerra como la nuestra. El pueblo no ha podido adquirir experiencia en guerras como ésta. Nosotros mismos debemos forjar esta experiencia y, para ello, podemos contar sólo con la conciencia de los obreros y los campesinos. Ese es nuestro lema y en ello estriba la grandísima dificultad de esta tarea.

No debemos pretender al tránsito inmediato al comunismo.

No debemos pretender al tránsito inmediato al comunismo. Debemos construir, estimulando el interés personal del campesino. Se nos dice que "estimular el interés personal del campesino significa restaurar la propiedad privada". Pero no, jamás pusimos coto a la propiedad individual de los artículos de consumo y aperos con relación a los campesinos. Hemos abolido la propiedad privada de la tierra, y el campesino ha llevado la hacienda sin esa propiedad de la tierra, por ejemplo, en terrenos arrendados. Este sistema viene existiendo en muchísimos países. En este dominio no hay nada imposible desde el punto de vista económico. La dificultad estriba en despertar el interés personal. También debemos estimular a todos los especialistas para que estén interesados en desarrollar la producción.

¿Hemos sabido hacerlo? ¡Pues no! Creíamos que la producción y la distribución en un país que tenía un proletariado desclasado se llevarían a cabo por

orden de los comunistas. Debemos cambiar de método, pues, de lo contrario, no podremos hacer que el proletariado comprenda este proceso de transición. Jamás se plantearon antes en la historia tareas como ésta. Toda vez que intentábamos cumplirla directamente, como el que dice, atacando de frente, fracasábamos. Errores de este tipo se cometen en toda guerra y ni siquiera son tenidos por errores. Si el ataque frontal no da resultado, se flanquea al enemigo, se le asedia y socava.

El principio del interés y de las responsabilidades personales.

Nosotros decimos que todo sector importante de la economía nacional debe montarse según el principio del interés personal. La discusión debe ser colectiva; pero la responsabilidad, personal. Sufrimos a cada paso las consecuencias de no saber aplicar este principio. La nueva política económica exige que se marque con absoluta precisión, con toda exactitud, esta divisoria. Cuando el pueblo pasó a las nuevas condiciones económicas, se enfrascó en discusiones en torno a qué resultaría de eso y cómo se deberían reorganizar las cosas. No podía emprenderse nada sin pasar por esas discusiones generales, pues el pueblo tuvo prohibido durante decenios y siglos discutir cualquier cosa, y la revolución no podía progresar de otra manera que pasando por un período de discusiones generales sobre todos los problemas.

Esto ha dado lugar a mucha confusión. Esto ha sido así y no se puede evitar; pero debemos decir que tampoco supone un peligro. Sólo si aprendemos a separar a tiempo lo que se debe tratar en las asambleas de lo que se debe dejar para el gobierno podremos mantener a la República Soviética a la altura de las circunstancias. Por desgracia, aún no hemos aprendido a hacerlo, y la mayoría de los congresos transcurre en un ambiente que dista mucho de ser práctico.

Superamos a todos los países del mundo en abundancia de congresos. Ninguna república democrática celebra tantos congresos como nosotros, ni se lo puede permitir.

No debemos olvidar que nuestro país ha sufrido muchas pérdidas, se encuentra en la miseria y debemos enseñarle a discutir en las reuniones de manera que no confunda, como he dicho, qué se debe tratar en las asambleas y qué dejar para el gobierno. Discutamos en las reuniones, pero gobernemos sin el menor titubeo; gobernemos con mayor firmeza de lo que gobernó el capitalista antes que nosotros. De lo contrario, no podremos vencerlo. Debemos recordar que es preciso gobernar con mayor severidad y firmeza que antes.

Después de muchos meses de discutir en asambleas, la disciplina del Ejército Rojo no era peor que la disciplina del ejército de antes. Se aplicaron medidas severas, rigurosas, hasta el fusilamiento, medidas que no llegó a emplear siquiera el anterior gobierno. Los pequeños burgueses vociferaban y escribían: "Los bolcheviques aplican el fusilamiento". Debemos responder que "lo aplicamos, y lo hemos hecho con pleno conocimiento de causa".

Debemos decir que han de perecer o quienes querían aplastarnos -y nosotros opinamos que deben sucumbir ellos-, y en ese caso nuestra República Soviética sobrevivirá, o, por el contrario, los supervivientes serán los capitalistas, perecerá la república. En un país que se encuentra en la miseria perecerán quienes no sepan acatar la disciplina, o será la república obrera y campesina la que perezca. Ahí no hay otra disyuntiva, ni puede haberla, como tampoco debe haber ningún sentimentalismo. El sentimentalismo es un delito tan grande como procurar salvar el pellejo en la guerra. El que en estos momentos no acata el orden ni la disciplina, deja entrar al enemigo en nuestro medio.

Por eso afirmo que la nueva política económica tiene también importancia en el aspecto instructivo. Habláis aquí de cómo se debe enseñar. Tenéis que llegar a la conclusión de decir que entre nosotros no hay sitio para los que no quieren aprender. Cuando lleguemos al comunismo, la escuela será menos dura. Pero hoy por hoy digo que la escuela no puede menos de ser dura, so pena de perecer.

¿Sabremos trabajar para nosotros?

Hemos tenido desertores del ejército, y también del frente del trabajo. Antes se trabajaba para los capitalistas, para los explotadores, y se comprende que se trabajara mal; pero ahora trabajamos para nosotros mismos, para el poder obrero y campesino. Recordemos que se debe dirimir la cuestión de si sabremos trabajar para nosotros, pues de lo contrario, repito, nuestra república perecerá. Y decimos lo mismo que decíamos en el ejército: o perecen todos los que deseaban hundirnos, y para eso aplicaremos las medidas disciplinarias más severas, o salvamos a nuestro país, y nuestra república vivirá.

Esa debe ser nuestra pauta; por eso (entre otras cosas) necesitamos la nueva política económica.

Administrad todos la economía del país. Tendréis al lado a los capitalistas -incluso a capitalistas extranjeros-, concesionarios y arrendatarios que os sacarán ganancias de centenares por cien, se enriquecerán a vuestra costa. Dejadlos que se enriquezcan y aprended de ellos a llevar la economía; sólo entonces sabréis edificar la república comunista. Desde el punto de vista de la necesidad de aprender con rapidez, toda negligencia a este respecto es un grave delito. Y debemos pasar por este aprendizaje duro, severo, incluso sañudo a veces, pues no hay otra salida.

Debéis recordar que nuestro País Soviético,

sumido en la miseria tras largos años de pruebas, no está rodeado de una Francia o una Inglaterra socialistas, que podrían ayudarnos con su alto nivel técnico e industrial. ¡Nada de eso! Debemos recordar que ahora toda su técnica adelantada y su industria desarrollada pertenecen a los capitalistas, los cuales obran contra nosotros.

Debemos recordar que hemos de poner en máxima tensión nuestras fuerzas en el trabajo diario o nos espera una muerte segura.

En virtud de esta situación, todo el mundo se desarrolla con mayor rapidez que nosotros. Al desarrollarse, el mundo capitalista enfila todas sus fuerzas contra nosotros. ¡Así está planteada la cuestión! Por eso tenemos que dedicar una atención especial a esta lucha.

Dada nuestra incultura, no podemos arrollar al capitalismo, atacándolo de frente. Si estuviésemos a otro nivel cultural, podríamos resolver el problema de un modo más directo, y tal vez lo resuelvan así otros países cuando les llegue el momento de estructurar sus repúblicas comunistas. Pero nosotros no podemos hacerlo de un modo directo.

El Estado debe aprender a comerciar de manera que la industria cubra las demandas de los campesinos, de manera que éstos puedan satisfacer sus necesidades mediante el comercio. Hay que organizar las cosas de manera que cada trabajador aplique sus esfuerzos a consolidar el Estado obrero y campesino. Sólo entonces podremos crear la gran industria.

Es preciso que esta idea prenda en las masas, y no sólo que prenda en ellas, sino que ellas la materialicen en la práctica. De ahí se desprenden -ésa es mi opinión- las tareas del Comité Central de Instrucción Política. Después de todo cambio político profundo, el pueblo necesita mucho tiempo para comprenderlo. Y aquí cabe preguntar si el pueblo ha comprendido las lecciones que le han dado. Se puede responder con harto dolor que no. Si las hubiera comprendido, sería mucho más corto nuestro camino de creación de la gran industria y nos llevaría mucho menos tiempo el recorrerlo.

Después de haber hecho la mayor revolución política del mundo, se nos han planteado otras tareas, tareas culturales, que podrían denominarse "asuntos de poca monta". Hay que digerir este cambio político, hacer que lo comprendan las masas de la población para que no quede en simple declaración.

Métodos anticuados.

Esas declaraciones y proclamas, esos manifiestos y decretos fueron necesarios en su día. De eso ha habido bastante. Antes todo eso era necesario para mostrar al pueblo qué queríamos construir y cómo, qué cosas nuevas e inauditas queríamos hacer. Pero ¿acaso se puede seguir mostrando al pueblo qué queremos construir? ¡No se puede! En ese caso, el obrero más sencillo se burlará de nosotros y dirá: "¿Qué me vienes mostrando sin cesar cómo quieres construir? Muestra con hechos cómo sabes construir. Y si no sabes, ¡vete a la porra!, que yo llevo otro camino". Y tendrá razón.

Pasaron los días cuando se necesitaba pintar en el terreno político grandes tareas y ha sonado la hora de ponerlas en práctica. Las tareas que tenemos ahora planteadas son culturales, son las de digerir la experiencia política que puede y debe ser llevada a la práctica. O se malogran todas las conquistas políticas del Poder soviético o se colocan los cimientos económicos para ellas. Esos cimientos ahora no existen. Y es a colocarlos precisamente a lo que debemos aplicar nuestros esfuerzos.

La tarea de elevar el nivel cultural es una de las más inmediatas. Y es una tarea que incumbe a los comités de instrucción política, si es que saben servir a "la instrucción política", como dice el nombre que han elegido. Adjudicarse una denominación no es difícil; pero ¿corresponde al cometido? Confiemos en que, después de este congreso, recibiremos datos exactos sobre el particular. La Comisión de Liquidación del Analfabetismo se instituyó en nuestro país el 19 de julio de 1920. Antes de venir al congreso, he leído a propósito el decreto respectivo. Comisión de toda Rusia de Liquidación del Analfabetismo... Más aún: Comisión Extraordinaria de Liquidación del Analfabetismo. Confiemos en que, después de este congreso, recibiremos datos de qué precisamente se ha hecho en este terreno, y en cuántas provincias, y en que el balance que obtengamos sea exacto. Pero el propio hecho de que hayamos tenido que instituir una comisión extraordinaria para liquidar el analfabetismo demuestra que somos gente (¿cómo decirlo con mayor suavidad?) algo así como medio bárbara; porque en un país en el que no existe gente medio bárbara daría vergüenza instituir una comisión extraordinaria para liquidar el analfabetismo: allí se liquida el analfabetismo en las escuelas. Allí hay escuelas aceptables, y en ellas se enseña. ¿Qué se enseña? Ante todo, a leer y escribir. Mas si este cometido elemental no se ha cumplido, es ridículo hablar de nueva política económica.

El mayor de los milagros.

¿De qué nueva política puede hablarse? Quiera Dios que podamos ir tirando con la vieja, si hemos de liquidar el analfabetismo con medidas de emergencia. Eso es evidente. Pero lo es más aún que hemos hecho milagros en el terreno militar y en otros. El mayor de esos milagros sería, creo yo, liquidar por completo la propia Comisión de Liquidación del Analfabetismo. Y que no surgieran proyectos como el que he oído aquí de separarla del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. Si eso es así, si recapacitáis en ello, estaréis de acuerdo

conmigo en que convendría crear una comisión extraordinaria de liquidación de algunos malos proyectos.

Mas aún, no basta con liquidar el analfabetismo; hay que organizar también la economía soviética, y por ahí no se puede ir muy lejos conociendo únicamente las primeras letras. Necesitamos elevar en medida inmensa el nivel cultural. Es necesario que el hombre practique la lectura y la escritura, que tenga qué leer, que tenga periódicos y folletos de propaganda, que éstos se distribuyan debidamente y lleguen al pueblo, que no se pierdan por el camino, causa por la que no más de la mitad son leídos y se los usa en las oficinas para ciertos fines, mientras que al pueblo no llega, posiblemente, ni la cuarta parte. Hay que aprender a aprovechar lo poco que tenemos.

Por eso, en relación con la nueva política económica, hay que preconizar continuamente la idea de que la instrucción política requiere elevar a toda costa el nivel cultural. Debemos lograr que el saber leer y escribir contribuya a elevar este nivel para que el campesino pueda aplicar ese conocimiento con el fin de mejorar su hacienda y su Estado.

Las leyes soviéticas son muy buenas porque ofrecen a todos la posibilidad de luchar contra la burocracia y el papeleo, posibilidad que no se ofrece al obrero y al campesino en ningún Estado capitalista. Pero ¿aprovecha alguien esta posibilidad? ¡Casi nadie! Y no son únicamente los campesinos los que no saben aprovechar las leyes soviéticas de lucha contra el papeleo, la burocracia o un fenómeno tan auténticamente ruso como la concusión, sino que tampoco sabe hacerlo un porcentaje inmenso de comunistas. ¿Qué es lo que impide la lucha contra este fenómeno? ¿Nuestras leyes? ¿Nuestra propaganda? ¡Todo lo contrario! ¡Leyes se ha escrito una infinidad! ¿Por qué no tiene éxito esa lucha? Porque no puede sostenerse con propaganda escueta, porque únicamente se puede llevar a término si ayudan las mismas masas populares. No menos de la mitad de nuestros comunistas no saben llevar esa lucha, sin hablar ya de los que impiden hacerla. Es verdad que el 99% de vosotros sois comunistas y sabéis que estamos sometiendo a esos últimos comunistas a las operaciones a que se dedica la comisión de depuración del partido, y tenemos la esperanza de expulsar de nuestro partido a unos cien mil. Algunos dicen que a unos doscientos mil, y eso me gusta más.

Confío mucho en que expulsemos de nuestro partido de cien mil a doscientos mil militantes que se han infiltrado en nuestras filas y que, lejos de saber luchar contra el papeleo y la concusión, impiden esta lucha.

Tareas de los instructores políticos.

El que depuremos nuestro partido de cien mil o doscientos mil afiliados será útil, mas eso es una parte insignificante de lo que debemos hacer. Es preciso que los comités de instrucción política orienten toda su labor a este objetivo. Se debe combatir el analfabetismo; pero saber sólo leer y escribir también es poco: hace falta esa cultura que enseña a combatir el papeleo y la concusión. Esa es una llaga que no se cura con ninguna victoria militar ni con transformación política alguna. En el fondo, puede curarse únicamente elevando el nivel cultural, y no con victorias militares ni transformaciones políticas. Y esta tarea es de los comités de instrucción política.

Es imprescindible que los instructores políticos comprendan sus tareas de manera no burocrática, cosa que se ve también muy a menudo cuando se pregunta si no habría que incluir a los representantes del Comité Provincial de Instrucción Política en las Asambleas Económicas Provinciales[76]. Perdonadme, a vosotros no hay que incluiros en ningún sitio; lo que hace falta es que cumpláis vuestro cometido como simples ciudadanos. Cuando formáis parte de un organismo, os burocratizáis; mas si tratáis con el pueblo y le dais instrucción política, la experiencia os dirá que en un pueblo instruido en el aspecto político no habrá sobornos, y en el nuestro se registran a cada paso. Cabe preguntaros: "¿Qué hacer para que no haya sobornos, para que tal o cual funcionario de un comité ejecutivo no se deje sobornar? Enseñadnos a conseguirlo". Y si los instructores políticos responden: "Eso no es función de nuestro organismo", "en nuestro país se han publicado folletos y proclamas sobre eso", el pueblo os dirá: "Sois malos miembros del partido: cierto que eso no es función de vuestro organismo, para eso existe la Inspección Obrera y Campesina; pero vosotros sois, además, miembros del partido". Habéis adoptado la denominación de instrucción política. Cuando la adoptasteis, se os advirtió: no tengáis muchas pretensiones en la elección de nombre; elegid una denominación más sencilla. Pero vosotros quisisteis adoptar el nombre de instrucción política, y ese nombre abarca mucho. Pues no os habéis denominado personas que enseñan las letras al pueblo, sino que tomasteis el nombre de instrucción política. Se os podrá decir: "Está muy bien que enseñéis al pueblo a leer, escribir y hacer una campaña económica; pero eso no es instrucción política, porque instrucción política significa hacer el balance de todo".

Hacemos propaganda, y yo espero que vosotros también, contra la barbarie y contra llagas como el soborno; pero la instrucción política no se agota con esa propaganda, implica resultados prácticos, implica enseñar al pueblo a conseguir eso y dar a los demás ejemplos de ese tipo, no como miembros de un comité ejecutivo; sino como simples ciudadanos que, por tener mayor instrucción política que otros, saben no sólo regañar por toda manifestación de burocracia

-eso está muy extendido entre nosotros-, sino mostrar cómo se vence ese mal en la práctica. Este arte es muy difícil, es una tarea que no se podrá cumplir sin una elevación general del nivel de cultura, sin conseguir que la masa obrera y campesina sea más culta que la de hoy. Y quisiera llamar la atención, más que nada, sobre esta tarea del Comité Principal de Instrucción Política de la república.

Quiero sintetizar cuanto he dicho y hacer un resumen práctico de todas las tareas que tienen planteadas los comités provinciales de instrucción política.

Tres enemigos principales.

A mi juicio, hoy se alzan ante el hombre, independientemente de las funciones que ejerza y de las tareas que tenga planteadas como instructor político, si es comunista, y la mayoría lo son, tres enemigos principales, y son los siguientes: primero, la altanería comunista; segundo, el analfabetismo, y tercero, el soborno.

Primer enemigo: la altanería comunista.

La altanería comunista significa que una persona perteneciente al Partido Comunista, y no depurada todavía de él, se imagina que puede cumplir todas sus tareas mediante disposiciones comunistas. Mientras es miembro del partido gobernante y ejerce en tales o cuales organismos públicos, se cree que eso le da pie para hablar de los resultados de la instrucción política. ¡Nada más lejos de la realidad! Eso es solamente altanería comunista. Aprender a instruir en el aspecto político: ahí está el quid de la cuestión. Pero nosotros no lo hemos aprendido y aún no enfocamos el problema con acierto.

Segundo enemigo: el analfabetismo.

En cuanto al segundo enemigo -el analfabetismo-, puedo decir que mientras exista en nuestro país un fenómeno como el analfabetismo será demasiado difícil hablar de instrucción política. Liquidarlo no es una tarea política, es una condición sin la cual no puede hablarse de política. El analfabeto está al margen de la política, hay que enseñarle primero las letras. Sin eso no puede haber política, sin eso sólo hay rumores, chismes, cuentos y prejuicios, pero no política.

Tercer enemigo: el soborno.

Por último, si existe un fenómeno como el soborno, si eso es posible, no puede hablarse de política. En esta cuestión no hay siquiera proximidad a la política, no se puede hacer política, porque todas las medidas quedarán en suspenso y no conducirán absolutamente a ningún resultado. La ley tendrá peor efecto si se aplica en un ambiente de tolerancia y propagación del soborno. En esas circunstancias no se puede hacer ninguna política, falta la condición fundamental que permite dedicarse a la política. Para que sea posible esbozar ante el pueblo nuestras tareas políticas, para que sea posible mostrar a las masas populares: "He ahí las tareas que debemos acometer" (¡y deberíamos hacerlo!), es preciso comprender que en este terreno hace falta elevar el nivel cultural de las masas. Y hay que alcanzar ese nivel determinado de cultura. Sin ello es imposible cumplir en la práctica nuestras tareas.

Diferencia entre tareas militares y culturales.

Las tareas culturales no pueden ser cumplidas con tanta rapidez como las tareas políticas y militares. Es preciso comprender que las condiciones del avance no son hoy las mismas. En una época de agravamiento de la crisis se puede vencer en la esfera política en varias semanas. En la guerra se puede vencer en unos cuantos meses; pero es imposible vencer en el mismo plazo en el terreno cultural, pues, por el mismo fondo del problema, en este terreno se necesita un plazo más largo, y hay que adaptarse a él, midiendo nuestro trabajo y dando pruebas de la mayor tenacidad, perseverancia y consecuencia. Sin estas cualidades es imposible comenzar siquiera la instrucción política. Y los resultados de la instrucción política pueden medirse únicamente por el mejoramiento de la economía. No basta con que liquidemos el analfabetismo, con que pongamos fin a la concusión, que subsiste y está abonada por el analfabetismo. Es preciso también que nuestra propaganda, nuestras directrices y nuestros folletos sean asimilados de verdad por el pueblo y que el resultado de ello sea el mejoramiento de la economía nacional.

Esas son las tareas de los comités de instrucción política relacionadas con nuestra nueva política económica, y quisiera confiar en que, gracias a nuestro congreso, alcanzaremos mayores éxitos en este terreno.

"II Congreso Nacional de los Comités de Instrucción Política. Boletín del Congreso", núm. 2, del 19 de octubre de 1921.

T. 44, págs. 155-175.

ACERCA DE LA SIGNIFICACIÓN DEL ORO AHORA Y DESPUÉS DE LA VICTORIA COMPLETA DEL SOCIALISMO.

La mejor manera de conmemorar el aniversario de la Gran Revolución es concentrar la atención en las tareas que ésta no ha resuelto todavía. Semejante conmemoración es oportuna y necesaria en particular cuando existen tareas cardinales aún no resueltas por la revolución, cuando hay que asimilar algo nuevo (desde el punto de vista de lo realizado hasta ahora por la revolución) para resolver esas tareas.

En el momento actual, lo nuevo de nuestra revolución consiste en la necesidad de recurrir al método de acción "reformista", gradual, de prudente rodeo en los problemas fundamentales de organización de la economía. Esta "novedad" da lugar a una serie de problemas, incomprensiones y dudas de carácter teórico y práctico.

Un problema teórico: ¿cómo explicarse que, después de una serie de acciones de lo más revolucionarias, se pase, sobre el mismo terreno, a acciones extraordinariamente "reformistas", pese a la marcha victoriosa general de toda la revolución en su conjunto? ¿No será esto una "entrega de posiciones", un "reconocimiento de la bancarrota" o algo por el estilo? Como es natural, los enemigos, empezando por los reaccionarios de tipo semifeudal y terminando por los mencheviques y demás caballeros de la Internacional II y media, responden que así es. Pero están en su papel de enemigos al hacer, con cualquier motivo o sin motivo alguno, declaraciones de esta índole. La conmovedora unanimidad que manifiestan en esta cuestión todos los partidos -desde los feudales hasta los mencheviques- viene a demostrar una vez más que, frente a la revolución proletaria, todos esos partidos constituyen verdaderamente "una sola masa reaccionaria" (como lo pronosticó Engels, dicho sea entre paréntesis, en sus cartas a Bebel en 1875 y 1884)[77].

Pero también entre los amigos hay cierta... "incomprensión".

Restableceremos la gran industria y organizaremos el intercambio directo de sus artículos con los productos de la pequeña agricultura campesina, contribuyendo a la socialización de ésta. Para restablecer la gran industria, tomaremos a los campesinos, en concepto de préstamo, determinada cantidad de víveres y materias primas mediante la contingentación. Tal es el plan (método o sistema) que hemos aplicado durante más de tres años, hasta la primavera de 1921. Era una forma revolucionaria de enfocar el problema, en el sentido de demoler de manera directa y completa la vieja estructura socioeconómica para remplazarla con otra nueva.

Desde la primavera de 1921, en lugar de este enfoque, de este plan, método o sistema de acción, venimos planteando (todavía no "hemos planteado" por completo, sino que sólo "estamos planteando", y sin tener plena conciencia de ello) una forma completamente distinta, de tipo reformista: no *demoler* la vieja estructura socioeconómica, el comercio, la pequeña hacienda, la pequeña empresa, el capitalismo, sino *reanimar* el comercio, la pequeña empresa, el capitalismo, dominándolos con precaución y de modo gradual u obteniendo la posibilidad de someterlos a una regulación estatal *sólo en la medida* que se vayan reanimando.

Es una forma completamente distinta de enfocar el problema.

Comparada con la forma anterior, revolucionaria, ésta es reformista (la revolución es una transformación que destruye lo viejo en lo más fundamental y radical, pero no lo transforma cautelosa, lenta y gradualmente, procurando demoler lo menos posible).

Cabe preguntar: si después de probar los métodos revolucionarios habéis reconocido su fracaso y pasado a los métodos reformistas, ¿no demuestra eso que declaráis, en general, que la revolución es un error? ¿No demuestra eso que no era preciso, en general, comenzar por la revolución, sino que era necesario empezar por reformas y limitarse a ellas?

Esta es la deducción que hacen los mencheviques y sus semejantes. Mas esta deducción es o bien un sofisma y una simple artimaña de politicastros redomados o bien una puerilidad de incautos. El mayor peligro -y quizá el único- para un auténtico revolucionario consiste en exagerar su radicalismo, en olvidar los límites y las condiciones del empleo adecuado y eficaz de los métodos revolucionarios. Es ahí donde los auténticos revolucionarios se estrellaban con la mayor frecuencia al comenzar a escribir "revolución" con mayúscula, colocar la "revolución" a la altura de algo casi divino, perder la cabeza, perder la capacidad de comprender, sopesar y

comprobar con la mayor serenidad y sensatez en qué momento, en qué circunstancias y en qué terreno hay que saber actuar a lo revolucionario y en qué momento, en qué circunstancias y en qué terreno hay que saber pasar a la acción reformista. Los auténticos revolucionarios sucumbirán (no en el sentido físico, sino espiritual de su causa) sólo -pero sin falta- en el caso de que pierdan la serenidad y se figuren que la revolución, "grande, victoriosa y mundial", puede y debe cumplir obligatoriamente por vía revolucionaria toda clase de tareas en cualquier circunstancia y en todos los terrenos.

Quien se "imagine" tal cosa sucumbirá, pues se habrá imaginado una estupidez en la cuestión fundamental; y en época de guerra encarnizada (la revolución es la guerra más encarnizada), el castigo por una estupidez suele consistir en la derrota.

¿De qué se deduce que la revolución, "grande, victoriosa y mundial", puede y debe emplear únicamente métodos revolucionarios? De nada. Eso es absoluta y totalmente falso. La falsedad de eso es evidente de por sí sobre el fondo de tesis puramente teóricas, si no se aparta uno del terreno del marxismo. La falsedad de eso es confirmada también por la experiencia de nuestra revolución. En el aspecto teórico: durante la revolución se hacen tonterías igual que en cualquier otro tiempo, decía Engels[78], y decía la verdad. Hay que tratar de hacer las menos posibles y corregir cuanto antes las ya hechas, teniendo en cuenta con la mayor sensatez qué tareas y cuándo pueden llevarse a la práctica con métodos revolucionarios y cuáles no. Nuestra propia experiencia: la paz de Brest ha sido un modelo de acción absolutamente no revolucionaria, sino reformista e incluso peor que reformista, puesto que ha sido una acción regresiva, en tanto que las acciones reformistas, por regla general, avanzan lenta, cautelosa y gradualmente, pero no retroceden. La justedad de nuestra táctica al firmar la paz de Brest ha quedado ya tan demostrada y es tan clara y reconocida por todos que no merece la pena seguir hablando de este tema.

Lo único que hemos acabado por completo es la labor democrática burguesa de nuestra revolución. Y tenemos el más legítimo derecho a enorgullecernos de ello. La labor proletaria o socialista de nuestra revolución se resume en tres aspectos principales: 1) Salida revolucionaria de la guerra imperialista mundial; desenmascaramiento y *cese* de la matanza emprendida por dos grupos mundiales de fieras capitalistas. Esto nosotros lo hemos hecho hasta el fin por nuestro lado; consumarlo por todos los lados podría únicamente la revolución en una serie de países avanzados. 2) Creación del régimen soviético, forma de plasmación de la dictadura del proletariado. Se ha dado un viraje mundial. Se acabó la época del parlamentarismo democrático burgués. Ha comenzado un nuevo capítulo en la historia universal: la época de la dictadura proletaria. Sólo una serie de países perfeccionará y culminará el régimen soviético y todas las formas de dictadura proletaria. A nosotros nos queda aún mucho, muchísimo por hacer en este terreno. Sería imperdonable no verlo. Más de una vez tendremos que culminar, rehacer y volver a empezar. Cada grado que logremos avanzar, subir, en el desarrollo de las fuerzas productivas y de la cultura, debe ir acompañado del perfeccionamiento y modificación de nuestro sistema soviético, y nosotros nos encontramos a un nivel muy bajo en el aspecto económico y cultural. Hay mucho que rehacer; y "turbarse" por ello sería el colmo de la estupidez (o acaso de algo peor que estupidez). 3) Edificación económica de las bases del régimen socialista. En este terreno queda aún por coronar lo principal, lo fundamental. Y ésta es la tarea nuestra más certera, la más certera tanto desde el punto de vista de los principios como de la práctica, tanto desde el punto de vista de la RSFSR hoy como desde el punto de vista internacional.

Ya que lo principal no está consumado en su base, hay que fijar en ello toda la atención. Y en este problema la dificultad estriba en la forma de transición.

"No basta con ser revolucionario y partidario del socialismo o comunista en general -escribía yo en abril de 1918 en *Las tareas inmediatas del Poder soviético*-. Es necesario saber encontrar en cada momento peculiar el eslabón particular al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas para sujetar toda la cadena y preparar sólidamente el paso al eslabón siguiente. El orden de los eslabones, su forma, su engarce, la diferencia entre unos y otros no son tan simples ni tan burdos en la cadena histórica de los acontecimientos como en una cadena corriente forjada por un herrero"*.

En los momentos actuales, en el terreno de las actividades de que estamos tratando, ese eslabón es la reanimación del *comercio* interior, regulado (orientado) con acierto por el Estado. El comercio, he ahí el "eslabón" de la cadena histórica de los acontecimientos, de las formas de transición de nuestra edificación socialista en 1921-1922, *"al cual debemos aferrarnos con todas las fuerzas"* nosotros, el poder estatal proletario, el Partido Comunista dirigente. Si *ahora* "nos aferramos" a este eslabón con suficiente fuerza, podremos estar seguros de ser los dueños de *toda* la cadena en un futuro próximo. De otro modo no podremos ser dueños de toda la cadena, no podremos crear la base de las relaciones socioeconómicas de tipo socialista.

Esto parece extraño. ¿Comunismo y comercio? Resulta algo muy incoherente, absurdo y distinto. Pero si se reflexiona *desde el punto de vista*

* Véase la presente edición, t. 8. *(N. de la Edit.)*

económico, lo uno no se distingue más de lo otro que el comunismo se diferencia de la pequeña agricultura campesina, patriarcal.

A mi parecer, cuando triunfemos a escala mundial, pondremos urinarios públicos de oro en las calles de algunas de las ciudades más importantes del mundo. Este sería el empleo más "justo", gráfico e instructivo del oro para las generaciones que no han olvidado que, a causa del oro, fueron sacrificados diez millones de hombres y mutilados treinta millones en la "gran guerra liberadora" de 1914-1918, en la guerra en que se ventilaba el grandioso problema de qué paz era peor, la de Brest o la de Versalles; y que a causa de ese mismo oro hay quien se dispone, seguramente, a aniquilar a veinte millones de hombres y mutilar a sesenta millones en la guerra que quizá estalle por allá por 1925 o por 1928, acaso entre el Japón y Norteamérica, o entre Inglaterra y Norteamérica, o algo por el estilo.

Mas, por "justo", útil y humano que parezca ese empleo del oro, diremos, a pesar de todo: para llegar a semejante resultado es preciso trabajar uno o dos decenios con el mismo empeño e iguales éxitos con que hemos trabajado de 1917 a 1921, sólo que en un terreno mucho más vasto. Por el momento, en la RSFSR es preciso economizar el oro, venderlo más caro, adquirir con él mercancías a precios más bajos. Quien con lobos anda, a aullar aprende; pero en lo que se refiere al exterminio de todos los lobos, como corresponde en una sociedad humana inteligente, nos atendremos al sabio proverbio ruso: "No te envanezcas al partir para la guerra, hazlo a la vuelta"...

El comercio es la única ligazón económica posible entre decenas de millones de pequeños agricultores y la gran industria, *si... si* no existe al lado de estos agricultores una magnífica gran industria mecanizada con una red de cables eléctricos; una industria que, tanto por su potencia técnica como por su "superestructura" orgánica y por los fenómenos concomitantes, provea a los pequeños agricultores de los mejores productos en mayor cantidad, con más rapidez y más barato que antes. A escala mundial este "si" *se ha realizado ya,* esta condición existe ya, pero un país aislado -y, por añadidura, uno de los países capitalistas más atrasados- que ha intentado realizar, convertir en realidad, organizar prácticamente, de golpe y de modo directo, la *nueva* ligazón entre la industria y la agricultura, no ha podido cumplir "al asalto" esta tarea y se ve precisado a cumplirla mediante una serie de acciones lentas, graduales, de "asedio" cauteloso.

El poder estatal proletario puede dominar el comercio, encauzarlo, encajarlo en determinado marco. Un ejemplo pequeño, muy pequeño: en la cuenca del Donets ha comenzado una reanimación económica reducida, muy reducida aún, pero indiscutible, en parte gracias al aumento de la productividad del trabajo en las grandes minas del Estado y, en parte también, gracias a la entrega en arriendo de pequeñas minas campesinas. De este modo, el poder estatal proletario recibe una pequeña cantidad complementaria de hulla (miserablemente pequeña desde el punto de vista de los países avanzados, pero, no obstante, digna de tenerse en cuenta dentro de nuestra pobreza) a un coste, digamos, del 100 % y la vende a diversas instituciones oficiales al 120 %, y a particulares al 140 %. (Indicaré, entre paréntesis, que estas cifras son arbitrarias por completo, primero, porque no conozco las cifras exactas y, segundo, porque, si las conociera, no las haría públicas en este momento.) Esto se parece a que *empezamos* a dominar, si bien dentro de los límites más modestos, el *intercambio* entre la industria y la agricultura; a dominar el comercio al por mayor; a dominar la tarea de asirse a la pequeña industria atrasada que tenemos, o a la grande, pero debilitada y arruinada; a reanimar el comercio con la base económica *existente;* a hacer sentir la reanimación económica al campesino medio, al simple campesino (y éste es uno de la masa, un representante de la masa, un vehículo del elemento espontáneo); a aprovechar todo esto para llevar a cabo una labor más regular y tenaz, más amplia y fecunda de restablecimiento de la gran industria.

No nos dejaremos dominar por el "socialismo de sentimiento" o por el estado de ánimo patriarcal, semiseñorial, semivillano de la Rusia de antes, que se caracterizan por un inconsciente desprecio al comercio. Es admisible aprovechar toda clase de formas económicas de transición y *hay* que saber aprovecharlas, dada la necesidad de ello, para fortalecer la ligazón del campesinado con el proletariado, para reanimar sin tardanza la economía nacional en un país arruinado y extenuado, para impulsar la industria, para facilitar medidas posteriores, más amplias y más profundas, como la electrificación.

Sólo el marxismo ha definido con exactitud y acierto la relación entre las reformas y la revolución, si bien Marx tan sólo pudo ver esta relación bajo un aspecto, a saber: en las condiciones anteriores al primer triunfo más o menos sólido, más o menos duradero del proletariado, aunque sea en un solo país. En tales condiciones, la base de una relación acertada era ésta: las reformas son un producto accesorio de la lucha de clase revolucionaria del proletariado. Para todo el mundo capitalista, esta relación constituye el fundamento de la táctica revolucionaria del proletariado, el abecé, que tergiversan y ofuscan los líderes venales de la II Internacional y los caballeros semipedantes, semirremilgados de la Internacional II y media. Después del triunfo del proletariado, aunque sea en un solo país, aparece algo nuevo en la relación entre las reformas y la revolución. En principio, el

problema sigue planteado del mismo modo, pero en la forma se produce un cambio, que Marx, personalmente, no pudo prever, pero que sólo puede ser comprendido colocándose uno en el terreno de la filosofía y de la política del marxismo. ¿Por qué pudimos aplicar con acierto el repliegue de Brest? Porque habíamos avanzado tanto que teníamos terreno para retroceder. Construimos el Estado soviético, salimos por vía revolucionaria de la guerra imperialista y culminamos la revolución democrática burguesa con tan vertiginosa rapidez *-en unas cuantas semanas,* desde el 25 de octubre de 1917 hasta la paz de Brest-, que *incluso* un repliegue tan inmenso (la paz de Brest) dejó en nuestras manos, a pesar de todo, posiciones suficientes por completo para aprovechar la "tregua" y avanzar triunfalmente contra Kolchak, Denikin, Yudénich, Pilsudski y Wrangel.

Hasta el triunfo del proletariado, las reformas son un producto accesorio de la lucha revolucionaria de clase, Después del triunfo, ellas (aunque a escala internacional sigan siendo el mismo "producto accesorio") constituyen, además, para el país en que se ha triunfado, una tregua necesaria y legítima en los casos en que es evidente que las fuerzas, después de una tensión extrema, no bastan para llevar a cabo por vía revolucionaria tal o cual transición. El triunfo proporciona tal "reserva de fuerzas" que hay con qué mantenerse, tanto desde el punto de vista material como del moral, aun en el caso de una retirada forzosa. Mantenerse desde el punto de vista material significa conservar la suficiente superioridad de fuerzas para que el enemigo no pueda derrotarnos por completo. Mantenerse desde el punto de vista moral significa no dejarse desmoralizar ni desorganizar, conservar una apreciación serena de la situación, conservar el ánimo y la firmeza de espíritu, replegarse aunque sea muy atrás, pero en la medida debida, replegarse de modo que se pueda detener a tiempo el repliegue y pasar nuevamente a la ofensiva.

Nos hemos replegado hacia el capitalismo de Estado. Pero nos hemos replegado con sentido de la medida. Ahora nos replegamos hacia la regulación estatal del comercio. Pero nos replegaremos con sentido de la medida. Hay ya síntomas de que se vislumbra el final de este repliegue, de que se vislumbra en un futuro no muy lejano la posibilidad de detener este repliegue. Cuanto más conscientes y unidos hagamos este repliegue necesario, cuanto menores sean los prejuicios con que lo llevemos a cabo, tanto antes podremos detenerlo, tanto más firme, rápido y amplio será después nuestro victorioso avance.

5 de noviembre de 1921.

Publicado en el núm. 251 de "Pravda", correspondiente al 6 y 7 de noviembre de 1921.

T. 44, págs. 221-229.

ACERCA DE LAS TESIS DEL PARTIDO COMUNISTA FRANCÉS SOBRE EL PROBLEMA AGRARIO.

A propósito de las *tesis sobre el problema agrario,* publicadas con la firma de *"CD (Le comité directeur)* del Partido Comunista Francés" en el núm. 95 de *La Voix Paysanne* ("La voz campesina") del 19-XI-1921, puedo decir lo siguiente:

Las ideas fundamentales de dichas tesis me parecen muy acertadas, acordes con las resoluciones de los congresos de la Internacional Comunista y muy bien expuestas; son: 1) la necesidad de la revolución para evitar nuevas guerras imperialistas; 2) el fracaso de la ideología pacifista y wilsoniana; 3) la incuestionable necesidad de redactar, en cuanto al problema agrario, un "programa de medidas de transición" *(un programme transitoire)* hacia el comunismo que se adapten al paso *voluntario* de los campesinos a la socialización de la agricultura y proporcionen, al mismo tiempo, una mejora *inmediata* de la situación de la inmensa mayoría de la población rural, de los obreros asalariados y los pequeños campesinos; 4) la *confiscación* inmediata, o sea, la expropiación sin indemnización tanto de las tierras no cultivadas *(les terres arables en friche)* como de las cultivadas por colonos, arrendatarios u obreros asalariados *(les terres mises en valeur par les colons, fermiers ou salariés);* 5) la entrega de estas tierras al conjunto de obreros que las cultivan ahora con objeto de que ellos constituyan "cooperativas de producción", conforme a las disposiciones de la nueva legislación agraria; 6) garantía absoluta del derecho de usufructo permanente (y hereditario) de las tierras a los "pequeños propietarios que las cultivan ellos mismos" *(les petits propriétaires exploitant eux-mêmes);* 7) la necesidad de asegurar "continuidad y aumento de la producción" en la agricultura; 8) la necesidad de una serie de medidas para la metódica "educación comunista del campesinado" *(éducation communiste de la classe paysanne").*

Como estoy de acuerdo por completo con estas ideas fundamentales de las tesis, sólo puedo hacer las siguientes observaciones generales sobre ellas:

1. La primera parte está dedicada al problema: "guerra o revolución". Allí se dice, entre otras cosas, y con razón de sobra, que "los acontecimientos de los últimos años han matado la ideología pacifista y wilsoniana" *("les événements des dernières années ont tué l' idéologie pacifiste et wilsonienne"),*

Para acabar de quitar esas ilusiones pacifistas habría que hablar, a juicio mío, no sólo de la guerra en general, sino también del carácter específicamente imperialista, tanto de la guerra de 1914-1918 como de la que ahora se prepara entre Norteamérica y el Japón, con la probable participación de Inglaterra y Francia.

No cabe duda de que sólo la revolución proletaria puede poner -y pondrá sin duda- fin a todas las guerras en general. Pero sería una ilusión pacifista creer que la revolución victoriosa del proletariado en un país, como, por ejemplo, en Francia, podría poner fin de golpe y sin falta a todas las guerras.

La experiencia de Rusia ha desvanecido con evidencia esa ilusión, ha demostrado que de la guerra imperialista sólo podía salirse con la revolución, y que los obreros y campesinos rusos se han beneficiado infinitamente con su revolución, *a despecho* de la *guerra civil* que les impusieron los capitalistas de todos los países. Las guerras reaccionarias, y en particular las imperialistas (entre las que figura, por parte de Francia también, la de 1914-1918; y la paz de Versalles lo ha mostrado con singular evidencia) son tan criminales y funestas como legítimas y justas las guerras revolucionarias, es decir, las que se hacen contra los capitalistas en defensa de las clases oprimidas, contra los opresores en defensa de las naciones oprimidas por los imperialistas de un puñado de países, contra las invasiones extranjeras en defensa de la revolución socialista. Cuanto más clara conciencia tengan de ello las masas obreras y campesinas de Francia, tanto menos probables y menos prolongadas serán las inevitables tentativas de los capitalistas franceses, ingleses y otros de aplastar mediante la guerra la revolución de los obreros y campesinos de Francia. En la Europa actual, después de la victoria de la Rusia Soviética sobre *todos* los países capitalistas que apoyaron a Denikin, Kolchak, Wrangel, Yudénich y Pilsudski y ante el desmedido y vergonzoso estrangulamiento de Alemania por la paz de Versalles, la guerra civil de los capitalistas franceses contra una revolución socialista triunfante en Francia sólo puede ser de muy corta duración y mil veces menos dura para los obreros y campesinos

franceses de lo que ha sido la guerra civil para los rusos. Pero es absolutamente necesario distinguir con toda claridad las guerras imperialistas -guerras por el reparto del botín capitalista, guerras para estrangular a las naciones débiles y pequeñas- de las guerras revolucionarias, guerras para defenderse de los capitalistas contrarrevolucionarios, guerras para sacudirse el yugo capitalista.

A la luz de los razonamientos expuestos, creo que sería más atinado sustituir lo que se dice en las tesis sobre "guerra o revolución" con lo siguiente, poco más o menos:

Los acontecimientos de los últimos años han denunciado toda la falsedad y todo el engaño que entraña la ideología pacifista y wilsoniana. Hay que acabar definitivamente con esta mentira. La guerra de 1914-1918 fue una guerra imperialista, reaccionaria y de rapiña no sólo por parte de Alemania, sino también por parte de Francia; esto lo ha mostrado con singular evidencia la paz de Versalles, aún más feroz e infame que la de Brest-Litovsk. La nueva guerra que ahora se prepara entre Norteamérica y el Japón (o Inglaterra), guerra ineludible mientras subsista el capitalismo, envolverá también inevitablemente a la Francia capitalista, pues está complicada en todos los crímenes, atrocidades e infamias imperialistas de la actual época imperialista. Los obreros y campesinos de Francia no tienen otra opción que entre una nueva guerra o serie de guerras en "defensa" del imperialismo francés y la revolución socialista. No se dejarán intimidar por las referencias que los capitalistas contrarrevolucionarios les den de los sufrimientos de la guerra civil que ellos mismos impusieron a la Rusia Soviética. Los obreros y campesinos de Francia supieron hacer una guerra legítima, justa y revolucionaria contra sus señores feudales cuando éstos quisieron aplastar la Gran Revolución Francesa del siglo XVIII. Los obreros y los campesinos franceses serán capaces de hacer una guerra igualmente legítima, justa y revolucionaria contra sus capitalistas, cuando éstos emigren y organicen desde fuera la invasión extranjera contra la república socialista de Francia. A los obreros y campesinos franceses les será más fácil aplastar a sus explotadores, porque *toda* Europa, destrozada, atormentada y balcanizada por la inicua paz de Versalles, estará directa e indirectamente con ellos.

2. En la parte siguiente de las tesis estimo erróneo el aserto: "La próxima revolución en Francia *(cette révolution que nous devons faire)...* será en cierto modo una revolución prematura" *(sera en quelque sorte une révolution avant terme)*, como también este otro:

"La concentración de la propiedad anunciada por los teóricos del marxismo no se ha producido con regularidad en la agricultura". *(La concentration de la propriété annoncée par les théoriciens du marxisme ne s'est pas produite avec régularité dans l'agriculture),*

Eso es falso; y no es un criterio de Marx ni del marxismo, sino de los "teóricos" del "marxismo" *de pacotilla* que llevaron la II Internacional a la ignominiosa bancarrota de 1914. Es un criterio de los seudomarxistas que se pasaron en 1914 al campo de "su" burguesía nacional y de quienes se burló con tanto donaire hace tiempo nadie menos que Jules Guesde cuando escribió contra Millerand y dijo que los futuros Millerandes estarían del lado de "sus" capitalistas en la guerra inminente por el reparto del botín capitalista.

Marx no conceptuaba las formas del proceso de concentración en la agricultura de modo simplista y rígido. Así lo prueban el tercer tomo de *El Capital* y el artículo escrito por Engels en la década del 90 del siglo pasado contra el programa agrario francés de entonces". Marx no creía que la revolución proletaria sería "oportuna" sólo cuando el último campesino hubiese sido expropiado. Dejemos semejante interpretación de las opiniones de Marx a los Hyndmann, Renaudel, Vandervelde y Südekum, los señores Turati y Serrati.

Yo aconsejaría que se eliminaran todos estos asertos erróneos e innecesarios que desacreditan a los comunistas franceses. No hacen falta para probar la idea fundamental, importante y certera en los sentidos práctico y teórico de que la inmediata aplicación *(l'application immédiate)* del comunismo *integral* a la *pequeña agricultura campesina* (no sólo en Francia, ni mucho menos, sino en todos los países donde existe la pequeña agricultura campesina) sería un *profundo* error.

En vez de hacer esas afirmaciones erróneas, sería mejor que se expusiera con mayor detenimiento por qué no puede ser estable el enriquecimiento de los campesinos franceses durante la guerra; por qué se devalúa el dinero que estos campesinos acumularon durante la guerra; por qué se acentúa la opresión tanto de los obreros como de los campesinos de Francia por parte de los grandes bancos; en qué se manifiesta esta acentuación, y así sucesivamente.

3. Más adelante se dice en las tesis que, según las estadísticas de preguerra, había en Francia 5.700.000 explotaciones rurales; 4.850.000 pequeñas (de no más de 10 hectáreas) y 850.000 de más de 10 hectáreas. Estas cifras muestran -se dice en las tesis- la desigualdad con que está distribuida la tierra en Francia. "Pero estas cifras no dan -siguen las tesis- una idea exacta *("mais ils -ces chiffres- ne fournissent aucune précision...")* de la proporción existente entre la extensión de las tierras cultivadas por sus propietarios y las que sirven de fuente de ganancia capitalista" *("... sur le rapport qui existe entre l' étendue des terres travaillées par leurs propriétaires et des terres source de profit capitaliste").*

Primero, *también* las tierras cultivadas por sus

propietarios sirven en Francia (como en cualquier otro país capitalista) de "fuente de ganancia capitalista". Habría sido más atinado en teoría y más útil en la práctica que las tesis del Partido Comunista Francés explicaran las formas de dicha ganancia antes que decir que la concentración de la propiedad no se produce "con regularidad" *("avec régularité")* en la agricultura.

Segundo, es cierto que la estadística agraria francesa es mala, peor aún que la alemana, la norteamericana, la suiza y la danesa, y que no da una idea *exacta* de la *extensión* de las tierras cultivadas de modo capitalista. También es cierta la circunstancia, señalada luego en las tesis, de que explotaciones menores de 10 hectáreas emplean a veces a obreros asalariados y que campesinos propietarios cultivan a veces ellos mismos "haciendas de 20, 30 y más hectáreas" *("des fermes de 20, 30 hectares et au-dessus").*

Aunque la estadística agraria francesa no nos da una idea exacta de la superficie de las tierras que se cultivan de modo capitalista, podemos, no obstante, sacar una idea *aproximada.* No tengo a mano el libro de Compére-Morel ni otras fuentes, pero recuerdo que las estadísticas francesas dan por separado las fincas de 40 y más hectáreas. Sería muy útil aducir estas cifras para mostrar con mayor claridad a los pequeños campesinos de Francia qué extensiones de tierra tan grandes les quitaron (a ellos y a los obreros) los capitalistas y terratenientes franceses. Es posible (y a mi parecer, necesario) que las tesis agrarias muestren de manera más palmaria, con cifras de la misma estadística agraria francesa (y los datos compilados por Compére-Morel, cuando éste era aún socialista y no defensor de los capitalistas, de la guerra de rapiña de 1914-1918 y de la expoliadora paz de Versalles), que la inmensa mayoría de la población rural francesa saldría ganando en seguida, de inmediato y mucho con la revolución proletaria.

4. Mi última observación se refiere a los apartados de las tesis en que se habla de la necesidad de aumentar la producción agrícola, de la importancia de las máquinas modernas *(des machines modernes),* en particular de máquinas como las trilladoras *(les batteuses),* los arados a motor *(les charrues á tracteur),* etc.

Todas estas indicaciones de las tesis son certeras en absoluto y necesarias en la práctica. Pero me parece que no convendría limitarse al marco de lo totalmente habitual de la técnica capitalista, que debería darse un paso más. Convendría decir algunas palabras sobre la necesidad de la electrificación gradual y completa de toda Francia, sobre la imposibilidad absoluta de efectuar esta labor *en provecho de los obreros y de los campesinos* sin derrocar el poder de la burguesía, sin la conquista del poder por el proletariado. En las publicaciones francesas abundan los datos que demuestran la importancia que tiene para Francia la electrificación. Sólo sé que una pequeña parte de estos datos han sido citados en el trabajo, ejecutado por encargo de nuestro gobierno, sobre el plan de electrificación de Rusia, y que la preparación técnica de la electrificación ha avanzado mucho en Francia después de la guerra.

A mi parecer, es de suma importancia, tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista práctico, de la agitación, hablar en las tesis (y, en general, hablar más en las publicaciones comunistas) de que la técnica moderna avanzada exige imperiosamente *la electrificación de todo el país -y de una serie de países vecinos-* conforme a un plan *único;* que esta labor es plenamente posible en la actualidad; que saldría ganando con ella, sobre todo, la agricultura y, en particular, el campesinado; que mientras existan el capitalismo y la propiedad privada de los medios de producción, la electrificación de todo el país y de una serie de países no puede, primero, ser ni rápida ni gradual y, segundo, *no puede ser* llevada a la práctica *en provecho* de los obreros y de los campesinos. En el capitalismo, la electrificación conduce inevitablemente a reforzar el *yugo de los grandes bancos* sobre los obreros y *sobre los campesinos.* Antes de la guerra ya, y no un "marxista estrecho", sino el propio Lysis, que hoy da pruebas de servilismo patriotero ante los capitalistas, dijo que Francia es de hecho una *oligarquía financiera.*

Francia posee magníficas posibilidades para la electrificación. Con la victoria del proletariado en Francia, la electrificación -efectuada de modo gradual y sin tener en cuenta la propiedad privada de los grandes terratenientes y de los capitalistas- beneficiará *de manera gigantesca,* sobre todo, *a los pequeños campesinos.* Si perdura el poder de los capitalistas, será inevitable que la electrificación no se haga de modo ni gradual ni rápido y, como en general se llevará a cabo, será un nuevo yugo para los campesinos, una nueva esclavitud de los campesinos, expoliados por la "oligarquía financiera".

Tales son las pocas observaciones que puedo hacer a las tesis agrarias francesas, en mi opinión, certeras por completo a grandes rasgos.

N. Lenin.

11-XII-1921.

Publicado por primera vez en 1922 en el núm. 20 de la revista "La Internacional Comunista".

T. 44, págs. 274-281.

LA POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR DE LA REPÚBLICA.

Informe de la gestión del CEC de toda Rusia y del CCP al IX Congreso de los soviets de toda Rusia, 23 de diciembre de 1921.

(*Clamorosas Ovaciones. Voces de* ¡"Hurra!", "¡Viva nuestro jefe, el camarada Lenin!", "¡Viva el camarada Lenin, jefe del proletariado internacional!". *Prolongados aplausos que tardan mucho en aplacarse*.)

Camaradas: He de presentar el informe sobre la situación exterior e interior de la República, y es la primera vez que lo hago en una situación caracterizada por no haber habido en todo el año agresiones militares, al menos en grandes proporciones, de los capitalistas rusos y extranjeros contra nuestro Poder soviético. Es el primer año que disfrutamos de una tregua, si no completa, al menos relativa, y que hemos podido dedicar parte de nuestras fuerzas a nuestra tarea principal y fundamental: a restablecer la economía arruinada por las guerras, restañar las heridas causadas a Rusia por las clases explotadoras gobernantes y colocar los cimientos de la edificación socialista.

Ante todo, al referirme a la situación internacional de nuestra república, debo decir lo que ya he tenido ocasión de afirmar, que en las relaciones internacionales se ha creado cierto equilibrio, inestable en sumo grado, pero equilibrio al fin y al cabo. Y ahora lo vemos. Para los que hemos vivido la revolución desde su comienzo, para los que hemos conocido y visto directamente las increíbles dificultades con que rompimos los frentes imperialistas, resulta extraño en sumo grado comprobar ahora la marcha de las cosas. Es probable que nadie esperara ni pudiera esperar que se crease una situación como la que vemos.

Nos figurábamos el desarrollo inmediato (tal vez no esté de más recordarlo, porque será útil para nosotros y para las conclusiones prácticas que saquemos de los principales problemas económicos) de manera más simple y directa de lo que vemos ahora. Nos decíamos, y decíamos a la clase obrera, a todos los trabajadores, tanto de Rusia como de los otros países, que no había otra salida de la maldita y criminal matanza imperialista que la salida revolucionaria. Y, al poner fin a la guerra imperialista con la revolución, abríamos a todos los pueblos la única salida posible de aquella criminal matanza. Creíamos entonces -y no podía ser de otro modo- que ese camino era claro, recto y el más fácil. Ha resultado que otros pueblos no han logrado emprender, por lo menos con la rapidez que esperábamos, ese camino recto, el único que nos ha puesto realmente a salvo de las ligaduras imperialistas, de los crímenes imperialistas y de la guerra imperialista que continúa amenazando al resto del mundo. Y si, a pesar de todo, vemos ahora lo conseguido, vemos que existe una República Soviética socialista, rodeada de toda una serie de potencias imperialistas que le guardan rabiosa hostilidad, nos preguntamos: ¿cómo ha podido lograrse eso?

Se puede responder sin exageración alguna: las cosas han ocurrido así porque era exacta en lo fundamental nuestra apreciación de los acontecimientos, era exacta en lo fundamental nuestra apreciación de la matanza imperialista y del lío de relaciones entabladas entre las potencias imperialistas. Sólo por eso se ha creado una situación tan extraña, un equilibrio tan inestable, tan incomprensible y, pese a todo, tan indudable como el que ahora vemos, equilibrio consistente en que, estando cercados por todos lados de potencias incomparablemente más poderosas en lo económico y en lo militar que nosotros, abierta y rabiosamente hostiles a nosotros a cada paso, vemos, sin embargo, que no han conseguido lo que se proponían, pese a haber gastado durante tres años tantos medios y tantas fuerzas: no han conseguido estrangular de manera directa e inmediata a la Rusia Soviética. Cuando nos preguntamos cómo ha podido ocurrir esto, cómo ha podido ocurrir que uno de los Estados sin duda más atrasados y débiles en extremo, hostilizado descaradamente por las más pujantes potencias del mundo, haya podido soportar los ataques de que ha sido objeto; cuando examinamos este problema, vemos con toda claridad dónde está el quid: ha resultado que teníamos razón en lo más fundamental. Ha resultado que teníamos razón en nuestras previsiones y en nuestros cálculos. Ha resultado que, aunque no hemos recibido de las masas trabajadoras de todo el mundo la ayuda rápida, directa e inmediata que esperábamos y en la que se basaba toda nuestra política, hemos tenido un apoyo de otro género, un apoyo no directo, un apoyo no

rápido, pero ese apoyo y esa simpatía de las masas trabajadoras -de las masas obreras y campesinas, de las masas de agricultores- de todo el mundo, incluso de los países más hostiles a nosotros, han sido precisamente el último y más decisivo motivo, la causa decisiva de que se hayan venido abajo todas las agresiones militares dirigidas contra nosotros, la causa de que la unión de los trabajadores de todos los países, proclamada por nosotros, se haya reforzado, la causa de que esa unión sea una realidad en nuestra república, cosa que ha influido en todos los países. Por inestable que este punto de apoyo sea, mientras subsista el capitalismo en otros países (esto, como es natural, debemos verlo con claridad y debemos reconocerlo abiertamente), por inestable que sea este punto de apoyo, es preciso decir que ya es posible basarse en él. Esta simpatía y este apoyo se han manifestado en el sentido de que las agresiones militares que hemos sufrido tres años y que nos han causado increíbles devastaciones y penurias, estas invasiones militares no diré que sean ya imposibles -a este propósito debemos ser muy cautelosos y prudentes-, pero constituyen una empresa de inmensa dificultad para nuestros enemigos. Así se explica en definitiva la extraña situación que ahora se presenta, incomprensible a primera vista.

Si sopesamos con toda serenidad las simpatías con que cuentan el bolchevismo y la revolución socialista, si examinamos la situación internacional simplemente desde el punto de vista del recuento de fuerzas, independientemente de si esas fuerzas están a favor de una causa justa o injusta, a favor de la clase explotadora o a favor de las masas trabajadoras -en eso no vamos a fijarnos ahora; lo que pretendemos es comprobar cómo están agrupadas dichas fuerzas a escala internacional-, veremos que se agrupan de manera que confirman en lo fundamental nuestras previsiones, nuestros cálculos; veremos que el capitalismo se descompone; veremos que, después de la guerra a la que ha puesto fin primero el Tratado de Brest-Litovsk y luego el de Versalles -a cual peor-, en los países vencedores también crecen cada día el odio y la repulsa a ella. Cuanto más nos alejamos de la guerra, más claro va siendo no sólo para los trabajadores, sino, en proporciones muy grandes, para la burguesía de los países vencedores, que el capitalismo se descompone, que la crisis económica ha creado en todo el mundo una situación insostenible y que no hay salida, a pesar de todas las victorias obtenidas. Por eso, aun siendo incomparablemente más débiles, en el sentido económico, político y militar, que las restantes potencias, somos a la vez más fuertes que ellas porque conocemos y valoramos con acierto todas las derivaciones que se desprenden por fuerza de este embrollo imperialista, de este enredo sangriento y de estas contradicciones (tomad aunque sólo sea la contradicción relacionada con las divisas; a las otras no voy a referirme) en las que se han embrollado y se embrollan más cada día y de las que no ven salida.

Podemos ver cómo cambia el tono de los representantes de la burguesía más moderada, resuelta y absolutamente ajena a toda idea de socialismo en general -sin hablar ya "de ese terrible bolchevismo"-, cuando cambian de tono hasta hombres como el famoso autor Keynes, cuyo libro ha sido traducido a todos los idiomas, que participó personalmente en las negociaciones de Versalles y que puso todo su empeño en ayudar a sus gobiernos: incluso este hombre ha tenido que desechar ese camino y abandonarlo, sin dejar de maldecir el socialismo. Repito que un hombre así no habla del bolchevismo y ni siquiera desea pensar en él, sino que dice al mundo capitalista: "Lo que hacéis os conduce a un callejón sin salida", y hasta llega a proponer algo así como la anulación de todas las deudas.

¡Muy bien, señores! Hace mucho que debían ustedes haber seguido nuestro ejemplo.

Hace unos días leímos en los periódicos una breve información de que uno de los líderes más expertos, hábiles y capaces de los gobiernos capitalistas, Lloyd George, parece que comienza a proponer esta misma medida, y que Norteamérica, por lo visto, le quiere responder así: Perdone, pero nosotros queremos recibir lo nuestro hasta el último centavo. Entonces nos decimos: feas se les ponen las cosas a las adelantadas y robustas potencias que durante tantos años después de la guerra andan debatiendo una medida tan sencilla. ¡Hacer esto era la cosa más fácil para nosotros, que hemos vencido tantas dificultades! (*Aplausos*.) Si en este aspecto vemos un embrollo creciente, podemos afirmar, sin olvidar en modo alguno los peligros que nos rodean, que no tememos esa propaganda, por débiles que seamos en el sentido económico y militar en comparación con cualquiera de esos Estados, todos los cuales manifiestan abiertamente y a cada paso el odio que nos tienen. Cuando expresamos un criterio distinto en cuanto a si es justo que sigan existiendo los terratenientes y capitalistas, eso no les gusta y califican nuestras opiniones de propaganda delictiva. No lo puedo comprender de ningún modo, pues semejante propaganda se hace legalmente en todos los Estados que no comparten nuestras opiniones y concepciones económicas. En cambio, en todos esos países se hace públicamente la propaganda en el sentido de que el bolchevismo es algo monstruoso, criminal, de bandidos, de que no hay palabras para calificar este régimen abominable. No hace mucho tuve ocasión de entrevistarme con Christensen, candidato del Partido Obrero y Campesino a la presidencia de los Estados Unidos. No os dejéis engañar, camaradas, en cuanto a esta denominación. No se parece en nada a lo que en Rusia se llama Partido Obrero y Campesino. En

Norteamérica, éste es un simple partido burgués, abierta y decididamente hostil a todo socialismo y considerado plenamente decoroso por todos los partidos burgueses. Pues bien, este señor, danés de nacimiento y ahora norteamericano, que ha obtenido en las elecciones presidenciales hasta un millón de votos (esto significa algo en los Estados Unidos), me contaba que cuando en Dinamarca, ante un público "vestido como yo" -así lo dijo, y él iba bien vestido, como un burgués-, "intenté decir que los bolcheviques no son unos criminales, casi me matan", dijo él. Le replicaron que los bolcheviques son unos monstruos, unos usurpadores, y que no comprendían cómo se le había ocurrido hablar de esa gente ante un auditorio respetable. Ese es el clima de la propaganda que nos rodea.

Sin embargo, vemos que se ha creado cierto equilibrio. Esta es una situación política objetiva, independiente de nuestras victorias, que muestra que hemos valorado la profundidad de las contradicciones relacionadas con la guerra imperialista y que sopesamos las cosas con más acierto que nunca, con más acierto que otras potencias, las cuales, a pesar de todas sus victorias y de toda su fuerza, no han encontrado ni encuentran hasta ahora salida. Este es el quid de la situación internacional, que explica lo que ahora vemos. Vemos ante nosotros cierto equilibrio, inseguro en sumo grado, pero indudable, incuestionable. No sé si para mucho tiempo, y creo que no es posible saberlo. Por eso debemos dar muestras de la mayor cautela. El primer legado de nuestra política, la primera enseñanza que se deduce del año de ejercicio gubernamental, enseñanza que deben asimilar todos los obreros y campesinos, es que debemos estar alerta y recordar que nos hallamos cercados de hombres, de clases, de gobiernos que exteriorizan públicamente el mayor odio por nosotros. Es preciso recordar que nos hallamos siempre al borde de una agresión militar. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance para evitar tamaño infortunio. A causa de la guerra imperialista sufrimos calamidades que tal vez no haya conocido ningún otro pueblo. Después sufrimos las calamidades de la guerra civil, impuesta por las clases dominantes, que defendían a la Rusia emigrante: a la Rusia de los terratenientes, a la Rusia de los capitalistas. Conocemos, de sobra conocemos las inauditas penurias que lleva la guerra a los obreros y a los campesinos. Por eso debemos ser de lo más cautelosos y ponderados en este problema. Estamos dispuestos a hacer las mayores concesiones y los mayores sacrificios, estamos dispuestos a ello con tal de mantener la paz que hemos conseguido a tan alto precio. Estamos dispuestos a hacer las mayores concesiones y los mayores sacrificios, pero no de cualquier género, ni por tiempo indefinido: que tomen buena nota los pocos, afortunadamente pocos, representantes de los partidos belicistas y de las camarillas anexionistas de Finlandia, Polonia y Rumania que especulan con eso. (*Aplausos*.)

Quien reflexione con un criterio razonable y realista; como político, dirá que no ha habido ni puede haber en Rusia otro gobierno, fuera del soviético, que haga tales concesiones ni tales sacrificios con respecto a las naciones, tanto a las que existían dentro de nuestro Estado como a las que fueron incorporadas al Imperio ruso. No hay ni puede haber otro gobierno que comprenda con tanta claridad como nosotros y que diga y declare con tanta precisión a todo el mundo que la actitud de la vieja Rusia, de la Rusia zarista, de la Rusia de los partidos belicistas era criminal con los pueblos que habitaban en Rusia, que esta actitud era inadmisible y provocó las más legítimas protestas, el odio y la indignación de las naciones oprimidas. No hay ni puede haber otro gobierno que reconozca tan abiertamente esta situación, que haga esta propaganda, la propaganda antichovinista, propaganda que consigna el carácter criminal de la vieja Rusia, de la Rusia del zarismo y de la Rusia de Kerenski; no hay ni puede haber otro gobierno que haga tal propaganda contra la incorporación por la fuerza de otras naciones a Rusia. Esto no es mera palabrería, sino un simple hecho político, claro para todos y absolutamente indiscutible. Mientras no haya, por parte de cualquier nación, intrigas contra nosotros que la comprometan y la aten a los esclavizadores con lazos imperialistas, mientras estas naciones no tiendan un puente que sirva para estrangularnos, no nos detendremos en formalidades. No olvidaremos que somos revolucionarios. (*Aplausos*.) Pero hay hechos que muestran de manera incontrovertible, sin dejar lugar a dudas, que la nación más pequeña y desprovista de armamento, por débil que sea, en la Rusia que ha vencido a los mencheviques y a los eseristas, puede y debe estar tranquila por completo de que no tenemos con ella más que intenciones pacíficas, de que no existe la menor atenuación de nuestra propaganda sobre el carácter criminal de la antigua política de los antiguos gobiernos y de que sigue siendo firme nuestro deseo de mantener a todo trance, a costa de inmensos sacrificios y concesiones, la paz con todas las naciones que formaban parte del Imperio ruso y que no han querido continuar dentro de nuestro Estado. Esto lo hemos demostrado. Y lo demostraremos por violentas que sean las imprecaciones que nos lancen desde todos lados. Creemos que lo hemos demostrado a la perfección, y ante esta asamblea de representantes de los obreros y campesinos de toda Rusia, ante toda la masa de millones y millones de obreros y campesinos de Rusia declaramos que seguiremos salvaguardando con todas nuestras fuerzas la paz y que no repararemos en concesiones ni sacrificios para mantenerla.

Pero hay un límite del que no podemos pasar. No consentiremos que se haga escarnio de los tratados de paz, no toleraremos las tentativas de malograr nuestra labor de paz. No lo consentiremos en ningún caso, y nos alzaremos como un solo hombre para defender nuestra existencia. (*Aplausos*.) Camaradas: Lo que acabo de decir es para vosotros muy comprensible y está clarísimo; no podíais esperar otra cosa de quienquiera que os rindiera cuenta de nuestra gestión política. Sabéis que nuestra política es así y sólo así. Mas, por desgracia, hoy existen dos mundos: el viejo, el capitalista, que se ha embrollado, que nunca retrocederá, y él nuevo mundo que crece, que todavía es muy débil, pero que se consolidará porque es invencible. Ese viejo mundo tiene su vieja diplomacia, que no puede creer que sea posible hablar en público y con sinceridad. La vieja diplomacia piensa: Aquí debe haber alguna asechanza. (*Aplausos y risas*.) Cuando un Estado de ese viejo mundo, omnipotente en el sentido económico y militar, envió a Moscú -hace ya mucho de esto- a un representante del Gobierno norteamericano, a Bullitt[81], con la propuesta de que concertásemos la paz con Kolchak y Denikin, paz que era la más desfavorable para nosotros, y cuando dijimos que apreciábamos tanto la sangre de los obreros y campesinos que venía vertiéndose hacía mucho en Rusia que estábamos dispuestos a firmar esa paz, aunque para nosotros era desventajosa en extremo, porque teníamos la seguridad de que Kolchak y Denikin habían de caer por efecto de la descomposición interna; cuando dijimos eso sin ambages, sin recurrir mucho al afectado tono diplomático, pensaron de nosotros que éramos unos embusteros. En cuanto regresó a su país Bullitt, que había demostrado su buena disposición en las conversaciones con nosotros, fue recibido con insultos y se le obligó a presentar la dimisión; lo que me extraña es que no lo llevasen a presidio, siguiendo la costumbre imperialista, por simpatizar en secreto con los bolcheviques. (*Risas y aplausos*.) Y resultó que quienes proponíamos a la sazón una paz peor para nosotros, la obtuvimos en mejores condiciones. Esta es una pequeña lección. Sé que no podemos aprender los métodos de la vieja diplomacia, como tampoco podemos dejar de ser lo que somos; pero las lecciones que en este tiempo hemos dado en materia de diplomacia y que han sido comprendidas por otras potencias no han podido menos de dejar ciertas huellas y es posible que se hayan quedado grabadas en la memoria de alguien. (*Risas*.) Por eso, nuestra declaración franca de que los obreros y campesinos de Rusia estiman más que nada los beneficios de la paz, pero que sólo están dispuestos a ceder en este sentido hasta cierto límite, ha sido entendida en el sentido de que ellos no han olvidado ni un segundo, ni un instante, las calamidades que les acarrearon la guerra imperialista y la guerra civil. Tenemos que recordarlo y, estoy seguro de ello, hemos de verlo confirmado y refrendado por el congreso, por todas las masas obreras y campesinas y por toda Rusia. Y estoy convencido de que no lo vamos a recordar en vano, de que ello desempeñará cierto papel, cualquiera que sea la actitud que se adopte, aunque, siguiendo la vieja costumbre de las cancillerías, no se vea en el hecho de recordarlo sino una añagaza diplomática.

He aquí, camaradas, lo que considero necesario decir sobre nuestra situación internacional. Se ha logrado un equilibrio inestable hasta cierto punto. En el aspecto material de lo económico y lo militar somos inconmensurablemente débiles, pero somos más fuertes que nadie en el aspecto moral. Claro está que no se debe comprender esta idea en el sentido de la moral abstracta, sino en el de la correlación de las fuerzas reales de todas las clases en todos los Estados. Esto ha sido comprobado en la práctica, y se demuestra con hechos, no con palabras; se ha demostrado ya en una ocasión; y si la marcha de la historia se repite de cierta manera, se volverá a demostrar una y otra vez. Por eso afirmamos: puesto que hemos iniciado nuestra edificación pacífica, dedicaremos todas nuestras fuerzas a proseguirla sin interrupción. Al mismo tiempo, camaradas, estad alerta, cuidad del poder defensivo de nuestro país y de nuestro Ejército Rojo como de las niñas de los ojos y recordad que no tenemos derecho a permitir ni un instante la menor debilidad en la defensa de nuestros obreros y campesinos y de sus conquistas. (*Aplausos*.)

Camaradas: Hecha esta concisa exposición de los aspectos más esenciales de nuestra situación internacional, pasaré a tratar de cómo empiezan a entablarse las relaciones económicas en nuestro país y en Europa Occidental, en los Estados capitalistas. La mayor dificultad en ese terreno consistía en que, sin ciertas relaciones mutuas con los Estados capitalistas, no podemos establecer sólidos nexos económicos. Los acontecimientos muestran con toda nitidez que tampoco ellos pueden establecerlos. Pero no somos tan altruistas como para dejar de pensar, sobre todo, en la manera de seguir subsistiendo pese a la hostilidad que nos muestran las otras potencias.

Ahora bien, ¿cabe concebir que una república socialista pueda subsistir en medio del cerco capitalista? Eso parecía inconcebible lo mismo en el sentido político que en el militar. Que esto es posible en los sentidos político y militar es ya cosa demostrada, ya es un hecho. ¿Y en el sentido comercial, en el sentido de las relaciones económicas? ¿Son posibles los vínculos, la ayuda, el intercambio de servicios entre la Rusia agraria atrasada y en ruinas y el grupo de potencias capitalistas adelantadas y ricas en el aspecto industrial? ¿Es que no se nos amenazó con cercarnos de alambradas, impidiendo de este modo toda

relación económica? "Si no los ha intimidado la guerra, los venceremos con el bloqueo".

Camaradas: Durante estos cuatro años hemos oído tantas amenazas, y amenazas tan terribles, que no podemos sentir temor por ninguna de ellas. En cuanto al bloqueo, la experiencia ha demostrado que no se sabe para quién es peor, si para los bloqueadores o para los bloqueados. La experiencia ha demostrado, sin dejar lugar a dudas, que durante este primer año, del que puedo rendiros cuenta, durante esta tregua relativamente elemental de la feroz violencia directa, no hemos sido reconocidos, se nos ha repudiado, se ha venido diciendo que no existían relaciones con nosotros (dejad que, juzgando con su criterio burgués, lo consideren así), pero, a pesar de todo, las relaciones existen. Esto es lo que me considero autorizado para comunicaros, sin la menor exageración, como uno de los resultados principales del año 1921, del que rendimos cuenta.

No sé si ya ha sido distribuido hoy entre vosotros, o aún lo será, el informe del Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros al IX Congreso de los Soviets. A juicio mío, este informe adolece del defecto de ser demasiado voluminoso y difícil de leer hasta el final. Puede que ésta sea una debilidad personal mía; no dudo de que la inmensa mayoría de vosotros, lo mismo que todo el que se interese por la política, leerá este informe, aunque no lo haga en el acto. Y aun cuando no se lo lea de cabo a rabo, sino por encima, se verá que Rusia se ha cubierto, si cabe expresarse así, de toda una serie de relaciones, representaciones, convenios comerciales, etc., bastante adecuados y permanentes. Es cierto que aún no existe el reconocimiento jurídico. Esto sigue teniendo su importancia, pues ha arreciado el peligro de alteración de este equilibrio inestable, el peligro de nuevos intentos de invasión, cosa a la que antes me he referido; pero el hecho es ése.

En 1921 -primer año de relaciones comerciales con el extranjero- hemos avanzado extraordinariamente. Esto se debe en parte a la situación del transporte, nuestra base, tal vez principal, o una de las bases principales de toda nuestra economía. Esto se debe a la importación y exportación. Permitidme citar unas cifras escuetas sobre el particular. Todas nuestras dificultades, las más increíbles, todas nuestras penurias, la clave de nuestras dificultades reside en el combustible y en el abastecimiento; todas nuestras penurias provienen del estado de la economía campesina, del hambre y las calamidades que se han abatido sobre nosotros. Sabemos bien que todo eso está relacionado con el transporte; de esto es preciso hablar para que todos los camaradas venidos de fuera sepan, y lo den a conocer una vez más a todos los camaradas de los distintos lugares, que necesitamos poner en tensión toda nuestra energía para superar la crisis de abastecimiento y de combustible. Estas causas siguen repercutiendo en nuestro transporte, instrumento material de las relaciones con el extranjero.

La mejora operada en la organización de nuestro transporte este año es indudable. En 1921, nuestra flota fluvial ha transportado muchas más cargas que en 1920. El recorrido medio en 1921 ha sido de 1.000 puds-versta, mientras que en 1920 fue de 800 puds-versta. Indudablemente hay un progreso en la organización. Es preciso decir que, por primera vez, comenzamos a recibir ayuda del extranjero: hemos hecho un pedido de miles de locomotoras y ya hemos recibido las primeras, 13 suecas y 37 alemanas. Este es un comienzo muy modesto, pero es un comienzo. Hemos encargado centenas de cisternas, y en 1921 han llegado ya unas 500. Todo esto nos cuesta muy caro, carísimo; pero, no obstante, la gran industria de los países adelantados nos presta ayuda, es decir, la gran industria de los países capitalistas nos presta ayuda en el restablecimiento de nuestra economía, a pesar de que todos esos países están gobernados por capitalistas, que nos odian con todas las fibras de su alma. Todos esos países están unidos entre sí por los gobiernos, que continúan tratando en su prensa el reconocimiento *de jure* de la Rusia Soviética y la legitimidad del gobierno bolchevique. Tras prolijas investigaciones, resulta que el gobierno bolchevique es legítimo, pero no puede ser reconocido. No tengo derecho a ocultar la triste verdad de que aún no nos reconocen, pero debo deciros que, pese a todo, se desarrollan nuestras relaciones comerciales.

Todos estos países capitalistas se encuentran en tal situación que nos roban, que hemos de pagarles más de lo que cuestan las mercancías; pero, a pesar de todo, ayudan a nuestra economía. ¿Por qué ha podido ocurrir eso? Porque actúan contra su voluntad, contra lo que pregona sin cesar la prensa; esta prensa no puede compararse con la nuestra ni por la tirada ni por la fuerza y el odio con que los países capitalistas nos combaten. Nos declaran criminales, pero nos ayudan. El resultado es que están vinculados a nosotros en el sentido económico. Como ya os he dicho, nuestro cálculo, tomado a vasta escala, resulta más exacto que el suyo. Y no porque no tengan hombres que sepan calcular bien -al contrario, tienen más que nosotros-, sino porque no se puede calcular debidamente cuando se lleva camino de perecer. Por eso yo quería daros a conocer algunas cifras más a título demostrativo de cómo se desarrolla nuestro comercio, con el extranjero. Tomaré sólo las cifras más escuetas y fáciles de recordar. Si analizamos los tres años transcurridos -1918,1919 y 1920-, nuestras importaciones fueron de algo más de 17 millones de puds, mientras que en 1921 han sido de 50 millones, es decir, tres veces más que en los tres años anteriores juntos. Nuestras exportaciones en los tres primeros años fueron de dos millones y medio de puds, en tanto que sólo durante el año 1921 han sido de once millones y medio. Esta

cifra es insignificante, irrisoria, pequeña hasta más no poder; para cualquier entendido no es sino señal de miseria. Eso es lo que testimonian estas cifras; y aun con todo, es un comienzo. Después de haber sufrido las tentativas de asfixiarnos directamente, después de haber estado oyendo durante años amenazas en el sentido de que mientras sigamos siendo lo que somos, recurrirán a todo para no permitir las relaciones con nosotros, vemos, no obstante, que hay quien ha sido más fuerte que esas amenazas. Vemos que ellos no han sabido tener bien en cuenta el desarrollo económico, pero nosotros sí hemos sabido hacerlo. Se le ha puesto comienzo. Ahora, toda nuestra atención, todos nuestros esfuerzos, toda nuestra preocupación deben tender a que este desarrollo no se interrumpa, a que siga adelante.

Os presentaré un pequeño cuadro más para mostrar cómo hemos avanzado en el transcurso de 1921. En el primer trimestre, las importaciones fueron de unos tres millones de puds; en el segundo, de ocho millones, y en el tercero, de veinticuatro. A pesar de todo, caminamos. Estas cifras son ínfimas, pero aumentan poco a poco. Vemos cómo aumentan en 1921, año de penurias inauditas. Sabéis lo que fue para nosotros una calamidad como la del hambre, y los padecimientos inauditos que el hambre sigue ocasionando a toda la agricultura, a la industria y a toda nuestra vida. Sin embargo, pese a que éramos un país tan arruinado por la guerra, un país que ha sufrido calamidades tan colosales a causa de las guerras y del dominio de los zares y los capitalistas, pisamos ahora una senda que nos ofrece la posibilidad de mejorar nuestra situación, aun cuando no cese la hostilidad contra nosotros. Este es el factor fundamental. Por eso, después de las recientes informaciones sobre la Conferencia de Washington[82], después de conocer la noticia de que las potencias hostiles a nosotros se verán precisadas a convocar en el verano una segunda conferencia, invitando a Alemania y a Rusia, para examinar las condiciones de una paz auténtica, decimos: nuestras condiciones son claras y precisas, las hemos expuesto, las hemos publicado[83]. ¿Serán acogidas con hostilidad? De esto no pueden caber dudas. Pero sabemos que la situación económica de los que nos bloqueaban es vulnerable. Existe una fuerza mayor que el deseo, la voluntad y la decisión de cualquiera de los gobiernos o de las clases hostiles a nosotros; esa fuerza está representada por las relaciones económicas generales del mundo, que les obligan a emprender el camino de las relaciones con nosotros. Cuanto más lejos vayan por este camino, con tantas mayores amplitud y rapidez se perfilará lo que hoy, en el informe de balance de 1921, sólo puedo mostraros con cifras tan irrisorias.

Debo pasar ahora a nuestra situación económica interior. También en este punto la cuestión principal en la que debe uno detenerse, ante todo, es la de nuestra política económica. Nuestra labor principal durante el año 1921 ha consistido en pasar a esta nueva política económica, en dar los primeros pasos por este camino, en aprender a darlos y en ajustar a esto nuestra legislación y nuestra administración. Conocéis por la prensa numerosos hechos e informaciones que muestran cómo ha ido el trabajo en este sentido. Claro está, no me vais a exigir que cite aquí nuevos hechos o enumere tales o cuales cifras. Es necesario dejar sentado únicamente lo fundamental, lo que más nos ha unido a todos nosotros, lo que es más substancial desde el punto de vista de la cuestión más esencial y más cardinal de toda nuestra revolución y de todas las futuras revoluciones socialistas (tomadas a escala universal).

La cuestión más cardinal y más esencial es la actitud de la clase obrera con los campesinos, la alianza de la clase obrera con el campesinado, la capacidad de los obreros avanzados, que han cursado la escuela larga y dura, pero prometedora, de las grandes fábricas, su capacidad para hacer las cosas de manera que atraigan a su lado a la masa de los campesinos, agobiados por el capitalismo, agobiados por los terratenientes, agobiados por su vieja hacienda escasa y mísera; su capacidad para demostrarles que sólo en la alianza con los obreros, cualesquiera que sean las dificultades que tengan que atravesar en este camino -las dificultades son muchas, y no podemos perderlas de vista-, sólo en esta alianza reside la garantía de que los campesinos se verán libres de la opresión secular de los terratenientes y capitalistas. Sólo en el afianzamiento de la alianza de los obreros y los campesinos reside la garantía de que toda la humanidad ha de verse libre de cosas como la reciente matanza imperialista, de las atroces contradicciones que hoy vemos en el mundo capitalista, donde un pequeño número, un puñado insignificante de las potencias más ricas se ahoga en su abundancia, mientras la inmensa mayoría de la población del globo terrestre sufre penalidades sin poder gozar de la cultura ni de los abundantes recursos existentes, que no encuentran salida por falta de mercado.

El paro forzoso es la calamidad principal de los países adelantados. No existe otra salida de esa situación que una sólida alianza entre el campesinado y la clase obrera, que ha cursado una escuela penosa, pero la única seria y verdadera, la de la fábrica, la de la explotación fabril, la de la unión dentro de las fábricas. No hay otra salida. Hemos experimentado esta alianza, política y militar, en los años más difíciles de nuestra república. Por primera vez en 1921, esta alianza presenta asimismo un carácter económico. Aún tenemos organizadas muy mal las cosas en este sentido. Hay que decirlo abiertamente. Es preciso ver este defecto, y no disimularlo. Es menester orientar todas las fuerzas a corregirlo, y

hace falta comprender que en ello reside la base de nuestra nueva política económica. Para organizar bien las relaciones entre la clase obrera y los campesinos, sólo caben dos caminos. Si existe una gran industria floreciente, si esta industria puede suministrar en seguida a los pequeños campesinos la cantidad necesaria de artículos, o más artículos que antes, y entablar así unas relaciones adecuadas entre las reservas de productos agrícolas procedentes de los campesinos y los artículos industriales, entonces los campesinos se verán plenamente satisfechos; entonces las masas campesinas, los campesinos sin partido, reconocerán, por la lógica de las cosas, que este nuevo orden es mejor que el orden capitalista. Por lo que concierne a una gran industria floreciente, capaz de facilitar en seguida a los campesinos todos los artículos que necesitan, tal condición existe; si se toma la cuestión a escala mundial, existe una gran industria floreciente que puede proveer al mundo de todos los artículos, pero no se sabe obtener de ella otra cosa que cañones, proyectiles y demás pertrechos bélicos, con tanto éxito empleados en 1914-1918. Entonces la industria trabajaba para la guerra y abasteció a la humanidad de sus artículos hasta el punto de que resultaron no menos de 10 millones de muertos y de 20 millones de mutilados. Esto lo hemos comprobado nosotros mismos, y téngase presente que la guerra en el siglo XX no se parece en nada a las precedentes.

Después de esta guerra, hasta en los países que salieron vencedores de ella han dejado oír su voz las gentes más hostiles y ajenas a todo socialismo, enemigos irreconciliables de cualquier idea socialista; se han dejado oír muchas voces diciendo de manera tajante que, aunque no existiesen en el mundo los malvados bolcheviques, difícilmente se consentiría otra guerra parecida. Esto lo afirman representantes de los países más ricos. Para eso ha servido esta rica y avanzada gran industria. Ha servido para fabricar mutilados, y no para proveer de artículos a los campesinos. Sin embargo, estamos en lo justo al decir que existe a escala mundial una industria como ésa. Existen en la Tierra países con una gran industria tan adelantada que puede abastecer inmediatamente a cientos de millones de campesinos atrasados. En esto basarnos nuestros cálculos. Vosotros sabéis mejor que nadie, porque lo observáis en la vida diaria, lo que nos ha quedado de nuestra gran industria, que ya de por sí era débil. Por ejemplo, en la cuenca del Donets, base fundamental de nuestra gran industria, ha habido tantas destrucciones en la guerra civil y han pasado por el poder tantos gobiernos imperialistas (¡cuántos no habrá conocido Ucrania!), que de nuestra gran industria no quedan más que restos insignificantes. Si a esto se agrega una calamidad como la mala cosecha de 1921, se comprenderá que haya fallado el intento de proveer a los campesinos de artículos de la gran industria, hoy en manos del Estado. Y habiendo fallado este intento, no puede haber otro vínculo económico entre los campesinos y los obreros, es decir, entre la agricultura y la industria, que el trueque de mercancías, el comercio. Este es el meollo del problema. La sustitución del sistema de contingentación por el impuesto en especie: tal es la esencia de nuestra política económica, la esencia más simple. Si no existe una gran industria floreciente, capaz de organizarse con el fin de satisfacer inmediatamente las necesidades de los campesinos, para el desarrollo gradual de una potente alianza de los obreros y los campesinos, no hay otra salida que el comercio y el ascenso paulatino de la agricultura y de la industria, superando su estado actual, bajo la dirección y el control del Estado obrero; no hay otro camino. La necesidad absoluta nos ha llevado a este camino. Y sólo ahí está la base y la esencia de nuestra nueva política económica.

Cuando la atención y las fuerzas principales estaban concentradas en las tareas políticas y militares, teníamos que actuar con la mayor rapidez, lanzándonos adelante con la vanguardia, sabiendo que esta vanguardia se vería apoyada. En las grandes transformaciones políticas, en la ingente empresa realizada durante tres años, al sostener la guerra contra las principales potencias del mundo tuvimos asegurada la alianza de los campesinos y los obreros por simples móviles políticos y militares, porque cada campesino sabía, sentía y palpaba que tenía enfrente a su enemigo secular, el terrateniente, al que, de una u otra forma, ayudaban los representantes de otros partidos. De ahí que esta alianza fuese tan firme e invencible.

En la esfera económica, la alianza debe tener otras bases. En esta esfera es necesario que cambien la esencia y las formas de la alianza. Si hay alguien entre los militantes del Partido Comunista o de los sindicatos, o simplemente entre los simpatizantes del Poder soviético, que no haya visto este cambio necesario de la esencia y de la forma de la alianza, tanto peor para él. Tales distracciones son inadmisibles en la revolución. La necesidad de cambiar la forma de la alianza obedece a que la alianza política y la alianza militar no podían extenderse con tanta facilidad a la esfera económica, porque aún no tenemos una gran industria, arruinada como está por una guerra sin precedentes en ningún otro país. Hoy es el día en que la industria aún no ha levantado cabeza ni siquiera en países incomparablemente más ricos que el nuestro, países que no sólo no han salido perdiendo a causa de la guerra, sino que han ganado. El cambio de forma y de esencia de la alianza de los obreros y los campesinos es una necesidad. En la esfera política y militar fuimos mucho más allá de lo que nos permitía la alianza económica de los obreros y los campesinos. Tuvimos que hacerlo para vencer al

enemigo, y estábamos en el derecho de hacerlo. Lo hicimos con éxito porque vencimos a nuestros enemigos en el terreno en que entonces estaba planteada la lucha, en el terreno político y militar; pero en el terreno económico sufrimos toda una serie de reveses. No debemos temer reconocerlo; al contrario: sólo aprenderemos a vencer cuando no temamos reconocer nuestras derrotas y nuestros defectos, cuando miremos cara a cara a la verdad, por amarga que sea. Tenemos derecho a enorgullecernos de los méritos contraídos en ese terreno, en el terreno político y militar. Esos méritos han pasado a figurar en la historia como una conquista universal, cuyas consecuencias habrán de verse en todas las esferas. Pero en la esfera de la economía, durante el año del que estoy rindiendo cuenta, no hemos hecho más que iniciar la nueva política económica, y en este sentido estamos dando un paso adelante. Al mismo tiempo, en este sentido sólo estamos comenzando a aprender, y cometemos incomparablemente más faltas, mirando atrás, dejándonos llevar por la vieja experiencia magnífica, de largo alcance, sublime, de trascendencia mundial, pero que no podía cumplir la tarea económica actual, en las condiciones de un país que tiene en ruinas la gran industria, en unas condiciones que exigen que aprendamos ante todo a entablar las relaciones económicas hoy inevitables y necesarias. Estas relaciones no son otra cosa que el comercio. Para los comunistas, éste es un descubrimiento muy desagradable. Es muy posible que este descubrimiento sea desagradable en extremo, y hasta no ofrece duda de que es desagradable, pero si nos dejamos llevar por lo que es agradable o desagradable, descenderemos al nivel de esos "casi" socialistas que tanto abundaban en la época del Gobierno Provisional de Kerenski. Es dudoso que esos "socialistas" gocen todavía de algún prestigio en nuestra república. Nuestra fuerza consistió siempre en la capacidad de tener en cuenta las correlaciones reales y no temerlas, por desagradables que fuesen.

Existiendo la gran industria a escala mundial, es indudable que se puede pasar directamente al socialismo, cosa que nadie podrá negar, como tampoco negará que esta gran industria o bien se congestiona y da lugar al paro forzoso en los países vencedores más prósperos y ricos o bien no hará sino fabricar proyectiles para el exterminio de seres humanos. Y si en nuestro país, dadas las condiciones de atraso en que estábamos, al hacer la revolución, no existe hoy el necesario desarrollo industrial, ¿qué debemos hacer? ¿Renunciar al camino emprendido? ¿Desanimarnos? No. Emprenderemos una labor ímproba, porque el camino iniciado es el certero. Indudablemente, el camino de la alianza de las masas populares es el único que conduce a que el trabajo de los campesinos y el de los obreros sea un trabajo para ellos mismos y no para los explotadores. Mas, para llegar a esto en nuestra situación, necesitamos entablar las únicas relaciones económicas posibles: las relaciones a través de la economía.

Esa es la causa de nuestro repliegue. Esa es la razón de que debamos replegarnos hacia el capitalismo de Estado, hacia la explotación de empresas en régimen de concesión, hacia el comercio. Sin eso, dado el actual estado de ruina, no podremos restablecer los debidos nexos con el campesinado. Sin eso nos amenaza el peligro de que el destacamento de vanguardia de la revolución avance tanto que se aleje de las masas campesinas. No habría alianza entre él y las masas campesinas, y eso equivaldría a la muerte de la revolución. Debemos abordar esta cuestión con extraordinaria serenidad, pues de ahí se desprende, ante todo y sobre todo, lo que hemos dado en llamar nueva política económica. Por eso hemos dicho unánimemente que aplicaremos esta política en serio y durante mucho tiempo, pero, claro está, como ya se ha señalado con razón, no siempre. Una tal política está dictada por nuestro estado de miseria y de ruina y por el tremendo debilitamiento de nuestra gran industria.

Me voy a permitir citar algunas cifras para mostrar que, por difícil que nos haya sido, por muchos que sean nuestros errores (los hemos cometido en cantidad extraordinaria), las cosas marchan, sin embargo. Camaradas: No poseo datos generales del desarrollo del comercio interior; sólo voy a citar datos de las operaciones de tres meses de la Unión Central de Cooperativas de Consumo. En septiembre, el giro de la Unión Central de Cooperativas fue de un millón de rublos oro; en octubre, de tres millones; y en noviembre, de seis. Una vez más, las cifras, tomadas como cifras absolutas, son pequeñas, ínfimas; hay que reconocerlo abiertamente, porque sería funesto hacerse ilusiones al respecto. Son cifras ínfimas, pero en el estado de ruina en que nos encontramos indican, sin duda, que avanzamos y que podemos apoyarnos en esta base económica. Por muchos que sean los errores que cometamos -los sindicatos, el Partido Comunista, la administración pública-, estamos convencidos, sin embargo, de que podemos evitarlos, y paulatinamente los evitamos, y de que seguimos un camino que restablecerá a todo trance las relaciones entre la agricultura y la industria. Debemos y podemos lograr el ascenso de las fuerzas productivas, aunque sólo sea al nivel de la pequeña hacienda campesina, y por ahora basándonos en la pequeña industria, ya que tan difícil es restablecer la grande. Debemos lograr éxitos y comenzamos a lograrlos, pero es preciso recordar que en este terreno, donde se requiere otro ritmo y otro ambiente de trabajo, es más difícil conseguir la victoria. En este terreno no podemos alcanzar nuestros objetivos con tanta rapidez como los alcanzamos en el terreno

político y militar. Aquí no podemos caminar a tirones y saltos; los plazos son otros, pues se miden por decenios. Tales son los plazos en que tendremos que lograr los éxitos en la guerra económica, al no contar con la ayuda, sino con la hostilidad de nuestros vecinos.

Pero nuestro camino es certero, puesto que es el que, tarde o temprano, emprenderán sin falta los otros países. Hemos comenzado a marchar por este camino certero. Lo único que necesitamos es medir cuidadosamente hasta el menor paso, tener en cuenta hasta nuestras más pequeñas faltas, entonces conseguiremos nuestros fines.

Ahora, camaradas, tendría que decir unas palabras sobre el renglón principal de nuestra economía, sobre la agricultura; pero supongo que sobre esto escucharéis un informe mucho más detallado y completo que el que yo podría hacer. Lo mismo digo en relación con el hambre, de lo cual os hará una exposición el camarada Kalinin.

Conocéis muy bien, camaradas, los tremendos estragos causados por el hambre en 1921. Esta calamidad de la vieja Rusia teníamos que heredarla por fuerza, porque la única salida está en el restablecimiento de las fuerzas productivas, pero no con la antigua base, estrecha y mísera, sino con otra nueva, con la base de la gran industria y de la electrificación. Sólo así podremos librarnos de nuestra miseria, de las rachas continuas de hambre. Mas para llevar a cabo este trabajo, como se advierte en seguida, no sirven los plazos con que medíamos nuestras victorias políticas y militares. No obstante, cercados como estamos de Estados enemigos, hemos abierto una brecha en el bloqueo: por exigua que haya sido la ayuda, algo hemos recibido. En total, esa ayuda equivale a dos millones y medio de puds. Esta es toda la ayuda que hemos recibido del extranjero, toda la ayuda que han tenido a bien prestar a la Rusia hambrienta los Estados extranjeros. Hemos podido reunir en concepto de donativos cerca de 600.000 rublos oro. Es una cifra irrisoria, que nos permite hacernos una idea del egoísmo de la burguesía europea ante el hambre que nos azota. Todos habréis leído, probablemente, que al principio, al conocerse las noticias sobre el hambre, influyentes hombres de Estado declararon con empaque y solemnidad que sería diabólico aprovecharse del hambre para plantear la cuestión de las viejas deudas. Yo no sé si el diablo es más terrible que el moderno imperialismo. Lo que sí sé es que, en realidad, a pesar del hambre, han intentado cobrarse las viejas deudas en condiciones particularmente gravosas. No nos negamos a pagar y declaramos solemnemente que estamos dispuestos a hablar de esto con criterio realista. Pero todos comprenderéis -no puede haber dudas al respecto- que jamás, en ningún caso toleraremos que nos aten con este motivo sin más ni más, sin examinar las mutuas pretensiones, sin debate realista de la cuestión.

Debo comunicaros que en estos últimos días hemos conseguido, a pesar de todo, un éxito muy considerable en la lucha contra el hambre. Habréis leído probablemente en los periódicos que Norteamérica ha asignado veinte millones de dólares para ayudar a los hambrientos de Rusia, posiblemente en las mismas condiciones que la ARA, organización norteamericana de ayuda a los hambrientos[84]. En días pasados recibimos un telegrama de Krasin, en el que daba cuenta de que el Gobierno norteamericano propone formalmente garantizar que en el transcurso de tres meses recibiremos comestibles y semillas por valor de veinte millones de dólares, si por nuestra parte podemos comprometernos a invertir con el mismo fin diez millones de dólares (veinte millones de rublos oro). Inmediatamente dimos nuestro consentimiento, cosa que comunicamos por telégrafo. Y, por lo visto, podemos decir que durante los primeros tres meses aseguraremos víveres y semillas para los hambrientos por la suma de treinta millones de dólares, es decir, sesenta millones de rubios oro. Esto, naturalmente, es poco, no basta en absoluto para poner fin a las terribles calamidades que se han abatido sobre nosotros. Todos lo comprenderéis perfectamente. Pero, en todo caso, es una ayuda que, sin duda, hará lo suyo en el sentido de aliviar las tremendas necesidades y el terrible azote del hambre. Y si en el otoño hemos conseguido ya cierto éxito en el abastecimiento de semillas a los lugares afectados por el hambre y en la ampliación de la superficie de siembra en general, esperamos lograr éxitos mayores aún en la primavera.

En el otoño sembramos aproximadamente, en las provincias azotadas por el hambre, el 75% de las tierras dedicadas a cultivos otoñales; en las provincias parcialmente afectadas por la mala cosecha, el 102 %; en las provincias productoras de grano, el 123 %; y en las provincias consumidoras, el 126 %. Estas cifras indican en todo caso que, por endiabladamente difíciles que sean las condiciones en que nos desenvolvemos, hemos ayudado algo, no obstante, a los campesinos a ampliar el área de siembra y a combatir el hambre. En las condiciones creadas tenemos derecho a esperar ahora, sin exageración alguna y sin temor a equivocarnos, que si logramos aprontar las semillas para la siembra de la primavera, prestaremos una ayuda substancial a los campesinos. Esta ayuda, lo repito, en ningún caso será completa. En modo alguno contamos con los recursos precisos para cubrir todas las necesidades. Esto hay que decirlo abiertamente. Por eso es tanto más necesario poner en tensión las fuerzas para ampliar esta ayuda.

A este propósito debo daros a conocer las cifras generales referentes a nuestra labor en materia de abastecimiento. El impuesto en especie ha sido, en

suma, un alivio para el conjunto de los campesinos, para todo el campesinado en general. Esto no necesita demostración. El problema no estriba sólo en la cantidad de trigo que se haya incautado a los campesinos, sino en que éstos ven más asegurada su situación con el impuesto en especie y tienen ahora más interés en el fomento de la economía. A los campesinos laboriosos, si aumentan las fuerzas productivas, el impuesto en especie les ofrece una perspectiva más amplia. El balance de la recaudación del impuesto en especie, durante el año del que rendimos cuenta, es tal que debemos decir: hay que intensificar todos nuestros esfuerzos para no malograr las cosas.

He aquí el balance general más escueto que puedo daros a conocer, según los últimos datos facilitados por el Comisariado del Pueblo de Abastecimiento. Necesitamos no menos de doscientos treinta millones de puds, De ellos, doce para los hambrientos, treinta y siete para semillas y quince para el fondo de reserva. Podemos recibir ciento nueve millones de impuesto en especie, quince por el uso de los molinos, doce y medio por la devolución de los préstamos de semillas, trece y medio por el trueque de mercancías, veintisiete de Ucrania y treinta y ocho del extranjero (treinta y ocho si se tiene en cuenta que recibiremos treinta de la operación de que acabo de hablaros, más ocho millones de puds que compraremos). En total, doscientos quince millones de puds. Por tanto, resulta un déficit, y no disponemos siquiera de un pud de reserva. Y no sabemos si podremos hacer nuevas compras en el extranjero. Debido a eso, nuestro plan de abastecimiento está orientado ahora tan sólo a echar las menores cargas posibles sobre los campesinos, que han sufrido las consecuencias del hambre. Durante mucho tiempo hemos dedicado todos nuestros esfuerzos, en las instituciones soviéticas centrales, a conseguir que el plan de abastecimiento se calculara con la máxima exactitud. Mientras que en 1920 el Estado subvenía al abastecimiento de treinta y ocho millones de personas, ahora hemos reducido esta cifra a ocho millones. Tal es la magnitud de la reducción efectuada en este terreno. Pero de ahí se desprende una sola conclusión: el impuesto en especie debe ser hecho efectivo en el cien por cien, es decir, totalmente, a todo trance. En modo alguno olvidamos que esto representa una carga inmensa para los campesinos, que tanto han sufrido. Sé muy bien que los camaradas que han llevado a cabo en los distintos lugares la campaña de abastecimiento comprenden mejor que yo lo que significa esta tarea: recoger sin falta ahora, en un cien por cien, el impuesto en especie. Pero en nombre del gobierno, como resumen del informe de rendición de cuentas de nuestra gestión en 1921, debo deciros: es preciso, camaradas, cumplir esta tarea, es preciso hacer frente a esta dificultad e imprescindible salir airosos de esta dura prueba. De otro modo no podemos asegurar lo fundamental, lo más elemental en el terreno de nuestro transporte y de nuestra industria, no podemos asegurar el presupuesto mínimo y absolutamente indispensable, sin el cual no es posible subsistir en la situación en que nos encontramos, cercados de enemigos y ante un equilibrio internacional inestable en sumo grado.

Sin hacer los mayores esfuerzos no hay ni puede haber salida de la situación en que nos vemos, por efecto de los estragos de la guerra imperialista y de la guerra civil, así como de la furiosa campaña desencadenada contra nosotros por las clases gobernantes de todos los países. Por eso es preciso que digamos con toda claridad, sin temor a la amarga verdad y ratificándolo en nombre del congreso, a todos los funcionarios locales: "Camaradas: La existencia de la República Soviética y nuestro modestísimo plan de restablecimiento del transporte y de la industria dependen de que cumplamos el programa general de abastecimiento. Por eso la recaudación del impuesto en especie en un cien por cien es una necesidad absoluta".

Hablando del plan, paso a tratar de la situación que prácticamente se nos ha creado en relación con el plan del Estado. Comenzaré por el combustible, por lo que es el pan para la industria, por lo que es la base de toda nuestra actividad industrial. Probablemente habréis recibido ya hoy o recibiréis uno de estos días los datos relativos a la labor de nuestro Gosplán, de la Comisión del Plan del Estado. Recibiréis un informe sobre el congreso de los técnicos en electricidad, que ha dado como fruto una profunda y abundante documentación, una comprobación, por los mejores técnicos y científicos de Rusia, del único plan con fundamento científico, el más rápido y el más inmediato para restablecer nuestra gran industria, plan cuyo cumplimiento requiere no menos de diez o quince años. Ya he dicho, y no me cansaré de repetirlo, que los plazos a que debemos atenernos en nuestra labor práctica no son ahora como lo fueron en la actividad política y militar. Muchos de los funcionarios dirigentes del Partido Comunista y de los sindicatos lo han comprendido así, pero es preciso que lo comprendan todos. Por cierto, en el folleto del camarada Krzhizhanovski que se os entregará mañana -el informe sobre la labor del Gosplán-, veréis cómo se plantea la cuestión de nuestro plan estatal en general desde el punto de vista del pensamiento colectivo de los ingenieros y agrónomos. Veréis cómo abordan este asunto los ingenieros y agrónomos: no con nuestro criterio habitual, desde el punto de vista político general o económico general, sino desde el punto de vista de la experiencia colectiva, calculando, entre otras cosas, hasta dónde podemos replegarnos. En este folleto veréis la respuesta a esta cuestión desde el punto de vista de los ingenieros y

agrónomos, lo cual concede tanto mayor valor a lo que encontraréis en él, como resultado de la labor realizada este año por el organismo planificador de nuestro Estado: un cuadro de cómo plantean ellos el problema del transporte y de la industria. Claro es que yo no puedo exponeros aquí el contenido de esa labor.

Sólo quisiera detenerme con mucha concisión en el estado en que se encuentra el plan de combustible, pues en este terreno es donde se creó la situación más grave a comienzos del año 1921, del que rendimos cuenta. Precisamente en este terreno, basándonos en la mejora operada a fines de 1920, incurrimos en el mayor error de cálculo y llevamos el transporte a la colosal crisis de la primavera de 1921, crisis debida no ya sólo a la escasez de recursos materiales, sino a que calculamos mal el ritmo de desarrollo. Entonces se vieron ya las consecuencias del error cometido al trasplantar a las tareas económicas la experiencia reunida por nosotros durante el período de las tareas políticas y militares: error gravísimo, error cardinal, en el que hasta ahora, camaradas, seguimos reincidiendo a cada paso. En la actualidad son muchos nuestros errores, y hay que decir que si no nos damos cuenta de ellos y si no logramos a todo trance corregirlos, no podrá haber una mejora económica firme. Después de la lección recibida, para la segunda mitad de 1921 trazamos ya el plan de combustibles con gran cautela, considerando inadmisible en este sentido la menor exageración y combatiéndola por todos los medios. Las cifras hasta finales de diciembre, todavía incompletas, facilitadas por el camarada Smilga, que dirige todos nuestros organismos de acopio de combustibles, muestran que tenemos un déficit, pero ya insignificante, y además un déficit demostrativo de que mejora la estructura interna de nuestro presupuesto de combustible, precisamente lo que los técnicos llaman mineralización de dicho presupuesto, es decir, un gran éxito en el abastecimiento de Rusia de combustible mineral. No olvidemos que sólo con combustible mineral puede lograrse una sólida organización de la gran industria, capaz de sentar los cimientos de la sociedad socialista.

He aquí cómo fue calculado a comienzos del segundo semestre de 1921 nuestro plan de combustibles. Traducidos los 2.700.000 *sazhen*[*] cúbicos de leña a combustible convencional de 7.000 calorías, como siempre hacemos y como se hace en la página 40 del folleto de Krzhizhanovski, que se os entregará, esperamos obtener 297 millones de puds. Las cifras muestran que ahora hemos obtenido unos 234 millones de puds. Resulta un déficit inmenso, sobre el que debo llamar vuestra atención. Durante el año del que rendimos cuenta hemos prestado gran atención a la labor de nuestros organismos de acopio de leña. Pero precisamente esta labor es la que más relación guarda con el estado de la economía campesina. Ahí precisamente recae todo el peso sobre el campesino y su caballo. Ahí repercute con gran fuerza en el trabajo la falta de combustible, de piensos, etc. Por eso resulta el déficit. Por eso, ahora que estamos comenzando la campaña invernal de acopio de combustible, debo decir una vez más: camaradas, difundid por todas partes la consigna de poner en máxima tensión las fuerzas en este terreno. En nuestro presupuesto de combustible hemos calculado el mínimo de lo absolutamente necesario para levantar la industria, pero este mínimo hay que cumplirlo a toda costa, por difíciles que sean las condiciones.

Sigamos. Calculábamos obtener ciento cuarenta y tres millones de puds de carbón, y hemos obtenido ciento ochenta y cuatro: este éxito, este progreso de la mineralización de nuestro combustible se debe a la cuenca del Donets y a otros organismos, en los que toda una serie de camaradas han trabajado con gran abnegación y han conseguido resultados prácticos en el mejoramiento de la gran industria. Os citaré un par de cifras referentes a la cuenca del Donets, porque ésta es la base, el gran centro de toda nuestra industria. Calculábamos obtener ochenta millones de puds de petróleo; lo que, traducido a combustible convencional, equivalía a ciento veinte millones. Calculábamos obtener cuarenta millones de puds de turba (diecinueve millones de combustible convencional), y hemos obtenido cincuenta. En suma, calculábamos reunir quinientos setenta y nueve millones de puds y, por lo visto, se conseguirán no más de quinientos sesenta y dos millones. En resumidas cuentas, hay un déficit de combustible. Ciertamente, este déficit no es tan grande, será tal vez del 3 % o del 4 %, pero, de todos modos, es un déficit. En todo caso, habrá que reconocer que todo esto supone un peligro directo para la gran industria, pues no se cumplirá algo de ese mínimo que se había señalado. Con este ejemplo creo que os he demostrado, primero, que la labor de nuestros organismos planificadores no ha sido infructuosa y que nos acercamos al momento de ver cumplidos nuestros planes. A la vez, este ejemplo muestra que no hacemos más que iniciar el ascenso, que en este sentido nuestra situación económica es aún extraordinariamente dura y difícil y que, por tanto, la consigna fundamental, la divisa fundamental de combate, la exhortación fundamental con que debe desarrollar y terminar sus labores nuestro congreso y que debe ser propagada del uno al otro confín del país, al finalizar nuestras sesiones, es la siguiente: hace falta poner en más tensión aún las fuerzas, por duro que ello sea, tanto en la industria como en la agricultura. No hay otra salvación para la república que un trabajo más intenso en este sentido, si queremos mantener, conservar y afianzar el poder

[*] Antigua medida rusa equivalente a 2.134 metros. *(N. de la Edit.)*

de los obreros y los campesinos. Que hemos conseguido no pocos éxitos lo demuestra, en particular, el ejemplo de la cuenca del Donets, donde han trabajado con extraordinarios éxito y lealtad hombres como el camarada Piatakov, en la gran industria, y el camarada Rujimóvich, en la pequeña industria; este camarada ha conseguido por primera vez organizar la pequeña industria de modo que proporcione algunos frutos. En la gran industria, el rendimiento de los mineros ha alcanzado el nivel de anteguerra, cosa que antes no ocurría. Toda la productividad de la cuenca del Donets, si tomamos el año 1920, equivalía a doscientos setenta y dos millones de puds; en 1921 equivale a trescientos cincuenta millones de puds. Esta cifra es muy pequeña en comparación con la máxima de antes de la guerra, que era de mil setecientos millones; pero ya es algo. Esto muestra que estamos dando un gran paso adelante. A pesar de todo, es un paso adelante en el restablecimiento de la gran industria. No podemos escatimar sacrificios para restablecerla.

Dos palabras más sobre la metalurgia. En este sentido, nuestra situación es grave en particular. Producimos, quizás, el 6% de lo que se producía antes de la guerra. ¡Tal es el estado de ruina, la miseria a que han llevado a Rusia la guerra imperialista y la guerra civil! Pero, claro está, vamos levantando cabeza. Están creándose en nuestro país centros como Yugostal[85], donde trabaja con la mayor abnegación el camarada Mezhlauk. Por difícil que sea nuestra situación, en este terreno vemos un éxito inmenso. En la primera mitad de 1921 se fundieron mensualmente setenta mil puds de hierro; en octubre, ciento treinta mil; en noviembre, doscientos setenta mil, es decir, casi el cuádruplo. Como vemos, no hay motivo para dejarse llevar del pánico. En modo alguno ocultamos que estas cifras muestran un nivel bajísimo, mísero, pero con ellas podemos demostrar que, por duro que haya sido el año 1921, por extraordinarias que hayan sido las penurias para la clase obrera y los campesinos, estamos saliendo de esa situación, seguimos un camino certero y, desplegando todas las fuerzas, podemos confiar en que el ascenso será mayor aún.

Quisiera daros a conocer, además, algunos datos sobre los progresos de la electrificación. Lamentablemente, todavía no contamos con grandes éxitos. Yo esperaba poder felicitar al IX Congreso por la inauguración de la segunda gran central eléctrica construida por el Poder soviético: la primera fue la de Shatura, y la segunda -la nueva central- es la de Kashira, que pensábamos inaugurar en diciembre[86]. Esta nueva central debería dar -y puede dar- 6.000 kilovatios en la primera fase de las obras, que, unidos a los 18.000 kilovatios de que disponemos en Moscú, sería una ayuda substancial. Pero diversos obstáculos nos han impedido poner en marcha esta central en diciembre de 1921. Comenzará a funcionar en breve, dentro de unas semanas. Probablemente os habréis fijado en el balance que días pasados apareció en *Ekonomícheskaya Zhizn*[87] con la firma del ingeniero Levi, uno de los principales participantes del VIII Congreso Nacional de Electrotecnia y uno de nuestros especialistas más destacados. De este balance citaré tan sólo las siguientes cifras escuetas: En 1918 y 1919 se inauguraron cincuenta y una centrales con una potencia de 3.500 kilovatios. En 1920 y 1921 se inauguraron doscientas veintiuna con una potencia de 12.000 kilovatios. Si comparamos estas cifras con las de Europa Occidental, parecerán, claro está, ínfimas y míseras. Pero muestran cómo es posible progresar incluso en medio de dificultades jamás vistas en ningún país. Ha desempeñado un papel de no poca importancia la proliferación de las pequeñas centrales en el campo. Hay que decir abiertamente que, con mucha frecuencia, en este sentido ha habido dispersión de esfuerzos. Pero en esta dispersión hay cierta utilidad. Gracias a estas pequeñas centrales se han creado en el campo centros de la nueva gran industria moderna. Aunque insignificantes, estas pequeñas centrales hacen ver a los campesinos que Rusia no se detendrá en el trabajo manual, no se detendrá en su primitivo arado de madera, sino que marchará al compás de los nuevos tiempos. En las masas campesinas va penetrando paulatinamente la idea de que debemos y podemos poner en Rusia otra base. Como ya he dicho, en este sentido los plazos se cuentan por decenios, pero el trabajo ha comenzado ya, y el grado de conciencia de las masas campesinas crece, en parte gracias precisamente a que en nuestro país las pequeñas centrales se multiplican con mayor rapidez que las grandes. Si en 1921 hemos demorado la inauguración de una gran central eléctrica, a comienzos de 1922 tendremos dos: la de Kashira en la zona de Moscú y la de Utkina Závod en la de Petrogrado[88]. A este respecto, en todo caso hemos emprendido un camino por el que podremos avanzar si seguimos cumpliendo nuestras tareas con el mismo empeño.

Dos palabras sobre otro éxito, sobre el obtenido con la turba. En 1920, la extracción fue de noventa y tres millones de puds; y en 1921, de ciento treinta y nueve millones; es, tal vez, la única esfera en la que hemos dejado muy atrás el nivel de anteguerra. Contamos con riquísimos yacimientos, como en ningún otro país. Pero ha habido, y en parte sigue habiendo, gigantescas dificultades en el sentido de que este trabajo, duro en general, era terriblemente difícil en Rusia. El descubrimiento del método hidráulico de extracción, gracias a los trabajos realizados en la Dirección General de la Turba por los camaradas Rádchenko, Ménshikov y Morózov facilita la tarea. En este sentido se ha conseguido un éxito inmenso. En 1921 han sido puestos en servicio

dos aparatos para la extracción hidráulica de turba, que evitan a los obreros el trabajo sobrehumano para obtener este combustible. Ahora hemos hecho un pedido a Alemania y esperamos contar en 1922 con veinte aparatos más. La cooperación con este adelantado país europeo ha comenzado. Surge la posibilidad de impulsar esta obra, que no podemos dejar de la mano. La abundancia de tierras pantanosas y las reservas de turba en Rusia son mayores que en ningún otro país, y ahora es posible conseguir que este trabajo, antes sobrehumano y del que sólo se ocupaba y podía ocuparse un pequeño número de obreros, sea más normal. La colaboración práctica con un Estado avanzado moderno -con Alemania- es un hecho, puesto que ya se están fabricando allí aparatos que alivian este trabajo, aparatos que seguramente podrán ser empleados ya en 1922. Debemos prestar atención a esta circunstancia. En este orden de cosas es mucho lo que podemos hacer si todos llegamos a comprender y difundimos la idea de que, poniendo en tensión las fuerzas y mecanizando el trabajo, Rusia cuenta con mayores posibilidades que ningún otro país para salir de la crisis económica.

Ahora, en la esfera de nuestra política económica, quiero subrayar otro aspecto de la cuestión. Al enjuiciar nuestra nueva política económica, no basta prestar atención a algo que puede ser muy importante. Desde luego, la esencia de la nueva política económica es la alianza entre el proletariado y los campesinos, la alianza de la vanguardia, del proletariado, con las grandes masas campesinas. El ascenso de las fuerzas productivas -a todo trance, inmediatamente, ahora mismo- ha comenzado gracias a la nueva política económica. Hay además otro aspecto de la nueva política económica: la posibilidad de aprender. La nueva política económica es la forma mediante la cual comenzaremos de verdad a aprender a administrar; pero, hasta ahora, en esta esfera no hemos podido hacerlo peor. Es natural que a un dirigente comunista, a un dirigente sindical de las masas trabajadoras le sea difícil hacerse a la idea de que el comercio es hoy el eje de nuestra vida económica, el único vínculo posible del destacamento de vanguardia del proletariado con los campesinos, el único eslabón posible; aferrándonos al cual conseguiremos iniciar un ascenso económico en todo el frente. Si nos fijamos en cualquier comerciante que opera bajo el control del Estado y de los tribunales (nuestros tribunales son proletarios y sabrán controlar a cada empresario privado para que las leyes se les apliquen no como se les aplican en los Estados burgueses; hace poco hubo en Moscú un ejemplo de esta naturaleza[89], y todos vosotros sabéis bien que multiplicaremos el número de estos ejemplos, castigando con rigor los intentos de los señores empresarios privados de infringir nuestras leyes), veremos que, no obstante, este comerciante, este empresario privado, por el cien por cien de beneficio sabrá organizar las cosas -supongamos, adquirir materias primas para la industria- como muy a menudo no saben hacerlo ni los comunistas ni los dirigentes sindicales. Pues bien, ahí está el significado de la nueva política económica. Aprended. Esta escuela es muy seria, todos debemos cursarla. Es una escuela muy dura. No se parece en nada a los ciclos ordinarios de conferencias ni a la habitual rendición de exámenes. Se trata de una lucha económica áspera y dura, en medio de la miseria, en medio de increíbles penurias y dificultades debidas a la falta de pan, al hambre, al frío, pero es la verdadera escuela que debemos cursar. Todo intento de desentenderse de esta tarea, todo intento de no querer ver la realidad y permanecer al margen sería altanería comunista y sindical de lo más delictiva y peligrosa. Camaradas: Todos nosotros, gobernantes de la Rusia Soviética, adolecemos mucho de este defecto, y es preciso reconocerlo con toda franqueza para corregirlo.

Emprendemos nuestra edificación económica, basándonos en la experiencia de ayer, y en esto radica nuestro error fundamental. Os recordaré un proverbio francés que dice que, por lo general, los defectos de los hombres guardan relación con sus virtudes. Los defectos en el hombre son, por decirlo así, una prolongación de sus virtudes. Si las virtudes son más de la cuenta, se manifiestan cuando no hace falta y donde no hace falta, se convierten en defectos. Probablemente, casi todos vosotros lo habréis visto en la vida personal y en la vida en general. Ahora lo vemos en el desarrollo de nuestra revolución, de nuestro partido y de nuestros sindicatos, que son el principal punto de apoyo del partido, así como en la administración pública de la Rusia Soviética. Vemos este defecto, que es, por decirlo así, la prolongación de nuestras virtudes. Nuestro mayor mérito es el haber dado en la esfera política y militar un paso de alcan ce histórico mundial que ha entrado en la historia universal como la inauguración de una nueva época. Por muchas que sean las penurias que debamos sobrellevar, nadie podrá quitarnos eso. De la guerra imperialista y de nuestras penurias pudimos salir gracias únicamente a la revolución proletaria, gracias únicamente a que el régimen soviético vino a sustituir al viejo régimen. Esto no se nos puede quitar, éste es un mérito innegable, indiscutible e inalienable que no puede ser anulado por mucho que se empeñen y nos ataquen nuestros enemigos, pero que, de seguir poniéndolo en evidencia donde no hace falta, se convertiría en el defecto más peligroso.

Las tareas políticas y las tareas militares pudieron cumplirse gracias al entusiasmo que tenía su raíz en el nivel de conciencia alcanzado entonces por los obreros y los campesinos. Todos veían que la guerra imperialista los asfixiaba; para comprenderlo no era preciso llegar a un nivel más alto de conciencia, a un

nivel más alto de organización. Aquel entusiasmo, aquel ímpetu, aquel heroísmo, que han sido y serán siempre un ejemplo imperecedero de lo que es capaz de hacer la revolución y de lo que ha podido hacer la revolución, contribuyeron a cumplir estas tareas. Así logramos nuestros éxitos políticos y militares, pero esta virtud se convierte ahora en nuestro defecto más peligroso. No hacemos más que mirar atrás y creer que también las tareas económicas se pueden cumplir de la misma manera. Ahí está el error: cuando la situación ha cambiado y debemos cumplir tareas de otro género, no se puede mirar atrás y pretender emplear los métodos de ayer. No lo intentéis: ¡así no haréis nada! Necesitamos darnos cuenta de esta equivocación. Los militantes del partido y los dirigentes de los sindicatos que, en calidad de funcionarios soviéticos o de combatientes de ayer, dejaron a un lado en muchos casos la labor económica modesta, difícil y prolongada, que requiere firmeza, duras pruebas, un largo esfuerzo, diligencia y tesón, se desentienden ahora de ella, diciendo que ayer hicimos una gran obra; me hacéis recordar la fábula de los gansos que se ufanaban de haber "salvado a Roma", a lo que el campesino replicó, empuñando una vara: "Dejad en paz a vuestros antepasados. Decidme qué habéis hecho vosotros". Nadie niega que en 1917, 1918, 1919 y 1920 cumplimos nuestras tareas políticas y militares con el heroísmo y el éxito con que dimos comienzo a la nueva época de la historia universal. Este es un mérito que nos pertenece y que nadie pretende negarnos ni en el partido ni en los sindicatos; pero hoy es otra la tarea que se plantea a los funcionarios de la administración soviética y a los funcionarios de los sindicatos.

Hoy estáis rodeados de potencias capitalistas que, lejos de ayudaros, os estorbarán; ahora trabajáis en medio de la miseria, la ruina, el hambre y los desastres. O aprendéis a trabajar a otro ritmo, calculando el esfuerzo para decenios, y no para meses, apoyándoos en unas masas que están extenuadas y que no pueden trabajar con heroísmo y a un ritmo revolucionario en la vida cotidiana, u os llamarán gansos, y con sobrada razón. Cuando cualquier funcionario sindical y político dice frases generales, proclamando que nosotros -los sindicatos-, nosotros -el Partido Comunista- somos los que administramos, dice bien. En la esfera política y militar lo hicimos a las mil maravillas, pero en la esfera económica lo hacemos pésimamente. Hay que reconocerlo y hacer las cosas mejor. A los sindicatos que plantean a grandes rasgos si deben participar en la producción, les diré: dejad vuestra charlatanería (*aplausos*), será mejor que me contestéis prácticamente y digáis (si ocupáis cargos de responsabilidad, como hombres de prestigio, como funcionarios del Partido Comunista o de los sindicatos): ¿Dónde habéis organizado bien la producción?, ¿durante cuántos años lo habéis estado haciendo?, ¿a cuántos hombres controláis: a mil o a diez mil? Dadme la lista de los que habéis elevado a puestos de responsabilidad de una labor económica que hayáis llevado hasta el fin, en vez de ocuparos de veinte asuntos distintos y no llevar a término ninguno por falta de tiempo. No es costumbre soviética llevar los asuntos hasta el fin, rendir cuenta de éxitos durante varios años seguidos y no tener miedo de aprender del comerciante que obtiene el cien por cien de beneficio y algo más. En vez de eso, lo que se hace es escribir flamantes resoluciones sobre las materias primas y decir que somos los representantes del Partido Comunista, de los sindicatos, del proletariado. Perdonad que os diga: ¿Qué es el proletariado? Es la clase ocupada en la gran industria. ¿Y dónde está la gran industria? ¿Qué proletariado es éste? ¿Dónde está vuestra industria? ¿Por qué está paralizada? ¿Porque no hay materias primas? ¿Pero habéis sabido conseguirlas? No. Escribid resoluciones para conseguirlas, y haréis el ridículo: os dirán que no hacéis más que tonterías y que os parecéis a esos gansos cuyos antepasados salvaron a Roma.

La historia nos ha impuesto actualmente la tarea de dar cima a la más grandiosa revolución política mediante una labor económica lenta, penosa, ardua, en la que los plazos son muy largos. Las grandes revoluciones políticas de la historia han exigido siempre un largo camino para asimilarlas. Todas las grandes revoluciones políticas se han decidido por el entusiasmo de los destacamentos de vanguardia, tras los cuales seguían las masas de manera espontánea, semiconsciente. De otro modo no podía ser el desarrollo en una sociedad oprimida por los zares, los terratenientes y los capitalistas. Esta parte del trabajo, es decir, la revolución política, fue realizada por nosotros de tal modo que el significado histórico universal de esta obra es incuestionable. Pero después, tras la gran revolución política, surge otra tarea que es preciso comprender: hay que asimilar esta radical transformación, hacerla realmente efectiva, sin desentenderse, diciendo que el régimen soviético es malo y hay que reorganizarlo. Existen entre nosotros demasiados partidarios de hacer toda clase de reorganizaciones, de las que se deriva la mayor calamidad que yo he conocido en mi vida. Sé perfectamente que nuestra administración adolece de defectos en lo que atañe a organización de las masas; por cada diez deficiencias que me señale cualquiera de vosotros, yo añadiría en seguida un centenar más. Pero no se trata de mejorar la administración, reorganizándola con rapidez; lo que hace falta es asimilar esta transformación política para alcanzar otro nivel cultural y económico. Ese es el quid. No hay que reorganizar, sino, por el contrario, ayudar a corregir los numerosos defectos de que adolece el régimen soviético y todo el sistema administrativo,

con el fin de ayudar a millones de personas. Es preciso que toda la masa campesina nos ayude a digerir la grandiosa conquista política que hemos logrado. En este sentido tenemos que ver las cosas con serenidad y darnos cuenta de que esta conquista es real, pero aún no ha echado hondas raíces en la vida económica diaria y en las condiciones de existencia de las masas. Aquí hay trabajo para decenios enteros, y será preciso hacer enormes esfuerzos. Es imposible llevarlo a cabo al ritmo, con la rapidez y en las condiciones de la labor militar.

Antes de terminar, me permitiré hacer extensiva esta enseñanza -que los defectos son a veces la prolongación de nuestras virtudes- a una de nuestras instituciones: a la Comisión Extraordinaria de toda Rusia (Cheka)[90]. Camaradas: Todos vosotros sabéis, como es natural, que esta institución promueve un odio feroz entre la emigración rusa y entre los numerosos representantes de las clases gobernantes de los países imperialistas, que conviven con los emigrados rusos. ¡No faltaría más! Esta institución ha sido nuestra arma contundente contra los innumerables complots, contra los innumerables atentados de que han hecho objeto al Poder soviético gentes infinitamente más fuertes que nosotros. En manos de los capitalistas y terratenientes quedaron todos los vínculos internacionales, todo el apoyo internacional; ellos contaron con el apoyo de Estados incomparablemente más poderosos que el nuestro. Por la historia de estos complots sabéis cómo actuaron estas gentes. Sabéis que no era posible replicarles de otra forma que con una represión despiadada, rápida e inmediata que contase con la simpatía de los obreros y los campesinos. Este es un mérito de nuestra Cheka. Subrayaremos esto siempre que oigamos, en forma directa o indirecta, que es como a menudo llegan a nuestros oídos desde el extranjero, los clamores de esos emigrados rusos que emplean en todos los idiomas la palabra "Cheka", presentándola como el modelo y prototipo de la barbarie rusa.

Señores capitalistas, rusos y extranjeros: Sabemos que no os puede gustar esta institución. ¡Y cómo os había de gustar! Ha sabido repeler vuestras intrigas y vuestros manejos como nadie en momentos en que nos estrangulabais, en momentos en que nos atacabais por todas partes, en momentos en que tramabais conjuras dentro de nuestro país y no reparabais en crímenes para desbaratar nuestro trabajo pacífico. Nuestra réplica no puede ser otra que la de un organismo que conoce cada paso de los conjurados y sabe darles castigo inmediato, y no emplear con ellos la persuasión. Sin este organismo no puede existir el poder de los trabajadores, mientras haya en el mundo explotadores que no tienen el menor deseo de rendir en bandeja a los obreros y los campesinos sus derechos de terratenientes, sus derechos de capitalistas. Esto lo sabemos muy bien, pero también sabemos que las virtudes de un hombre pueden convertirse en sus defectos, y sabemos que la situación creada en nuestro país exige de manera imperiosa circunscribir este organismo a una esfera puramente política, concentrar sus esfuerzos en unas tareas para cuyo cumplimiento cuenta con la ayuda de la situación y de las condiciones existentes. Si los intentos de la contrarrevolución siguen siendo los mismos que hasta ahora -y no tenemos pruebas de que a este respecto haya cambiado la sicología de nuestros adversarios, no tenemos motivo para pensar así-, sabremos contestarles de manera que vean que nuestra respuesta es contundente. El Estado soviético permite la entrada en nuestro país a representantes extranjeros que llegan so pretexto de ayudar, pero que en realidad cooperan con los que pretenden derrocar el Poder soviético. Ejemplos no faltan. Nuestro Estado no caerá en la trampa, gracias a que sabremos valorar y utilizar un organismo como la Cheka. Esto lo podemos garantizar a todo el mundo. Pero, a la vez, decimos de manera tajante que es necesario reformar la Cheka, determinar sus funciones y su jurisdicción y circunscribir su labor a las tareas políticas. Actualmente tenemos marcada la tarea de impulsar el comercio, como lo requiere la nueva política económica, lo cual exige a su vez una mayor observancia de las leyes revolucionarias. Se comprende que si en plena agresión militar, cuando nuestros enemigos se abalanzaron sobre el Poder soviético, nos hubiésemos planteado esta tarea como objeto primordial, habríamos sido unos pedantes, habríamos jugado a la revolución, pero no la habríamos hecho. Cuanto más nos vemos situados en las condiciones propias de un poder estable y sólido, cuanto más avanza el proceso de desarrollo de la economía social, más imperativa es la necesidad de formular la firme consigna de hacer efectiva una mayor observancia de las leyes revolucionarias y más se reduce la esfera de un organismo que contesta con un golpe a cada golpe de los conjurados. Tal es el resultado de la experiencia, de las observaciones y de las reflexiones a que el gobierno ha llegado en el año del que rendimos cuenta.

Camaradas: Para terminar debo decir que la tarea que estamos cumpliendo este año, y que hasta hoy venimos cumpliendo tan mal -la unión de los obreros y de los campesinos en una firme alianza económica, incluso en las condiciones de la mayor miseria y ruina-, ha sido planteada ahora por nosotros con acierto, hemos adoptado una pauta certera, y no pueden caber dudas al respecto. Esta tarea no es sólo una tarea rusa, sino universal. (*Clamorosos y prolongados aplausos*.)

La tarea que estamos cumpliendo, por ahora -temporalmente- solos, parece una tarea puramente rusa, pero en realidad es una tarea que se planteará a todos los socialistas. El capitalismo perece; antes de

morir, aún puede causar a decenas y centenares de millones de seres humanos increíbles padecimientos, pero no hay fuerza capaz de evitar su caída. Es inevitable el advenimiento de una nueva sociedad que se funde en la alianza de los obreros y los campesinos. Tarde o temprano, veinte años antes o veinte años después, esa sociedad vendrá, y para ella, para esa sociedad, contribuimos a idear las formas de la alianza de los obreros y los campesinos cuando nos esforzamos por determinar nuestra nueva política económica. Cumpliremos esta tarea y crearemos una alianza de los obreros y los campesinos tan firme que en la Tierra no habrá fuerza capaz de romperla. (*Clamorosos y prolongados aplausos*.)

Publicado el 23 de diciembre de 1921 en el núm. 1 del boletín "IX Congreso de los Soviets de toda Rusia. Actas taquigráficas".

T. 44, págs. 291-329.

PROYECTO DE DIRECTRIZ DEL CC DEL PC(B) DE RUSIA PARA LA DELEGACIÓN SOVIÉTICA A LA CONFERENCIA DE GENOVA[91].

Propongo el siguiente proyecto de directriz del CC:

Sin aprobar la lista de expertos, el CC propone a los candidatos incluidos en ella que presenten en el término de una semana un resumen del *programa* y la *táctica* (sobre problemas de la competencia de cada experto) en *toda* la Conferencia de Génova. Todos los comisarios del pueblo deben proporcionar, en el término de dos días, referencias y avales *escritos* sobre los expertos que presentan como candidatos. Si éstos quedan mal en Europa, responderán ellos y los comisarios del pueblo.

Con objeto de ampliar y completar las directrices para la Conferencia de Génova, *propongo lo siguiente:*

1. Sin decidir por anticipado la forma ni el momento de cada uno de los discursos de nuestra delegación, el CC considera deber incuestionable de ésta la exposición de un programa completo, independiente y cohesionado de todos los problemas fundamentales.

2. Este programa debe ser pacifista burgués, con la salvedad, hecha con claridad y a su debido tiempo por nuestra delegación, de que no presentamos allí el único programa comunista correspondiente a nuestras ideas (brevemente: tal y tal programa), pues deseamos someter a la atención de las demás delegaciones, que ocupan una posición de principios diferente, una serie de paliativos y medidas de tipo reformista que han propuesto ya por partes, en Inglaterra y otros países capitalistas, personas de ideas burguesas. En determinadas condiciones, este programa de paliativos podría, no obstante, aliviar la difícil situación actual (cuya salida sólo puede estar asegurada rompiendo definitivamente con todas las bases de la propiedad capitalista).

3. La relación aproximada de los puntos fundamentales de este programa puede ser la siguiente:

(1) anulación de todas las deudas;

(2) aplicación de la solución "irlandesa"[92] a todas las colonias, países y naciones dependientes;

(3) revisión radical del Tratado de Versalles;

(4) concesión de empréstitos en condiciones de privilegio a los países más devastados por la guerra y, por lo mismo, menos capaces de recuperarse con sus propios medios y más importantes para la economía mundial como proveedores eventuales de una inmensidad de alimentos y materias primas;

(5) institución de un patrón oro internacional único para los sistemas monetarios de una serie de países y de medidas que lo pongan en vigor;

(6) acuerdo de varios países sobre medidas para combatir la inflación y la desvalorización del dinero (indicar algunas de estas medidas);

(7) acuerdo de varios países sobre medidas para combatir la crisis de combustible y lograr una utilización más racional y económica de las fuentes de energía conforme a una electrificación única y metódica;

(8) ídem respecto a las medidas más urgentes - desde el punto de vista de la posibilidad de acarreo de materias primas y alimentos- para reorganizar y mejorar el transporte internacional.

Y así sucesivamente.

4. Un programa de este tipo es el que se debe exponer en los discursos; y si esto no es posible, debe ser publicado en tres o cuatro idiomas europeos, distribuido entre los delegados y entregado a la prensa (aunque sea resumido). (En cualquier caso, debe publicarse.)

5. Designar exclusivamente para expertos a personas capaces de exponer, argumentar y defender (en uno u otro aspecto) ese programa y *que hayan demostrado esta capacidad.*

Los expertos deberán publicar *para Europa* sus programas y planes *firmados por ellos.* (La prensa de la III Internacional se hará eco de tal programa, diciendo que es una tentativa de "convencer" inocua, pero casi inútil, porque *lo que se necesita es la revolución;* y en cuanto a la prensa de la II Internacional y de la Internacional II y media, ya veremos qué dirá.)

Escrito el 6 de febrero de 1922. Publicado incompleto por primera vez el 24 de abril de 1962 en el núm. 214 de "Pravda".

T. 44, págs. 382-384.

CARTA A G. V. CHICHERIN SOBRE LAS DIRECTRICES DEL CC DEL PC(b) DE RUSIA PARA LA DELEGACIÓN SOVIÉTICA EN LA CONFERENCIA DE GÉNOVA.

7. II.

Camarada Chicherin:

Las numerosas conjeturas suyas son todas, a juicio mío, erróneas por completo y se deben, por decirlo así, al acaloramiento en la polémica[93].

En las directrices no se dice que nosotros no adoptaremos ninguna forma de *rebatir* cualesquiera pretensiones del adversario con contrapretensiones nuestras.

El presidente de la delegación (y en el caso dado, el vicepresidente también) tiene, al parecer, un sinfín de derechos que lo invisten del poder casi de un autócrata.

La carta de usted (y la de Krasin más aún) evidencia -mejor dicho, ha evidenciado- pánico. Eso es lo que supone el mayor peligro. No tememos lo más mínimo que esta conferencia fracase: mañana habrá otra mejor. Ahora ya no se nos asusta con el aislamiento ni el bloqueo, ni tampoco con una intervención.

Proponemos un amplio orden del día y aludimos a nuestro programa "paliativo" de medidas generales.

¿Que lo rechazan?

¡Allá ellos! (nosotros *eventuell*[*] publicamos nuestro programa amplio en nombre de cualquier componente de la delegación que (previa conformidad del CC, claro) hasta quizás dimita).

Si ustedes no quieren un programa amplio, presenten otro restringido: *Wir nehmen auch Abschlagszahlung!*[*]

Aceptaremos incluso el más restringido, pero en modo alguno nada desventajoso para nosotros. No nos someteremos a ultimátums. Si lo que desean ustedes es sólo "comerciar", háganlo, pero no nos meterán ningún gato por liebre ni concluiremos trato alguno sin haber contado las "pretensiones" *hasta el último céntimo.*

Nada más.

Hay que preparar y emplazar todos nuestros cañones, que siempre tendremos tiempo para decidir cuáles exhibiremos y con cuáles y cuándo dispararemos.

Un saludo comunista

Lenin

Escrita el 7 de febrero de 1922. Publicada incompleta por primera vez en el libro: "V. I. Lenin. Biografía". 1960.

T. 44, págs. 385-386.

---

[*] Si viene al caso; a lo mejor. (Alemán. -*N. de la Edit.)*

[*] ¡Aceptamos también pagos a plazos! (Alemán. -*N. de la Edit.)*

PROYECTO DE RESOLUCIÓN DEL CC DEL PC(b) DE RUSIA SOBRE LAS TAREAS DE LA DELEGACIÓN SOVIÉTICA EN GENOVA[94].

Sólo para los miembros del Buró Político Proyecto de resolución del CC

1. El CC considera acertado el enjuiciamiento de la situación y de las tareas (de nuestra delegación en Génova) que el camarada Litvínov ha hecho en sus tesis.

2. El CC confirma al vicepresidente de la delegación, camarada Chicherin, en todas las atribuciones de presidente de la delegación.

3. En caso de enfermedad o viaje del camarada Chicherín, sus atribuciones pasarán por turno a uno de los dos tríos siguientes: a) Litvínov, Krasin, Rakovski; b) Litvínov, Ioffe, Vorovski.

4. En cuanto a la aceptación de las condiciones de Cannes[95], nuestra delegación debe procurar eludirla. Si no se logra y nos ponen abiertamente un ultimátum, se intentará hacer pasar la fórmula de Krasin: "Todos los países reconocen sus deudas estatales y se comprometen a indemnizar los daños y perjuicios ocasionados por los actos de sus gobiernos".

Si tampoco se logra esto, iremos a una ruptura, declarando al paso con toda energía que estamos dispuestos a reconocer deudas particulares; pero como no queremos jugar al escondite, dejamos sentado que las consideramos saldadas -así como también la suma total de nuestras obligaciones generales- por nuestras contrapretensiones. No toleramos a ningún superárbitro entre nosotros y todos los países burgueses, pues el litigio es entre dos sistemas de propiedad.

Si se llega a la ruptura, habrá que plantear con toda claridad la causa fundamental y única de la misma: la codicia de un puñado de capitalistas privados, Urquhart y otros, a cuyo servicio se ponen los gobiernos.

Como extrema concesión a esos capitalistas se propondrá, además, que tienen derecho preferencial al arriendo de empresas en régimen de concesión (es decir, si entregamos en tales y cuales condiciones sus antiguas propiedades, total o parcialmente, en concesión a X, nos comprometemos a otorgarlas en iguales condiciones a sus ex propietarios).

5. Dada la posibilidad de que los burgueses intenten impedir que proclamemos íntegro nuestro programa, hemos de esforzarnos porque ya en el primer discurso, si no podemos proclamar este programa íntegro, lo expongamos, o enunciemos, o al menos lo esbocemos (y publiquemos con pormenores en seguida).

6. Nuestro programa consiste en que, sin ocultar nuestras ideas comunistas, nos limitemos a enunciarlas de manera muy general y breve (por ejemplo, en oraciones subordinadas) y declaremos abiertamente que no creemos oportuno propugnar nuestras ideas allí, ya que hemos acudido para concluir un tratado comercial e intentar un pacto con el sector pacifista del otro campo (el burgués).

Tenemos que considerar y denominar sector pacifista de ese campo (se puede emplear alguna otra expresión cortés, especialmente elegida) a los demócratas pequeñoburgueses pacifistas y semipacifistas del tipo de la II Internacional y de la Internacional II y media, luego a los del tipo de Keynes, etc.

Una de nuestras principales tareas políticas en Génova, si no la principal, es separar de su propio campo esta ala del campo burgués, tratar de adularla, declarar que admitimos, desde nuestro punto de vista, y deseamos un acuerdo con ella, no sólo comercial, sino también político (como una de las pocas posibilidades de evolución pacífica del capitalismo hacia un nuevo régimen, en lo cual nosotros, como comunistas, no creemos mucho, pero que, como representantes de una potencia enfrentada a la mayoría de las otras potencias hostiles, estamos dispuestos, y lo tenemos por un deber nuestro, a ayudarles a probar).

Primero, haremos todo lo posible y aun algo imposible para fortalecer el ala pacifista de la burguesía y aumentar, aunque sea un poco, la posibilidad de su triunfo en las elecciones; segundo, trataremos de dividir a los países burgueses unidos contra nosotros en Génova: tal es nuestra doble tarea política en Génova; en modo alguno exponer las ideas comunistas.

7. Debemos tratar por todos los medios de exponer con tantos pormenores como sea posible y divulgar ampliamente (si no se logra en los discursos, que sea en la prensa) el plan para restablecer la economía de Rusia y de Europa en el espíritu de los trabajos del Gosplán y basándonos en esos trabajos.

8. Si el campo burgués nos pone en Génova un ultimátum: no hablar del pacifismo, sino sólo de temas estrictamente comerciales, deberemos decir que lo lamentamos, pero nos subordinaremos a este ultimátum, declarando que tenemos dos objetivos en esta conferencia: el objetivo pacifista y el objetivo comercial. Nos quedará uno solo.

9. El CC encomienda a la delegación que piense detalladamente cómo presentar el programa pacifista, limitándose a la directriz general: tratar de exponerlo con toda la amplitud posible para provocar una profunda división entre el campo pacifista de la burguesía internacional y el campo netamente burgués, agresivamente burgués, reaccionariamente burgués.

10. Respecto al comercio y al arrendamiento de empresas en régimen de concesión (también a los empréstitos), se pondrán como principal garantía los bosques del Norte, etc. No aceptaremos que se menoscaben los derechos de nuestro Estado. No se concertarán tratados sin conformidad especial del CC, recibida por telégrafo.

Lenin.

Escrito el 24 de febrero de 1922.
T. 44, págs. 406-408.

NOTAS DE UN PUBLICISTA.

La ascensión a las altas montañas; lo dañino del desaliento; la utilidad del comercio; la actitud con los mencheviques, etc.[96]

I. A modo de ejemplo.

Imaginemos que un hombre asciende a una montaña muy alta, abrupta y aún no explorada. Supongamos que ha superado increíbles dificultades y peligros y ha logrado alcanzar un punto mucho más alto que quienes lo precedieron, pero sin llegar todavía a la cumbre. Se encuentra en una situación donde no solamente es difícil y peligroso avanzar en la dirección y a lo largo del camino elegido, sino francamente imposible. Debe volver atrás, descender, buscar otros caminos, tal vez más largos, pero que, sin embargo, le permitirán llegar a la cumbre. El descenso desde la altura jamás alcanzada por nadie resulta para nuestro imaginario caminante más difícil y peligroso quizá que la ascensión; es más fácil dar un traspié, no es tan fácil ver dónde pisar, no se siente el singular entusiasmo tan habitual de las ascensiones directas hacia la meta, etc. Es preciso ajustarse la cuerda a la cintura, perder horas enteras para hacer con la piqueta un escalón o un saliente al cual se pueda atar fuertemente la cuerda; hay que moverse con la lentitud de una tortuga: hacia atrás, hacia abajo, alejarse de la meta, sin saber todavía en qué terminará ese peligrosísimo y penoso descenso, o si encontrará algún rodeo seguro por donde puede volver a subir, más resuelto, más rápido y más derecho hacia la cumbre.

Sería casi natural suponer que un hombre que ha llegado a tan increíble altura, y se ha encontrado en tal situación, haya tenido instantes de desaliento. Y es probable que esos momentos fuesen más numerosos, frecuentes y duros aún si oyera las voces de quienes desde abajo, desde un lugar lejano y seguro, observan con un catalejo el peligroso descenso, al cual no se puede llamar siquiera (al estilo de los de *Smiena Vej*[97]) "descenso frenado", pues el freno supone un vehículo bien proyectado y probado, un camino preparado con antelación y mecanismos ensayados antes. Pero aquí no hay vehículo, ni camino, nada en absoluto que haya sido probado antes.

Las voces que se emiten desde abajo son malévolas. Unas se alegran abiertamente; gritan, se refocilan: ¡ya se cae, y lo tiene merecido por loco! Otras tratan de ocultar su malevolencia; imitan a Judas Golovliov[98]: se afligen y alzan la mirada al cielo, como diciendo: ¡Por desgracia, nuestros temores se confirman! ¿Acaso no fuimos nosotros quienes pasamos toda la vida preparando un plan sensato para escalar esa montaña, quienes exigíamos que se aplazara la ascensión hasta que nuestro plan estuviera acabado? ¡Y si protestábamos con tanta porfía de ese camino que el propio loco abandona ahora (¡mirad, mirad, retrocede, baja, se prepara horas enteras para poder dar un solo paso, y antes nos insultaba con las peores palabras cuando exigíamos porfiados moderación y prudencia!), y si censurábamos con tanto acaloramiento a este loco y aconsejábamos a todos que no lo imitaran ni le ayudaran, fue sólo movidos por nuestra devoción al grandioso plan de escalar esa montaña y para no desacreditar, en general, ese grandioso plan!

Por suerte, nuestro caminante imaginario, en las circunstancias que hemos descrito, no puede oír las voces de estos "auténticos amigos" de la idea de la ascensión, pues, de lo contrario, tal vez le diera a él vértigo. Y el vértigo, según dicen, no contribuye a mantener clara la mente ni firmes las piernas, sobre todo a alturas muy grandes.

II. Sin metáforas.

La comparación no prueba nada. Toda comparación cojea. Estas son verdades indiscutibles y conocidas por todos, pero no está de sobra recordarlas para presentar de modo más patente el alcance de toda comparación en general.

El proletariado de Rusia se ha elevado en su revolución a una altura gigantesca, y no sólo en comparación con los años de 1789 y 1793, sino también con el de 1871. Hay que darse cuenta, de la manera más serena, clara y palmaria, de qué es precisamente lo que "hemos hecho hasta el fin" y lo que no hemos hecho hasta el fin; entonces tendremos la cabeza despejada, no nos dará vértigo, ni nos haremos ilusiones, ni caeremos en el abatimiento.

"Hemos hecho hasta el fin" la revolución democrática burguesa con tanta "nitidez", como jamás se hizo en el mundo. Esta es una gran conquista que ninguna fuerza nos quitará.

Salimos hasta el fin de la reaccionarísima guerra imperialista por vía revolucionaria. Esta es también

una conquista que ninguna fuerza del mundo nos arrebatará, y una conquista tanto más valiosa que las matanzas reaccionarias imperialistas serán inevitables en un futuro próximo si se conserva el capitalismo; y no será tan fácil que los hombres del siglo XX se contenten por segunda vez con "manifiestos de Basilea" como los que los renegados, los prohombres de la II Internacional y de la Internacional II y media adoptaron para engañarse a sí mismos y engañar a los obreros en 1912 y de 1914 a 1918.

Hemos creado el tipo soviético de Estado, dando con ello comienzo a una nueva época histórica universal, a la época de la dominación política del proletariado, que ha venido a sustituir a la época de la dominación de la burguesía. Eso tampoco se nos puede quitar ya, pese a que "hacer hasta el fin" el tipo soviético de Estado no lo logrará en la práctica más que la clase obrera de varios países.

Mas no hemos colocado del todo siquiera los cimientos de la economía socialista. Eso aún nos lo pueden quitar las fuerzas hostiles del capitalismo agonizante. Debe tenerse clara conciencia de esto y reconocerse abiertamente, pues no hay nada más peligroso que las ilusiones (y el vértigo, sobre todo a grandes alturas). Y no tiene absolutamente nada de "horrendo", nada que dé motivo justificado para el menor abatimiento, reconocer esa amarga verdad, pues siempre hemos predicado y repetido la verdad elemental del marxismo de que para la victoria del socialismo hacen falta los esfuerzos conjuntos de los obreros de varios países adelantados. Seguimos estando solos, y hemos hecho increíblemente mucho en nuestro atrasado país, en nuestro país, más arruinado que otros. Es más, hemos conservado el "ejército" de las fuerzas revolucionarias del proletariado, hemos conservado su "capacidad de maniobra", hemos conservado la claridad de pensamiento, que nos permite calcular serenamente dónde, cuándo y cuánto debemos retroceder (para saltar con más ímpetu); dónde, cuándo y cómo precisamente tenemos que ponernos a rehacer lo que aún no está hecho hasta el fin. Habría que tener seguramente por perecidos a los comunistas que imaginasen que se podría terminar sin errores, sin retrocesos, sin rehacer multitud de veces lo que no se ha hecho hasta el fin o lo que se ha hecho mal, la "empresa" histórica universal de acabar de colocar los cimientos de la economía socialista (sobre todo en un país de pequeños campesinos). No han perecido (y lo más seguro es que no perezcan) los comunistas que no se permiten hacerse ilusiones, que no caen en el abatimiento, conservando la fuerza y agilidad del organismo para volver a "abordar desde el principio" la dificilísima tarea.

Tanto menos nos está permitido caer en el menor abatimiento, tanto menos fundamento tenemos para ello, puesto que en algo, con toda nuestra ruina, miseria, atraso y hambre, *hemos empezado a avanzar* por el terreno de la *economía* preparatoria del socialismo, mientras que a nuestro lado, en todo el mundo, países más adelantados, mil veces más ricos y poderosos en el aspecto militar, *siguen caminando hacia atrás* por el terreno de *"su"* economía capitalista, ensalzada y conocida por ellos, probada ya durante siglos.

III. Sobre la caza de zorros; acerca de Levi y Serrati.

Dicen que el método más seguro para cazar zorros es el siguiente: una vez descubierto, es rodeado, a cierta distancia, con una cuerda tendida a poca altura del suelo cubierto de nieve, a la que se han atado banderines rojos; temeroso del artificio evidentemente "humano", el zorro no sale más que por donde y cuando se le abre el "cerco" de banderines; y allí es donde lo espera el cazador. Creyérase que el rasgo más marcado de un animal acosado por todos es la cautela. Pero resulta que también el "exceso de cautela" es un defecto en este caso. El zorro cae justamente por exceso de cautela.

Debo confesar que cometí un error en el III Congreso de la Internacional Comunista también por exceso de cautela. En este congreso yo ocupaba el flanco de la extrema derecha. Estoy convencido de que era la única postura acertada, pues un grupo muy numeroso (e "influyente") de delegados, encabezados por muchos camaradas alemanes, húngaros e italianos, adoptaban una postura de "izquierda" desmedida, de izquierda errónea: agitaron con demasiada frecuencia e intensidad los banderines rojos, en vez de analizar con serenidad la situación, no muy propicia para una acción revolucionaria inmediata y directa. Por prudencia, preocupado de que esta desviación hacia la izquierda, errónea sin duda, pudiera imprimir una falsa orientación a toda la táctica de la Internacional Comunista, defendí a Levi cuanto pude. Sugerí que tal vez éste hubiera perdido la cabeza (no negué que la había perdido) por un temor excesivo a los errores de la izquierda, y sostuve que hubo casos de comunistas que perdieron la cabeza, pero que después la "recobraron". Admití incluso -ante la ofensiva de la "izquierda"- que Levi fuera menchevique, y señalé que tal supuesto no resolvía el problema. Por ejemplo, toda la historia de los quince años de lucha entre mencheviques y bolcheviques rusos (1903-1917) prueba, y lo prueban también las tres revoluciones rusas, que, en general, los mencheviques estaban completamente equivocados y que, en la práctica, eran agentes de la burguesía en el movimiento obrero. Este es un hecho indiscutible; pero este hecho indiscutible no elimina otro, el de que, en *algunos* casos, los mencheviques tenían razón, al oponerse a los bolcheviques, como, por ejemplo, en el problema del boicot a la Duma de Stolypin en 1907[99]-

Han pasado ya ocho meses desde que se celebró el III Congreso de la Internacional Comunista. Nuestra discusión de entonces con las "izquierdas" ha quedado evidentemente superada: la ha resuelto la vida. Yo estaba equivocado en cuanto a Levi, pues éste ha probado luego con claridad que no pisó de manera casual ni transitoria el sendero menchevique en oposición al peligrosísimo error de las "izquierdas", que no "exageró la nota", sino que lo hizo, en virtud de su propia naturaleza, con premeditación y por largo tiempo. Después del III Congreso de la Internacional Comunista, en vez de reconocer honestamente la necesidad de pedir que lo readmitieran en el partido, como debe proceder cualquiera que ha perdido momentáneamente la cabeza, irritado por algunos errores de las izquierdas, Levi comenzó a hacer mezquinas jugarretas al partido y a ponerle zancadillas por la espalda, es decir, comenzó a prestar en realidad servicios a los agentes de la burguesía afiliados a las Internacionales II y II y media. Por supuesto, los comunistas alemanes tenían toda la razón cuando contestaron hace poco a eso con la expulsión de su partido de varios señores más que apoyaban en secreto a Paul Levi en tan noble ocupación.

El desarrollo de los partidos comunistas alemán e italiano, después del III Congreso de la Internacional Comunista, muestra que no echaron en saco roto el error que las izquierdas cometieron en ese congreso y que lo van corrigiendo poco a poco, lenta pero constantemente; las resoluciones del III Congreso de la Internacional Comunista son puestas en práctica con lealtad. El proceso de transformación de un partido europeo parlamentario del viejo tipo, reformista en los hechos y apenas teñido con colores revolucionarios, en un partido de nuevo *tipo,* en un partido revolucionario de verdad, comunista de verdad, es un proceso arduo en extremo. Quizá el ejemplo de Francia es el que lo muestra con más claridad. El proceso de modificar el *tipo* de trabajo del partido en la vida diaria, de romper con la rutina, de convertir al partido en la vanguardia del proletariado revolucionario, sin que se aparte de las masas, sino, por el contrario, acercándose cada vez más a ellas, elevándolas hasta que adquieran conciencia revolucionaria, incorporándolas a la lucha revolucionaria, es el proceso más difícil, pero también el más importante. Sería el mayor de los crímenes que los comunistas europeos no aprovecharan los intervalos (muy breves sin duda) entre los períodos de particular enconamiento de las batallas revolucionarias, como los que hubo en muchos países capitalistas de Europa y América en 1921 y principios de 1922, para llevar a cabo esta profunda y radical reorganización interna de toda la estructura y todo el trabajo de sus partidos. Por suerte, no hay razones para temerlo. La silenciosa, firme, modesta labor, no muy rápida pero profunda, de crear en Europa y América auténticos partidos comunistas, auténticas vanguardias revolucionarias del proletariado se ha iniciado y prosigue.

Incluso algo tan trivial como la caza de zorros es de utilidad para sacar enseñanzas políticas: por una parte, la excesiva prudencia conduce a errores. Por otra, no se debe olvidar que, si en vez de hacer un análisis sereno de la situación, nos dejamos llevar por un simple "estado de ánimo" o nos ponemos a agitar banderines rojos, podemos incurrir en errores irreparables; podemos perecer donde no es necesario, ni una pizca necesario, pese a que las dificultades son grandes.

Paul Levi desea ahora hacer méritos especiales ante la burguesía -y, *por consiguiente,* ante sus agentes, ante la II Internacional y la Internacional II y media-, reeditando las precisas obras de Rosa Luxemburgo en las que ella estaba equivocada. Contestemos a esto con dos líneas de una buena fábula rusa: a veces, las águilas vuelan más bajo que las gallinas; pero las gallinas jamás podrán elevarse a la altura de las águilas. Rosa Luxemburgo se equivocó en el problema de la independencia de Polonia; se equivocó al enjuiciar en 1903 el menchevismo; se equivocó en la teoría de la acumulación del capital; se equivocó en julio de 1914, cuando defendió con Plejánov, Vandervelde, Kautsky y otros la unidad de los bolcheviques y los mencheviques; se equivocó en sus escritos de la cárcel, en 1918 (por lo demás, ella misma corrigió, al salir a la calle, a fines de 1918 y principios de 1919, la mayor parte de sus errores). Pero, a pesar de todos los errores, Rosa Luxemburgo fue y seguirá siendo una águila; y no sólo será siempre entrañable para todos los comunistas su recuerdo, sino que su biografía y sus obras *completas* (cuya edición demoran demasiado los comunistas alemanes, quienes sólo en parte merecen ser disculpados por la inaudita cantidad de víctimas que sufren en su dura lucha) serán utilísimas enseñanzas para educar a muchas generaciones de comunistas de todo el mundo. "Después del 4 de agosto de 1914, la socialdemocracia alemana es un cadáver hediondo": con esta máxima entrará el nombre de Rosa Luxemburgo en la historia del movimiento obrero mundial. Mientras tanto, en el corral del movimiento obrero, las gallinas del tipo de Paul Levi, Scheidemann, Kautsky y toda su cuadrilla seguirán admirando, entre los montones de estiércol, por supuesto y sobre todo, los errores de la gran comunista. A cada uno lo suyo.

En cuanto a Serrati, hay que compararlo con un huevo podrido, que revienta con estrépito y un tufillo muy... penetrante. Es una verdadera joya hacer aprobar primero en "su" congreso una resolución que declara la disposición a someterse a la decisión del Congreso de la Internacional Comunista, después enviar a este congreso al viejo Lazzari y, por último,

engañar a los obreros con el descaro de un chalán. Los comunistas italianos cuentan ahora con un modelo práctico de truhanería política y de menchevismo a la vista de las masas obreras para educar a un verdadero partido del proletariado revolucionario. El efecto útil, *repelente,* de este modelo no se dejará sentir en seguida y sin dar antes en buen número reiteradas lecciones prácticas, pero se dejará sentir sin falta. No hay que apartarse de las masas ni perder la paciencia en la ardua labor de descubrir en la práctica y ante los obreros de la base todas las tretas de Serrati; no caer en la tentación, demasiado fácil, pero la más peligrosa de todas, de decir "menos *a"* cuando Serrati dice "a"; educar constantemente a las masas para que adopten una concepción revolucionaria del mundo y prepararlas para la acción revolucionaria; aprovechar también con criterio práctico en la labor práctica las concretas y magníficas lecciones palmarias (aunque caras) del fascismo; entonces la victoria del comunismo italiano estará asegurada.

Levi y Serrati son típicos, pero no por sí mismos, sino como modelo contemporáneo del ala de extrema izquierda de la democracia pequeñoburguesa, del bando "de ellos", del bando de los capitalistas internacionales en pugna con nosotros. Todo el bando "de ellos", desde Gompers hasta Serrati, se refocila, se regocija o derrama lágrimas de cocodrilo con motivo de nuestro retroceso, de nuestro "descenso", de nuestra nueva política económica. Que se refocilen. Dejémosles hacer sus contorsiones de payasos. A cada uno lo suyo. En cuanto a nosotros, no dejaremos que hagan presa en nuestro pecho ni las ilusiones ni el desaliento. No temamos reconocer nuestros errores ni tomarnos el trabajo de corregirlos reiteradamente, muchas veces, y llegaremos a la cumbre. La causa del bloque internacional que incluye desde Gompers hasta Serrati es una causa perdida.

Escrito a fines de febrero de 1922. Publicado íntegro por primera vez el 16 de abril de 1924 en el núm. 87 de "Pravda" y en el núm. 88 de "Izvestia del CEC de toda Rusia". Publicado incompleto por primera vez en 1924 en el núm. 2 de la revista "La Internacional Comunista".

T. 44, págs. 415-423.

Observación al artículo “Notas de un publicista”.

Ahora la página 10 dirá: 1) tienen razón sobrada para expulsar a los levistas. 2) En Alemania e Italia se han desarrollado magníficamente los izquierdistas, al tener en cuenta los errores que cometieron en el III Congreso. 3) ∑∑* =las enseñanzas del zorro. 4) Levi y R. Luxemburgo. 5) Serrati=sólo un zorro, una alimaña. 6) II y II y media.

Escrito a fines de febrero de 1922. Publicado por primera vez en 1959, en la "Recopilación Leninista", t. XXXVI.

T. 44, págs. 423.

* *Summa summarum,* en suma. *(N. de la Edit.)*

EL SIGNIFICADO DEL MATERIALISMO MILITANTE[100].

El camarada Trotski ha dicho ya todo lo esencial, y lo ha dicho muy bien, sobre las tareas generales planteadas a la revista *Pod Známenem Marxizma* en el número 1-2. Quisiera detenerme en algunas cuestiones que determinan más de cerca el contenido y el programa de la labor que se propone realizar la Redacción de esta revista, según se proclama en la declaración publicada en el número 1-2.

En dicha declaración se dice que no todos los que se agruparon en derredor de la revista *Pod Známenem Marxizma* son comunistas, pero que todos son materialistas consecuentes. Creo que esta alianza de comunistas con los que no lo son es sin duda necesaria y determina con acierto las tareas de la revista. Uno de los más graves y peligrosos errores de los comunistas (como de todos los revolucionarios que hayan coronado con éxito la etapa inicial de una gran revolución) es imaginarse que la revolución pueden llevarla a cabo los revolucionarios solos. Al contrario, para que todo trabajo revolucionario serio tenga éxito es preciso comprender y saber plasmar en la vida el concepto de que los revolucionarios sólo son capaces de desempeñar el papel de vanguardia de la clase vital y avanzada de verdad. La vanguardia cumple sus tareas de vanguardia sólo cuando sabe mantener el contacto con la masa que dirige, cuando sabe conducir realmente adelante a toda la masa. Sin la unión, en los más diversos terrenos, con los que no son comunistas, no puede ni siquiera hablarse de ninguna construcción comunista venturosa.

Otro tanto puede afirmarse de la defensa del materialismo y del marxismo que emprende la revista *Pod Známenem Marxizma.* Las principales orientaciones del pensamiento social avanzado de Rusia tienen, por suerte, una sólida tradición materialista. Sin referirme ya a J. V. Plejánov, bastará con mencionar a Chernyshevski, del que a menudo quedaban muy por debajo y muy atrás los populistas modernos (los socialistas populares[101], los eseristas y otros) en su afán de seguir las doctrinas filosóficas reaccionarias en boga, deslumbrados por el oropel de la supuesta "última palabra" de la ciencia europea e incapaces de ver, tras ese oropel, tal o cual variedad de servilismo ante la burguesía, sus prejuicios y su carácter reaccionario burgués.

En todo caso, en Rusia hay todavía -y aún durarán bastante, sin duda- materialistas del campo de los no comunistas, y nuestro deber indiscutible es el de incorporar a todos los partidarios del materialismo consecuente y militante al trabajo común, a la lucha contra la reacción filosófica y los prejuicios filosóficos de la llamada "sociedad instruida". Dietzgen padre, que no debe ser confundido con Dietzgen hijo -autor tan presuntuoso como fracasado-, al decir que los catedráticos de filosofía en la sociedad moderna son de hecho, en la mayoría de los casos, solamente "lacayos titulados del clericalismo[102], expresó con acierto, tino y claridad el concepto fundamental del marxismo acerca de las tendencias filosóficas predominantes en los países burgueses, las cuales son objeto de la atención de sus eruditos y publicistas.

A nuestros intelectuales de Rusia, los cuales se complacen en considerarse avanzados -lo mismo que, dicho sea de paso, sus colegas de todos los demás países-, les disgusta mucho trasladar la cuestión al plano del juicio emitido por Dietzgen. Y les disgusta porque la verdad les duele. Basta con reflexionar un poco en la dependencia estatal, luego en la económica general, y después en la de otros tipos en que de la burguesía dominante pone la vida cotidiana a los intelectuales contemporáneos para comprender la certeza absoluta de la tajante calificación dada por Dietzgen. Basta con recordar la inmensa mayoría de las tendencias filosóficas en boga, que surgen con tanta frecuencia en los países europeos, aunque sea empezando por las relacionadas con el descubrimiento del radio y terminando por las que tratan ahora de aferrarse a Einstein, para darse cuenta de la ligazón existente entre los intereses de clase y la posición de clase de la burguesía, entre el apoyo que ésta presta a todas las formas de las religiones y el contenido ideológico de las tendencias filosóficas de moda.

Por lo expuesto se ve que una revista deseosa de ser órgano de prensa del materialismo militante debe ser, primero, órgano combativo en el sentido de desenmascarar y perseguir constantemente a todos los "lacayos titulados del clericalismo" de nuestros tiempos, tanto da que se presenten como representantes de la ciencia oficial que como francotiradores autodenominados publicistas "demócratas de izquierda o de ideología socialista".

Una revista así debe ser, en segundo lugar, un

órgano de prensa del ateísmo militante. Tenemos entidades o, por lo menos, instituciones públicas que se dedican a esa labor. Pero lo hacen con una apatía extremada, de manera insatisfactoria en grado sumo, sintiendo, por lo visto, en su propia carne, el yugo de las condiciones generales de nuestra burocracia genuinamente rusa (si bien soviética). Por lo mismo, es de suma importancia que, para completar, corregir y avivar la labor de las instituciones públicas respectivas, una revista consagrada a convertirse en órgano de prensa del materialismo militante despliegue una propaganda y una lucha ateístas infatigables. Hay que estar al tanto de todas las publicaciones que, sobre el particular, aparezcan en todos los idiomas, traduciéndolas o, por lo menos, resumiendo el contenido de cuanto aparezca de valor al respecto.

Hace ya mucho que Engels aconsejaba a los dirigentes del proletariado moderno que se tradujesen, para difundirlas en masa entre el pueblo, las publicaciones ateístas militantes de fines del siglo XVII[103]. Para vergüenza nuestra, seguimos sin hacerlo hasta la fecha (y ésta es una de las muchas demostraciones de que en una época revolucionaria es mucho más fácil conquistar el poder que saber utilizarlo acertadamente). A veces se pretende justificar esta apatía, esta inactividad y esta incapacidad nuestras con toda clase de razonamientos "altisonantes"; por ejemplo, diciendo que las viejas publicaciones ateístas del siglo XVIII están ya anticuadas, que no son científicas, que son ingenuas, etc. No hay nada peor que estos sofismas presuntamente doctos que encubren la pedantería o la completa incomprensión del marxismo. Claro está que en las obras ateas de los revolucionarios del siglo XVIII encontraremos no pocos elementos no científicos e ingenuos. Pero nadie impide a los editores de estas obras que las abrevien y provean de sucintos epílogos en los que se exponga el progreso alcanzado por la humanidad en la crítica científica de la religión desde fines del siglo XVIII, se enumeren las respectivas obras nuevas, etc. Sería un crasísimo error, uno de los errores más graves que pueda cometer un marxista, pensar que las multitudinarias masas populares (sobre todo, de campesinos y artesanos), condenadas por toda la sociedad contemporánea al oscurantismo, la ignorancia y los prejuicios, puedan salir de esa ignorancia únicamente por la línea recta de la ilustración puramente marxista. Es necesario dar a dichas masas las más variadas publicaciones de propaganda atea, relacionarlas con los hechos de las más variadas esferas de la vida, abordarlas de una y otra manera a fin de interesarlas, de sacudirlas en todos los aspectos y sacarlas del letargo religioso, empleando para ello los procedimientos más distintos, etc.

Las publicaciones vivas y amenas de los viejos ateos del siglo XVIII, escritas con talento y llenas de ataques ingeniosos y abiertos al oscurantismo clerical dominante, resultarán, a cada paso, mil veces más adecuadas para sacar a la gente del letargo religioso que las exposiciones de marxismo aburridas, secas, no ilustradas casi con ningún hecho bien seleccionado, exposiciones que prevalecen en nuestras publicaciones y que (debemos confesarlo) tergiversan a menudo el marxismo. Todas las obras de alguna importancia de Marx y Engels ya están traducidas al ruso. No hay el menor fundamento para temer que el viejo materialismo y el viejo ateísmo queden sin completar con las enmiendas aportadas por Marx y Engels. Lo más importante -lo que olvidan precisamente con mayor frecuencia nuestros comunistas seudomarxistas, en realidad deformadores del marxismo- es saber interesar a las masas, todavía incultas, en la actitud consciente ante los problemas religiosos y la crítica consciente de las religiones.

Por otra parte, fijémonos en los representantes de la moderna crítica científica de las religiones. Estos representantes de la burguesía ilustrada "completan" casi siempre sus propias refutaciones de los prejuicios religiosos con tales razonamientos que los descubren al punto como esclavos ideológicos de la burguesía, como "lacayos titulados del clericalismo".

Dos ejemplos. El catedrático R. Y. Vípper editó en 1918 un folleto titulado *El origen del cristianismo* (Editorial Faros, Moscú). Al exponer los resultados principales de la ciencia moderna, lejos de combatir los prejuicios y el engaño, arma de la Iglesia como organización política, lejos de tratar de estas cuestiones, declara abiertamente pretensión ridícula y de las más reaccionarias el elevarse por encima de ambos "extremos": tanto del idealismo como del materialismo. Esto no es más que servilismo ante la burguesía dominante, la cual desembolsa en apoyo de la religión en todo el mundo centenares de millones de rublos de las ganancias que extrae de los trabajadores.

El conocido erudito alemán Arthur Drews refuta en su libro *El mito de Cristo* las leyendas y prejuicios religiosos, demuestra que en el mundo no ha existido Cristo alguno, y al final del mismo se pronuncia en pro de la religión, pero de una religión algo renovada, refinada, artificiosa, capaz de contrarrestar "el torrente naturalista que aumenta a diario más y más" (página 238 de la cuarta edición alemana de 1910). Este es un reaccionario franco, consciente, que ayuda abiertamente a los explotadores a que sustituyan los viejos y putrefactos prejuicios religiosos por otros nuevecitos, más ruines y viles todavía.

Esto no significa que no haya que traducir la obra de Drews. Significa que los comunistas y todos los materialistas consecuentes deben, a la vez que concluyen en cierta medida su alianza con la parte progresista de la burguesía, desenmascararla sin

reservas cuando se desliza a la reacción. Significa que rehuir la alianza con los representantes de la burguesía del siglo XVIII, es decir, de la época en que la burguesía era revolucionaria, equivaldría a traicionar el marxismo y el materialismo, puesto que la "alianza" con los Drews es de una u otra forma, en mayor o menor grado, obligatoria para nosotros en la lucha contra los oscurantistas religiosos dominantes.

La revista *Pod Známenem Marxizma,* que se propone ser el órgano de prensa del materialismo militante, debe dedicar mucho espacio a la propaganda atea, a la información sobre las publicaciones respectivas y subsanar las inmensas faltas de nuestra labor estatal en esta esfera. Es de singular importancia utilizar los libros y folletos que contienen numerosos datos concretos y comparaciones demostrativas de la relación existente entre los intereses de clase y las organizaciones de clase de la burguesía moderna, por un lado, y las organizaciones de las instituciones religiosas y de la propaganda religiosa, por el otro.

Son de extraordinaria importancia todos los escritos relativos a los Estados Unidos de América del Norte, donde se revela en grado menor la relación oficial, gubernamental, de Estado, entre la religión y el capital. En cambio, se hace más evidente que la llamada "democracia moderna" (ante la cual se prosternan con tanta insensatez los mencheviques, los eseristas y, en parte, los anarquistas, etc.) no es otra cosa que la libertad de predicar lo que conviene a la burguesía, y a ésta le conviene predicar las ideas más reaccionarias, la religión, el oscurantismo, la defensa de los explotadores, etc.

Quisiera abrigar la esperanza de que una revista que se propone ser órgano de prensa del materialismo militante ofrecerá a nuestros lectores resúmenes de publicaciones ateas con referencias que indiquen para qué grupos de lectores y en qué sentido podrían servir tales o cuales obras y una relación de las aparecidas en nuestro país (deben considerarse aparecidas únicamente las traducidas con decoro, que no son tantas) y de las que aún debemos editar.

* * *

Además de la alianza con los materialistas consecuentes no afiliados al Partido Comunista, no es de menos importancia, sino tal vez de más importancia aún, para la labor que el materialismo militante debe realizar, la alianza con los representantes de las ciencias naturales modernas que tienden al materialismo y no temen defenderlo ni predicarlo contra las vacilaciones filosóficas en boga, predominantes en la llamada "sociedad instruida", que se inclinan por el idealismo y el escepticismo.

El artículo de A. Timiriázev sobre la teoría de la relatividad de Einstein, publicado en el número 1-2 de *Pod Známenem Marxizma,* permite abrigar la esperanza de que la revista logre también concluir esta segunda clase de alianza, a la cual es preciso dedicar más atención. Hay que recordar que precisamente del brusco viraje que están dando actualmente las ciencias naturales modernas surgen a cada paso las escuelas y escuelillas, las tendencias y subtendencias filosóficas reaccionarias. Por lo tanto, seguir de cerca los problemas que la novísima revolución en la esfera de las ciencias naturales destaca y atraer a esta labor, en la revista filosófica, a los investigadores naturalistas es una tarea sin cuyo cumplimiento el materialismo militante en modo alguno puede ser ni militante ni materialismo. Si Timiriázev se ha visto obligado a señalar en el primer número de la revista que a la teoría de Einstein -quien, según dice Timiriázev, no ha emprendido personalmente ninguna cruzada activa contra las bases del materialismo-, se ha aferrado ya en todos los países una infinidad de intelectuales burgueses, esto se refiere no sólo a Einstein, sino a toda una serie, quizás a la mayoría, de los grandes transformadores de las ciencias naturales a partir de fines del siglo XIX.

Y para no tratar semejante fenómeno de un modo inconsciente debemos comprender que sin una sólida fundamentación filosófica no hay ciencias naturales, ni materialismo, que puedan soportar la lucha contra el empuje de las ideas burguesas y el restablecimiento de la concepción burguesa del mundo. Para soportar esta lucha y llevarla hasta el fin con pleno éxito, el naturalista debe ser un materialista moderno, un partidario consciente del materialismo representado por Marx, es decir, debe ser un materialista dialéctico. Para alcanzar este fin, los colaboradores de la revista *Pod Známenem Marxizma* deben organizar el estudio sistematizado de la dialéctica de Hegel desde el punto de vista materialista, es decir, de la dialéctica que Marx aplicó prácticamente en su *Capital* y en sus otras obras de historia y política con tanto éxito que, en la actualidad, cada día del despertar de las nuevas clases a la vida y a la lucha en el Oriente (el Japón, la India, China) -es decir, de esos centenares de millones de seres que constituyen la mayoría de la población del globo y que eran hasta hoy, con su inactividad y letargo históricos, la causa del estancamiento y de la putrefacción de muchos Estados adelantados de Europa-, cada día del despertar de nuevos pueblos y de nuevas clases a la vida aporta una confirmación mayor aún del marxismo.

Naturalmente, la labor dedicada a tal estudio, a tal interpretación y a tal propaganda de la dialéctica de Hegel es sumamente difícil y, sin duda, los primeros intentos en este sentido conducirán a errores. Pero únicamente quien no hace nada no se equivoca. Basándonos en el modo que tenía Marx de aplicar la dialéctica de Hegel, concebida de una manera materialista, podemos y debemos desarrollar esta dialéctica en todos sus aspectos, publicar en la revista

fragmentos de las principales obras de Hegel, interpretarlas de un modo materialista, comentándolas con ejemplos de la aplicación de la dialéctica por Marx y con ejemplos de la dialéctica aplicada al terreno de las relaciones económicas y políticas, ejemplos que la historia contemporánea, sobre todo la guerra imperialista y la revolución actuales, nos ofrecen en cantidad extraordinariamente abundante. El grupo de redactores y colaboradores de la revista *Pod Známenem Marxizma,* a mi parecer, debe constituir algo así como una "Sociedad de amigos materialistas de la dialéctica hegeliana". Los naturalistas modernos encontrarán (si saben investigar y si nosotros aprendemos a ayudarles en ello) en la interpretación materialista de la dialéctica de Hegel una serie de respuestas a las cuestiones filosóficas que plantea la revolución en las ciencias naturales y con las cuales van a parar a la reacción los admiradores intelectuales de las modas burguesas.

El materialismo no puede ser materialismo militante si no se plantea ni cumple con regularidad esa tarea. Seguirá siendo, empleando una expresión de Schedrín, no tan combativo como combatido. Sin ello, los grandes naturalistas seguirán siendo, con tanta frecuencia como hasta ahora, impotentes en sus conclusiones y síntesis filosóficas, ya que las ciencias naturales progresan con tanta rapidez, atraviesan un período de tan profundo viraje revolucionario en todos los dominios que no pueden pasarse de ninguna manera sin conclusiones filosóficas.

Para terminar, aduciré un ejemplo que no se refiere al terreno de la filosofía, pero que, en todo caso, se refiere al de las cuestiones sociales, a las que *Pod Známenem Marxizma* también quiere prestar atención.

Este es uno de los ejemplos de cómo la seudociencia de nuestros días sirve en realidad de vehículo para los conceptos reaccionarios más groseros e ignominiosos.

Hace poco me enviaron el número 1 de la revista *Ekonomist*[104] (1922), editada por la XI sección de la Sociedad Técnica Rusa. El joven comunista que me la envió (es probable que le faltara tiempo para conocer el contenido de la revista) tuvo la imprudencia de elogiármela mucho. En realidad, esta revista es un órgano de prensa, no sé hasta qué punto consciente, de los feudales modernos que, como es natural, se encubren con el manto de la sabiduría, de la democracia, etc.

Cierto señor P. A. Sorokin publica en dicha revista unos estudios seudosociológicos titulados *Acerca de la influencia de la guerra.* El artículo científico está lleno de citas científicas de los trabajos "sociológicos" del autor y de sus numerosos maestros y cofrades del extranjero. He aquí una muestra de su sabiduría.

En la página 83 leemos:

> "En la actualidad, por cada 10.000 matrimonios hay en Petrogrado 92,2 divorcios, una cantidad fantástica; además, de cada 100 casos de divorcio, el 51,1% de los matrimonios duraron menos de un año; el 11 %, menos de un mes; el 22 %, menos de dos meses; el 41 %, menos de 3-6 meses, y sólo el 26 % duraron más de 6 meses. Estas cifras testimonian que el matrimonio legal moderno es una forma que, en realidad, encubre las relaciones sexuales extramatrimoniales y ofrece a los amantes "de la manzana" la posibilidad de satisfacer de un modo "legal" sus apetitos" *(Ekonomist,* núm. 1, pág. 83).

No cabe duda de que tanto dicho señor como esa sociedad técnica rusa que edita la revista mencionada e inserta en ella semejantes razonamientos se consideran a sí mismos partidarios de la democracia y tendrán por grandísima ofensa que se les llame con el nombre que en realidad se merecen, es decir, señores feudales, reaccionarios, "lacayos titulados del clericalismo".

El menor conocimiento de la legislación de los países burgueses en cuanto al matrimonio, el divorcio y los hijos bastardos, así como de la situación real a este respecto, mostrará a cualquiera que se interese por esta cuestión que la democracia burguesa moderna, incluso en todas las repúblicas burguesas más democráticas, se manifiesta, precisamente en este sentido, como feudal con relación a la mujer y a los hijos bastardos.

Esto, claro está, no impide a los mencheviques, a los eseristas, a una parte de los anarquistas y a todos los partidos respectivos de Occidente seguir dando voces con motivo de la democracia y de la violación de la misma por los bolcheviques. En realidad, la única revolución consecuentemente democrática respecto a cuestiones como las del matrimonio, el divorcio y la situación de los hijos bastardos es, precisamente, la revolución bolchevique. Y ésta es una cuestión que atañe de un modo muy directo a los intereses de más de la mitad de la población de cualquier país. Sólo la revolución bolchevique, por primera vez, a pesar de la infinidad de revoluciones burguesas que la precedieron y que se llamaban democráticas, ha llevado a cabo una lucha decidida en dicho sentido, tanto contra la reacción y el feudalismo como contra la hipocresía habitual de las clases pudientes y gobernantes.

Si los 92 divorcios, en proporción a 10.000 matrimonios, le parecen una cifra fantástica al señor Sorokin, nos queda por suponer que el autor o bien ha vivido y se ha educado en algún monasterio tan alejado de la vida que es dudoso que alguien crea en la existencia de tal monasterio, o bien dicho autor tergiversa la verdad para complacer a la reacción y a la burguesía. Cualquiera que conozca, por poco que sea, las condiciones sociales de los países burgueses sabrá que el número real de divorcios reales

(naturalmente, no sancionados por la Iglesia ni por la ley) es, en todas partes, inconmensurablemente mayor. En este sentido, Rusia sólo se distingue de otros países en que sus leyes no santifican la hipocresía y la carencia de derechos de la mujer y su hijo, sino que declaran abiertamente y en nombre de la autoridad pública una guerra constante a toda hipocresía y toda falta de derechos.

La revista marxista tendrá que hacer la guerra también a semejantes "cultos" feudales de nuestros tiempos. Es probable que una parte no pequeña de ellos incluso reciba honorarios del Estado y esté al servicio del Estado ilustrando a la juventud, a pesar de que sirven para tales fines en un grado no mayor del que servirían corruptores manifiestos para ejercer de maestros en escuelas de primera enseñanza.

La clase obrera de Rusia supo conquistar el poder, pero no ha aprendido todavía a utilizarlo, puesto que, en caso contrario, hace ya mucho que habría enviado con la mayor cortesía posible a semejantes maestros y miembros de sociedades científicas a los países de la "democracia" burguesa. Ese es el lugar más adecuado para semejantes señores feudales.

Pero ya aprenderá, siempre que no le falten los deseos de aprender.

12-III-1922.

Publicado en marzo de 1922 en el núm. 3 de la revista "Pod Ztuimenetti Marxizma".

T. 45, págs. 23-33.

INFORME POLÍTICO DEL COMITÉ CENTRAL DEL PC(b) DE RUSIA, PRESENTADO AL XI CONGRESO DEL PARTIDO.

El 27 de marzo de 1922[105].

(*Aplausos*.) Camaradas: Permitidme empezar el informe político del CC desde fin de año y no desde el comienzo de éste. La cuestión política de mayor actualidad es la Conferencia de Génova. Pero como ya se ha hablado muchísimo de esto en la prensa de nuestro país, y como tuve ocasión de manifestar lo esencial de esta cuestión en mi discurso del 6 de marzo, que ha sido publicado, pediría que me autorizarais a no entrar en detalles sobre este problema, si no tenéis ninguna necesidad especial de que se os expliquen algunos pormenores.

En general, sabéis todo lo referente a la Conferencia de Génova, porque la prensa ha dedicado mucho espacio a esta cuestión, a mi parecer, demasiado, incluso en perjuicio de las necesidades reales, prácticas y apremiantes de nuestra construcción en general y de la organización de la economía en particular. Se comprende que en todos los países burgueses de Europa guste mucho entretener a la gente o llenarle la cabeza con toda clase de frases rimbombantes sobre Génova. Esta vez (y no es la única) los imitamos, y lo hacemos de manera excesiva.

Debo decir que en el CC hemos tomado las más escrupulosas medidas para formar una delegación de nuestros mejores diplomáticos (ahora tenemos un número considerable de diplomáticos soviéticos, no como al comienzo de la existencia de la República Soviética). En el CC hemos adoptado directrices bastante detalladas para nuestros representantes diplomáticos enviados a la Conferencia de Génova. Las hemos estudiado muy detenidamente, hemos deliberado varias veces y vuelto a deliberar sobre ellas. Cae de su peso que aquí se trata de una cuestión, no diría militar, porque esta palabra daría pie a un malentendido, pero sí, en todo caso, de una competición. En el campo burgués existe una corriente de extraordinario vigor, muchísimo más poderosa que las demás, que tiende a frustrar la Conferencia de Génova. Hay corrientes que tratan de defenderla a toda costa, de lograr que se celebre, y son las que prevalecen ahora. Por último, en el campo de todos los países burgueses existe una corriente que se podría denominar pacifista y en la cual hay que incluir asimismo a toda la II Internacional y a la Internacional II y media. Es el campo de la burguesía que intenta mantener una serie de propuestas pacifistas y trazar algo así como una política pacifista. Nosotros, como comunistas, tenemos nuestras opiniones concretas, que huelga por completo exponer aquí, de este pacifismo. Se comprende que vamos a Génova a negociar, y no como comunistas, sino como comerciantes. Nosotros necesitamos negociar, y ellos también. Nosotros queremos negociar con ventaja para nosotros, y ellos con ventaja para sí mismos. La forma en que se va a desarrollar la lucha dependerá, aunque no sea en gran medida, del arte de nuestros diplomáticos.

Desde luego, cuando vamos a Génova como negociantes, no nos da igual tener que entendérnoslas con representantes del campo burgués que tiendan hacia la solución militar del problema o con representantes del campo burgués que tiendan hacia el pacifismo, aunque éste sea de lo más mediocre y, desde el punto de vista del comunismo, no resista la menor crítica. Sería un mal negociante quien no supiera captar esta diferencia y, ajustando a ello su táctica, lograr objetivos prácticos.

Nosotros vamos a Génova con un objetivo práctico: impulsar el comercio y crear las condiciones para que se desarrolle de la manera más amplia y eficaz. Pero en modo alguno garantizamos el éxito de la Conferencia de Génova. Sería ridículo y absurdo garantizarlo. Debo confesar que, enjuiciando con mayor moderación y prudencia las posibilidades que representa ahora la Conferencia de Génova, creo, sin embargo, que no será exagerado decir que conseguiremos este objetivo nuestro.

A través de Génova -si nuestros interlocutores allí son lo suficiente inteligentes y no demasiado testarudos-, dejando Génova a un lado -si se les ocurre obstinarse- ¡pero alcanzaremos nuestro objetivo!

Los intereses más impostergables, vitales y prácticos de todas las potencias capitalistas, intereses que se han manifestado de manera acusada en los últimos años, exigen que se desarrolle, normalice y amplíe el comercio con Rusia. Y como este tipo de intereses existe, puede discutirse, puede haber disensiones, podemos separarnos en diferentes combinaciones -y hasta es muy verosímil que

hayamos de hacerlo-, pero, aun con todo, esta necesidad económica fundamental acabará abriéndose paso en definitiva. Creo que a este respecto podemos estar tranquilos. No garantizo el plazo, no garantizo el éxito, pero precisamente en esta reunión puede afirmarse con bastante seguridad que han de seguir desarrollándose sin falta las relaciones comerciales regulares entre la República Soviética y todo el mundo capitalista. De las interrupciones que pueda haber en ellas hablaré en mi informe a su debido tiempo, pero creo que en cuanto a la Conferencia de Génova nos podemos limitar a lo dicho.

Por supuesto que los camaradas que deseen conocer la cuestión con mayor detalle y no se den por satisfechos con la lista de miembros de la delegación publicada en los periódicos podrán elegir una comisión o sección y ver todos los documentos, correspondencia y directrices que se tienen en el CC. Los detalles, naturalmente, los hemos esbozado de una manera convencional, porque hasta ahora no se sabe con exactitud quién se sentará a la mesa en esta Conferencia de Génova y cuáles serán las condiciones, o las condiciones previas que se pongan, o las salvedades que se hagan. No tendría el menor objeto analizarlas aquí todas; creo que incluso es prácticamente imposible. Repito: él congreso tiene plena posibilidad de reunir, mediante una sección o una comisión, todos los documentos sobre esta cuestión, tanto los publicados como los que obran en poder del CC.

Me limitaré a lo expuesto porque estoy convencido de que no es en esta cuestión donde tropezamos con nuestras mayores dificultades. No es a esto a lo que todo el partido debe prestar su principal atención. La prensa burguesa europea abulta y exagera con artificio y adrede la importancia de esta conferencia, engañando a las masas trabajadoras (así lo hacen siempre las nueve décimas partes de toda la prensa burguesa en todas estas repúblicas y países libres y democráticos.). Nos hemos dejado llevar un poco por esta prensa. Como siempre, nuestros periódicos se dejan llevar aún por las viejas costumbres burguesas, se resisten a pasar a la nueva vía socialista, y hemos armado más barullo del que merece el tema. La Conferencia de Génova no ofrece en el fondo grandes dificultades para los comunistas, sobre todo para los que han vivido años tan duros como nosotros desde 1917, para los que han visto combinaciones políticas de tanta trascendencia como nosotros hemos visto desde entonces. No recuerdo que en relación con este asunto se produjeran divergencias o discusión alguna, no ya en el CC, sino tampoco en el seno de nuestro partido. Y esto es natural, ya que aquí no hay nada discutible desde el punto de vista de los comunistas, ni aun teniendo en cuenta la diferencia de matices entre ellos. Vamos a Génova, repito, como negociantes, a fin de lograr formas más ventajosas para el desarrollo del comercio, que ya ha comenzado, que está en marcha y que, incluso en el caso de que alguien lograra interrumpirlo por la violencia durante cierto tiempo, pasada esa interrupción se desarrollará indefectiblemente a pesar de todo.

Circunscribiéndome, por lo tanto, a estas breves observaciones sobre la Conferencia de Génova, paso a lo que constituye, a juicio mío, las principales cuestiones políticas del año transcurrido y las más importantes del año próximo. Me parece (o, por lo menos, ésta es mi costumbre) que en el informe político del CC se debe hablar no sólo de lo que ha ocurrido en el año del que se rinde cuenta, sino de las enseñanzas políticas que hemos recibido en este año - las fundamentales, las esenciales-, para determinar con acierto nuestra política en el año venidero, para aprender algo de las experiencias de un año.

El problema principal es, claro está, la nueva política económica. Todo el año del que ahora rendimos cuenta ha transcurrido bajo el signo de la nueva política económica. Si en el curso de este año hemos hecho alguna conquista importante, seria e imprescriptible (lo que para mí no es aún tan indudable), ha consistido sólo en aprender algo del principio de esta nueva política económica. Y si al menos hemos aprendido un poco durante este año, ha sido efectivamente muchísimo en el terreno de la nueva política económica. Y la prueba de que realmente hemos aprendido, y en qué grado, la darán probablemente los acontecimientos subsiguientes, acontecimientos de un tipo que dependen muy poco de nuestra voluntad; por ejemplo, la inminente crisis financiera. A mi parecer, lo principal que se debe tener presente, en lo que toca a nuestra nueva política económica, como base para todos los razonamientos y para tomar en consideración la experiencia de un año y adquirir conocimientos prácticos para el año entrante, son los tres puntos siguientes:

Primero, nuestra nueva política económica nos interesa, sobre todo, para comprobar que logramos realmente una conexión con la economía campesina. En la época anterior del desarrollo de nuestra revolución, cuando toda la atención y todas las fuerzas estaban dirigidas o casi absorbidas, principalmente, por la tarea de oponer resistencia a la invasión, no podíamos pensar como es debido en esta conexión, no teníamos tiempo para preocuparnos de ella. Hasta cierto punto se podía y se debía no tenerla en cuenta, cuando existía la tarea absolutamente inaplazable y apremiante de hacer frente al peligro de ser estrangulados en el acto por las gigantescas fuerzas del imperialismo mundial.

El viraje hacia la nueva política económica fue acordado con excepcional unanimidad, incluso mayor que para otros problemas afrontados en nuestro partido (que, debemos reconocerlo, se

destaca, en general, por su gran unanimidad), en el congreso anterior. Esta unanimidad demostró que había madurado por completo la necesidad de abordar de una manera nueva la economía socialista. Personas que disentían en muchos problemas, que enjuiciaban la situación desde puntos de vista distintos, convinieron inmediatamente, sin vacilación y sin excepción alguna, en que no teníamos una forma verdadera de abordar la economía socialista, la construcción de sus cimientos, y que existía un procedimiento único para encontrar este modo de abordarla: la nueva política económica. Debido al desarrollo de los acontecimientos militares, debido al desarrollo de los acontecimientos políticos, debido al desarrollo del capitalismo en el antiguo Occidente culto y al desarrollo de las condiciones sociales y políticas en las colonias, tuvimos que ser los primeros en abrir una brecha en el viejo mundo burgués en un momento en que nuestro país era, económicamente, si no el más atrasado, por lo menos uno de los más atrasados. La inmensa mayoría de los campesinos de nuestro país sostienen pequeñas haciendas individuales. Lo que podíamos realizar inmediatamente del programa de la construcción de la sociedad comunista, trazado por nosotros, se llevaba a cabo al margen, hasta cierto punto, de lo que ocurría entre las extensas masas campesinas, a las que impusimos tributos muy agobiadores, justificándolos con que la guerra no admitía ningún titubeo a este respecto. Y esta justificación, si se toma en su conjunto, fue aceptada por los campesinos, a pesar de los errores que no pudimos evitar. La masa campesina, en general, vio y comprendió que estas enormes cargas que se le imponían eran indispensables para defender de los terratenientes el poder obrero y campesino y no ser ahogados por la invasión capitalista, que amenazaba arrebatar todas las conquistas de la revolución. Pero no existía una conexión entre la economía que se construía en las fábricas nacionalizadas, socializadas, y en los sovjóses, de una parte, y la economía campesina, de otra.

Esto lo vimos con claridad en el anterior congreso del partido[106]. Lo vimos con tanta claridad que no hubo en el partido ninguna vacilación sobre la inevitable necesidad de la nueva política económica.

Es divertido observar las apreciaciones que de esta decisión nuestra hace la prensa, extraordinariamente abundante, de toda clase de partidos rusos en el extranjero. La diferencia entre estas apreciaciones es de lo más nimia: ellos, que viven del pasado, siguen insistiendo hasta hoy en que los comunistas de izquierda están contra la nueva política económica incluso en el presente. Estos individuos recordaron en 1921 lo que había ocurrido en 1918, y lo que los mismos comunistas de izquierda han olvidado, y lo vienen repitiendo y repitiendo con machaconería hasta la fecha, llegando a asegurar que estos bolcheviques son, como se sabe, gente pérfida y mentirosa, que oculta a Europa las discrepancias existentes entre ellos en este punto. Cuando uno lee estas cosas, piensa: deja que se engañen. Si es ésta la idea que tienen de lo que ocurre en nuestro país, se puede juzgar por ello del grado de conciencia de esta gente vieja, que pretende ser la más instruida y que ahora se ha marchado al extranjero. Nosotros sabemos que aquí no ha habido ninguna discrepancia, y no la ha habido porque estaba clara para todos la necesidad práctica de abordar de otra manera la construcción de los cimientos de la economía socialista.

En nuestro país no existía conexión entre la economía campesina y la nueva economía que intentábamos crear. ¿Existe ahora? Aún no. Sólo nos vamos acercando a ella. Todo el significado de la nueva política económica, que nuestra prensa sigue buscando a menudo por todas partes menos donde se debe buscar, todo el significado consiste única y exclusivamente en esto: encontrar la forma de conexión para esta nueva economía, que estamos creando a costa de ímprobos esfuerzos, con una economía campesina. Y en esto consiste nuestro mérito; sin esto no seríamos comunistas, revolucionarios.

Hemos comenzado a construir la nueva economía de una manera completamente nueva, sin tomar en consideración nada de lo viejo. Y si no la hubiéramos comenzado a construir, nos habrían aplastado por completo en los primeros meses, en los primeros años. Pero esto no quiere decir que nos obstinemos en que, debido a haberla comenzado con tamaña audacia, la debamos continuar sin falta de esta manera. ¿De dónde se desprende esto? De ninguna parte.

Hemos dicho desde un principio que debemos realizar una obra más que nueva y que si no nos ayudan con rapidez los camaradas obreros de los países más desarrollados en el sentido capitalista, nuestra labor será increíblemente difícil y cometeremos, sin duda, una serie de errores. Lo principal es saber analizar con serenidad los errores cometidos y reconstruirlo todo desde el comienzo. Si es necesario rehacerlo todo desde el comienzo, no dos, sino hasta muchas veces, esto demostrará que abordamos sin prejuicios y con mirada serena nuestra tarea, la más grandiosa de cuantas se hayan emprendido jamás en el mundo.

Ahora lo esencial de la nueva política económica es que asimilemos bien la experiencia del año transcurrido. Es preciso hacerlo, y lo deseamos hacer. Y si queremos lograrlo a toda costa (¡queremos y lo lograremos!), es necesario saber que la tarea de la Nep, la tarea principal y decisiva, la que subordina todo lo demás, consiste en establecer una conexión entre la nueva economía, que hemos comenzado a construir (muy mal, con mucha torpeza, pero que, no

obstante, hemos comenzado a construir, basándola en una economía socialista enteramente nueva, de una producción nueva, de una nueva distribución), y la economía campesina, de la que viven millones y millones de campesinos.

Antes no existía esa conexión, y eso es lo que debemos crear en primer término. A esta idea hay que supeditarlo todo. Debemos aclarar aún hasta qué grado ha conseguido la nueva política económica establecer esta conexión y no desmoronar lo que hemos comenzado a construir con torpeza.

Estamos edificando nuestra economía con los campesinos. Debemos rehacerla de continuo y construirla de manera que sea una ligazón entre nuestra labor socialista en la gran industria y en la economía agrícola y la labor en la que está atareado cada campesino y que realiza como puede, saliendo de la miseria como sabe, sin filosofar (porque ¿qué puede filosofar él para salir y salvarse del peligro directo de morir entre las torturas del hambre?).

Hay que mostrar esta conexión para que la veamos con claridad nosotros, para que la vea todo el pueblo y para que toda la masa campesina vea que existe un vínculo entre la vida actual, dura, inauditamente desolada, extremadamente miserable y angustiosa, y el trabajo que se lleva a cabo en aras de remotos ideales socialistas. Hay que proceder de manera que cada simple trabajador, cada trabajador de filas, comprenda que ha obtenido alguna mejora, y la ha obtenido no como unos cuantos campesinos durante la época del poder de los terratenientes y del capitalismo, cuando cada paso hacia la mejora (indudablemente, mejoras las había, y muy grandes) iba acompañado del escarnio, los ultrajes, las burlas a cuenta del mujik, la violencia contra la masa; cosa que ningún campesino ha olvidado en Rusia ni olvidará en decenas de años. Nuestro objetivo es restablecer la conexión, demostrar con hechos a los campesinos que comenzamos por lo que ellos conocen, comprenden y pueden alcanzar hoy pese a toda su miseria, y no por algo distante y fantástico desde su punto de vista; demostrarles que sabemos ayudarles, y que los comunistas les ayudan de hecho en estos momentos difíciles para los pequeños campesinos arruinados, empobrecidos, que sufren el tormento del hambre. O nosotros les demostramos eso o ellos nos enviarán al diablo. Eso no habrá quien lo evite.

Esta es la significación de la nueva política económica, éste es el fundamento de toda nuestra política. He aquí para nosotros la principal lección del año transcurrido -en el que se ha aplicado la nueva política económica- y, por decirlo así, nuestra principal norma política para el año entrante. El campesinado nos concede crédito y, desde luego, después de lo que ha sufrido, no puede menos de concedérnoslo. Los campesinos, en su mayoría, viven con esta resignación: "Bueno, si no sabéis hacer las cosas, esperaremos, puede que aprendáis" Pero este crédito no puede ser inagotable.

Es preciso saberlo y, una vez obtenido el crédito, hay que apresurarse, a pesar de todo. Hay que saber que se aproxima el momento en que el país campesino no nos seguirá concediendo créditos, en que nos pedirá dinero contante, si se puede usar aquí este término comercial. "Pero, sin embargo, ahora, después de tantos meses y tantos años de prórrogas, vosotros, distinguidos gobernantes, habéis obtenido el método mejor y más seguro para ayudarnos a salir de la pobreza, de la miseria, del hambre, de la ruina. Vosotros sabéis hacer las cosas, lo habéis demostrado". He aquí la prueba que irremisiblemente se cierne sobre nosotros, y esta prueba, en última instancia, lo decidirá todo: los destinos de la Nep y los destinos del poder comunista en Rusia.

¿Sabremos dar cima a nuestra obra inmediata o no? ¿Esta Nep servirá para algo o no? Si resulta un retroceso hecho con acierto, entonces, replegados, nos uniremos con la masa campesina y con ella marcharemos adelante con centuplicada lentitud, pero de un modo firme y constante para que ésta vea siempre que, a pesar de todo, vamos avanzando. Entonces nuestra causa será absolutamente invencible, y no nos dominará ninguna fuerza en el mundo. Hasta ahora, en este primer año, no lo hemos logrado. Es preciso decirlo con franqueza. Y yo estoy profundamente convencido (y nuestra nueva política económica permite sacar esta conclusión con toda claridad y firmeza), que si nos percatamos de todo el inmenso peligro que representa la Nep y concentramos todas nuestras fuerzas en los puntos débiles, resolveremos el problema.

Cerrar filas con la masa campesina, con los simples campesinos trabajadores, y comenzar a avanzar incomparable, infinitamente más despacio de lo que nosotros soñábamos, pero, en cambio, de forma que toda la masa avance efectivamente con nosotros. Si obramos así, llegará un momento en que la aceleración de este movimiento alcanzará un ritmo con el que ahora no podemos ni soñar. Esta es, a mi entender, la primera lección política fundamental de la nueva política económica.

La segunda lección, más particular, es la comprobación, por medio de la emulación, de las empresas estatales y capitalistas. En nuestro país se crean ahora sociedades mixtas -hablaré un poco de ellas más adelante-, las cuales, lo mismo que todo nuestro comercio estatal y toda nuestra nueva política económica, son la aplicación por nosotros, los comunistas, de procedimientos comerciales, de procedimientos capitalistas. Asimismo tienen la importancia de que se establece una emulación práctica entre los procedimientos capitalistas y nuestros procedimientos. Comparad en la práctica. Hasta ahora escribíamos un programa y prometíamos. En su tiempo esto era completamente

indispensable. Sin programa y sin promesas no se puede propugnar la revolución mundial. Si nos critican por ello los guardias blancos, y entre ellos los mencheviques, esto solamente demuestra que los mencheviques y los socialistas de la II Internacional y de la Internacional II y media no tienen la menor idea de cómo transcurre, en general, el desarrollo de la revolución. No podíamos comenzar de otro modo.

Pero ahora las cosas se hallan de tal manera que debemos comprobar ya en serio nuestro trabajo, y no como suelen hacerlo las instituciones de control creadas por los mismos comunistas, aunque éstas sean magníficas y estén incluidas en el sistema de las instituciones soviéticas y en el sistema de las instituciones del partido, aunque sean instituciones de control casi ideales; semejante comprobación es una burla desde el punto de vista de la necesidad real de la economía campesina, mas no es, en modo alguno, una burla desde el punto de vista de nuestra edificación. Estamos constituyendo ahora estas instituciones de control, pero no hablo ahora de esa comprobación, sino de la que representa un control desde el punto de vista de la producción masiva.

El capitalista sabía abastecernos. Lo hacía mal, lo hacía saqueando, nos vejaba, nos expoliaba. Esto lo saben los simples obreros y campesinos, que no discuten de comunismo, porque no saben con qué se come.

"Pero los capitalistas, a pesar de todo, sabían abastecer. Y vosotros, ¿sabéis? No, vosotros no sabéis". Estas son las voces que se oían el año pasado, en la primavera -no siempre con claridad-, pero que abonaron el terreno para toda la crisis de la primavera del año pasado. "Sois personas excelentes, pero no sabéis hacer la obra que habéis comenzado, la obra económica". He aquí la crítica más simple y contundente que el año pasado dirigieron contra el Partido Comunista los campesinos y, por el conducto de ellos, toda una serie de sectores obreros. Por eso precisamente, este punto viejo adquiere tanta importancia en el problema de la Nep.

Es necesaria una verdadera comprobación. A nuestro lado actúa el capitalista, actúa saqueando, recoge ganancias, pero sabe hacer las cosas. ¿Y vosotros? Vosotros probáis con procedimientos nuevos: no obtenéis ganancias, los principios son comunistas, los ideales son buenos -bien, os han pintado tan bonitos que parecíais santos dignos de entrar vivos en el paraíso-, pero ¿sabéis hacer las cosas? Hace falta una comprobación, una verdadera comprobación, que no se limite a que la CCC investigue y determine censurar, y el CEC de toda Rusia determine sancionar, no, sino una auténtica comprobación, desde el punto de vista de la producción masiva.

Se ha concedido a los comunistas toda clase de prórrogas, y se les ha dado más crédito que a ningún otro gobierno. Claro es que los comunistas han ayudado al campesino a desembarazarse de los capitalistas y de los terratenientes, esto él lo aprecia, y nos ha concedido prórrogas a crédito, pero todo hasta cierto plazo. Y luego viene ya la comprobación: ¿sabéis administrar no peor que otros? El viejo capitalista sabe, pero vosotros no sabéis.

He aquí la primera enseñanza, la primera parte principal del informe político del CC. Nosotros no sabemos llevar la hacienda pública. Esto se ha demostrado durante este año. Yo desearía tomar como ejemplo varios "trustestats" (expresándome con ese excelente idioma, tan alabado por Turguénev)* y demostrar de qué manera sabemos llevar la hacienda.

Lamento no haber podido, por una serie de razones, y en grado considerable por mi enfermedad, preparar a fondo esta parte del informe y tener que limitarme a exponer mis convicciones, basadas en la observación de lo que ocurre. En el transcurso de este año hemos demostrado con entera claridad que no sabemos llevar la hacienda pública. Esta es la enseñanza principal. O en el año próximo demostramos lo contrario, o el Poder soviético no podrá existir. Y el peligro mayor es que no todos se dan cuenta de eso. Si todos los comunistas que ocupan puestos de responsabilidad reconocieran claramente: no sabemos, comencemos a estudiar desde el principio y saldremos ganando, sería, a juicio mío, la conclusión principal, fundamental. Pero no lo reconocen y están convencidos de que si alguien piensa así, es gente poco desarrollada que no ha estudiado, según dicen ellos, el comunismo, puede ser que lo estudien y lo lleguen a comprender. Mas no, perdonad, no se trata de que el campesino o el obrero sin partido no haya estudiado el comunismo, sino de que han pasado los tiempos en que bastaba con desarrollar un programa y hacer un llamamiento al pueblo para que cumpliera este gran programa. Y han pasado esos tiempos, ahora hay que demostrar que vosotros, en la difícil situación actual, sabéis ayudar prácticamente a la economía del obrero y del mujik, para que vean que habéis sabido sostener la emulación.

Las sociedades mixtas que hemos comenzado a crear, en las que participan capitalistas privados -rusos y extranjeros- y comunistas, constituyen una de las formas en que se puede organizar con acierto la emulación, demostrar que nosotros sabemos establecer la conexión con la economía campesina no peor que los capitalistas, que podemos satisfacer sus necesidades, que podemos ayudar al campesino a avanzar tal y como es ahora, pese a toda su ignorancia, ya que no es posible hacerle cambiar en un plazo corto.

---

* La nota irónica que va entre paréntesis se refiere a la costumbre adquirida de formar nuevas palabras compuestas con abreviaciones, en este caso, "trusts estatales". *(N. de la Edit.)*

Esa es la emulación que se nos plantea como una tarea absoluta e inaplazable. Ese es precisamente el quid de la nueva política económica y, según mi convicción, todo el fondo de la política del partido. Tenemos todos los problemas y las dificultades puramente políticos que se quieran. Y vosotros sabéis cuáles son: la Conferencia de Génova, el peligro de intervención... Dificultades inmensas, pero todas ellas insignificantes comparadas con esta dificultad. Allí ya hemos visto cómo se hace eso, allí hemos aprendido mucho, hemos percibido lo que es la diplomacia burguesa. Eso es cosa que nos han venido enseñando quince años los mencheviques, y nosotros hemos aprendido algo de provecho. Eso no es nuevo.

Pero veamos qué debemos hacer en la economía: salir airosos de la emulación con el simple dependiente de comercio, con el simple capitalista o comerciante, que llegará al campesino y no discutirá con él de comunismo -imaginaos: no discutirá de comunismo-, sino que le dirá: si hay necesidad de abastecer, de comerciar bien, de construir, yo construiré caro; pero puede ser que los comunistas construyan más caro aún, e incluso diez veces más caro. Este es el género de propaganda que presenta ahora todo el fondo del problema, he ahí la clave de la economía.

Repito, hemos obtenido del pueblo una prórroga y crédito gracias a nuestra política justa, y esto, expresándolo en la terminología de la Nep, son letras de cambio, pero ni se indica en ellas cuándo vencen ni por su texto se entera uno de cuándo serán protestadas. He ahí en qué *consiste* el peligro, he ahí la particularidad que diferencia estas letras de cambio políticas de las comerciales corrientes. A eso debemos prestar toda nuestra atención, no tranquilizarnos por el hecho de que en todas partes, en los trusts estatales y en las sociedades mixtas, se encuentren los comunistas mejores y más responsables, pues de nada sirve, porque ellos no saben administrar, y en este sentido son peores que un empleadillo capitalista cualquiera que ha pasado por la escuela de una fábrica grande o de una casa importante. No nos damos cuenta de esto, aquí pervive la altanería comunista, la comaltanería, expresándome en ese gran idioma de moda. El problema consiste en que un comunista que desempeña un cargo de responsabilidad -el mejor, el honrado a carta cabal, el más fiel, el que ha pasado por la cárcel y no ha temido a la muerte- no sabe comerciar, porque no es un hombre de negocios, porque no ha estudiado ni quiere estudiar eso y no comprende que debe empezar por el abecé. Él, comunista, revolucionario que ha hecho la revolución más grande del mundo; él, contemplado si no por cuarenta siglos desde la cumbre de las pirámides, sí por cuarenta países europeos con la esperanza de verse libre del capitalismo, debe aprender de un simple empleado que lleva diez años trabajando en una tienda, que conoce este ramo, y él, comunista que ocupa un puesto de responsabilidad y es un revolucionario abnegado, no solamente lo desconoce, sino que hasta ignora que lo desconoce.

Pues bien, camaradas, si nosotros corrigiéramos, aunque sólo fuera este primer desconocimiento, ya sería un grandísimo triunfo. Debemos salir de este congreso con la convicción de que eso no lo sabíamos y de que tenemos que aprender desde el abecé. Pero, a pesar de todo, aún no hemos dejado de ser revolucionarios (aunque muchos dicen, y hasta no sin cierto fundamento, que nos hemos burocratizado) y podemos comprender esta cosa sencilla: que en la obra nueva, extraordinariamente difícil, hay que saber comenzar desde el principio varias veces. Si después de haber comenzado te encuentras en un atolladero, comienza de nuevo, y así diez veces si es necesario, hasta que te salgas con la tuya. No te envanezcas, no presumas de ser comunista, porque puede haber allí cualquier empleado sin partido, quizá algún guardia blanco, y seguramente un guardia blanco que sabe hacer las cosas que necesariamente deben hacerse en el orden económico, en tanto que tú no lo sabes. Si tú, comunista que ocupas un puesto de responsabilidad, con centenares de categorías y títulos, incluso con el de "caballero" comunista y soviético, llegas a comprender eso, habrás conseguido tu objetivo, pues eso se puede aprender.

Aunque muy pequeños, hemos logrado algunos éxitos este año, pero son insignificantes. Lo principal es que no existe la conciencia, la convicción, muy extendida y compartida por todos los comunistas, de que ahora entre nosotros, entre los comunistas rusos que desempeñamos cargos de responsabilidad y somos leales, ese saber es menor que el de cualquier viejo empleado. Repito, hay que comenzar a estudiar desde el principio. Si tomamos conciencia de esto triunfaremos en la prueba, y es seria la prueba que nos prepara la crisis financiera que se aproxima, la que nos prepara el mercado ruso e internacional, al que estamos subordinados, al que estamos atados, del que no nos podemos separar. Es una prueba seria, ya que en ella nos pueden batir en los aspectos económico y político.

El problema se plantea así y solamente así, porque ésta es una emulación seria y decisiva. Hemos tenido muchos caminos y salidas para nuestras dificultades políticas y económicas. Podemos jactarnos con orgullo de que hasta ahora hemos sabido utilizar todos estos caminos y salidas en diversas combinaciones, adaptándolos a las diferentes situaciones, pero ahora no tenemos ninguna salida. Permitidme que os lo diga sin ninguna exageración, porque en este sentido, realmente, es la "lucha final", y no con el capitalismo internacional -con éste habrá todavía muchas "luchas finales"-, no, sino con el capitalismo ruso, con ese capitalismo que brota de la

pequeña economía campesina y es ayudado por ésta. Y aquí ha de librarse un combate, en un futuro cercano, cuyo plazo aún no se puede fijar con exactitud. Aquí ha de reñirse la "lucha final", aquí no puede haber rodeos políticos ni de ninguna otra clase, ya que ésta es la prueba de la emulación con el capital privado. O salimos airosos de esta prueba de la emulación con el capital privado o será un fracaso completo. Para salir bien de esta prueba tenemos el poder político y un montón de diversos recursos económicos y de otro tipo, tenemos todo lo que queráis, menos capacitación. Falta capacitación. Y por eso, si extraemos esta simple lección de la experiencia del año pasado y la convertimos en nuestra directriz para todo el año 1922, superaremos también esta dificultad a pesar de que es mucho mayor que la dificultad anterior, porque la llevamos dentro de nosotros mismos. Esto no es lo mismo que un enemigo exterior cualquiera. Esta dificultad consiste en que nosotros no queremos reconocer la desagradable verdad que se nos impone ni queremos caer en la desagradable situación en que es necesario caer: comenzar a estudiar desde el principio. Esta es la segunda enseñanza, que, a mi juicio, se deduce de la nueva política económica.

La tercera enseñanza -enseñanza complementaria- está relacionada con el problema del capitalismo de Estado. Es una pena que no asista al congreso el camarada Bujarin, pues quisiera discutir con él un poco, pero será mejor que lo aplace hasta el próximo. En cuanto al capitalismo de Estado, nuestra prensa y, en general, nuestro partido cometen el error de caer en el intelectualismo, en el liberalismo: alambicamos sobre cómo se debe comprender el capitalismo de Estado, y hojeamos libros viejos. Y allí se trata de algo muy distinto: se describe el capitalismo de Estado que existe bajo el capitalismo, pero no hay ni un solo libro en el que se escriba del capitalismo de Estado que existe bajo el comunismo. Ni siquiera a Marx se le ocurrió decir una sola palabra de esto y murió sin dejar ni una cita precisa ni indicaciones irrefutables. Por eso tenemos ahora que salir adelante solos. Y si se da un vistazo general a nuestra prensa para hacer un resumen mental de cómo se trata en ella el problema del capitalismo de Estado, como he intentado hacerlo yo, al prepararme para este informe, se convence uno de que allí no dan en el blanco y de que apuntan en direcciones completamente distintas.

Según todas las publicaciones de economía, el capitalismo de Estado es el existente bajo un régimen capitalista, en el que el poder estatal tiene supeditadas directamente a tales o cuales empresas capitalistas. Pero nuestro Estado es proletario, se apoya en el proletariado, da al proletariado todas las ventajas políticas y se gana mediante el proletariado a los campesinos por abajo (recordaréis que comenzamos esta labor por los comités de campesinos pobres[107]). Por eso el capitalismo de Estado desorienta a tantísimos. Para que eso no ocurra, hay que recordar lo fundamental: que en ninguna teoría ni en ninguna publicación se analiza el capitalismo de Estado en la forma que lo tenemos aquí, por la sencilla razón de que todas las nociones comunes relacionadas con estas palabras se refieren al poder burgués en la sociedad capitalista. Y la nuestra es una sociedad que se ha salido ya de los raíles capitalistas, pero que no ha entrado aún en los nuevos raíles; pero este Estado no lo dirige la burguesía, sino el proletariado. No queremos comprender que cuando decimos "Estado", este Estado somos nosotros, es el proletariado, es la vanguardia de la clase obrera. El capitalismo de Estado es el capitalismo que nosotros sabremos limitar, al que sabremos poner límites, este capitalismo de Estado está relacionado con el Estado, y el Estado son los obreros, es la parte más avanzada de los obreros, es la vanguardia, somos nosotros.

El capitalismo de Estado es el capitalismo que debemos encajar en un marco determinado y que aún no sabemos cómo hacerlo hasta hoy. En eso consiste todo. Y ahora depende de nosotros cómo será este capitalismo de Estado. Tenemos poder político suficiente, absolutamente suficiente; a nuestra disposición tenemos también suficientes medios económicos, pero es insuficiente la capacitación de esa vanguardia de la clase obrera que está puesta directamente a mandar, a determinar, a deslindar los campos, a subordinar y no a ser subordinada. Para ello se necesita sólo capacitación, y no la tenemos.

Es una situación sin precedentes en la historia: el proletariado, la vanguardia revolucionaria, tiene poder político absolutamente suficiente; y a su lado, existe el capitalismo de Estado. El quid de la cuestión consiste en que nosotros comprendamos que éste es el capitalismo que podemos y debemos admitir, que podemos y debemos encajar en un marco, ya que este capitalismo es necesario para la extensa masa campesina y para el capital privado, el cual debe comerciar de manera que satisfaga las necesidades de los campesinos. Es indispensable organizar las cosas de manera que sea posible el curso corriente de la economía capitalista y el intercambio capitalista, ya que el pueblo lo necesita, sin esto no se puede vivir. Para ellos, para este campo, todo lo demás no es absolutamente indispensable, con todo lo demás pueden transigir. Sed capaces vosotros, comunistas, vosotros, obreros, vosotros, parte consciente del proletariado que os habéis encargado de dirigir el Estado, sed capaces de hacer que el Estado que tenéis en vuestras manos haga vuestra voluntad. Pues bien, ha pasado un año, el Estado se encuentra en nuestras manos, pero ¿ha hecho en la nueva política económica durante este año nuestra voluntad? No. Y no lo queremos reconocer: el Estado no ha hecho nuestra voluntad. ¿Qué voluntad ha hecho? El

automóvil se desmanda; al parecer, va en él una persona que lo guía, pero el automóvil no marcha hacia donde lo guía el conductor, sino hacia donde lo lleva alguien, algo clandestino, o algo que está fuera de la ley, o que Dios sabe de dónde habrá salido, o tal vez unos especuladores, quizás unos capitalistas privados, o puede que unos y otros; pero el automóvil no va hacia donde debe, y muy a menudo en dirección completamente distinta de la que imagina el que va sentado al volante. Esto es lo esencial que hay que recordar en el problema del capitalismo de Estado. En este terreno esencial hay que estudiar desde el abecé, y solamente entonces, si esto se hace patrimonio, si llega a ser nuestro saber absoluto, podremos garantizar que lo aprenderemos.

Ahora pasaré al problema de la suspensión del repliegue, sobre lo que hube de hablar en el congreso de los metalistas. Desde entonces no he encontrado ninguna objeción, ni en la prensa del partido, ni en las cartas particulares de los camaradas, ni en el Comité Central. El Comité Central aprobó mi plan, consistente en que en el informe que se presentaría en su nombre al presente congreso se subraye con toda energía esta suspensión del repliegue y se pediría al congreso que diese la directriz correspondiente, ya en nombre de todo el partido ya como obligatoria. Hemos retrocedido durante un año. Ahora debemos declarar en nombre del partido: ¡Basta! El objetivo que perseguíamos con nuestro repliegue ha sido alcanzado. Este período toca a su fin o ha finalizado ya. Ahora pasa a primer plano otro objetivo: el de reagrupar las fuerzas. Hemos llegado a un nuevo punto. En su conjunto hemos llevado a cabo el repliegue, a pesar de todo, con relativo orden. Verdad es que desde diferentes lugares se oían no pocas voces que querían convertirlo en un retroceso por pánico. Había quienes alegaban: vosotros, en tal o cual parte, no os habéis replegado bien; esto lo decían, por ejemplo, algunos representantes del grupo que se denominaba "oposición obrera". (Creo que llevaban este nombre injustamente.) Debido a un celo excesivo, iban hacia una puerta y dieron con otra, y ahora lo han descubierto con toda claridad. Por entonces no veían que sus actividades, lejos de estar encauzadas a corregir nuestro movimiento, tenían, en realidad, un solo significado: sembrar el pánico, impedir que la retirada se hiciera con disciplina.

El repliegue es cosa difícil, sobre todo para los revolucionarios que están acostumbrados a avanzar; sobre todo, cuando están acostumbrados a avanzar con éxitos gigantescos durante varios años y, más aún, si están rodeados de revolucionarios de otros países que sólo sueñan con empezar la ofensiva. Al ver que nos replegábamos, algunos de ellos soltaron el llanto de manera intolerable e infantil, como ocurrió en el último Pleno ampliado del CE de la Internacional Comunista[108]. Movidos por los mejores sentimientos y anhelos comunistas, algunos camaradas lloraban porque los buenos comunistas rusos, ¡imaginaos!, retrocedían. Es posible que ahora me resulte ya difícil compenetrarme con esa sicología euroccidental, aunque he vivido bastantes años emigrado en esos hermosos países democráticos. Pero quizás, desde su punto de vista, eso sea tan difícil de comprender, que hasta se puede romper a llorar. En todo caso, no tenemos tiempo para detenernos en sentimentalismos. Para nosotros estaba claro que, precisamente porque veníamos avanzando con tanto éxito y obteniendo tantos triunfos extraordinarios a lo largo de tantos años (¡y todo esto en un país increíblemente arruinado, falto de premisas materiales!), para consolidar este avance, ya que habíamos conquistado tanto, nos era completamente indispensable retroceder. No podíamos mantener todas las posiciones que habíamos tomado al asalto; pero, por otra parte, sólo gracias a que, en dicho asalto, impulsados por el entusiasmo de los obreros y campesinos, nos hemos apoderado de algo tan inmenso, sólo por esto hemos tenido tanto terreno que nos ha sido posible retroceder mucho, y aun ahora podemos replegarnos mucho sin perder en absoluto lo principal y fundamental. El retroceso, en general, se hizo con bastante orden, aunque algunas voces de pánico, entre las cuales se encontraba la de la "oposición obrera" (¡y en eso consistió su enorme daño!), produjeron entre nosotros defecciones parciales e infracciones de la disciplina y del orden de retirada. Lo peor en la retirada es el pánico. Si todo un ejército (hablo en sentido figurado) se repliega, no puede tener la moral que hay cuando todos avanzan. Entonces podéis encontrar a cada paso una moral baja hasta cierto grado. Hubo entre nosotros incluso poetas que escribieron: Moscú pasa hambre y frío; antes era limpio y bonito; ahora todo es en él comercio y especulación. Abundan las obras poéticas de este tipo.

Y se comprende que eso se deba al retroceso. Y ello entraña un peligro inmenso, pues cuesta un trabajo terrible replegarse después de un gran avance victorioso; entonces cambian por completo las relaciones; cuando se avanza, aunque no sea firme la disciplina, todos avanzan con ímpetu y se precipitan adelante por propio impulso; en cambio, en el repliegue, la disciplina debe ser más consciente y es cien veces más necesaria, porque cuando todo un ejército retrocede, no ve con claridad dónde debe detenerse, ve solamente el retroceso, y bastan en ocasiones varias voces de pánico para que todos pongan pies en polvorosa. En este caso, el peligro es enorme. Cuando se emprende un retroceso como éste en un verdadero ejército, se emplazan ametralladoras, y cuando el retroceso ordenado se convierte en desordenado, se manda abrir fuego. Y bien hecho.

Si hay gente que, aunque sea llevada de los más

plausibles motivos, siembra el pánico en momentos en que hacemos un retroceso de inaudita dificultad, y todo depende de que se guarde un orden perfecto, en tales momentos es indispensable castigar con mano dura, saña y sin piedad la menor infracción de la disciplina, y no sólo respecto a algunos asuntos interiores de nuestro partido, sino que también hay que tenerlo en cuenta más aún en lo que respecta a señores como los mencheviques o como todos los señores de la Internacional II y media.

Hace unos días he leído en el número 20 de la *Internacional Comunista* el artículo del camarada Rákosi sobre el nuevo folleto de Otto Bauer, a quien estudiamos durante un tiempo, pero quien, después de la guerra, lo mismo que Kautsky, se convirtió en un deplorable pequeño burgués[109]. Ahora escribe: "Ellos retroceden hacia el capitalismo; lo veníamos diciendo siempre: la revolución es burguesa".

Tanto los mencheviques como los eseristas, que son los que propagan todo eso, se extrañan cuando decimos que por tales cosas vamos a fusilar. Se asombran y, sin embargo, la cuestión es clara: cuando un ejército retrocede, hace falta cien veces más disciplina que cuando se avanza, porque en este segundo caso todos desean lanzarse adelante. Y si ahora todos se pusieran a correr para atrás, sería la muerte inevitable e inmediata.

Precisamente en estos momentos lo principal es replegarse con orden, fijar con exactitud los límites del retroceso y no dejarse llevar del pánico. Y cuando un menchevique dice: "Vosotros retrocedéis ahora, pero yo siempre fui partidario del retroceso, estoy de acuerdo con vosotros, soy de los vuestros, vamos a retroceder juntos", nosotros le respondemos a eso: "Por preconizar públicamente el menchevismo, nuestros tribunales revolucionarios deben fusilar, de lo contrario, no serían nuestros tribunales, sino sabe Dios lo que serían".

No son capaces de comprender eso de ningún modo y dicen: "¡Qué maneras dictatoriales tiene esta gente!" Siguen creyendo hasta hoy que perseguimos a los mencheviques porque riñeron con nosotros en Ginebra[110]. Pero si nosotros fuéramos por ese camino, seguramente no nos sostendríamos en el poder ni dos meses. En efecto, esa prédica, pronunciada tanto por Otto Bauer como por los dirigentes de la II Internacional y de la Internacional II y media, los mencheviques y los eseristas, constituye su propia naturaleza: "La revolución ha ido muy lejos. Nosotros hemos dicho siempre lo que tú dices ahora. Permítenos repetirlo una vez más". Y nosotros respondemos a eso: "Permitidnos por esto llevaros al paredón. O hacéis el favor de absteneros de expresar vuestros puntos de vista, o si queréis manifestar vuestras opiniones políticas en la situación actual, cuando nos encontramos en condiciones mucho más difíciles que bajo una invasión directa de los blancos, entonces, perdonadnos, os trataremos como a los peores y más peligrosos elementos de los guardias blancos". Esto no lo debemos olvidar.

Cuando hablo de la suspensión del retroceso, no quiero, ni mucho menos, dar a entender con eso que nosotros ya hemos aprendido a comerciar. Por el contrario, me atengo a la opinión opuesta, y no sería bien comprendido y se demostraría que no sé expresar correctamente mis ideas, si lo que digo produjera tal impresión.

Pero de lo que se trata es de poner fin al nerviosismo, a la agitación que se ha originado aquí con motivo de la Nep, de poner fin al deseo de hacerlo todo de nueva manera, de adaptarse. Ahora tenemos varias sociedades mixtas. Es verdad que no son muchas. Con la participación de los capitalistas extranjeros han sido fundadas nueve sociedades, aprobadas por el Comisariado de Comercio Exterior; la comisión de Sokólnikov[111] aprobó seis, y el Severolés[112] ha firmado dos. Existen, pues, diecisiete sociedades, aprobadas por diferentes instancias con un capital de muchos millones. (Claro que hasta en las instancias tenemos bastante confusión, con lo que también es posible un descuido.) Pero, de todas maneras, ahora tenemos sociedades con capitalistas rusos y extranjeros. No son muchas. Este comienzo minúsculo, pero práctico, demuestra que han sabido apreciar a los comunistas, los han sabido apreciar desde el punto de vista de su práctica, pero no instituciones tan elevadas como la Comisión Central de Control y el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia. Desde luego, la CCC es una institución muy buena, y ahora le concederemos más poderes aún. No obstante, cuando estas instituciones controlan a los comunistas... imaginaos que en el mercado internacional no se reconoce su autoridad. (*Risas*.) Pero cuando simples capitalistas, rusos o extranjeros, ingresan en una sociedad mixta al lado de los Comunistas, nosotros decimos: "Y, a pesar de todo, algo sabemos, a pesar de todo, ya tenemos algo a título de comienzo, por muy malo, por muy mísero que sea". Claro que no es mucho; tened presente que hace ya un año que hemos proclamado, que hemos canalizado a esta obra toda la energía (y dicen que tenemos mucha), y en un año sólo hay diecisiete sociedades.

Esto demuestra hasta qué punto somos endiabladamente lerdos y desmañados, cuánto *oblomovismo* llevamos aún dentro de nosotros, y eso es seguro que nos costará aún más trompazos. Pero, a pesar de todo, repito, ya hay un principio, ya se han hecho las exploraciones. Los capitalistas no hubieran venido hacia nosotros si no existieran las condiciones elementales para su actividad. Pero si han venido, aunque sea en una parte ínfima, esto ya demuestra que hay un triunfo parcial. Claro que ellos nos engañarán todavía dentro de estas sociedades, y lo harán de tal manera que luego se necesitarán varios

años para analizar lo ocurrido. Pero no importa. Yo no digo que eso sea un triunfo, es sólo una exploración que demuestra que ya tenemos un campo de acción, que tenemos un trozo de terreno y que ya podemos frenar el retroceso.

La exploración ha dado un insignificante número de tratados con los capitalistas, pero, a pesar de todo, ya están concluidos. De eso hay que aprender a actuar en lo sucesivo. En este sentido ya es hora de dejar los nerviosismos, los gritos, el ajetreo. Llegan nota tras nota, telefonema tras telefonema: "¿No sería posible reorganizarnos también nosotros, puesto que vivimos en la Nep?" Todos se agitan, resulta un lío; las cosas prácticas no las hace nadie, todos razonan cómo adaptarse a la Nep, y no se logra ningún resultado.

Los comerciantes se ríen de los comunistas y, probablemente, repiten: "Antes eran persuasores generales[113], ahora son parlanchines generales". No cabe ni asomo de duda de que los capitalistas se han mofado de nosotros, de que hemos llegado tarde, de que no hemos sabido aprovecharnos, y en este sentido digo que, en nombre del congreso, es necesario aprobar también esta directriz.

El repliegue ha finalizado. Han sido trazados los principales métodos de acción para trabajar con los capitalistas. Hay ejemplos, aunque en cantidad insignificante.

Dejaos de sutilizar, de razonar sobre la Nep, dejad que las poesías las escriban los poetas, que para eso son poetas. Pero vosotros, economistas, dejaos de filosofar sobre la Nep y aumentad el número de estas sociedades, comprobad el número de comunistas que saben organizar la emulación con los capitalistas.

El repliegue ha terminado, ahora se trata de reagrupar las fuerzas. Tal es la directriz que debe aprobar el congreso y que debe poner fin al ajetreo y al alboroto. Tranquilizaos, no os metáis en sutilezas, que eso os restará méritos. Hay que demostrar prácticamente que uno trabaja no peor que los capitalistas. Los capitalistas crean la conexión económica con los campesinos para enriquecerse; nosotros, en cambio, debemos crear la conexión con la economía campesina para reforzar el poder económico de nuestro Estado proletario. Nosotros aventajamos a los capitalistas, porque el poder estatal está en nuestras manos, y toda una serie de medios económicos están en nuestras manos, lo que pasa es que no sabemos utilizarlos; veamos las cosas con más serenidad, alejemos de nuestro lado todo oropel, el solemne ropaje comunista, aprendamos simplemente una cosa sencilla, y entonces venceremos al capitalista privado. Nosotros poseemos el poder estatal, poseemos numerosos medios económicos; si vencemos al capitalismo y creamos la conexión con la economía campesina, seremos una fuerza absolutamente invencible. Entonces no será la construcción del socialismo lo que hace una gota de agua en el océano, gota que se llama el Partido Comunista, sino la obra de todas las masas trabajadoras; entonces pensará el simple campesino: ellos me ayudan; y se vendrá con nosotros, y aunque este paso sea cien veces más lento, será, en cambio, un millón de veces más firme y seguro.

En este sentido es en el que hay que hablar sobre la suspensión del repliegue, y de una u otra manera sería justo convertir esta consigna en resolución del congreso.

En relación con esto quisiera referirme al problema siguiente: ¿qué es la nueva política económica de los bolcheviques: evolución o táctica? Así planteaban el problema los de *Smiena Vej,* los cuales, como sabéis, representan una corriente que ha prendido entre los emigrados rusos, una corriente sociopolítica encabezada por los dirigentes democonstitucionalistas más destacados, por algunos ministros del ex gobierno de Kolchak, gentes que llegaron a la convicción de que el Poder soviético construye un Estado ruso, razón por la cual hay que ir tras él. "¿Pero qué Estado construye este Poder soviético? Los comunistas dicen que un Estado comunista, asegurando que se trata de una cuestión de táctica: en el momento difícil, los bolcheviques engatusarán a los capitalistas privados; y luego, dicen, se saldrán con la suya. Los bolcheviques pueden decir todo cuanto les plazca, pero, en realidad, esto no es táctica, sino evolución, una degeneración interna, llegarán a un Estado burgués común, y nosotros debemos apoyarlos. La historia sigue diferentes derroteros", así razonan los de *Smiena Vej.*

Algunos de ellos se hacen pasar por comunistas, pero hay personas más francas, entre ellas Ustriálov. Creo que fue ministro en el gobierno de Kolchak. Este no está de acuerdo con sus camaradas y dice: "En cuanto al comunismo, pensad lo que queráis, pero yo repito que no es táctica, sino evolución". Entiendo que este Ustriálov nos aporta un gran beneficio con esta declaración franca. Tenemos que oír muchas veces al día, sobre todo yo, por el cargo que ocupo, melosas mentiras comunistas, y las náuseas que esto produce son a veces de muerte. Y he aquí que, a cambio de estas mentiras comunistas, aparece el número de *Smiena Vej* y dice sin ambages: "Vuestras cosas, en general, no marchan como os lo imagináis, sino que, en realidad, rodáis hacia la vulgar charca burguesa, y allí se agitarán los banderines comunistas con toda clase de palabrejas". Esto es muy provechoso, porque en ello vemos no ya la simple repetición de la cantilena que oímos constantemente en torno nuestro, sino sencillamente la verdad de clase del enemigo de clase. Conviene mucho fijarse en cosas como ésta, que se escriben no porque en el Estado comunista se suela escribir así o porque esté prohibido escribir de otra manera, sino

porque es efectivamente la verdad de clase, expresada de un modo burdo y franco por el enemigo de clase. "Estoy de acuerdo con el apoyo al Poder soviético en Rusia -dice Ustriálov, a pesar de haber sido democonstitucionalista, burgués y defensor de la intervención-, y estoy de acuerdo con el apoyo al Poder soviético porque ha adoptado un camino por el cual se desliza hacia un vulgar poder burgués".

Esto es una cosa muy útil, y que, a mi entender, hay que tener presente: es mucho mejor para nosotros cuando los de *Smiena Vej* escriben de tal manera, que cuando algunos de ellos se fingen casi comunistas, tanto que desde lejos quizás resulte difícil distinguirlos: puede que crean en Dios, y puede que en la revolución comunista. Hay que decir con franqueza que tales enemigos sinceros son útiles. Hay que decir con franqueza que cosas como las que dice Ustriálov son posibles. La historia conoce conversiones de toda clase; en política no es cosa seria, ni mucho menos, confiar en la convicción, en la lealtad y otras magníficas cualidades morales. Cualidades morales magníficas las posee sólo contado número de personas, pero las que deciden el desenlace histórico son las grandes masas, las cuales, si este pequeño número de personas no se adapta a ellas, a veces no se paran en pelillos.

Ha habido múltiples ejemplos de ello, por lo cual debemos celebrar esta declaración franca de los de *Smiena Vej*. El enemigo dice la verdad de clase, señalándonos el peligro que se alza ante nosotros. El enemigo se esfuerza para que éste se haga inevitable. Los de *Smiena Vej* expresan el estado de espíritu de miles y decenas de miles de toda clase de burgueses o de empleados soviéticos, que participan en nuestra nueva política económica. Este es el peligro principal y verdadero. Y por esto hay que prestar a este problema la mayor atención: en efecto, ¿quién vencerá a quién? Yo he hablado de la emulación. No nos atacan directamente, no nos agarran por el pescuezo. Aún queda por ver lo que pasará mañana; pero hoy no nos atacan con las armas en la mano y, a pesar de todo, la lucha con la sociedad capitalista se ha vuelto cien veces más encarnizada y peligrosa, porque no siempre vemos con claridad dónde está el enemigo que se nos enfrenta y quién es nuestro amigo.

He hablado de la emulación comunista no desde el punto de vista de la simpatía con el comunismo, sino desde el punto de vista del desarrollo de las formas de la economía, así como de las formas del régimen social. Esto no es una emulación, esto es una lucha desesperada, furiosa, una lucha a muerte entre el capitalismo y el comunismo, que si no es la última, está muy cerca de serlo.

Y aquí se debe plantear la cuestión con claridad: ¿en qué consiste nuestra fuerza y qué nos falta? El poder político es absolutamente suficiente. Apenas si habrá alguien aquí que señale que en tal cuestión práctica, en tal institución concreta, los comunistas, el Partido Comunista, tiene insuficiente poder. Hay gente que no deja de pensar en ello, pero es gente que mira incorregiblemente atrás y no comprende que se debe mirar adelante. La fuerza económica fundamental se encuentra en nuestras manos. Todas las grandes empresas decisivas, los ferrocarriles, etc., se encuentran en nuestras manos. Los arriendos, por amplio que sea su desarrollo en algunos sitios, desempeñan en suma un papel de lo más insignificante, constituyen, en general, una parte muy pequeña. El Estado proletario de Rusia dispone de fuerzas económicas completamente suficientes para asegurar el tránsito al comunismo. ¿Qué es, pues, lo que falta? Está bien claro qué es lo que falta: falta cultura en el sector de comunistas que están dirigiendo. Si nos fijamos en Moscú -4.700 comunistas ocupan cargos de responsabilidad- y observamos esta mole burocrática, este montón, nos preguntamos: ¿Quién conduce a quién? Pongo muy en duda que se pueda decir que los comunistas conducen a ese montón. A decir verdad, no son ellos los que conducen, sino los conducidos. En el caso presente acontece algo semejante a lo que nos relataban en las clases de Historia cuando éramos niños. Nos enseñaban: ocurre a veces que un pueblo conquista a otro, y el pueblo conquistador es el vencedor, y el que ha sido conquistado es el vencido. Esto es muy sencillo y comprensible para todos. ¿Pero qué sucede con la cultura de esos pueblos? Esto no es tan sencillo. Si el pueblo conquistador es más culto que el pueblo conquistado, impone a éste su cultura; pero si es al contrario, acontece que el vencido impone su cultura al vencedor. ¿No ha pasado algo semejante en la capital de la RSFSR, y no ha resultado aquí que 4.700 comunistas (casi una división completa, y todos de los mejores) se ven dominados por una cultura ajena? Aquí se podría tener, por cierto, la impresión de que los vencidos tienen una cultura elevada. Nada de eso. Su cultura es mísera, insignificante, pero, sin embargo, superior a la nuestra. Por deplorable y mísera que sea, es mayor que la de nuestros militantes comunistas que ocupan cargos de responsabilidad, porque ellos no poseen la suficiente capacitación para dirigir. Los comunistas, al colocarse a la cabeza de las instituciones -y a menudo los colocan adrede y hábilmente los saboteadores para obtener un rótulo-, los comunistas resultan burlados a menudo. Esta confesión es muy desagradable, o, en todo caso, no es nada agradable, pero creo que debe hacerse, porque en ella reside ahora la clave del problema. A esto se reduce, a juicio mío, la lección política del año pasado; y bajo este signo transcurrirá la lucha del año 1922.

¿Serán capaces de comprender los comunistas de la RSFSR y del PC de Rusia que ocupan cargos de responsabilidad que no saben dirigir, que ellos, que

se imaginan ser los que conducen, son, en realidad, los conducidos? Ahora bien, si lo saben comprender, entonces aprenderán, como es natural, porque se puede aprender; mas para eso es necesario estudiar, y aquí no estudian. Lanzan a diestro y siniestro órdenes y decretos, y no se consigue en absoluto lo que se quiere.

La emulación y la competición que hemos puesto a la orden del día, al proclamar la Nep, es una emulación seria. Parecerá que se declara en todas las instituciones estatales; pero, en realidad, es una forma más de la lucha entre dos clases enemigas e inconciliables. Es una forma más de lucha de la burguesía contra el proletariado, es una lucha que no ha terminado aún y ni siquiera en las instituciones centrales de Moscú ha sido superada de una manera culta. Ya que generalmente los burgueses conocen las cosas mejor que nuestros mejores comunistas, que tienen todo el poder, todas las posibilidades, y que no saben dar un solo paso con sus derechos y su poder.

Yo quisiera citar un pasaje del libro de Alexandr Todorski[114]. El libro apareció en la ciudad de Vesiegonsk (existe tal cabeza de distrito en la provincia de Tver), y apareció en el primer aniversario de la revolución soviética en Rusia: el 7 de noviembre de 1918, en tiempos ya muy remotos. Este camarada de Vesiegonsk es, por lo visto, miembro del partido. Hace mucho tiempo que he leído este libro y no doy garantía de que no me vaya a equivocar en lo que a él se refiere. Relata de qué modo comenzó a instalar dos fábricas soviéticas, cómo incorporó a dos burgueses, e hizo esto a la manera de entonces: bajo la amenaza de privarles de libertad y confiscar todos sus bienes. Fueron incorporados a la reconstrucción de la fábrica. Sabemos de qué manera se incorporaba a la burguesía en 1918 (*risas*), así que no vale la pena que me detenga en detalles sobre esto: ahora la incorporamos con otros métodos. Pero he aquí la conclusión a que llegó: "Esto es sólo la mitad de la obra: no basta con vencer a la burguesía, hacerle la vida imposible, hay que obligarla a que trabaje para nosotros".

Estas son unas palabras magníficas. Magníficas palabras que demuestran que incluso en la ciudad de Vesiegonsk, incluso en 1918, había una comprensión justa de las relaciones entre el proletariado victorioso y la burguesía vencida.

Si damos al explotador con la badila en los nudillos, si lo dejamos sin fuerza y le hacemos la vida imposible, eso no será más que la mitad de la obra. Y aquí, en Moscú, cerca del 90 por 100 de los militantes que tienen cargos de responsabilidad se figuran que en esto consiste todo, es decir, en hacerle la vida imposible, en dejarlo sin fuerza, en darle con la badila en los nudillos. Lo que dije de los mencheviques, de los eseristas, de los guardias blancos lleva muy a menudo sólo a dejarlos sin fuerza, a darles en los nudillos (y puede que no sólo en los nudillos, sino en otro sitio más) y asestarles el golpe de gracia. Pero, sin embargo, esto es sólo la mitad de la obra. Incluso en 1918, cuando lo dijo el camarada de Vesiegonsk, esto era la mitad de la obra, y ahora hasta es menos de una cuarta parte de la obra. Debemos obligar y lograr que trabajen con sus manos para nosotros, y no que los comunistas que ocupan cargos de responsabilidad estén a la cabeza, tengan rango, pero sigan la corriente a la burguesía. En eso está todo el quid.

Construir la sociedad comunista sólo con los brazos de los comunistas es una idea pueril, completamente pueril. Los comunistas son una gota de agua en el mar, una gota en el mar del pueblo. Sabrán conducir al pueblo por su camino únicamente si saben determinar con exactitud este camino, no sólo en el sentido del desarrollo de la historia universal. En este sentido hemos determinado nuestro camino con absoluta precisión, y la experiencia de cada país nos trae la confirmación de que lo hemos hecho con acierto, y así lo debemos determinar también en nuestra patria, en nuestro país. Nuestro camino se determina no solamente por esto, sino también por el hecho de que no habrá intervención, de que sabremos darle al campesino mercancías a cambio de trigo. El campesino dirá: "Tú eres una persona magnífica, has defendido nuestra patria; por eso te hemos obedecido, pero si no sabes administrar la hacienda pública, largo de aquí". Sí, el campesino dirá eso.

Sabremos administrar la hacienda pública si los comunistas saben organizarla con manos ajenas, pero ellos mismos han de aprender de esta burguesía y la dirigirán por el camino que ellos quieran. Mas si el comunista se imagina: "Yo lo sé todo, porque soy un comunista que ocupo un cargo de responsabilidad, he vencido a gente mucho más importante que un empleadillo cualquiera. ¿Acaso era como ésta la que derroté en el frente?", precisamente esta moral predominante es la que nos mata.

La parte menos importante de la obra es que dejemos sin fuerza a los explotadores, o que les demos con la badila en los nudillos y los despojemos. Esto es preciso hacerlo.

Nuestra Dirección Política del Estado y nuestros tribunales deben hacerlo con menos indolencia de lo que lo vienen haciendo hasta ahora, deben recordar que son tribunales proletarios, rodeados de enemigos de todo el mundo. Esto no es difícil, en lo fundamental ya lo hemos aprendido. En esto debe hacerse cierto hincapié, pero es fácil.

Y la segunda parte del triunfo -construir el comunismo con manos no comunistas, saber realizar en la práctica todo lo que hay que hacer en el terreno económico- es encontrar la conexión con la economía campesina, satisfacer al campesino para que éste diga: "Por muy difícil, por muy penosa y

atormentadora que sea el hambre, veo que, si bien este poder no es común y habitual, de él se recibe un beneficio práctico, real". Hay que procurar que los numerosos elementos que nos superan en muchas veces, con los cuales colaboramos, trabajen de manera que podamos observar su trabajo, comprenderlo, y que hagan con sus manos algo útil para el comunismo. Este es el quid de la situación actual, y si bien esto lo han visto y comprendido algunos comunistas, en las amplias masas de nuestro partido no ven la necesidad de incorporar al trabajo a los que no militan en el partido. ¡Cuántas circulares se han escrito sobre esto, cuánto se ha hablado! ¿Y se ha hecho algo en un año? Nada. De cien comités de nuestro partido, ni cinco siquiera podrán mostrar sus resultados prácticos. He aquí hasta qué punto nos hemos retrasado con respecto a las necesidades que tenemos ahora en primer plano, hasta qué punto vivimos de las tradiciones de los años 1918 y 1919. Aquéllos fueron años grandiosos, años de obra histórica universal de lo más grande. Y si sólo se mira atrás, hacia aquellos años, y no se ve qué tarea está ahora en primer plano, eso representará la ruina indudable y absoluta, y todo el quid de la cuestión está en que no nos percatamos de ello.

Yo quisiera citar ahora dos ejemplos prácticos de lo que resulta de nuestra administración. Ya he dicho que lo más acertado para ello sería tomar algún trust del Estado. Debo disculparme por no poder hacer uso de este método acertado, porque para ello habría que estudiar de manera más concreta los datos, aunque fuese de un solo trust; pero, lamentablemente, no he podido llevar a cabo personalmente este estudio, y por eso tomo dos pequeños ejemplos. Uno es el siguiente: la Cooperativa de Consumo de Moscú ha culpado de burocracia al Comisariado del Pueblo de Comercio Exterior; el otro ejemplo es el de la cuenca del Donets.

El primer ejemplo es poco adecuado, pero no tengo a mano ninguno mejor. Este ejemplo sirve, no obstante, para ilustrar la idea fundamental. Como sabéis por los periódicos, en los últimos meses no he podido tratar los asuntos directamente, no he trabajado en el Consejo de Comisarios del Pueblo ni estado en el CC. En mis raras y cortas visitas a Moscú me han llamado la atención las atroces y terribles reclamaciones contra el Comisariado del Pueblo de Comercio Exterior. Que el Comisariado del Pueblo de Comercio Exterior es malo, que allí hay papeleo, no lo he dudado nunca ni un solo minuto. Pero cuando estas quejas han cobrado un apasionamiento especial, he intentado orientarme, tomar un caso concreto, llegar aunque sólo fuese una vez hasta el fondo y aclarar qué ocurre allí, por qué no marcha esa máquina.

La Cooperativa de Consumo de Moscú necesitaba comprar conservas. Se presentó para esto un ciudadano francés. No sé si lo hizo en bien de la política internacional, ni si estaban enterados los dirigentes de la Entente, o si ha sido debido a la aprobación de Poincaré y otros enemigos del Poder soviético (creo que nuestros historiadores lo descifrarán después de la Conferencia de Génova), pero el hecho es que la burguesía francesa ha participado no sólo en teoría, sino incluso en la práctica, puesto que un representante de la burguesía francesa se encontraba en Moscú y vendió las conservas. Moscú pasa hambre, y en el verano pasará más hambre aún, no han traído carne y -teniendo en cuenta las conocidas cualidades de nuestro Comisariado del Pueblo del Transporte- es probable que no la traigan.

Venden conservas de carne (si no están podridas por completo, naturalmente, lo que se comprobará en futuras investigaciones) por dinero soviético. ¿Hay algo más sencillo? Pero resulta que si se razona a la manera soviética, y como debe ser, la cosa no es sencilla ni mucho menos. No me ha sido posible estar directamente al tanto del asunto, pero organicé una investigación y ahora tengo un cuaderno en el que se expone el transcurso de esta famosa historia. Comenzó el 11 de febrero, cuando, según el informe del camarada Kámenev, se tomó el acuerdo en el Buró Político del CC del PC de Rusia de que era deseable la compra de víveres en el extranjero. ¡Claro! ¿Es que los ciudadanos rusos podrían solucionar este problema sin el Buró Político del CC del PC de Rusia! Imaginaos: ¿cómo podrían 4.700 militantes que ocupan cargos de responsabilidad (esto sólo según el censo[115]) resolver el problema de la compra de víveres en el extranjero sin el Buró Político del CC? Desde luego, ésta es una idea sobrenatural. El camarada Kámenev, sin duda, conoce perfectamente nuestra política y la realidad y por ello no confió demasiado en un gran número de militantes que ocupan cargos de responsabilidad y comenzó agarrando al toro por los cuernos, y si no al toro, por lo menos al Buró Político, e inmediatamente (yo no he oído decir que con este motivo hubiera debates) obtuvo la resolución: "Llamar la atención del Comisariado del Pueblo de Comercio Exterior sobre lo deseable que es la importación de víveres del extranjero; además, los aranceles..." etc. Se llamó la atención del Comisariado del Pueblo de Comercio Exterior. Las cosas comenzaron a marchar. Esto fue el 11 de febrero. Recuerdo que hube de estar en Moscú a últimos de febrero, o por entonces, e inmediatamente me encontré con las lamentaciones, con unas lamentaciones desesperadas de los camaradas de Moscú. ¿Qué pasa? No podemos comprar víveres de ninguna manera. ¿Por qué? Por los farragosos trámites y el papeleo del Comisariado del Pueblo de Comercio Exterior. Hacía mucho tiempo que yo no participaba en los asuntos ni sabía entonces que sobre esto había una decisión del Buró Político, y simplemente dije al jefe de servicios:

investigue, consiga el documento y muéstremelo. Y terminó este asunto en que, cuando volvió Krasín, Kámenev habló con él, las cosas se arreglaron, y compramos las conservas. Todo está bien cuando bien acaba.

No tengo la menor duda de que Kámenev y Krasin saben ponerse de acuerdo y determinar la pauta política apropiada, exigida por el Buró Político del CC del PC de Rusia. Si la pauta política hubiera de ser trazada por Kámenev y Krasin también en los problemas comerciales, tendríamos la mejor de las repúblicas soviéticas del mundo; pero lo que no debe hacerse es que para cualquier transacción se traiga y se lleve a los miembros del Buró Político, a Kámenev y Krasin -el último ocupado en asuntos diplomáticos en vísperas de la Conferencia de Génova, asuntos que han exigido un trabajo intenso, descomunal-, se traiga y se lleve a estos camaradas para comprar conservas a un ciudadano francés. Así no se puede trabajar. Esto es simplemente una burla que no tiene nada de nueva, ni de política, ni de económica. Ahora obran en mi poder los resultados de la investigación de este asunto. Hasta tengo dos investigaciones: una hecha por el jefe de servicios del Consejo de Comisarios del Pueblo, Gorbunov, y su ayudante Miróshnikov; la otra es la realizada por la Dirección Política del Estado. Por qué, precisamente, se interesó la Dirección Política del Estado en este asunto, no lo sé ni estoy completamente seguro de que sea justo, pero no me detendré en esto, porque temo que haga falta una nueva investigación. Lo importante es que los datos han sido recogidos y obran ahora en mi poder.

¿Cómo pudo suceder que a fines de febrero, al llegar yo a Moscú, oyera auténticos alaridos de que "no podemos comprar conservas", cuando el barco se hallaba ya en Libau y allí estaban las conservas, y hasta habían cobrado en dinero soviético por las susodichas auténticas conservas? (*Risas*.) Si estas conservas no están podridas por completo (e insisto ahora en el "si", porque no estoy seguro del todo de que no disponga para entonces que se haga una segunda investigación, de cuyos resultados tendríamos que daros cuenta en otro congreso), bueno, si las conservas no están podridas, se comprarán, y ahora yo pregunto: ¿a qué se debe que sin Kámenev y Krasin no haya podido adelantarse este asunto? De las investigaciones que obran en mi poder deduzco que un comunista que ocupa un cargo de responsabilidad mandó al diablo a otro comunista que ocupa otro cargo de responsabilidad. Por estas mismas investigaciones veo que un comunista que ocupa un cargo de responsabilidad le dijo a otro comunista que ocupa otro cargo de responsabilidad: "En lo sucesivo no hablaré con usted sin notario". Al leer esta historia, recordé que cuando estuve deportado en Siberia, hace veinticinco años, tuve que actuar de abogado. Actuaba como abogado ilegal, porque yo era un deportado administrativo, y esto se prohibía; pero como no había otro en el pueblo, venían a mí y me exponían ciertos asuntos. Entonces lo más difícil era comprender de qué se trataba. Llegaba una mujer, comenzaba el relato, desde luego, por sus parientes, y era terriblemente difícil llegar a entender de qué se trataba. Le decía: "Tráeme una copia". Y ella me contaba algo de una vaca blanca. Le volvía a decir: "Tráeme una copia", y ella se marchó y dijo: "No me quiere oír hablar de la vaca blanca sin una copia". Y esta copia fue motivo de grandes risas en nuestra colonia. Pero pude conseguir un pequeño progreso: cuando me venían a ver, traían la copia, y ya se podía descifrar de qué se trataba, por qué se quejaban y qué les dolía. Esto ocurría hace veinticinco años en Siberia (en un sitio que distaba muchos centenares de verstas de la primera estación de ferrocarril).

¿Y por qué, después de tres años de revolución, en la capital de la República Soviética han sido necesarias dos investigaciones, la intervención de Kámenev y Krasin y las directrices del Buró Político para comprar conservas? ¿Qué faltaba? ¿Poder político? No. Dinero había, por lo tanto se contaba con poder económico y político. Todas las instituciones están en su sitio. ¿Qué falta? Falta cultura en el 99 por ciento de los trabajadores de la CCM, contra los cuales no tengo nada que objetar y a los que considero excelentes comunistas, así como de los trabajadores del Comisariado del Pueblo de Comercio Exterior, que no han sabido tratar el asunto de una manera culta.

Cuando por primera vez oí algo respecto a esto, dirigí por escrito una propuesta al CC: a mi juicio, a todos los culpables, excepción hecha de los miembros del CEC de toda Rusia, que, como sabéis, son inviolables, a todos los trabajadores de las instituciones de Moscú, menos a los miembros del CEC de toda Rusia, habría que encerrarlos en la peor cárcel de Moscú durante 6 horas, y a los del Comisariado del Pueblo de Comercio Exterior, durante 36 horas. Y ahora resulta que no se ha podido dar con el culpable. (*Risas*.) En realidad, de lo que acabo de referir se deduce con completa evidencia que no se encontrará al culpable. Simplemente, se trata de una falta de capacidad para hacer las cosas prácticas, una falta habitual en la intelectualidad rusa: desorden, confusión. Primero se comprometen, hacen, luego piensan, y cuando no les resulta nada, corren hacia Kámenev a quejarse, llevan el asunto al Buró Político. Desde luego, al Buró Político hay que llevar todos los problemas estatales difíciles -más adelante aún tendré que hablar de esto-, pero primero se debe pensar y luego hacer. Si uno obra, que se moleste en hacerlo con documentos en la mano. Que envíe primero un telegrama, además hay teléfono en Moscú, que envíe un telefonema a las instituciones correspondientes,

que entregue una copia a Tsiurupa y diga que considera la transacción urgente y castigará los trámites morosos. Es necesario pensar en esta cultura elemental, hay que tratar los asuntos, reflexionando previamente; si el asunto no se resuelve en seguida, en dos minutos, mediante una conversación telefónica, que tome uno los documentos, se empape de ellos y diga: "Si empiezas con el papeleo, te meteré en la cárcel". Pero no hay ni el menor asomo de reflexión, ni la mínima preparación, hay el ajetreo de costumbre, varias comisiones, todos están cansados, agotados, enfermos, y las cosas sólo pueden marchar cuando se logra reunir a Kámenev con Krasin. Este es un asunto típico. Y no sólo se da en la capital, en Moscú, sino que se da también en otras capitales, en las capitales de todas las repúblicas independientes y de las distintas regiones; y en ciudades que no son capitales se hacen continuamente cosas como éstas, y hasta cien veces peores.

En nuestra lucha debe recordarse que los comunistas necesitan reflexionar. Os contarán magníficas cosas sobre la lucha revolucionaria, sobre el estado de la lucha revolucionaria en todo el mundo: mas para poder salir de la terrible escasez y miseria hace falta ser reflexivos, cultos, probos, y de esto es de lo que no son capaces. No sería justo que culpásemos a los comunistas que ocupan cargos de responsabilidad de que no tienen escrúpulos. La inmensa mayoría de ellos, el 99 %, son personas no solamente escrupulosas, sino que han demostrado su lealtad a la revolución en las situaciones más difíciles, tanto antes de la caída del zarismo como después de la revolución, sacrificando literalmente su vida. Cometeríamos un craso error si buscásemos en eso los motivos. Se necesita tratar con cultura los asuntos estatales más sencillos, se ha de comprender que es un asunto estatal, comercial, que si se encuentran obstáculos, se ha de saber eliminarlos y llevar a los tribunales a los culpables del papeleo y los trámites farragosos. En Moscú tenemos el tribunal proletario, y debe procesar a los culpables de que no se hayan comprado varias decenas de miles de puds de conservas. Yo creo que el tribunal proletario sabrá castigar, pero para castigar es preciso encontrar a los culpables, y yo os garantizo que no se les puede encontrar; que cada uno de vosotros revise este caso: no hay culpables, pero hay ajetreo, hay alboroto, algo absurdo. Nadie sabe tratar los asuntos, no comprende que los asuntos estatales no se deben tratar de esa manera, sino de esta otra. Los guardias blancos y los saboteadores se aprovechan de todo eso. Tuvimos una temporada de rabiosa lucha contra los saboteadores, y la seguimos teniendo; desde luego, es cierto que hay saboteadores y que se los debe combatir. ¿Pero acaso se los puede combatir cuando existe una situación tal como la que yo describo? Esto perjudica más que cualquier sabotaje, el saboteador no desea más que ver a dos comunistas que discuten entre sí sobre cuál es el momento de dirigirse al Buró Político para recibir una directriz de principios sobre la compra de víveres, para colarse entonces por esa rendija. Si un saboteador algo inteligente se coloca al lado de uno u otro comunista, o bien alternativamente al lado de los dos y los apoya a ambos, eso es ya el acabóse. Asunto perdido para siempre. ¿Quién tiene la culpa? Nadie. Porque dos comunistas que ocupan cargos de responsabilidad, dos revolucionarios abnegados, discuten por discutir, discuten del momento de presentar la cuestión al Buró Político para recibir una directriz de principios sobre la compra de víveres.

Así están las cosas, en eso consisten las dificultades. Cualquier empleado que haya cursado la escuela de la gran empresa capitalista sabe hacer tal cosa, y el 99 % de los comunistas que ocupan cargos de responsabilidad no saben ni quieren comprender que a ellos les falta esa habilidad, que deben aprender desde el abecé. Si no comprendemos esto, si no nos sentamos a estudiar otra vez desde la clase preparatoria, en modo alguno resolveremos el problema económico, que es ahora la base de toda la política.

Otro ejemplo que yo quisiera citar es el de la cuenca del Donets. Vosotros sabéis que éste es el centro, la verdadera base de toda nuestra economía. No se puede hablar de restauración alguna de la gran industria en Rusia, ni de una verdadera construcción del socialismo -ya que no puede construirse de otra manera más que con una gran industria-, si no restablecemos, si no colocamos la cuenca del Donets a su debida altura. En el CC ya fijamos nuestra atención en esto.

En lo que a esta región se refiere, no se trataba de llevar de manera infundada, ridícula y absurda al Buró Político una pequeña cuestión, sino que existía un asunto verdadero y absolutamente inaplazable.

El CC debe estar al tanto de que en estos verdaderos centros, base y cimiento de toda nuestra economía, se trabaje realmente con eficacia, pues allí, a la cabeza de la DGIH, en la Dirección General de la Industria Hullera había personas que, sin duda alguna, no sólo eran fieles, sino realmente instruidas y tenían inmensa capacidad, y hasta no me equivocaré si digo que eran personas de talento, y por eso para allá se dirigía la atención del Comité Central. Ucrania es una república independiente, eso está muy bien, pero en lo referente al partido, a veces -¿cómo expresarlo con la mayor suavidad?- da rodeos, y nosotros, de una manera u otra, debemos llegar hasta ellos, porque allí hay gente astuta, y no diré que el CC de ellos nos engaña, pero parece que se aleja un poco de nosotros. Para ver claro todo este asunto, lo hemos discutido aquí, en el CC nuestro, y advertimos roces y discrepancias. Allí existe una CEPM: Comisión de Explotación de Pequeñas

Minas. Claro que entre la CEPM y la DGIH hay fuertes roces. Pero nosotros, en el CC, tenemos, sin embargo, alguna experiencia y decidimos por unanimidad no destituir a los medios directivos, y si se producen roces, que se nos informe a nosotros, incluso con todos los detalles, porque cuando tenemos en la región a personas no solamente fieles, sino también capaces, hay que esforzarse por ayudarles para que terminen de aprender, si suponemos que no lo han hecho. Aquello terminó con que en Ucrania se celebró un congreso del partido; no sé qué salió de allí, hubo de todo. Pregunté a los camaradas ucranios y pedí especialmente al camarada Ordzhonikidze -a quien también se lo encargó el CC- que fuera y viese qué había ocurrido allí. Por lo visto, hubo intrigas y toda clase de embrollos, que la Comisión de Historia del Partido[116] no descifraría ni en diez años, si se ocupara de ello. Pero de hecho resultó que, a pesar de las directrices unánimes del CC, este grupo fue sustituido por otro. ¿Qué ocurrió allí? En lo fundamental, una parte de este grupo, a pesar de todas sus elevadas cualidades, cometió cierto error. Cayeron en la posición de las personas que administran con excesivo celo[117]. Allí tenemos que tratar con obreros. Cuando se dice "obreros", se piensa muy a menudo que eso significa el proletariado fabril. En absoluto quiere decir eso. Aquí, desde la época de la guerra, han ido a las fábricas gentes que no tienen nada de proletarios, gentes que iban a ellas para librarse de la guerra, ¿y acaso ahora nuestras condiciones sociales y económicas son como para que a las fábricas vayan verdaderos proletarios? Eso no es exacto. Está bien según Marx, pero Marx no escribía de Rusia, sino de todo el capitalismo en conjunto, a partir del siglo XV. Durante seiscientos años eso estuvo bien, pero para la Rusia de hoy no lo está. Frecuentemente los que van a la fábrica no son proletarios, sino elementos casuales de toda laya.

La tarea consiste en saber organizar bien el trabajo para no quedar atrasados, para suprimir a su debido tiempo los roces que pueda haber, y no separar la administración de la política. Ya que nuestra política y el modo de administrar se apoyan en el hecho de que toda la vanguardia esté unida a toda la masa proletaria, a toda la masa campesina. Si alguien se olvida de estas ruedecillas, si se ocupa sólo de la administración, la cosa irá mal. El error cometido por los militantes de la cuenca del Donets es insignificante comparado con otros errores nuestros, pero es un ejemplo típico, cuando el CC exigió por unanimidad: "No habléis más de ese grupo, traednos al CC hasta los conflictos pequeños, porque la cuenca del Donets no es una región cualquiera, sino una región sin la cual la edificación socialista se convertiría en un simple buen deseo"; pero todo nuestro poder político, toda la autoridad del CC han resultado insuficientes.

Por esta vez, desde luego, ha habido un error en el modo de administrar; además, había también un montón de errores de otro tipo.

Aquí tenéis un ejemplo de que no todo estriba en el poder político, sino en saber dirigir, en saber colocar acertadamente a las personas, en saber evitar los pequeños choques de manera que no se interrumpa el trabajo económico del Estado. Eso no lo tenemos, en eso consiste el error.

Creo que cuando hablamos de nuestra revolución y sopesamos sus destinos debemos distinguir estrictamente las tareas de la revolución que ya están cumplidas del todo y han entrado ya como algo completamente imprescriptible en la historia del cambio de rumbo de importancia histórica universal que hemos hecho, al salir del capitalismo. Nuestra revolución tiene en su haber tales hechos. Dejemos gritar a los mencheviques y a Otto Bauer, representante de la Internacional II y media: "La revolución que tienen ellos allí es burguesa", pero nosotros decimos que nuestra tarea consiste en llevar la revolución burguesa hasta el fin. Como se ha, expresado una publicación de los guardias blancos: en nuestras instituciones estatales se vino amontonando estiércol durante cuatrocientos años; nosotros lo hemos sacado en cuatro años, y éste es nuestro mayor mérito. ¿Y qué han hecho los mencheviques y los eseristas? Nada. Ni en nuestro país ni siquiera en la avanzada e ilustrada Alemania pueden sacar el estiércol medieval. Y ellos nos reprochan este grandioso mérito nuestro. El haber llevado hasta el fin la causa de la revolución es nuestro mérito imprescriptible.

Ahora huele a guerra. Unos sindicatos obreros como, por ejemplo, los reformistas, toman resoluciones contra la guerra y amenazan con la huelga contra la guerra. Si no me equivoco hace poco vi un telegrama en un periódico en el que se decía que, en la Cámara francesa, un excelente comunista había pronunciado un discurso contra la guerra e indicó que los obreros preferirían la insurrección a la guerra[118]. No se debe plantear la cuestión como lo hacíamos en 1912, cuando se imprimió el Manifiesto de Basilea. Solamente la revolución rusa ha mostrado cómo se puede salir de la guerra y qué trabajo cuesta, qué significa salir de una guerra reaccionaria por la vía revolucionaria. En todos los ámbitos del mundo son inevitables las guerras imperialistas reaccionarias. Y la humanidad no puede olvidar ni olvidará que, al solucionan todos los problemas de esta naturaleza, hubo decenas de millones de muertos, y los habrá también ahora. Porque vivimos en el siglo XX, y el único pueblo que ha salido de la guerra reaccionaria por la vía revolucionaria, no en provecho de este o del otro gobierno, sino derrocándolos a todos, ha sido el pueblo ruso, y le ha hecho salir la revolución rusa. Lo conquistado por la

revolución rusa es imprescriptible. No se lo puede quitar ninguna fuerza, igual que ninguna fuerza del mundo puede revocar que haya sido creado el Estado soviético. Esto es un triunfo de alcance histórico universal. Durante siglos se han venido formando los Estados según el tipo burgués, y por primera vez ha sido hallada una forma de Estado no burgués. Puede que nuestro mecanismo sea hasta malo, pero dicen que la primera máquina de vapor que se inventó también era mala, e incluso no se sabe si llegó a funcionar. No es eso lo que importa; lo que importa es que el invento se consumó. No importa que la primera máquina de vapor fuera hasta inservible por la forma; en cambio, ahora contamos con la locomotora. No importa que nuestra máquina estatal sea pésima; a fin de cuentas, está hecha, se ha realizado el mayor invento histórico y se ha fundado un Estado de tipo proletario; por lo tanto, dejad que toda Europa, que miles de periódicos burgueses se explayen acerca del desorden y la miseria que padecemos, que digan que el pueblo trabajador no ve más que penurias; no obstante, todos los obreros del mundo entero se sienten atraídos por el Estado soviético. Estas son las grandiosas conquistas que hemos alcanzado y que son imprescriptibles. Mas, para nosotros, representantes del Partido Comunista, esto significa sólo abrir la puerta. Ahora se nos plantea el problema de construir los cimientos de la economía socialista. ¿Se ha hecho esto? No, no se ha hecho. Aún no tenemos una base socialista. Se equivocan de medio a medio los comunistas que se imaginan que la tenemos. Todo el quid está en separar con firmeza, nitidez y serenidad lo que constituye entre nosotros el mérito histórico universal de la revolución rusa de lo que hacemos mal en grado sumo, de lo que aún no hemos hecho y aún habrá que rehacer muchas veces.

Los acontecimientos políticos son siempre muy embrollados y complicados. Se pueden comparar con una cadena. Para sujetar toda la cadena, uno debe agarrar el eslabón fundamental. No se puede elegir con artificio el eslabón del que se quiere uno agarrar. ¿En qué consistía todo el quid en 1917? En salir de la guerra, cosa que exigía todo el pueblo y eclipsaba todo lo demás. La Rusia revolucionaria logró salir de la guerra. Se hicieron grandes esfuerzos; pero, en cambio, se tuvo en consideración la necesidad fundamental del pueblo, y esto nos dio el triunfo por muchos años. Y el pueblo experimentó, el campesino vio, cada soldado que regresaba del frente comprendió perfectamente que el Poder soviético encarna el poder más democrático, más entrañable para los trabajadores. Por muchas tonterías y torpezas que hayamos cometido en otros terrenos, como hemos tenido en cuenta esta cuestión principal, todo ha estado bien hecho.

En los años 1919 y 1920, ¿dónde estaba el quid? En la defensa militar. Entonces la Entente, poderosa a escala universal, se abalanzaba sobre nosotros, nos estrangulaba, y la propaganda holgaba: cada campesino sin partido comprendía lo que ocurría. Venía el terrateniente. Los comunistas sabían combatirlo. Por eso la inmensa mayoría de los campesinos estaba con los comunistas, por eso hemos triunfado.

En 1921, el quid estaba en el repliegue ordenado. Por eso se necesitaba una severa disciplina. La "oposición obrera" decía: "Vosotros subestimáis a los obreros, los obreros deben tener mayor iniciativa". La iniciativa debe consistir en retirarse con orden y observar una rígida disciplina. Quien aportase el menor elemento de pánico o de violación de la disciplina haría fracasar la revolución, porque no hay nada más difícil que retroceder con gentes acostumbradas a conquistar, que están empapadas de concepciones e ideales revolucionarios y que en su fuero interno consideran cualquier repliegue algo abominable. El mayor peligro reside en la alteración del orden, y la mayor tarea consiste en mantener el orden.

Y ahora, ¿dónde está el quid? El quid en sí -y a esto quiero llegar al resumir mi informe- no está en la política, en el sentido de cambio de rumbo; de esto se habla excesivamente en relación con la Nep. Pero se habla en vano. Esta es la charlatanería más perjudicial. En relación con la Nep, se comienza a ajetrear, a reformar instituciones, a fundar otras nuevas. Esta es la charlatanería más perniciosa. Hemos llegado a la conclusión de que el quid de la situación está en los hombres, en la selección de los hombres. Es difícil de asimilar para un revolucionario acostumbrado a combatir pequeñeces, a combatir el culturalismo. Pero hemos llegado a una situación que debe ser enjuiciada con serenidad en el sentido político: hemos avanzado tanto que no podemos ni debemos mantener todas las posiciones.

En el sentido internacional es gigantesca la mejora de nuestra situación en estos últimos años. Hemos conquistado el tipo de Estado soviético: esto es un paso adelante de toda la humanidad, y la Internacional Comunista lo confirma cada día por las noticias que nos llegan de todos los países. Y nadie tiene la menor sombra de duda. Pero, en el sentido del trabajo práctico, las cosas están de manera que si los comunistas no pueden prestar una ayuda práctica a la masa campesina, ésta no los apoyará. El centro de la atención no está en legislar, en promulgar los mejores decretos, etc. Hubo un período en que los decretos nos servían de forma de propaganda. Se reían de nosotros, se decía que los bolcheviques no comprendíamos que nuestros decretos no se cumplían; toda la prensa de los guardias blancos estaba llena de burlas al respecto: pero aquel período fue lógico, cuando los bolcheviques tomamos el poder y dijimos al campesino simple, al obrero simple: he aquí cómo nosotros quisiéramos dirigir el

Estado; he aquí el decreto: probad. Hemos ofrecido inmediatamente al simple obrero y al simple campesino nuestras ideas políticas en forma de decretos. El resultado ha sido la conquista de esa inmensa confianza que disfrutábamos y seguimos disfrutando entre las masas populares. Esta fue una época, un período indispensable al principio de la revolución, sin él no nos hubiéramos colocado a la cabeza de la ola revolucionaria, sino que iríamos a la zaga. Sin esto no contaríamos con la confianza de todos los obreros y campesinos que querían construir la vida sobre cimientos nuevos. Pero este período pasó ya, y nosotros no lo queremos comprender. Ahora los campesinos y los obreros se reirán cuando se ordene construir" reformar tal o cual institución. Ahora un simple obrero y un simple campesino no se interesarán por esto, y tendrán razón, ya que el centro de gravedad no está ahí. Tú, comunista, no debes ir ahora al pueblo con eso. A pesar de que nosotros, los que estamos en las instituciones estatales, nos hallamos siempre sobrecargados de estas pequeñeces, no es de este eslabón de la cadena del que hay que asirse, no está en esto el quid, sino en que las personas no ocupan los debidos puestos, en que un comunista que ocupa un puesto de responsabilidad, que ha hecho admirablemente toda la revolución, está al frente de una empresa comercial-industrial, de la que no entiende nada, e impide que se vea la verdad, porque tras sus espaldas se esconden admirablemente los mercachifles y los granujas. De eso se trata, de que no tenemos un control práctico de lo que se ha cumplido. Esta es una misión prosaica, insignificante, éstas son pequeñeces; pero, después de la más grandiosa revolución política, vivimos en condiciones tales que debemos permanecer cierto tiempo en medio del tipo de economía capitalista, y el quid de toda la situación no está en la política, en el sentido estricto de la palabra (lo que se dice en los periódicos es mera fraseología política, y no hay en ello nada socialista), el quid de toda la situación no está en las resoluciones, ni en las instituciones, ni en las reorganizaciones. Como las necesitamos, las haremos; pero no vayáis con ello al pueblo; seleccionad a las personas que os hagan falta, comprobad el cumplimiento práctico, y el pueblo lo apreciará.

A pesar de todo, nosotros somos en medio de la masa del pueblo como una gota en el mar, y sólo podremos gobernar si sabemos expresar con acierto lo que el pueblo piensa. Sin esto, ni el Partido Comunista conducirá al proletariado, ni el proletariado conducirá r las masas, y toda la máquina se desmoronará. Ahora el pueblo y toda la masa de trabajadores ven que lo esencial para ellos consiste sólo en que les ayuden prácticamente en su miseria y en su hambre extremas y que les muestren que se está operando en realidad una mejora necesaria para el campesino y adecuada a sus costumbres. El campesino conoce el mercado y conoce el comercio. No hemos podido implantar la distribución comunista directa. Nos faltaban las fábricas y la maquinaria para ellas. Tenemos, pues, que abastecerlo mediante el comercio, pero no peor que lo hacía el capitalista, pues, en caso contrario, el pueblo no podrá soportar tal administración. En esto está el quid de la situación. Y si no ocurre nada imprevisto, éste deberá ser el quid de todo nuestro trabajo para el año 1922, con tres condiciones.

Primera, que no haya intervención. Hacemos con nuestra diplomacia todo lo posible por evitarla: no obstante, puede estallar cualquier día. Realmente debemos estar alertas y aceptar ciertos sacrificios duros en beneficio del Ejército Rojo, desde luego determinando rigurosamente la magnitud de estos sacrificios. Tenemos enfrente a todo el mundo de la burguesía, que solamente busca la forma de estrangularnos. Nuestros mencheviques y eseristas no son más que agentes de esta burguesía. Esa es su posición política.

Segunda condición: que la crisis financiera no sea demasiado grave. Es inminente. De ella oiréis hablar cuando tratemos de la política financiera. Si se hace demasiado intensa y dura, tendremos que rehacer otra vez mucho y lanzar todas las fuerzas hacia un solo objetivo. Si no es demasiado dura, puede ser hasta provechosa: pasará por la criba a los comunistas que trabajan en los diversos trusts del Estado. Pero no hay que olvidarse de hacer esto. La crisis financiera zarandea las instituciones y las empresas, y las inservibles son las primeras en saltar. Pero habrá que tener presente no echar toda la culpa a los especialistas y decir que los comunistas que desempeñan cargos de responsabilidad son muy buenos, que lucharon en los frentes y siempre trabajaron bien. Así pues, si la crisis financiera no llega a ser dura en demasía, se podrá sacar provecho de ella y depurar, no como depuran la Comisión Central de Control o la Comisión Central de Comprobación[119], sino depurar como es debido a todos los comunistas que ocupan cargos de responsabilidad en las instituciones de la hacienda pública.

Tercera condición: no cometer en este tiempo errores políticos. Es natural que si los cometemos, toda la organización de la economía se verá privada de fuerzas y entonces tendremos que ocuparnos de discutir de enmiendas y orientaciones. Pero si no se incurre en esos errores lamentables, el quid no estará en un futuro próximo en los decretos, ni en la política, en el sentido estricto de esta palabra, ni en las instituciones, ni en su organización -de esto se ocuparán, en cuanto sea necesario, los medios de los comunistas que ocupan puestos de responsabilidad y las instituciones soviéticas-, sino que el quid de todo el trabajo estará en la selección de las personas y en la comprobación del cumplimiento. Si en este sentido

aprendemos prácticamente, si reportamos alguna utilidad práctica, venceremos una vez más todas las dificultades.

Para terminar, debo tratar la parte práctica del problema de nuestros Soviets, las instituciones superiores, y la actitud del partido ante ellos. Se han entablado en nuestro país relaciones equivocadas entre el partido y las instituciones soviéticas, y en este punto tenemos completa unanimidad. He demostrado con un ejemplo cómo incluso se trae un pequeño asunto práctico al Buró Político. Salir formalmente de esto es muy difícil, porque en nuestro país dirige un solo partido gubernamental, y a un miembro del partido no se le puede prohibir que se queje. Por eso, todo lo del Consejo de Comisarios del Pueblo lo traen al Buró Político. En esto ha habido también una grave falta por mi parte, porque muchas de las relaciones entre el Consejo de Comisarios del Pueblo y el Buró Político las llevaba yo personalmente. Y cuando tuve que retirarme, resultó que dos ruedas dejaron de marchar al mismo tiempo, y Kámenev hubo de realizar una labor triple para mantener estas relaciones. Como no creo que pueda reincorporarme pronto al trabajo, todas las esperanzas están puestas en que ahora hay otros dos suplentes míos: el camarada Tsiurupa, depurado por los alemanes, y el camarada Rykov, total y magníficamente depurado por los alemanes. Viene a resultar que hasta Guillermo, el emperador de Alemania, nos ha servido; no lo esperaba. Tiene un cirujano que ha curado al camarada Rykov, amputándole y dejando en Alemania la peor parte que él tenía, y dejándole y enviándonos a nosotros, totalmente depurada, su mejor parte. Si este método sigue empleándose en lo sucesivo, será algo estupendo.

Bromas aparte, en cuanto a las directrices fundamentales, aquí, en el CC, estamos completamente de acuerdo, y abrigo la esperanza de que el congreso prestará una gran atención a este problema y las aprobará en el sentido de que se debe librar al Buró Político y al CC de las pequeñeces y elevar la labor de los que ocupan cargos de responsabilidad. Es necesario que los comisarios del pueblo respondan por su trabajo y no que lleven las cosas primero al Consejo de Comisarios del Pueblo y luego al Buró Político. Formalmente, no podemos anular el derecho de quejarse al CC, porque nuestro partido es el único partido gobernante. Es preciso poner fin a todas las reclamaciones por asuntos sin importancia, pero hay que elevar la autoridad del Consejo de Comisarios del Pueblo, para que allí participen más los comisarios del pueblo, y no los suplentes, es preciso modificar el carácter del trabajo del Consejo de Comisarios del Pueblo en el aspecto en que yo no he logrado hacerlo en el último año: prestar mucha más atención a que se siga más de cerca el control del cumplimiento. Voy a tener otros dos suplentes más: a Rykov y a Tsiurupa. Cuando Rykov trabajó como Apoderado Extraordinario del Consejo de Defensa Obrera y Campesina para el Abastecimiento de la Marina y el Ejército Rojo[120] supo arreglar las cosas, y éstas marcharon. Tsiurupa ha organizado uno de los mejores comisariados del pueblo. Si los dos juntos dedican la máxima atención a enderezar los comisariados del pueblo en el aspecto del cumplimiento y la responsabilidad, habremos avanzado un paso, por pequeño que sea. Tenemos dieciocho comisariados del pueblo, quince de los cuales, por lo menos, no valen para nada; no es posible encontrar en todas partes a buenos comisarios del pueblo; Dios quiera que la gente preste a esto más atención. El camarada Rykov debe ser miembro del Buró del CC y del Presídium del CEC de toda Rusia, pues entre estas instituciones debe haber una conexión, porque sin esa conexión las ruedas fundamentales giran a veces en vacío.

En relación con esto hay que llamar la atención para que las comisiones del Consejo de Comisarios del Pueblo y del Consejo de Trabajo y Defensa se reduzcan, a fin de que conozcan y resuelvan sus asuntos y no se dispersen en innumerables comisiones. Hace unos días se llevó a cabo la depuración de las comisiones. Se contaron ciento veinte comisiones. ¿Y cuántas resultaron indispensables? Dieciséis. Y eso que no es la primera depuración. En vez de responder por los asuntos de su incumbencia, en vez de que el Consejo de Comisarios del Pueblo tome una decisión y responda por ella, se escuda en las comisiones. En las comisiones hasta el diablo se rompe la crisma, nadie entiende nada en cuanto a la responsabilidad; todo es un lío, y, en fin de cuentas, se adopta una resolución de la que todos son responsables.

En relación con esto se debe señalar que es indispensable ampliar y desarrollar la autonomía y la actividad de las asambleas económicas regionales. Ahora, la división de Rusia en regiones se ha realizado con bases científicas, teniendo en cuenta las condiciones económicas, de clima, de vida, las condiciones en que se obtiene el combustible, las de la industria local, etc. Tomando por base esta división, se han creado asambleas económicas regionales y distritales[121]. Indudablemente, habrá que hacer enmiendas parciales, pero se debe elevar la autoridad de estas asambleas económicas.

Luego, se debe procurar que el CEC de toda Rusia trabaje con mayor energía y que sus sesiones se celebren con mayor regularidad y sean más prolongadas. En las sesiones se debe deliberar sobre los proyectos de ley, que a veces pasan apresuradamente y sin necesidad imprescindible al Consejo de Comisarios del Pueblo. Más vale aplazar y dejar a los funcionarios locales que reflexionen detenidamente, así como exigir más de los que redactan las leyes, cosa que no se hace.

Si las sesiones del CEC de toda Rusia llegan a ser más prolongadas, se dividirán en secciones y subcomisiones y podrán controlar con más rigor el trabajo, logrando lo que, a juicio mío, constituye todo el quid, la quintaesencia del actual momento político: trasladar el centro de gravedad a la selección de las personas, al control del cumplimiento práctico.

Hay que reconocer, sin temor de confesarlo, que en el 99 por 100 de los casos los comunistas que ocupan cargos de responsabilidad no están en sus sitios, no saben ejercer sus funciones y ahora tienen que aprender. Si lo reconocemos, puesto que tenemos para ello la suficiente posibilidad -y, a juzgar por la situación internacional general, nos llegará el tiempo para poder aprender-, es preciso realizarlo a toda costa. (*Clamorosos aplausos*.)

Informaciones periodísticas publicadas el 28 de marzo de 1922 en el núm. 70 de "Izvestia del CEC de toda Rusia" y el 28 y 29 de marzo en los núms. 70 y 71 de "Pravda".

T. 45, págs. 69-116.

EN EL DÉCIMO ANIVERSARIO DE PRAVDA.

Se han cumplido diez años de la fundación de la *Pravda* legal, del diario bolchevique legal (según las leyes *zaristas).* Ese decenio fue precedido, aproximadamente, de otro decenio: nueve años (1903-1912), a partir del momento en que surgió el bolchevismo, o trece años (1900-1912), si contamos desde que se fundó la vieja *Iskra*[122] (1900), de orientación plenamente "bolchevique".

El décimo aniversario de un diario bolchevique editado en Rusia... ¡Sólo han pasado diez años desde entonces! Mas, por el contenido de la lucha y del movimiento, en ese período se han vivido cien años. La rapidez del desarrollo social durante los cinco años últimos es verdaderamente sobrenatural, si se la mide con el viejo rasero, con el rasero de los filisteos europeos del tipo de los héroes de las Internacionales II y II y media; de esos filisteos civilizados, acostumbrados a considerar "natural" que centenares de millones de seres (más de mil millones, para ser exactos) de las colonias, países semidependientes y países completamente pobres se resignen a soportar que se les trate como a los indios o a los chinos; a soportar una explotación inaudita, el saqueo descarado, el hambre, la violencia, las mofas, todo, con tal de que la gente "civilizada" pueda resolver "libremente", "democráticamente", "parlamentariamente" el problema de repartirse el botín de modo pacífico o de exterminar a millones de personas para distribuir el botín imperialista: ayer entre Alemania e Inglaterra, mañana entre el Japón y Norteamérica (con una u otra participación de Francia e Inglaterra).

La causa fundamental de este magno aceleramiento del desarrollo mundial es la incorporación al mismo de nuevos centenares y centenares de millones de personas. La vieja Europa burguesa e imperialista, que se había acostumbrado a considerarse el ombligo del mundo, se llenó de pus y reventó en la primera matanza imperialista como un absceso hediondo. Por mucho que gimoteen con este motivo los Spengler y todos los pequeños burgueses instruidos capaces de admirarse (o, por lo menos, de ocuparse) de él, este decaimiento de la vieja Europa no es más que un episodio en la historia del decaimiento de la burguesía mundial, atiborrada con la rapiña imperialista y la opresión de la mayoría de la población de la Tierra.

Esa mayoría ha despertado ahora y se ha puesto en movimiento, un movimiento que no podrán detener los países más fuertes y "poderosos". ¡Cómo van a poder! Los actuales "vencedores" de la primera guerra imperialista son impotentes para vencer siquiera a Irlanda, pequeña, de una pequeñez insignificante; son impotentes para vencer siquiera el embrollo que ha surgido entre ellos mismos en problemas de finanzas y divisas. Pero la India y China hierven. Son más de setecientos millones de seres. Son, si se les agregan los países asiáticos que los rodean, semejantes a ellos por completo, más de la mitad de la población del orbe. Allí avanza, avanza incontenible y más de prisa cada día, el año 1905, con la substancial e inmensa diferencia de que, en 1905, la revolución en Rusia podía transcurrir aún (por lo menos al comienzo) aislada, es decir, sin incorporar en el acto a la revolución a otros países. Pero las crecientes revoluciones en la India y en China se incorporan y se han incorporado ya a la lucha revolucionaria, al movimiento revolucionario, a la revolución internacional.

El décimo aniversario del diario legal bolchevique *Pravda* nos muestra de manera palmaria uno de los jalones del gran aceleramiento de la mayor revolución mundial. En 1906-1907 parecía que el zarismo había derrotado a la revolución en toda la línea. El partido bolchevique supo a los pocos años penetrar *-de otra forma, de otra manera-* en la ciudadela del enemigo y emprender cada día, "legalmente", la obra de hacer saltar desde dentro a la maldita autocracia zarista y terrateniente. Pasaron unos cuantos años más, y triunfó la revolución proletaria organizada por el bolchevismo.

Cuando se fundó la vieja *Iskra,* en 1900, participaron en ello una decena de revolucionarios. Cuando surgió el bolchevismo, participaron en ello, en los congresos clandestinos de Bruselas y de Londres en 1903, unas cuatro decenas de revolucionarios[123].

En 1912-1913, cuando apareció la *Pravda* bolchevique legal, estaba respaldada por decenas y centenas de miles de obreros, que con sus modestas colectas vencieron la opresión del zarismo y la competencia de los traidores pequeñoburgueses al socialismo, de los mencheviques.

En noviembre de 1917, en las elecciones a la

Constituyente, de treinta y seis millones de electores votaron por los bolcheviques nueve millones. Pero, en realidad, no en la votación, sino en la lucha, contaban los bolcheviques a fines de octubre y comienzos de noviembre de 1917 con el apoyo de *la mayoría* del proletariado y del campesinado consciente, personificada en la mayoría de los delegados al II Congreso de los Soviets de toda Rusia, en la mayoría de la parte más activa y consciente del pueblo trabajador: en un ejército que tenía entonces doce millones de hombres.

Tal es, en cifras, un pequeño cuadro de la "aceleración" del movimiento revolucionario mundial durante los veinte años últimos. Es un cuadro muy pequeño, muy incompleto, que muestra muy a grandes rasgos únicamente la historia de un pueblo de ciento cincuenta millones de almas, en tanto que en esos veinte años ha empezado y se ha transformado en una fuerza invencible la revolución en países que tienen mil millones de habitantes e incluso más (toda Asia, sin olvidar tampoco a África del Sur, cuyos habitantes recordaron no hace mucho su empeño de ser *hombres* y no esclavos, y que lo recordaron con medios no "parlamentarios" del todo).

Y si algún "cachorro spengleriano", perdonen ustedes la expresión, deduce de esto (de los "sabihondos" jefes de las Internacionales II y II y media puede esperarse cualquier tontería) que con ese cálculo se excluye de las fuerzas revolucionarias al proletariado de Europa y América, responderemos: los "sabihondos" jefes que acabamos de citar razonan siempre como si el hecho de que deba esperarse el nacimiento de un niño a los nueve meses de la concepción permitiera determinar la hora y el minuto del alumbramiento, la posición del niño durante el parto, el estado de la parturienta al dar a luz y el grado exacto de dolor y de peligro que deberán afrontar el niño y la madre. ¡Qué gente más "sabia"! En modo alguno pueden comprender que, desde el punto de vista del desarrollo de la revolución internacional, el paso del cartísmo[124] a los Henderson, que se arrastran ante la burguesía, o de Varlin a Renaudel, o de Guillermo Liebknecht y Bebel a Südekum, Scheidemann y Noske, no es más que algo parecido al "paso" del automóvil *de* una carretera lisa y llana de centenares de verstas *a* un bache sucio y hediondo en esa misma carretera, a un bache de unas cuantas anas.

Son los hombres quienes hacen su historia. Pero los cartistas, los Varlin y los Liebknecht la hacen con su cabeza y su corazón. En cambio, los jefes de las Internacionales II y II y media la "hacen" con otras partes del cuerpo completamente distintas: abonan el terreno para nuevos cartístas, para nuevos Varlin, para nuevos Liebknecht.

En el *dificilísimo* momento actual, el hacerse ilusiones causaría el mayor daño a los revolucionarios. Aunque el bolchevismo *se ha convertido* en una fuerza internacional, aunque en *todos* los países civilizados y avanzados han nacido ya nuevos cartistas, nuevos Vatlin, nuevos Liebknecht, que se desarrollan en forma de partidos comunistas legales (como fue legal nuestra *Pravda* bajo el zarismo hace diez años), a pesar de todo eso la burguesía internacional sigue siendo, por ahora, incomparablemente más fuerte que su enemigo de clase. Esa burguesía, que ha hecho cuanto dependía de ella para dificultar el alumbramiento, para decuplicar lo peligros y los sufrimientos del nacimiento del poder proletario de Rusia, aún está en condiciones de condenar a tormentos y a la muerte a millones y decenas de millones de seres mediante guerras contrarrevolucionarias, imperialistas, etc. No debemos olvidar esto. Debemos concebir hábilmente nuestra táctica, teniendo en cuenta esta peculiaridad del momento. La burguesía puede aún martirizar, atormentar y asesinar con libertad. Pero no puede detener la plena victoria del proletariado revolucionario, ineluctable y no muy lejana, desde el punto de vista de la historia universal.

2-V-1922.

Publicado el 5 de mayo de 1922 en el núm. 98 de "Pravda".

T. 45, págs. 173-177.

CINCO AÑOS DE LA REVOLUCIÓN RUSA Y PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL.

Informe pronunciado ante el IV Congreso de la Internacional Comunista el 13 de noviembre de 1922[125].

(*La aparición del camarada Lenin en la tribuna es acogida con clamorosos y prolongados aplausos de toda la sala, que se transforman en ovación. Todos se ponen en pie y cantan La Internacional.)*

Camaradas: En la lista de oradores figuro como el informante principal, pero comprenderéis que, después de mi larga enfermedad, no estoy en condiciones de pronunciar un informe amplio. No podré hacer más que una introducción a los problemas de más importancia. Mi tema será muy limitado. El tema *Cinco años de la revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial* es demasiado amplio y grandioso para que pueda agotarlo un solo orador y en un solo discurso. Por eso tomo únicamente una pequeña parte del problema: la "nueva política económica". Tomo deliberadamente sólo esta pequeña parte a fin de familiarizaros con este problema, de suma importancia hoy, al menos para mí, ya que me ocupo de él en la actualidad.

Así pues, hablaré de cómo hemos iniciado la nueva política económica y de los resultados que hemos logrado con ella. Si me limito a este problema, tal vez pueda hacer un balance en líneas generales y dar una idea general de él.

Si he de deciros, para empezar, cómo nos decidimos a adoptar la nueva política económica, tendré que recordar un artículo mío escrito en 1918[126]. En una breve polémica de comienzos de 1918 me referí precisamente a la actitud que debíamos adoptar ante el capitalismo de Estado.

Entonces escribí:

"El capitalismo de Estado sería *un paso adelante* en comparación con la situación existente hoy en nuestra República Soviética. Si dentro de unos seis meses se estableciera en nuestro país el capitalismo de Estado, eso sería un inmenso éxito y la más firme garantía de que, al cabo de un año, el socialismo se afianzaría definitivamente y se haría invencible"[*].

Esto lo dije, naturalmente, en una época en que éramos más torpes que hoy, pero no tanto como para no saber analizar semejantes cuestiones.

Así pues, en 1918 yo sostenía la opinión de que el capitalismo de Estado constituía un paso adelante en comparación con la situación económica existente entonces en la República Soviética. Eso parecerá muy raro, y puede que hasta absurdo, pues nuestra república era ya entonces una república socialista; entonces adoptábamos cada día con el mayor apresuramiento -quizá con un apresuramiento excesivo- diversas medidas económicas nuevas, que no podían calificarse más que de medidas socialistas. Y, sin embargo, pensaba que el capitalismo de Estado suponía un paso adelante comparado con aquella situación económica de la República Soviética y explicaba más adelante esta idea, enumerando simplemente los elementos del régimen económico de Rusia. Estos elementos eran, a mi juicio, los siguientes: "1) economía campesina patriarcal, es decir, natural en grado considerable; 2) pequeña producción mercantil (en ella se incluye la mayoría de los campesinos que venden cereales); 3) capitalismo privado; 4) capitalismo de Estado, y 5) socialismo". Todos estos elementos económicos existían a la sazón en Rusia. Entonces me planteé la tarea de explicar las relaciones que existían entre esos elementos y si no sería oportuno considerar alguno de los elementos no socialistas, a saber, el capitalismo de Estado, superior al socialismo. Repito: a todos les parece muy raro que un elemento no socialista sea apreciado en más y considerado superior al socialismo en una república que se proclama socialista. Pero comprenderéis la cuestión si recordáis que nosotros no considerábamos, ni mucho menos, el régimen económico de Rusia como algo homogéneo y altamente desarrollado, sino que teníamos plena conciencia de que, al lado de la forma socialista, existía en Rusia la agricultura patriarcal, es decir, la forma más primitiva de agricultura. ¿Qué papel podía desempeñar el capitalismo de Estado en semejante situación?

Luego me preguntaba: ¿cuál de estos elementos es el predominante? Es claro que en un ambiente pequeñoburgués predomina el elemento pequeñoburgués. Comprendía que este elemento era el predominante; era imposible pensar de otro modo. La pregunta que me hice entonces (se trataba de una polémica especial, que no guarda relación con el

[*] Véase la presente edición, t. 8. *(N. de la Edit.)*

problema presente) fue ésta: ¿qué actitud adoptamos ante el capitalismo de Estado? Y me respondía: el Capitalismo de Estado, aunque no es una forma socialista, sería para nosotros y para Rusia una forma más ventajosa que la actual. ¿Qué significa esto? Significa que nosotros no sobrestimábamos ni las formas embrionarias, ni los principios de la economía socialista, a pesar de que habíamos hecho ya la revolución social; por el contrario, entonces reconocíamos ya, en cierto modo: sí, habría sido mejor implantar antes el capitalismo de Estado, y después, el socialismo.

Debo subrayar particularmente este aspecto de la cuestión porque considero que sólo partiendo de él es posible, primero, explicar qué representa la actual política económica y, segundo, sacar de ello deducciones prácticas muy importantes también para la Internacional Comunista. No quiero decir que tuviésemos preparado de antemano el plan de repliegue. No había tal cosa. Esas breves líneas de carácter polémico en modo alguno significaban entonces un plan de repliegue. Ni siquiera se mencionaba un punto tan importante como es, por ejemplo, la libertad de comercio, que tiene una significación fundamental para el capitalismo de Estado. Sin embargo, con ello se daba ya la idea general, imprecisa, del repliegue. Estimo que debemos prestar atención a este problema no sólo desde el punto de vista de un país que ha sido y continúa siendo muy atrasado en cuanto a la estructura de su economía, sino también desde el punto de vista de la Internacional Comunista y de los países adelantados de Europa Occidental. Ahora, por ejemplo, estamos redactando el programa. Mi opinión personal es que procederíamos mejor si discutiéramos ahora todos los programas sólo de un modo general, tras la primera lectura, por decirlo así, y los imprimiéramos, sin adoptar ahora, este año, ninguna decisión definitiva. ¿Por qué? Ante todo, porque, naturalmente, no creo que los hayamos estudiado todos bien. Y, además, porque casi no hemos analizado el problema de un posible repliegue y la manera de asegurarlo. Y este problema requiere sin falta que le prestemos atención en un momento en que se producen cambios tan radicales en el mundo entero como son el derrocamiento del capitalismo y la edificación del socialismo, con todas sus enormes dificultades. No debemos saber únicamente cómo actuar en el momento en que pasamos a la ofensiva directa y, además, salimos vencedores. A fin de cuentas, en un período revolucionario eso no es tan difícil ni tan importante; por lo menos, no es lo más decisivo. Durante la revolución hay siempre momentos en que el enemigo pierde la cabeza, y si lo atacamos en uno de esos momentos, podemos triunfar con facilidad. Pero esto aún no quiere decir nada, puesto que nuestro enemigo, si posee suficiente dominio de sí mismo, puede agrupar con antelación sus fuerzas, etc. Entonces puede provocarnos con facilidad para que lo ataquemos, y después hacernos retroceder por muchos años. Por eso opino que la idea de que debemos prepararnos para un posible repliegue tiene suma importancia, y no sólo desde el punto de vista teórico. También desde el punto de vista práctico todos los partidos que se preparan para emprender en un futuro próximo la ofensiva directa contra el capitalismo deben pensar ya ahora también en cómo asegurarse el repliegue. Yo creo que si tenemos en cuenta esta enseñanza, así como todas las demás que nos brinda la experiencia de nuestra revolución, lejos de causarnos daño alguno, nos será, probablemente, muy útil en muchos casos.

Después de haber subrayado que ya en 1918 considerábamos el capitalismo de Estado como una posible línea de repliegue, paso a analizar los resultados de nuestra nueva política económica. Repito: entonces era una idea muy vaga todavía; pero en 1921, después de haber superado la etapa más importante de la guerra civil, y de haberla superado victoriosamente, nos enfrentamos con una gran crisis política interna -yo supongo que la mayor- de la Rusia Soviética. Esta crisis interna puso al desnudo el descontento no sólo de una parte considerable de los campesinos, sino también de los obreros. Fue la primera vez, y confío en que será la última en la historia de la Rusia Soviética, que grandes masas de campesinos estaban contra nosotros, no de modo consciente, sino instintivo, por su estado de ánimo. ¿A qué se debía esta situación tan original y, claro es, tan desagradable para nosotros? La causa consistía en que habíamos avanzado demasiado en nuestra ofensiva económica, en que no nos habíamos asegurado una base suficiente, en que las masas sentían lo que nosotros aún no supimos entonces formular de manera consciente, pero que muy pronto, unas semanas después, reconocimos: que el paso directo a formas puramente socialistas, a la distribución puramente socialista, era superior a las fuerzas que teníamos y que si no estábamos en condiciones de replegarnos, para limitarnos a tareas más fáciles, nos amenazaría la bancarrota. La crisis comenzó, a mi parecer, en febrero de 1921. Ya en la primavera del mismo año decidimos unánimemente - en esta cuestión no he observado grandes discrepancias entre nosotros- pasar a la nueva política económica. Hoy, después de año y medio, a finales de 1922, estamos ya en condiciones de hacer algunas comparaciones. Y bien, ¿qué ha sucedido? ¿Cómo hemos vivido este año y medio? ¿Qué resultados hemos obtenido? ¿Nos ha proporcionado alguna utilidad este repliegue, y nos ha salvado en realidad, o se trata de un resultado confuso todavía? Esta es la pregunta principal que me hago y supongo que tiene también importancia primordial para todos los partidos comunistas, pues si la respuesta fuera negativa, todos estaríamos condenados a la

bancarrota. Considero que todos nosotros podemos dar, con la conciencia tranquila, una respuesta afirmativa a esta pregunta, y precisamente en el sentido de que el año y medio transcurrido demuestra de manera positiva y absoluta que hemos salido airosos de esta prueba.

Trataré de demostrarlo. Para ello debo enumerar brevemente todas las partes integrantes de nuestra economía.

Me detendré, ante todo, en nuestro sistema financiero y en el famoso rublo ruso. Creo que se le puede calificar de famoso aunque sólo sea porque la cantidad de estos rublos supera ahora a mil billones. (*Risas*.) Esto ya es algo. Es una cifra astronómica. Estoy seguro de que no todos los que se encuentran aquí saben siquiera lo que esta cifra representa. (*Hilaridad general*.) Pero nosotros -y, además, desde el punto de vista de la ciencia económica- no concedemos demasiada importancia a estas cifras, pues los ceros pueden ser tachados. (*Risas*.) Ya hemos aprendido algo en este arte, que desde el punto de vista económico tampoco tiene ninguna importancia, y estoy seguro de que en el curso ulterior de los acontecimientos alcanzaremos en él mucha mayor maestría. Lo que tiene verdadera importancia es la estabilización del rublo. Para resolver este problema trabajamos, trabajan nuestras mejores fuerzas, y concedemos a esta tarea una importancia decisiva. Si conseguimos estabilizar el rublo por un plazo largo, y luego para siempre, habremos triunfado. Entonces, todas esas cifras astronómicas -todos esos billones y millares de billones- no significarán nada. Entonces podremos asentar nuestra economía sobre terreno firme y seguir desarrollándola sobre ese terreno. Creo que puedo citaros hechos bastante importantes y decisivos sobre esta cuestión. En 1921, el período de estabilización del rublo papel duró menos de tres meses. Y en el corriente año de 1922, aunque no ha terminado todavía, el período de estabilización dura ya más de cinco meses. Supongo que ya es suficiente. Claro que no lo será si esperáis de nosotros una prueba científica de que en el futuro resolveremos por completo este problema. Pero, a mi juicio, es imposible, en general, demostrarlo por completo. Los datos citados prueban que desde el año pasado, en que empezamos a aplicar nuestra nueva política económica, hasta hoy, hemos aprendido ya a avanzar, Si hemos aprendido eso, estoy seguro de que sabremos lograr nuevos éxitos en este camino, siempre que no cometamos alguna estupidez extraordinaria. Lo más importante, sin embargo, es el comercio, la circulación de mercancías, imprescindible para nosotros. Y si hemos salido airosos de esta prueba durante dos años, a pesar de que nos encontrábamos en estado de guerra (pues, como sabéis, hace sólo algunas semanas que hemos tomado a Vladivostok) y de que sólo ahora podemos iniciar nuestra actividad económica de un modo regular; si, a despecho de todo eso, hemos logrado que el período de estabilización del rublo papel se eleve de tres meses a cinco, creo tener motivo para atreverme a decir que podemos considerarnos satisfechos de eso. Porque estamos completamente solos. No hemos recibido ni recibimos ningún empréstito. No nos ha ayudado ninguno de esos poderosos Estados capitalistas que organizan de manera tan "brillante" su economía capitalista y que hasta hoy no saben adónde van. Con la paz de Versalles han creado tal sistema financiero que ni ellos mismos se entienden. Si esos grandes países capitalistas dirigen su economía de ese modo, opino que nosotros, atrasados e incultos, podemos estar satisfechos de haber alcanzado lo principal: las condiciones para estabilizar el rublo. Esto lo prueba la práctica, y no un análisis teórico cualquiera, y soy del parecer de que la práctica es más importante que todas las discusiones teóricas del mundo. La práctica demuestra que, en este terreno, hemos logrado resultados decisivos: hemos comenzado a hacer avanzar nuestra economía hacia la estabilización del rublo, lo que tiene extraordinaria importancia para el comercio, para la libre circulación de mercancías, para los campesinos y para la inmensa masa de pequeños productores.

Paso ahora a examinan nuestros objetivos sociales. Lo principal, naturalmente, son los campesinos. En 1921, el descontento de una parte inmensa del campesinado era un hecho indudable. Además, se declaró el hambre. Y esto implicó para los campesinos la prueba más dura. Y es completamente natural que todo el extranjero empezara a chillar: "Ahí tenéis los resultados de la economía socialista". Es completamente natural, desde luego, que silenciaran que el hambre era, en realidad, una consecuencia monstruosa de la guerra civil. Todos los terratenientes y capitalistas, que se lanzaron sobre nosotros en 1918, presentaron las cosas como si el hambre fuera una consecuencia de la economía socialista. El hambre ha sido, en efecto, una inmensa y grave calamidad, una calamidad que amenazaba con destruir toda nuestra labor organizadora y revolucionaria.

Y yo pregunto ahora: luego de esta inusitada e inesperada calamidad, ¿cómo están las cosas hoy, después de haber implantado la nueva política económica, después de haber concedido a los campesinos la libertad de comercio? La respuesta, clara y evidente para todos, es la siguiente: en un año, los campesinos han vencido el hambre y, además, han abonado el impuesto en especie en tal cantidad que hemos recibido ya centenares de millones de puds, y casi sin aplicar ninguna medida coactiva. Los levantamientos de campesinos, que antes de 1921 constituían, por decirlo así, un fenómeno general en Rusia, han desaparecido casi

por completo. Los campesinos están satisfechos de su actual situación. Lo podemos afirmar con toda tranquilidad. Consideramos que estas pruebas tienen mayor importancia que cualquier prueba estadística. Nadie duda que los campesinos son en nuestro país el factor decisivo. Y hoy se encuentran en tal situación que no debemos temer ningún movimiento suyo contra nosotros. Lo decimos con pleno conocimiento de causa y sin exagerar. Eso ya está conseguido. Los campesinos pueden sentir descontento por uno u otro aspecto de la labor de nuestro poder, y pueden quejarse de ello. Esto, naturalmente, es posible e inevitable, ya que nuestra administración y nuestra economía estatal son aún demasiado malas para poderlo evitar; pero, en todo caso, está excluido por completo cualquier descontento serio del campesinado en su totalidad contra nosotros. Lo hemos logrado en un solo año. Y opino que ya es mucho.

Paso a hablar ahora de la industria ligera. Precisamente en la industria debemos hacer diferencias entre la industria pesada y la ligera, pues ambas se encuentran en distintas condiciones. Por lo que se refiere a la industria ligera, puedo decir con tranquilidad que se observa en ella un incremento general. No me dejaré llevar por los detalles, por cuanto en mi plan no entra citar datos estadísticos. Pero esta impresión general se basa en hechos y puedo garantizar que en ella no hay nada equivocado ni inexacto. Tenemos un auge general en la industria ligera y, en relación con ello, cierto mejoramiento de la situación de los obreros tanto en Petrogrado como en Moscú. En otras zonas se observa en menor grado, ya que allí predomina la industria pesada; por eso no se debe generalizar. De todos modos, repito, la industria ligera acusa un ascenso indudable, y la mejora de la situación de los obreros de Petrogrado y de Moscú es innegable. En la primavera de 1921, en ambas ciudades reinaba el descontento entre los obreros. Hoy esto no existe en absoluto. Nosotros, que observamos día a día la situación y el estado de ánimo de los obreros, no nos equivocamos en este sentido.

La tercera cuestión se refiere a la industria pesada. Debo aclarar, a este respecto, que la situación es todavía difícil. En 1921-1922 se ha iniciado cierto viraje en esta situación. Podemos confiar, por tanto, en que mejorará en un futuro próximo. Hemos reunido ya, en parte, los medios necesarios para ello. En un país capitalista, para mejorar el estado de la industria pesada haría falta un empréstito de centenares de millones, sin los cuales esa mejora sería imposible. La historia de la economía de los países capitalistas demuestra que, en los países atrasados, sólo los empréstitos de centenares de millones de dólares o de rublos oro a largo plazo podrían ser el medio para elevar la industria pesada. Nosotros no hemos tenido esos empréstitos ni hemos recibido nada hasta ahora. Cuanto se escribe sobre la entrega de empresas en régimen de concesión, etc., no significa casi nada, excepto papel. En los últimos tiempos hemos escrito mucho de eso, sobre todo de la concesión Urquhart[127]. No obstante, nuestra política concesionaria me parece muy buena. Mas, a pesar de ello, no tenemos aún una concesión rentable. Os ruego que no olvidéis esto. Así pues, la situación de la industria pesada es una cuestión verdaderamente gravísima para nuestro atrasado país, ya que no hemos podido contar con empréstitos de los países ricos. Sin embargo, observamos ya una notable mejoría y vemos, además, que nuestra actividad comercial nos ha proporcionado ya algún capital, por ahora, ciertamente, muy modesto, poco más de veinte millones de rublos oro. Pero, sea como fuere, tenemos ya el comienzo: nuestro comercio nos proporciona medios que podemos utilizar para elevar la industria pesada. Lo cierto es que nuestra industria pesada aún se encuentra actualmente en una situación muy difícil. Pero supongo que lo decisivo es la circunstancia de que estamos ya en condiciones de ahorrar algo. Así lo seguiremos haciendo. Aunque a menudo se hace esto a costa de la población, hoy debemos, a pesar de lodo, economizar. Ahora nos dedicamos a reducir el presupuesto del Estado, a reducir la administración pública. Más adelante diré unas cuantas palabras sobre nuestra administración pública. En todo caso, debemos reducirla, debemos economizar cuanto sea posible. Economizamos en todo, hasta en las escuelas. Y esto debe ser así, pues sabemos que sin salvar la industria pesada, sin restablecerla, no podremos construir ninguna clase de industria, y sin ésta pereceremos del todo como país independiente. Lo sabemos de sobra.

La salvación de Rusia no está sólo en una buena cosecha en el campo -esto no basta-; tampoco está sólo en el buen estado de la industria ligera, que abastece a los campesinos de artículos de consumo -esto tampoco basta-; necesitamos, además, una industria *pesada.* Pero, para ponerla en buenas condiciones, se precisarán varios años de trabajo.

La industria pesada necesita subsidios del Estado. Si no los encontramos, pereceremos como Estado civilizado, sin decir ya que también como Estado socialista. Por tanto, en este sentido hemos dado un paso decisivo. Hemos empezado a acumular los recursos necesarios para poner en pie la industria pesada. Es verdad que la suma que hemos reunido hasta la fecha apenas si pasa de veinte millones de rublos oro; pero, de todos modos, esa suma existe y está destinada exclusivamente a levantar nuestra industria pesada.

Creo que, como había prometido, he expuesto brevemente, a grandes rasgos, los principales elementos de nuestra economía nacional. Considero que de todo ello puede deducirse que la nueva política económica nos ha reportado ya beneficios.

Hoy tenemos ya pruebas de que, como Estado, estamos en condiciones de ejercer el comercio, de conservar nuestras firmes posiciones en la agricultura y en la industria y de avanzar. Lo ha demostrado la práctica. Y pienso que, por el momento, esto es bastante para nosotros. Tendremos que aprender muchas cosas todavía y comprendemos qué necesitamos aprender. Hace cinco años que estamos en el poder, con la particularidad de que durante estos cinco años hemos vivido en estado de guerra permanente. Por tanto, hemos tenido éxitos.

Es natural, ya que nos seguían los campesinos. Es difícil dar mayores pruebas de adhesión que las mostradas por los campesinos. Comprendían que tras los guardias blancos se encuentran los terratenientes, a quienes odian más que a nada en el mundo. Y por eso, los campesinos nos han apoyado con todo entusiasmo, con toda lealtad. No fue difícil conseguir que nos defendieran de los guardias blancos. Los campesinos, que antes odiaban la guerra, apoyaron por todos los medios la guerra contra los guardias blancos, la guerra civil contra los terratenientes. Sin embargo, esto no era todo, porque, en el fondo, se trataba únicamente de si el poder quedaría en manos de los terratenientes o de los campesinos. Para nosotros, esto no era bastante. Los campesinos comprenden que hemos conquistado el poder para los obreros y que nos planteamos el objetivo de crear el régimen socialista con ayuda de ese poder. Por eso, lo más importante para nosotros era preparar en el aspecto económico la economía socialista. No pudimos prepararla directamente y nos vimos obligados a hacerlo de manera indirecta. El capitalismo de Estado, tal como lo hemos implantado en nuestro país, es un capitalismo de Estado peculiar. No corresponde al concepto habitual del capitalismo de Estado. Tenemos en nuestras manos todos los puestos de mando, tenemos en nuestras manos la tierra, que pertenece al Estado. Esto es muy importante, aunque nuestros enemigos presentan la cosa como si no significara nada. No es cierto. El hecho de que la tierra pertenezca al Estado tiene extraordinaria importancia y, además, gran sentido práctico en el aspecto económico. Esto lo hemos logrado, y debo manifestar que toda nuestra actividad ulterior debe desarrollarse sólo dentro de ese marco. Hemos conseguido ya que nuestros campesinos estén satisfechos y que la industria y el comercio se reanimen. He dicho antes que nuestro capitalismo de Estado se diferencia del capitalismo de Estado, comprendido literalmente, en que el Estado proletario tiene en sus manos no sólo la tierra, sino también las ramas más importantes de la industria. Ante todo, hemos entregado en arriendo sólo cierta parte de la industria pequeña y media; todo lo demás queda en nuestras manos. Por lo que se refiere al comercio, quiero destacar aún que tratamos de crear, y estamos creando ya, sociedades mixtas, es decir, sociedades en las que una parte del capital pertenece a capitalistas privados -por cierto, extranjeros la otra parte nos pertenece a nosotros. Primero, de esa manera aprendemos a comerciar, cosa que necesitamos, y, segundo, tenemos siempre la posibilidad de cerrar esas sociedades, si así lo creemos necesario. De modo que, por decirlo así, no arriesgamos nada. En cambio, aprendemos del capitalista privado y observamos cómo podemos elevarnos y qué errores cometemos. Me parece que puedo limitarme a cuanto queda dicho.

Quisiera referirme todavía a algunos puntos de poca monta. Es indudable que hemos hecho y haremos aún muchísimas tonterías. Nadie puede juzgarlas mejor ni verlas más claro que yo. (*Risas.*) ¿Por qué hacemos tonterías? La razón es sencilla: primero, porque somos un país atrasado; segundo, porque la instrucción en nuestro país es mínima; tercero, porque no recibimos ninguna ayuda de fuera. Ni uno solo de los países civilizados nos ayuda. Por el contrario, todos obran en contra nuestra. Y cuarto, por culpa de nuestra administración pública. Hemos heredado la vieja administración pública, y ésta ha sido nuestra desgracia. Es muy frecuente que esta administración trabaje contra nosotros. Ocurrió que en 1917, después de que tomamos el poder, los funcionarios públicos comenzaron a sabotearnos. Entonces nos asustamos mucho y les rogamos: "Por favor, vuelvan a sus puestos". Todos volvieron, y ésta ha sido nuestra desgracia. Hoy poseemos una inmensidad de funcionarios, pero no disponemos de elementos con suficiente instrucción para poder dirigirlos de verdad. En la práctica sucede con harta frecuencia que aquí, arriba, donde tenemos concentrado el poder estatal, la administración funciona más o menos; pero en los puestos inferiores disponen ellos como quieren, de manera que muy a menudo contrarrestan nuestras medidas. Hombres adictos, en las altas esferas, tenemos no sé exactamente cuántos, pero creo que, en todo caso, sólo varios miles, a lo sumo unas decenas de miles. Pero en los puestos inferiores se cuentan por centenares de miles los antiguos funcionarios que hemos heredado del régimen zarista y de la sociedad burguesa y que trabajan contra nosotros, unas veces de manera consciente, y otras inconsciente. Es indudable que, en este terreno, no se conseguirá nada a corto plazo. Tendremos que trabajar muchos años para perfeccionar la administración, renovarla y atraer nuevas fuerzas. Lo estamos haciendo a ritmo bastante rápido, quizá demasiado rápido. Hemos fundado escuelas soviéticas y facultades obreras; estudian varios centenares de miles de jóvenes; acaso estudien demasiado de prisa; pero, de todas maneras, la labor en este terreno ha comenzado y creo que nos dará sus frutos. Si no nos precipitamos demasiado en esta labor, dentro de algunos años tendremos una masa de jóvenes capaces de cambiar radicalmente

nuestra administración.

He dicho que hemos hecho innumerables tonterías, pero debo decir también algo en este aspecto de nuestros adversarios. Si éstos nos reprochan y dicen que el propio Lenin reconoce que los bolcheviques han hecho muchísimas tonterías, yo quiero responder: es cierto, pero, a pesar de todo, nuestras tonterías son de un género completamente distinto que el de las vuestras. Nosotros no hacemos más que empezar a estudiar, pero estudiamos con tanta regularidad que estamos seguros de obtener buenos resultados. Pero si nuestros enemigos, es decir, los capitalistas y los héroes de la II Internacional, recalcan las tonterías que hemos hecho, me permitiré citar aquí, a título comparativo, las palabras de un famoso escritor ruso, que, modificándolas un poco, resultarían así: cuando los bolcheviques hacen tonterías, dicen: "Dos por dos, cinco"; pero cuando las hacen sus adversarios, es decir, los capitalistas y los héroes de la II Internacional, el resultado es: "Dos por dos, una vela de estearina"[128]. Esto no es difícil demostrarlo. Tomad, por ejemplo, el pacto con Kolchak que concertaron Norteamérica, Inglaterra, Francia y el Japón. Yo os pregunto: ¿existen en el mundo potencias más cultas y fuertes? ¿Y qué resultó? Se comprometieron a ayudar a Kolchak sin calcular, sin reflexionar, sin observar. Ha sido un fracaso incluso difícil de comprender, a juicio mío, desde el punto de vista de la razón humana.

Otro ejemplo más reciente y de mayor importancia: la paz de Versalles. Yo os pregunto: ¿qué han hecho, en este caso, las "grandes" potencias "cubiertas de gloria"? ¿Cómo podrán encontrar ahora la salida de este caos y de este absurdo? Creo que no exageraré si repito que nuestras tonterías no son nada en comparación con las que hacen juntos los Estados capitalistas, el mundo capitalista y la II Internacional. Por eso supongo que las perspectivas de la revolución mundial -tema que habré de tratar brevemente- son favorables. Y pienso que, si se da determinada condición, se harán más favorables todavía. Desearía decir algunas palabras sobre estas condiciones.

En 1921 aprobamos en el III Congreso una resolución sobre la estructura orgánica de los partidos comunistas y los métodos y el contenido de su labor[129]. La resolución es magnífica, pero es rusa casi hasta la médula; es decir, se basa en las condiciones rusas. Este es su aspecto bueno, pero también su punto flaco. Flaco porque estoy convencido de que casi ningún extranjero podrá leerla; yo la he releído antes de hacer esta afirmación. Primero, es demasiado larga, consta de cincuenta o más puntos. Por regla general, los extranjeros no pueden leer cosas así. Segundo, incluso si la leen, no la comprenderán precisamente porque es demasiado rusa. No porque esté escrita en ruso (ha sido magníficamente traducida a todos los idiomas), sino porque está sobresaturada de espíritu ruso. Y tercero, si, en caso excepcional, algún extranjero la llega a entender, no la podrá cumplir. Este es su tercer defecto. He conversado con algunos delegados extranjeros y confío en que podré conversar detenidamente con gran número de delegados de distintos países en el curso del congreso, aunque no participe personalmente en él, ya que, por desgracia, no me es posible. Tengo la impresión de que hemos cometido un gran error con esta resolución, es decir, que nosotros mismos hemos levantado una barrera en el camino de nuestro éxito futuro. Como ya he dicho, la resolución está excelentemente redactada, y yo suscribo todos sus cincuenta o más puntos. Pero no hemos comprendido cómo se debe llevar nuestra experiencia rusa a los extranjeros. Cuanto expone la resolución, ha quedado en letra muerta. Y si no comprendemos esto, no podremos seguir nuestro avance. Considero que lo más importante para todos nosotros, tanto para los rusos como para los camaradas extranjeros, es que, después de cinco años de revolución rusa, debemos estudiar. Sólo ahora hemos obtenido la posibilidad de estudiar. Ignoro cuánto durará esta posibilidad. No sé durante cuánto tiempo nos concederán las potencias capitalistas la posibilidad de estudiar tranquilamente. Pero debemos aprovechar cada minuto libre de las ocupaciones militares, de la guerra, para estudiar, comenzando, además, por el principio.

El partido en su totalidad y todos los sectores de la población de Rusia lo demuestran con su afán de saber. Esta afición al estudio prueba que nuestra tarea más importante ahora es -estudiar y estudiar. Pero también los camaradas extranjeros deben estudiar, no en el mismo sentido en que lo hacemos nosotros: leer, escribir y comprender lo leído, que es lo que todavía precisamos. Se discute si esto corresponde a la cultura proletaria o a la cultura burguesa. Dejo pendiente la cuestión. Pero de lo que no cabe ninguna duda es de que nosotros necesitamos, ante todo, aprender a leer, a escribir y a comprender lo que leemos. Los extranjeros no lo necesitan. Les hace falta ya algo más elevado: esto implica, primero, que comprendan también lo que hemos escrito acerca de la estructura orgánica de los partidos comunistas y que los camaradas extranjeros firmaron sin leerlo y sin comprenderlo. Esta debe ser su primera tarea. Es preciso llevar a la práctica esta resolución. Pero no puede hacerse de la noche a la mañana, eso sería completamente imposible. La resolución es demasiado rusa: refleja la experiencia rusa. Por eso, los extranjeros no la comprenden en absoluto y no pueden conformarse con colocarla en un rincón como un icono y rezar ante ella. Así no se conseguirá nada. Lo que necesitan es asimilar parte de la experiencia rusa. No sé cómo lo harán. Puede que los fascistas de Italia, por ejemplo, nos presten un buen servicio,

explicando a los italianos que no son todavía bastante cultos y que su país no está garantizado aún contra las centurias negras[130]. Quizá esto sea muy útil. Nosotros, los rusos, debemos buscar también la forma de explicar a los extranjeros las bases de esta resolución, pues, de otro modo, se verán imposibilitados por completo para cumplirla. Estoy convencido de que, en este sentido, debemos decir no sólo a los camaradas rusos, sino también a los extranjeros, que lo más importante del período en que estamos entrando es estudiar. Nosotros estudiamos en sentido general. En cambio, los estudios de ellos deben tener un carácter especial para que lleguen a comprender realmente la organización, la estructura, el método y el contenido de la labor revolucionaria. Si se logra esto, las perspectivas de la revolución mundial, estoy convencido de ello, serán no solamente buenas, sino incluso magníficas. (*Clamorosos aplausos que duran largo rato. Las exclamaciones de* "¡Viva nuestro camarada Lenin!" *promueven nuevas ovaciones clamorosas*.)

Publicado el 15 de noviembre de 1922 en el núm. 258 de "Pravda".
T, 45, págs. 278-294.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL PLENO DEL SOVIET DE MOSCÚ.

El 20 de noviembre de 1922.

(*Clamorosos aplausos. Se canta La Internacional.)* Camaradas: Lamento mucho no haber podido venir antes a vuestra reunión y os pido mil perdones. Estoy enterado de que hace unas semanas teníais el propósito de ofrecerme la posibilidad de visitar el Soviet de Moscú. No he podido hacerlo porque, después de mi enfermedad, a partir de diciembre, hablando en el lenguaje de los profesionales, perdí la capacidad de trabajo para un período prolongado, debido a lo cual he tenido que ir aplazando de una semana para otra mi discurso de hoy. He tenido también que cargar adicionalmente sobre el camarada Kámenev una parte muy considerable del trabajo que, en un principio, como recordaréis, había encomendado al camarada Tsiurupa y, después, al camarada Rykov. Y he de decir, recurriendo a la comparación que ya he utilizado, que el camarada Kámenev se vio de pronto uncido a dos carretas. Si bien, continuando la comparación, debo agregar que el caballejo ha resultado capaz y brioso en grado sumo. (*Aplausos*.) Pero, de todos modos, no está bien tirar de dos carretas a la vez, y espero con impaciencia el momento en que regresen los camaradas Tsiurupa y Rykov para distribuirnos el trabajo con algo más de equidad. Por mi parte, y a causa de la disminución de mi capacidad de trabajo, debo dedicar al examen de los asuntos mucho más tiempo del que quisiera.

En diciembre de 1921, cuando tuve que dejar el trabajo por completo, nos encontrábamos a fines de año. Entonces estábamos pasando a la nueva política económica y parecía que ese paso, no obstante haberlo iniciado a comienzos de 1921, era bastante difícil, yo diría que muy difícil. Hace más de año y medio que venimos aplicando esta transición y parecería llegado el momento de que la mayoría se trasladara a los nuevos puestos y se instalara conforme a las nuevas condiciones, sobre todo conforme a las condiciones de la nueva política económica.

Donde menos cambios hemos hecho es en política exterior. En este terreno hemos proseguido el rumbo que emprendimos antes; y creo, lo digo con la conciencia tranquila, que lo hemos proseguido con absoluta consecuencia e inmenso éxito. Vosotros, por cierto, no precisáis que se os informe de eso con pormenores: la toma de Vladivostok, la manifestación subsiguiente y la declaración de unión en Estado federal que habéis leído días atrás en los periódicos[131] han mostrado y demostrado con claridad meridiana que en este terreno no tenemos nada que cambiar. Seguimos un camino trazado con absoluta claridad y precisión y nos hemos asegurado el éxito ante los países del mundo entero, aunque algunos de ellos sigan todavía dispuestos a declarar que no desean sentarse con nosotros a una misma mesa. Sin embargo, las relaciones económicas -y tras ellas las relaciones diplomáticas- se van normalizando, deben normalizarse y se normalizarán sin falta. Todo Estado que se oponga a normalizarlas corre el riesgo de llegar tarde y de encontrarse en una situación desfavorable, quizás bastante esencial en algo. Esto lo vemos ahora todos, y no sólo por la prensa, por los periódicos. Creo que, durante los viajes al extranjero, los camaradas se convencen también de cuán grandes son los cambios operados. En este sentido no hemos hecho, empleando la vieja comparación, ningún transbordo a otros trenes ni cambiado de caballos.

Pero en lo que se refiere a nuestra política interior, el cambio que hicimos en la primavera de 1921 -dictado por razones de fuerza y poder persuasivo extraordinarios, debido a lo cual no hubo entre nosotros la menor discusión ni la menor discrepancia en este punto-, sigue originándonos ciertas dificultades, yo diría que grandes dificultades. Y no porque hayamos dudado de la necesidad del viraje -a este respecto no hubo ninguna duda- ni de si la prueba de esta nueva política económica nuestra ha reportado los éxitos que esperábamos. En esta cuestión, puedo decirlo con toda firmeza, tampoco existe la menor duda ni en las filas de nuestro partido ni entre las multitudes de obreros y campesinos sin partido.

El problema no ofrece dificultades en este sentido. Las dificultades radican en que se nos ha planteado una tarea cuyo cumplimiento requiere a menudo que se apele a nuevas personas, que se adopten medidas extraordinarias y se empleen métodos también extraordinarios. Dudamos aún de la justedad de una cosa o de otra, hay cambios en una o en otra dirección, y debo decir que tanto lo uno como lo otro seguirá existiendo durante un período bastante

prolongado. "¡Nueva política económica!" Rara denominación. Esta política ha sido denominada nueva política económica porque da marcha atrás. Ahora nos replegamos, parece que retrocedemos; pero lo hacemos para, después de habernos replegado, tomar impulso y saltar adelante con mayor fuerza. Sólo con esta condición nos hemos replegado para aplicar nuestra nueva política económica. No sabemos aún dónde y cómo debemos reagruparnos, adaptarnos, reorganizarnos, para luego, después del repliegue, comenzar la ofensiva más tenaz. Para hacer todo eso en un orden perfecto es necesario, como dice el refrán, en cosa alguna pensar mucho, muchísimo, y hacer una. Esto es necesario para vencer las increíbles dificultades con que tropezamos en el cumplimiento de todas nuestras tareas, en la solución de todos nuestros problemas. Sabéis perfectamente cuántos sacrificios ha costado conseguir lo que hemos hecho, sabéis cuán larga ha sido la guerra civil y cuántas fuerzas ha requerido. Y bien, la toma de Vladivostok nos ha mostrado (porque Vladivostok, aunque esté lejos, es una ciudad nuestra) (*prolongados aplausos*) a todos la simpatía general por nosotros, por nuestras conquistas. Tanto aquí como allí es la RSFSR. Esta simpatía nos ha librado de los enemigos interiores y de los exteriores, que nos atacaban. Me refiero al Japón.

Hemos conquistado una situación diplomática completamente definida, que no es otra cosa que una situación diplomática reconocida por el mundo entero. Todos lo veis. Veis los resultados; mas, ¡cuánto tiempo ha hecho falta para ello! Hemos conseguido ahora que los enemigos reconozcan nuestros derechos tanto en la política económica como en la comercial. Así lo prueba la conclusión de convenios comerciales.

Podemos ver por qué nosotros, que hace año y medio emprendimos la senda de la llamada nueva política económica, avanzamos por ella con dificultades tan increíbles. Vivimos en las condiciones propias de un Estado tan destruido por la guerra, tan fuera de todo cauce más o menos normal, que ha sufrido y soportado tanto, que ahora nos vemos obligados a comenzar todos los cálculos, tomando como referencia un pequeño porcentaje: el porcentaje de anteguerra. Aplicamos esta medida a las condiciones de nuestra vida, a veces con mucha impaciencia y calor, y siempre nos convencemos de que las dificultades son inmensas. La tarea que nos hemos señalado en este terreno resulta tanto mayor por cuanto la comparamos con las condiciones de un Estado burgués corriente. Nos hemos planteado esa tarea porque comprendíamos que no podíamos esperar la ayuda de las potencias más ricas, esa ayuda que suele llegar siempre en condiciones semejantes. Después de la guerra civil nos pusieron en condiciones casi de boicot, o sea, nos dijeron que no nos concederían las relaciones económicas que están acostumbrados a conceder y son normales en el mundo capitalista.

Ha transcurrido más de año y medio desde que emprendimos la senda de la nueva política económica; ha transcurrido mucho más tiempo desde que firmamos nuestro primer convenio internacional; y, sin embargo, todavía se deja sentir ese boicot de toda la burguesía y de todos los gobiernos. No podíamos confiar en nada más cuando pasamos a las nuevas condiciones económicas; y, sin embargo, no albergábamos la menor duda de que debíamos pasar a ellas y lograr el éxito completamente solos. Cuanto más tiempo pasa, tanto más claro queda que toda ayuda que nos pudieran prestar, que nos prestarán los países capitalistas, lejos de suprimir esta condición, lo más probable es que la aumenten, que la agraven más aún en la inmensa mayoría de los casos. "Completamente solos", nos dijimos. "Completamente solos", nos dicen casi todos los Estados capitalistas con los que hemos concluido alguna transacción, con los que hemos entrado en tratos, con los que hemos iniciado alguna negociación. Y ahí está la singular dificultad que debemos comprender. Hemos estructurado nuestro régimen estatal con un trabajo de increíbles dificultad y heroísmo durante más de tres años. En las condiciones en que nos hemos encontrado hasta ahora, no hemos tenido tiempo de examinar si rompíamos algo de más, si había demasiadas víctimas, porque las víctimas eran muchas, porque la lucha que iniciamos entonces (de sobra lo sabéis vosotros, y huelga explayarse en ello) era una lucha a vida o muerte contra el viejo régimen social, al que combatimos para conquistar nuestro derecho a la existencia, al desarrollo pacífico. Y lo hemos conquistado. No son palabras nuestras, no son declaraciones de testigos a los que se pueda acusar de parcialidad. Son declaraciones de testigos que se encuentran en el campo enemigo y que, como es natural, muestran parcialidad, mas no por nosotros, sino por el bando opuesto. Esos testigos se encontraban en el campo de Denikin, a la cabeza de la ocupación. Y sabemos que su parcialidad nos costó muy cara, nos costó muchas destrucciones. Por culpa suya hemos sufrido toda clase de pérdidas, hemos perdido valores de todo género y el valor principal, vidas humanas, a escala de increíble magnitud. Ahora, analizando con toda atención nuestras tareas, debemos comprender que la principal consiste hoy en no entregar las viejas conquistas. Y no entregaremos ni una sola de ellas. (*Aplausos*.) Al mismo tiempo, nos hallamos ante una tarea completamente nueva, y lo viejo puede ser un obstáculo directo. Esa tarea es la más difícil de comprender. Pero hay que comprenderla para aprender a trabajar; para aprender, cuando sea necesario, a echar los bofes, por así decir. Creo,

camaradas, que estas palabras y consignas son comprensibles, porque en el año, aproximadamente, que me he visto obligado a permanecer ausente, en la práctica habéis tenido que hablar y pensar de esto en todos los aspectos y en centenares de ocasiones, al abordar el trabajo con vuestras propias manos. Y estoy seguro de que las reflexiones sobre el particular sólo pueden llevaros a una conclusión: hoy se requiere de nosotros más flexibilidad aún de la que hemos tenido hasta ahora en el terreno de la guerra civil.

No debemos renunciar a lo viejo. Toda una serie de concesiones que nos acomodan a las potencias capitalistas permiten plenamente a éstas entablar relaciones con nosotros, les proporcionan beneficios, a veces quizás mayores de los debidos. Pero, al mismo tiempo, concedemos sólo una pequeña parte de los medios de producción, que nuestro Estado mantiene casi por completo en sus manos. En días pasados se discutió en la prensa el problema de la concesión solicitada por el inglés Urquhart[132], que en la guerra civil ha estado casi todo el tiempo contra nosotros y decía: "Conseguiremos nuestro objetivo en la guerra civil contra Rusia, contra la misma Rusia que se ha atrevido a privarnos de esto y aquello". Y, después de todo eso, hemos tenido que entablar relaciones con él. No nos hemos negado a ellas, las hemos acogido con gran alegría, pero hemos dicho: "Usted perdone, pero no entregaremos lo que hemos conquistado. Nuestra Rusia es tan grande, y nuestras posibilidades económicas tan numerosas, que nos consideramos con derecho a no rechazar su amable propuesta; pero la discutiremos serenamente, como hombres de negocios". Es cierto que nuestra primera conversación no ha dado nada, pues, por motivos políticos, no podíamos aceptar su propuesta. Hemos tenido que contestarle con una negativa. Mientras los ingleses no reconocieran la posibilidad de nuestra participación en el problema de los estrechos, de los Dardanelos, debíamos responder con una negativa; pero inmediatamente después de esa negativa debíamos analizar a fondo el problema. Hemos analizado si nos sería beneficioso o no, si nos sería provechoso acceder a esta concesión y, si lo es, en qué circunstancias. Hemos tenido que hablar del precio. Y esto, camaradas, os muestra con claridad hasta qué grado tenemos que abordar ahora los problemas de una manera distinta a como los abordábamos antaño. Antes, el comunista decía: "Entrego mi vida", y le parecía muy sencillo, aunque no todas las veces era tan sencillo. En cambio, ahora, los comunistas tenemos planteada otra tarea completamente distinta. Ahora debemos calcularlo todo, y cada uno de vosotros debe aprender a economizar. En la situación capitalista, debemos calcular cómo asegurar nuestra existencia, cómo sacar provecho de nuestros enemigos que, como es natural, regatearán, pues jamás han perdido la costumbre de regatear y regatearán a costa nuestra. Tampoco olvidamos esto y en modo alguno nos imaginamos que los representantes del comercio se conviertan en algún sitio en corderos y nos faciliten gratis todas las venturas. Eso no ocurre, y no lo esperamos. Confiamos en que, acostumbrados a oponer resistencia, saldremos airosos en este terreno también y seremos capaces de comerciar, de obtener ganancias y de salir de las situaciones económicas difíciles. Esta tarea es muy ardua. Y nos aplicamos a cumplirla. Quisiera que nos diéramos perfecta cuenta del profundo abismo que media entre la tarea vieja y la nueva. Por muy hondo que sea ese abismo, en la guerra aprendimos a maniobrar y hemos de comprender que la maniobra que debemos realizar, la maniobra en que nos encontramos, es la más difícil. En cambio, es probable que sea la última. Debemos probar en ella nuestra fuerza y demostrar que no sólo hemos aprendido de memoria nuestras enseñanzas de ayer y repetimos las viejas lecciones. Discúlpennos, señores, hemos comenzado a estudiar de nuevo y estudiaremos de modo que logremos éxitos concretos y visibles para todos. Y en nombre de este estudio nuevo creo que precisamente ahora debemos prometernos con firmeza otra vez unos a otros que nos hemos replegado bajo la denominación de nueva política económica, que nos hemos replegado para no entregar nada nuevo y, al mismo tiempo, para conceder a los capitalistas tales ventajas que obliguen a cualquier país, por muy enemigo nuestro que sea, a aceptar transacciones y relaciones con nosotros. El camarada Krasin, que ha conversado muchas veces con Urquhart -este dirigente y puntal de toda la intervención armada-, decía que, después de los intentos de Urquhart de imponernos a toda costa y en toda Rusia el viejo régimen, se sentó a la misma mesa que Krasin y comenzó a decir: "¿A qué precio? ¿Cuánto? ¿Por cuántos años?" (*Aplausos*.) Eso está bastante lejos todavía de la conclusión de una serie de convenios sobre arrendamiento de empresas en régimen de concesión y de que hayamos entablado, por tanto, relaciones contractuales absolutamente precisas y firmes -desde el punto de vista de la sociedad burguesa-; pero ya vemos ahora que nos acercamos a eso, que casi hemos llegado, pero que todavía no hemos llegado. Esto, camaradas, debemos reconocerlo y no caer en la presunción. Estamos aún muy lejos de haber conseguido plenamente lo que nos hará fuertes e independientes y nos dará la tranquila seguridad de que no tememos ningún negocio con los capitalistas; de que, por difícil que sea el negocio, lo concluiremos, calaremos en el quid y saldremos airosos. Por eso, la labor que hemos iniciado en este terreno -tanto política como del partido- debe continuar; por eso es necesario que pasemos de los viejos métodos a métodos completamente nuevos.

Nuestra administración sigue siendo la vieja, y

nuestra tarea consiste ahora en transformarla a lo nuevo. No podemos transformarla de golpe, pero necesitamos organizar las cosas de manera que estén bien distribuidos los comunistas con que contamos. Es preciso que estos comunistas manejen las administraciones a que han sido enviados, y no, como ocurre a menudo, que sean esas administraciones las que los manejan a ellos. No hay por qué ocultarlo y debemos hablar de ello con claridad. Esas son las tareas que tenemos planteadas y las dificultades con que tropezamos, precisamente en el momento en que hemos emprendido nuestro camino práctico, en que debíamos aproximarnos al socialismo, y no como a un icono pintado con colores suntuosos. Necesitamos tomar una dirección certera, necesitamos que se compruebe todo, que todas las masas y toda la población comprueben nuestro camino y digan: "Sí, esto es mejor que el viejo régimen". Esa es la tarea que nos hemos fijado, la tarea que ha emprendido nuestro partido, un pequeño grupo de hombres en comparación con toda la población del país. Este granito de arena se ha planteado el objetivo de transformarlo todo y lo transformará. Hemos demostrado que no se trata de una utopía, sino de una obra a la que los hombres consagran su vida. Todos lo hemos visto, eso ya está hecho. Hay que transformar de modo que la mayoría de las masas trabajadoras, los campesinos y los obreros, digan: "No os alabéis vosotros mismos; ya os alabamos nosotros y decimos que habéis conseguido mejores resultados, después de los cuales ni una sola persona sensata pensará jamás en retornar al pasado". Pero todavía no hemos alcanzado eso. *De ahí que la Nep siga siendo la consigna principal, inmediata, exhaustiva, del día de hoy.* No olvidaremos ni una sola de las consignas que aprendimos ayer. Podemos asegurárselo a quienquiera que sea con absoluta tranquilidad, sin el menor asomo de titubeo, y cada paso que damos lo confirma. Pero debemos adaptarnos todavía a la nueva política económica. Hay que saber vencer, reducir a un mínimo determinado todos sus aspectos negativos, que no es preciso enumerar, puesto que los conocéis perfectamente. Hay que hacerlo todo con cálculo. Nuestra legislación nos brinda plenas posibilidades para ello. ¿Sabremos organizar las cosas como es debido? Es un problema que está lejos aún de haber sido resuelto. Lo estamos estudiando. Cada número del periódico de nuestro partido publica decenas de artículos, que versan: en tal fábrica, con tal fabricante existen tales condiciones de arrendamiento; pero donde el director es un camarada nuestro, un comunista, las condiciones son otras. ¿Proporciona beneficios o no, compensa o no? Hemos pasado a la propia médula de todas las cuestiones cotidianas, y en eso consiste la inmensa conquista. Hoy, el socialismo no es ya un problema de un futuro remoto, ni una visión abstracta o un icono. De los iconos seguimos teniendo la opinión de antes, una opinión muy mala. Hemos hecho penetrar el socialismo en la vida diaria, y de eso es de lo que debemos ocuparnos. Esa es la tarea del momento, ésa es la tarea de nuestra época. Permitidme que acabe expresando mi seguridad en que, por muy difícil que sea esa tarea, por más nueva que sea, en comparación con la que teníamos antes, y por más dificultades que nos origine, la cumpliremos a toda costa entre todos, juntos, y no mañana, sino en el transcurso de varios años, de modo que de la Rusia de la Nep salga la Rusia socialista. (*Clamorosos y prolongados aplausos*.)

Publicado el 21 de noviembre de 1922 en el núm. 263 de "Pravda".
T. 45, págs. 300-309.

ACERCA DEL MONOPOLIO DEL COMERCIO EXTERIOR[133].

Al camarada Stalin, para el Pleno del CC.

Considero que lo más importante es analizar la carta del camarada Bujarin. En el primer punto él afirma que "ni Lenin ni Krasin dicen nada de las incalculables pérdidas que sufre la economía del país por la incapacidad del Comisariado del Pueblo de Comercio Exterior para el trabajo, incapacidad derivada de su estructura "funcional"; no dicen ni una palabra de las pérdidas ocasionadas porque nosotros mismos no estamos en condiciones (y no lo estaremos durante mucho tiempo, por causas harto comprensibles) de movilizar el fondo mercantil de los campesinos y de lanzarlo al mercado mundial".

Esta afirmación es errónea por completo, ya que Krasin habla claramente en el apartado II de la formación de sociedades mixtas que constituyen, primero, el modo de movilizar el fondo mercantil de los campesinos y, segundo, el de obtener, cuando menos, la mitad de los beneficios procedentes de esta movilización para nuestro erario. Por consiguiente, quien pasa por alto el quid de la cuestión es precisamente Bujarin, que no quiere ver que "la movilización del fondo mercantil de los campesinos" proporcionará beneficios entera y exclusivamente a los comerciantes de la Nep. El problema estriba en si nuestro CPCE va a trabajar en provecho de estos comerciantes o del Estado proletario. Este es un problema tan radical que por él se puede y se debe luchar sin duda alguna en el congreso del partido.

El problema de la incapacidad del CPCE para el trabajo, comparada con este problema primordial, básico y de principio, es completamente subordinado, ya que dicha incapacidad no es ni más ni menos que la de todos nuestros comisariados del pueblo, incapacidad que depende de su estructura social común y que exige de nosotros largos años de ardua labor encaminada a elevar la instrucción y el nivel general.

El segundo punto de las tesis de Bujarin declara que "tales puntos como, por ejemplo, la 5a tesis de Krasin, son totalmente aplicables también a las concesiones en general". Esto es de nuevo una falta de lo más escandalosa a la verdad, porque la 5a tesis de Krasin afirma que "en el campo se introducirá artificiosamente el explotador más contumaz, el acaparador, el especulador, el agente del capital extranjero que trafica con el dólar, la libra esterlina y la corona sueca". Nada de eso se deriva de las concesiones, en las cuales prevemos no sólo el territorio, sino también el permiso especial para comerciar con artículos específicos, y además, esto es lo fundamental, mantenemos en nuestras manos el comercio de tales o cuales artículos otorgados en concesión. Sin objetar una palabra contra los argumentos de Krasin de que no mantendremos el comercio libre en el marco que fija la resolución del Pleno del 6 de octubre, de que nos arrancarán de las manos el comercio por la fuerza de la presión, y no sólo de los contrabandistas, sino también de todo el campesinado, sin objetar nada a este argumento económico y de clase básico, Bujarin hace a Krasin acusaciones que asombran por lo infundadas.

En el tercer punto de su carta, Bujarin escribe: "§ 3 de Krasin". (Enumera por error fortuito el punto 3 en lugar del 4.) "Nuestra frontera se mantiene", y pregunta: "¿Qué significa esto? Esto significa en realidad que no se hace nada. Exactamente igual que la tienda con un buen anuncio público, en la cual no hay nada (sistema "Glavzapor", o sea, "El mejor guardián"). Krasin dice con absoluta claridad que nuestra frontera se mantiene no tanto por la protección aduanera o los guardafronteras como por la existencia del monopolio del comercio exterior. Bujarin no objeta ni puede objetar nada en contra de este hecho claro, real e indiscutible. La expresión "sistema Glavzapor" tiene el carácter de esas expresiones a las que Marx respondía en su tiempo con el término de *free trader vulgaris* 134, porque eso no con tiene nada, salvo una frase absolutamente vulgar de librecambista.

Luego, en el punto 4° Bujarin acusa a Krasin de que, al parecer, éste no ve que debemos ir hacia el perfeccionamiento de nuestra política aduanera, y a la vez me acusa a mí de que, según él, me equivoco, al hablar de los vigilantes para todo el país, cuando en realidad se trata sólo de los puntos de importación y exportación. En este caso, las objeciones de Bujarin vuelven a asombrar por la ligereza y marran el tiro, pues Krasin no sólo ve el perfeccionamiento de nuestra política aduanera, no sólo la reconoce por entero, sino que la señala con una exactitud que no admite ni sombra de duda. Esta mejora consiste precisamente en que, primero, hemos adoptado el sistema de monopolio del comercio exterior, y,

segundo, el sistema de formación de sociedades mixtas.

Bujarin no ve -éste es su error más asombroso y, además, puramente teórico-, que ninguna política aduanera puede ser eficaz en la época del imperialismo y de diferencia monstruosa entre los países pobres y los increíblemente ricos. Bujarin alude varias veces a la protección aduanera, sin percatarse de que, en las condiciones mencionadas, cualquiera de los países industriales ricos puede romper totalmente esa defensa. Le basta con instituir al objeto una prima de exportación para las mercancías que son gravadas en Rusia con un arancel. A cualquier país industrial le sobra dinero para ello y, como consecuencia de esta medida, puede quebrantar a tiro hecho nuestra industria nacional.

Por eso todos los razonamientos de Bujarin sobre la política aduanera no significan en la práctica más que la renuncia absoluta a proteger la industria rusa y el paso, encubierto con un velo sutilísimo, al sistema de librecambio. Tenemos que combatir eso con todas nuestras fuerzas e incluso en el congreso del partido, puesto que hoy, en la época del imperialismo, no se puede hablar de ninguna política aduanera seria, como no sea la del sistema de monopolio del comercio exterior.

La acusación de Bujarin contra Krasin (en el 5° punto) de que éste no comprende, al parecer, toda la importancia del aumento de la circulación, es refutada de plano por lo que ha dicho Krasin de las sociedades mixtas, ya que éstas no persiguen más objetivo que el de aumentar la circulación, conservando la protección real, y no ficticia, como ocurre con la protección arancelaria, de nuestra industria rusa.

Si, más adelante, en el punto 6°, objetándome a mí, Bujarin escribe que a él no le importa que el campesino concierte un negocio sumamente ventajoso, y que la lucha no se empeñará entre el campesino y el Poder soviético, sino entre éste y el exportador, eso es, de nuevo, un error de bulto, porque el exportador, por ejemplo, con las diferencias de precios señaladas por mí (el lino cuesta en Rusia 4,50 rublos, y en Inglaterra 14) movilizará en torno suyo de la manera más rápida, segura e indudable a todos los campesinos. De hecho, Bujarin asume la defensa del especulador, del pequeño burgués y de la cúspide del campesinado contra el proletariado industrial que no está absolutamente en condiciones de reconstruir su industria, de hacer de Rusia un país industrial si no lo protege, pero de ninguna manera con la política aduanera, sino sola y exclusivamente con el monopolio del comercio exterior. Cualquier otro proteccionismo en las condiciones de la Rusia actual es un proteccionismo totalmente ficticio, de papel, que no da nada al proletariado. Por eso, desde el punto de vista del proletariado y de su industria, esta lucha tiene la mayor importancia, es una lucha de principio. El sistema de sociedades mixtas es el único que puede mejorar en realidad la deficiente administración del CPCE, ya que en este sistema trabajan juntos el comerciante extranjero y el mercader ruso. Si ni siquiera en estas condiciones sabemos iniciarnos un poco, instruirnos y aprender a fondo, podrá decirse que nuestro pueblo es un pueblo de tontos de remate.

Si seguimos hablando de la "protección aduanera", eso significa que cerraremos los ojos para no ver los peligros señalados por Krasin con plena claridad y no refutados en ninguna de sus partes por Bujarín.

Añadiré que la apertura parcial de las fronteras acarrea gravísimos peligros monetarios porque, de hecho, iremos a parar a la situación de Alemania; acarrea gravísimos peligros relacionados con la penetración en Rusia, sin la menor posibilidad de control por nuestra parte, de la pequeña burguesía y de toda clase de agentes de los rusos en el extranjero.

Aprovechar las sociedades mixtas para estudiar en serio y largo tiempo: ése es el único camino que conduce al restablecimiento de nuestra industria.

Lenin.

Dictado por teléfono el 13 de diciembre de 1922. Publicado íntegro por primera vez en 1930 en el núm. 2-3 de la revista "Proletérskaga Revoliutsia".

T. 45, págs. 333-337.

ÚLTIMOS ARTÍCULOS Y CARTAS.

23 de diciembre de 1922 - 2 de marzo de 1923.

I.

CARTA AL CONGRESO[135].

Yo aconsejaría con insistencia hacer en este congreso varios cambios en nuestra estructura política.

Quisiera exponer las consideraciones que estimo más importantes.

Lo primero de todo es elevar el número de miembros del CC a varias decenas e incluso a un centenar. Creo que si no hiciéramos esta reforma, nuestro Comité Central se vería amenazado de grandes peligros, en caso de que el curso de los acontecimientos no nos fuera favorable del todo (y no podemos contar con que nos sea).

También pienso proponer al congreso que se dé carácter legislativo, con ciertas condiciones, a las decisiones del Gosplán, aceptando en este aspecto hasta cierto punto y previas ciertas condiciones, lo que propone el camarada Trotski.

Por lo que se refiere al primer punto, es decir, al aumento del número de miembros del CC, creo que es necesario tanto para elevar el prestigio del CC como para realizar un trabajo serio con miras a mejorar nuestro mecanismo administrativo y evitar que los conflictos de pequeñas partes del CC puedan adquirir una importancia excesiva para todos los destinos del partido.

Opino que nuestro partido está en su derecho, al pedir a la clase obrera un CC de cincuenta a cien miembros, y que ella puede dárselos sin poner en demasiada tensión sus fuerzas.

Esta reforma haría mucho más sólido a nuestro partido y le facilitaría la lucha que sostiene, rodeado de Estados hostiles, lucha que, a mi modo de ver, puede y debe enconarse mucho en los años próximos. Creo que, gracias a esta medida, la estabilidad de nuestro partido sería mil veces mayor.

Lenin.

23-XII-22

Taquigrafiado por M. V.

II

Continuación de las anotaciones taquigráficas.

24 de diciembre del año 22

Por estabilidad del Comité Central, de la que hablaba antes, entiendo las medidas contra la escisión en tanto en cuanto pueden ser adoptadas, en general. Porque, naturalmente, tenía razón el guardia blanco de *Rússkaya Myss*[136] (creo que era S. S. Oldenburg) cuando, primero, en el juego de esas gentes contra la Rusia Soviética cifraba sus esperanzas en la escisión de nuestro partido y, segundo, en que ésta se produjera debido a gravísimas discrepancias en el seno del mismo.

Nuestro partido se apoya en dos clases, y por eso es posible su inestabilidad y sería inevitable su caída si estas dos clases no pudieran llegar a un acuerdo. Sería inútil adoptar unas u otras medidas con vistas a esta eventualidad y, en general, divagar en torno a la estabilidad de nuestro CC. En tal caso, no habría medida capaz de evitar la escisión. Pero confío que eso es cosa de un futuro demasiado lejano y un acontecimiento demasiado improbable para hablar de ello.

Me refiero a la estabilidad como garantía contra la escisión en un próximo futuro, y tengo el propósito de exponer aquí varias consideraciones de índole puramente personal.

Yo creo que lo fundamental en el problema de la estabilidad, desde este punto de vista, son tales miembros del CC como Stalin y Trotski. Las relaciones entre ellos, a mi modo de ver, entrañan más de la mitad del peligro de esa escisión que se podría evitar, ya cuyo objeto debe servir, entre otras cosas, según mi criterio, la ampliación del CC hasta cincuenta o cien miembros.

El camarada Stalin, llegado a secretario general, ha concentrado en sus manos un poder inmenso, y no estoy seguro de que siempre sepa utilizarlo con la suficiente prudencia. Por otra parte, el camarada Trotski, según demuestra su lucha contra el CC con motivo del problema del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación, no se distingue únicamente por dotes relevantes. Personalmente, quizá sea el hombre más capaz del actual CC, pero está demasiado ensoberbecido y se deja llevar demasiado por el aspecto puramente administrativo de los asuntos.

Estas dos cualidades de dos destacados dirigentes del CC actual pueden conducir, sin quererlo, a la escisión, y si nuestro partido no toma medidas para impedirlo, la escisión puede producirse de manera imprevista.

No seguiré caracterizando a los demás miembros del CC por sus cualidades personales. Recordaré sólo que el episodio de Zinóviev y Kámenev[137] en Octubre no fue, naturalmente, una casualidad, pero de eso se les puede culpar personalmente tan poco como a Trotski de no sentir el bolchevismo.

En cuanto a los jóvenes miembros del CC, diré unas palabras de Bujarin y Piatakov. Son, a mi juicio, los que más se destacan (entre los más jóvenes), y, al tratarse de ellos, se debería tener en cuenta lo siguiente: Bujarin no sólo es un valiosísimo y notable teórico del partido, sino que, además, se le considera legítimamente el favorito de todo el partido; pero sus concepciones teóricas pueden calificarse de enteramente marxistas con muchas dudas, pues hay en él algo escolástico (jamás ha estudiado y creo que jamás ha comprendido por completo la dialéctica).

25.XII. Viene después Piatakov, hombre sin duda de grandes voluntad y dotes, pero que se deja llevar demasiado por el ejercicio de la administración y el aspecto administrativo de los asuntos para que se pueda confiar en él en un problema político serio.

Naturalmente, una y otra observación son valederas sólo para el presente, suponiendo que estos dos destacados y fieles militantes no encuentren ocasión de completar sus conocimientos y de corregir su formación unilateral.

Lenin.

25-XII-22.

Taquigrafiado por M. V.

Adición a la carta del 24 de diciembre de 1922.

Stalin es demasiado brusco, y este defecto, plenamente tolerable en nuestro medio y en las relaciones entre nosotros, los comunistas, se hace intolerable en el cargo de secretario general. Por eso propongo a los camaradas que piensen la forma de pasar a Stalin a otro puesto y de nombrar para este cargo a otro hombre que se diferencie del camarada Stalin en todos los demás aspectos sólo por una ventaja, a saber: que sea más tolerante, más leal, más correcto y más atento con los camaradas, menos caprichoso, etc. Esta circunstancia puede parecer una pequeñez insignificante. Pero creo que, desde el punto de vista de prevenir la escisión y de lo que he escrito antes de las relaciones entre Stalin y Trotski, no es una pequeñez o se trata de una pequeñez que puede adquirir importancia decisiva.

Lenin.

Taquigrafiado por L. F.

4 de enero de 1923

III

Continuación de las anotaciones taquigráficas.

26 de diciembre de 1922

La ampliación del CC hasta cincuenta o incluso cien miembros debe perseguir, a mi modo de ver, un fin doble o incluso triple: cuanto mayor sea el número de miembros del CC, tantos más aprenderán a realizar el trabajo de éste y tanto menor será el peligro de una escisión debida a cualquier imprudencia. La incorporación de muchos obreros al CC ayudará a los obreros a mejorar nuestro cuerpo administrativo, que es pésimo. En el fondo, lo hemos heredado del viejo régimen, puesto que ha sido absolutamente imposible rehacerlo en un plazo tan corto, sobre todo con la guerra, con el hambre, etc. Por eso podemos contestar tranquilamente a los "críticos" que nos señalan con sonrisa burlona o con malicia los defectos de nuestra administración que no comprenden nada las condiciones de nuestra revolución. En cinco años es imposible por completo reformar la administración en medida suficiente, sobre todo atendidas las condiciones en que se ha producido nuestra revolución. Bastante hemos hecho con crear en cinco años un nuevo tipo de Estado en el que los obreros van delante de los campesinos contra la burguesía, lo cual, habida cuenta de la hostil situación internacional, es una obra gigantesca. Pero el saber que eso es así en modo alguno debe impedirnos ver que, en el fondo, hemos tomado la vieja administración del zar y de la burguesía y que ahora, al advenir la paz y cubrir en grado mínimo las necesidades relacionadas con el hambre, todo el trabajo debe orientarse a mejorar la administración.

Yo me imagino las cosas de manera que unas decenas de obreros incluidos en el CC pueden, mejor que otros cualesquiera, entregarse a la labor de revisar, mejorar y rehacer nuestra administración. La Inspección Obrera y Campesina, a la que en un principio pertenecía esta función, ha sido incapaz de cumplirla y únicamente puede ser empleada como "apéndice" o auxiliar, en determinadas condiciones, de estos miembros del CC. Los obreros que pasen a formar parte del CC deben ser principalmente, a juicio mío, no de los que han actuado largo tiempo en las organizaciones soviéticas (en esta parte de la carta, cuando digo obreros siempre me refiero también a los campesinos), porque en ellos han arraigado ya ciertas tradiciones y ciertos prejuicios que es deseable precisamente combatir.

Los obreros que se incorporen al CC deben ser, principalmente, personas que se encuentren por debajo del sector de los promovidos en estos cinco años a funcionarios soviéticos y deben hallarse más cerca de los simples obreros y campesinos, que, sin embargo, no entran, ni directa ni indirectamente, en la categoría de los explotadores. Creo que esos obreros, que asistirán a todas las reuniones del CC y del Buró Político y leerán todos los documentos del CC, pueden ser un núcleo de fieles partidarios del régimen soviético capaces, primero, de dar estabilidad al propio CC y, segundo, de aplicarse de verdad a renovar y mejorar la administración.

Lenin.

Taquigrafiado por L. F.

26-XII-22.

Publicado por primera vez en el núm. 9 *de* 1956 *de la revista "Kommunist".*
T. 45, *págs. 343-348.*

Continuación de las anotaciones taquigráficas.
30 de diciembre de 1922

Contribución al problema de las naciones o sobre la "autonomización"[138].

Me parece que he incurrido en una grave culpa ante los obreros de Rusia por no haber hablado con las suficientes energía y dureza del decantado problema de la autonomización[139], denominado oficialmente, creo, problema de la unión de las repúblicas socialistas soviéticas.

Este verano, cuando se planteó el problema, yo estaba enfermo, y luego, en el otoño, confié demasiado en mi restablecimiento y en que los plenos de octubre y diciembre me brindarían la oportunidad de hablar de este problema[140]. Pero no pude asistir ni al Pleno de octubre (dedicado a este problema) ni al de diciembre, por lo que no he llegado a tratarlo casi en absoluto.

Me ha dado tiempo sólo de conversar con el camarada Dzerzhinski, que ha vuelto del Cáucaso y me ha contado cómo se plantea este problema en Georgia. También me ha dado tiempo de intercambiar unas palabras con el camarada Zinóviev y expresarle mis temores sobre el particular. Por lo que me ha contado el camarada Dzerzhinski, que ha presidido la comisión enviada por el Comité Central para "investigar" lo relativo al incidente de Georgia, yo no podía tener más que los mayores temores. Si las cosas tomaron tal cariz que Ordzhonikidze pudo perder los estribos y llegar a emplear la violencia física, como me ha hecho saber el camarada Dzerzhinski, podemos imaginarnos en qué charca hemos caído. Al parecer, todo este jaleo de la "autonomización" era erróneo e intempestivo por completo.

Se dice que era necesario unir la administración. ¿De dónde han partido estos asertos? ¿No será de esa misma administración rusa que, como indicaba ya en uno de los anteriores números de mi diario, hemos tomado del zarismo, habiéndonos limitado a ungirlo ligeramente con el óleo soviético?

Es indudable que se debería demorar la aplicación de esta medida hasta que pudiéramos decir que respondemos de nuestra administración como de algo propio. Pero ahora, poniéndonos la mano en el pecho, debemos decir lo contrario, que denominamos nuestra una administración que, en realidad, aún no tiene nada de común con nosotros y constituye un batiburrillo burgués y zarista que no ha habido posibilidad alguna de transformar en cinco años sin la ayuda de otros países y en unos momentos en que predominaban las "ocupaciones" militares y la lucha contra el hambre.

En estas circunstancias es muy natural que la "libertad de abandonar la unión", con la que nosotros nos justificamos, sea un papel mojado inservible para defender a los no rusos de la invasión del ruso genuino, del patriotero, miserable en el fondo y dado a la violencia, como es el típico burócrata ruso. No cabe duda de que el insignificante porcentaje de obreros soviéticos y sovietizados se hundiría en este mar de inmundicia chovinista rusa como las moscas.

En defensa de esta medida se dice que han sido segregados los Comisariados del Pueblo que tienen una relación directa con la sicología de las naciones, con la instrucción pública en las naciones. Pero, a este respecto, se nos ocurre hacer la pregunta de si es posible independizar a estos Comisariados y la de si hemos tomado medidas con la suficiente solicitud para proteger de veras a los no rusos contra el esbirro genuinamente ruso. Creo que no las hemos tomado, aunque pudimos y debimos hacerlo.

Me parece que en esto han tenido un efecto fatal la precipitación y las aficiones administrativas de Stalin, así como su enconamiento contra el decantado "socionacionalismo". Por lo común, el enconamiento desempeña siempre en política el peor papel.

Temo igualmente que el camarada Dzerzhinski, que ha ido al Cáucaso a investigar el caso de los "delitos" de esos "socionacionales", también se haya distinguido aquí sólo por sus ánimos genuinamente rusos (se sabe que los pueblos alógenos rusificados se pasan siempre de la raya en cuanto a sus ánimos genuinamente rusos), y que la imparcialidad de toda su comisión esté suficientemente caracterizada por el "guantazo" de Ordzhonikidze. Creo que ninguna provocación, ni siquiera ofensa alguna, puede justificar este guantazo ruso, y que el camarada Dzerzhinski tiene sin remedio la culpa de haber reaccionado con ligereza ante el bofetón.

Ordzhonikidze era una autoridad para todos los demás ciudadanos del Cáucaso. Ordzhonikidze no tenía derecho a dejarse llevar por la irritación a la que él y Dzerzhinski apelan. Al contrario, Ordzhonikidze estaba obligado a comportarse con un comedimiento que no se puede pedir a ningún ciudadano corriente, con tanto mayor motivo si éste es acusado de un delito "político". Y la realidad es que los socionacionales eran ciudadanos acusados de un delito político, y todo el ambiente en que se hizo esta acusación sólo así podía calificarlo

A este respecto cabe hacer ya una importante pregunta de principio: ¿cómo comprender el internacionalismo?

Lenin
30-XII-22.
Taquigrafiado por M. V.

Continuación de las anotaciones taquigráficas.
31 de diciembre de 1922

Contribución al problema de las naciones o sobre la “autonomizacion”.

(Continuación)

En mis trabajos sobre el problema nacional he escrito ya que el planteamiento abstracto del problema del nacionalismo en general no sirve para nada. Es necesario distinguir entre el nacionalismo de una nación opresora y el nacionalismo de una nación oprimida, entre el nacionalismo de una nación grande y el nacionalismo de una nación pequeña.

Respecto al segundo nacionalismo, los integrantes de una nación grande tenemos casi siempre la culpa de cometer en el terreno práctico de la historia infinitos actos de violencia; e incluso más aún: cometemos sin darnos cuenta infinitos actos de violencia y ofensas. Me basta con evocar el despectivo trato que se da en las regiones del Volga a los pueblos alógenos, la sola manera burlona de llamar "polaquetes" a los polacos, la sorna con que se llama siempre "príncipes" a los tártaros, "jojol" al ucranío y "varón kapkásico" al georgiano y a los otros oriundos caucasianos.

Por eso, el internacionalismo de la nación opresora, o de la llamada nación "grande" (aunque sólo sea grande por sus violencias, grande como un esbirro), debe consistir no sólo en observar la igualdad formal de las naciones, sino también esa desigualdad que, por parte de la nación opresora, de la nación grande, compense la desigualdad real que se da en la vida. Quien no haya comprendido esto, no ha comprendido la actitud verdaderamente proletaria ante el problema nacional; sigue sosteniendo, en el fondo, el punto de vista pequeñoburgués, y por ello no puede menos de pasar a cada instante al punto de vista burgués.

¿Qué tiene importancia para el proletario? Para el proletario tiene no sólo importancia, sino que es de una necesidad esencial gozar, en la lucha proletaria de clase, de la máxima confianza entre los pueblos alógenos. ¿Qué hace falta para eso? Para eso hace falta algo más que la igualdad formal. Para eso hace falta compensar de una manera u otra, con su trato o con sus concesiones a las otras naciones, la desconfianza, el recelo y los agravios inferidos en el pasado histórico por el gobierno de la nación dominante.

Creo que, para los bolcheviques, para los comunistas, huelga meterse en explicaciones y entrar en detalles. Y creo que en este caso, respecto a la nación georgiana, presenciamos un ejemplo típico de cómo la actitud verdaderamente proletaria exige cautela, delicadeza y transigencia extremas por nuestra parte. El georgiano que desdeña este aspecto del problema, que hace despectivas acusaciones de "socionacionalismo" (cuando él mismo es no sólo un "socionacional" auténtico y verdadero, sino un burdo esbirro ruso), ese georgiano lastima, en el fondo, los intereses de la solidaridad proletaria de clase, porque nada frena tanto el desarrollo y la consolidación de esta solidaridad como la injusticia en la esfera nacional y nada hace reaccionar con tanta sensibilidad a los nacionales "ofendidos" como el sentimiento de igualdad y la vulneración de esa igualdad por parte de sus camaradas proletarios, aunque sea por negligencia, aunque sea por gastar una broma. Por eso, en este caso, es preferible pecar por exceso que por defecto en el sentido de hacer concesiones y ser blandos con las minorías nacionales. Por eso, en este caso, el interés vital de la solidaridad proletaria y, por consiguiente, de la lucha proletaria de clase, requiere que jamás enfoquemos de manera formalista el problema nacional, sino que tomemos siempre en consideración la diferencia obligatoria en la actitud del proletario de la nación oprimida (o pequeña) ante la nación opresora (o grande).

Lenin.

Taquigrafiado por M. V.

31-XII-22.

Continuación de las anotaciones taquigráficas.

31 de diciembre de 1922

¿Qué medidas prácticas se deben tomar en la situación creada?

Primero, hay que mantener y fortalecer la unión de las repúblicas socialistas; sobre esto no puede caber ninguna duda. Lo necesitamos nosotros, lo mismo que lo necesita el proletariado comunista internacional, para luchar contra la burguesía mundial y defenderse de sus intrigas.

Segundo, hay que mantener la unión de las repúblicas socialistas en cuanto al personal diplomático que, dicho sea de paso, es una excepción en el conjunto de nuestra administración pública. No hemos dejado entrar en él ni a una sola persona de alguna influencia procedente de la vieja administración zarista. Todo él, teniendo presentes los cargos de alguna importancia, se compone de comunistas. Por eso, este personal se ha ganado ya (podemos decirlo sin temor) el título de personal comunista probado, depurado en grado incomparable e inconmensurablemente mayor de elementos de la vieja administración zarista, burguesa y pequeñoburguesa que esa otra a la que nos vemos obligados a recurrir en los restantes Comisariados del Pueblo.

Tercero, hay que imponer un castigo ejemplar al camarada Ordzhonikidze (digo esto con gran pesar, porque somos amigos y trabajé con él en el extranjero, en la emigración), y también terminar de examinar o examinar de nuevo todos los documentos de la comisión de Dzerzhinski para corregir la inmensidad de errores y de juicios apasionados que hay sin duda en ellos. La responsabilidad política por toda esta campaña de verdadero nacionalismo ruso debe hacerse recaer, como es natural, en Stalin y

Dzerzhinski.

Cuarto, hay que implantar las normas más severas sobre el uso del idioma nacional en las repúblicas de población alógena que forman parte de nuestra Unión y comprobar su cumplimiento con particular celo. No cabe duda de que, so pretexto de unidad del servicio ferroviario, so pretexto de unidad fiscal, etc., con la administración pública que tenemos ahora, se cometerá una infinidad de abusos de carácter ruso puro. Para combatir esos abusos se necesita una inventiva especial, sin hablar ya de la sinceridad singular de quienes se encarguen de hacerlo. Hará falta un código detallado que sólo podrá estar algo bien en caso de que lo redacten individuos de la nación de que se trate y residentes en su república. A este respecto, en modo alguno debemos obcecarnos de antemano en que, como resultado de todo este trabajo, no retrocederemos en el siguiente congreso de los Soviets, es decir, de que mantengamos la unión de repúblicas socialistas soviéticas sólo en los aspectos militar y diplomático, restableciendo en todos los demás aspectos la completa autonomía de los distintos Comisariados del Pueblo.

Debe tenerse presente que el fraccionamiento de los Comisariados del Pueblo y la falta de concordancia de su labor con respecto a Moscú y los otros centros pueden contrarrestarse lo suficiente por el prestigio del partido, si éste se emplea con la discreción e imparcialidad precisas; el daño que pueda sufrir nuestro Estado por la falta de administraciones públicas nacionales unificadas con la rusa es incalculable e infinitamente menor que el daño que se nos inferirá no sólo a nosotros, sino a toda la Internacional, a los cientos de millones de habitantes de Asia, la cual debe salir al proscenio de la historia en un próximo futuro, siguiéndonos los pasos. Sería un oportunismo imperdonable que, en vísperas de esta acción del Oriente, en los comienzos de su despertar, menoscabásemos el prestigio que tenemos en él aunque sólo fuese con la menor aspereza e injusticia hecha a nuestras propias naciones alógenas. Una cosa es la necesidad de cohesión contra los imperialistas de Occidente, que defienden el mundo capitalista. En este caso no puede haber dudas, y huelga decir que apruebo sin reservas estas medidas. Y otra cosa es cuando nosotros mismos adoptamos, aunque sea en pequeñeces, actitudes imperialistas frente a naciones oprimidas, poniendo así en tela de juicio toda nuestra sinceridad en la adhesión a los principios, toda la defensa que hacemos de la lucha contra el imperialismo. Y el mañana de la historia universal será el día en que despierten definitivamente los pueblos oprimidos por el imperialismo, los cuales han abierto ya los ojos, y en que empiece la larga y dura batalla decisiva por su emancipación.

Lenin.

31-XII-22.

Taquigrafiado por M. V.

Publicado por primera vez en 1956 en el núm. 9 de la revista "Kommuntst".

T. 45, págs. 356-362.

PAGINAS DEL DIARIO[141].

El trabajo publicado hace unos días sobre la alfabetización en Rusia, según los datos del censo de 1920 *(La alfabetización en Rusia,* Moscú, 1922, Dirección General de Estadística, Sección de Estadística de Instrucción Pública), constituye un acontecimiento de gran importancia.

A continuación doy el cuadro estadístico de la alfabetización en Rusia entre 1897 y 1920, incluido en dicho trabajo:

	De cada 1.000 Hombres: saben leer y escribir		De cada 1.000 mujeres: saben leer y escribir		De cada 1.000 habitantes: saben leer y escribir	
	Años		Años		Años	
	1897	1920	1897	1920	1897	1920
1. Rusia Europea.	326	422	136	255	229	330
2. Cáucaso Septentrional	241	357	56	215	150	281
3. Siberia (Occidental)	170	307	46	134	108	218
Total...	318	409	131	244	223	319

Mientras nosotros charlamos de cultura proletaria y la relación que guarda con la cultura burguesa, los hechos nos brindan cifras atestiguadoras de que incluso respecto a la cultura burguesa deja mucho que desear nuestra situación. Resulta, como era de esperar, que vamos muy retrasados en la alfabetización general, e incluso nuestro progreso es demasiado lento, en comparación con la época zarista (1897). Esto sirve de seria advertencia y reproche a quienes se perdían y se pierden en el empíreo de la "cultura proletaria"[142]. Esto demuestra cuánto trabajo perseverante, de peones, nos queda aún por hacer para alcanzar el nivel de un país civilizado corriente de Europa Occidental. Esto demuestra, además, la inmensidad de trabajo que hemos de realizar para conseguir, en el terreno de nuestras conquistas proletarias, un nivel realmente algo cultural.

Es necesario que no nos limitemos a este postulado indiscutible, pero demasiado teórico. Es necesario que cuando revisemos en fechas próximas nuestro presupuesto trimestral, lo hagamos también con sentido práctico. Desde luego, debemos reducir, ante todo, los gastos, pero no del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, sino de los otros departamentos, a fin de que las sumas liberadas puedan invertirse en los menesteres de este Comisariado. No hay que escatimar el aumento de la ración de pan a los maestros en un año como el corriente, cuando estamos relativamente bien abastecidos de pan.

Hablando en general, la labor que se lleva a cabo hoy en el terreno de la instrucción pública no puede calificarse de muy limitada. Se hace bastante para poner en movimiento al viejo magisterio, para incorporarlo a cumplir las nuevas tareas, para interesarlo en la nueva manera de plantear las cuestiones pedagógicas, para despertar su interés por problemas como el religioso.

Pero no hacemos lo principal. No nos preocupamos, o nos preocupamos de un modo harto insuficiente, de colocar al maestro nacional a esa altura que, si no se tiene, ni hablar se puede de cultura alguna: ni proletaria, ni siquiera burguesa. Debemos tratar de esa incultura semiasiática, que tenemos hasta hoy y que no lograremos superar sin hacer un esfuerzo serio, pese a que contamos con todas las posibilidades para ello, pues en ninguna parte las masas populares están tan interesadas por la verdadera cultura como en nuestro país; en ninguna parte se plantean los problemas de esta cultura de un modo tan profundo y consecuente como en nuestro país; en ninguna parte, ni en un solo país, está el poder en manos de la clase obrera, cuya gran mayoría comprende perfectamente las deficiencias de su, no diré cultura, sino alfabetización; en ninguna parte está tan dispuesta como en nuestro país a hacer tantos sacrificios, y los hace, para mejorar su situación en este aspecto.

Hacemos todavía muy poco, poquísimo, para reorientar nuestro presupuesto estatal íntegro en el sentido de satisfacer ante todo las necesidades de la primera enseñanza del pueblo. Incluso en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública podemos encontrar a cada paso plantillas monstruosamente hipertrofiadas en una Editorial cualquiera del Estado, sin tener absolutamente en cuenta que la preocupación principal del Estado debe ser no porque haya ediciones, sino porque haya lectores, por que haya la mayor cantidad de gente que sepa leer, por que cobren mayor amplitud política las ediciones en la futura Rusia. Siguiendo una vieja (y

mala) costumbre, dedicamos mucho más tiempo y energías a los problemas técnicos, como el de editar, que al problema político general de alfabetizar al pueblo.

Si tomamos el Departamento de Escuelas Profesionales, estamos seguros de que también podríamos encontrar en él mucho de superfluo, de hipertrofiado por los intereses departamentales, inadecuado a las necesidades de una amplia instrucción pública. El Departamento de Escuelas Profesionales está muy lejos de poder justificar lo que hace, alegando el legítimo deseo de elevar y dar primero una orientación práctica a la instrucción de nuestra juventud fabril. Si nos fijamos detenidamente en la plantilla del Departamento de Escuelas Profesionales, encontraremos mucho, muchísimo hipertrofiado y ficticio desde este punto de vista y que debe ser suprimido. En un Estado proletario y campesino aún se puede y se debe economizar mucho con objeto de impulsar la alfabetización del pueblo, clausurando toda clase de pasatiempos de tipo semiseñorial, o las instituciones de las cuales podemos prescindir aún, de las que todavía podremos y deberemos prescindir durante largo tiempo, habida cuenta del estado de la alfabetización del pueblo, del que habla la estadística,

El maestro nacional debe ser elevado en nuestro país a una altura en la que jamás ha estado, ni está, ni puede estar en la sociedad burguesa. Esta es una verdad que no necesita demostración. Hacia un estado de cosas así debemos encaminarnos con una labor metódica, constante y pertinaz a fin de elevar al maestro en el aspecto espiritual y prepararlo en todos los demás para su cometido sublime de verdad y, lo principal, tres veces principal, a fin de mejorar su situación económica.

Hay que intensificar periódicamente el trabajo de organización de los maestros nacionales para convertirlos, de puntal del régimen burgués, que son hasta hoy en todos los países capitalistas sin excepción, en puntal del régimen soviético, para apartar mediante ellos al campesinado de la alianza con la burguesía y atraerlo a la alianza con el proletariado.

Señalaré brevemente el papel especial que deben desempeñar en este sentido los viajes periódicos a las aldeas, que, por otra parte, se practican ya entre nosotros y deben intensificarse regularmente. En medidas como estos viajes no duele gastar dinero, que se derrocha a menudo en una administración pública perteneciente casi por completo a una vieja época histórica.

Venía reuniendo datos para mi proyectado discurso -que no llegué a pronunciar- ante el congreso de los Soviets, en diciembre de 1922, sobre el patronazgo dispensado por los obreros de las poblaciones de tipo urbano a los habitantes del campo. Algunos de estos datos me los ha proporcionado el camarada Jodorovski, y hoy someto el tema al estudio de los camaradas, ya que no he tenido tiempo de estudiarlo yo mismo ni hacerlo público en el congreso de los Soviets.

La cuestión política fundamental que aquí se plantea es la actitud de la ciudad ante el campo, cuestión de importancia decisiva para toda nuestra revolución. Mientras el Estado burgués orienta regularmente todos sus esfuerzos a embrutecer a los obreros de las ciudades, amoldando a este fin todas las publicaciones hechas a expensas del Estado, de los partidos zaristas y burgueses, nosotros podemos y debemos emplear nuestro poder en convertir realmente al obrero de la ciudad en el vehículo de las ideas comunistas al medio del proletariado agrícola.

He dicho "comunistas" y me apresuro a hacer algunas salvedades por temor de que ello dé origen a alguna confusión o se entienda de una manera demasiado simplista. En modo alguno debe interpretarse esto como si debiéramos llevar inmediatamente al campo las ideas pura y exclusivamente comunistas. Mientras no dispongamos en el campo de una base material para el comunismo, eso resultaría, podemos afirmarlo, perjudicial e incluso funesto para el comunismo.

No hay que empezar por ahí. Hay que comenzar por establecer relaciones entre la ciudad y el campo, sin proponernos, en absoluto, el objetivo premeditado de implantar el comunismo en el campo. Este objetivo no se puede alcanzar hoy, sería extemporáneo. El proponérnoslo ocasionaría daño en lugar de beneficio.

Nuestra obligación y una de las tareas fundamentales de la clase obrera, que se halla en el poder, es entablar relaciones entre los obreros de la ciudad y los trabajadores del campo, concluir una forma de alianza que pueda fraguar con facilidad entre ellos. Para ello hay que fundar una serie de asociaciones (partidistas, sindicales y particulares), integradas por obreros fabriles, con el fin de ayudar regularmente al campo en su desarrollo cultural.

¿Lograremos que todas las células urbanas patrocinen a todas las del campo para que cada célula de obreros patrocinadora de la respectiva célula rural se preocupe regularmente, en cada ocasión y en cada caso, de satisfacer tal o cual demanda cultural de la célula patrocinada? ¿O tal vez se encuentren otras formas de relación? Me limito en este punto a plantear el problema para llamar a ella la atención de los camaradas e indicarles la experiencia que se tiene de Siberia Occidental (de esta experiencia me ha hablado el camarada Jodorovski) y con el fin de plantear en toda su magnitud este gigantesco problema cultural de trascendencia histórica universal.

Para el campo no hacemos casi nada, fuera de lo estipulado en nuestro presupuesto oficial o de nuestras relaciones oficiales. Bien es verdad que las

relaciones culturales entre la ciudad y el campo adquieren ineludiblemente por sí solas en nuestro país un carácter distinto. En el capitalismo, la ciudad daba al campo lo que la degradaba en los sentidos político, económico, moral, físico, etc. La ciudad comienza a dar ahora por sí sola al campo lo diametralmente opuesto. Pero todo ello se hace precisamente por sí solo, de manera espontánea, mientras que todo eso puede aumentarse (y luego centuplicarse), poniendo en esta labor conciencia, método y regularidad.

Sólo comenzaremos a avanzar (y entonces lo haremos, sin duda alguna, con rapidez centuplicada) cuando sometamos a estudio esta cuestión y empecemos a fundar toda clase de asociaciones obreras -evitando por todos los medios que se burocraticen- para plantearla, discutirla y hacerla realidad.

2 de enero de 1923.

Publicado el 4 *de enero de* 1923 *en el núm.* 2 *de "Pravda".*

T. 45, *págs. 363-368.*

SOBRE LAS COOPERATIVAS[143].

I

Me parece que en nuestro país no se presta la suficiente atención a las cooperativas. Es poco probable que todos comprendan que ahora, a partir de la Revolución de Octubre e independientemente de la Nep (por el contrario, en este sentido habría que decir: precisamente gracias a la Nep), las cooperativas adquieren en nuestro país una importancia verdaderamente extraordinaria. En los sueños de los viejos cooperativistas hay mucha fantasía. A menudo resultan cómicos por lo fantásticos. Pero ¿en qué consiste esa fantasía? En que la gente no comprende la importancia fundamental, la importancia cardinal de la lucha política de la clase obrera por derrocar la dominación de los explotadores. Hoy es ya un hecho ese derrocamiento en nuestro país, y mucho de lo que parecía fantástico, incluso romántico y hasta trivial en los sueños de los viejos cooperativistas, se convierte ahora en una realidad de lo más natural.

En efecto, dado que en nuestro país el poder del Estado se encuentra en manos de la clase obrera y que a este poder estatal pertenecen todos los medios de producción, sólo nos queda, en realidad, por cumplir la tarea de organizar a la población en cooperativas. Con la máxima organización de los trabajadores en cooperativas, alcanza por sí mismo su objetivo ese socialismo que antes suscitaba legítimas burlas, sonrisas y desdén entre los que estaban convencidos, y con razón, de que era necesaria la lucha de clase, la lucha por el poder político, etc. Ahora bien, no todos los camaradas se dan cuenta de la importancia gigantesca e inabarcable que adquiere ahora para nosotros la organización de cooperativas en Rusia. Con la Nep hicimos una concesión al campesino como comerciante, hicimos una concesión al principio del comercio privado; de ello precisamente dimana (al contrario de lo que algunos creen) la gigantesca importancia de las cooperativas. En el fondo, todo lo que necesitamos es organizar con las suficientes amplitud y profundidad en cooperativas a la población rusa durante la dominación de la Nep, pues ahora hemos encontrado el grado de conjugación de los intereses privados, de los intereses comerciales privados, de su comprobación y control por el Estado, el grado de su subordinación a los intereses generales, lo que antes constituía la piedra de toque para muchísimos socialistas. En efecto, todos los grandes medios de producción en poder del Estado, y el poder del Estado en manos del proletariado; la alianza de este proletariado con millones y millones de campesinos pequeños y muy pequeños; la garantía de la dirección de los campesinos por el proletariado, etc., ¿acaso no es eso todo lo que se necesita para edificar la sociedad socialista completa, partiendo de las cooperativas, y nada más que de las cooperativas, a las que antes tratábamos de mercantilistas y que hoy, durante la Nep, merecen también, en cierto modo, el mismo trato? ¿Acaso no es eso todo lo imprescindible para edificar la sociedad socialista completa? Eso no es todavía la edificación de la sociedad socialista, pero sí todo lo imprescindible y lo suficiente para edificarla.

Pues bien, esta circunstancia es desestimada por muchos de los dedicados al trabajo práctico. Entre nosotros hay menosprecio por las cooperativas, sin comprenderse la excepcional importancia que tienen, primero, desde el punto de vista de los principios (la propiedad de los medios de producción en manos del Estado); segundo, desde el punto de vista del paso a un nuevo orden de cosas por el camino más *sencillo, fácil y accesible para el campesinado.*

Y eso es, repitámoslo, lo principal. Una cosa es fantasear sobre toda clase de asociaciones obreras para construir el socialismo, y otra aprender a construir en la práctica de manera que *cada* pequeño campesino pueda colaborar en esa construcción. A ese grado hemos llegado ahora. Y es indudable que, una vez alcanzado, lo aprovechamos muy poco.

Al pasar a la Nep, nos hemos excedido no en el sentido de haber dedicado demasiado lugar al principio de la libertad de industria y comercio, sino en el sentido de que nos hemos olvidado de las cooperativas, las subestimamos y hemos comenzado ya a olvidar su gigantesca importancia en los dos ante citados aspectos de su significación.

Me propongo ahora conversar con el lector sobre lo que puede y debe hacerse en la práctica, por el momento, partiendo de ese principio "cooperativista". ¿Con qué recursos se puede y debe comenzar a desarrollar hoy mismo ese principio "cooperativista", de manera que sea evidente para todos y cada uno su significado socialista?

Es necesario organizar en el aspecto político las cooperativas de suerte que no sólo disfruten en todos los casos de ciertas ventajas, sino que estas ventajas sean de índole puramente material (el tipo de interés bancario, etc.). Es necesario conceder a las cooperativas créditos del Estado que superen, aunque sea en poco, a los concedidos a las empresas privadas, hasta alcanzar incluso el nivel de los créditos para la industria pesada, etc.

Todo régimen social surge exclusivamente con el apoyo financiero de una clase determinada. Huelga recordar los centenares y centenares de millones de rublos que costó el nacimiento del capitalismo "libre". Ahora debemos comprender, para obrar en consecuencia, que el régimen social al que debemos prestar hoy día un apoyo extraordinario es el cooperativista. Pero hay que apoyarlo en el verdadero sentido de la palabra, es decir, no basta con entender por tal apoyo el prestado a cualquier intercambio cooperativista, sino el prestado a un intercambio de este tipo en el que *participen efectivamente verdaderas masas de la población.* Conceder una prima al campesino que participe en el intercambio de las cooperativas es, sin duda, una forma certera, pero, al mismo tiempo, hace falta comprobar esa participación, el grado en que se hace a conciencia y de buena fe; ése es el quid de la cuestión. Cuando un cooperativista llega a una aldea y organiza allí una cooperativa de consumo, la población, hablando en rigor, no participa en eso para nada, pero, al propio tiempo, y guiada por su ventaja personal, se apresurará a probar a participar en ella.

Esta cuestión tiene también otro aspecto. Nos queda ya muy poco por hacer, desde el punto de vista del europeo "civilizado" (ante todo, del que sabe leer y escribir), para hacer participar, y no de una manera pasiva, sino activa, a toda la población en las operaciones de las cooperativas. Hablando con propiedad, nos queda por hacer *"sólo"* una cosa: elevar a nuestra población a tal grado de "civilización" que comprenda todas las ventajas de la participación de cada cual en las cooperativas y organice esta participación. Eso *"nada más".* Ninguna otra sabiduría se necesita ahora para, pasar al socialismo. Mas, para hacer realidad ese "nada más", se precisa toda una revolución, toda una etapa de desarrollo cultural de las masas del pueblo. Por eso nuestra norma debe ser: las menos lucubraciones y los menos artificios posibles. En este sentido, la Nep es ya un progreso, pues se adapta al nivel del campesino más corriente y no le exige nada superior. Mas, para lograr, mediante la Nep, que tome parte en las cooperativas el conjunto de la población, se necesita toda una época histórica que, en el mejor de los casos, podemos recorrer en uno o dos decenios. Pero será una época histórica especial, y sin pasar por esa época histórica, sin lograr que todos sepan leer y escribir, sin un grado suficiente de comprensión, sin acostumbrar en grado suficiente a la población a leer libros y sin una base material para ello, sin ciertas garantías, por ejemplo, contra las malas cosechas, contra el hambre, etc., no podremos alcanzar nuestro objetivo. Todo depende ahora de que sepamos combinar ese ímpetu revolucionario, ese entusiasmo revolucionario que ya hemos demostrado lo suficiente y coronado con éxito completo, de que sepamos combinarlo con las dotes de (aquí estoy casi dispuesto a decirlo) mercader inteligente e instruido, lo que basta en absoluto para ser un buen cooperativista. Por dotes de mercader entiendo el saber ser un mercader culto. Que se lo aprendan bien los rusos o simplemente los campesinos, los cuales creen que, como trafican, ya saben comerciar. Se equivocan de medio a medio. Trafican, pero de eso a saber ser un comerciante culto va un gran trecho. Ahora trafican a lo asiático, mientras que para saber comerciar hay que hacerlo a lo europeo. Y de eso los separa toda una época.

Acabo: hay que conceder una serie de privilegios económicos, financieros y bancarios a las cooperativas; en eso debe consistir el apoyo prestado por nuestro Estado socialista al nuevo principio de organización de la población. Pero, con ello, el problema se plantea sólo a grandes rasgos, ya que sigue sin concretar ni describir con pormenores todo el fondo práctico del problema, es decir, hay que saber encontrar la forma de las "primas" (y las condiciones de su entrega) que concedemos por la organización de la población en cooperativas, la forma de las primas que nos permita prestar una ayuda suficiente a las cooperativas y preparar a cooperativistas cultos. Ahora bien, cuando los medios de producción pertenecen a la sociedad, cuando es un hecho el triunfo de clase del proletariado sobre la burguesía, el régimen de los cooperativistas cultos es el socialismo.

4 de enero de 1923.

II

Siempre que he escrito algo de la nueva política económica he citado mi artículo de 1918 sobre el capitalismo de Estado*. Eso hizo dudar en más de una ocasión a algunos camaradas jóvenes. Pero sus dudas giraban sobre todo en torno a cuestiones políticas abstractas.

Creían que no se debía calificar de capitalismo de Estado a un régimen en el que los medios de producción pertenecen a la clase obrera y en el que ésta es dueña del poder estatal. Sin embargo, no se daban cuenta de que yo utilizaba el calificativo de "capitalismo de Estado", *primero,* para establecer el nexo histórico de nuestra posición actual con la posición que ocupé yo en mi polémica contra los llamados comunistas de izquierda; entonces yo

* Véase la presente edición, t. 8. *(N. de la Edit.)*

demostraba ya también que el capitalismo de Estado sería superior a nuestra economía contemporánea; lo que me importaba entonces era dejar sentado el nexo de continuidad entre el habitual capitalismo de Estado y el extraordinario, incluso excesivamente extraordinario capitalismo de Estado, al que me referí al iniciar al lector en la nueva política económica. *Segundo,* para mí fue siempre de gran importancia el objetivo práctico. Y el objetivo práctico de nuestra nueva política económica consistía en arrendar empresas para que las explotasen en régimen de concesión; empresas que, sin duda alguna, harían en nuestras circunstancias un tipo de capitalismo de Estado ya puro. En ese aspecto trataba yo el capitalismo de Estado.

Pero existe otro aspecto más de la cuestión, por el cual podríamos necesitar el capitalismo de Estado o, al menos, trazar un paralelo con él. Se trata de las cooperativas.

Es indudable que las cooperativas en un Estado capitalista son instituciones capitalistas colectivas. Tampoco hay duda de que, en nuestra actual realidad económica, cuando al lado de empresas capitalistas privadas -habiéndose socializado sin falta la tierra y teniéndolas bajo el control obligatorio del poder del Estado, que pertenece a la clase obrera- hay empresas de tipo socialista consecuente (cuando tanto los medios de producción como el suelo en que se halla enclavada la empresa y toda ella en su conjunto pertenecen al Estado), se plantea el problema de un tercer tipo de empresas que antes no eran independientes desde el punto de vista de su importancia de principios, a saber: las empresas cooperativas. En el capitalismo privado, la diferencia existente entre empresas cooperativas y empresas capitalistas es la misma que hay entre empresas colectivas y empresas privadas. En el capitalismo de Estado, las empresas cooperativas se diferencian de las empresas capitalistas de Estado, primero, en que son empresas privadas y, segundo, en que son empresas colectivas. En nuestro régimen actual, las empresas cooperativas se diferencian de las empresas capitalistas privadas en que son colectivas, pero no se distinguen de las empresas socialistas siempre y cuando se hayan establecido en un terreno del Estado y empleen medios de producción pertenecientes al Estado, es decir, a la clase obrera.

Esta circunstancia es la que no tomamos lo suficiente en cuenta cuando discutimos de las cooperativas. Se relega al olvido que las cooperativas adquieren en nuestro país, gracias a la peculiaridad de nuestro régimen político, una importancia excepcional por completo. Si dejamos a un lado las empresas en régimen de concesión, que, por cierto, no han alcanzado en nuestro país un desarrollo importante, las cooperativas coinciden totalmente a cada paso, en nuestras circunstancias, con el socialismo.

Explicaré mi idea: ¿En qué consiste la fantasía de los planes de los viejos cooperativistas, empezando por Roberto Owen? En que soñaban con la transformación pacífica de la sociedad moderna mediante el socialismo, sin tener en cuenta cuestiones tan fundamentales como la lucha de las clases, la conquista del poder político por la clase obrera y el derrocamiento de la dominación de la clase de los explotadores. Por eso tenemos razón para ver en ese socialismo "cooperativista" una pura fantasía, algo romántico y hasta trivial por sus sueños de transformar, mediante el simple agrupamiento de la población en cooperativas, a los enemigos de clase en colaboradores de clase, y a la guerra de las clases en paz entre las clases (la llamada paz civil).

No cabe duda de que, desde el punto de vista de la tarea fundamental de nuestros días, nosotros teníamos razón, ya que sin la lucha de la clase obrera por el poder político del Estado no se puede poner en práctica el socialismo.

Pero fijaos cómo ha cambiado la cosa ahora, una vez que el poder del Estado se halla en manos de la clase obrera, una vez que el poder político de los explotadores ha sido derrocado, y todos los medios de producción (excepto los que el Estado obrero, voluntariamente y con ciertas condiciones, otorga por algún tiempo en régimen de concesión a los explotadores) están en manos de la clase obrera.

Ahora tenemos derecho a afirmar que, para nosotros, el simple desarrollo de las cooperativas es idéntico (salvo la "pequeña" excepción precitada) para nosotros al desarrollo del socialismo, y, a la vez, nos vemos obligados a reconocer el cambio radical que se ha operado en todo nuestro punto de vista sobre el socialismo. Ese cambio radical consiste en que antes poníamos y debíamos poner el centro de gravedad en la lucha política, en la revolución, en la conquista del poder, etc. Ahora el centro de gravedad se desplaza hacia la labor pacífica de organización "cultural". Estoy dispuesto a afirmar que el centro de gravedad se trasladaría en nuestro país hacia la obra de la cultura, de no ser por las relaciones internacionales, de no ser porque hemos de pugnar por nuestras posiciones a escala internacional. Pero si dejamos eso a un lado y nos limitamos a nuestras relaciones económicas interiores, el centro de gravedad del trabajo se reduce hoy en realidad a la obra cultural.

Se nos plantean dos tareas principales, que hacen época. Una es la de rehacer nuestra administración pública, que ahora no sirve para nada en absoluto y que tomamos íntegramente de la época anterior; no hemos conseguido rehacerla seriamente en cinco años de lucha, y no podíamos conseguirlo. La otra estriba en nuestra labor cultural entre los campesinos. Y el objetivo económico de esta labor cultural entre los campesinos es precisamente organizarlos en cooperativas. Si pudiéramos organizar en

cooperativas a toda la población, pisaríamos ya con ambos pies terreno socialista. Pero esta condición, la de organizar a toda la población en cooperativas, implica tal grado de cultura de los campesinos (precisamente de los campesinos, pues son una masa inmensa), que es imposible sin hacer toda una revolución cultural.

Nuestros adversarios nos han dicho muchas veces que emprendemos una obra descabellada, al implantar el socialismo en un país de insuficiente cultura. Pero se equivocaron al decir que nosotros no comenzamos en el orden que indicaba la teoría (de todo género de pedantes), y la revolución política y social en nuestro país precedió a la revolución cultural, a esa revolución cultural ante la que nos encontramos ahora, pese a todo.

Hoy nos basta con esta revolución cultural para llegar a convertirnos en un país completamente socialista, pero esa revolución cultural presenta increíbles dificultades para nosotros, tanto en el aspecto puramente cultural (pues somos analfabetos) como en el aspecto material (pues para ser cultos es necesario cierto desarrollo de los medios materiales de producción, se precisa cierta base material).

6 de enero de 1923.

Publicado por primera vez el 26 y el 27 de mayo de 1923 en los núms. 115 y 116 de "Pravda".

T. 45, págs. 369-377.

NUESTRA REVOLUCIÓN[144].

(*a propósito de las notas de N. Sujánov*)

I

Estos días he hojeado las notas de Sujánov sobre la revolución. Salta a la vista, sobre todo, la pedantería de todos nuestros demócratas pequeñoburgueses, así como de todos los héroes de la II Internacional. Sin hablar ya de que son cobardes en grado sumo y de que incluso los mejores de ellos se deshacen en excusas cuando se trata de la menor desviación del modelo alemán, omisión hecha de esta cualidad de todos los demócratas pequeñoburgueses, harto manifestada por ellos durante toda la revolución, salta a la vista el servilismo con que imitan el pasado.

Todos ellos se dicen marxistas, pero entienden el marxismo de una manera pedante hasta lo imposible. No han comprendido en absoluto lo decisivo del marxismo, a saber: su dialéctica revolucionaria. No han comprendido en absoluto ni aun las indicaciones directas de Marx de que en los momentos de revolución hay que mostrar la máxima flexibilidad[145], y ni siquiera se han fijado, por ejemplo, en las indicaciones que hizo Marx en su correspondencia, que, si mal no recuerdo, data del año 1856, en la cual expresaba su esperanza de que la guerra campesina de Alemania, que podía crear una situación revolucionaria, se fundiese con el movimiento obrero[146]. Incluso eluden esta indicación directa y dan vueltas y más vueltas alrededor de ella como el gato alrededor de la leche caliente.

Se muestran en toda su conducta como unos medrosos reformistas que temen apartarse de la burguesía y, más aún, romper con ella, encubriendo al mismo tiempo su cobardía con las más desfachatadas palabrería y jactancia. Pero incluso en el aspecto puramente teórico salta a la vista en todos ellos su plena incapacidad para comprender las siguientes consideraciones del marxismo: han visto hasta ahora un camino determinado de desarrollo del capitalismo y de la democracia burguesa en Europa Occidental y no les cabe en la cabeza que este camino pueda ser tenido por modelo *mutatis mutandis,* es decir, sólo introduciendo en él ciertas enmiendas (insignificantes por completo desde el punto de vista del devenir de la historia universal).

Primero: una revolución relacionada con la primera guerra imperialista mundial. En tal revolución debían manifestarse rasgos nuevos o modificados, debido precisamente a la guerra, porque jamás ha habido en el mundo una guerra como ésta y en situación semejante. Seguimos viendo aun hoy que la burguesía de los países más ricos no puede "normalizar" las relaciones burguesas después de esta guerra, mientras que nuestros reformistas, pequeños burgueses que se las dan de revolucionarios, tenían y tienen por límite (insuperable, además) las relaciones burguesas normales, comprendiendo esta "normalidad" de una manera harto estereotipada y estrecha.

Segundo: les es completamente ajena toda idea de que, dentro de las leyes objetivas generales a que está sujeto el desarrollo de toda la historia universal, en modo alguno se excluyen, antes al contrario, se presuponen, períodos determinados de desarrollo que constituyen una peculiaridad bien por la forma bien por el orden del mismo. Ni siquiera se les ocurre, por ejemplo, que Rusia, situada en la divisoria entre los países civilizados y los que han emprendido definitivamente la primera vez, a causa de esta guerra, el camino de la civilización -los países de todo el Oriente, los países no europeos-, que Rusia, digo, podía y debía mostrar, por eso, ciertas peculiaridades que, claro está, no se salen de la pauta general del desarrollo mundial, pero que distinguen su revolución de todas las revoluciones anteriores habidas en los países de Europa Occidental, introducen algunas innovaciones parciales al desplazarse a los países orientales.

Por ejemplo, no puede ser más estereotipada la argumentación que ellos emplean, y que se aprendieron de memoria en la época del desarrollo de la socialdemocracia euroccidental, de que nosotros no hemos madurado para el socialismo, de que en nuestro país no existen, como se expresan diversos señores "doctos" de entre ellos, las premisas económicas objetivas para el socialismo. Y a ninguno de ellos se le ocurre preguntarse: un pueblo que afrontó una situación revolucionaria como la formada durante la primera guerra imperialista, ¿no podía, bajo la influencia de su situación desesperada, lanzarse a una lucha que le brindase, por lo menos, alguna probabilidad de conquistar para sí condiciones no corrientes del todo para el progreso sucesivo de la civilización?

"Rusia no ha alcanzado tal nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que haga posible el socialismo". Todos los héroes de la II Internacional, y entre ellos, naturalmente, Sujánov, van y vienen con esta tesis como chico con zapatos nuevos. Repiten de mil maneras esta tesis indiscutible y les parece decisiva para enjuiciar nuestra revolución.

Pero ¿y si lo peculiar de la situación llevó a Rusia a la guerra imperialista mundial, en la que intervinieron todos los países más o menos importantes de Europa Occidental, y puso su desarrollo al borde de las revoluciones del Oriente, que estaban comenzando y en parte habían comenzado ya, en unas condiciones que nos permitían poner en práctica precisamente esa alianza de la "guerra campesina" con el movimiento obrero, de la que escribió como de una perspectiva probable en 1856 un "marxista" como Marx, refiriéndose a Prusia?

¿Y si una situación absolutamente sin salida que, por lo mismo, decuplicaba las fuerzas de los obreros y los campesinos, nos brindaba la posibilidad de pasar de distinta manera que en todos los demás países del Occidente de Europa a la creación de las premisas fundamentales de la civilización? ¿Ha cambiado a causa de eso la pauta general del devenir de la historia universal? ¿Ha cambiado por ello la correlación esencial de las clases fundamentales en cada país que entra, que ha entrado ya en el curso general de la historia universal?

Si para crear el socialismo se exige un determinado nivel cultural (aunque nadie puede decir cuál es este determinado "nivel cultural", ya que es diferente en cada uno de los países de Europa Occidental), ¿por qué, pues, no podemos comenzar primero por la conquista revolucionaria de las premisas para este determinado nivel, y lanzarnos *luego,* respaldados con el poder obrero y campesino y con el régimen soviético, a alcanzar a otros pueblos?

16 de enero de 1923.

II

Para crear el socialismo -decís- hace falta civilización. Muy bien. ¿Y por qué no hemos de poder crear primero en nuestro país premisas de civilización como la expulsión de los terratenientes y de los capitalistas rusos y comenzar luego ya el avance hacia el socialismo? ¿En qué libros habéis leído que semejantes alteraciones del orden histórico habitual sean inadmisibles o imposibles?

Recuerdo que Napoleón escribió: "On s'engage et puis... on voit", lo que, traducido libremente, quiere decir: "Primero se entabla el combate serio, y ya se verá lo que pasa". Pues bien, nosotros entablamos primero, en octubre de 1917, el combate serio y luego vimos ya pormenores del decurso (desde el punto de vista de la historia universal, son, sin duda, pormenores) como la paz de Brest o la nueva política económica, etc. Y hoy no cabe ya duda de que, en lo fundamental, hemos triunfado.

Nuestros Sujánov, sin hablar ya de los socialdemócratas que están más a la derecha, no se imaginan siquiera que, en general, las revoluciones no pueden hacerse de otra manera. Nuestros pequeños burgueses europeos no ven ni en sueños que las revoluciones venideras en los países de Oriente, incomparablemente más poblados, los cuales se distinguen incomparablemente más por la diversidad de condiciones sociales, les ofrecerán, sin duda, más peculiaridades que la revolución rusa.

Ni que decir tiene que un manual escrito según las ideas de Kautsky era algo muy útil en su tiempo. Pero ya va siendo hora de cambiar de pensamiento de que este manual prevé todas las formas de desarrollo de la historia universal. Sería oportuno declarar simples mentecatos a quienes así lo creen.

17 de enero de 1923.

Publicado el 30 de mayo de 1923 en el núm. 117 de "Pravda".

T. 45, págs. 378-382.

COMO TENEMOS QUE REORGANIZAR LA INSPECCIÓN OBRERA Y CAMPESINA.

(*Propuesta al XII Congreso del partido*)[147].

No cabe duda de que la Inspección Obrera y Campesina supone para nosotros una dificultad inmensa y de que esta dificultad no ha sido superada hasta ahora. Creo que no tienen razón los camaradas que la quieren superar negando que la Inspección Obrera y Campesina sea útil o necesaria. Pero yo no niego, al paso, que el problema de nuestra administración pública y de su perfeccionamiento sea muy difícil, esté muy lejos de resolverse y revista, al mismo tiempo, una urgencia extraordinaria.

Nuestra administración pública, excluido el Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros, es en sumo grado una supervivencia de la vieja administración que ha sufrido los mínimos cambios de alguna importancia. Sólo ha sido ligeramente retocada por encima; en los demás aspectos sigue siendo lo más típicamente viejo de nuestra vieja administración pública. Pues bien, para encontrar el medio de renovarla de verdad, hay que echar mano, a mi parecer, de la experiencia de nuestra guerra civil.

¿Cómo procedimos en los momentos de mayor riesgo de la guerra civil?

Concentramos las mejores fuerzas del partido en el Ejército Rojo; movilizamos a nuestros mejores obreros; buscamos nuevas fuerzas donde está la más profunda raíz de nuestra dictadura.

Por esa misma dirección, estoy convencido de ello, debemos buscar la fuente para reorganizar la Inspección Obrera y Campesina. Propongo a nuestro XII Congreso del partido que adopte el siguiente plan de reorganización, basado en una ampliación peculiar de nuestra Comisión Central de Control.

El Pleno del CC de nuestro partido ha puesto ya de manifiesto su tendencia a desarrollarse en una especie de conferencia superior del partido. Se reúne, por término medio, una vez cada dos meses, a lo sumo, y la labor ordinaria realizada en nombre del CC corre a cargo, como es sabido, de nuestro Buró Político, de nuestro Buró de Organización, de nuestro Secretariado, etc. Creo que debemos llegar hasta el fin del camino que así hemos emprendido y transformar definitivamente los plenos del CC en conferencias superiores del partido que se reunirán una vez cada dos meses con la asistencia de la Comisión Central de Control. Esta Comisión Central de Control se unirá, en las condiciones que se expresan a continuación, con la parte fundamental de la Inspección Obrera y Campesina reorganizada.

Propongo al congreso que elija entre los obreros y los campesinos de 75 a 100 nuevos miembros (número, claro, aproximado) para la Comisión Central de Control. Los elegidos deben someterse a la misma comprobación, desde el punto de vista del partido, que los miembros ordinarios del CC, ya que deberán gozar de todos los derechos de éstos.

Por otra parte, la Inspección Obrera y Campesina debe contar en total con 300 ó 400 empleados, comprobados en especial en cuanto a honradez y conocimiento de nuestra administración pública y aprobados también en un examen especial de nociones de organización científica del trabajo en general, y, en concreto, de las funciones administrativas, del trabajo de oficina, etc.

A juicio mío, esta fusión de la Inspección Obrera y Campesina con la Comisión Central de Control rendirá beneficio a ambas instituciones. Por una parte, la Inspección Obrera y Campesina ganará de ese modo tanto prestigio que alcanzará, por lo menos, la altura de nuestro Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros. Por otra parte, nuestro CC seguirá definitivamente, con la Comisión Central de Control, por el camino de la transformación de sus plenos en conferencia superior del partido, camino por el que, en realidad, marcha ya y por el que debe marchar hasta el fin para cumplir felizmente su misión en dos sentidos: en lo metódico, conveniente y sistematizado de *su* organización y su trabajo, y en el de su ligazón con masas grandes de verdad por el conducto de nuestros mejores obreros y campesinos.

Preveo una objeción, que puede partir directa o indirectamente de las esferas que hacen vieja nuestra administración, es decir, de los partidarios de conservarla en forma que se asemeja hasta lo imposible, hasta lo indecoroso, a la de antes de la revolución, forma que aún conserva en el presente (dicho sea de paso, ahora hemos tenido una ocasión, que rara vez se da en la historia, de fijar los plazos indispensables para hacer cambios sociales radicales, y hoy vemos con claridad *qué* se puede hacer en cinco años y para qué se necesitan plazos mucho más largos).

Esta objeción parece consistir en que, de la transformación propuesta por mí, no resultará más

que un caos. Los miembros de la Comisión Central de Control irán vagando por todos los organismos sin saber adónde, a qué ni a quién dirigirse, llevando a todas partes la desorganización, distrayendo a los empleados de su trabajo corriente, etc., etc.

Creo que el malévolo origen de esta objeción es tan evidente que no hace falta ni siquiera responder. Se sobrentiende que tanto el Presídium de la Comisión Central de Control como el comisario del pueblo de la Inspección Obrera y Campesina y su Consejo (y también, cuando lo requieran las circunstancias, nuestro Secretariado del CC) necesitarán más de un año de tenaz labor para organizar como es debido su Comisariado del Pueblo y su labor conjunta con la Comisión Central de Control. El comisario del pueblo de la Inspección Obrera y Campesina puede seguir, a juicio mío, ejerciendo sus funciones (y debe seguir ejerciéndolas), así como todo el Consejo, manteniendo bajo su dirección la labor de toda la Inspección Obrera y Campesina, incluidos todos los miembros de la Comisión Central de Control, los cuales deberán tenerse por "enviados" a su disposición. Según mi plan, los 300 ó 400 empleados restantes de la Inspección Obrera y Campesina desempeñarán, por una parte, meras funciones de secretarios de los otros miembros de la Inspección Obrera y Campesina y de los miembros suplementarios de la Comisión Central de Control, y, por otra parte, deberán poseer alta capacitación, estar probados en especial, ser adictos en particular y recibir sueldos lo bastante elevados que los eximan por completo de la actual situación verdaderamente deplorable (por no decir algo peor aún) de funcionarios de la Inspección Obrera y Campesina.

Estoy seguro de que la reducción del número de empleados hasta el que he indicado mejorará muchísimo tanto la calidad de los funcionarios de la Inspección Obrera y Campesina como la de todo el trabajo, permitiendo, a la vez, al comisario del pueblo y a los miembros del Consejo centrar toda su atención en la organización del trabajo y en la elevación metódica y constante de la calidad del mismo, elevación de absoluta necesidad para el poder obrero y campesino y para nuestro régimen soviético.

Por otro lado, creo también que el comisario del pueblo de la Inspección Obrera y Campesina tendrá que aplicarse, en parte, a fundir y, en parte, a coordinar los institutos superiores de organización del trabajo, de los que hay en la República no menos de 12 (Instituto Central del Trabajo, Instituto de Organización Científica del Trabajo, etc.). La uniformidad excesiva y la tendencia a la fusión que de ello se desprende serán perjudiciales. Aquí se debe hallar, por el contrario, un término medio razonable y conveniente entre la fusión de todas estas instituciones en una sola y una acertada delimitación de las mismas con la condición de que cada una de ellas goce de cierta independencia.

No cabe duda de que, con esta transformación, ganará nuestro propio CC no menos que la Inspección Obrera y Campesina, ganará en el sentido de su ligazón con las masas, así como en el sentido de la regularidad y la eficacia de su trabajo. Entonces se podrá (y se deberá) implantar un orden más severo y exigir más responsabilidad en la preparación de las sesiones del Buró Político, a las que deberá asistir un determinado número de miembros de la Comisión Central de Control, siendo designados éstos o bien por un cierto período o según cierto plan de organización.

El comisario del pueblo de la Inspección Obrera y Campesina distribuirá con el Presídium de la Comisión Central de Control el trabajo entre sus miembros, teniendo presente la obligación de éstos a asistir a las reuniones del Buró Político y comprobar todos los documentos que, de uno u otro modo, deberán ser sometidos a su examen, o bien teniendo presente la obligación de ellos a dedicar su jornada laboral a la preparación teórica y al estudio de la organización científica del trabajo o a participar prácticamente en el control y perfeccionamiento de nuestra administración pública, comenzando por los organismos superiores y terminando por los organismos locales inferiores, etc.

Creo también que, además de la ventaja política que reporta el hecho de que los miembros del CC y de la Comisión Central de Control, debido a esta reforma, estarán mucho mejor enterados y preparados para las reuniones del Buró Político (todos los documentos referentes a las mismas deben llegar a manos de todos los miembros del CC y de la Comisión Central de Control con veinticuatro horas de antelación, a más tardar, salvo los casos que no admitan dilación alguna, casos que requieren un orden especial para ponerlos en conocimiento de los miembros del CC y de la Comisión Central de Control y una forma especial para resolverlos), es preciso incluir también la de que en nuestro CC disminuirá la influencia de circunstancias puramente personales y casuales, aminorándose así el peligro de escisión.

Nuestro CC se constituyó como grupo estrictamente centralizado y de sumo prestigio, pero su labor no se ha colocado en las condiciones que corresponden a su prestigio. A ello debe coadyuvar la reforma que propongo, y los miembros de la Comisión Central de Control que deben asistir, en determinado número, a todas las reuniones del Buró Político, tienen que formar un grupo cohesionado, el cual deberá cuidar de que ninguna autoridad, trátese de quien se trate, tanto del secretario general como de cualquier otro miembro del CC, pueda impedirle interpelar, controlar documentos y, en general, ponerse absolutamente al corriente de todos los asuntos y lograr que sus trámites lleven al curso más

normal.

Claro que, en nuestra República Soviética, el régimen social se basa en la colaboración de dos clases, de los obreros y los campesinos, colaboración a la que ahora se admite también, bajo ciertas condiciones, a gente de la Nep, es decir, a la burguesía. Si surgen graves divergencias de clase entre ellas, la escisión será inevitable; pero nuestro régimen social no entraña necesariamente razones que hagan inevitable esta escisión, y la misión principal de nuestro Comité Central y de la Comisión Central de Control, así como de nuestro partido en su conjunto, consiste en estar muy al tanto de las circunstancias que pueden dar motivo a una escisión y prevenirlas, porque, en resumidas cuentas, los destinos de nuestra república dependerán de que las masas campesinas marchen unidas a la clase obrera, conservando la fidelidad a la alianza con ella, o permitan a la gente de la Nep, es decir, a la nueva burguesía, apartarlas de los obreros, escindirlas de ellos. Cuanto más claro veamos estos dos desenlaces posibles, cuanto más claro lo comprendan todos nuestros obreros y campesinos, tanto mayores serán las probabilidades de poder evitar la escisión, que sería funesta para la República Soviética.

23 de enero de 1923.

Publicado el 25 de enero de 1923 en el núm. 16 de "Pravda".

T. 45, págs. 383-388.

MAS VALE POCO Y BUENO.

Por lo que se refiere a la mejora de nuestra administración pública, creo que la Inspección Obrera y Campesina no debe afanarse por la cantidad ni apresurarse. Hemos tenido hasta ahora tan poco tiempo para reflexionar y preocuparnos de la calidad de nuestra administración pública que sería natural la preocupación por que esté preparada con especial seriedad y se concentre en la inspección Obrera y Campesina a individuos de una cualidad realmente moderna, es decir, no desmerecedores de los mejores modelos euroccidentales. Desde luego, ésta es una condición harto modesta para una república socialista. Pero el primer lustro nos ha llenado la cabeza de desconfianza y escepticismo. No podemos menos de sentir esa desconfianza y ese escepticismo por quienes hablan demasiado y con excesiva ligereza, por ejemplo, de la cultura "proletaria": para empezar nos bastaría una verdadera cultura burguesa; para empezar podríamos prescindir de los tipos más recalcitrantes de culturas de tipo preburgués, es decir, de culturas burocrática, feudal, etc. En los problemas de cultura lo que más perjudica es tener prisa y querer abarcarlo todo. Muchos de nuestros jóvenes literatos y comunistas deberían aplicarse bien al cuento.

Por donde, en lo que se refiere a la administración pública, debemos sacar ahora de la experiencia anterior la conclusión de que sería mejor ir más despacio.

Nuestra administración pública se encuentra en un estado tan deplorable, por no decir detestable, que primero debemos reflexionar profundamente en la manera de combatir sus deficiencias, recordando que radican en el pasado, el cual, si bien ha sido subvertido, no ha desaparecido por completo, no ha quedado en la fase de cultura perteneciente a tiempos remotos. Planteo aquí el problema de la cultura precisamente porque en estas cosas debe tenerse por logrado únicamente lo que entra en la cultura, en la vida corriente, en las costumbres. Y en nuestro país, puede afirmarse, lo que hay de bueno en la organización social no ha sido meditado a fondo, no ha sido comprendido ni sentido, ha sido tomado al vuelo, no ha sido comprobado, ni ensayado, ni confirmado por la experiencia, ni consolidado, etc. Es natural que tampoco podía ser de otro modo en una época revolucionaria y dada la rapidez tan vertiginosa del desarrollo que nos ha llevado en cinco años del zarismo al régimen soviético.

Es preciso sentar cabeza a tiempo. Hay que impregnarse de salvadora desconfianza de un movimiento de avance atropellado, de toda jactancia, etc. Es necesario preocuparse de comprobar los pasos adelante que pregonamos a cada momento, que damos cada momento y luego procuramos demostrar continuamente que no son de peso, ni serios, ni se comprenden. Lo más nocivo en este caso sería apresurarse. Lo más nocivo sería contar con que sabemos algo, por poco que sea, o pensar que hay entre nosotros un número algo considerable de elementos para organizar una administración realmente nueva y verdaderamente acreedora del nombre de socialista, de soviética, etc.

No, en nuestro país, tal administración e incluso el número de elementos que la forman mueven a risa por lo exiguo, y debemos recordar que, para montarla, no se debe escatimar el tiempo, y eso se llevará muchos, muchísimos años.

¿Qué elementos poseemos para montar esa administración? Solamente dos: primero, los obreros, animados por la lucha en pro del socialismo. Estos elementos no poseen suficiente instrucción. Querrían proporcionarnos una administración mejor, pero no saben cómo hacerlo. No pueden hacerlo. No han alcanzado hasta hoy el desarrollo ni la cultura indispensables para ello. Y lo que se necesita precisamente es cultura. En este sentido no se puede hacer nada de golpe y porrazo o de sopetón, con viveza o energía, o con cualquier otra de las mejores cualidades humanas. Segundo, se necesitan conocimientos, educación e instrucción, pues los que tenemos son irrisorios en comparación con todos los demás Estados.

Y en este sentido no hay que olvidar que somos aún demasiado propensos a compensar estos conocimientos (o a creernos que podemos compensarlos) con el celo, la precipitación, etc.

Para renovar nuestra administración pública tenemos que fijarnos a toda costa como tarea: primero, aprender; segundo, aprender; tercero, aprender; y después, comprobar que lo aprendido no quede reducido a letra muerta o a una frase de moda (cosa que, no hay por qué ocultarlo, ocurre con demasiada frecuencia en nuestro país), que lo

aprendido se haga efectivamente carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, que llegue a ser plena y verdaderamente un elemento integrante de la vida diaria. En pocas palabras, no debemos presentar las mismas reivindicaciones que la Europa Occidental burguesa, sino las que puede presentar con dignidad y decoro un país que ha asumido la misión de desarrollarse y hacerse socialista.

Las deducciones de lo expuesto son que debemos hacer de la Inspección Obrera y Campesina, instrumento llamado a mejorar nuestra administración, un organismo realmente modelo.

Para que pueda alcanzar la debida altura, es preciso atenerse a la regla: en cosa alguna, pensar mucho y hacer una.

Para ello es preciso que lo mejor que haya de verdad en nuestro régimen social se aplique con los máximos cuidado, reflexión y conocimiento a la fundación del nuevo Comisariado del Pueblo.

Para ello es preciso que los mejores elementos de nuestro régimen social, a saber: los obreros avanzados, en primer lugar, y, en segundo, los elementos realmente instruidos -por los cuales se puede responder de que ni se fiarán de las palabras ni pronunciarán una sola contra su conciencia- no teman confesar ninguna dificultad ni se arredren ante lucha alguna para alcanzar el fin propuesto en serio.

Hace ya cinco años que nos venimos ajetreando para mejorar nuestra administración pública, pero esto es precisamente sólo un ajetreo que en cinco años no ha demostrado más que su ineficacia o incluso su inutilidad y su nocividad. Como todo ajetreo, tenía la apariencia de trabajo; pero, en realidad, entorpecía nuestras instituciones y embrollaba nuestros cerebros.

Es preciso que todo esto cambie al fin.

Hay que tomar por norma: más vale poco en cantidad, pero bueno de calidad. Hay que tomar por norma: más vale esperar dos o incluso tres años a obtener buen personal que apresurarse sin ninguna esperanza de conseguirlo.

Yo sé que será difícil atenerse a esta norma y aplicarla a nuestra realidad. Sé que la norma contraria intentará abrirse camino en nuestro país con mil subterfugios. Sé que habremos de oponer una resistencia gigantesca y mostrar una perseverancia diabólica, que en este sentido el trabajo será, por lo menos durante los primeros años, endemoniadamente ingrato; no obstante, estoy convencido de que sólo obrando así alcanzaremos nuestra meta y que, únicamente después de haberla alcanzado, crearemos una república digna en realidad del nombre de soviética, socialista, etc., etc., etc.

Es posible que muchos lectores encuentren demasiado insignificantes las cifras que cité como ejemplo en mi primer artículo*. Estoy seguro de que se podrían aducir muchos cálculos para demostrar que esas cifras son insuficientes. Pero creo que, por encima de esos cálculos y de cálculos de cualquier índole, debemos poner una cosa: el interés por una calidad verdaderamente modelo.

Estimo que, en fin, es precisamente éste el momento en que debemos ocuparnos de nuestra administración pública como es debido, con toda seriedad; el momento en que el rasgo más pernicioso de esta labor tal vez sea el apresuramiento. Por esto prevengo encarecidamente contra la exageración de estas cifras. Por el contrario, soy de la opinión de que, en este caso, hay que ser sobre todo parcos en las cifras. Hablemos con franqueza. El Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina no goza hoy ni de sombra de prestigio. Todos saben que no existe una institución peor organizada que nuestra Inspección Obrera y Campesina y que, en las condiciones actuales, no podemos pedir nada a este Comisariado. Hemos de recordarlo bien, si queremos proponernos de verdad el fin de tener dentro de unos años una institución que, primero, debe ser modelo; segundo, debe inspirar a todos absoluta confianza y, tercero, debe demostrar a todos sin excepción que está justificada en realidad la labor de una institución tan encumbrada como es la Comisión Central de Control. A mi entender, hay que desterrar en el acto y con decisión toda clase de normas generales sobre el número de empleados. A los de la Inspección Obrera y Campesina debemos seleccionarlos de un modo muy especial y sólo después de haberlos sometido a pruebas rigurosísimas. En efecto, ¿qué objeto tendría montar un Comisariado del Pueblo en el que el trabajo marche de cualquier manera, sin inspirar de nuevo la menor confianza, y en el que la palabra tenga un prestigio ínfimo? Creo que, con la reorganización del género que ahora nos proponemos, nuestro objetivo principal es evitarlo.

Los obreros que incorporemos a la Comisión Central de Control en calidad de miembros suyos deben ser irreprochables como comunistas, y creo que debemos esforzarnos aún largo tiempo por enseñarles los métodos y las tareas de su trabajo. Además, como auxiliares en esta labor deberá haber un personal determinado de secretaría que será sometido a una triple prueba antes de recibir el nombramiento para su empleo. Por último, los funcionarios que, a título de excepción, decidamos colocar inmediatamente en la Inspección Obrera y Campesina deben reunir las condiciones siguientes:

Primero, deben estar avalados por varios comunistas;

segundo, deben pasar un examen de conocimiento de nuestra administración pública;

tercero, deben pasar un examen de fundamentos teóricos de nuestra administración pública, de las cuestiones esenciales de la ciencia administrativa, de la tramitación de expedientes, etc.;

* Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

cuarto, deben trabajar bien compenetrados con los miembros de la Comisión Central de Control y con su Secretariado de manera que podamos responder del buen funcionamiento de todo este mecanismo en su conjunto.

Sé que estos requisitos presuponen condiciones de magnitud desmedida y mucho me temo que las consideren irrealizables o las acojan con una sonrisa desdeñosa la mayoría de los "prácticos" de la Inspección Obrera y Campesina. Pero yo pregunto a cualquiera de los actuales dirigentes de la Inspección Obrera y Campesina o de las personas que están en contacto con ella si me pueden decir con sinceridad qué falta hace, en la práctica, un Comisariado del Pueblo como el de la Inspección Obrera y Campesina. Creo que esta pregunta les ayudará a encontrar el sentido de la medida. O no vale la pena hacer una reorganización más de las tantas que ya hemos tenido, de algo tan desquiciado como la Inspección Obrera y Campesina, o es preciso plantearse de verdad la tarea de crear en un proceso lento, difícil y fuera de lo común, no sin recurrir a numerosas comprobaciones, algo realmente ejemplar, capaz de infundir respeto a cualquiera, y no sólo porque lo exijan los títulos y los grados.

Si no nos armamos de paciencia ni dedicamos a esta obra unos cuantos años, más vale que no la acometamos en absoluto.

A juicio mío, de las instituciones que tan fecundos hemos sido en crear ya -escuelas superiores del trabajo, etc.-, hay que elegir el mínimo, comprobar si están bien organizadas y permitirles que continúen funcionando sólo si están en realidad a la altura de la ciencia moderna y nos proporcionan todas las conquistas de ésta. Entonces no será utópico esperar que dentro de unos años tengamos una institución capaz de cumplir con su cometido, a saber: afanarse de manera sistemática y constante, gozando de la confianza de la clase obrera, del Partido Comunista de Rusia y de toda la masa de la población de nuestra república por mejorar nuestra administración pública.

Las labores preparatorias para ello podrían comenzarse hoy ya. Si el Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina estuviera conforme con el plan de esta reorganización, podría comenzar en seguida a dar los pasos previos para trabajar de un modo sistemático hasta llevarlos a completo término, sin apresurarse ni renunciar a rehacer lo que ya se hizo antes.

Toda decisión de medias tintas en ese terreno sería perjudicial en grado superlativo. Las normas de todo tipo de los empleados de la Inspección Obrera y Campesina que partiesen de cualesquiera otras consideraciones estarían, en el fondo, basadas en las antiguas consideraciones burocráticas, en los viejos prejuicios, en todo lo que ha sido ya condenado, en lo que provoca las burlas generales, etc.

En el fondo, el problema se plantea de la manera siguiente:

O demostrar ahora que hemos aprendido de veras algo de la organización del Estado (no es pecado aprender algo en cinco años) o demostrar que no hemos madurado aún para ello; y entonces no vale la pena acometer la obra.

Y creo que, teniendo presente el personal de que disponemos, no será una inmodestia suponer que hemos aprendido ya lo suficiente para reconstruir conforme a un sistema un solo Comisariado del Pueblo al menos. Por cierto, este solo Comisariado del Pueblo debe ser el exponente de todo el conjunto de nuestra administración pública.

Abrir inmediatamente un concurso para redactar dos manuales o más sobre organización del trabajo en general y, en particular, del trabajo administrativo. Se puede tomar como base el libro de Ermanski que ya tenemos, si bien éste, dicho sea entre paréntesis, se distingue por su simpatía manifiesta al menchevismo y no sirve para componer un manual adecuado al Poder soviético. También se puede tomar como base el libro recién publicado de Kérzhentsev, y, por último, pueden ser útiles asimismo algunos de los textos parciales que tenemos.

Enviar a algunas personas preparadas y concienzudas a Alemania o a Inglaterra a que recojan bibliografía y estudien este problema. Y digo a Inglaterra por si no fuera posible enviar a nadie a los EE.UU. o al Canadá.

Nombrar una comisión encargada de redactar un programa previo para examinar a los pretendientes a empleados de la Inspección Obrera y Campesina, así como a miembros de la Comisión Central de Control.

Estos trabajos y otros parecidos, claro está, no deberán entorpecer la labor del comisario del pueblo y de los miembros del Consejo de la Inspección Obrera y Campesina ni del Presídium de la Comisión Central de Control.

Paralelamente habrá que nombrar una comisión preparatoria para seleccionar a los pretendientes a miembros de la Comisión Central de Control. Confío en que para este cargo podremos encontrar ahora a pretendientes de sobra tanto entre los funcionarios con experiencia de todas las entidades como entre los estudiantes de nuestros establecimientos soviéticos de enseñanza. No creo atinado excluir de antemano a tal o cual categoría. Es probable que se haya de preferir para dicha institución a un personal heterogéneo que reúna numerosas cualidades y dotes diferentes, de manera que se habrá de trabajar con ahínco para componer una lista de pretendientes. Por ejemplo, lo que menos sería de desear es que el nuevo Comisariado del Pueblo se constituyera según un patrón único, digamos, del tipo de las personas de carácter de burócrata, o bien excluyendo a las del tipo de los agitadores, a las que se distingan por su don de gentes o su facultad de penetración en medios

no muy habituales para funcionarios de este tipo, etc.

* * *

Creo que expresaré del mejor modo mi pensamiento si comparo mi plan con las instituciones de tipo académico. Los miembros de la Comisión Central de Control deberán examinar sistemáticamente, bajo la dirección de su Presídium, todos los papeles y documentos del Buró Político. A la vez, deberán distribuir como es debido su tiempo entre las diversas ocupaciones de control de los expedientes de nuestras instituciones, empezando por las más pequeñas y parciales y acabando por las superiores del Estado. Por último, figurarán asimismo entre sus tareas el estudio de la teoría, es decir, de la teoría de la organización del trabajo al que se van a dedicar, y el ejercicio de funciones en la práctica bajo la dirección de camaradas con experiencia o de profesores de escuelas superiores de organización del trabajo.

Pero yo creo que en modo alguno deberán limitarse a trabajos académicos de este tipo. Además de realizarlos, habrán de capacitarse para una labor que me atrevería a denominar de preparación para la captura de, no diré granujas, pero sí de algo por el estilo y de invención de estratagemas peculiares para enmascarar sus campañas, sus artimañas, etc.

Semejantes propuestas darían lugar en las instituciones de Europa Occidental a una indignación inaudita, despertarían un sentimiento de escándalo moral, etc., pero confío en que nosotros no nos hemos burocratizado aún lo suficiente para llegar a eso. En Rusia, la Nep no ha tenido aún tiempo de granjearse tanto respeto como para sentirnos agraviados por la idea de que se pretenda pillar a alguien. La fundación de nuestra República Soviética es cosa tan reciente, y se han amontonado tantos trastos de toda índole, que no creo se le ocurra a nadie sentirse ofendido de pensar que se pueda rebuscar en ese montón de trastos, poniendo en juego algunas tretas y haciendo pesquisas orientadas a veces a fuentes bastante alejadas o dando rodeos bastante grandes; y si se le ocurre a alguien, puede estar seguro de que todos nosotros nos reiremos de él de buena gana.

Confiamos en que nuestra nueva Inspección Obrera y Campesina dejará a un lado esa cualidad que los franceses llaman *pruderie* y que nosotros llamaríamos ridícula gazmoñería o empaque ridículo y que hace el caldo gordo a toda nuestra burocracia, tanto de los Soviets como del partido. Dicho sea entre paréntesis, en nuestro país hay burocracia no sólo en los organismos de los Soviets, sino también en los del partido.

Antes dije que debemos aprender y aprender en las escuelas de organización superior del trabajo, etc., pero esto en modo alguno significa que yo comprenda ese "aprendizaje" de manera algo escolar o que me limite a la idea de enseñar solamente como se hace en las escuelas. Confío en que ni un solo revolucionario de verdad sospechará que, en este caso, renuncio a entender por "aprendizaje" alguna treta empleada medio en broma, alguna astucia, artimaña o algo por el estilo. Sé que en un país respetable y serio de Europa Occidental la sola idea que he exteriorizado sería causa de un espanto verdadero, y ningún funcionario decente aceptaría que se discutiese siquiera. Pero espero que no estemos aún lo bastante burocratizados y que la discusión de esta idea no puede mover más que a risa en nuestro país.

En efecto, ¿por qué no juntar lo útil y lo grato? ¿Por qué no emplear una treta en broma o medio en broma para descubrir algo ridículo, algo pernicioso, algo medio ridículo, medio nocivo, etc.?

Creo que nuestra Inspección Obrera y Campesina ganará mucho si examina estas consideraciones y que la lista de los casos que han valido a nuestra Comisión Central de Control o a sus colegas de la Inspección Obrera y Campesina algunas de sus victorias más brillantes se verá bastante enriquecida con las andanzas de nuestros futuros "inspectores obrecampinos" y miembros de la "Comcencón" por lugares no muy gratos de mentar en los respetables y remilgados manuales.

* * *

¿Cómo se pueden fundir los organismos del partido con los de la administración soviética? ¿No hay en eso algo incompatible?

No planteo este problema en nombre mío, sino en el de los aludidos antes por mí cuando dije que tenemos burócratas no sólo en las instituciones soviéticas, sino en las del partido también.

¿Por qué, pues, no fundir efectivamente las unas con las otras, si ello redunda en beneficio de la obra? ¿Acaso no ha advertido nunca nadie que en un Comisariado del Pueblo, como es el de Negocios Extranjeros, tal fusión es de extraordinaria utilidad y se practica desde su mismo nacimiento? ¿Acaso en el Buró Político no se discuten desde el punto de vista de partido muchos problemas, grandes y pequeños, sobre nuestros "pasos", en respuesta a los "pasos" de las potencias extranjeras, para contrarrestar, digámoslo así, por no emplear una expresión menos decorosa, sus argucias? ¿No es acaso esta flexible unión de los organismos soviéticos con los del partido una fuente de extraordinaria fuerza en nuestra política? Creo que lo que se ha acreditado, lo que se ha consolidado en nuestra política exterior y se ha hecho ya costumbre de manera que no despierta ninguna duda en esta esfera será, por lo menos, tan conveniente (y yo creo que lo será mucho más) para toda nuestra administración pública. Y la Inspección Obrera y Campesina se dedica precisamente a toda nuestra administración pública, y sus labores deben llegar a todas las instituciones públicas sin excepción, tanto a las locales como a las centrales,

tanto a las comerciales como a las puramente burocráticas, tanto a las de enseñanza como a los archivos, teatros, etc., en suma, a todas las instituciones sin excepción alguna.

¿Por qué, pues, para una institución de tanta amplitud, cuyas formas de actuación requieren, además, una flexibilidad extraordinaria, ha de ser inaceptable esa fusión peculiar, de la institución de control del partido con la institución de control de los Soviets?

Yo no vería en ello ningún obstáculo. Más aún: creo que esa fusión es la única garantía de un trabajo eficiente. Creo que cualquier duda al respecto parte de los rincones más polvorientos de nuestra administración pública y que nuestra respuesta a ella puede ser sólo una: la burla.

* * *

Otra duda: ¿Conviene unir la labor didáctica con el ejercicio del cargo? Me parece que es no sólo conveniente, sino imprescindible. Hablando en general, nos ha dado tiempo de contagiarnos de toda una serie de prejuicios de los más nocivos y ridículos de la organización estatal de Europa Occidental, pese a nuestra actitud revolucionaria ante ella; y en parte, nos han contagiado adrede nuestros queridos burócratas, especulando con la malévola intención de sacar ganancia reiterada del río revuelto de tales prejuicios; han sacado de ese río revuelto tanta ganancia de pescadores que sólo quienes entre nosotros estaban completamente ciegos no han visto lo mucho que se ha practicado esa pesca.

En todo el ámbito de las relaciones sociales, económicas y políticas somos unos revolucionarios "terribles". Pero en el terreno de la veneración de los superiores y de la observancia de las formas y los ritos de la tramitación de los expedientes, nuestro "revolucionarismo" es remplazado a menudo por una rutina de lo más rancia. En este dominio se puede ver muchas veces un fenómeno interesantísimo: cómo un gran salto adelante en la vida de la sociedad va asociado a una monstruosa timidez ante los menores cambios.

Y se comprende, porque los pasos adelante más atrevidos se han dado en un terreno que, desde hace mucho, es patrimonio de la teoría, en un terreno que era cultivado principalmente o casi exclusivamente en teoría. El ruso se desahogaba en casa con especulaciones teóricas de atrevimiento extraordinario contra la abominable realidad burocrática, razón por la cual esas especulaciones teóricas excesivamente audaces adquirían entre nosotros un carácter muy unilateral. En Rusia se daban la mano el atrevimiento teórico en las especulaciones generales y una timidez sorprendente ante las reformas oficinescas más insignificantes. Cualquier revolución agraria de la mayor trascendencia universal era meditada con una audacia sin precedente en otros Estados, pero, a la vez, faltaba imaginación para realizar una reforma oficinesca de décimo orden, faltaba imaginación o paciencia para aplicar a esa reforma los mismos principios generales que daban resultados tan "brillantes" en su aplicación a problemas generales.

Y por eso, nuestra actual vida cotidiana reúne en grado sorprendente rasgos de increíble osadía y timidez de pensamiento ante los menores cambios.

Creo que tampoco ha sido de otra manera en ninguna revolución verdaderamente grande, porque las revoluciones grandes de verdad nacen de las contradicciones entre lo viejo, entre la tendencia al cultivo de lo viejo, y la más abstracta aspiración a lo nuevo, que debe ser ya tan nuevo que no contenga ni un grano de lo viejo.

Y cuanto más radical sea la revolución, tanto más se prolongará el período en que se mantenga cierto número de dichas contradicciones.

* * *

El rasgo general de nuestra vida consiste ahora en lo siguiente: hemos destruido la industria capitalista, hemos intentado arrasar las instituciones medievales, la propiedad agraria de los terratenientes, y en ese terreno hemos establecido a los campesinos pequeños y pequeñísimos, que siguen al proletariado por la confianza que tienen en los resultados de su labor revolucionaria. Sin embargo, no nos será fácil sostenernos con esta sola confianza hasta el triunfo de la revolución socialista en los países más desarrollados, porque los campesinos pequeños y pequeñísimos, sobre todo durante la Nep, siguen estando, por necesidad económica, a un nivel bajísimo de productividad del trabajo. Además, la situación internacional ha dado lugar a que Rusia haya sido lanzada atrás, a que, en total, el rendimiento del trabajo del pueblo sea hoy en nuestro país bastante inferior al de antes de la guerra. Las potencias capitalistas euroccidentales, en parte de manera consciente y en parte de un modo espontáneo, han hecho todo lo que estaba a su alcance para lanzarnos atrás, para aprovechar los elementos de guerra civil en Rusia con objeto de arruinar lo más posible al país. Este desenlace precisamente de la guerra imperialista les parecía tener, como es natural, considerables ventajas: si no llegamos a derribar el régimen revolucionario en Rusia, en todo caso entorpeceremos su avance hacia el socialismo; así se discurría, poco más o menos, en esas potencias; y, desde su punto de vista, no se podía discurrir de otra manera. Como resultado, han cumplido a medias su tarea. No han logrado derrocar el nuevo régimen traído por la revolución, pero tampoco le han brindado la posibilidad de dar en el acto un paso adelante que acredite los pronósticos de los socialistas, un paso que permita a éstos desarrollar con rapidez colosal las fuerzas productivas, desarrollar todas las posibilidades que, sumadas, dieran el socialismo, demostrar en la

práctica, con toda evidencia, a cada cual, que el socialismo entraña fuerzas gigantescas y que la humanidad ha pasado ahora a una nueva fase de desarrollo que entraña posibilidades brillantes en grado sumo.

El sistema de las relaciones internacionales se ha formado hoy de manera que uno de los Estados de Europa, Alemania, se encuentra avasallado por los Estados vencedores. Además, y gracias a la victoria, varios Estados, por cierto los más antiguos de Occidente, están en condiciones de poder aprovechar esa misma victoria para hacer a sus clases oprimidas una serie de concesiones que, si bien son de poca monta, demoran el movimiento revolucionario en ellos y crean una apariencia de "paz social".

A la vez, otros países -el Oriente, la India, China, etc.- se han visto definitivamente fuera de sus cauces a causa precisamente de la última guerra imperialista. Su desarrollo marcha definitivamente por la vía general del capitalismo europeo. Ha comenzado en ellos la misma efervescencia que en toda Europa. Y el mundo entero ve ahora claro que se desarrollan en un sentido que no puede menos de conducir a la crisis de todo el capitalismo mundial.

Así pues, hoy nos hallamos ante el siguiente problema: ¿podremos mantenernos con nuestra pequeña y pequeñísima producción campesina, dada la ruina en que estamos sumidos, hasta que los países capitalistas de Europa Occidental culminen su desarrollo hacia el socialismo? Pero lo hacen de manera distinta de como esperábamos antes. No siguiendo un proceso de "maduración" igual del socialismo en su seno, sino explotando unos Estados a otros, explotando al primer Estado vencido en la guerra imperialista y a todo el Oriente. Por otra parte, el Oriente se ha sumado de manera definitiva al movimiento revolucionario en virtud precisamente de dicha primera guerra imperialista, viéndose incluido definitivamente en el torbellino general del movimiento revolucionario mundial.

¿Qué táctica, pues, impone a nuestro país el estado de cosas expuesto? Es claro que la siguiente: debemos ser prudentes en sumo grado para conservar nuestro poder obrero, para mantener bajo su autoridad y bajo su dirección a nuestros campesinos pequeños y muy pequeños. De nuestra parte está la ventaja de que todo el mundo pasa ahora ya a un movimiento que debe originar la revolución socialista mundial. Pero también tenemos el inconveniente de que los imperialistas han logrado dividir el mundo entero en dos campos, y esta división se complica por el hecho de que Alemania, país de un desarrollo capitalista avanzado y culto de verdad, se ve ahora ante infinitas dificultades para recuperarse. Todas las potencias capitalistas del llamado Occidente le clavan las garras y no le dejan alzar cabeza. Por otra parte, todo el Oriente, con su población de centenares de millones de trabajadores explotados y llevados al último grado de existencia infrahumana, ha sido puesto en condiciones en que sus fuerzas físicas y materiales no tienen ni punto de comparación con las fuerzas físicas, materiales y militares de cualquiera de los Estados, mucho más pequeños, de Europa Occidental.

¿Podemos eludir la futura colisión con estos Estados imperialistas? ¿Podemos confiar en que las contradicciones internas y los conflictos entre los prósperos Estados imperialistas de Occidente y los prósperos Estados imperialistas de Oriente nos den la segunda tregua, igual que nos dieron la primera, cuando la cruzada de la contrarrevolución de Europa Occidental, encaminada a apoyar a la contrarrevolución rusa, fracasó a causa de las contradicciones existentes en el campo de los contrarrevolucionarios de Occidente y Oriente, en el campo de los explotadores orientales y de los explotadores occidentales, en el campo del Japón y de los EE.UU.?

Creo que a esta pregunta se debe responder en el sentido de que la solución depende aquí de muchísimas circunstancias, y sólo se puede prever el desenlace de la lucha en su conjunto, basándose en que el propio capitalismo enseña y educa en fin de cuentas para la lucha a la inmensa mayoría de la población del mundo.

El desenlace de la lucha depende, en última instancia, del hecho de que Rusia, la India, China, etc., constituyen la mayoría gigantesca de la población. Y precisamente esta mayoría de la población es la que se incorpora en los últimos años con inusitada rapidez a la lucha por su liberación, de modo que, en este sentido, no puede haber ni sombra de duda respecto al desenlace final de la lucha a escala mundial. En este sentido, la victoria definitiva del socialismo está plena y absolutamente asegurada.

Pero lo que nos interesa no es esta inevitabilidad de la victoria definitiva del socialismo. Lo que nos interesa es la táctica que nosotros, Partido Comunista de Rusia, que nosotros, Poder soviético de Rusia, debemos seguir para impedir que los Estados contrarrevolucionarios de Europa Occidental nos aplasten. Para asegurar nuestra existencia hasta la siguiente colisión militar entre el Occidente imperialista contrarrevolucionario y el Oriente revolucionario y nacionalista, entre los Estados más civilizados del mundo y los Estados atrasados al modo oriental, los cuales, sin embargo, constituyen la mayoría, es preciso que esta mayoría tenga tiempo de civilizarse. A nosotros también nos falta civilización para pasar directamente al socialismo, aunque contamos con las premisas políticas necesarias para ello. Debemos atenernos a esa táctica o adoptar, para salvarnos, la política siguiente.

Debemos esforzarnos por organizar un Estado en el que los obreros conserven la dirección sobre los campesinos, no pierdan la confianza de éstos y

eliminen de sus relaciones sociales, hasta el menor indicio de gastos excesivos, observando el más severo régimen de economías.

Debemos abaratar al máximo nuestra administración pública. Debemos suprimir de ella todos los indicios de gastos excesivos que hemos heredado en tanta abundancia de la Rusia zarista, de su burocracia capitalista.

¿No será eso el reino de la sobriedad campesina?

No. Si conservamos la dirección de la clase obrera sobre los campesinos, podremos, llevando en nuestro Estado un régimen de máximas economías, lograr que todo ahorro, por ínfimo que sea, se conserve para el desarrollo de nuestra gran industria mecanizada, para el desarrollo de la electrificación, de la extracción hidráulica de la turba, para acabar de construir la central hidroeléctrica del Vóljov[148], etc.

En esto, y solamente en esto, está nuestra esperanza. Sólo entonces estaremos en condiciones, hablando en sentido figurado, de apearnos de un caballo para montar en otro, es decir, de apearnos del mísero caballo campesino, del caballo del régimen de economías calculado para un país campesino arruinado, para montar en un caballo que el proletariado busca y no puede dejar de buscar para sí: el caballo de la gran industria mecanizada, de la electrificación, de la central hidroeléctrica del Vóljov, etc.

Así ligo yo en mi pensamiento el plan general de nuestra labor, de nuestra política, de nuestra táctica, de nuestra estrategia a las tareas de la Inspección Obrera y Campesina reorganizada. Esa es para mí la justificación de la excepcional solicitud, de la extraordinaria atención que debemos prestar a la Inspección Obrera y Campesina, colocándola a una altura excepcional, proporcionándole atribuciones de Comité Central, etc., etc.

Esta justificación consiste en que sólo depurando al máximo nuestra administración, reduciendo al máximo todo lo que no sea absolutamente indispensable en ella, nos mantendremos con toda seguridad. Y, además, estaremos en condiciones de mantenernos a un nivel que se eleva continuamente y avanza sin interrupción hacia la gran industria mecanizada, y no al nivel de un país de pequeños campesinos, no al nivel de sobriedad generalizada.

Esas son las sublimes tareas con que yo sueño para nuestra Inspección Obrera y Campesina. Por eso planteo para ella la fusión de la cúspide más prestigiosa del partido con un Comisariado del Pueblo de lo más "corriente".

2 de marzo de 1923.

Publicado el 4 de marzo de 1923 en el núm. 49 de "Pravda".

T. 45, págs. 389-406.

NOTAS.

1 El *X Congreso del PC(b) de Rusia* se reunió en Moscú del 8 al 16 de marzo de 1921. Según datos de la Comisión de Credenciales, asistieron a él 694 delegados con voz y voto y 296 con voz, pero sin voto, en representación de 732.521 miembros del partido. Los puntos del orden del día eran los siguientes: 1) Informe de la gestión del Comité Central; 2) informe de la gestión de la Comisión de Control; 3) los sindicatos y su papel en la economía del país; 4) la república socialista en el cerco capitalista, el comercio exterior, el arrendamiento de empresas en régimen de concesión a capitalistas, etc.; 5) el trabajo de los organismos de abastecimiento, el sistema de contingentación y el impuesto en especie, la crisis de combustibles; 6) problemas orgánicos del partido; 7) las tareas inmediatas del partido en el problema nacional; S) la reorganización del ejército y el problema de las milicias de orden público; 9) el Comité General de Instrucción Política y la labor de propaganda y agitación del partido; 10) informe del representante del PC de Rusia en la Internacional Comunista y las tareas inmediatas de ésta; 11) informe de los miembros del PC de Rusia en el Consejo Sindical Mundial; 12) elecciones al Comité Central y a las comisiones de Control y Revisión.

El X Congreso adoptó resoluciones sobre los problemas cardinales de la vida política y económica del país. Dirigió sus labores Lenin, quien pronunció los discursos de inauguración y clausura y los informes de la gestión política del CC, sobre la sustitución del sistema de contingentación con el impuesto en especie, sobre la unidad del partido y la desviación anarcosindicalista, sobre los sindicatos y sobre el problema de los combustibles. Lenin redactó también los proyectos de las resoluciones más importantes del congreso. En el informe sobre la gestión del Comité Central y en el relativo a la sustitución del sistema de contingentación con el impuesto en especie, Lenin dio profundos argumentos teóricos y políticos de la necesidad de pasar a la nueva política económica. Tras discutir el informe de Lenin, el congreso adoptó el histórico acuerdo de sustituir el sistema de contingentación con el impuesto en especie, de pasar del comunismo de guerra a la nueva política económica, calculada para incorporar a los millones y millones de campesinos a la edificación del socialismo.

El X Congreso dedicó especial atención al problema de la unidad del partido. Lenin sometió a dura crítica en sus discursos las concepciones antimarxistas de los grupos de oposición. En la resolución aprobada a propuesta de Lenin *Sobre la unidad del partido* se prescribía disolver inmediatamente todos los grupos fraccionales que debilitaban al partido y rompían su unidad. El congreso dio al CC plenos poderes para aplicar como medida extrema la expulsión del partido de los miembros del CC que hubieran emprendido la senda fraccionalista.

El X Congreso adoptó también una resolución, redactada por Lenin, *Sobre la desviación sindicalista y anarquista en nuestro partido*. Decíase en ella que las ideas de la "oposición obrera" eran expresión de vacilaciones pequeñoburguesas, anarquistas. La propaganda de las ideas de la desviación anarcosindicalista fue conceptuada de incompatible con la filiación en el PC(b) de Rusia. En el ambiente de edificación pacífica del socialismo, el congreso exigió que se ampliase la democracia interna del partido y se reorganizase la actuación del mismo con una base de lo más democrática.

Ocupó un lugar muy importante en las labores del X Congreso el problema del papel de los sindicatos en la organización de la economía. Al hacer el resumen de los debates sobre los sindicatos, el congreso condenó enérgicamente las ideas de los trotskistas, de la "oposición obrera", del grupo "centralismo democrático" y otras tendencias oportunistas y aprobó por inmensa mayoría de votos la plataforma leninista, en la que se determinaba el papel y las tareas de los sindicatos como escuela de comunismo y se proponían medidas para ampliar la democracia en los sindicatos.

El X Congreso trazó las vías concretas de paso del capitalismo al socialismo y determinó los métodos de la edificación de socialismo en las nuevas condiciones.

2 El *II Congreso de la Internacional Comunista*, que colocó las bases programáticas, tácticas y orgánicas de esta Internacional, se celebró del 19 de julio al 7 de agosto de 1920 en la Rusia Soviética (Véanse en el t. 11 de la presente edición los discursos pronunciados por Lenin en el II Congreso de la Internacional Comunista).

3 Se alude a la discusión sobre el papel y las tareas de los sindicatos en la edificación del socialismo. Esta discusión fue impuesta al partido por Trotski, quien pronunció, el 3 de noviembre de 1921, un discurso en la sesión de la minoría del PC(b) de Rusia en la V Conferencia Sindical de toda Rusia, impugnando la pauta del partido enfilada a desplegar en los

sindicatos los principios de la democracia y llamando a "apretar las clavijas del comunismo de guerra". El fondo de las discrepancias estribaba en el distinto enfoque del "problema de los métodos de abordar a las masas, de ganarse a las masas, de ligarse con las masas". Las discrepancias que surgieron en la reunión de la minoría fueron sometidas al examen del Pleno del CC del PC(b) de Rusia. Sin embargo, a fines de diciembre, la discusión se incrementó y rebasó el marco del CC. El 24 de diciembre Trotski habló en la reunión de activistas del movimiento sindical y delegados al VIII Congreso de los Soviets de toda Rusia. El 25 de diciembre publicó un folleto que implicaba la constitución de una fracción antipartido y fue la señal para que se manifestasen otros grupos antipartido: el grupo "tope", la "oposición obrera", el grupo "centralismo democrático" y demás.

Lenin estaba en contra de la discusión, pues consideraba que distraía la atención y las fuerzas del partido del cumplimiento de las tareas inmediatas en el terreno de la economía, encauzadas a combatir el desbarajuste y el hambre. Pero, una vez manifestada la oposición, Lenin le dio enérgica batalla, enderezando el golpe principal contra los trotskistas, fuerza fundamental de los grupos antipartido. Puso al desnudo el verdadero sentido de la lucha en el seno del partido, denunció el carácter fraccional de las acciones de los oposicionistas, que socavaban la unidad del partido y mostró el daño que hacía la discusión impuesta por ellos. A la vez, expuso y desplegó varias tesis importantísimas, acordes con los principios, sobre la función de los sindicatos en el sistema de la dictadura del proletariado y sus tareas en la edificación del socialismo.

La discusión sobre los sindicatos duró más de dos meses, a lo largo de los cuales la mayoría de las organizaciones del partido aprobó la plataforma leninista. La oposición sufrió una derrota completa en todas organizaciones comunistas más influyentes. Los resultados de la discusión se resumieron en el X Congreso del partido.

4 El Gobierno soviético hizo todo lo posible para entablar relaciones normales de buena vecindad con Polonia. En 1919 propuso ya varias veces a este país concluir una paz sólida y duradera. Pero d Gobierno terrateniente-burgués de Polonia no respondió a estas propuestas de paz y prosiguió su política hostil a la Rusia Soviética. El 28 de enero de 1920, el Consejo de Comisarios del Pueblo de la Federación Rusa dirigió al Gobierno de Polonia y al pueblo polaco una declaración en la que se volvía a hacer hincapié en el reconocimiento de la independencia y la soberanía del Estado polaco y se ofrecían considerables concesiones territoriales a Polonia. El 2 de febrero de 1920, el CEC de toda Rusia volvió a dirigir al pueblo polaco propuestas de paz. No obstante, el Gobierno reaccionario de Polonia, que se hallaba en completa dependencia de la Entente imperialista, tomó por síntoma de debilidad las concesiones del Estado soviético. Por eso fracasaron las negociaciones de paz. Los medios dirigentes de Polonia se preparaban para atacar a mano armada a la República Soviética.

5 "*Oposición obrera*": grupo fraccional antipartido de tendencia anarcosindicalista encabezado por A. Shliápnikov, S. Medvédiev, A. Kolontái, I. Kutúzov, Y. Lutovínov y otros. Se dio a conocer con esta demagógica denominación en septiembre de 1920, en la IX Conferencia Nacional del PC(b) de Rusia; tomó forma definitiva durante la discusión sobre los sindicatos en 1920-1921. Sus opiniones expresaban la desviación anarcosindicalista en el partido y quedaron expuestas con la mayor amplitud en el folleto de Kolontái *La oposición obrera*, publicado en vísperas del X Congreso del PC(b) de Rusia. La oposición proponía que se transfiriera la dirección de la economía nacional al Congreso de Productores de toda Rusia, agrupados en sindicatos, los cuales deberían elegir un órgano central encargado de toda la gestión económica. La oposición reclamaba que todos los organismos dirigentes de la economía nacional se eligieran sólo por los sindicatos respectivos, con la particularidad de que las candidaturas presentadas por los sindicatos no podían ser retiradas por los organismos del partido ni de los Soviets. Estas exigencias significaban la negación del papel dirigente del partido y de la dictadura del proletariado como instrumento fundamental de la edificación del socialismo. La "oposición obrera" contraponía los sindicatos al Estado soviético y al Partido Comunista, considerando que la forma superior do organización de la clase obrera no es el partido, sino los sindicatos. En lo tocante a los problemas interiores del partido, la plataforma de la "oposición obrera" se componía de acusaciones calumniosas a los dirigentes del partido de que "estaban aislados de las masas del partido", de que "subestimaban las fuerzas creadoras del proletariado" y de que "en las altas esferas del partido cundía la degeneración". El X Congreso del partido conceptuó la propaganda de las ideas de la "oposición obrera" incompatible con la militancia en el Partido Comunista. La resolución sobre la unidad del partido, adoptada por el congreso, exigía la disolución inmediata de todos los grupos, sin excepción, que se hubiesen formado con tal o cual plataforma. Después del congreso, la mayoría de los militantes de la base rompió con la "oposición obrera" y apoyó sin reservas la pauta política del partido. La derrota de la "oposición obrera", desde el punto de vista de organización, quedó terminada en 1922 en el XI Congreso del PC(b) de Rusia.

6 Lenin alude a los discursos de A. Shliápnikov y A. Kiseliov en la reunión de la minoría del PC(b) de Rusia en el II Congreso Nacional de los Mineros.

7 En el II Congreso de la IC se aprobaron las *Condiciones de ingreso en la Internacional Comunista*: eran veintiuna y en ellas se exponían las bases orgánicas del partido de nuevo tipo y se definían brevemente los principios programáticos y tácticos do la Internacional Comunista. La veintiuna condición versaba: "Los miembros del partido que rechacen en principio las condiciones y las tesis formuladas por la Internacional Comunista deben

ser expulsados de sus filas. Esto afecta asimismo a los delegados de los congresos extraordinarios del partido".

8 *Sociedad de las Naciones*: organización internacional que existió en el período comprendido entre la primera y la segunda conflagraciones mundiales. Se fundó en 1919 en la Conferencia de la Paz de París de los Estados vencedores en la primera guerra mundial. Los Estatutos de la Sociedad de las Naciones eran una parte del Tratado de Paz de Versalles de 1919, y los firmaron cuarenta y cuatro Estados. De 1920 a 1934 su labor presentó un carácter hostil a la Unión Soviética. En 1920-1921 fue uno de los centros do organización de la intervención armada contra el Estado soviético. En 1934, a iniciativa de la diplomacia francesa, treinta y cuatro Estados miembros de la Sociedad de las Naciones invitaron a la Unión Soviética a ingresar en esta organización internacional, cosa que ella hizo con el fin de consolidar la paz. Pero las tentativas de la URSS de crear un frente de paz chocaron con la resistencia de los medios reaccionarios de las potencias occidentales. Declarada la segunda guerra mundial, la Sociedad de las Naciones dejó de existir de hecho. El acuerdo formal de disolverla se tomó en abril de 1946 por disposición de la Asamblea convocada especialmente para el caso.

9 El tratado comercial de la Rusia Soviética con Inglaterra se firmó el 16 de marzo de 1921.

10 Lenin alude a la sublevación contrarrevolucionaria que estalló en Cronstadt el 28 de febrero de 1921. La organizaron los eseristas, mencheviques y guardias blancos y fue apoyada por los imperialistas extranjeros. Los cabecillas de la sublevación lanzaron la consigna de "Soviets sin comunistas", pretendiendo así apartar a los comunistas de la dirección de los Soviets, derribar el Poder soviético y restaurar el régimen capitalista en Rusia. La ocupación de Cronstadt por los sublevados creaba una amenaza directa a Petrogrado. El Gobierno soviético envió unidades regulares del Ejército Rojo para sofocar la sublevación. El Partido Comunista envió al asalto de Cronstadt a más de trescientos delegados al X Congreso del partido. La sublevación fue liquidada por completo el 18 de marzo.

11 *Socialistas-revolucionarios* (eseristas): partido pequeñoburgués formado en Rusia a fines de 1901 y comienzos de 1902 mediante la unificación de diversos grupos y círculos populistas. Durante la primera guerra mundial, la mayoría de los eseristas compartían las posiciones del socialchovinismo. Después de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917 los eseristas fueron con los mencheviques el apoyo principal del Gobierno Provisional burgués, en el que participaban los líderes de este partido (Kerenski, Avxéntiev, Chernov). En vísperas de la insurrección armada de octubre, el partido de los eseristas se pasó abiertamente al lado de la burguesía contrarrevolucionaria, en defensa del régimen capitalista, y se vio aislada de las masas del pueblo revolucionario. Después de la Revolución Socialista de Octubre, los eseristas lucharon activamente contra el Poder soviético. A fines de noviembre de 1917, el ala izquierda de los eseristas formó el partido independiente de los eseristas de izquierda. Procurando conservar su influencia en las masas campesinas, los eseristas de izquierda reconocieron formalmente el Poder soviético y entraron en tratos con los bolcheviques, pero no tardaron en emprender la senda de la lucha contra el Poder soviético.

12 En junio de 1918 se formó en Samara un gobierno contrarrevolucionario de guardias blancos, eseristas y mencheviques, el denominado Comité de Miembros de la Asamblea Constituyente. En otoño, este gobierno dejó de existir bajo los golpes del Ejército Rojo.

13 *Mencheviques*: partidarios de la corriente oportunista pequeñoburguesa de la socialdemocracia de Rusia. En las elecciones de los organismos centrales del partido, en el II Congreso del POSDR, celebrado en 1903, los socialdemócratas revolucionarios, encabezados por Lenin, obtuvieron la mayoría ("bolshinstvó", y de ahí su denominación de bolcheviques) , y los oportunistas, la minoría ("menshinstvó", y de ahí su denominación de mencheviques). Durante la revolución de 1905-1907 los mencheviques se pronunciaron contra la hegemonía del proletariado en la revolución, contra la alianza de la clase obrera y de los campesinos y exigían el acuerdo con la burguesía liberal. Durante los años de reacción (1907-1910), que siguieron a la derrota de esta revolución, la mayoría de los mencheviques se hicieron liquidadores. Después de la victoria de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, los mencheviques entraron con los eseristas en el Gobierno Provisional burgués, apoyaron su política imperialista y lucharon contra la revolución socialista que se avecinaba. Al triunfar la Revolución Socialista de Octubre, los mencheviques se convirtieron en un partido abiertamente contrarrevolucionario, organizador de complots y levantamientos encaminados a derrocar el Poder soviético.

14 La *Inspección Obrera y Campesina* se creó a iniciativa de Lenin en febrero de 1920, reorganizándose en Comisariado del Pueblo de Control del Estado, instituido en los primeros meses del Poder soviético.

15 "*Pravda*": primer periódico obrero legal de masas fundado por Lenin el 5 de mayo de 1912; órgano del CC del PCUS.

16 *Cectrán* (*Comité Central del Sindicato Unificado de Trabajadores del Transporte Ferroviario y Fluvial*): se fundó en septiembre de 1920. La unificación de los dos sindicatos del transporte fue debida a la necesidad de crear una fuerte dirección centralizada, capaz de garantizar el cumplimiento de las tareas de restablecimiento del transporte, cuyo desbarajuste amenazaba paralizar la economía del país. La dificultad de las tareas planteadas requería que se aplicara temporalmente una política de medidas extraordinarias y métodos militares de trabajo dentro de la organización sindical. Tras de

realizar un considerable trabajo de restablecimiento del transporte, el Cectrán degeneró en un órgano burocrático desligado de las masas sindicadas. La burocracia, los métodos de escueto ordeno y mando, el nombramiento, en vez de la elección, de personas para desempeñar cargos y la renuncia a los métodos democráticos de trabajo, implantados a todo pasto por los trotskistas, que se habían apoderado de la dirección del Cectrán, indisponían a los obreros con el partido y dividían las filas de los trabajadores del transporte. Estos métodos perjudiciales fueron condenados por el Comité Central del partido. Los Plenos del CC del PC(b) de Rusia, celebrados el 8 de noviembre y el 7 de diciembre de 1920, tomaron el acuerdo de incluir al Cectrán en el sistema general de trabajo del Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia con los mismos derechos que los otros sindicatos y recomendaron al Cectrán que cambiara de métodos de trabajo en el sentido de ampliar la democracia sindical y practicar a vasta escala la electividad de todos los organismos sindicales.

17 La *Plataforma de los diez* (*Proyecto de resolución del X Congreso del PC(b) de Rusia sobre el papel y las tareas de los sindicatos,* redactado en noviembre de 1920 durante la discusión sindical) fue firmada por Lenin, F. Serguéiev (Artiom), G. Zinóviev, M. Kalinin, L. Kámenev, S. Lozovski, J. Stalin, M. Tomski, Y. Rudzutak y G. Petrovski. Apoyada por la inmensa mayoría de los miembros del partido, la Plataforma de los diez sirvió de base a la resolución del X Congreso del PC(b) de Rusia sobre el papel y las tareas de los sindicatos.

18 Véase F. Engels. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

19 Estas palabras se las dijo a Lenin la escultora inglesa (

20 A primeros de abril de 1920, el Consejo de la Defensa Obrera y Campesina, fundado en noviembre de 1918 como centro económico, militar y planificador principal de la república, fue reorganizado y empezó a denominarse Consejo de Trabajo y Defensa. Por acuerdo del VIII Congreso de los Soviets de toda Rusia, el Consejo de Trabajo y Defensa comenzó a funcionar en diciembre de 1920 con atribuciones de comisión del Consejo de Comisarios del Pueblo con la tarea principal de coordinar el funcionamiento de todas las entidades de la economía nacional; existió hasta 1937.

21 Se refiere a la *V Conferencia del partido de toda Ucrania*, celebrada en noviembre de 1920 en Járkov, en la que votaron en pro de la plataforma de la "oposición obrera" veintitrés delegados de los trescientos dieciséis presentes, o sea, el 7% .

22 *Grupo "centralismo democrático"*: grupo oportunista de oposición que impugnó por primera vez los principios leninistas de organización del partido y de los Soviets en el VIII Congreso del PC(b) de Rusia. En el IX Congreso del PC(b) de Rusia, el grupo "centralismo democrático" presentó coinformantes suyos en los problemas de fomento de la economía y de organización. Negaba el papel dirigente del partido en los Soviets y en los sindicatos, se oponía a la dirección unipersonal y a la responsabilidad personal de los directores en la industria, combatía los principios leninistas en los problemas de organización y exigía libertad de fracciones y grupos. El congreso denunció las opiniones antipartido de los "centralistas democráticos" y les dio contundente replica. Estos oposicionistas carecían de influencia entre las masas del partido y sus actos contaban con la anuencia de los mencheviques, los cuales se solidarizaban con ellos en muchas cuestiones. Durante la discusión sindical de 1920-1921, el grupo "centralismo democrático" publicó su plataforma fraccional y la preconizó en las asambleas que precedieron al congreso, reuniendo algunos votos a su favor. En el X Congreso del PC(b) de Rusia, el grupo trasladó el centro de gravedad de la lucha contra el partido a los problemas de organización de partido, hablando en su nombre como conformante en el congreso V. Maximovski. Este grupo se disolvió en 1923 y sus dirigentes formaron bloque con la oposición trotskista.

23 "*Diskussionni Listok*" ("Boletín de Discusión"): publicación no periódica del CC del PC(b) de Rusia; se editaba por acuerdo de la IX Conferencia Nacional del PC(b) de Rusia, celebrada en septiembre de 1920. Antes del X Congreso salieron dos números de este boletín: el primero, en enero; y el segundo, en febrero de 1921. Después del X Congreso dejó de aparecer y luego reapareció varias veces durante los períodos de las discusiones y antes de celebrarse algunos congresos del partido.

24 Lenin presentó el informe sobre la unidad del partido y la desviación anarcosindicalista el 16 de marzo de 1921 en la última sesión, la dieciséis, del congreso. En los debates que se abrieron contra los proyectos de resoluciones propuestos por Lenin *Sobre la unidad del partido* y *Sobre la desviación sindicalista y anarquista en nuestro partido*, hablaron representantes de los grupos "oposición obrera" y "centralismo democrático". Después del discurso de resumen de Lenin, el congreso aprobó por mayoría aplastante de votos las resoluciones propuestas por él.

25 Véanse C. Marx. *Crítica del Programa de Gotha*; carta a J. Weidemeyer, del 5 de marzo de 1852; F. Engels. *Anti-Dühring*; *El origen de la familia, .la propiedad privada y el Estado*.

26 Lenin se refiere al grupo anarquista de los "izquierdistas", que se desgajó del Partido Comunista de Alemania y formó en abril de 1920 el denominado Partido Comunista Obrero Alemán. Los "izquierdistas" propugnaban ideas anarcosindicalistas, pequeñoburguesas. Los delegados del Partido Comunista Obrero Alemán al II Congreso de la Internacional Comunista, Otto Rüle y A. Merges, abandonaron el congreso, al no encontrar apoyo en la IC.

27 Se trata de la resolución sobre el problema agrario, aprobada el 4 de agosto de 1920 en el II Congreso de la Internacional Comunista.

28 Lenin empezó a escribir el folleto *Sobre el impuesto en especie* a fines de marzo de 1921, poco después de finalizar el X Congreso del partido, y lo acabó el 21 de abril. Concedía gran importancia a la rápida publicación y difusión de esta obra en la que se

argumentaba profundamente la necesidad de pasar a la nueva política económica. A primeros de mayo se publicó en folleto aparte y, poco después, en el número 1 de la revista *Krásnaya Nov*, reeditándose luego en numerosas ciudades del país y reimprimiéndose íntegramente o fragmentos de él tanto en la prensa central como en la local. En 1921 fue traducido al alemán, al inglés y al francés. El CC del PC(b) de Rusia recomendó, mediante una disposición especial, a los comités regionales, provinciales y distritales del partido que utilizasen este folleto de Lenin para explicar a los trabajadores la importancia de la nueva política económica.

29 El Tratado de Paz de Brest entre la Rusia Soviética y los países de la Cuádruple Alianza (Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía) se firmó el 1 de marzo de 1918 en condiciones muy onerosas para la Rusia Soviética.

30 "*Comunistas de izquierda*": grupo antipartido que surgió a comienzos de 1918 con motivo de la conclusión del tratado de paz con Alemania (paz de Brest). Encubriéndose con frases izquierdistas sobre la guerra revolucionaria, el grupo de los "comunistas de izquierda" defendía la política aventurera de arrastrar a la República Soviética, que aún no tenía ejército, a la guerra con la Alemania imperialista y ponía al Poder soviético en trance de muerte. Impugnaba también la introducción de la dirección unipersonal en las empresas y la disciplina en el trabajo, así como el empleo de los especialistas burgueses en la industria. El partido, dirigido por Lenin, dio enérgica réplica a la política de los "comunistas de izquierda".

31 *Eseristas de izquierda*: partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda (internacionalistas), constituida orgánicamente en su I Congreso Nacional, celebrado del 19 al 28 de noviembre (2-11 de diciembre) de 1917. Hasta aquel momento habían existido como ala izquierda del partido de los eseristas. En el II Congreso de los Soviets de toda Rusia votaron en los puntos más importantes del orden del día con los bolcheviques, rechazando, sin embargo, la propuesta de los bolcheviques de entrar en el Gobierno soviético. Tras largas vacilaciones, los eseristas de izquierda aceptaron el acuerdo con los bolcheviques, procurando conservar su influencia entre los campesinos, y fueron incluidos en varios consejos colegiados de comisariados del pueblo. Al emprender la senda de la colaboración con los bolcheviques, los eseristas de izquierda discreparon de ellos en los problemas cardinales de la edificación del socialismo y se pronunciaron contra la dictadura del proletariado. En enero-febrero de 1918, el CC del partido de los eseristas de izquierda empezó la lucha contra la conclusión del Tratado de Paz de Brest y, cuando fue firmado y ratificado por el IV Congreso de los Soviets en marzo de 1918, abandonaron el Consejo de Comisarios del Pueblo, prosiguiendo, sin embargo, en los consejos colegiados de los comisariados del pueblo y en los organismos locales de poder. Conforme se fue desplegando la revolución socialista en el campo, entre los eseristas de izquierda fue ganando terreno el sentir antisoviético. En julio de 1918, el CC de los eseristas de izquierda organizó en Moscú el asesinato del embajador alemán con el propósito de provocar de esa manera la guerra entre la Rusia Soviética y Alemania y organizó una sublevación armada contra el Poder soviético. A este respecto, el V Congreso de los Soviets de toda Rusia adoptó la resolución, después de aplastar la sublevación, de excluir de los Soviets a los eseristas de izquierda, que compartían las opiniones de sus cabecillas.

32 "*Nóvaya Zhizn*" ("Vida Nueva"): diario publicado en Petrogrado del 18 de abril (1 de mayo) de 1917 hasta julio de 1918. La iniciativa de publicar este periódico fue del grupo de mencheviques internacionalistas y de escritores agrupados en torno a la revista Létopis. Este periódico acogió con hostilidad la Revolución Socialista de Octubre y la instauración del Poder soviético. Desde el 1 de junio de 1918, Nóvaya Zhizn salió en dos ediciones: la de Petrogrado y la de Moscú, clausuradas ambas en julio de 1918.

33 "*Vperiod*" ("Adelante"): diario menchevique publicado desde marzo de 1917 en Moscú como órgano de la organización moscovita de los mencheviques y luego como órgano de los comités del POSDR (de los mencheviques) de la organización de Moscú y de la Región Central. Desde el 2 de abril de 1918 pasó a ser también órgano del Comité Central de los mencheviques. Por disposición de la Cheka, fue clausurado el 10 de mayo de 1918, debido a su actividad contrarrevolucionaria; sus dirigentes fueron procesados.

34 Véase C. Marx. *Critica del Programa de Gotha*.

35 Véase F. Engels. *El problema campesino en Francia y en Alemania*.

36 *El hombre enfundado*: personaje del cuento homónimo de A. Chéjov. Tipo de pequeño burgués de

37 Aquí Lenin cita palabras de la poesía de Alejandro Pushkin *El héroe*.

38 *Oblomovismo*: sinónimo de rutina, estancamiento, inn

39 Se alude al *plan de electrificación de toda Rusia*, primer plan científico de restablecimiento y desarrollo de la economía de la República Soviética para un período prolongado, que hizo, por encargo de Lenin, la Comisión Estatal de Electrificación de Rusia (GOELRO) en 1920. Este plan se calculaba para un período de 10 a 15 años y se proyectaban construir veinte centrales termoeléctricas y diez hidroeléctricas de una potencia total de un millón quinientos mil kilovatios hora y elevar en tres lustros la potencia de todas las centrales eléctricas distritales a 1.750.000 kilovatios hora. La generación anual de electricidad se proyectaba en 8.800.000.000 kWh contra 1.900.000.000 kWh que se producían en Rusia en 1913. El plan estipulaba una distribución racional e igual de la industria por todo el territorio del país. Según el plan se proyectaba aumentar la producción industrial entre el 80 y el 100 por cien en comparación con el nivel de 1913 y en muchas veces en comparación con el nivel de producción de 1920. El plan GOELRO se cumplió en lo fundamental ya en 1931. La generación de electricidad en 1931 en la URSS

alcanzó la cifra de 10.700.000.000 kWh, habiendo aumentado en diez años en más de veinte veces.

40 Se trata de la sublevación contrarrevolucionaria de la burguesía y los terratenientes en agosto de 1917. La encabezó el general en jefe del ejército zarista Kornilov. Los confabulados se proponían apoderarse de Petrogrado, destrozar el partido bolchevique, disolver los Soviets, implantar una dictadura militar en el país y preparar la restauración de la monarquía. La sublevación estalló el 25 de agosto (7 de septiembre) y fue aplastada por los obreros y los campesinos, dirigidos por los bolcheviques.

41 *Internacional II y media*: se alude a la organización internacional de los partidos y grupos socialistas centristas que abandonaron la II Internacional bajo la presión de las masas revolucionarias. Esta agrupación, conocida también con el nombre de "Internacional de Viena" (su denominación oficial era Agrupación Internacional de Partidos Socialistas), quedó formada en la Conferencia de Viena en febrero de 1921. Aunque criticaban de palabra a la II Internacional, los líderes de la Internacional II y media aplicaban, de hecho, entre la clase obrera una política oportunista y escisionista en todos los problemas primordiales del movimiento proletario y procuraban utilizar la agrupación creada por ellos para contrarrestar la creciente influencia de los comunistas entre las masas obreras, En mayo de 1923 la II Internacional y la Internacional II y media se fusionaron, formando la llamada Internacional Socialista Obrera.

42 Se alude a la revista menchevique *Sotsialistícheski Véstnik* ("El Heraldo Socialista"), fundada por L. Mártov y publicada en la emigración; apareció desde 1921, primero en Berlín y luego en París. Actualmente aparece en los EE.UU.

43 La grabación de discursos de Lenin en discos fonográficos fue organizada por "Centropechat" (Agencia Central de Prensa) en 1919-1921.

44 El *III Congreso de la Internacional Comunista* se celebró en Moscú del 22 de junio al 12 de julio de 1921. Participaron en sus labores 605 delegados (291 con voz y voto y 314 con voz, pero sin voto) en representación de 103 organizaciones de 52 países. Estas organizaciones eran: 48 partidos comunistas, 8 partidos socialistas, 28 organizaciones de las juventudes, 4 organizaciones sindicales, 2 partidos comunistas oposicionistas (el Partido Comunista Obrero Alemán y el Partido Comunista Obrero de España) y otras 13 organizaciones. El Partido Comunista (bolchevique) de Rusia estuvo representado en el congreso por 72 delegados con Lenin al frente.

El congreso debatió los problemas de la crisis económica mundial y las nuevas tareas de la Internacional Comunista, los informes sobre la labor del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, sobre el Partido Comunista Obrero Alemán, sobre la cuestión italiana, sobre la táctica de la IC, sobre la actitud del Consejo Internacional Rojo de los Sindicatos ante la Internacional Comunista; sobre la lucha contra la Internacional de Amsterdam, sobre la táctica del PC(b) de Rusia; sobre la Internacional Comunista y el movimiento de las juventudes comunistas; sobre el movimiento femenino, sobre el Partido Comunista Unificado de Alemania y otros. Lenin presentó al congreso el informe sobre la táctica del PC(b) de Rusia y pronunció los discursos en defensa de la táctica de la Internacional Comunista, sobre la cuestión italiana, y habló en las comisiones del congreso, en las reuniones ampliadas del Comité Ejecutivo de la ICI así como en las reuniones de delegados. En vísperas del congreso y durante las labores del mismo, Lenin tuvo entrevistas con los delegados y trató con ellos de la marcha de las cosas en los partidos comunistas.

El III Congreso de la Internacional Comunista desempeñó un gran papel en la formación y desarrollo de los jóvenes partidos comunistas. Dedicó la atención principal a elaborar la táctica de la IC y de sus organizaciones con motivo de las nuevas condiciones de desarrollo del movimiento comunista mundial. Además de combatir el peligro centrista, Lenin hubo de prestar mucha atención a la lucha contra el dogmatismo "izquierdista", la frase ultraizquierdista seudorrevolucionaria y el sectarismo. Como resultado de la tenaz lucha desplegada por Lenin contra el peligro "de la izquierda", en el congreso prevaleció el marxismo revolucionario.

45 El 13 de abril de 1919, en Amritsar, importante centro industrial de Penjab, las tropas inglesas ametrallaron un multitudinario mitin de trabajadores en protesta del terror desplegado por los colonialistas. Resultaron muertas unas mil y heridas unas dos mil personas. Como respuesta a la matanza de Amritsar, en Penjab estalló una insurrección del pueblo, y los disturbios se extendieron a otras zonas de la India. La insurrección de Penjab fue aplastada con saña por los colonialistas ingleses.

46 El VIII Congreso Nacional de Electrotécnicos se celebró en Moscú del 1 al 9 de octubre de 1921.

47 *Democonstitucionalistas*: miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, partido principal de la burguesía liberal monárquica de Rusia, fundado en octubre de 1905 e integrado por elementos de la burguesía, terratenientes partidarios de los zemstvos e intelectuales burgueses. Durante la primera guerra mundial apoyaron activamente la política exterior anexionista del gobierno zarista. Durante la revolución democrática burguesa de febrero de 1917 procuraron salvar la monarquía. Desde la posición dirigente que ocupaban en el Gobierno Provisional burgués, los democonstitucionalistas aplicaban una política antipopular y contrarrevolucionaria. Después de triunfar la Revolución Socialista de Octubre fueron enemigos inconciliables del Poder soviético y participaron en todas las acciones contrarrevolucionarias armadas y en todas las campañas de los intervencionistas.

48 "*Posliednie Nóvosti*" ("Las Ultimas Noticias"): diario de los emigrados blancos, órgano del contrarrevolucionario partido de los democonstitucionalistas; se publicó en París desde abril de 1920 hasta julio de 1940. Su director fue P.

Miliukov.

49 "*Kommunistícheski Trud*" ("El Trabajo Comunista"): diario, órgano del Comité de Moscú del PC(b) de Rusia y del Soviet de Moscú de Diputados Obreros y Campesinos. Aparece desde marzo de 1918. Actualmente se publica con el título de *Moskóvskaya Pravda* ("La Verdad de Moscú").

50 Se alude a las enmiendas presentadas por las delegaciones alemana, austriaca e italiana al proyecto de tesis sobre táctica propuesto por la delegación del PC(b) de Rusia al III Congreso de la Internacional Comunista. Estas enmiendas se publicaron en alemán en el periódico *Moskau*, órgano del III Congreso de la Internacional Comunista.

51 El *Partido Comunista Obrero Alemán* (PCOA) se formó en abril de 1920 con los comunistas "de izquierda" expulsados del Partido Comunista de Alemania en el Congreso de Heidelberg en 1919. Fue admitido provisionalmente en la Internacional Comunista como simpatizante, en noviembre de 1920, para facilitar la unificación de todas las fuerzas comunistas de Alemania e ir al encuentro de los mejores elementos del PCOA. Sin embargo, el Comité Ejecutivo de la IC tenía por única sección, con plenitud de derechos, el Partido Comunista Unificado de Alemania. Al admitir en la IC al PCOA, se puso a sus representantes la condición de que se fusionasen con el PCUA y lo apoyasen en todas sus acciones. Los dirigentes del PCOA no acataron las indicaciones del Comité Ejecutivo de la IC. El III Congreso de la Internacional Comunista, que luchó por ganarse a los obreros que seguían aún al PCOA, acordó darle un plazo de dos a tres meses para que convocase un congreso y decidiese unificarse. En este acuerdo del III Congreso se decía que si el congreso renunciaba a la unificación de los comunistas alemanes, el PCOA se consideraría excluido de la IC. Los dirigentes del PCOA no cumplieron los acuerdos del III Congreso de la IC, prosiguieron su labor escisionista, y el Comité Ejecutivo de la IC se vio obligado a romper las relaciones con este partido, que se vio fuera de la IC. Posteriormente, el PCOA degeneró en un insignificante grupo sectario sin apoyo alguno en la clase obrera alemana y hostil a ella.

52 Se alude a la *Carta abierta* ("Offener Brief") del Comité Central del Partido Comunista Unificado de Alemania al Partido Socialista de Alemania, al Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, al Partido Comunista Obrero Alemán y a todas las organizaciones sindicales de este país, publicada en el periódico *Die Rote Fahne* ("La Bandera Roja") el 8 de enero de 1921. En esta carta, el PCUA exhortaba a todas las organizaciones obreras, sindicales y socialistas a luchar unidas contra la creciente reacción y la ofensiva del capital a los derechos vitales de los trabajadores. El programa de acciones conjuntas, presentado por los comunistas, estipulaba la lucha por aumentar las pensiones a los mutilados de la guerra, por poner fin al paro, sanear la situación financiera del país a costa de los monopolios, implantar el control de los comités fabriles sobre todas las existencias de productos alimenticios, materias primas y combustibles, poner en funcionamiento todas las empresas paralizadas, establecer el control de la siembra, la recolección y la venta de toda la producción agrícola por los Soviets de campesinos con las organizaciones de obreros agrícolas, desarmar inmediatamente y disolver todas las organizaciones paramilitares burguesas, fundar la autodefensa obrera, amnistiar a todos los presos políticos y restablecer sin demora las relaciones comerciales y diplomáticas con la Rusia Soviética.

Los dirigentes derechistas de las organizaciones a las que iba dirigida la *Carta abierta* rechazaron las propuestas de unidad de acción con los comunistas, pese a que los obreros se pronunciaron en pro del frente único del proletariado.

53 El fondo de la *teoría de la lucha ofensiva* o "teoría de la ofensiva", proclamada en diciembre de 1920 en el Congreso de Unificación del Partido Comunista de Alemania y del ala izquierda del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania estriba en que el partido debe aplicar la táctica de la ofensiva sin parar mientes en si existen las premisas objetivas imprescindibles para la acción revolucionaria o en si el Partido Comunista cuenta con el apoyo de las grandes masas trabajadoras.

La "teoría de la ofensiva" tenía seguidores también entre los "izquierdistas" de Hungría, Checoslovaquia, Italia, Austria y Francia; fue la base y una de las causas de la derrota de la acción de marzo del proletariado de Alemania en 1921 (véase la nota 54). Después de ser derrotada la insurrección de marzo, los "izquierdistas" intentaron justificar los errores del CC del PCUA; en las tesis sobre la insurrección de marzo, aprobadas por este CC el 8 de abril de 1921, se decía que el PCUA debía siempre "atenerse a la pauta de la ofensiva revolucionaria" en que se había basado la insurrección de marzo; que las acciones ofensivas "aun cuando son derrotadas, constituyen la premisa de la futura victoria y el único medio posible para que el partido revolucionario se gane a las masas..." En el III Congreso de la Internacional Comunista, los adeptos de la "teoría de la ofensiva" trataron de conseguir que sirviera de base para las resoluciones sobre la táctica de la Internacional Comunista. Lenin mostró en los discursos que pronunció en el congreso cuán errónea y aventurera era esta "teoría". El congreso aprobó las propuestas de Lenin de prepararse con paciencia y ganar para el movimiento comunista a la mayoría de la clase obrera.

54 Se alude a la acción armada del proletariado de Alemania en marzo de 1921. La burguesía alemana, asustada por el aumento de la influencia de los comunistas entre las masas, decidió provocar a la vanguardia revolucionaria del proletariado a una acción armada prematura y sin preparar y aplastar las organizaciones revolucionarias de la clase obrera. El 16 de marzo, so pretexto de combatir a los maleantes, presuntos promotores de huelgas, el jefe superior de la policía prusiana, que era el socialdemócrata Górsing, dio la orden de introducir

destacamentos de policía en las empresas de Alemania central. Las provocaciones de las autoridades despertaron la turbulenta indignación de los obreros, comenzando los choques con la policía. La mayoría izquierdista del CC del Partido Comunista Unificado de Alemania, partiendo de la denominada "teoría de la ofensiva" (véase la nota 53), empujó a los obreros a una insurrección prematura. El 17 de marzo, el CC del PCUA tomó el acuerdo de que el "proletariado tiene el deber de aceptar el combate" y llamó al proletariado del país a la huelga general en apoyo de los obreros de Alemania central. Sin embargo, la mayoría de la clase obrera no estaba preparada para la lucha y no participó en los combates; la acción adquirió el carácter de lucha armada sólo en Alemania central. Durante las jornadas de marzo, el joven Partido Comunista de Alemania incurrió en una serie de errores. A pesar de la heroica lucha de los obreros, la acción de marzo fue sofocada, asestándose un rudo golpe al Partido Comunista y a la clase obrera. Una de las causas principales del fracaso de la insurrección fue la traicionera política de división y desmembramiento de las fuerzas que aplicaron los socialdemócratas y los líderes de los sindicatos reformistas. Causaron un gran daño a la insurrección y al Partido Comunista las acciones oportunistas de P. Levi.

55 El 14 (27) de junio de 1917, el Gobierno Provisional dispuso convocar las elecciones a la Asamblea Constituyente para el 17 (30) de septiembre del mismo año. En agosto, las elecciones fueron aplazadas para el 12 (25) de noviembre. Estas elecciones se celebraron después de la victoria de la Revolución Socialista de Octubre, en la fecha fijada del 12 (25) de noviembre de 1917. Se hicieron según las listas compuestas antes de la Revolución de Octubre, y la composición de la Asamblea Constituyente reflejaba la correlación de fuerzas existente cuando se encontraba en el poder la burguesía. Resultó un divorcio entre la voluntad de la inmensa mayoría del pueblo, que se pronunciaba en pro del Poder soviético, y la política que aplicaba la mayoría eserista-menchevique-democonstitucionalista de la Asamblea Constituyente, que expresaba los intereses de la burguesía y los terratenientes. En vista de que la Asamblea Constituyente se negó a examinar la *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado* y aprobar los decretos del II Congreso de los Soviets sobre la paz, la tierra y el paso del poder a los Soviets, fue disuelta por acuerdo del CEC de toda Rusia el 6 (19) de enero de 1918.

56 Se trata de la huelga sostenida por los mineros ingleses entre abril y junio de 1921. Se declaró en respuesta a la exigencia de los propietarios de las minas de disminuir considerablemente el salario de los mineros. Participó en ella más de un millón de mineros y se convirtió en general tras el llamamiento del sindicato de esta rama. La Federación de los mineros propuso a los comités ejecutivos de las tradeuniones de los obreros del transporte y de los ferroviarios que participasen en la huelga de solidaridad, pero los líderes reformistas de estos sindicatos no apoyaron a los mineros. Mantuvieron entre bastidores conversaciones con el Gobierno y los propietarios de las minas con el fin de llegar a un compromiso y romper la huelga. Después de tres meses de heroica lucha, los mineros ingleses tuvieron que reanudar el trabajo.

57 Se alude a la resolución del III Congreso de la Internacional Comunista *La situación internacional y nuestras tareas*.

58 El 26 de mayo de 1921 los guardias blancos derrocaron en Vladivostok, con el apoyo de los intervencionistas japoneses, la Dirección Regional de Primorie de la República Extremoriental y pusieron en el poder a representantes de la gran burguesía. En Primorie se implantó un régimen de dictadura burguesa y terror; Primorie del Sur quedó convertido en plaza de armas para continuar la intervención imperialista en el Extremo Oriente.
El ejército popular revolucionario de la República Extremo Oriental derrotó a los guardias blancos. El Japón se vio obligado a evacuar sus tropas del Extremo Oriente. El 14 de noviembre de 1922, la Asamblea Popular de dicha república acordó constituir el Comité Revolucionario Extremoriental, le confirió la plenitud de poder y le encargó poner en práctica la unificación del Extremo Oriente con la Rusia Soviética. El 15 de noviembre de 1922, el Presídium del CEC de toda Rusia decretó que la República Extremoriental era parte inseparable de la Federación Rusa.

59 Véase F. Engels. *¿Puede Europa desarmarse*?

60 *Congreso del partido checoslovaco*: Congreso del Partido Socialdemócrata Checoslovaco (izquierdista), que fue el Congreso de Fundación del Partido Comunista de Checoslovaquia. Se celebró en Praga del 14 al 16 de mayo de 1921 y participaron en él 569 delegados en representación de más de 350.000 afiliados. Bajo las clamorosas y prolongadas ovaciones de los delegados, el congreso adoptó la resolución de ingresar en la III Internacional. El informante fundamental fue B. Smeral.

61 "*Vorwärtd*' ("Adelante"): periódico que empezó a publicarse en mayo de 1911 como órgano de la tendencia izquierdista de los socialdemócratas austriacos en Reichenberg. Desde 1921 fue órgano del Partido Comunista de Checoslovaquia (sección alemana).

62 Se trata de la insurrección contrarrevolucionaria de Cronstadt en marzo de 1921 (véase la nota 10).

63 *Blanquistas*: partidarios de una corriente del movimiento socialista francés encabezada por Luis Augusto Blanqui (1805-1881), eminente revolucionario y destacado representante del comunismo utópico francés.. Los blanquistas esperaban "que la humanidad se libraría de la esclavitud asalariada por medio de un complot de una pequeña minoría de intelectuales, y no por medio de la lucha de clase del proletariado" (V. 1. Lenin). Al sustituir la labor del partido revolucionario con las acciones de un puñado de confabulados, menospreciaban los vínculos con las masas y no comprendían la necesidad del

movimiento revolucionario de masas.

64 *Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania*: partido centrista fundado en abril de 1917 en el Congreso fundacional de Gotha. Los "independientes" propugnaban la unidad con los socialchovinistas y se deslizaban hacia el abandono de la lucha de clase. Cuando se fundó la Internacional Comunista (1919), abandonaron la II Internacional. En octubre de 1920, el Partido Socialdemócrata Independiente se escindió en el Congreso de Halle, fundiéndose una parte considerable de él, en diciembre del mismo año, con el Partido Comunista de Alemania. Los elementos derechistas formaron su partido, al que dieron el viejo nombre de Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, el cual subsistió hasta 1922.

65 A comienzos de julio de 1921, los obreros y empleados de las empresas municipales de Berlín decidieron declararse en huelga, reclamando aumento de salarios. La mayoría de los obreros (unos 80.000) se pronunció a favor de la huelga. Pero los reformistas consiguieron frustrada: como resultado de las negociaciones sostenidas por los representantes de los obreros y empleados con el Ayuntamiento de Berlín, que se encontraba en manos de los socialdemócratas, los salarios de los obreros y empleados municipales experimentaron un pequeño aumento.

66 En los primeros días de julio de 1921, los obreros textiles de Lille (Francia) se declararon en huelga con motivo de la reducción de salarios efectuada por los fabricantes. La huelga se extendió a los departamentos del Norte y los Vosgos, llegando a 60.000 el número de huelguistas. En la primera quincena de septiembre fueron a la huelga general los obreros de la región septentrional de Francia, siendo secundados provisionalmente por los de otras regiones. El gobierno introdujo tropas en la región septentrional e hizo simultáneamente de mediador en las negociaciones entre los obreros y los fabricantes. A pesar de la firmeza de los obreros, que lucharon durante dos meses, la huelga fracasó debido a la táctica reformista de los líderes de los sindicatos y a las condiciones económicas desfavorables.

67 "*Pravda*" publicó el 10 de julio de 1921, en su número 149, una información detallada del gran mitin celebrado por los obreros de Roma el 8 del mismo mes.

68 *Entente*: bloque de Estados imperialistas (Inglaterra, Francia y Rusia) formado definitivamente en 1907; estaba dirigido contra los imperialistas de la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia). Debe la denominación al convenio anglo-francés, *Entente Cordiale*, concertado en 1904. Durante la primera guerra mundial (1914-1918) se adhirieron a la Entente los EE.UU., el Japón y otros países. Después de la Revolución Socialista de Octubre, los componentes principales de este bloque (Inglaterra, Francia, EE.UU. y Japón) fueron los inspiradores, los organizadores y los participantes en la intervención militar contra el País Soviético.

69 Se trata de la contrarrevolucionaria sublevación armada del cuerpo de ejército checoslovaco, urdida por los imperialistas de la Entente con la participación activa de los mencheviques y los eseristas. El cuerpo de ejército checoslovaco se formó en Rusia antes aún del triunfo de la Revolución Socialista de Octubre con prisioneros de guerra checos y eslovacos. En el verano de 1918 había en él más de 60.000 hombres (en Rusia se encontraban en total unos 200.000 prisioneros checos y eslovacos). Cuando se hubo instaurado el Poder soviético, el cuerpo de ejército checoslovaco se integró en el ejército francés, y los representantes de la Entente plantearon el problema de evacuado a Francia. Según el acuerdo del 26 de marzo de 1915, al cuerpo de ejército se le dio la posibilidad de salir de Rusia por Vladivostok, previa condición de que entregara las armas. Pero el mando contrarrevolucionario del cuerpo infringió pérfidamente el convenio concertado con el Gobierno soviético sobre la entrega de las armas y, por indicación de los imperialistas de la Entente, provocó a fines de mayo una sublevación armada. Operando en estrecho contacto con los guardias blancos y los kulaks, los checos blancos ocuparon una parte considerable de los Urales, de la región del Volga y de Siberia, restableciendo por doquier el poder de la burguesía. La mayoría de los prisioneros de guerra checos y eslovacos simpatizaban con el Poder soviético y no se dejaron arrastrar por la propaganda antisoviética del mando reaccionario del cuerpo de ejército. Convencidos del engaño, muchos soldados abandonaron el cuerpo de ejército, negándose a combatir contra la Rusia Soviética. Unos 12.000 checos y eslovacos pelearon en las filas del Ejército Rojo.

La región del Volga fue liberada por el Ejército Rojo en el otoño de 1918. Los checos blancos fueron derrotados definitivamente al mismo tiempo que se liquidó la campaña de KoIchak.

70 Se alude al gobierno de guardias blancos, eseristas y mencheviques formado en Samara, el llamado Comité de Miembros de la Asamblea Constituyente o "Constituyente de Samara" (véase la nota 12).

71 El *Tratado de Paz de Versalles*, que puso fin a la primera guerra mundial de 1914-1918, lo firmaron el 28 de junio de 1919 los EE.UU., el Imperio británico, Francia, Italia, el Japón y los Estados que se les adhirieron, por una parte, y Alemania, por la otra. El objetivo de este tratado era afianzar el reparto del mundo capitalista a favor de las potencias vencedoras y crear un sistema de relaciones entre los países enfilado a asfixiar a la Rusia Soviética y aplastar el movimiento revolucionario en todo el mundo.

72 El *Manifiesto de Basilea*, sobre la guerra, fue aprobado por el Congreso Extraordinario Socialista Internacional de Basilea, que se celebró el 24 y el 25 de noviembre de 1912. Este manifiesto prevenía a los pueblos contra la guerra imperialista mundial que se avecinaba, denunciaba los fines rapaces de esta guerra y exhortaba a los obreros de todos los países a la lucha enérgica por la paz, oponiendo "al imperialismo capitalista el poderío de la solidaridad internacional del proletariado". El Manifiesto de

Basilea condenó enérgicamente la política expansionista de los Estados imperialistas y llamó a los socialistas a luchar contra toda opresión de los pueblos pequeños y las manifestaciones de chovinismo.

73 *Los comités de instrucción política* se constituyeron en virtud del decreto del 23 de febrero de 1920 adjuntos a las secciones locales de instrucción pública. El trabajo de los comités locales de instrucción política estaba dirigido por el Comité General de Instrucción Política de la República, adjunto al Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública.

74 Se alude al acuerdo del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, adoptado el 29 de abril de 1918 con relación al informe de Lenin sobre las tareas inmediatas del Poder soviético.

75 Se trata de la *Comisión Extraordinaria de toda Rusia de Liquidación del Analfabetismo*, formada por decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo del 19 de julio de 1920.

76 *Las Asambleas* (o Juntas) *Económicas Provinciales* (Regionales) eran organismos locales del Consejo de Trabajo y Defensa fundados a comienzos de 1921 con el fin de coordinar e intensificar la labor de todos los organismos locales de economía. Las tareas principales de éstas consistían en comprobar el cumplimiento oportuno y exacto de las disposiciones sobre problemas económicos de todos los organismos superiores, examinar y coordinar los planes de economía de las provincias, controlar su aplicación y velar por el aprovechamiento adecuado de los recursos materiales y por el desarrollo de la iniciativa local.

77 Véanse las cartas de F. Engels a A. Bebel del 18-28 de marzo de 1875 y del 11 de diciembre de 1884.

78 F. Engels. *Las publicaciones de los emigrados*.

79 Lenin se refiere al artículo de F. Engels *El problema campesino en Francia y en Alemania*, publicado en la revista *Die Neue Zeit*, Bd. 1, N° 10, 1894-1895. (Véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. III, págs. 482-502).

80 El *IX Congreso de los Soviets de toda Rusia* se celebró del 23 al 28 de diciembre de 1921 en Moscú. Lenin llevó a cabo una gran labor preparatoria de este congreso y dirigió sus deliberaciones: presentó el informe de balance del trabajo del CEC de toda Rusia y del Consejo de Comisarios del Pueblo e hizo uso de la palabra tres veces en la conferencia de los delegados sin partido.

El IX Congreso de los Soviets hizo el primer resumen de la labor realizada en las condiciones de la nueva política económica y aprobó plenamente la actividad del Gobierno Obrero y Campesino en la política interior y exterior. El congreso se dirigió a los gobiernos de los países vecinos y de todos los demás Estados, proponiéndoles que basasen su política exterior en el principio de la coexistencia pacífica. Centró la atención principal en el restablecimiento más rápido posible de la agricultura como condición imprescindible del ascenso de toda la economía nacional. En las resoluciones del congreso se decía que el restablecimiento y el ascenso de la gran industria constituyen, a la par con el restablecimiento de la agricultura, la tarea fundamental de la república. Se dedicó mucha atención a la lucha contra el hambre. El IX Congreso de los Soviets eligió un nuevo CEC de toda Rusia.

81 Lenin se refiere a las negociaciones con Bullitt, quien llegó en marzo de 1919 a la Rusia Soviética para poner en claro las condiciones en que el Gobierno soviético accedería a concertar la paz con los aliados, así como con los gobiernos de guardias blancos formados en territorio de Rusia. Por mediación de Bullitt llegaron al Gobierno soviético las propuestas del Presidente de los EE.UU. Wilson y del Primer Ministro de la Gran Bretaña Lloyd George.

El Gobierno soviético, deseoso de concertar la paz lo antes posible, accedió a negociar en las condiciones propuestas, pero introduciendo en ellas enmiendas sustanciales.

Poco después de haberse marchado Bullitt de la Rusia Soviética Kolchak logró algunos éxitos en el Frente Este, y los gobiernos imperialistas, confiando en derrotar al Estado soviético, renunciaron a negociar la paz. Wilson prohibió publicar el proyecto de acuerdo que llevaba Bullitt, y Lloyd George dijo en el Parlamento que, en general, no tenía nada que ver en las negociaciones con el Gobierno soviético.

82 La *Conferencia de Washington*, para limitar los armamentos navales y tratar las cuestiones del Océano Pacífico y del Extremo Oriente, fue convocada a iniciativa de los EE.UU. y se celebró en Washington desde el 12 de noviembre de 1921 hasta el 6 de febrero de 1922. Participaron en ella los EE.UU., Inglaterra, el Japón, Francia, Italia, China, Bélgica, Portugal y Holanda. La Rusia Soviética no fue invitada, así como tampoco lo fue la República Extremoriental, que existía a la sazón. En esta conferencia, en la que no participó la República Soviética, se discutieron varias cuestiones que le atañían directamente a ella. Con este motivo, el Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros envió en dos ocasiones, el 19 de julio y el 2 de noviembre de 1921, protestas a los gobiernos respectivos, en las que declaraba que no reconocería acuerdos algunos adoptados en una conferencia en la que no participaba una de sus principales partes interesadas. El 8 de diciembre de 1921, el Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros protestó de que en la Conferencia de Washington se tratara la cuestión del ferrocarril oriental de China, que incumbía exclusivamente a Rusia y a China.

Los acuerdos de la Conferencia de Washington fueron una adición al Tratado de Versalles; bajo la presión de los EE.UU. e Inglaterra, el Japón se vio obligado a renunciar a una serie de posiciones conquistadas por él en China, consolidando a la vez su dominación en el sur de Manchuria.

83 Por lo visto, Lenin se refiere a la *Declaración sobre el reconocimiento de las deudas* del 28 de octubre de 1921, publicada el 29 del mismo en el número 243 de *Izvestia del CEC de toda Rusia*. Rigiéndose por el principio de la coexistencia pacífica de los Estados de distinto régimen socioeconómico, el

Gobierno soviético expresó su disposición a entablar conversaciones sobre las reclamaciones mutuas y el reconocimiento de las deudas anteriores a la guerra, previa condición de firmar la paz con Rusia, de que la reconocieran los otros países y se cesara incondicionalmente en toda acción que pusiera en peligro la seguridad de las repúblicas soviéticas y de la República Extremoriental, amiga de éstas. El Gobierno soviético recordaba que uno de los fines fundamentales de su política había sido siempre la colaboración económica con otros Estados.

84 *ARA* (*American Relief Administration*): organización norteamericana fundada en 1919 con el fin de ayudar a la población que había sufrido a causa de la primera guerra mundial. Su presidente era H. Hoover, gran capitalista estrechamente relacionado con el capital ruso hasta 1917.

Al aceptar la ayuda de la ARA, con motivo del hambre declarado en 1921 en la región del Volga y en el sur de Ucrania, el Gobierno soviético rechazó las tentativas de ésta de inmiscuirse en los asuntos internos de la República de los Soviets e implantó el control sobre la actividad de la ARA. Como evidenciaron los sucesos posteriores, el personal de la ARA, constituido principalmente por oficiales del ejército norteamericano, se dedicaba al espionaje y a apoyar a los elementos contrarrevolucionarios. En junio de 1923 se puso fin a la actividad de la ARA en la URSS.

85 *Yugostal*: trust minerometalúrgico fundado en septiembre de 1921. Lo integraban varias empresas metalúrgicas de importancia de Ucrania, el Cáucaso del Norte y Crimea. Desempeñó notable papel en el restablecimiento de la siderurgia del país; existió hasta 1929.

86 La inauguración de la primera turbina de la central eléctrica distrital de Shatura, comenzada a construir en 1918, se celebró el 25 de julio de 1920 (la potencia de esta primera turbina era de 5.000 kilovatios). Las obras acabaron definitivamente en 1925; a la central eléctrica se le adjudicó el nombre de V. I. Lenin.

Las obras de la central eléctrica de Kashira comenzaron en febrero de 1919 y, según el plan, debían estar terminadas para fines de 1921, antes de la apertura del IX Congreso de los Soviets de toda Rusia. Lenin concedía gran importancia a las obras de la central eléctrica de Kashira, que debía surtir de fluido a las grandes fábricas de Moscú y era una de las primeras obras emprendidas en cumplimiento del plan de electrificación del país. La primera turbina de la central eléctrica distrital de Kashira (12.000 kilovatios) fue puesta en funcionamiento el 4 de junio de 1922.

87 "*Ekonomícheskaya Zhizn*" ("La Vida Económica"): diario que apareció desde noviembre de 1918 hasta noviembre de 1937 como órgano del Consejo Superior de Economía Nacional, del Comisariado del Pueblo de Hacienda, del Banco del Estado y otros comisariados de ramas de la economía nacional.

88 *Utkina Závod*, cerca de Petrogrado: central eléctrica *Krasni Oktiobr* ("Octubre Rojo"); su primera turbina, de 10.000 kilovatios, fue puesta en funcionamiento el 8 de octubre de 1922.

89 Se alude al proceso judicial abierto en Moscú del 15 al 18 de diciembre de 1921 contra 35 patronos, propietarios de salones de té y comedores, tahonas, zapaterías, etc. Se les acusaba de infracción del Código de Leyes sobre el Trabajo, de explotar a menores, adolescentes y mujeres, de prolongar la jornada laboral, etc. Los acusadores eran obreros de grandes empresas, tanto afiliados al partido bolchevique como sin filiación política. El tribunal condenó a más de diez patronos a elevadas multas o a trabajos obligatorios sin privarles de la libertad.

90 *VChK*, *Cheka*: Comisión Extraordinaria de toda Rusia para combatir a la contrarrevolución, el sabotaje y la especulación, fundada el 7 (20) de diciembre de 1917 por disposición del Consejo de Comisarios del Pueblo. La Cheka, uno de los organismos más importantes de la dictadura del proletariado, desempeñó un papel inmenso durante los años de la guerra civil y la intervención militar extranjera en la lucha contra la labor subversiva de la contrarrevolución y en defensa de la seguridad del Estado de la República Soviética.

91 Lenin se refiere a la conferencia económica y financiera internacional que se había de celebrar en Génova (Italia). La iniciativa de convocar una conferencia para examinar los problemas del establecimiento de la paz y la colaboración económica en Europa, incluido el de las deudas de Rusia, era del Gobierno soviético, que hizo pública el 28 de octubre de 1921 una nota sobre este problema dirigida a Inglaterra, Italia, EE.UU., Francia y el Japón. El acuerdo de convocar la conferencia fue adoptado por el Consejo Supremo de los países de la Entente el 6 de enero de 1922 en la conferencia celebrada en la ciudad de Cannes (Francia).

La Conferencia de Génova duró del 10 de abril al 19 de mayo da 1922 y participaron en ella representantes de veintinueve países: la Rusia Soviética, Gran Bretaña, Francia, Italia, Bélgica, Japón, Alemania y otros. El Gobierno estadounidense renunció a participar en la conferencia.

Chicherin, el presidente de la delegación soviética, dio lectura en la primera sesión de la conferencia a la declaración del Gobierno soviético que partía del principio fundamental de la política exterior soviética: del principio de la coexistencia pacífica de los Estados de distinto régimen social: socialista y capitalista. En ella se decía que, sin abandonar el punto de vista de los principios del comunismo, la delegación de Rusia reconocía a la vez la necesidad de implantar la colaboración económica entre los Estados que representan a dos sistemas distintos de propiedad y reafirmaba las intenciones del Gobierno soviético de negociar con todos los Estados, basando las relaciones en la reciprocidad, la igualdad y el reconocimiento completo e incondicional. El Gobierno soviético propuso una serie de medidas que aseguraban la colaboración económica de los Estados occidentales y de la Rusia Soviética. La delegación soviética declaró que

estaba dispuesta a someter al examen de la conferencia la propuesta de reducción general de los armamentos y convocar un congreso mundial para el establecimiento de la paz universal.

La declaración del Gobierno soviético, sobre todo la propuesta de reducir los armamentos, motivó una brusca negativa de los representantes de los países capitalistas. Los Estados imperialistas exigieron al Estado soviético que reconociera todas las deudas del Gobierno zarista y del Gobierno Provisional, que devolviera las empresas nacionalizadas a sus propietarios extranjeros, que concediera privilegios económicos y jurídicos a los extranjeros, que aceptara una serie de exigencias que significaban en realidad la abolición del monopolio del comercio exterior, etc.

La delegación soviética dio enérgica réplica a estas tentativas de los imperialistas de inmiscuirse en los asuntos internos del Estado soviético, rechazó las exigencias de ellos, encauzadas a subyugar a la Rusia Soviética en los aspectos económico y político, a liquidar el poder soviético y transformar a Rusia en apéndice semicolonial del capitalismo mundial y presentó a los Estados aliados, en contrapartida, la reclamación de compensar las pérdidas ocasionadas a la Rusia Soviética por la intervención militar extranjera y el bloqueo.

En vista de la postura intransigente adoptada por los países de la Entente, la conferencia no tuvo resultados prácticos inmediatos en la normalización de las relaciones de la Rusia Soviética con los Estados capitalistas. El 19 de mayo, en la última sesión plenaria de la conferencia se adoptó la resolución de formar dos comisiones de expertos (una soviética y otra de Estados occidentales) que deberían reunirse en junio de 1922 en La Haya para seguir debatiendo las cuestiones no resueltas en Génova.

92 Lenin se refiere a la política de algunas concesiones aplicada a comienzos de los años veinte por el Gobierno inglés de Lloyd George con el fin de aplastar el movimiento revolucionario de liberación nacional de Irlanda.

El tratado anglo-irlandés se concertó el 6 de diciembre de 1920 como resultado de la prolongada y tenaz lucha del pueblo irlandés por su independencia nacional. Estipulaba este tratado la formación del "Estado libre de Irlanda", incluido como dominio en el Imperio británico. Los seis condados nororientales (Ulster), que constituían la parte de Irlanda más desarrollada en el aspecto industrial, eran separados de ella y seguían incluidos en la Gran Bretaña.

93 En la carta a Lenin, Chicherin exteriorizaba algunos temores en cuanto al éxito de la Conferencia de Génova y a la posibilidad de ponerse en ella de acuerdo con los medios capitalistas.

94 El proyecto de resolución propuesto por Lenin fue adoptado por el Buró Político del CC del PC(b) de Rusia el 28 de febrero de 1922 con la siguiente adición de Stalin: "1. No plantear el problema *del reconocimiento del Poder soviético* al comienzo, sino al final de la conferencia (luego que se hayan hecho las tentativas de convenio económico) y, además, no hacer de ello un ultimátum; 2. No poner como sujetos (contratantes) en la conferencia, por parte de Rusia, a Centrosoyuz ni a las cooperativas rurales, etc. (como hace Krasin), sino tener presente un solo sujeto, el Estado de Rusia" (Archivo Central del Partido del Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS).

95 Lenin se refiere a la resolución sobre la convocatoria de la Conferencia de Génova, adoptada en la conferencia del Consejo Supremo de los países de la Entente, la cual se celebró entre el 6 y el 13 de enero de 1922 en la ciudad de Cannes (Francia). En esta resolución se exponían las condiciones que era necesario aceptar, a juicio del Consejo Supremo de los países de la Entente, para que diese frutos la proyectada conferencia. El primer punto de estas condiciones se reducía a lo siguiente: unas naciones no pueden dictar a otras los principios básicos de organización de su sistema de propiedad, de su vida económica ni de su forma de gobierno; cada país tiene derecho a elegir el sistema que prefiera. En las condiciones se estipulaban garantías de inviolabilidad y obtención de ganancias para el capital extranjero cuando éste prestara ayuda a cualquier país el reconocimiento de todas las deudas y compromisos que se hubiesen concertado, se hubieren de concertar o estuviesen respaldados por los gobiernos de tal o cual país, el reconocimiento del compromiso de resarcir, restablecer o compensar los daños y perjuicios causados a los intereses extranjeros por la confiscación o secuestro de bienes, se asentaba el compromiso de las naciones a abstenerse de la propaganda encauzada a derrocar el orden y el sistema político de otros países, a abstenerse de emprender acciones hostiles contra los Estados aliados. Como conclusión, los Estados aliados declararon que podían reconocer al Gobierno soviético sólo después de que aceptara todas estas condiciones.

Durante la preparación de la Conferencia de Génova, los medios dirigentes de Francia y el Primer Ministro inglés Lloyd George se proponían que la invitación de la Rusia Soviética a la Conferencia de Génova estuviera condicionada por el reconocimiento previo de la resolución de Cannes.

96 El artículo *Notas de un publicista*. *La ascensión a las altas montañas; lo dañino del desaliento; la utilidad del comercio; la actitud con los mencheviques, etc.* quedó sin terminar.

97 *Los de "Smiena Vej"*: representantes de una corriente sociopolítica surgida en 1921 entre la intelectualidad rusa blanca emigrada. Deben su denominación a la recopilación *Smiena Vej* ("Cambio de Jalones"), que se editaba en Praga en 1921. Los ideólogos de los de *Smiena Vej* eran emigrados políticos de tendencia democonstitucionalista. Esta corriente encontró apoyo también entre parte de la vieja intelectualidad burguesa que no había emigrado de la Rusia Soviética. Los de *Smiena Vej* publicaban en París una revista con el mismo nombre que salió desde octubre de 1921 hasta marzo de 1922.

La base social de la corriente política representada por los de *Smiena Vej* era la reanimación de los elementos capitalistas relacionada con la aplicación de la Nep en la República Soviética. Los de *Smiena Vej*, convencidos de la completa imposibilidad de derrocar el Poder soviético mediante la intervención militar extranjera, se pronunciaban en pro de la colaboración con el Poder soviético, cifrando las esperanzas en la degeneración burguesa del Estado soviético. Los de *Smiena Vej* tenían el paso a la Nep por una evolución del Poder soviético hacia el restablecimiento del capitalismo. Una parte de los de *Smiena Vej* expresó su disposición a colaborar honradamente con el Poder soviético y contribuir al resurgimiento económico del país.

En lo sucesivo, la mayoría de los de *Smiena Vej* ocupó una posición contrarrevolucionaria. .

98 *Judas Golovliov*: personaje de la obra del escritor satírico ruso M. Saltykov-Schedrín *Los señores Golovliov*, terrateniente feudal llamado Judas por su gazmoñería, su hipocresía y su dureza de corazón.

99 *Duma de Estado*: institución representativa que el Gobierno zarista se vio obligado a convocar como resultado de los acontecimientos revolucionarios de 1905. Formalmente, la Duma de Estado era un órgano legislativo; pero, en realidad, no tenía ningún poder. Las elecciones a la Duma de Estado eran indirectas, desiguales y restringidas. Los derechos electorales de las clases trabajadoras, así como de las naciones alógenas que poblaban Rusia, estaban muy restringidos, y una gran parte de obreros y campesinos no disfrutaba de ningún derecho electoral.

Las Dumas primera (abril-julio de 1906) y segunda (febrero-junio de 1907) fueron disueltas por el Gobierno zarista. Tras de dar el 3 de junio de 1907 un golpe de Estado, el Gobierno promulgó una nueva ley electoral que restringía más aún los derechos de los obreros, de los campesinos y de la pequeña burguesía urbana y garantizaba la dominación completa del bloque reaccionario de los terratenientes y los grandes capitalistas en las Dumas tercera (1907-1912) y cuarta (1912-1917).

100 El artículo *El significado del materialismo militante* fue escrito para el tercer número de la revista *Bajo la Bandera del Marxismo*, que debía salir para el XI Congreso del partido.

"*Pod Známenem Marxizma*" ("Bajo la Bandera del Marxismo"): revista filosófica y socioeconómica; se fundó para propagar el materialismo y el ateísmo militantes. Apareció mensualmente en Moscú desde enero de 1922 hasta junio de 1944 (en 1933-1935 fue bimestral).

101 El *Partido Socialista Popular del Trabajo* (socialistas populares, enesistas) surgió del ala derecha del partido de los eseristas en 1906. Se pronunciaba en pro de formar un bloque con los democonstitucionalistas. Después de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, el partido de los "socialistas populares" se unió con los trudoviques y apoyó activamente la labor del Gobierno Provisional burgués, enviando a él a representantes suyos. Después de la Revolución Socialista de Octubre, los enesistas participaron en complots contrarrevolucionarios y en acciones de armas contra el Poder soviético. Su partido dejó de existir en el período de la intervención militar extranjera y la guerra civil.

102 Lenin se refiere a las siguientes palabras de J. Dietzgen: "Desdeñamos en lo hondo del alma las frases rimbombantes sobre "la enseñanza y la ciencia" y los discursos sobre "los bienes ideales" en boca de los lacayos titulados que hoy embaucan al pueblo con idealismo de pega, lo mismo que lo engañaban en tiempos los sacerdotes paganos con las primeras nociones de la naturaleza obtenidas a la sazón".

103 Véase F. Engels. *Las publicaciones de los emigrados*.

104 "*Ekonomist*" ("El Economista"): revista de la sección económica e industrial de la Sociedad Técnica Rusa, a la que estaba afiliada la intelectualidad técnica burguesa hostil al Poder soviético y los ex propietarios de empresas. Apareció en Petrogrado desde diciembre de 1921 hasta junio de 1922 (en la portada del núm. 1 figura el año 1922).

105 El *XI Congreso del PC(b) de Rusia* se celebró en Moscú del 27 de marzo al 2 de abril de 1922. Fue convocado un año después de haberse terminado la guerra civil y de haber pasado el País Soviético a organizar la economía en un ambiente de paz. La misión del congreso estribaba en hacer el resumen del primer año de aplicación de la nueva política económica y trazar el plan sucesivo de edificación del socialismo. Participaron en sus labores 522 delegados con voz y voto y 164 con voz, pero sin voto.

El informe de la labor política del CC del partido lo pronunció Lenin. El congreso aprobó la pauta política y orgánica seguida por el CC y reconoció que las concesiones necesarias hechas al capitalismo privado habían dado de sí todo lo que podían y, en este sentido, el retroceso había acabado. La tarea fundamental que trazó el congreso al partido fue reagrupar sus fuerzas para asegurar la aplicación de su política en la vida. El congreso indicó la necesidad de seguir delimitando con precisión las funciones de los organismos del partido y de los Soviets con objeto de que el primero, al ejercer la dirección política del Estado soviético, garantizase la elevación del papel de los segundos en la obra de organizar la economía. El congreso aprobó la labor de la delegación del PC(b) de Rusia en la Internacional Comunista y se solidarizó con la pauta política del Comité Ejecutivo de dicha Internacional y con la táctica de frente único adoptada y aplicada por él.

106 Se alude al X Congreso del PC(b) de Rusia.

107 *Los comités de campesinos pobres* fueron instituidos en junio de 1918. Se les encomendaban, por decreto, las tareas de sacar la cuenta de las reservas de comestibles en las haciendas campesinas, descubrir las reservas y los excedentes de comestibles acaparados por los kulaks y ayudar a los organismos soviéticos de abastecimiento a confiscar dichos excedentes, suministrar alimentos a los campesinos pobres a expensas de las haciendas

de los kulaks, distribuir los aperos agrícolas y los artículos industriales, etc. Pero la labor práctica de los comités de campesinos pobres abarcó todos los aspectos del trabajo en el campo; de hecho, estos comités fueron puntales y órganos de la dictadura del proletariado en el campo. Tras de haber cumplido las tareas encomendadas, se fundieron, a fines de 1918, con los Soviets subdistritales y rurales.

108 Por lo visto, se trata de una parte de la delegación del Partido Comunista Francés al Primer Pleno ampliado del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista: Daniel Renoult, Louis Sellier y otros que no comprendieron el fondo ni la importancia de la nueva política económica del PC(b) de Rusia y estimaban que la Nep llevaba a la restauración del capitalismo en Rusia y debilitaba el movimiento revolucionario internacional.
El Primer Pleno ampliado del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista se celebró en Moscú del 21 de febrero al 4 de marzo de 1922. La cuestión central debatida fue la de la táctica de frente único. En las tesis *La nueva política económica de la Rusia Soviética* se confirmó que la Nep era una política acertada y se recalcó la importancia internacional de la misma.

109 Lenin se refiere al artículo de M. Rákosi *La nueva política económica en la Rusia Soviética*, dedicado a analizar el folleto de Otto Bauer *Der "Neue Kurs" in Sowjetruband*, Wien, 1921 (*El "Nuevo rumbo" en la Rusia Soviética*, Viena, 1921). Este artículo se publicó en marzo de 1922 en el núm. 20 de la revista *La Internacional Comunista*.
La Internacional Comunista: órgano del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, se publicaba en ruso, alemán, francés, inglés, español y chino. El primer número apareció e11 de mayo de 1919. Se dejó de publicar en junio de 1943 en virtud del acuerdo del Presídium del Comité Ejecutivo de la IC del 15 de mayo de 1943 sobre la disolución de la Internacional Comunista.

110 Se trata de la lucha entre bolcheviques y mencheviques en la emigración.

111 Se trata de la Comisión para los Asuntos de las Sociedades Mixtas adjunta al Consejo de Trabajo y Defensa y fundada en febrero de 1922. Presidía esta comisión G. Sokólnikov.

112 *Severolés*: Dirección Especial de la Industria Forestal de la Zona Septentrional y del Mar Blanco, fundada en 1921.

113 *Persuasor general*: apodo que los soldados dieron a A. Kerenski, ministro de Guerra y Marina del Gobierno Provisional, por intentar persuadir a los soldados, durante su viaje por el frente en el verano de 1917, a ir a la ofensiva.

114 Se refiere al libro de A. Todorski *Un año con el fusil y el arado*, editado en 1918 por el Comité Ejecutivo del distrito de Vesiegonsk.

115 Se alude al censo de funcionarios de responsabilidad, hecho en julio de 1921, para determinar la cantidad y calidad del personal dirigente del partido en los centros distritales y provinciales, su distribución territorial y su empleo conveniente.

116 *Comisión de Historia del Partido*: esta comisión para reunir y estudiar datos y documentos de la historia de la Revolución de Octubre y del Partido Comunista de Rusia se organizó, adjunta al Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, por disposición del Consejo de Comisarios del Pueblo del 21 de septiembre de 1920.

117 Se trata de la Dirección General de la industria hullera de la cuenca del Donets. G. Piatakov, que encabezaba esta dirección, empleaba los métodos de ordeno y mando y burocrático-militares en la dirección de la industria. Con ese motivo hubo discrepancias tanto entre los dirigentes de la economía como entre dicha Dirección General y el personal local. En la VI Conferencia del PC(b) de Ucrania, celebrada del 9 al 13 de diciembre de 1921, los delegados de la organización de la cuenca del Donets y de otras organizaciones hicieron uso de la palabra para condenar con energía los métodos de trabajo de Piatakov.

118 Se alude a la alocución de Jean Renault relacionada con la discusión de la ley sobre el plazo del servicio militar.

119 La *Comisión Central de Comprobación de los miembros del partido* fue fundada por el CC del PC(b) de Rusia el 25 de julio de 1921 para dirigir el trabajo de las comisiones locales de comprobación durante el período de la depuración del partido.

120 El cargo de *Apoderado Extraordinario del Consejo de Defensa Obrera y Campesina para el Abastecimiento de la Marina y el Ejército Rojo* se instituyó por decreto del CEC de toda Rusia del 8 de julio de 1919. Por disposición del CEC de toda Rusia del 16 de agosto de 1921, el organismo subordinado a él fue disuelto y el personal y el mobiliario, entregados a los organismos del Consejo Superior de Economía Nacional.

121 Véase la nota 76.

122 "*Iskra*" ("La Chispa"): primer periódico marxista clandestino para toda Rusia, fundado por Lenin en diciembre de 1900 en el extranjero, desde donde se enviaba a Rusia a escondidas. Desempeñó un papel inmenso en la cohesión ideológica de los socialdemócratas rusos y en los preparativos para unificar en un partido marxista revolucionario las organizaciones socialdemócratas locales dispersas. Después de la escisión del partido en bolcheviques y mencheviques en el II Congreso del POSDR (1903), *Iskra* pasó a manos de los mencheviques (a partir del número 52) y empezó a denominarse "nueva" *Iskra* para diferenciarse de la "vieja" *Iskra*, la *Iskra* leninista. La nueva *Iskra* dejó de ser un órgano del marxismo revolucionario; los mencheviques transformaron el periódico en un órgano de la lucha contra el marxismo y contra el partido, en una tribuna de oportunismo.

123 Se refiere al II Congreso del POSDR, que se celebró en 1903, primero en Bruselas y, luego, en Londres.

124 *Cartismo*: primer movimiento masivo de la clase obrera de Inglaterra conocido en la historia; se desarrolló en los años 30 y 40 del siglo XIX. Tras de publicar la Carta del Pueblo (y de ahí la denominación de cartismo), los participantes en este movimiento lucharon en defensa de las

reivindicaciones contenidas en esa carta: sufragio universal, abolición de la obligatoriedad de poseer tierra para ser diputado al Parlamento, etc. Durante varios años se celebraron en todo el país mítines y manifestaciones en los que participaron millones de obreros y artesanos.

El Parlamento inglés se negó a aprobar la Carta del Pueblo y rechazó todas las peticiones de los cartistas. El gobierno desencadenó contra ellos crueles represiones y encarceló a sus líderes. El movimiento fue aplastado, pero el cartismo ejerció gran influencia en el desarrollo ulterior del movimiento obrero internacional.

125 El *IV Congreso de la Internacional Comunista* se reunió del 5 de noviembre al 5 de diciembre de 1922. Se inauguró en Petrogrado, y las siguientes sesiones, a partir del 9 de noviembre, transcurrieron en Moscú. Participaron en sus labores representantes de 58 partidos comunistas, del Partido Socialista Italiano, del Partido Obrero Islandés y del Partido Revolucionario Popular Mongol, así como de la Internacional Juvenil Comunista, de la Internacional Sindical, del Secretariado Internacional de las Mujeres, del Socorro Obrero Internacional y de la Organización de los Negros de los EE.UU. El congreso discutió el informe de balance del Comité Ejecutivo de la IC y las cuestiones: cinco años de la revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial, la ofensiva del capital, el programa de la Internacional Comunista, las tareas de los comunistas en los sindicatos, los problemas oriental y agrario y otros.

Lenin, que encabezaba el buró de la delegación del PC(b) de Rusia al congreso, dirigió toda la labor de esta delegación y participó activamente en la redacción de los acuerdos más importantes del congreso. El informe *Cinco años de la revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial*, que fue el acontecimiento central del congreso, lo presentó Lenin en alemán en la sesión matutina del 13 de noviembre. El congreso aprobó las tesis sobre el frente obrero único, reafirmó las tesis sobre la táctica de la Internacional Comunista, sobre las tareas de los comunistas en el movimiento sindical, sobre el problema oriental y adoptó resoluciones sobre la revolución socialista en Rusia, sobre la Internacional Juvenil Comunista y otras.

126 Lenin se refiere a su artículo *Acerca del infantilismo "izquierdista" y del espíritu pequeñoburgués*.

127 Se trata de las negociaciones sobre la entrega en régimen de concesión de la prospección y laboreo de minas al industrial y financiero inglés L. Urquhart, que fue antes de la Revolución de Octubre presidente de la Sociedad Mixta Ruso-Asiática y propietario de grandes minas en Rusia. El 9 de septiembre de 1922, L. Krasin, Comisario del Pueblo de Comercio Exterior, firmó el tratado previo de concesión con Urquhart. Según este tratado, se entregaban a Urquhart, en régimen de concesión, por un plazo de 99 años, las empresas que habían sido de la Sociedad Mixta Ruso-Asiática en los Urales y Siberia (reservándose el Gobierno soviético el derecho de rescatar todas las empresas entregadas en concesión a los cuarenta años de haberse firmado el contrato). Las cláusulas del convenio obligaban a la parte soviética a prestar al concesionario apoyo material para restablecer su capital circulante y las empresas mismas en las proporciones que se determinasen cuando se pusiera en claro la cuantía de los daños sufridos por el concesionario en las empresas de su propiedad en virtud de las disposiciones que partieran del Gobierno soviético.

Cuando Lenin leyó el contrato, firmado por Krasin, lo consideró evidentemente desventajoso para el Estado soviético y se pronunció en contra de su ratificación. El Pleno del CC del PC(b) de Rusia del 5 de octubre y el Consejo de Comisarios del Pueblo, celebrado el 6 de octubre de 1922, adoptaron la disposición de rescindir el contrato con L. Urquhart. La concesión no le fue entregada.

128 La expresión "dos por dos, una vela de estearina" es de uno de los personajes de la novela de Iván Turguéniev *Rudin*.

129 Lenin se refiere a las tesis *Estructura orgánica de los partidos comunistas, métodos y contenido de su labor*, aprobadas por el III Congreso de la Internacional Comunista.

130 *Centurias negras*: bandas monárquicas formadas por la policía zarista para combatir el movimiento revolucionario. Asesinaban a revolucionarios, agredían a los intelectuales progresistas y organizaban pogromos antisemitas.

131 Lenin se refiere a la declaración adoptada el 14 de noviembre de 1922 por la Asamblea Nacional de la República Extremoriental sobre la unión de ésta con la Federación Rusa; la noticia se dio el 15 de noviembre de 1922. El texto íntegro de la declaración se publicó en los periódicos el 21 de noviembre de 1922, después del discurso de Lenin.

132 Véase la nota 127.

133 Conforme a la decisión del CC del 16 de octubre de 1922, el problema del monopolio del comercio exterior debía discutirse en el Pleno del Comité Central del partido convocado para el 15 de diciembre, luego se aplazó para el 18 de diciembre). Lenin desplegó una gran labor para preparar el Pleno. Pero, al agravarse su enfermedad, los médicos le prohibieron, el 13 de diciembre, trabajar, y él no pudo tomar parte en las labores del mismo. Con ese motivo, Lenin escribió en esa fecha la carta al Pleno del CC aquí publicada, en la cual examinaba y rechazaba los argumentos de Bujarin contra el monopolio del comercio exterior, expuestos en la carta de éste del 15 de octubre de 1922 al CC. Lenin remitió la suya a Stalin, a Trotski y a Avanésov.

Las cartas de Lenin, las conversaciones sostenidas con él y el profundo estudio de los documentos relativos a este problema convencieron a los miembros del CC de que era necesario conservar el monopolio del comercio exterior.

El Pleno de diciembre del Comité Central adoptó por unanimidad una resolución en la que se confirmaba la "necesidad absoluta de conservar y reforzar en el aspecto de la organización el monopolio del comercio exterior". No obstante, Lenin concedía tanta importancia al problema del

comercio exterior que proponía informar de él a la minoría comunista del X Congreso de los Soviets de toda Rusia, que se iba a celebrar, y someterlo a la discusión del XII Congreso ordinario del partido.

134 *Librecambio*: política económica de la burguesía industrial que se caracteriza por reivindicar la libertad de comercio y la no ingerencia del Estado en la vida económica del país. La consigna de libertad de comercio fue muy empleada en el siglo XIX por los librecambistas ingleses con fines de demagogia social. Procurando atraer a su lado a las grandes masas de obreros en la lucha contra los grandes terratenientes, afirmaban que la libertad de comercio mejoraría la situación material de los trabajadores. Carlos Marx mostró en *El Capital* la completa inconsistencia de estos asertos, cuyo origen estaba en que "el librecambista vulgaris va a buscar las ideas, los conceptos y los criterios para enjuiciar la sociedad del capital y del trabajo asalariado" sólo en la "órbita de la circulación simple o cambio de mercancías".

135 El 16 de diciembre de 1922 Lenin tuvo un fuerte acceso de su enfermedad; los días siguientes se agravó más su estado. No podía escribir, pues se le habla paralizado el brazo derecho, y se vio obligado a dictar sus notas a una taquígrafa. Las cartas y artículos incluidos en el presente volumen fueron dictados por Lenin desde fines de diciembre de 1922 hasta comienzos de marzo de 1923. La *Carta al Congreso* incluye las notas dictadas del 23 al 26 de diciembre de 1922, y el *Suplemento a la carta del 24 de diciembre de 1922* lo dictó el 4 de enero de 1923.

Las notas del 24 y 25 de diciembre de 1922 y del 4 de enero de 1923, en las que Lenin daba referencias de miembros del CC, fueron entregadas por Nadiezhda Krúpskaya, la esposa de Lenin, en cumplimiento de la voluntad de éste, al Comité Central del partido, después de haber fallecido ya Lenin. En mayo de 1924 se dio lectura a la *Carta al Congreso*, de Lenin, por delegaciones, en el XIII Congreso del partido.

En diciembre de 1927, el XV Congreso del PC(b) de la URSS tomó el acuerdo de adjuntar la *Carta al Congreso* (notas del 24 y 25 de diciembre de 1922 y del 4 de enero de 1923) a las actas taquigráficas del congreso, así como de publicar estas notas y otras cartas de Lenin sobre problemas internos del partido en las *Recopilaciones Leninistas*. Conforme a este acuerdo, las notas del 24 y 25 de diciembre de 1922 y del 4 de enero de 1923 fueron publicadas en el Boletín N° 30 del XV Congreso del PC(b) de la URSS. En cuanto a la segunda parte del acuerdo del XV Congreso del partido, quedó largo tiempo sin cumplir, pues las cartas de Lenin sobre problemas internos del partido no fueron incluidas ni en las *Recopilaciones Leninistas* ni en ninguna otra publicación. En 1956, por acuerdo del CC del PCUS, estas cartas fueron puestas en conocimiento del XX Congreso del partido y luego distribuidas por las organizaciones del partido y dadas a la gran publicidad.

136 "*Rússkaya Mysl*" ("El Pensamiento Ruso"): revista publicada en Praga en 1922 bajo la dirección de P. Struve.

137 Se alude a la conducta capituladora de Zinóviev y Kái publicaron el 18 de octubre en el periódico semimenchevique *Nóvaya Zhizn* ("Vida Nueva") una declaración sobre la preparación de la insurrección por los bolcheviques, calificándola de aventura. Con ello revelaron al Gobierno Provisional burgués el acuerdo del CC de organizar la sublevación en fechas próximas. El mismo día Lenin condenó este acto en la *Carta a los miembros del partido de los bolcheviques*, llamándolo acto inaudito de esquirolaje.

138 El motivo que indujo directamente a Lenin a escribir esta carta fue un conflicto habido en el Partido Comunista de Georgia entre el Comité Territorial de Transcaucasia del PC(b) de Rusia, encabezado por G. Ordzhonikidze, y el grupo de P. Mdivani, el cual frenaba de hecho la unificación económica y política de las repúblicas transcaucásicas y pretendía, en realidad, mantener separada a Georgia, haciendo así el juego al nacionalismo burgués y a los mencheviques georgianos. Ordzhonikidze incurrió asimismo en graves errores. No mostró la debida flexibilidad y precaución en la aplicación de la política nacional del partido en Georgia, empleaba métodos de ordeno y mando, se precipitaba en la aplicación de algunas medidas y no siempre tenía en cuenta la opinión ni acataba las atribuciones del CC del PC de Georgia. Ordzhonikidze tampoco mostró el debido aguante en las relaciones con el grupo de Mdivani.

En la carta *Contribución al problema de las naciones o sobre la "autonomización"*, Lenin explicó los problemas de mayor importancia de la política del partido con respecto a las naciones. Tenía esta carta por un documento directriz, le concedía suma importancia y se proponía publicada más tarde como artículo. Pero el súbito y brusco agravamiento de su enfermedad, a partir del 6 de marzo de 1923, le impidió dar las disposiciones definitivas sobre el particular. El 16 de abril de 1923, L. Fótieva, secretaria de Lenin, envió al Buró Político del CC del PC(b) de Rusia esta carta, que fue dada a conocer en reuniones separadas de las delegaciones que asistieron al XII Congreso del PC(b) de Rusia. Conforme a las indicaciones de Lenin, en el proyecto de resolución del congreso sobre el problema nacional se introdujeron importantes modificaciones y adiciones.

139 "*Autonomización*": idea de ingreso de todas las repúblicas soviéticas nacionales en la RSFSR según los principios de la autonomía. El proyecto de "autonomización" fue propuesto por J. Stalin. Lenin criticó duramente este proyecto y propuso una solución completamente distinta por principio: la agrupación de todas las repúblicas en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas con igualdad completa de derechos. El 30 de diciembre de 1922, el I Congreso de los Soviets de toda la URSS adoptó el acuerdo de formar la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

140 Se trata de los plenos del CC del PC(b) de Rusia, que se reunieron en octubre y diciembre de 1922.

En el orden del día figuraban cuestiones de la formación de la URSS.

141 En el texto mecanografiado falta el título del artículo, que se publicó en *Pravda* con el de *Páginas del diario*. Este artículo de Lenin ejerció una influencia directísima en la instrucción pública del país. El 10 de enero de 1923, el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública propuso en un radiograma a las secciones de instrucción pública que difundieran ampliamente el artículo *Páginas del diario* e ideasen medidas concretas para cumplir las indicaciones de Lenin contenidas en él.

142 Lenin se refiere a las ideas extrañas al marxismo que inculcaban, con la denominación de "cultura proletaria", los miembros de la Organización de la Cultura Proletaria ("Proletkult"), la cual desplegaba labores culturales y docentes. Fundada en septiembre de 1917 como organización obrera independiente y con iniciativa propia, "Proletkult" siguió manteniendo su "independencia" incluso después de la Revolución Socialista de Octubre, contraponiéndose así al Estado proletario. Debido a ello, en "Proletkult" se infiltraron y comenzaron a ejercer una influencia decisiva sobre sus posiciones los intelectuales burgueses. Los miembros de esta organización negaban en realidad la importancia de la herencia cultural del pasado y procuraban desentenderse de las tareas culturales y docentes entre las masas y crear "con métodos de laboratorio" una "cultura proletaria" singular, apartada de la vida. Bogdánov, el ideólogo principal de la Organización de la Cultura Proletaria, reconociendo de palabra el marxismo, preconizaba de hecho una filosofía idealista subjetiva, machista. La Organización de la Cultura Proletaria no era homogénea. Además de intelectuales burgueses, que llevaban la voz cantante en muchas organizaciones, la integraba también la juventud obrera que aspiraba sinceramente a contribuir al fomento cultural del Estado soviético. Las organizaciones de la Cultura Proletaria cobraron el mayor desarrollo en 1919. A comienzos de los años 20 entraron en decadencia y, en 1932, dejaron de existir.

143 Los artículos *Sobre las cooperativas* y *Nuestra revolución* (*A propósito de las notas de N. Sujánov*) fueron entregados por N. Krúpskaya al Comité Central en mayo de 1923. El Buró Político adoptó el 24 de mayo la siguiente resolución: "Reconocer necesaria la rápida publicación de los artículos de Vladímir Ilich entregados por Nadiezhda Konstantínovna, con la fecha señalada en ellos". El 26 de junio, el Buró Político discutió el problema de las cooperativas a la luz de su nuevo planteamiento en los artículos de Lenin. Las ideas leninistas sobre las cooperativas campesinas constituyeron la base de las resoluciones del XIII Congreso del PC(b) de Rusia *Sobre las cooperativas* y *Sobre el trabajo en el campo*.

144 Lenin escribió el artículo *Nuestra revolución* con motivo de los volúmenes tercero y cuarto de las *Notas sobre la revolución* del menchevique N. Sujánov. N. K. Krúpskaya entregó sin título este artículo a la redacción de Pravda, la cual le puso el que lleva.

145 Probablemente, Lenin se refiere a la caracterización de la Comuna de París como "forma política perfectamente flexible" que Marx dio en su obra *La guerra civil en Francia* ya la máxima apreciación de "flexibilidad de estos parisienses" que Marx dio en la carta a Kugelmann del 12 de abril de 1871.

146 Lenin alude al siguiente pasaje de la carta de C. Marx a F. Engels del 16 de abril de 1856: "En Alemania todo dependerá de la posibilidad de respaldar la revolución proletaria con alguna segunda edición de la guerra campesina. Entonces todo saldrá a pedir de boca".

147 El artículo *Cómo tenemos que reorganizar la Inspección Obrera y Campesina* está directamente relacionado con la *Carta al Congreso* y desarrolla las ideas expuestas en ésta. Continuación directa y desarrollo del mencionado artículo fue otro artículo de Lenin, titulado *Más vale poco y bueno*. Partiendo de las indicaciones de Lenin, el Comité Central redactó para el XII Congreso del PC(b) de Rusia unas tesis de reorganización y mejora del trabajo de las instituciones centrales del partido, así como un proyecto de resolución del congreso sobre la reorganización de la Inspección Obrera y Campesina y de la CCC. El XII Congreso del partido aprobó la resolución sobre el problema de organización y la resolución *Sobre las tareas de la Inspección Obrera y Campesina y de la Comisión Central de Control*, redactadas por el Comité Central. De acuerdo con las propuestas de V. I. Lenin, el congreso amplió el CC y la CCC y creó un organismo unificado: la Comisión Central de Control y la Inspección Obrera y Campesina.

148 *Obras de la central hidroeléctrica del Vóljov*: obras de una central hidroeléctrica en el río Vóljov, a 120 kilómetros de Petrogrado (Leningrado). Fue la primera gran central hidroeléctrica de la Unión Soviética. Sus obras empezaron en 1918, pero no se desplegaron con plenitud hasta 1921, cuando hubo acabado la guerra civil.